UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

. Y ZUÑIGA

LA

AUCANA

PQ6389
.A2
1888

003110

EX LIBRIS

HEMETHERII VALVERDE TELLEZ

Episcopi Leonensis

1080018977

3,55
8

LOS GRANDES POEMAS

LA ARAUCANA

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Núm. Clas. 861.3
Núm. Autor E651
Núm. Adq. 3111
Procedencia -6-
Precio
Fecha
Clasificó
Catalogó

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

REGALO Á LA BIBLIOTECA «LA FAMILIA»

LOS GRANDES POEMAS

LA ARAUCANA

POEMA ÉPICO

POR

D. ALONSO DE ERCILLA Y ZUÑIGA

CABALLERO DEL ORDEN DE SANTIAGO
GENTILHOMBRE DE LA CÁMARA DE LA MAJESTAD
DEL EMPERADOR CARLOS V

ILUSTRADA CON PRECIOSOS GRABADOS
ORIGINALES DE DISTINGUIDOS ARTISTAS ESPAÑOLES

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

TOMO I

BARCELONA

ESTABLECIMIENTO TIPOLITOGRÁFICO EDITORIAL DE RAMÓN MOLINAS
CALLE DE LAS CORTES, NÚMS. 365 Á 371
1888

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
Capilla Alfonsina
Biblioteca Universitaria
40425
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez
3/11

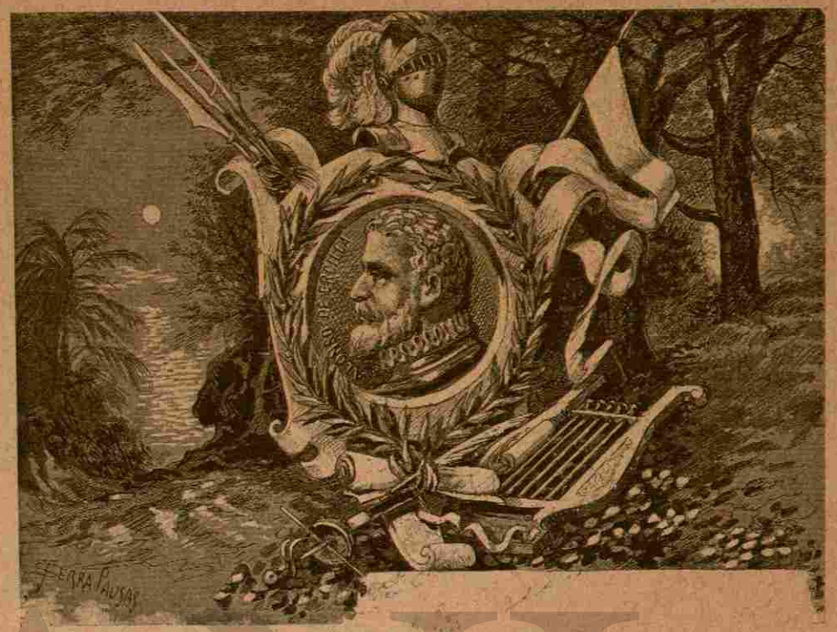
PQ6389
.A2
1888

UNIVERSIDAD AVTONOMA D NVEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

Es propiedad del editor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APILLA ALFONSINA
FONDO ENETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



VIDA DE D. ALONSO DE ERCILLA

Por más que sea como una especie de dogma literario, promulgado por los preceptistas pseudo-clásicos del pasado siglo y comienzos del presente, que España carece de poemas épicos, la verdad es que, á juzgar por el gusto del público, *La Araucana* resiste todos los desdenes de los Hermosillas, y las ediciones se han sucedido unas tras otras con rapidez que ya quisieran para sus libros los que tantas faltas le encuentran al inmortal libro de Ercilla.

Se le achaca que el asunto es poco importante, que no tuvo cuenta en disimular las faltas de los conquistadores, que el estilo es desigual, que no hay la debida unidad, etc., etc.; á lo cual contestaremos que un asunto es siempre importante cuando se trata de heroicidades y de sublimes sentimientos, que la imparcialidad no es ningún pecado, y que al mismo Homero se le pudo decir, con

003111

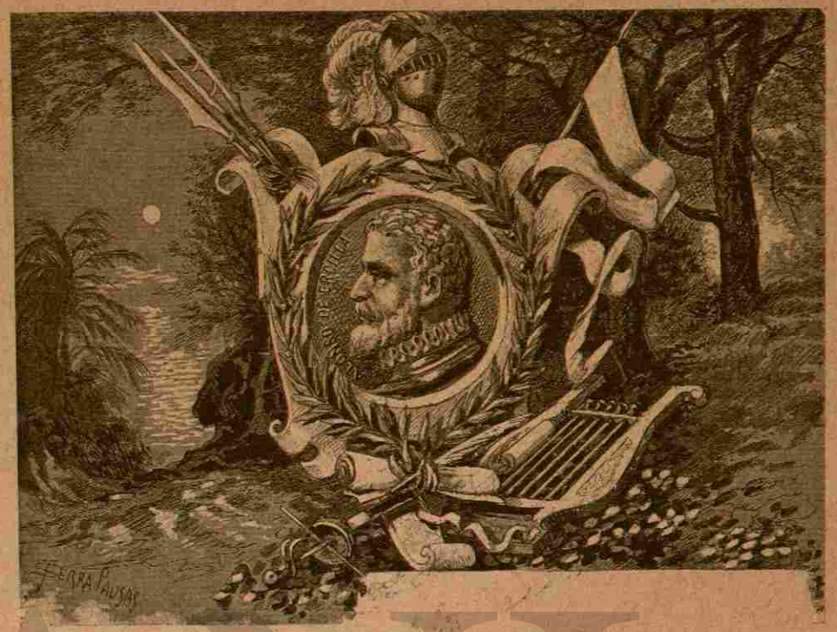
PQ6389
.A2
1888

UNIVERSIDAD AVTONOMA D NVEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

Es propiedad del editor.
Queda hecho el depósito que marca la ley.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

APILLA ALFONSINA
FONDO ENETERIO
VALVERDE Y TELLEZ



VIDA DE D. ALONSO DE ERCILLA

Por más que sea como una especie de dogma literario, promulgado por los preceptistas pseudo-clásicos del pasado siglo y comienzos del presente, que España carece de poemas épicos, la verdad es que, á juzgar por el gusto del público, *La Araucana* resiste todos los desdenes de los Hermosillas, y las ediciones se han sucedido unas tras otras con rapidez que ya quisieran para sus libros los que tantas faltas le encuentran al inmortal libro de Ercilla.

Se le achaca que el asunto es poco importante, que no tuvo cuenta en disimular las faltas de los conquistadores, que el estilo es desigual, que no hay la debida unidad, etc., etc.; á lo cual contestaremos que un asunto es siempre importante cuando se trata de heroicidades y de sublimes sentimientos, que la imparcialidad no es ningún pecado, y que al mismo Homero se le pudo decir, con

003111

entera razón, que alguna vez dormía... En cambio ¡que interés y verdad en las pinturas! ¡Qué variedad y exactitud en los caracteres! ¡Qué bellas descripciones! ¡Qué dicción tan fluída, tan castiza! ¡Qué propiedad en la frase! ¡Qué elocuencia en los razonamientos! ¡Qué arte en la manera de contar los hechos!

Obra escrita entre la algazara de los campamentos y el estruendo de las batallas, resultan sus páginas vivientes, dejando traparentar en cada línea el alma del autor, tan noble, tan digna. Cuando refiere una batalla conócese al momento que él ha estado allí y ha sido uno de los que han peleado en primera fila, y cuando deja escapar una reflexión simpatizase al momento con él; tanta es la generosidad y alteza de sus sentimientos. Y éste es quizás el secreto del grande atractivo de *La Araucana:* la nobilísima idea que la informa, el homenaje rendido á los que luchan por su independencia y libertad.

Dicho esto, pasemos á reseñar en breves líneas la personalidad del autor.

Nació D. Alonso el 7 de agosto de 1533, en Madrid según unos, y según otros en Bermeo, siendo sus padres D. Fortún García de Ercilla, caballero de Santiago é ilustre jurisconsulto, y D.ª Leonor de Zúñiga, señora de Bobadilla y guarda-damas (una vez viuda) de la emperatriz D.ª Isabel.

De niño entró en palacio como paje ó menino del príncipe don Felipe, hijo del emperador Carlos V, y á los catorce años le acompañó en el viaje que hizo á Flandes para tomar posesión del ducado de Brabante, regresando con él á España en 1551, durante cuyo tiempo, llevado del afán de viajar, recorrió el joven Ercilla la mayor parte de las provincias de Francia, Inglaterra, Flandes, Italia, Alemania, Bohemia, Moravia, Silesia, Hungría, Austria, Estiria, Carintia, etc.; afición que, unida al espíritu aventurero que predominaba entonces en España, y fuera de ella, le hacía desear llegase ocasión de emprender nuevas y, á ser posible, más peligrosas viajatas.

Deparósele esta ocasión en 1554, hallándose en Londres con D. Felipe, por haber llegado la noticia de la rebelión de los araucanos. Consiguió Ercilla se le concediese tomar parte en aquella

guerra, y, haciéndose al punto á la vela, desembarcó en Lima, incorporándose al ejército mandado por D. García Hurtado de Mendoza, virrey del Perú.

Dió Ercilla pruebas de temerario arrojo en las siete batallas y numerosas acciones de guerra en que tomó parte. Acompañó á su general á la conquista de la última tierra del valle de Chiloe, á cuyo efecto debieron pasar el estrecho de Magallanes. Embarcado en una piragua, cruzó dos veces la desembocadura del archipiélago de Aucudbox, y metióse tierra adentro, estampando su hazaña en la corteza de un árbol, donde grabó una octava real alusiva al hecho.

«Héroe y cantor á un tiempo,—dice un ilustre autor,—celebraba por la noche las proezas que realizaba durante el día. Con la espada en la mano y la pluma en el seno satisfacía á la vez el entusiasmo del guerrero y el del poeta; mientras combatía pensaba, y mientras escribía cobraba fuerzas para la lid del día siguiente; endurecía sus miembros en aquellas regiones agrestes con la fatiga de las batallas, y en alas de la poesía remontaba su imaginación á las esferas del pensamiento: unión pocas veces vista, y menos en tanto grado, de la robustez y vigor del cuerpo con el brío y elevación de la inteligencia.»

Tanto valor y tanto talento no fueron parte á impedir, sin embargo, que á causa de una reyerta que tuvo con un tal Pineda, en que ambos fiaron sus razones á la espada, fuese condenado Ercilla, por el Sr. D. García Hurtado de Mendoza, á morir degollado en un cadalso; y ya estaba la sentencia para ejecutarse cuando fué conmutada en prisión y seguidamente en terrible destierro. Trasladóse, en consecuencia, D. Alonso, al Çallao; y sabiendo allí las bárbaras vejaciones á que se entregaba en Venezuela D. Lope de Aguirre, salió contra él, resuelto á combatirle al lado de sus infelices víctimas; bien que nò fué menester, pues el feroz soldado había llevado ya su merecido. Efectivamente: al llegar á Panamá llegó á D. Alonso de Ercilla la noticia de haber sido derrotado el de Aguirre por Diego García de Paredes y decapitado en Tocuyo.

Las penalidades de la campaña, y sobre todo la ingratitud de que había sido objeto, predispusieron á D. Alonso á contraer la

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

gravísima enfermedad que por entonces padeció (1561), y de la cual logró escapar gracias á su vigorosa constitución. Restablecido ya, regresó D. Alonso de Ercilla á la madre patria, cuando contaba tan sólo veintinueve años, trayendo consigo la primera parte de su poema. Devorado por su afán de movimiento, viajó de nuevo puede decirse que por toda la Europa meridional, central y occidental, hasta que ya en 1570 le encontramos de vuelta á Madrid, donde contrajo casamiento con D.ª María Bazán, dama de la reina D.ª Isabel de la Paz. No resultó fecundo este matrimonio; pero no debemos callar que, si no legítimos, tuvo Ercilla algunos hijos naturales.

Ya viejo, inclinóse D. Alonso á la devoción, sea para borrar los muchos pecados de cierto género que sin duda llevaría cometidos por efecto de su vida aventurera, sea para mitigar, con la meditación en las cosas divinas, las hondas amarguras de la realidad; que muy amargo debía serle, en efecto, verse desdeñado, postergado y quizás zaherido después de haber derramado tantas veces su sangre por la patria y por el rey. Pero podía más D. García Hurtado de Mendoza que no él, y así se vió tratado.

Murió Ercilla en 1597 ó 98, siendo enterrado en el convento de las Carmelitas Descalzas de Ocaña.

Al Rey Nuestro Señor:

Como todas mis obras de su principio están ofrecidas á vuestra Majestad, esta, como necesitada, acude al amparo que ha menester. Suplico á vuestra Majestad sea servido de pasar los ojos por ella; que con merced tan grande, demás de dejarla vuestra Majestad ufana, quedará autorizada y segura de que ninguno se le atreva. Guarde nuestro Señor la católica persona de vuestra Majestad.

Don Alonso de Ercilla y Zúñiga

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

PROLOGO

Si pensara que el trabajo que he puesto en esta obra me había de quitar tan poco el miedo de publicarla, sé cierto de mí que no tuviera ánimo para llevarla al cabo. Pero, considerando ser la historia verdadera, y de cosas de guerra, á las cuales hay tantos aficionados, me he resuelto en imprimirla, ayudando á ello las importunaciones de muchos testigos que en lo más dello se hallaron, y el agravio que algunos españoles recibirían quedando sus hazañas en perpetuo silencio, faltando quien las escriba. No por ser ellas pequeñas, pero porque la tierra es tan remota y apartada, y la postrera que los españoles han pisado por la parte del Pirú, que no se puede tener della casi noticia, y por el mal aparejo y poco tiempo que para escribir hay con la ocupacion de la guerra, que no da lugar á ello; y así, el que pude hurtar le gasté en este libro, el cual, porque fuese mas cierto y verdadero, se hizo en la misma guerra y en los mismos pasos y sitios, escribiendo muchas veces en cuero por falta de papel, y en pedazos de cartas, algunos tan pequeños, que apenas cabian seis versos; que no me costó después poco trabajo juntarlos; y por esto, y por la humildad con que va la obra, como criada en tan pobres pañales, acompañándola el celo y la intencion con que se hizo, espero que será parte para poder sufrir quien la leyere las faltas que lleva. Y si á

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alguno le pareciere que me muestro algo inclinado á la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías más extendidamente de lo que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y cierto es cosa de admiracion que, no poseyendo los araucanos mas de veinte leguas de término, sin tener en todo él pueblo formado ni muro ni casa fuerte para su reparo, ni armas, á lo menos defensivas, que la prolija guerra y españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinación hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre, así suya como de españoles, que con verdad se puede decir haber pocos lugares que no estén della teñidos y poblados de huesos, no faltando á los muertos quien les suceda en llevar su opinion adelante. Pues los hijos, ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural rabia que los mueve y el valor que dellos heredaron, acelerando el curso de los años, antes de tiempo tomando las armas, se ofrecen al rigor de la guerra. Y es tanta la falta de gente, por la mucha que ha muerto en esta demanda, que para hacer mas cuerpo y henchir los escuadrones, vienen tambien las mujeres á la guerra, y peleando algunas veces como varones, se entregan con grande ánimo á la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno de mayor loor del que yo le podré dar con mis versos. Y pues, como dije arriba, hay ahora en España cantidad de personas que se hallaron en muchas cosas de las que aquí escribo, á ellas remito la defensa de mi obra en esta parte, y á los que la leyeren se la encomiendo.

CANTO I

El cual declara el asiento y descripción de la provincia de Chile, y estado del Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen; y asimismo trata en suma de la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar

No las damas, amor, no gentilezas
De caballeros canto enamorados,
Ni las muestras, regalos y ternezas
De amorosos afectos y cuidados;
Mas el valor, los hechos, las proezas
De aquellos españoles esforzados,
Que á la cerviz de Arauco no domada
Pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré tambien harto notables
De gente que á ningun rey obedecen,
Temerarias empresas memorables
Que celebrarse con razon merecen:
Raras industrias, términos loables
Que mas los españoles engrandecen;
Pues no es el vencedor mas estimado
De aquello en que el vencido es reputado.

Suplícoos, gran Felipe, que mirada
Esta labor de vos sea recibida,
Que de todo valor necesitada
Queda con darse á vos favorecida:
Es relacion sin corromper sacada
De la verdad, cortada á su medida;
No desprecies el don, aunque tan pobre,
Para que autoridad mi verso cobre.

Quiero á señor tan alto dedicarlo
Porque este atrevimiento lo sostenga,
Tomando esta manera de ilustrarlo
Para que quien lo viere en mas lo tenga;
Y si esto no bastare á no tacharlo,
A lo menos confuso se detenga,
Pensando que pues va á vos dirigido,
Que debe de llevar algo escondido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

alguno le pareciere que me muestro algo inclinado á la parte de los araucanos, tratando sus cosas y valentías más extendidamente de lo que para bárbaros se requiere; si queremos mirar su crianza, costumbres, modos de guerra y ejercicio della, veremos que muchos no les han hecho ventaja, y que son pocos los que con tan gran constancia y firmeza han defendido su tierra contra tan fieros enemigos como son los españoles. Y cierto es cosa de admiracion que, no poseyendo los araucanos mas de veinte leguas de término, sin tener en todo él pueblo formado ni muro ni casa fuerte para su reparo, ni armas, á lo menos defensivas, que la prolija guerra y españoles las han gastado y consumido, y en tierra no áspera, rodeada de tres pueblos españoles y dos plazas fuertes en medio della, con puro valor y porfiada determinación hayan redimido y sustentado su libertad, derramando en sacrificio della tanta sangre, así suya como de españoles, que con verdad se puede decir haber pocos lugares que no estén della teñidos y poblados de huesos, no faltando á los muertos quien les suceda en llevar su opinion adelante. Pues los hijos, ganosos de la venganza de sus muertos padres, con la natural rabia que los mueve y el valor que dellos heredaron, acelerando el curso de los años, antes de tiempo tomando las armas, se ofrecen al rigor de la guerra. Y es tanta la falta de gente, por la mucha que ha muerto en esta demanda, que para hacer mas cuerpo y henchir los escuadrones, vienen tambien las mujeres á la guerra, y peleando algunas veces como varones, se entregan con grande ánimo á la muerte. Todo esto he querido traer para prueba y en abono del valor destas gentes, digno de mayor loor del que yo le podré dar con mis versos. Y pues, como dije arriba, hay ahora en España cantidad de personas que se hallaron en muchas cosas de las que aquí escribo, á ellas remito la defensa de mi obra en esta parte, y á los que la leyeren se la encomiendo.

CANTO I

El cual declara el asiento y descripción de la provincia de Chile, y estado del Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen; y asimismo trata en suma de la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar

No las damas, amor, no gentilezas
De caballeros canto enamorados,
Ni las muestras, regalos y ternezas
De amorosos afectos y cuidados;
Mas el valor, los hechos, las proezas
De aquellos españoles esforzados,
Que á la cerviz de Arauco no domada
Pusieron duro yugo por la espada.

Cosas diré tambien harto notables
De gente que á ningun rey obedecen,
Temerarias empresas memorables
Que celebrarse con razon merecen:
Raras industrias, términos loables
Que mas los españoles engrandecen;
Pues no es el vencedor mas estimado
De aquello en que el vencido es reputado.

Suplícoos, gran Felipe, que mirada
Esta labor de vos sea recibida,
Que de todo valor necesitada
Queda con darse á vos favorecida:
Es relacion sin corromper sacada
De la verdad, cortada á su medida;
No desprecies el don, aunque tan pobre,
Para que autoridad mi verso cobre.

Quiero á señor tan alto dedicarlo
Porque este atrevimiento lo sostenga,
Tomando esta manera de ilustrarlo
Para que quien lo viere en mas lo tenga;
Y si esto no bastare á no tacharlo,
A lo menos confuso se detenga,
Pensando que pues va á vos dirigido,
Que debe de llevar algo escondido.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
Biblioteca Valverde y Tellez

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y haberme en vuestra casa yo criado,
¡Que crédito me da por otra parte!
Hará mi torpe estilo delicado,
Y lo que va sin orden, lleno de arte;
Así, de tantas cosas animado,
La pluma entregaré al furor de Marte:
Dad orejas, señor, á lo que digo,
Que soy de parte dello buen testigo.

Chile, fértil provincia y señalada,
En la region antártica famosa,
De remotas naciones respetada
Por fuerte, principal y poderosa:
La gente que produce es tan granada,
Tan soberbia, gallarda y belicosa,
Que no ha sido por rey jamás regida,
Ni á estranjero dominio sometida.

Es Chile norte sur de gran longura
Costa del nuevo mar del Sur llamado,
Tendrá del leste á oeste de angostura
Cien millas por lo mas ancho tomado:
Bajo del polo antártico en altura
De veinte y siete grados prolongado,
Hasta do el mar Océano y chileno
Mezclan sus aguas por angosto seno.

Y estos dos anchos mares, que pretenden
Pasando de sus términos juntarse,
Baten las rocas y sus olas tienden;
Mas esles impedido el allegarse:
Por esta parte al fin la tierra hienden,
Y pueden por aquí comunicarse.
Magallanes, señor, fué el primer hombre
Que abriendo este camino le dió nombre.

Por falta de pilotos, ó encubierta
Causa, quizá importante y no sabida,
Esta secreta senda descubierta
Quedó para nosotros escondida,
Ora sea yerro de la altura cierta,
Ora que alguna isleta removida
Del tempestuoso mar y viento airado,
Encallando en la boca, la ha cerrado.

Digo que norte sur corre la tierra,
Y báñala del oeste la marina;
A la banda del leste va una sierra
Que el mismo rumbo mil leguas camina:
En medio es donde el punto de la guerra
Por uso y ejercicio mas se afina;
Venus y Amor aquí no alcanzan parte;
Solo domina el iracundo Marte.

Pues en este distrito demarcado,
Por donde su grandeza es manifiesta,
Está á treinta y seis grados el estado
Que tanta sangre ajena y propia cuesta:
Este es el fiero pueblo no domado
Que tuvo á Chile en tal estrecho puesta,
Y aquel que por valor y pura guerra
Hace en torno temblar toda la tierra.

Es Arauco, que basta, el cual sujeto
Lo mas deste gran término tenia,
Con tanta fama, crédito y conceto,
Que del un polo al otro se estendia;
Y puso al español en tal aprieto
Cual presto se verá en la carta mia:
Veinte leguas contienen sus mojones,
Poséenla diez y seis fuertes varones.

De diez y seis caciques y señores
Es el soberbio estado poseido,
En militar estudio los mejores
Que de bárbaras madres han nacido:
Reparo de su patria y defensores,
Ninguno en el gobierno preferido;
Otros caciques hay, mas por valientes
Son estos en mandar los preeminentes.

Solo al señor de imposicion le viene
Servicio personal de sus vasallos,
Y en cualquiera ocasion cuando conviene
Puede por fuerza al débito apremiallos;
Pero así obligacion el señor tiene
En las cosas de guerra dotrinallos
Con tal uso, cuidado y disciplina,
Que son maestros después desta doctrina.

En lo que usan los niños en teniendo
Habilidad y fuerza provechosa,
Es que un trecho seguido han de ir corriendo
Por una áspera cuesta pedregosa;
Y al puesto y fin del curso revolviendo,
Le dan al vencedor alguna cosa;
Vienen á ser tan sueltos y alentados,
Que alcanzan por aliento los venados.

Y desde la niñez al ejercicio
Los apremian por fuerza y los incitan,
Y en el bélico estudio y duro oficio
Entrando en mas edad los ejercitan:
Si alguno de flaqueza da un indicio,
Del uso militar lo inhabilitan,
Y el que sale en las armas señalado
Conforme á su valor le dan el grado.

Los cargos de la guerra y preeminencia
No son por flacos medios proveidos,
Ni van por calidad ni por herencia,
Ni por hacienda y ser mejor nacidos;
Mas la virtud del brazo y la escelencia,
Esta hace los hombres preferidos,
Esta ilustra, habilita, perficiona,
Y quilata el valor de la persona.

Los que están á la guerra dedicados
No son á otro servicio constreñidos,
Del trabajo y labranza reservados,
Y de la gente baja mantenidos;
Pero son por las leyes obligados
De estar á punto de armas proveidos,
Y á saber diestramente gobernallas
En las lícitas guerras y batallas.

Las armas dellos mas ejercitadas
Son picas, alabardas y lanzones,
Con otras puntas largas enastadas
De la faccion y forma de punzones:
Hachas, martillos, mazas barreadas,
Dardos, sarjentas, flechas y bastones,
Lazos de fuertes mimbres y bejucos,
Tiros arrojadizos y trabucos.

Algunas destas armas han tomado
De los cristianos nuevamente agora,
Que el continuo ejercicio y el cuidado
Enseña y aprovecha cada hora;
Y otras segun los tiempos inventado,
Que es la necesidad grande inventora,
Y el trabajo solícito en las cosas
Maestro de invenciones ingeniosas.

Tienen fuertes y dobles coseletes,
Arma comun á todos los soldados,
Y otros á la manera de sayetes,
Que son aunque modernos mas usados:
Grevas, brazales, golas, capacetes
De diversas hechuras encajados,
Hechos de piel curtida y duro cuero,
Que no basta á ofenderle el fino acero.

Cada soldado una arma solamente
Ha de aprender, y en ella ejercitarse,
Y es aquella á que más naturalmente
En la niñez mostrare aficionarse:
Desta sola procura diestramente
Saberse aprovechar, y no empacharse
En jugar de la pica el que es flechero,
Ni de la maza y flechas el piquero.

Hacen su campo, y muéstranse en formados
Escuadrones distintos muy enteros,
Cada hila de mas de cien soldados,
Entre una pica y otra los flecheros,
Que de lejos ofenden desmandados
Bajo la protección de los piqueros,
Que van hombro con hombro como digo
Hasta medir á pica al enemigo.

Si el escuadron primero que acomete
Por fuerza viene á ser desbaratado,
Tan presto á socorrerle otro se mete,
Que casi no da tiempo á ser notado;
Si aquel se desbarata, otro arremete,
Y estando ya el primero reformado,
Moverse de su término no puede
Hasta ver lo que al otro le sucede.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De pantanos procuran guarnecerse
Por el daño y temor de los caballos,
Donde suelen á veces acogerse,
Si viene á suceder desbaratallos:
Allí pueden seguros rehacerse,
Ofenden sin que puedan enojallos,
Que el falso sitio y gran inconveniente
Impide la llegada á nuestra gente.

Del escuadron se van adelantando
Los bárbaros que son sobresalientes,
Soberbios cielo y tierra despreciando,
Ganosos de estremarse por valientes:
Las picas por los cuentos arrastrando,
Poniéndose en posturas diferentes,
Diciendo: si hay valiente algun cristiano,
Salga luego adelante mano á mano.

Hasta treinta ó cuarenta en compañía
Ambiciosos de crédito y loores
Vienen con grande orgullo y bizarría
Al son de presurosos atambores:
Las armas matizadas á porfía
Con varias y finísimas colores,
De poblados penachos adornados,
Saltando acá y allá por todos lados.

Hacen fuerzas ó fuertes cuando entienden
Ser el lugar y sitio en su provecho,
O si ocupar un término pretenden,
O por algun aprieto y grande estrecho;
De do mas á su salvo se defienden,
Y salen de rebato á caso hecho,
Recogiéndose á tiempo al sitio fuerte
Que su forma y hechura es desta suerte:

Señalado el lugar, hecha la traza,
De poderosos árboles labrados
Cercan una cuadrada y ancha plaza
En valientes estacas afirmados,
Que á los de fuera impide y embaraza
La entrada y combatir, porque guardados
Del muro los de dentro, fácilmente
De mucha se defiende poca gente.

Solian antiguamente de tablones
Hacer dentro del fuerte otro apartado,
Puestos de trecho en trecho unos troncones
En los cuales el muro iba fijado,
Con cuatro levantados torreones
A caballero del primer cercado,
De pequeñas troneras lleno el muro
Para jugar sin miedo y mas seguro.

En torno desta plaza poco trecho
Cercan de espesos hoyos por defuera,
Cuál es largo, cuál ancho, cuál estrecho,
Y así van sin faltar desta manera;
Para el incauto mozo que de hecho
Apresura el caballo en la carrera
Tras el astuto bárbaro engañoso,
Que le mete en el cerco peligroso.

También suelen hacer hoyos mayores
Con estacas agudas en el suelo,
Cubiertos de carrizo, yerba y flores,
Porque puedan picar mas sin recelo;
Allí los indiscretos corredores,
Teniendo solo por remedio el cielo
Se sumen dentro y quedan enterrados
En las agudas puntas estacados.

De consejo y acuerdo una manera
Tienen de tiempo antiguo acostumbrada,
Que es hacer un convite y borrachera
Cuando sucede cosa señalada;
Y así á cualquier señor que la primera
Nueva de tal suceso le es llegada,
Despacha con presteza embajadores
A todos los caciques y señores,

Haciéndoles saber cómo se ofrece
Necesidad y tiempo de juntarse;
Pues á todos les toca y pertenece,
Que es bien con brevedad comunicarse:
Segun el caso, así se lo encarece,
Y el daño que se sigue dilatarse;
Lo cual visto que á todos les conviene,
Ninguno venir puede que no viene.

Juntos pues los caciques del senado,
Propóneles el caso nuevamente,
El cual por ellos visto y ponderado
Se trata del remedio conveniente;
Y resueltos en uno y decretado,
Si alguno de opinion es diferente,
No puede en cuanto al débito eximirse,
Que allí la mayor voz ha de seguirse.

Después que cosa en contra no se halla,
Se va el nuevo decreto declarando
Por la gente comun y de canalla,
Que alguna novedad está aguardando:
Si viene á averiguarse por batalla,
Con gran rumor lo van manifestando
De trompas y atambores altamente,
Porque á noticia venga de la gente.

Tienen un plazo puesto y señalado
Para se ver sobre ello y remirarse;
Tres dias se han de haber ratificado
En la difinicion sin retratarse;
Y el franco y libre término pasado
Es de ley imposible revocarse,
Y así como forzoso acaecimiento
Se disponen al nuevo movimiento.

Hácese este concilio en un gracioso
Asiento en mil florestas escogido,
Donde se muestra el campo mas hermoso
De infinidad de flores guarnecido;
Allí de un viento fresco y amoroso
Los árboles se mueven con ruido,
Cruzando muchas veces por el prado
Un claro arroyo limpio y sosegado,

Do una fresca y altísima alameda
Por orden y artificio tienen puesta
En torno de la plaza y ancha rueda,
Capaz de cualquier junta y grande fiesta,
Que convida á descanso, y al sol veda
La entrada y paso en la enojosa siesta,
Allí se oye la dulce melodía
Del canto de las aves y armonía.

Gente es sin Dios, ni ley, aunque respeta
A aquel que fué del cielo derribado,
Que como á poderoso y gran profeta
Es siempre en sus cantares celebrado:
Invocan su furor con falsa seta,
Y á todos sus negocios es llamado,
Teniendo cuanto dice por seguro
Del próspero suceso ó mal futuro.

Y cuando quieren dar una batalla
Con él lo comunican en su rito;
Si no responde bien, dejan de dalla,
Aunque mas les insista el apetito:
Caso grave y negocio no se halla
Do no sea convocado este maldito;
Llámanle *Eponamon*, y comunmente
Dan este nombre á alguno si es valiente.

Usan el falso oficio de hechiceros,
Ciencia á que naturalmente se inclinan
En señales mirando y en agüeros
Por las cuales sus cosas determinan:
Veneran á los necios agoreros
Que los casos futuros adivinan;
El agüero acrecienta su osadía,
Y les infunde miedo y cobardía.

Algunos de estos son predicadores
Tenidos en sagrada reverencia,
Que solo se mantienen de loores,
Y guardan vida estrecha y abstinencia:
Estos son los que ponen en errores
Al liviano comun con su elocuencia,
Teniendo por tan cierta su locura
Como nos la evangélica Escritura.

Y estos que guardan orden algo estrecha
No tienen ley, ni Dios, ni que hay pecados;
Mas solo aquel vivir les aprovecha
De ser por sabios hombres reputados;
Pero la espada, lanza, el arco y flecha,
Tienen por mejor ciencia otros soldados,
Diciendo que el agüero alegre ó triste
En la fuerza y el ánimo consiste.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En fin, el hado y clima desta tierra,
Si su estrella y pronóstico se miran,
Es contienda, furor, discordia, guerra,
Y á solo esto los ánimos aspiran:
Todo su bien y mal aquí se encierra,
Son hombres que de súbito se airan,
De condición feroces, impacientes,
Amigos de domar estrañas gentes.

Son de gestos robustos, desbarbados,
Bien formados los cuerpos y crecidos,
Espaldas grandes, pechos levantados,
Recios miembros, de nervos bien fornidos:
Agiles, desenvueltos, alentados,
Animosos, valientes, atrevidos,
Duros en el trabajo, y sufridores
De frios mortales, hambres y calores.

No ha habido rey jamás que sujetase
Esta soberbia gente libertada,
Ni estranjera nacion que se jactase
De haber dado en sus términos pisada,
Ni comarcana tierra que se osase
Mover en contra y levantar espada,
Siempre fué exenta, indómita, temida,
De leyes libre, de cerviz erguida.

El potente rey Inga aventajado
En todas las antárticas regiones,
Fué un señor en estremo aficionado
A ver y conquistar nuevas naciones,
Y por la gran noticia del estado
A Chile despachó sus orejones;
Mas la parlera fama desta gente
La sangre les templó y ánimo ardiente.

Pero los nobles Ingas valerosos
Los despoblados ásperos rompieron,
Y en Chile algunos pueblos belicosos
Por fuerza á servidumbre los trujeron,
A do leyes y edictos trabajosos
Con dura mano armada introdujeron,
Haciéndoles con fueros disolutos
Pagar grandes subsidios y tributos.

Dado asiento en la tierra, y reformado
El campo con ejército pujante,
En demanda del reino deseado
Movieron sus escuadras adelante:
No hubieron muchas millas caminado,
Cuando entendieron que era semejante
El valor á la fama que alcanzada
Tenia el pueblo araucano por la espada.

Los promances de Maule que supieron
El vano intento de los Ingas vanos,
Al paso y duro encuentro les salieron,
No menos en buen orden que lozanos;
Y las cosas de suerte sucedieron,
Que llegando estas gentes á las manos
Murieron infinitos orejones,
Perdiendo el campo y todos los pendones.

Los indios promaucaes es una gente,
Que está cien millas antes del estado,
Brava, soberbia, próspera y valiente,
Que bien los españoles la han probada;
Pero con cuanto digo, es diferente
De la fiera nacion, que cotejado
El valor de las armas y escelencia,
Es grande la ventaja y diferencia.

Los Ingas que la fuerza conocian
Que en la provincia indómita se encierra,
Y cuán poco á los brazos ganarian
Llevada al cabo la empezada guerra;
Visto el errado intento que traian
Desamparando la ganada tierra,
Volvieron á los pueblos que dejaron
Donde por algun tiempo reposaron.

Pues don Diego de Almagro, adelantado
Que en otras mil conquistas se habia visto;
Por sabio en todas ellas reputado,
Animoso, valiente, franco y quisto,
A Chile caminó determinado
De estender y ensanchar la fe de Cristo;
Pero en llegando al fin deste camino
Dar en breve la vuelta le convino.

A solo el de Valdivia esta vitoria
Con justa y gran razon le fué otogada,
Y es bien que se celebre su memoria,
Pues pudo adelantar tanto su espada:
Este alcanzó en Arauco aquella gloria
Que de nadie hasta allí fuera alcanzada;
La altiva gente al grave yugo trujo
Y en opresion la libertad redujo.

Con una espada y capa solamente
Ayudado de industria que tenia,
Hizo con brevedad de buena gente
Una lucida y gruesa compañía:
Y con designio y ánimo valiente
Toma de Chile la derecha via,
Resuelto en acabar desta salida
La demanda difícil ó la vida.

Vióse en el largo y áspero camino
Por la hambre, sed y frio en gran estrecho;
Pero con la constancia que convino
Puso al trabajo el animoso pecho;
Y el diestro hado y próspero destino
En Chile le metieron, á despecho
De cuantos estorbarlo procuraron,
Que en su daño las armas levantaron.

Tuvo á la entrada con aquellas gentes
Batallas y rencuentros peligrosos
En tiempos y lugares diferentes,
Que estuvieron los fines muy dudosos;
Pero al cabo por fuerza los valientes
Españoles con brazos valerosos,
Siguiendo el hado y con rigor la guerra,
Ocuparon gran parte de la tierra.

No sin gran riesgo y pérdidas de vidas
Asediados seis años sostuvieron,
Y de incultas raices desabridas
Los trabajados cuerpos mantuvieron,
Do á las bárbaras armas oprimidas
A la española devoción trujeron
Por ánimo constante y raras pruebas,
Criando en los trabajos fuerzas nuevas.

Después entró Valdivia conquistando
Con esfuerzo y espada rigurosa,
Los promaucaes por fuerza sujetando,
Curios, cauquenes, gente belicosa;
Y el Maule y raudo Itata atravesando
Llegó al Andalïen, do la famosa
Ciudad fundó de muros levantada,
Felice en poco tiempo y desdichada.

Una batalla tuvo aquí sangrienta
Donde á punto llegó de ser perdido;
Pero Dios le acorrió en aquella afrenta,
Que todas las demás le había acorrido:
Otros dello darán mas larga cuenta,
Que les está este cargo cometido:
Allí fué preso el bárbaro Aïnavillo,
Honor de los pencones y caudillo.

De allí llegó al famoso Biobío
El cual divide á Penco del estado,
Que del Nibequetén copioso rio
Y de otros viene al mar acompañado:
De donde con presteza y nuevo brío,
En orden buena y escuadron formado,
Pasó de Andalicán la áspera sierra,
Pisando la araucana y fértil tierra.

No quiero detenerme mas en esto,
Pues que no es mi intencion dar pesadumbre,
Y así pienso pasar por todo presto
Huyendo de importunos la costumbre:
Digo con tal intento y presupuesto,
Que antes que los de Arauco á servidumbre
Viniesen, fueron tantas las batallas,
Que dejo de prolijas de contallas.

Ayudó mucho el ignorante engaño
De ver en animales corregidos
Hombres que por milagro y caso estraño
De la region celeste eran venidos;
Y del súbito estruendo y grave daño
De los tiros de pólvora sentidos,
Como á inmortales dioses los temían,
Que con ardientes rayos combatían.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los españoles hechos hazañosos
El error confirmaban de inmortales,
Afirmando los mas supersticiosos
Por los presentes los futuros males:
Y así tibios, suspensos y dudosos,
Viendo de su opresion claras señales,
Debajo de hermandad y fe jurada
Dió Arauco la obediencia jamás dada.

Dejando allí el seguro suficiente,
Adelante los nuestros caminaron;
Pero todas las tierras llanamente,
Viendo á Arauco sujeta, se entregaron;
Y reduciendo á su opinion gran gente,
Siete ciudades prósperas fundaron,
Coquimbo, Penco, Angol y Santiago,
La Imperial, Villarica y la del Lago.

El felice suceso, la vitoria,
La fama y posesiones que adquirian
Los trajo á tal soberbia y vanagloria,
Que en mil leguas diez hombres no cabian;
Sin pasarles jamás por la memoria,
Que en siete piés de tierra al fin habian
De venir á caber sus hinchazones,
Su gloria vana y vanas pretensiones.

Crecian los intereses y malicia
A costa del sudor y daño ajeno,
Y la hambrienta y mísera codicia
Con libertad paciendo iba sin freno:
La ley, derecho, el fuero y la justicia
Era lo que Valdivia habia por bueno,
Remiso en graves culpas y piadoso,
Y en los casos livianos riguroso.

Así el ingrato pueblo castellano
En mal y estimación iba creciendo,
Y siguiendo el soberbio intento vano
Tras su fortuna próspera corriendo;
Pero el Padre del cielo soberano
Atajó este camino, permitiendo
Que aquel á quien él mismo puso el yugo,
Fuese el cuchillo y áspero verdugo.

El estado araucano acostumbrado
A dar leyes, mandar y ser temido,
Viéndose de su trono derribado,
Y de mortales hombres oprimido;
De adquirir libertad determinado
Reprobando el subsidio padecido,
Acude al ejercicio de la espada
Ya por la paz ociosa desusada.

Dieron señal primero y nuevo tiento,
Por ver con qué rigor se tomaria,
En dos soldados nuestros, que á tormento
Mataron sin razon y causa un dia:
Disimulóse aquel atrevimiento,
Y con esto crecióles la osadía;
No aguardando á mas tiempo, abiertamente
Comienzan á llamar y juntar gente.

Principio fué del daño no pensado
El no tomar Valdivia presta enmienda
Con ejemplar castigo del estado;
Pero nadie castiga en su hacienda.
El pueblo sin temor, desvergonzado,
Con nueva libertad rompe la rienda
Del homenaje hecho y la promesa,
Como el segundo canto aquí lo espresa.

CANTO II

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la elección de capitán general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo que han llegado
A la engañosa alteza desta vida,
Que fortuna los ha siempre ayudado,
Y dádoles la mano á la subida;
Para después de haberlos levantado
Derribarlos con mísera caida,
Cuando es mayor el golpe y sentimiento,
Y menos el pensar que hay mudamiento.

No entienden con la próspera bonanza
Que el contento es principio de tristeza,
No miran en la súbita mudanza
Del consumidor tiempo y su presteza;
Mas con altiva y vana confianza
Quieren que en su fortuna haya firmeza,
La cual de su aspereza no olvidada
Revuelve con la vuelta acostumbrada.

Con un revés de todo se desquita,
Que no quiere que nadie se le atreva;
Y mucho mas que da siempre les quita,
No perdonando cosa vieja y nueva:
De crédito y de honor los necesita;
Que en el fin de la vida está la prueba,
Por el cual han de ser todos juzgados,
Aunque lleven principios acertados.

Del bien perdido al cabo ¿qué nos queda,
Sino pena, dolor y pesadumbre?
Pensar que en él fortuna ha de estar queda
Antes dejará el sol de darnos lumbre:
Que no es su condicion fijar la rueda,
Y es malo de mudar vieja costumbre;
El mas seguro bien de la fortuna
Es no haberla tenido vez alguna.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

Los españoles hechos hazañosos
El error confirmaban de inmortales,
Afirmando los mas supersticiosos
Por los presentes los futuros males:
Y así tibios, suspensos y dudosos,
Viendo de su opresion claras señales,
Debajo de hermandad y fe jurada
Dió Arauco la obediencia jamás dada.

Dejando allí el seguro suficiente,
Adelante los nuestros caminaron;
Pero todas las tierras llanamente,
Viendo á Arauco sujeta, se entregaron;
Y reduciendo á su opinion gran gente,
Siete ciudades prósperas fundaron,
Coquimbo, Penco, Angol y Santiago,
La Imperial, Villarica y la del Lago.

El felice suceso, la vitoria,
La fama y posesiones que adquirian
Los trajo á tal soberbia y vanagloria,
Que en mil leguas diez hombres no cabian;
Sin pasarles jamás por la memoria,
Que en siete piés de tierra al fin habian
De venir á caber sus hinchazones,
Su gloria vana y vanas pretensiones.

Crecian los intereses y malicia
A costa del sudor y daño ajeno,
Y la hambrienta y mísera codicia
Con libertad paciendo iba sin freno:
La ley, derecho, el fuero y la justicia
Era lo que Valdivia habia por bueno,
Remiso en graves culpas y piadoso,
Y en los casos livianos riguroso.

Así el ingrato pueblo castellano
En mal y estimación iba creciendo,
Y siguiendo el soberbio intento vano
Tras su fortuna próspera corriendo;
Pero el Padre del cielo soberano
Atajó este camino, permitiendo
Que aquel á quien él mismo puso el yugo,
Fuese el cuchillo y áspero verdugo.

El estado araucano acostumbrado
A dar leyes, mandar y ser temido,
Viéndose de su trono derribado,
Y de mortales hombres oprimido;
De adquirir libertad determinado
Reprobando el subsidio padecido,
Acude al ejercicio de la espada
Ya por la paz ociosa desusada.

Dieron señal primero y nuevo tiento,
Por ver con qué rigor se tomaria,
En dos soldados nuestros, que á tormento
Mataron sin razon y causa un dia:
Disimulóse aquel atrevimiento,
Y con esto crecióles la osadía;
No aguardando á mas tiempo, abiertamente
Comienzan á llamar y juntar gente.

Principio fué del daño no pensado
El no tomar Valdivia presta enmienda
Con ejemplar castigo del estado;
Pero nadie castiga en su hacienda.
El pueblo sin temor, desvergonzado,
Con nueva libertad rompe la rienda
Del homenaje hecho y la promesa,
Como el segundo canto aquí lo espresa.

CANTO II

Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la elección de capitán general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los españoles tuvieron.

Muchos hay en el mundo que han llegado
A la engañosa alteza desta vida,
Que fortuna los ha siempre ayudado,
Y dádoles la mano á la subida;
Para después de haberlos levantado
Derribarlos con mísera caida,
Cuando es mayor el golpe y sentimiento,
Y menos el pensar que hay mudamiento.

No entienden con la próspera bonanza
Que el contento es principio de tristeza,
No miran en la súbita mudanza
Del consumidor tiempo y su presteza;
Mas con altiva y vana confianza
Quieren que en su fortuna haya firmeza,
La cual de su aspereza no olvidada
Revuelve con la vuelta acostumbrada.

Con un revés de todo se desquita,
Que no quiere que nadie se le atreva;
Y mucho mas que da siempre les quita,
No perdonando cosa vieja y nueva:
De crédito y de honor los necesita;
Que en el fin de la vida está la prueba,
Por el cual han de ser todos juzgados,
Aunque lleven principios acertados.

Del bien perdido al cabo ¿qué nos queda,
Sino pena, dolor y pesadumbre?
Pensar que en él fortuna ha de estar queda
Antes dejará el sol de darnos lumbre:
Que no es su condicion fijar la rueda,
Y es malo de mudar vieja costumbre;
El mas seguro bien de la fortuna
Es no haberla tenido vez alguna.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

Esto verse podrá por esta historia,
Ejemplo dello aquí puede sacarse,
Que no bastó riqueza, honor y gloria,
Con todo el bien que puede desearse,
A llevar adelante la vitoria;
Que el claro cielo al fin vino á turbarse,
Mudando la fortuna en triste estado
El curso y orden próspera del hado.

La gente nuestra ingrata se hallaba
En la prosperidad que arriba cuento,
Y en otro mayor bien que me olvidaba,
Hallado en pocas casas, que es contento:
De tal manera en él se descuidaba,
Cierta señal de triste acaecimiento,
Que en una hora perdió el honor y estado,
Que en mil años de afán habia ganado.

Por dioses, como dije, eran tenidos
De los indios los nuestros; pero olieron
Que de mujer y hombre eran nacidos,
Y todas sus flaquezas entendieron:
Viéndolos á miserias sometidos
El error ignorante conocieron,
Ardiendo en viva rabia avergonzados
Por verse de mortales conquistados.

No queriendo á mas plazo diferirlo,
Entre ellos comenzó luego á tratarse,
Que para en breve tiempo concluirlo,
Y dar el modo y orden de vengarse,
Se junten á consulta á difinirlo;
Do venga la sentencia á pronunciarse
Dura, ejemplar, cruel, irrevocable,
Horrenda á todo el mundo y espantable.

Iban ya los caciques ocupando
Los campos con la gente que marchaba;
Y no fué menester general bando,
Que el deseo de la guerra los llamaba
Sin promesas, ni pagas, deseando
El esperado tiempo que tardaba
Para el decreto y áspero castigo
Con muerte y destruicion del enemigo.

De algunos que en la junta se hallaron
Es bien que haya memoria de sus nombres,
Que siendo incultos bárbaros ganaron
Con no poca razon claros renombres:
Pues en tan breve término alcanzaron
Grandes vitorias de notables hombres,
Que dellas darán fe los que vivieren,
Y los muertos allá donde estuvieren.

Tucapel se llamaba aquel primero
Que al plazo señalado habia venido:
Este fué de cristianos carnicero,
Siempre en su enemistad endurecido;
Tiene tres mil vasallos el guerrero
De todos como rey obedecido.
Ongol luego llegó, mozo valiente,
Gobierna cuatro mil, lucida gente.

Cayocupil, cacique bullicioso,
No fué el postrero que dejó su tierra,
Que allí llegó el tercero, deseoso
De hacer á todo el mundo él solo guerra:
Tres mil vasallos tiene este famoso
Usados tras las fieras en la sierra.
Millarapué, aunque viejo, el cuarto vino,
Que cinco mil gobierna de contino.

Paicabí se juntó aquel mismo dia,
Tres mil diestros soldados señorea;
No lejos Lemolemo dél venia,
Que tiene seis mil hombres de pelea.
Mareguano, Gualemo y Lebopia
Se dan priesa á llegar, porque se vea
Que quieren ser en todo los primeros:
Gobiernan estos tres tres mil guerreros.

No se tardó en venir pues Elicúra,
Que al tiempo y plazo puesto habia llegado,
De gran cuerpo, robusto en la hechura,
Por uno de los fuertes reputado:
Dice, que ser sujeto es gran locura
Quien seis mil hombres tiene á su mandado.
Luego llegó el anciano Colocolo,
Otros tantos y mas rige este solo.

Tras este á la consulta Ongolmo viene,
Que cuatro mil guerreros gobernaba.
Purén en arribar no se detiene,
Seis mil súbditos este administraba;
Pasados de seis mil Lincoya tiene,
Que bravo y orgulloso ya llegaba,
Diestro, gallardo, fiero en el semblante,
De proporcion y altura de gigante.

Peteguelén, cacique señalado,
Que el gran valle de Arauco le obedece
Por natural señor, y así el estado
Este nombre tomó segun parece,
Como Venecia pueblo libertado
Que en todo aquel gobierno mas florece
Tomando el nombre dél la señoría,
Así guarda el estado el nombre hoy día.

Este no se halló personalmente
Por estar impedido de cristianos;
Pero de seis mil hombres que él valiente
Gobierna, naturales araucanos,
Acudió desmandada alguna gente
A ver si es menester mandar las manos.
Caupolicán el fuerte no venia,
Que toda Pilmaiquén le obedecia.

Tomé y Andalicán también vinieron,
Que eran del araucano regimiento,
Y otros muchos caciques acudieron,
Que por no ser prolijo no los cuento.
Todos con leda faz se recibieron
Mostrando en verse juntos gran contento:
Después de razonar en su venida
Se comenzó la espléndida comida.

Al tiempo que el beber furioso andaba,
Y mal de las tinajas el partido,
De palabra en palabra se llegaba
A encenderse entre todos gran ruido:
La razon uno de otro no escuchaba;
Sabida la ocasión do habia nacido,
Vino sobre cuál era el mas valiente
Y digno del gobierno de la gente.

Así creció el furor, que derribando
Las mesas de manjares ocupadas,
Aguijan á las armas, desgajando
Las ramas al depósito obligadas;
Y dellas se aperciben, no cesando
Palabras peligrosas y pesadas,
Que atizaban la cólera encendida
Con el calor del vino y la comida.

El audaz Tucapel claro decia
Que el cargo de mandar le pertenece,
Pues todo el universo conocia
Que si va por valor, que lo merece:
«Ninguno se me iguala en valentía,
De mostrarlo estoy presto si se ofrece,
Añade el jactancioso, á quien quisiere;
Y á aquel que esta razón contradijere...»

Sin dejarle acabar, dijo Elicura:
«A mí es dado el gobierno desta danza,
Y el simple que intentare otra locura
Ha de probar el hierro de mi lanza.»
Ongolmo, que el primero ser procura,
Dice: «Yo no he perdido la esperanza
En tanto que este brazo sustentare,
Y con él la ferrada gobernare.»

De cólera Lincoya y rabia insano
Responde: «Tratar deso es devaneo,
Que ser señor del mundo es en mi mano
Si en ella libre este baston poseo.»—
«Ninguno, dice Angol, será tan vano,
Que ponga en igualárseme el deseo;
Pues es mas el temor que pasaria,
Que la gloria que el hecho le daria.»

Cayocupi furioso y arrogante
La maza esgrime haciéndose á lo largo,
Diciendo: «Yo veré quien es bastante
A dar de lo que ha dicho mas descargo;
Hacéos los pretensores adelante,
Veremos de cuál dellos es el cargo;
Que de probar aquí luego me ofrezco,
Que mas que todos juntos le merezco.»—

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Alto, sus, que yo acepto el desafío,
Responde Lemolemo, y tengo en nada
Poner á nueva prueba lo que es mio,
Que mas quiero librarlo por la espada:
Mostraré ser verdad lo que porfío
A dos, á cuatro, á seis en la estacada;
Y si todos cuestion quereis conmigo,
Os haré manifiesto lo que digo.»

Purén que estaba aparte, habiendo oido
La plática enconosa y rumor grande,
Diciendo, en medio dellos se ha metido,
Que nadie en su presencia se desmande:
«¿Quién á imaginar es atrevido,
Que donde está Purén mas otro mande?»
La grita y el furor se multiplica,
Quién esgrime la maza, y quién la pica.

Tomé y otros caciques se metieron
En medio destos bárbaros de presto,
Y con dificultad los departieron,
Que no hicieron poco en hacer esto:
De herirse lugar aun no tuvieron,
Y en voz airada, ya el temor pospuesto,
Colocolo, el cacique mas anciano,
A razonar así tomó la mano.

«Caciques, del estado defensores,
Codicia del mandar no me convida
A pesarme de veros pretensores
De cosa que á mi tanto era debida;
Porque segun mi edad, ya veis, señores,
Que estoy al otro mundo de partida;
Mas el amor que siempre os he mostrado
A bien aconsejaros me ha incitado.

»¿Por qué cargos honrosos pretendemos
Y ser en opinion grande tenidos,
Pues que negar al mundo no podemos
Haber sido sujetos y vencidos?
Y en esto averiguarnos no queremos
Estando aun de españoles oprimidos:
Mejor fuera esta furia ejecutalla
Contra el fiero enemigo en la batalla.

»¿Qué furor es el vuestro, ó araucanos,
Que á perdición os lleva sin sentillo?
¿Contra nuestras entrañas teneis manos,
Y no contra el tirano en resistillo?
Teniendo tan á golpe á los cristianos,
¿Volveis contra vosotros el cuchillo?
Si gana de morir os ha movido,
No sea en tan bajo estado y abatido.

»Volved las armas y ánimo furioso
A los pechos de aquellos que os han puesto
En dura sujecion con afrentoso
Partido, á todo el mundo manifiesto;
Lanzad de vos el yugo vergonzoso;
Mostrad vuestro valor y fuerza en esto:
No derrameis la sangre del estado,
Que para redimir nos ha quedado.

»No me pesa de ver la lozanía
De vuestro corazon, antes me esfuerza;
Mas temo que esta vuestra valentía
Por mal gobierno el buen camino tuerza;
Que vuelta entre nosotros la porfía,
Degolleis vuestra patria con su fuerza,
Cortad pues, si ha de ser desa manera,
Esta vieja garganta la primera.

»Que esta flaca persona atormentada
De golpes de fortuna, no procura
Sino el agudo filo de una espada,
Pues no la acaba tanta desventura:
Aquella vida es bien afortunada,
Que la temprana muerte la asegura;
Pero á nuestro bien público atendiendo,
Quiero decir en esto lo que entiendo.

»Pares sois en valor y fortaleza,
El cielo os igualó en el nacimiento,
De linaje, de estado y de riqueza
Hizo á todos igual repartimiento;
Y en singular por ánimo y grandeza
Podeis tener del mundo el regimiento,
Que este precioso don no agradecido
Nos ha al presente término traido.

»En la virtud de vuestro brazo espero
Que puede en breve tiempo remediarse;
Mas ha de haber un capitan primero,
Que todos por él quieran gobernarse:
Este será quien mas un gran madero
Sustentare en el hombro sin pararse;
Y pues que sois iguales en la suerte,
Procure cada cual ser el mas fuerte.»

Ningun hombre dejó de estar atento
Oyendo del anciano las razones,
Y puesto ya silencio al parlamento
Hubo entre ellos diversas opiniones:
Al fin, de general consentimiento,
Siguiendo las mejores intenciones,
Por todos los caciques acordado
Lo propuesto del viejo fué aceptado.

Podria de alguno ser aquí una cosa
Que parece sin término notada;
Y es, que en una provincia poderosa,
En la milicia tanto ejercitada,
De leyes y ordenanzas abundosa,
No hubiese una cabeza señalada
A quien tocase el mando y regimiento,
Sin allegar á tanto rompimiento.

Respondo á esto, que nunca sin caudillo
La tierra estuvo, electo del senado,
Que, como dije, en Penco el Ainavillo
Fué por nuestra nación desbaratado;
Y viniendo de paz en un castillo
Se dice, aunque no es cierto, que un bocado
Le dieron de veneno en la comida,
Donde acabó su cargo con la vida.

Pues el madero súbito traido,
No me atrevo á decir lo que pesaba,
Era un macizo líbano fornido
Que con dificultad se rodeaba:
Paicabí le aferró menos sufrido,
Y en los valientes hombros le afirmaba,
Seis horas lo sostuvo aquel membrudo,
Pero llegar á siete jamás pudo.

Cayocupil al tronco aguija presto,
De ser el mas valiente confiado,
Y encima de los altos hombros puesto
Lo deja á las cinco horas de cansado.
Gualemo lo probó, joven dispuesto,
Mas no pasó de allí; y esto acabado,
Angol el grueso leño tomó luego,
Duró seis horas largas en el juego.

Purén tras él lo trujo medio dia,
Y el esforzado Ongolmo mas de medio,
Y cuatro horas y media Lebopía,
Que de sufrirle mas no hubo remedio:
Lemolemo siete horas le traia,
El cual jamás en todo este comedio
Dejó de andar acá y allá saltando
Hasta que ya el vigor le fué faltando.

Elicura á la prueba se previene,
Y en sustentar el líbano trabaja,
A nueve horas dejarle le conviene,
Que no pudiera mas, si fuera paja;
Tucapelo catorce lo sostiene,
Encareciendo todos la ventaja;
Pero en esto Lincoya apercibido
Mudó en un gran silencio aquel ruido:

De los hombros el manto derribando
Las terribles espaldas descubria,
Y el duro y grave leño levantando
Sobre el fornido asiento le ponia:
Corre lijero aquí y allí mostrando
Que poco aquella carga le impedia;
Era de sol á sol el dia pasado,
Y el peso sustentaba aun no cansado.

Venia aprisa la noche aborrecida
Por la ausencia del sol; pero Diana
Les daba claridad con su salida,
Mostrándose á tal tiempo mas lozana;
Lincoya con la carga no convida,
Aunque ya despuntaba la mañana,
Hasta que llegó el sol al medio cielo,
Que dió con ella entonces en el suelo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No se vió allí persona en tanta gente
Que no quedase atónita de espanto,
Creyendo no haber hombre tan potente
Que la pesada carga sufra tanto:
La ventaja le daban juntamente
Con el gobierno, mando y todo cuanto
A digno general era debido,
Hasta allí justamente merecido.

Ufano andaba el bárbaro contento
De haberse mas que todos señalado;
Cuando Caupolicán á aquel asiento,
Sin gente, á la lijera habia llegado:
Tenia un ojo sin luz de nacimiento
Como un fino granate colorado;
Pero lo que en la vista le faltaba,
En la fuerza y esfuerzo le sobraba.

Era este noble mozo de alto hecho,
Varon de autoridad, grave y severo,
Amigo de guardar todo derecho,
Aspero, riguroso y justiciero,
De cuerpo grande y relevado pecho,
Hábil, diestro, fortísimo y lijero,
Sabio, astuto, sagaz, determinado,
Y en cosas de repente reportado.

Fué con alegre muestra recibido,
Aunque no sé si todos se alegraron;
El caso en esta suma referido
Por su término y puntos le contaron.
Viendo que Apolo ya se habia escondido
En el profundo mar, determinaron
Que la prueba de aquel se dilatase
Hasta que la esperada luz llegase.

Pasábase la noche en gran porfía,
Que causó esta venida entre la gente,
Cuál se atiene á Lincoya, y cuál decia
Que es el Caupolicano mas valiente:
Apuestas en favor y contra habia,
Otros sin apostar dudosamente
Hacia el oriente vueltos, aguardaban
Si los fébeos caballos asomaban.

Ya la rosada Aurora comenzaba
Las nubes á bordar de mil labores,
Y á la usada labranza despertaba
La miserable gente y labradores,
Y á los marchitos campos restauraba
La frescura perdida y sus colores,
Aclarando aquel valle la luz nueva,
Cuando Caupolicán viene á la prueba.

Con un desdén y muestra confiada
Asiendo del troncon duro y nudoso
Como si fuera vara delicada
Se le pone en el hombro poderoso:
La gente enmudeció maravillada
De ver el fuerte cuerpo tan nervoso;
La color á Lincoya se le muda
Poniendo en su vitoria mucha duda.

El bárbaro sagaz despacio andaba,
Y á toda prisa entraba el claro dia;
El sol las largas sombras acortaba,
Mas él nunca descrece en su porfía;
Al ocaso la luz se retiraba,
Ni por eso flaqueza en él habia;
Las estrellas se muestran claramente,
Y no muestra cansancio aquel valiente.

Salió la clara luna á ver la fiesta,
Del tenebroso albergue húmedo y frio,
Desocupando el campo y la floresta
De un negro velo, lóbrego y sombrío;
Caupolicán no afloja de su apuesta;
Antes con nueva fuerza y mayor brio
Se mueve y representa de manera,
Como si peso alguno no trujera.

Por entre dos altísimos egidos
La esposa de Titon ya parecia,
Los dorados cabellos esparcidos
Que de la fresca helada sacudia,
Con que á los mustios prados florecidos
Con el húmedo humor reverdecia,
Y quedaba engastado así en las flores
Cual perlas entre piedras de colores.

El carro de Faeton sale corriendo
Del mar por el camino acostumbrado;
Sus sombras van los montes recogiendo
De la vista del sol, y el esforzado
Varon el grave peso sosteniendo
Acá y allá se mueve no cansado,
Aunque otra vez la negra sombra espesa
Tornaba á parecer corriendo apriesa.

La luna su salida provechosa
Por un espacio largo dilataba:
Al fin turbia, encendida y perezosa,
De rostro y luz escasa se mostraba;
Paróse al medio curso mas hermosa
A ver la estraña prueba en qué paraba;
Y viéndola en el punto y ser primero,
Se derribó en el ártico hemisfero;

Y el bárbaro en el hombro la gran viga
Sin muestra de mudanza y pesadumbre,
Venciendo con esfuerzo la fatiga,
Y creciendo la fuerza por costumbre,
Apolo en seguimiento de su amiga
Tendido habia los rayos de su lumbre,
Y el hijo de Leocán en el semblante
Mas firme que al principio y mas constante.

Era salido el sol cuando el enorme
Peso de las espaldas despedia,
Y un salto dió en lanzándole disforme
Mostrando que aun mas ánimo tenia.
El circunstante pueblo en voz conforme
Pronunció la sentencia y le decia:
«Sobre tan firmes hombros descargamos
El peso y grande carga que tomamos.»

El nuevo juego y pleito difinido
Con las mas ceremonias que supieron,
Por sumo capitán fué recibido,
Y á su gobernacion se sometieron.
Creció en reputación; fué tan temido
Y en opinion tan grande le tuvieron,
Que ausentes muchas leguas dél temblaban
Y casi como á rey le respetaban.

Es cosa en que mil gentes han parado,
Y están en duda muchos hoy en dia,
Pareciéndoles que esto que he contado
Es alguna ficcion ó fantasía,
Pues en razon no cabe, que un senado
De tan gran disciplina y policía
Pusiese una eleccion de tanto peso
En la robusta fuerza y no en el seso.

Sabed que fué artificio, fué prudencia
Del sabio Colocolo, que miraba
La dañosa discordia y diferencia,
Y el gran peligro en que su patria andaba:
Conociendo el valor y suficiencia
Deste Caupolicán que ausente estaba,
Varon en cuerpo y fuerzas estremado,
De rara industria y ánimo dotado;

Así propuso astuta y sabiamente
Para que la eleccion se dilatase,
La prueba al parecer impertinente
En que Caupolicano se estremase;
Y en esta dilacion, secretamente
Dándole aviso, á la eleccion llegase,
Trayendo así el negocio por rodeo
A conseguir su fin y buen deseo.

Celebraba con pompa allí el senado
De la justa eleccion la fiesta honrosa;
Y el nuevo capitan, ya con cuidado
De dar principio á alguna grande cosa,
Manda á Palta, sarjento, que callado
De la gente mas presta y animosa
Ochenta diestros hombres aperciba,
Y á su cargo apartado los reciba.

Fueron pues escogidos los ochenta
De mas esfuerzo y menos conocidos;
Entre ellos dos soldados de gran cuenta,
Por quien fuesen mandados y regidos:
Hombres diestros, usados en afrenta,
A cualquiera peligro apercibidos;
El uno se llamaba Cayeguano,
El otro Alcatipay de Talcaguano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Tres castillos los nuestros ocupados
Tenian para el seguro de la tierra,
De fuertes y anchos muros fabricados,
Con foso que los ciñe en torno y cierra,
Guarnecidos de pláticos soldados
Usados al trabajo de la guerra:
Caballos, bastimento, artillería,
Que en espesas troneras asistia.

Estaba el uno cerca del asiento
Adonde era la fiesta celebrada,
Y el araucano ejército contento,
Mostrando no tener al mundo en nada,
Que con discurso vano y movimiento
Queria llevarlo todo á pura espada;
Pero Caupolicán mas cuerdamente
Trataba del remedio conveniente.

Habia entre ellos algunas opiniones
De cercar el castillo mas vecino;
Otros, que con formados escuadrones
A Penco enderezasen el camino:
Dadas de cada parte sus razones,
Caupolicán en nada desto vino;
Antes al pabellon se retiraba,
Y á los ochenta bárbaros llamaba.

Para entrar el castillo facilmente
Les da industria y manera disfrazada
Con espresa instruccion, que plaza y gente
Metan á fuego y á rigor de espada;
Porque él luego tras ellos diligente
Ocupará los pasos y la entrada:
Después de haberlos bien amonestado
Pusieron en efecto lo tratado.

Era en aquella plaza y edificio
La entrada á los de Arauco defendida,
Salvo los necesarios al servicio
De la gente española, estatuida
A la defensa della y ejercicio
De la fiera Belona embravecida;
Y así los cautos bárbaros soldados
De feno, yerba y leña iban cargados.

Sordos á las demandas y preguntas
Siguen su intento y el camino usado,
Las cargas en hilera y orden juntas,
Habiendo entre los haces sepultado
Astas fornidas de ferradas puntas;
Y así contra el castillo descuidado
Del encubierto engaño caminaban,
Y en los vedados límites entraban.

El puente, muro y puerta atravesando
Miserables, los gestos afligidos,
Algunos de cansados cojeando,
Mostrándose marchitos y encogidos;
Pero dentro las cargas desatando,
Arrebatan las armas atrevidos
Con amenaza, orgullo y confianza
De la esperada súbita venganza.

Los fuertes españoles salteados,
Viendo la airada muerte tan vecina,
Corren presto á las armas alterados
De la estraña cautela repentina;
Y á vencer ó morir determinados,
Cuál con celada, cuál con coracina,
Salen á resistir la furia insana
De la brava y audaz gente araucana.

Asáltanse con ímpetu furioso,
Suenan los hierros de una y otra parte;
Allí muestra su fuerza el sanguinoso
Y mas que nunca embravecido Marte:
De vencer cada uno deseoso
Buscaba nuevo modo, industria y arte
De encaminar el golpe de la espada
Por do diese á la muerte franca entrada.

La saña y el coraje se renueva
Con la sangre que saca el hierro duro;
Ya la española gente á la india lleva
A dar de las espaldas en el muro;
Ya el infiel escuadron con fuerza nueva
Cobra el perdido campo mal seguro,
Que estaba de los golpes esforzados
Cubierto de armas, y ellos desarmados.

Viéndose en tanto estrecho los cristianos,
De temor y vergüenza constreñidos,
Las espadas aprietan en las manos,
En ira envueltos y en furor metidos:
Cargan sobre los fieros araucanos
Por el ímpetu nuevo enflaquecidos;
Entran en ellos, hieren y derriban,
Y á muchos de cuidado y vida privan.

Siempre los españoles mejoraban
Haciendo fiero estrago y tan sangriento
En los osados indios, que pagaban
El poco seso y mucho atrevimiento:
Casi defensa en ellos no hallaban,
Pierden la plaza y cobran escarmiento,
Al fin de tal manera los trataron
Que fuera de los muros los lanzaron.

Apenas Cayeguán y Talcaguano
Salían, cuando con paso apresurado
Asomó el escuadron Caupolicano,
Teniendo el hecho ya por acabado;
Mas viendo el esperado efecto vano
Y el puente del castillo levantado,
Pone cerco sobre él con juramento
De no dejarle piedra en el cimiento.

Sintiendo un español mozo que habia
Demasiado temor en nuestra gente,
Mas de temeridad que de osadía
Cala sin miedo y sin ayuda el puente;
Y puesto en medio dél, alto decia:
«Salga adelante, salga el mas valiente;
Uno por uno á treinta desafío,
Y á mil no negaré este cuerpo mio.»

No tan presto las fieras acudieron
Al bramar de la res desamparada,
Que de lejos sin orden conocieron
Del pueblo y moradores apartada,
Como los araucanos cuando oyeron
Del valiente español la voz osada,
Partiendo mas de ciento presurosos
Del lance y cierta presa codiciosos.

No porque tantos vengan temor tiene
El gallardo español, ni esto le espanta;
Antes al escuadron que espeso viene
Por mejor recibirle se adelanta:
El curso enfrena, el ímpetu detiene
De los fieros contrarios, que con tanta
Furia se arroja entre ellos sin recelo,
Que rodaron algunos por el suelo.

De dos golpes á dos tendió por tierra
La espada revolviendo á todos lados;
Aquí esparce una junta, y allí cierra
Adonde ve los mas amontonados:
Igual andaba la desigual guerra,
Cuando los españoles bien armados
Abriendo con presteza un gran postigo
Salen á la defensa del amigo.

Acuden los contrarios de otra parte,
Y en medio de aquel campo y ancho llano
Al ejercicio del sangriento Marte
Viene el bando español y el araucano:
La primera batalla se desparte,
Que era de ciento á un solo castellano;
Vuelven el crudo hierro no teñido
Contra los que del fuerte habian salido.

Arrójanse con furia, no dudando,
En las agudas armas por juntarse;
Y con las duras puntas van tentando
Las partes por do mas pueden dañarse:
Cual los Cíclopes suelen martillando
En las vulcanas yunques fatigarse,
Así martillan, baten y cercenan,
Y las cavernas cóncavas atruenan.

Andaba la victoria así igualmente,
Mas gran ventaja y diferencia habia
En el número y copia de la gente,
Aunque el valor de España lo suplia;
Pero el soberbio bárbaro impaciente,
Viendo que un nuestro á ciento resistia,
Con diabólica furia y movimiento
Arranca á los cristianos del asiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los españoles sin poder sufrillo
Dejan el campo, y de tropel corriendo
Se lanzan por las puertas del castillo,
Al bárbaro la entrada resistiendo:
Levan el puente, calan el rastrillo,
Reparos y defensas previniendo;
Suben tiros y fuegos á lo alto,
Temiendo el enemigo y fiero asalto.

Pero viendo ser todo perdimiento,
Y aprovecharles poco, ó casi nada,
De voto y de comun consentimiento
Su clara destruicion considerada
Acuerdan de dejar el fuerte asiento;
Y así en la escura noche deseada
Cuando se muestra el mundo mas quïeto
La partida pusieron en efeto.

A punto estaban y á caballo, cuando
Abren las puertas derribando el puente,
Y á los prestos caballos aguijando
El escuadron embisten de la frente:
Rompen por él, hiriendo y tropellando,
Y sin hombre perder dichosamente
Arriban á Purén, plaza segura,
Cubiertos de la noche y sombra escura.

Mientras esto en Arauco sucedia,
En el pueblo de Penco mas vecino
Que á la sazon en Chile florecia,
Fértil de ricas minas de oro fino,
El capitán Valdivia residia,
Donde la nueva por el aire vino
Que afirmaba con término asignado
La alteracion y junta del estado.

El comun siempre amigo de ruído,
La libertad y guerra deseando,
Por su parte alterado y removido
Se va con este son desentonando;
Al servicio no acude prometido,
Sacudiendo la carga, y levantando
La soberbia cerviz desvergonzada,
Negando la obediencia á Carlos dada.

Valdivia perezoso y negligente,
Incrédulo, remiso y descuidado,
Hizo en la Concepcion copia de gente,
Mas que en ella en su dicha confiado:
El cual si fuera un poco diligente,
Hallara en pié el castillo arruïnado,
Con soldados, con armas, municiones,
Seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenia con la Imperial concierto hecho
Que alguna gente armada le enviase,
La cual á Tucapel fuese derecho,
Donde con él á tiempo se juntase:
Resoluto de hacer allí de hecho
Un ejemplar castigo que sonase
En todos los confines de la tierra,
Porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso;
Y descuidado dél torció la via
Metiéndose por otro codicioso,
Que era donde una mina de oro habia;
Y de ver el tributo y don hermoso
Que de sus ricas venas ofrecia,
Paró de la codicia embarazado,
Cortando el hilo próspero del hado.

A partir, como dije antes, llegaba
Al concierto en el tiempo prometido:
Mas el metal goloso que sacaba
Le tuvo á tal sazon embebecido;
Después salió de allí, y se apresuraba
Cuando fuera mejor no haber salido.
Quiero dar fin al canto, porque pueda
Decir de la codicia lo que queda

CANTO III

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanle los araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y danle después la batalla, en la cual fué muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro.

¡Oh incurable mal! ¡oh gran fatiga
Con tanta diligencia alimentada!
¡Vicio comun y pegajosa liga,
Voluntad sin razon desenfrenada,
Del provecho y bien público enemiga,
Sedienta bestia, hidrópica hinchada,
Principio y fin de todos nuestros males,
Oh insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado á los señores
Contentos en el alto asiento vemos,
Ni á pobrecillos bajos labradores
Libres desta dolencia conocemos;
Ni el deseo y ambicion de ser mayores
Que tenga fin y límite sabemos:
El fausto, la riqueza y el estado
Hincha, pero no harta al mas templado.

A Valdivia mirad, de pobre infante,
Si era poco el estado que tenia,
Cincuenta mil vasallos que delante
Le ofrecen doce marcos de oro al dia:
Esto y aun mucho mas no era bastante,
Y así la hambre allí lo detenia:
Codicia fué ocasion de tanta guerra,
Y perdicion total de aquesta tierra.

Esta fué quien halló los apartados
Indios de las antárticas regiones;
Por esta eran sin orden trabajados
Con dura imposicion y vejaciones;
Pero rotas las cinchas de apretados
Buscaron modo y nuevas invenciones
De libertad con áspera venganza,
Levantando el trabajo la esperanza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los españoles sin poder sufrillo
Dejan el campo, y de tropel corriendo
Se lanzan por las puertas del castillo,
Al bárbaro la entrada resistiendo:
Levan el puente, calan el rastrillo,
Reparos y defensas previniendo;
Suben tiros y fuegos á lo alto,
Temiendo el enemigo y fiero asalto.

Pero viendo ser todo perdimiento,
Y aprovecharles poco, ó casi nada,
De voto y de comun consentimiento
Su clara destruicion considerada
Acuerdan de dejar el fuerte asiento;
Y así en la escura noche deseada
Cuando se muestra el mundo mas quïeto
La partida pusieron en efeto.

A punto estaban y á caballo, cuando
Abren las puertas derribando el puente,
Y á los prestos caballos aguijando
El escuadron embisten de la frente:
Rompen por él, hiriendo y tropellando,
Y sin hombre perder dichosamente
Arriban á Purén, plaza segura,
Cubiertos de la noche y sombra escura.

Mientras esto en Arauco sucedia,
En el pueblo de Penco mas vecino
Que á la sazon en Chile florecia,
Fértil de ricas minas de oro fino,
El capitán Valdivia residia,
Donde la nueva por el aire vino
Que afirmaba con término asignado
La alteracion y junta del estado.

El comun siempre amigo de ruído,
La libertad y guerra deseando,
Por su parte alterado y removido
Se va con este son desentonando;
Al servicio no acude prometido,
Sacudiendo la carga, y levantando
La soberbia cerviz desvergonzada,
Negando la obediencia á Carlos dada.

Valdivia perezoso y negligente,
Incrédulo, remiso y descuidado,
Hizo en la Concepcion copia de gente,
Mas que en ella en su dicha confiado:
El cual si fuera un poco diligente,
Hallara en pié el castillo arruïnado,
Con soldados, con armas, municiones,
Seis piezas de campaña y dos cañones.

Tenia con la Imperial concierto hecho
Que alguna gente armada le enviase,
La cual á Tucapel fuese derecho,
Donde con él á tiempo se juntase:
Resoluto de hacer allí de hecho
Un ejemplar castigo que sonase
En todos los confines de la tierra,
Porque jamás moviesen otra guerra.

Pero dejó el camino provechoso;
Y descuidado dél torció la via
Metiéndose por otro codicioso,
Que era donde una mina de oro habia;
Y de ver el tributo y don hermoso
Que de sus ricas venas ofrecia,
Paró de la codicia embarazado,
Cortando el hilo próspero del hado.

A partir, como dije antes, llegaba
Al concierto en el tiempo prometido:
Mas el metal goloso que sacaba
Le tuvo á tal sazon embebecido;
Después salió de allí, y se apresuraba
Cuando fuera mejor no haber salido.
Quiero dar fin al canto, porque pueda
Decir de la codicia lo que queda

CANTO III

Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanle los araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y danle después la batalla, en la cual fué muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro.

¡Oh incurable mal! ¡oh gran fatiga
Con tanta diligencia alimentada!
¡Vicio comun y pegajosa liga,
Voluntad sin razon desenfrenada,
Del provecho y bien público enemiga,
Sedienta bestia, hidrópica hinchada,
Principio y fin de todos nuestros males,
Oh insaciable codicia de mortales!

No en el pomposo estado á los señores
Contentos en el alto asiento vemos,
Ni á pobrecillos bajos labradores
Libres desta dolencia conocemos;
Ni el deseo y ambicion de ser mayores
Que tenga fin y límite sabemos:
El fausto, la riqueza y el estado
Hincha, pero no harta al mas templado.

A Valdivia mirad, de pobre infante,
Si era poco el estado que tenia,
Cincuenta mil vasallos que delante
Le ofrecen doce marcos de oro al dia:
Esto y aun mucho mas no era bastante,
Y así la hambre allí lo detenia:
Codicia fué ocasion de tanta guerra,
Y perdicion total de aquesta tierra.

Esta fué quien halló los apartados
Indios de las antárticas regiones;
Por esta eran sin orden trabajados
Con dura imposicion y vejaciones;
Pero rotas las cinchas de apretados
Buscaron modo y nuevas invenciones
De libertad con áspera venganza,
Levantando el trabajo la esperanza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuán cierto es, como claro conocemos,
Que al doliente en salud consejos damos,
Y aprovecharnos dellos no sabemos,
Pero de predicarlos nos preciamos.
Cuando en la sosegada paz nos vemos,
¡Qué bien la dura guerra platicamos!
¡Qué bien damos consejos y razones
Lejos de los peligros y ocasiones!

¡Cómo de los que yerran abominan
Los que están libres en seguro puerto!
¡Qué bien de allí las cosas encaminan
Y dan en todo un medio y buen concierto!
¡Con qué facilidad se determinan,
Visto el suceso y daño descubierto!
Dios sabe aquel que á la derecha via
Metido en la ocasion acertaria.

Valdivia iba siguiendo su jornada
Y el duro disponer del hado duro,
No con la furia y priesa acostumbrada,
Présago y con temor del mal futuro:
Sospechoso de bárbara emboscada
Por hacer el camino mas seguro,
Echó algunos delante para prueba;
Pero jamás volvieron con la nueva.

Viendo los nuestros ya que al plazo puesto,
Los tardos corredores no volvian,
Unos juzgan el daño manifiesto,
Otros impedimentos les ponian:
Hubo consejo y parecer sobre esto,
Al cabo en caminar se resolvian
Ofreciéndose todos á una suerte,
A un mismo caso, y á una misma muerte.

Aunque el temor allí tras esto vino,
En sus valientes brazos se atrevieron,
Y á su próspera suerte y buen destino
El dudoso suceso cometieron:
No dos leguas andadas del camino
Las amigas cabezas conocieron,
De los sangrientos cuerpos apartadas,
Y en empinados palos levantadas.

No el horrendo espectáculo presente
Causó en los firmes ánimos mudanza,
Antes con ira y cólera impaciente
Se encienden mas sedientos de venganza:
Y de rabia incitados nuevamente
Maldicen y murmuran la tardanza:
Solo Valdivia calla y teme el punto;
Pero rompió el silencio y pena junto

Diciendo: «¡Oh compañeros, do se encierra
Todo esfuerzo, valor y entendimiento!
Ya veis la desvergüenza de la tierra,
Que en nuestro daño da bandera al viento;
Veis quebrada la fe, rota la guerra;
Los pactos van del todo en rompimiento;
Siento la áspera trompa en el oido,
Y veo un fuego diabólico encendido.

»Bien conoceis la fuerza del estado
Con tanto daño nuestro autorizada:
Mirad lo que fortuna os ha ayudado
Guiando con su mano vuestra espada;
El trabajo y la sangre que ha costado,
Que della está la tierra alimentada;
Y pues tenemos tiempo y aparejo,
Será bueno tomar nuevo consejo.

»Quién estos son tendreis en la memoria,
Pues hay tanta razon de conocellos,
Que si dellos no hubiésemos vitoria,
Y en campo no pudiésemos vencellos,
Será tal su arrogancia y vanagloria,
Que el mundo no podrá después con ellos:
Dudoso estoy, no sé, no sé qué haga
Que á nuestro honor y causa satisfaga.»

La poca edad y menos esperiencia
De los mozos livianos que allí habia
Descubrió con la usada inadvertencia
A tal tiempo su necia valentía,
Diciendo: «¡Oh capitán! danos licencia,
Que solos diez sin otra compañía
El bando asolaremos araucano,
Y haremos el camino y paso llano.

»Lo que jamás hicimos en estrecho
No es bien por nuestro honor que lo hagamos;
Pues es cierto que cuanto hemos hecho
Volviendo atrás un paso lo manchamos:
Mostremos al peligro osado pecho,
Que en él está la gloria que buscamos.»
Valdivia de la réplica sentido
Enmudeció de rabia y de corrido.

¡Oh Valdivia, varon acreditado!
Cuánto la verde plática sentiste:
No solias tú temer como soldado,
Mas de buen capitán ahora temiste:
Vas á precisa muerte condenado,
Que como diestro y sabio la entendiste;
Pero quieres perder antes la vida,
Que sea en tí una flaqueza conocida.

En esto acaso llega un indio amigo,
Y á sus piés, en voz alta, arrodillado
Le dice: «¡Oh capitán! mira que digo
Que no pases el término vedado:
Veinte mil conjurados, yo testigo,
En Tucapel te esperan, protestado
De pasar sin temor la muerte honrosa
Antes que vivir vida vergonzosa.»

Alguna turbacion dió de repente
Lo que el amigo bárbaro propuso,
Discurre un miedo helado por la gente,
La triste muerte en medio se les puso;
Pero el gobernador osadamente,
Que también hasta allí estuvo confuso,
Les dice: «caballeros, ¿que dudamos?
¿Sin ver los enemigos nos turbamos?»

Al caballo con ánimo hiriendo,
Sin mas les persuadir rompe la vía,
De los miembros el miedo sacudiendo,
Le sigue la esforzada compañía;
Y en breve espacio el valle descubriendo
De Tucapel, bien lejos parecia
El muro, antes vistoso levantado,
Por los anchos cimientos asolado.

Valdivia aquí paró, y dijo: «¡Oh constante
Española nacion de confianza!
Por tierra está el castillo tan pujante,
Que en él solo estribaba mi esperanza;
El pérfido enemigo veis delante,
Ya os amenaza la contraria lanza:
En esto mas no tengo que avisaros,
Pues solo el pelear puede salvaros.»

Estaba, como digo, así hablando,
Que aun no acababa bien estas razones,
Cuando por todas partes rodeando
Los iban con espesos escuadrones,
Las astas de anchos hierros blandeando,
Gritando: «engañadores y ladrones,
La tierra dejareis hoy con la vida;
Pagándonos la deuda tan debida.»

Viendo Valdivia serle ya forzoso
Que la fuerza y fortuna se probase,
Mandó que al escuadron menos copioso
Y mas vecino, á fin que no cerrase,
Saliese Bobadilla, el cual furioso
Sin que Valdivia mas le amonestase,
Con poca gente y con esfuerzo grande
Asalta el escuadron de Mareande.

La piquería del bárbaro calada
A los pocos soldados atendia;
Pero al tiempo del golpe levantada
Abriendo un gran portillo se desvia:
Dales sin resistir franca la entrada,
Y en medio el escuadron los recogia,
Las hileras abiertas se cerraron,
Y dentro á los cristianos sepultaron.

Como el caimán hambriento cuando siente
El escuadrón de peces, que cortando
Viene con gran bullicio la corriente,
El agua clara en torno alborotando;
Que abriendo la gran boca cautamente
Recoge allí el pescado, y apretando
Las cóncavas quijadas lo deshace,
Y al insaciable vientre satisface;

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pues de aquella manera recogido
Fué el pequeño escuadron del homicida,
Y en un espacio breve consumido
Sin escapar cristiano con la vida.
Ya el araucano ejército movido
Por la ronca trompeta obedecida,
Con gran estruendo y pasos ordenados
Cerraba sin temor por todos lados.

La escuadra de Mareande encarnizada
Tendia el paso con mas atrevimiento:
Viéndola así Valdivia adelantada,
No escarmentado manda á su sarjento
Que escogiendo la gente mas granada
Dé sobre ella con recio movimiento;
Pero diez españoles solamente
Pusieron á la muerte osada frente.

Contra el escuadron bárbaro importuno
Ir se dejan sin miedo á rienda floja,
Y en el encuentro de los diez ninguno
Dejó allí de sacar la lanza roja:
Desocupó la silla solo uno,
Que con la basca y última congoja
De la rabiosa muerte, el pecho abierto,
Sobre la llaga en tierra cayó muerto.

Y los nueve después también cayeron,
Haciendo tales hechos señalados,
Que digna y justamente merecieron
Ser de la eterna fama levantados.
Hechos pedazos todos diez murieron
Quedando de su muerte antes vengados.
En esto, la española trompa oida
Dió la postrer señal de arremetida.

Salen los españoles de tal suerte,
Los dientes y las lanzas apretando,
Que de cuatro escuadrones al mas fuerte
Le van un largo trecho retirando:
Hieren, dañan, tropellan, dan la muerte,
Piernas, brazos, cabezas cercenando:
Los bárbaros por esto no se admiran,
Antes cobran el campo y los retiran.

Sobre la vida y muerte se contiende,
Perdone Dios á aquel que allí cayere;
Del un bando y del otro así se ofende
Que de ambas partes mucha gente muere:
Bien se estima la plaza y se defiende,
Volver un paso atrás ninguno quiere,
Cubre la roja sangre todo el prado,
Tornándole de verde colorado.

Del rigor de las armas homicidas
Los templados arneses reteñian,
Y las vivas entrañas escondidas
Con carniceros golpes descubrian:
Cabezas de los cuerpos divididas
Que aun el vital espíritu tenian,
Por el sangriento campo iban rodando
Vueltos los ojos ya paladeando.

El enemigo hierro riguroso
Todo en color de sangre lo convierte,
Siempre el acometer es más furioso,
Pero ya el combatir es menos fuerte:
Ninguno allí pretende otro reposo
Que el último reposo de la muerte,
El mas medroso atiende con cuidado
A solo procurar morir vengado.

La rabia de la muerte y fin presente
Crió en los nuestros fuerza tan extraña,
Que con deshonra y daño de la gente
Pierden los araucanos la campaña;
Al fin dan las espaldas claramente,
Suenan voces: «Vitoria, España, España,»
Mas el incontrastable y duro hado
Dió un estraño principio á lo ordenado.

Un hijo de un cacique conocido,
Que á Valdivia de paje le servia,
Acariciado dél y favorido
En su servicio á la sazón venia:
Del amor de su patria conmovido,
Viendo que á mas andar se retraia,
Comienza á grandes voces á animarla
Y con tales razones á incitarla:

«¡Oh ciega gente del temor guiada!
¿A dó volveis los temerosos pechos?
Que la fama en mil años alcanzada
Aquí perece y todos vuestros hechos.
La fuerza pierden hoy jamás violada
Vuestras leyes, los fueros y derechos:
De señores, de libres, de temidos,
Quedais siervos, sujetos y abatidos.

»Manchais la clara estirpe y descendencia,
Y enjeris en el tronco generoso
Una incurable plaga, una dolencia,
Un deshonor perpetuo, ignominioso:
Mirad de los contrarios la impotencia,
La falta del aliento, y el fogoso
Latir de los caballos, las ijadas
Llenas de sangre y de sudor bañadas.

»No os desnudeis del hábito y costumbre
Que de nuestros abuelos mantenemos,
Ni el araucano nombre de la cumbre
A estado tan infame derribemos:
Huid el grave yugo y servidumbre,
Al duro hierro osado pecho demos;
¿Por qué mostrais espaldas esforzadas
Que son de los peligros reservadas?

»Fijad esto que digo en la memoria,
Que el ciego y torpe miedo os va turbando;
Dejad de vos al mundo eterna historia
Vuestra sujeta patria libertando;
Volved, no rehuseis tan gran vitoria,
Que os está el hado próspero llamando;
A lo menos fijad el pié lijero,
Vereis cómo en defensa vuestra muero.»

En esto una nervosa y gruesa lanza
Contra Valdivia su señor blandia,
Dando de sí gran muestra y esperanza,
Por mas los persuadir arremetia;
Y entre el hierro español así se lanza,
Como con gran calor en agua fria
Se arroja el ciervo en el caliente estío,
Para templar el sol con algun frio.

De solo el primer bote uno atraviesa,
Otro apunta por medio del costado,
Y aunque la dura lanza era muy gruesa,
Salió el hierro sangriento al otro lado:
Salta, vuelve, revuelve con gran priesa,
Y barrenando el muslo á otro soldado,
En él la fuerte pica fué rompida
Quedando un grueso trozo en la herida.

Rota la fiera asta, luego afierra
Del suelo una pesada y dura maza.
Mata, hiere, destronca y echa á tierra
Haciendo en breve espacio larga plaza:
En él se resumió toda la guerra,
Cesa el alcance y dan en él la caza;
Mas él aquí y allí va tan liviano
Que hieren por herirle el aire vano.

¿De quién prueba se oyó tan espantosa,
Ni en antigua escritura se ha leido,
Que estando de la parte vitoriosa
Se pase á la contraria del vencido?
¿Y que solo valor y no otra cosa
De un bárbaro muchacho haya podido
Arrebatar por fuerza á los cristianos
Una tan gran vitoria de las manos?

No los dos Publios Decios, que las vidas
Sacrificaron por la patria amada,
Ni Curcio, Horacio, Scevola y Leonidas,
Dieron muestra de sí tan señalada;
Ni aquellos que en las guerras tan reñidas
Alcanzaron gran fama por la espada:
Furio, Marcelo, Fulvio, Cincinato,
Marco Sergio, Filon, Sceva y Dentato.

Decidme: estos famosos ¿qué hicieron
Que al hecho deste bárbaro igual fuese?
¿Qué empresa ó qué batalla acometieron
Que á lo menos en duda no estuviese?
¿A qué riesgo y peligro se pusieron
Que la sed del reinar no los moviese,
Y de intereses grandes insistidos
Que á los tímidos hacen atrevidos?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Muchos emprenden hechos hazañosos,
Y se ofrecen con ánimo á la muerte,
De fama y vanagloria codiciosos
Que no saben sufrir un golpe fuerte,
Mostrándose constantes y animosos
Hasta que ven ya declinar su suerte,
Faltándoles valor y esfuerzo á una,
Roto el crédito frágil de fortuna.

Este, el decreto y la fatal sentencia
En contra de su patria declarada,
Turbó y redujo á nueva diferencia,
Y al fin bastó á que fuese revocada;
Hizo á fortuna y hados resistencia,
Forzó su voluntad determinada,
Y contrastó el furor del vitorioso
Sacando vencedor al temeroso.

Estaba el suelo de armas ocupado,
Y el desigual combate mas revuelto,
Cuando Caupolicano reportado
A las amigas voces habia vuelto:
También habian sus gentes reparado
Con vergonzoso ardor en ira envuelto,
De ver que un solo mozo resistia
A lo que tanta gente no podia.

Cual suele acontecer á los de honrosos
Ánimos, de repente inadvertidos,
O cuando en los lugares sospechosos
Piensan otros que van desconocidos,
Que en pendencias y encuentros peligrosos
Huyen; pero si ven que conocidos
Fueron de quien los sigue, avergonzados
Vuelven furiosos del honor forzados;

Así los araucanos revolviendo
Contra los vencedores arremeten,
Y las rendidas armas esgrimiendo,
A voces de morir todos prometen:
Treme y gime la tierra del horrendo
Furor con que ambas partes se acometen,
Derramando con rabia y fuerza brava
Aquella poca sangre que quedaba.

Diego Oro allí derriba á Painaguala,
Que de una punta le atraviesa el pecho;
Pero Caupolicano le señala
Dejándole gozar poco del hecho:
Al sesgo la ferrada maza cala,
Aunque el furioso golpe fué al derecho,
Pues quedó por de dentro la celada
De los bullentes sesos rociada.

Tras este otro tendió desfigurado,
Tanto que nunca mas fué conocido,
Que la armada cabeza y todo el lado
Donde el golpe alcanzó quedó molido:
Valdivia con Ongolmo se ha topado
Y hanse el uno y el otro acometido;
Hiere Valdivia á Ongolmo en una mano
Haciendo el araucano el golpe en vano

Pasa recio Valdivia y va furioso,
Que con Ongolmo mas no se detiene,
Y adonde Leucoton, mozo animoso,
Estaba en una gran pendencia viene,
Que contra Juan de Lamas y Reinoso
Solo su parte y opinion mantiene,
El cual con su destreza y mucho seso
La guerra sustentaba en igual peso.

Partióse esta batalla, porque cuando
Valdivia llegó adonde combatia,
Parte acudió del araucano bando
Que en su ayuda y defensa se metia:
Fuése el daño y destrozo renovando,
De un cabo y de otro gente concurria,
Sube el alto rumor á las estrellas
Sacando de los hierros mil centellas.

Gran rato anduvo en término dudoso
La confusa vitoria desta guerra,
Lleno el aire de estruendo sonoroso,
Roja de sangre y húmida la tierra:
Quién busca y solo quiere un fin honroso,
Quién á los brazos con el otro cierra,
Y por darse mas presto cruda muerte
Tienta con el puñal lo menos fuerte.

A Juan de Gudiel no le fué sano
El tenerse en la lucha por maestro;
Porque sin tiempo y con esfuerzo vano
Cerró con Guaticol no menos diestro,
Y en aquella sazon Purén, su hermano,
Que estaba cerca dél, en el siniestro
Lado le abrió con daga una herida
Por do la muerte entró y salió la vida.

Andrés de Villaroel, ya enflaquecipo
Por la falta de sangre derramada,
Andaba entre los bárbaros metido
Procurando la muerte mas honrada;
También Juan de las Peñas mal herido,
Rompiendo por la espesa gente armada,
Se puso junto dél; y así la suerte
Los hizo á un tiempo iguales en la muerte.

Era la diferencia incomparable
Del número infiel al bautizado,
Es el un escuadron inumerable,
El otro hasta sesenta numerado:
Ya la incierta fortuna variable,
Que dudosa hasta entonces habia estado,
Aprobó la maldad y dió por justa
La causa y opinion hasta allí injusta.

Dos mil amigos bárbaros soldados,
Que el bando de Valdivia sustentaban,
En el flechar del arco ejercitados
El sangriento destrozo acrecentaban,
Derramando mas sangre, y esforzados
En la muerte tambien acompañaban
A la española gente no vencida
En cuanto sustentar pudo la vida.

Cuándo de aqueste y cuándo de aquel canto
Mostraba el buen Valdivia esfuerzo y arte,
Haciendo por la espada todo cuanto
Pudiera hacer el poderoso Marte:
No basta á reparar él solo tanto,
Que falta de los suyos la mas parte;
Los otros aunque ven su fin tan cierto
Ningun medio pretenden ni concierto.

De dos en dos, de tres en tres cayendo
Iba la desangrada y poca gente,
Siempre el ímpetu bárbaro creciendo
Con el ya declarado fin presente:
Fuése el número flaco resumiendo
En catorce soldados solamente,
Que constantes rendir no se quisieron
Hasta que al crudo hierro se rindieron.

Solo quedó Valdivia acompañado
De un clérigo que acaso allí venia,
Y viendo así su campo destrozado,
El mal remedio y poca compañía,
Dijo: «Pues pelear es escusado
Procuremos vivir por otra vía.»
Pica en esto al caballo á toda prisa
Tras él corriendo el clérigo de misa.

Cual suelen escapar de los monteros
Dos grandes jabalís, fieros, cerdosos,
Seguidos de solícitos rastreros
De la campestre sangre codiciosos,
Y salen en su alcance los lijeros
Lebreles irlandeses generosos;
Con no menor codicia y piés livianos
Arrancan tras los míseros cristianos.

Tal tempestad de tiros, señor, lanzan
Cual el turbion que granizando viene:
En fin, á poco trecho les alcanzan,
Que un paso cenagoso les detiene;
Los bárbaros sobre ellos se abalanzan,
Por valiente el postrero no se tiene;
Murió el clérigo luego, y maltratado
Trujeron á Valdivia ante el senado.

Caupolicán, gozoso en verle vivo
Y en el estado y término presente,
Con voz de vencedor y gesto altivo
Le amenaza y pregunta juntamente;
Valdivia, como mísero cautivo,
Responde y pide humilde y obediente
Que no le dé la muerte, y que le jura
Dejar libre la tierra en paz segura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuentan que estuvo de tomar movido
Del contrito Valdivia aquel consejo;
Mas un pariente suyo empedernido,
A quien él respetaba por ser viejo,
Le dice: «Por dar crédito á un rendido
¿Quieres perder tal tiempo y aparejo?»
Y apuntando á Valdivia en el celebro
Descarga un gran baston de duro enebro.

Como el dañoso toro que apremiado
Con fuerte amarra al palo está bramando,
De la tímida gente rodeado,
Que con admiracion le está mirando,
Y el diestro carnicero ejercitado
El grave y duro mazo levantando,
Recio al cogote cóncavo desciende
Y muerto estremeciéndose le tiende;

Asi el determinado viejo cano,
Que á Valdivia escuchaba con mal ceño
Ayudándose de una y otra mano
En alto levantó el ferrado leño:
No hizo el crudo viejo golpe en vano,
Que á Valdivia entregó al eterno sueño,
Y en el suelo con súbita caida
Estremeciendo el cuerpo dió la vida.

Llamábase este bárbaro Leocato,
Y el gran Caupolicán dello enojado
Quiso enmendar el libre desacato;
Pero fué del ejército rogado:
Salió el viejo de aquello al fin barato,
Y el destrozo del todo fué acabado;
Que no escapó cristiano desta prueba
Para poder llevar la triste nueva.

Dos bárbaros quedaron con la vida
Solos de los tres mil, que como vieron
La gente nuestra rota y de vencida,
En un jaral espeso se escondieron:
De allí vieron el fin de la reñida
Guerra, y puestos en salvo lo dijeron;
Que como las estrellas se mostraron
Sin ser de nadie vistos se escaparon.

La escura noche en esto se subia
A mas andar á la mitad del cielo,
Y con las alas lóbregas cubria
El orbe y redondez del ancho suelo,
Cuando la vencedora compañía,
Arrimadas las armas sin recelo,
Danzas en anchos cercos ordenaban
Donde la gran vitoria celebraban.

Fué la nueva en un punto discurriendo
Por todo el araucano regimiento,
Y antes que el sol se fuese descubriendo
El campo se cubrió de bastimento:
Gran multitud de gente concurriendo
Se forma un general ayuntamiento
De mozos, viejos, niños y mujeres
Partícipes en todos los placeres.

Cuando la luz las aves anunciaban
Y alegres sus cantares repetian,
Un sitio de altos árboles cercaban
Que una espaciosa plaza contenian,
Y en ellos las cabezas empalaban
Que de españoles cuerpos dividian:
Los troncos de su rama despojados
Eran de los despojos adornados.

Y dentro de aquel círculo y asiento
Cercado de una amena y gran floresta,
En memoria y honor del vencimiento
Celebran de beber la alegre fiesta:
El vino así aumentó el atrevimiento,
Que España en gran peligro estaba puesta:
Pues que promete el mínimo soldado
De no dejar cimiento levantado.

Era allí la opinion generalmente
Que sin tardar, doblando las jornadas,
Partiese un grueso número de gente
A dar en las ciudades descuidadas,
Que tomadas de salto y de repente
Serian con solo el miedo arruinadas,
Y la pàtria en su honor restituida
No dejando cristiano con la vida.

Y dando orden bastante y esto hecho,
Para acabar de ejecutar su saña,
Con gran poder y ejército de hecho
Querian pasar la vuelta de la España:
Pensándola poner en tanto estrecho
Por fuerza de armas, puestos en campaña,
Que fuesen cultivadas las iberas
Tierras de las naciones estranjeras.

El hijo de Leocano bien entiende
El vano intento y quiere desviarlo,
Que como diestro y sabio otro pretende
Y por mejor camino enderezarlo:
El tiempo espera y la sazon atiende
Que estén mejor dispuestos á tratarlo;
La fiesta era acabada y borrachera,
Cuando á todos les habla en tal manera:

«Menos que vos, señores, no pretendo
La dulce libertad tan estimada,
Ni que sea nuestra patria yo defiendo
En el sublime trono restaurada;
Mas hase de atender á que pudiendo
Ganar, no se aventure perder nada;
Y así, con este celo y fin procuro
No poner en peligro lo seguro.

»Tomad con discrecion los pareceres
Que van á la razon mas arrimados,
Pues cobrar vuestros hijos y mujeres
Está en ir los principios acertados:
Vuestra fama, el honor, tierra y haberes
A punto están de ser recuperados;
Que el tiempo, que es el padre del consejo,
En las manos nos pone el aparejo.

»A Valdivia y los suyos habeis muerto
Y una importante plaza destruido,
Venir á la venganza será cierto
Luego que en las ciudades sea sabido;
Demos al enemigo el paso abierto:
Esto asegura mas nuestro partido;
Vengan, vengan con furia á rienda suelta,
Que difícil será después la vuelta.

»La vitoria tenemos en las manos,
Y pasos en la tierra mil seguros
De ciénagas, lagunas y pantanos,
Espesos montes, ásperos y duros:
Mejor pelean aquí los araucanos,
Españoles mejor dentro en sus muros:
Cualquier hombre en su casa acometido
Es mas sabio, mas fuerte y atrevido.

»Esto os vengo á decir, porque se entienda
Cuánto con mas seguro acertaremos,
Para poder tomar la justa enmienda,
Que en sitios escogidos esperemos:
Donde no habrá en el mundo quien defienda
La razon y derecho que tenemos;
Cuando temor tuviesen de buscarnos
A sus casas iremos á alojarnos.»

Con atencion de todos escuchada
Fué la oracion que el general hacia,
Siendo de los mas dellos aprobada,
Por ver que á su remedio convenia;
La gente ya del todo sosegada,
Caupolicán al joven se volvia
Por quien fué la vitoria, ya perdida,
Con milagrosa prueba conseguida.

Por darle mas favor le tenía asido
Con la siniestra de la diestra mano,
Diciéndole: «¡Oh varon, que has estendido
El claro nombre y límite araucana!
Por tí ha sido el estado redimido,
Tú le sacaste del poder tirano,
A tí solo se debe esta vitoria
Digna de premio y de inmortal memoria.

»Ya, señores, pues es tan manifiesto
(Esto dijo volviéndose al senado)
El punto en que Lautaro nos ha puesto
(Que así el valiente mozo era llamado)
Yo por remuneralle en algo desto
Con vuestra autoridad que me habeis dado
Por paga, aunque á tal deuda insuficiente,
Le hago capitán y mi teniente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Con la gente de guerra que escogiere,
Pues que ya de sus obras sois testigos,
En el sitio que mas le pareciere
Se ponga á recibir los enemigos,
Adonde hasta que vengan los espere,
Porque yo con la resta y mis amigos
Ocuparé la entrada de Elicura,
Aguardando la misma coyuntura.»

Del grato mozo el cargo fué acetado
Con el favor que el general le daba;
Aprobólo el comun aficionado,
Si á alguno le pesó no lo mostraba;
Y por el orden y uso acostumbrado
El gran Caupolicán le trasquilaba,
Dejándole el copete en trenza largo,
Insignia verdadera de aquel cargo.

Fué Lautaro industrioso, sabio, presto,
De gran consejo, término y cordura,
Manso de condicion y hermoso gesto,
Ni grande ni pequeño de estatura;
El ánimo en las cosas grandes puesto,
De fuerte trabazon y compostura,
Duros los miembros, recios y nerviosos,
Anchas espaldas, pechos espaciosos.

Por él las fiestas fueron alargadas,
Ejercitando siempre nuevos juegos
De saltos, luchas, pruebas nunca usadas,
Danzas de noche en torno de los fuegos:
Habia precios y joyas señaladas,
Que nunca los troyanos ni los griegos,
Cuando los juegos mas continuaron,
Tan ricas y estimadas las sacaron.

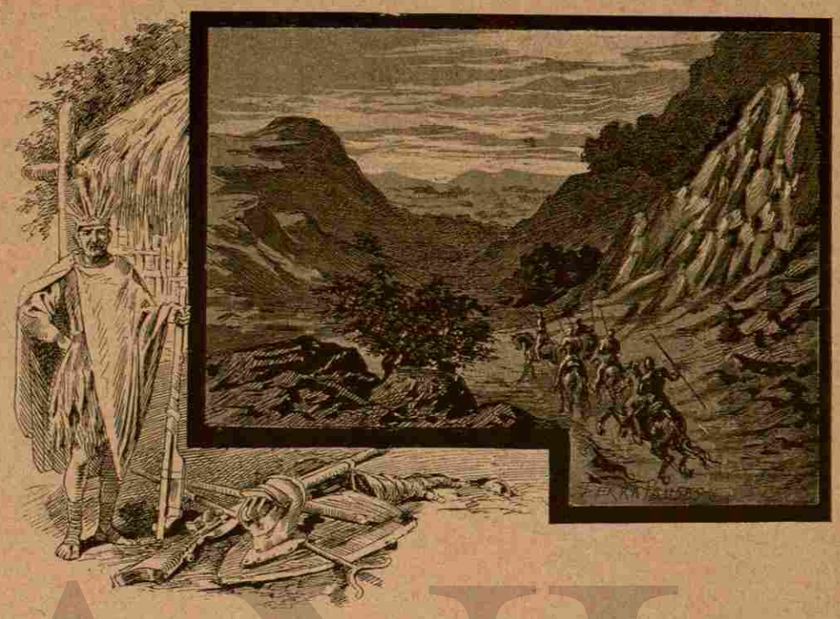
Estiéndase su fama y sea notoria,
Pues que tanto su espada resplandece,
Y dellos se eternice la memoria,
Si valor en las armas lo merece:
Testimonio dará dello la historia;
Pero acabar el canto me parece,
Que á decir tan gran cosa no me atrevo,
Si no es con nuevo aliento y canto nuevo.

Llegó á Caupolicán estando es esto
Un bárbaro turbado, sin aliento,
Perdida la color, mudado el gesto,
Cubierto de sudor y polvoriento,
Diciéndole: «Señor, socorre presto;
Tu campo es roto y cierto el perdimiento;
Que la gente que estaba en la emboscada
Es muerta la mas della y destrozada.

»Por tierra de Elicura son bajados
Catorce valentísimos guerreros,
De corazas finísimas armados,
Sobre caballos prestos y lijeros;
Por estos solos son desbaratados
Dos escuadrones tuyos de piqueros,
Y visto el gran estrago al improviso,
Partí corriendo á darte dello aviso.»

Caupolicán con muestra no alterada
Hizo que del temor se asegurase,
Diciendo que tan poca gente armada
Al cabo era imposible que escapase;
Y con la diligencia acostumbrada
Mandó al nuevo teniente que guiase
Con la más presta gente por la via,
Que luego con el resto le seguia.

Lautaro, en lo aceptar no perezoso
Escogiendo una escuadra suficiente,
Marcha con tanta prisa, codicioso
De ganar opinion entre la gente;
Mas de Marte el estruendo sonoroso
Me llama, que me tardo injustamente:
De los catorce es tiempo que se trate,
Y del sangriento y áspero combate.



CANTO IV

Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel; hallan los indios en una emboscada con los cuales tuvieron un porfiado rencuentro; llega Lautaro con gente de refresco; mueren siete españoles, y todos los amigos que llevaban; escápanse los otros por una gran ventura.

¡Cuán buena es la justicia y qué importante!
Por ella son mil males atajados;
Que si el rebelde Arauco está pujante
Con todos sus vecinos alterados,
Y pasa su furor tan adelante,
Fué por no ser á tiempo castigados:
La llaga que al principio no se cura,
Requiere al fin mas áspera la cura.

Que no es virtud, mas vicio y negligencia,
Cuando de un daño otro mayor se espera,
El no curar con hierro la dolencia,
Si del mal lo requiere la manera;
Mas no con tal rigor que la clemencia
Pierda su fuerza y la virtud entera:
Clemente es y piadoso el que sin miedo
Por escapar el brazo corta el dedo.

No quiero yo decir que á cada paso
Traiga el hierro en la mano la justicia,
Sino segun la gravedad del caso
Y la importancia y fin de la malicia;
Pues vemos claro en el presente paso,
Que al cabo corrompida de avaricia
Dió á la maldad lugar que se arraigase,
Y en los ánimos mas se apoderase.

Mas no se ha de entender como el liviano
Que se entrega al primero movimiento,
Que por ser justiciero es inhumano,
Y por alcanzar crédito es sangriento;
Y como aquel que con injusta mano,
Sin término, sin causa y fundamento,
Por sola liviandad y vanagloria
Quiere dejar de su maldad memoria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
3111

»Con la gente de guerra que escogiere,
Pues que ya de sus obras sois testigos,
En el sitio que mas le pareciere
Se ponga á recibir los enemigos,
Adonde hasta que vengan los espere,
Porque yo con la resta y mis amigos
Ocuparé la entrada de Elicura,
Aguardando la misma coyuntura.»

Del grato mozo el cargo fué acetado
Con el favor que el general le daba;
Aprobólo el comun aficionado,
Si á alguno le pesó no lo mostraba;
Y por el orden y uso acostumbrado
El gran Caupolicán le trasquilaba,
Dejándole el copete en trenza largo,
Insignia verdadera de aquel cargo.

Fué Lautaro industrioso, sabio, presto,
De gran consejo, término y cordura,
Manso de condicion y hermoso gesto,
Ni grande ni pequeño de estatura;
El ánimo en las cosas grandes puesto,
De fuerte trabazon y compostura,
Duros los miembros, recios y nerviosos,
Anchas espaldas, pechos espaciosos.

Por él las fiestas fueron alargadas,
Ejercitando siempre nuevos juegos
De saltos, luchas, pruebas nunca usadas,
Danzas de noche en torno de los fuegos:
Habia precios y joyas señaladas,
Que nunca los troyanos ni los griegos,
Cuando los juegos mas continuaron,
Tan ricas y estimadas las sacaron.

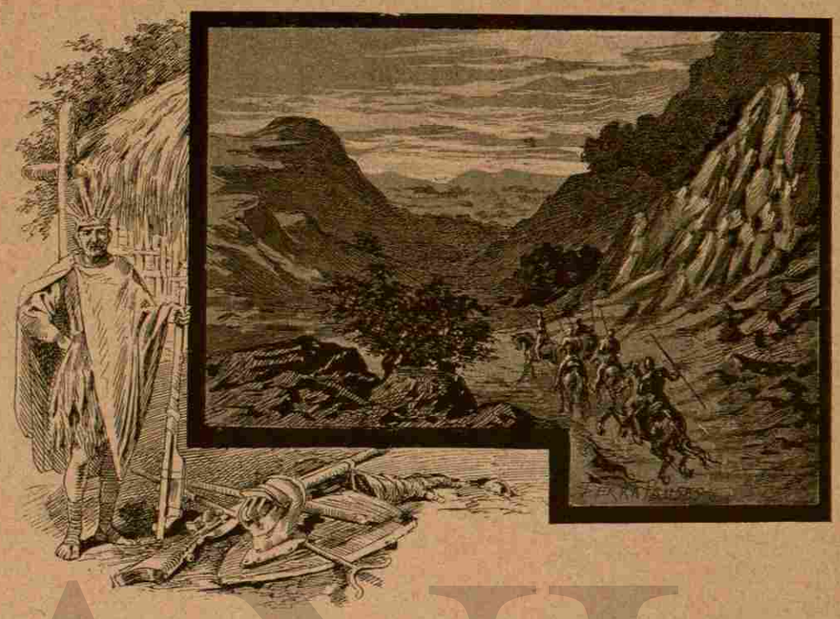
Estiéndase su fama y sea notoria,
Pues que tanto su espada resplandece,
Y dellos se eternice la memoria,
Si valor en las armas lo merece:
Testimonio dará dello la historia;
Pero acabar el canto me parece,
Que á decir tan gran cosa no me atrevo,
Si no es con nuevo aliento y canto nuevo.

Llegó á Caupolicán estando es esto
Un bárbaro turbado, sin aliento,
Perdida la color, mudado el gesto,
Cubierto de sudor y polvoriento,
Diciéndole: «Señor, socorre presto;
Tu campo es roto y cierto el perdimiento;
Que la gente que estaba en la emboscada
Es muerta la mas della y destrozada.

»Por tierra de Elicura son bajados
Catorce valentísimos guerreros,
De corazas finísimas armados,
Sobre caballos prestos y lijeros;
Por estos solos son desbaratados
Dos escuadrones tuyos de piqueros,
Y visto el gran estrago al improviso,
Partí corriendo á darte dello aviso.»

Caupolicán con muestra no alterada
Hizo que del temor se asegurase,
Diciendo que tan poca gente armada
Al cabo era imposible que escapase;
Y con la diligencia acostumbrada
Mandó al nuevo teniente que guiase
Con la más presta gente por la via,
Que luego con el resto le seguia.

Lautaro, en lo aceptar no perezoso
Escogiendo una escuadra suficiente,
Marcha con tanta prisa, codicioso
De ganar opinion entre la gente;
Mas de Marte el estruendo sonoroso
Me llama, que me tardo injustamente:
De los catorce es tiempo que se trate,
Y del sangriento y áspero combate.



CANTO IV

Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel; hallan los indios en una emboscada con los cuales tuvieron un porfiado rencuentro; llega Lautaro con gente de refresco; mueren siete españoles, y todos los amigos que llevaban; escápanse los otros por una gran ventura.

¡Cuán buena es la justicia y qué importante!
Por ella son mil males atajados;
Que si el rebelde Arauco está pujante
Con todos sus vecinos alterados,
Y pasa su furor tan adelante,
Fué por no ser á tiempo castigados:
La llaga que al principio no se cura,
Requiere al fin mas áspera la cura.

Que no es virtud, mas vicio y negligencia,
Cuando de un daño otro mayor se espera,
El no curar con hierro la dolencia,
Si del mal lo requiere la manera;
Mas no con tal rigor que la clemencia
Pierda su fuerza y la virtud entera:
Clemente es y piadoso el que sin miedo
Por escapar el brazo corta el dedo.

No quiero yo decir que á cada paso
Traiga el hierro en la mano la justicia,
Sino segun la gravedad del caso
Y la importancia y fin de la malicia;
Pues vemos claro en el presente paso,
Que al cabo corrompida de avaricia
Dió á la maldad lugar que se arraigase,
Y en los ánimos mas se apoderase.

Mas no se ha de entender como el liviano
Que se entrega al primero movimiento,
Que por ser justiciero es inhumano,
Y por alcanzar crédito es sangriento;
Y como aquel que con injusta mano,
Sin término, sin causa y fundamento,
Por sola liviandad y vanagloria
Quiere dejar de su maldad memoria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO
3111

No faltará materia y coyuntura
Para mostrar la pluma aquí curiosa;
Mas no quiero meterme en tal hondura,
Que es cosa no importante y peligrosa:
El tiempo lo dirá y no mi escritura,
Que quizá la tendrán por sospechosa:
Solo diré que es opinion de sabios,
Que adonde falta el rey sobran agravios.

Pero á nuestro propósito tornando,
Dejaré de tratar de sinrazones,
Que es trabajar en vano derramando
Al viento en el desierto las razones:
De los nuestros diré que peleando
Estaban con los fieros escuadrones
Ganando fama y prez, honor y gloria,
Haciendo cosas dignas de memoria.

Fué hecho tan notable que requiere
Mucha atencion y autorizada pluma,
Y así digo que aquel que le leyere
En que fué de los grandes se resuma:
Diré cuanto en mi estilo yo pudiere,
Aunque toda será una breve suma,
Y los nombres también de los soldados
Que con razon merecen ser loados.

Almagro, Cortés, Córdoba, Nereda,
Morán, Gonzalo, Hernandez, Maldonado,
Peñalosa, Vergara, Castañeda,
Diego García, Herrero el arriscado,
Pero Niño, Escalona y otro queda
Con el cual es el número acabado:
Don Leonardo Manrique es el postrero,
Igual en el valor siempre al primero.

Estos catorce son los que venian
A verse con Valdivia en el concierto,
Que del pueblo Imperial partido habian
Sin saber que Valdivia fuese muerto;
Por la alta cuesta de Purén subian,
Y en el mas alto asiento y descubierto
Los caminos de rama ven sembrados,
Señal de paga y junta de soldados.

Conocen que la tierra está alterada
Y que de gentes hacen llamamiento;
No torcieron por esto la jornada,
Ni les mudó el temor el firme intento:
La fresca y nueva aurora colorada
Daba con su venida gran contento,
Y las sombras del sol se retraian
Cuando el licúreo valle descubrian.

Aquí estaban los indios emboscados
Esperando á los nuestros, si viniesen,
Por cogerles sin orden descuidados,
Antes que del peligro se advirtiesen:
De un bosque á mano hecho rodeados
Para que mas cubiertos estuviesen,
Hasta que inadvertidos del engaño
Pudiesen á su salvo hacer el daño.

Los catorce españoles abajaban
Por un repecho al valle enderezando,
Donde ocultos los bárbaros estaban
Cubiertos de los ramos aguardando:
Los nuestros con el bosque aun no igualaban
Cuando los indios súbito sonando
Bárbaras trompas, roncos tamborinos,
Los pasos ocuparon y caminos.

En cazador no entró tanta alegría
Cuando mas sin pensar la liebre echada
De súbito por medio de la via
Salta de entre los piés alborotada,
Cuanto causó la muestra y vocería
Del vecino escuadron de la emboscada
A nuestros españoles, que al instante
Arrojan los caballos adelante.

En un punto los bárbaros formaron
De puntas de diamante una muralla;
Pero los españoles no pararon
Hasta de parte á parte atravesalla:
Hombres, picas y mazas tropellaron,
Revuelven por dar fin á la batalla
Con mas valor y esfuerzo que esperanza,
Vista de los contrarios la pujanza.

De tres dos escuadrones desviados
El paso les cercaron y huida,
Viéndose así de bárbaros cercados
Piensan abrir por ellos la salida:
Otra vez arremeten apiñados,
Y aunque una escuadra dellos fué rompida,
Volvieron á sus puestos recogidos,
Quedando desta vuelta mal heridos.

Dos veces embistieron desta suerte
Las cerradas escuadras tropellando;
Mas viéndose cercanos á la muerte,
Prosiguen su derrota, enderezando
Al desolado sitio y casa fuerte,
A diestro y á siniestro derribando,
Que los indios entre ellos van mezclados
Hiriéndolos también por todos lados.

Estréchase el camino de Elicura
Por la pequeña falda de una sierra,
La causa y la razon desta angostura
Es un lago que el valle abajo cierra:
Para los nuestros esto fué ventura,
Pues siguen su jornada haciendo guerra,
Que solo un español que atrás venia
La bárbara arrogancia resistia.

Ellos que iban asi por una espesa
Mata, al calar de un áspero collado
Ven un indio salir á toda priesa
El vestido y el rostro demudado;
El cual en el camino se atraviesa,
Y del seno sacó un papel cerrado,
Que Juan Gómez de Almagro el propio dia
Dando aviso á Valdivia escrito habia.

El mismo mensajero ven lloroso
Que dellos adelante habia partido,
De Valdivia el suceso lastimoso
Les dijo y lo demás acontecido,
Y que el castillo el bárbaro furioso
Le habia por los cimientos destruido:
Viendo el remedio y presupuesto vano
Tomaron á la diestra un sitio llano.

Era el sitio de lo mas rodeado,
Aunque por esta senda y paso abierto,
Del este, norte, oeste está abrigado,
Y el sur le hiere casi en descubierto;
Por do seguido va el camino usado
De los lijeros bárbaros cubierto
En espaciosa hila prolongada
Sedientos de la sangre bautizada.

Tras los nuestros los bárbaros saliendo
En el llano asimismo repararon,
Y la gente esparcida recogiendo
Dos gruesos escuadrones reformaron:
Los catorce españoles conociendo
Que era mejor romper, se aparejaron;
Mueven los escuadrones concertados
Por el fuerte Lincoya gobernados.

Con flautas, cuernos, roncos instrumentos,
Alto estruendo, alaridos desdeñosos,
Salen los fieros bárbaros sangrientos
Contra los españoles valerosos,
Que convertir esperan en lamentos
Los arrogantes gritos orgullosos:
Tanto el esfuerzo y ánimo les crece
Que poca gente en contra les parece.

Aunque allí un español desfigurado,
Que yo no digo aquí cuál dellos era,
Dijo viendo tan poca gente al lado:
«¡Oh si nuestro escuadron de ciento fuera!
Pero Gonzalo Hernandez animado
Vuelto al cielo responde: «¡A Dios pluguiera
Fuéramos solos doce y dos faltaran,
Que doce de la fama nos llamaran!»

Los caballos en esto apercibiendo
Firmes y recogidos en las sillas
Sueltan las riendas, y los piés batiendo
Parten contra las bárbaras cuadrillas;
Las poderosas lanzas requiriendo,
Afiladas en sangre las cuchillas,
Llamando en alta voz á Dios del cielo
Hacen gemir y retemblar el suelo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Calan de fuerte fresno como vigas
Los bárbaros las picas al momento,
De la suerte que suelen las espigas
Derribarse al furor del recio viento:
No bastaron las armas enemigas
Al ímpetu español y movimiento;
Que los nuestros rompieron por un lado
Dejando el escuadron aportillado.

A un tiempo los caballos volteando,
Lejos las rotas lanzas arrojadas,
Vuelven al enemigo y fiero bando
En alto ya desnudas las espadas;
Otra vez arremeten, no bastando
Infinidad de puntas enastadas,
Puestas en contra de la airada gente,
A que no se mezclasen igualmente.

Los unos que no saben ser vencidos,
Los otros á vencer acostumbrados,
Son causa que se aumenten los heridos,
Y que bajen los brazos mas pesados;
De llamas los arneses encendidos,
Con gran fuerza y presteza golpeados,
Formaban un rumor que el alto cielo
Del todo parecia venir al suelo.

El buen Gonzalo Hernandez, presumiendo
Imitar al de Córdoba famoso,
Iba por el ejército rompiendo
No menos diestro y fuerte que animoso;
Peñalosa y Vergara, conociendo
Que vencer ó morir era forzoso,
Hacen de sus personas arriscadas
De esfuerzo y fuerza pruebas señaladas.

El valiente soldado de Escalona
La rigurosa espada ejercitando,
Aventura y señala su persona,
Mil bárbaros valientes señalando:
Don Leonardo Manrique no perdona
Los golpes que recibe, antes doblando
Los suyos con gran priesa y mayor ira
Los castiga, maltrata y los retira.

Otro pues que de Córdoba se llama,
Mozo de grande esfuerzo y valentía,
Tanta sangre araucana allí derrama,
Que hizo cien viúdas aquel dia:
Por una que venganza al cielo clama
Saltan todas las otras de alegrias;
Que al fin son las mujeres variables,
Amigas de mudanzas y mudables.

Cortés y Pero Niño por un lado
Hacen un fiero estrago y cruda guerra;
Morán, Gomez de Almagro y Maldonado
Siembran de cuerpos bárbaros la tierra;
El Herrero como hombre acostumbrado
Y diestro en golpear, mata y atierra;
Pues Nereda también que era maestro
Hiere, derriba á diestro y á siniestro.

Como si fueran á morir desnudos
Las rabiosas espadas así cortan;
Con tanta fuerza bajan golpes crudos
Que poco fuertes armas les importan:
Lo que sufrir no pueden los escudos
Los insensibles cuerpos lo comportan,
En furor encendidos de tal suerte,
Que no sienten los golpes, ni aun la muerte.

Antes de rabia y cólera abrasados
Con poderosos golpes los martillan,
Y de muchos con fuerza redoblados
Los cargados caballos arrodillan;
Abollan los arneses relevados,
Abren, desclavan, rompen, deshebillan,
Ruedan las rotas picas y celadas,
Y el aire atruena el son de las espadas.

Lincoya combatiendo y derribando
Anima con hervor los escuadrones.
Contra su fuerza y maza no bastando
De crestas altas fuertes morriones,
Cortés un golpe suyo reparando
La cabeza inclinó entre los arzones,
Llevándole el caballo medio muerto,
Suelto el freno corriendo á campo abierto.

Con el cuello inclinado, adormecido,
Acá y allá el caballo le traia;
Pero tornando luego en su sentido
Vergonzoso las riendas recogia;
Vuelve á buscar á aquel que le ha herido,
Y al punto que miró le conocia,
Que al mayor araucano que allí andaba
De los hombros arriba le llevaba.

Conócelo también en la braveza
Que mostraba animando allí su gente,
Y en la facilidad y ligereza
Con que esgrime la maza diestramente:
Como el suelto lebrel por la maleza
Se arroja al jabalí fiero y valiente,
Así asalta Cortés al araucano,
La adarga al pecho, el duro hierro en mano.

Al través le hirió por un costado
No le valiendo el coselete duro;
Mas de aquella manera le ha mudado
Que mudara un peñasco ó fuerte muro:
Pasa recio el caballo espoleado,
Y Cortés de Lincoya ya seguro
Por medio de la espesa escuadra hiende
al un ladoY y al otro muchos tiende.

Almagro cuerpo á cuerpo combatia
Con el joven Guacon, soldado fuerte;
Pero presto la lid se decidia,
Que poco se mostró neutral la suerte:
De un golpe Almagro al bárbaro heria,
Por donde una ancha puerta abrió á la muerte;
Sale della de sangre roja un rio,
Y ocupa el desangrado cuerpo el frio.

Airado Castañeda en la batalla,
Mata, tropella, daña, hiere, ofende;
Acaso á Narpo á la derecha halla,
Y allí la rigurosa espada tiende:
No le valió el jubon de fina malla,
Ni un peto de dos cueros le defiende
Que la furiosa punta no calase,
Y el cuerpo del espíritu privase.

La gente una con otra se embravece,
Crece el hervor, coraje y la revuelta,
Y el rio de la corriente sangre crece
Bárbara y española toda envuelta:
Del grueso aliento el aire se escurece,
Alguna infernal furia andaba suelta,
Que por llevar á tantos en un dia
Diabólico furor les infundia.

Tanto el teson entre ellos ha durado,
Que espanta cómo alzar pueden los brazos;
Estaban por el uno y otro lado
De amontonados cuerpos los ribazos:
El sol habia en su curso declinado
Cuando ya sin vigor hechos pedazos
De manera igualmente enflaquecian,
Que moverse adelante no podian.

Como el aliento y fuerzas van faltando
A dos valientes toros animosos,
Cuando en la fiera lucha porfiando
Se muestran igualmente poderosos,
Que se van poco á poco retirando
Rostro á rostro con pasos perezosos
Cubiertos de un humor y espeso aliento,
Y esparcen con los pies la arena al viento;

Los dos puestos así se retiraron
Sin sangre y sin vigor desalentados,
Que jamás las espaldas se mostraron,
Mas siempre frente á frente careados;
Ambos á un mismo tiempo repararon,
A un punto hicieron alto, y desviados
Los unos de los otros tanto estaban
Que aun un tiro de flecha no distaban.

Mirábanse del uno y otro bando
En el sitio y contrario alojamiento,
Cubiertos de agua y sangre ijadeando,
Que no pueden hartarse del aliento,
Los fatigados miembros regalando,
El pecho y boca abierta al fresco viento
Que con templados soplos respiraba
Mitigando del sol la fuerza brava.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y desde allí con lenguas injuriosas,
A falta de las manos, se ofendian
Diciéndose palabras afrentosas,
La muerte con rigor se prometian;
Y á vueltas desto flechas peligrosas
Los enemigos arcos despedian;
Que aunque el aliento y fuerzas les faltaba
El rabioso rencor las arrojaba.

Yo no sé de cuál brazo descansado
Una flecha con ímpetu saliendo,
A manera de rayo arrebatado,
El aire con rumor iba rompiendo:
Tocó en soslayo á Córdoba en un lado,
Y la furiosa punta no prendiendo,
Torció á Morán el curso, y encarnada
Por el ojo derecho abrió la entrada.

El buen Morán con mano cruda y fuerte
Sacó la flecha y ojo en ella asido,
Gonzalo al duro paso de la muerte
Le apercibe y esfuerza condolido;
Pero Morán gritó: «No estoy de suerte
Que me sienta de esfuerzo enflaquecido,
Que solo así herido soy bastante
A vencer cuantos veis que están delante.»

Pica el caballo temerariamente,
Que galopear no puede de cansado,
Contra todo aquel número de gente
Que en escuadron estaba reformado;
Pero Gonzalo Hernandez diligente
Se le puso delante acelerado,
Que ya Lincoya al paso le salia,
Y al puesto aunque por fuerza lo volvia.

Con grande alarde, estruendo y movimiento
Sobre la cumbre de una verde loma,
Tendidas las banderas por el viento,
Lautaro con la presta gente asoma.
Como cuando de lejos el hambriento
Leon viendo la presa placer toma,
Y mira acá y allá feroz rugiendo
El vedijoso cuello sacudiendo;

Lautaro así veloz por un repecho
Bajaba enderezando á los de España,
Pensando él solo dar fin á aquel hecho
Si no le desamparan la campaña:
Delante de su gente va gran trecho,
Digna es de celebrarse tal hazaña,
Solos catorce esperan, hechos piezas,
Rotos los brazos, piernas y cabezas.

Cuatro mil sobrevienen vitoriosos;
Apiñados los nuestros los esperan
No de ver tanta gente temerosos,
Porque aun morir con mas honor quisieran.
Los fieros enemigos orgullosos
En alta voz gritaban: «mueran, mueran;»
Y el lincoyano ejército animado
Tambien acometió por otro lado.

Lanzaron los caballos los cristianos
Batiendo bien de espacio el hueco suelo
Contra los descansados araucanos,
Que fieros amenazan tierra y cielo:
Vienen con tardos piés á prestas manos;
Y del primer encuentro hecho un hielo
Pero Niño tocó la blanca arena,
Bañándola de sangre en larga vena.

Atravesóle el cuerpo la herida;
Aunque en atribuirla hay desconcierto:
Unos dicen que Angol fué el homicida,
Otros que Leocoton, y esto es mas cierto;
Cualquier dellos que fué, de gran caida
Pero Niño quedó en el campo muerto,
Con un trozo de pica atravesado,
Donde fué del tropel despedazado.

Tambien el de Manrique volteando
A los piés de Lautaro muerto vino:
Rompen los otros doce enderezando
Por las espesas armas al camino;
Pero Ongolmo los piés apresurando
De un golpe derribó fuera de tino
A Nereda, que en guerras era esperto,
Cortés de muy herido cayó muerto.

Tras él al suelo fué Diego García,
De una llaga mortal abierto el pecho,
De otro golpe Escalona se tendia,
Que Tucapel le acierta por derecho:
Los demás españoles en la vía
(Considere quien ya se vió en estrecho)
Con cuánta priesa baten las ijadas
De los lasos caballos desangradas.

El fiero Tucapel haciendo guerra
A todos con audacia los asalta,
Y en viendo que estos dos baten la tierra,
Gallardo por encima dellos salta:
Topa á Almagro, y con él lijero cierra
En los piés levantado y la maza alta,
Que sobre él derribándola venia
Con toda la pujanza que tenia.

O fué mal tiento, ó furia que llevaba,
O que el sumo Señor quiso librallo,
Que el tiro á la cabeza señalaba,
Y á dar vino en las ancas del caballo;
Con tanta fuerza el golpe le cargaba
Que Almagro mas no pudo meneallo,
Quedando derrengado de manera
Que si fuera de masa ó blanda cera.

Almagro con presteza por un lado
Viendo el caballo cojo se derriba,
Ora fué su ventura y diestro hado,
Ora siniestro del que tras él iba,
El cual era el valiente Maldonado
Que envuelto en sangre y polvo al punto arriba,
Que el golpe segundaba Tucapelo,
Y por poco con él diera en el suelo.

Con el jinete estribo en el derecho
Lado al bárbaro encuentra de pasada,
Y cuanto cinco pasos, ó mas trecho,
Lo lleva acia adelante por la estrada:
Brama el bárbaro ardiendo de despecho,
Víbora no se vió mas enconada,
Ni pisado escorpion vuelve tan presto
Como el indio volvió el airado gesto.

Muda el intento, muda la sentencia,
Que contra Juan de Almagro dado habia,
Y la furiosa maza é impaciencia
Al triste Maldonado revolvia:
Cala un golpe con toda su potencia,
Mas el presto caballo se desvía;
Tucapel de furioso el tiro yerra,
Y el ferrado troncon metió por tierra.

No escapó Maldonado de la muerte;
Que al punto llega el bravo Lemolemo
Con un largo baston ñudoso y fuerte
A manera de corvo y grueso remo;
Y un golpe le señala de tal suerte,
Que no le erró el ferrado y duro estremo,
Ni celada prestó de estofa llena,
Que los sesos saltaron por la arena.

En esto, una gran nube tenebrosa
El aire y cielo súbito turbando,
Con una escuridad triste y medrosa
Del sol la luz escasa fué ocupando:
Salta Aquilon con furia procelosa
Los árboles y plantas inclinando,
Envuelto en raras gotas de agua gruesas
Que luego descargaron mas espesas.

Como el diestro atambor que apercibiendo
Al duro asalto y fiera batería,
Va con los tardos golpes previniendo
La presta y animosa compañía,
Pero el punto y señal última oyendo
Suena la horrenda y áspera armonía;
Así el negro nublado turbulento
Lanza un diluvio súbito y violento.

En escura tiniebla el cielo vuelto
La furiosa tormenta se esforzaba
Agua, piedras y rayos todo envuelto
En espesos relámpagos lanzaba:
El araucano ejército revuelto
Por acá y por allá se derramaba;
Crece la tempestad horrenda tanto
Que á los más esforzados puso espanto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De Juan Gomez la próspera ventura
Hizo que al punto el cielo se cerrase,
Y la tiniebla de la noche escura
Gran rato en su favor se anticipase:
Turbado se metió en una espesura
Hasta tanto que el ímpetu pasase
De aquella gente bárbara furiosa,
De la española sangre codiciosa.

Cuando vió en su violencia el torbellino,
Y que él podia salir mas encubierto,
El bosque deja y toma su camino,
Que el temor se le muestra bien abierto:
Cayendo y levantando al cabo vino
De sangre, lodo y de sudor cubierto,
Junto donde los nuestros esperaban
Si las furiosas aguas aplacaban.

Estaban del camino desviados
Y uno de los caballos relinchando
El español con pasos sosegados
Al alegre rumor se fué acercando:
Llegó donde los seis amedrentados
Con baja voz estaban dél tratando,
Y en aquella sazon se les presenta
Dándoles del suceso entera cuenta.

Con espanto fué luego conocido,
Que entre ellos ya por muerto se tenia,
Y cada uno de lástima movido
A morir en su ayuda se ofrecia:
Mas él, como animoso y entendido,
Viendo que aprovechar no le podia,
Dice: «de mí, señores, nadie cure,
La vida el que pudiere la asegure.»

Esto no dijo bien, cuando esforzado
Por el bosque tomó una senda incierta,
Y aquella más usada deja á un lado
De gente y pueblos bárbaros cubierta:
Otro trance mayor le está guardado;
Pero pues hay de Chile historia cierta,
Allí lo podrá ver el que quisiere,
Si gana de saberlo le viniere.

El coronista Estrella escribe al justo
De Chile y del Pirú en latin la historia,
Con tanta erudición, que será justo
Que dure eternamente su memoria;
Y la vida de Carlos quinto augusto,
Y en verso los encomios y la gloria
De varones ilustres en milicia,
Gobernacion, en letras y justicia.

Vuelvo á los seis guerreros que sintiendo
La desgracia de Almagro, lo mostraban;
Pero ayudalle en ella no pudiendo
A la Imperial ciudad enderezaban;
La tempestad furiosa iba creciendo,
Relámpagos y truenos no cesaban
Hasta que salió el sol, y el claro dia
La plaza de Purén les descubria.

Era un castillo, el cual con poca gente
Le habia Juan Gomez antes sustentado
Hallándose una noche de repente
De multitud de bárbaros cercado:
Repelidos al fin gallardamente,
Fué por su industria el cerco levantado:
No escribo esta batalla, aunque famosa,
Por no tardarme tanto en cada cosa.

Allí los seis guerreros arribados
Fueron con tierna muestra recibidos
De los caros amigos, admirados
De verlos á tal término traidos,
Míseros, afligidos, demudados,
Flacos, roncos, deshechos, consumidos,
Corriendo sangre y lodo, sin celadas,
Las armas con las carnes destrozadas.

Casi veinticuatro horas sustentaron
Las armas defendiendo su partido,
Que nunca en este tiempo descansaron
Haciendo lo que habeis, señor, oido:
Un rato en el castillo reposaron
Del cual la noche atrás habian salido,
No con poco temor de los de casa,
Y mas cuando supieron lo que pasa.

La sangre les cuajó un temor helado,
Gran turbacion les puso á todos cuando
El caso de Valdivia desastrado
Les fueron por sus términos narrando:
Y así, viendo el castillo mal parado,
De consejo comun considerando
La pujanza que el bárbaro traia,
Le dejaron desierto el mismo dia.

Acia Gautén tomaron la jornada
Llevando á Almagro acaso de camino,
Que por venir la noche tan cerrada
Libre salió del campo lautarino:
La fuerza fué por tierra derribada,
Que luego el enemigo pueblo vino
Talando municiones y comidas
Que en el castillo estaban recogidas.

Dieron vuelta los bárbaros gozosos
Acia donde su ejército venia,
Retumbando en los montes cavernosos
El alegre rumor y vocería;
Y por aquellos prados espaciosos
Con la vitoria y gozo de aquel dia
Tales cantos y juegos inventaban,
Que el cansancio con ellos engañaban.

Juntos, el general con grave muestra
Les habla y los recibe alegremente,
Y asiendo blandamente de la diestra
Al valiente Lautaro, su teniente,
Una escuadra le entrega de maestra,
Escogida, gallarda y buena gente,
En armas y trabajo ejercitada
Para cualquier empresa y gran jornada.

A Lautaro dejemos pues en esto,
Que mucho su proceso me detiene,
Forzoso á tratar dél volveré presto,
Que llegar hasta Penco me conviene;
Pues hace tanto á nuestro presupuesto
Decir cómo á la guerra se previene
Que sangrienta y mortal se aparejaba,
Y el justo sentimiento que mostraba.

Ya la fama, lijera embajadora
De tristes nuevas y de grandes males,
A Penco atormentaba de hora en hora,
Esforzando su voz ruines señales:
Cuando llegan los indios á deshora,
Los dos que ya conté que en los jarales,
Viendo á Valdivia roto, se escondieron,
Y estos el triste caso refirieron.

Por mensajeros ciertos entendiendo
El duro y desdichado acaecimiento,
Viejos, mujeres, niños concurriendo
Se forma un triste y general lamento:
El cielo con aguda voz rompiendo
Hinchen de tristes lástimas el viento:
Nuevas viudas, huérfanas, doncellas,
Era una dolorosa cosa vellas.

Los blancos rostros mas que flores bellos
Eran de crudos puños ofendidos,
Y manojos dorados de cabellos
Andaban por los suelos esparcidos:
Vieran pechos de nieve y tersos cuellos
De sangre y vivas lágrimas teñidos,
Y rotos por mil partes y arrojados
Ricos vestidos, joyas y tocados.

No con menor estruendo los varones
De la edad mas robusta juntamente
Daban de su dolor demostraciones,
Pero con otro modo diferente:
Suenan las armas, suenan municiones,
Suena el nuevo aparato de la gente,
Y la ronca trompeta del dios Marte
A guerra incita ya por toda parte.

Unos botas espadas afilaban,
Otros petos mohosos enlucian,
Otros las viejas cotas remallaban,
Hierros otros en astas enjerian.
Cañones reforzados apuntaban,
Al viento las banderas descogian,
Y en alardosa muestra los soldados
Iban por todas partes ocupados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Caudillo era y cabeza de la gente
Francisco Villagrán, varon tenido
Por sabio en la milicia y suficiente,
Con suma diligencia prevenido:
De Pedro de Valdivia fué teniente,
Despues de su persona obedecido,
Sentido del suceso y caso fuerte
Brama por la venganza de su muerte.

Las mujeres de nuevos alaridos
Hieren el alto cóncavo del cielo,
Viendo al peligro puestos los maridos,
Y ellas en tal trabajo y desconsuelo:
Con lágrimosos ojos y gemidos
Echadas de rodillas por el suelo
Les ponen los hijuelos por delante:
Pero cosa á moverlos no es bastante.

Ya de lo necesario aparejados
En demanda del bárbaro salian,
De arneses lucidísimos armados,
Que vistosos de lejos parecian:
Las mujeres por torres y tejados
Con fijos ojos tiernos los seguian,
Y echándoles de allí mil bendiciones
Vuelven á Dios el ruego y peticiones.

Del tropel se despiden ciudadano,
Que del pueblo saliera á acompañallos,
Y en busca del ejército araucano
Pican á toda priesa los caballos:
Dejan á la siniestra á Mareguano,
Y á la diestra de Talca los vasallos,
Hijo de Talcaguano, que su tierra
La ciñe casi en torno el mar y sierra.

De los seguros límites pasando
Pisan de Andalicán la enjuta arena,
Y el espacioso llano atravesando
Suben las lomas, y rumor no suena;
Y al pié del cerco andálico llegando,
Sin entender lo que Lautaro ordena,
Sólo el miedo de entrar por el estado
Les mitigó el furor demasiado.

Un paso peligroso, agrio y estrecho
De la banda del norte está á la entrada,
Por un monte asperísimo y derecho
La cumbre hasta los cielos levantada:
Está tras este un llano poco trecho,
Y luego otra menor cuesta tajada,
Que divide el distrito andalicano
Del fértil valle y límite araucano.

Esta cuesta Lautaro habia elegido
Para dar la batalla, y por concierto
Tenia todo su ejército tendido
En lo mas alto della y descubierto:
Viendo que á pié en lo llano es mal partido
Seguir á los caballos campo abierto,
El alto y primer cerro deja exento
Pensando allí alcanzarlos por aliento.

Porque se tome bien del sitio el tino
Quiero aquí figurarle por entero:
La subida no es mala del camino,
Mas todo lo demás despeñadero;
Tiene al poniente al bravo mar vecino,
Que bate al pié de un gran derrumbadero,
Y en la cumbre y mas alto de la cuesta
Se allana cuanto un tiro de ballesta.

Estaba el alto cerro coronado
Del poderoso ejército enemigo,
Y el camino al entrar desocupado,
Sin defensa ni estorbo, como digo:
Pasando el primer monte habia llegado
Al pié deste segundo el bando amigo;
Pero aquí Villagrán confuso estuvo,
Que el peligroso trance le detuvo.

Como el romano César, que dudoso
El pié en el Rubicon fijó á la entrada
Pensando allí de nuevo el peligroso
Hecho que acometia y gran jornada,
Al fin soltó las riendas animoso,
Diciendo: «Sús, la suerte ya es echada;»
Así nuestro español rompió el camino,
Dando libre la rienda á su destino.

Apenas el primer paso habia dado,
Cuando luego tras él osadamente,
Por el fragoso monte levantado,
Alegre comenzó á subir la gente:
Lautaro, sin moverse, arrinconado,
Franca les da la entrada llanamente;
Diez mil hombres gobierna, gente usada
En el duro ejercicio de la espada.

Tenia su campo en torno de la cuesta,
Y mandado que nadie se moviese
Un paso á comenzar la dura fiesta
Hasta que el son de arremeter se oyese,
Con una irremisible pena puesta
Para aquel que del término saliese;
Que estaban así quedos y callados,
Cual si fueran en mármoles mudados.

Pues la española gente deseando
Ejercitar la vencedora diestra,
Se va á los enemigos acercando
Por la banda del bárbaro siniestra:
Lautaro, al puesto término llegando,
Presenta la batalla en bella muestra
Con gran rumor de bárbaras trompetas,
Atambores, bocinas y cornetas.

Paréceme, señor, que será justo
Dar fin al largo canto en este paso,
Porque el deseo del otro mueva el gusto,
Y porque de cantar me siento laso:
Suplícoos que el tardar no os dé disgusto
Pareciéndoos qué voy tan paso á paso,
Que aun de gentes agravio una gran suma
Atento á no llevar prolija pluma.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

CANTO V

Contiene la reñida batalla que entre los españoles y araucanos hubo en la cuesta de Andalicán donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles fueron los nuestros desbaratados, y muertos mas de la mitad dellos juntamente con tres mil indios amigos.

Siempre el benigno Dios por su clemencia
Nos dilata el castigo merecido,
Hasta ver sin enmienda la insolencia
Y el corazon rebelde endurecido;
Y es tanta la dañosa inadvertencia
Que, aunque vemos el término cumplido
Y ejemplo de castigo en el vecino,
No queremos dejar el mal camino.

Digolo porque viene muy contenta
Nuestra gente española á las espadas,
Que en el fin de Valdivia no escarmienta,
Ni mira haber seguido sus pisadas:
Presto la vereis dar estrecha cuenta
De las culpas presentes y pasadas;
Que el verdugo Lautaro ardiendo en saña
Se muestra con su gente en la campaña.

Villagrán con la suya á punto puesto
En el estrecho llano se detiene,
Plantando seis cañones en buen puesto
Ordena aquí y allí lo que conviene:
Estuvo sin moverse un rato en esto,
Por ver el orden que Lautaro tiene,
Que ocupaba su gente tanto trecho,
Que mitigó el ardor de mas de un pecho.

De muchos fué esta guerra deseada;
Pero sabe ora Dios sus intenciones:
Viendo toda la cuesta rodeada
De gente en concertados escuadrones,
La sangre del temor ya resfriada
Con presteza acudió á los corazones;
Los miembros del calor desamparados
Fueron luego de esfuerzo reformados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con nuevo encendimiento están bramando
Porque la trompa del partir no suena,
Tanto el trance y batalla deseando,
Que cualquiera tardanza les da pena;
De la otra parte el araucano bando
Sujeto á lo que su caudillo ordena
Rabiaba por cerrar; mas la obediencia
Le pone duro freno y resistencia.

Como el feroz caballo que impaciente
Cuando el competidor ve ya cercano
Bufa, relincha, y con soberbia frente
Hiere la tierra de una y otra mano;
Así el bárbaro ejército obediente
Viendo tan cerca el campo castellano
Gime por ver el juego comenzado;
Mas no pasa del término asignado.

Desta manera pues la cosa estaba,
Ganosos de ambas partes por juntarse,
Pero ya Villagrán consideraba
Que era dalle mas ánimo el tardarse:
Tres bandas de jinetes apartaba
De aquellos codiciosos de probarse,
Que á la seña sin mas amonestallos
Ponen las piernas recio á los caballos.

El campo con lijeros piés batiendo
Salen con gran tropel y movimiento,
Rauco se estremeció del son horrendo,
Y la mar hizo estraño sentimiento:
Los corregidos bárbaros temiendo
De Lautaro el espreso mandamiento,
Aunque por los herir se deshacian,
El paso acia adelante no movian.

Con el concierto y orden que en Castilla
Juegan las cañas en solemne fiesta,
Que parte y desembraza una cuadrilla
Revolviendo la adarga al pecho puesta;
Así los nuestros firmes en la silla
Llegan hasta el remate de la cuesta,
Y vuelven casi en cerco á retirarse
Por no poder romper sin despeñarse.

Toman al retirar la vuelta larga,
Y desta suerte muchas vueltas prueban:
Pero todas las veces una carga
De flecha, dardo y piedra espesa llevan:
A algunos vale allí la buena adarga,
Las celadas y grevas bien aprueban,
Que no pueden venir al corto hierro
Por ser peinado en torno el alto cerro.

Firme estaba Lautaro sin mudarse,
Y cercada de gente la montaña,
Algunos que pretenden señalarse
Salen con su licencia á la campaña:
Quieren uno por uno ejercitarse
De la pica y baston con los de España,
O dos á dos, ó tres á tres soldados
A la franca eleccion de los llamados.

Usando de mudanzas y ademanes
Vienen con muestra airosa y contoneo,
Mas bizarros que bravos alemanes
Haciendo aquí y allí gentil paseo:
Como los diestros y ágiles galanes
En público ejercicio del torneo,
Así llegan gallardos á juntarse,
Y con las duras puntas á tentarse.

Quien piensa de la pica ser maestro
Sale á probar la fuerza y el destino,
Tentando el lado diestro y el siniestro
Buscando lo mejor con sabio tino;
Cuál acomete, vanle, y hurta presto
Hallando para entrar franco el camino,
Cuál hace el golpe vano, y cuál tan cierto
Que da con su enemigo en tierra muerto.

Otros destas posturas no se curan
Ni paran en el aire y gentileza,
Que el golpe sea mortal sólo procuran,
Y en el cuerpo y los piés llevar firmeza:
Con ánimo arrojado se aventuran
Llevados de la cólera y braveza;
Esta á veces los golpes hace vanos,
Y ellos venir mas juntos á las manos.

Pero por mas veloz en la corrida
El mozo Curiomán se señalaba,
Que con gallarda muestra y atrevida
Larga carrera sin temor tomaba;
Y blandiendo una lanza muy fornida,
En medio de la furia la arrojaba,
Que nunca de ballesta al torno armada
Jara con tal presteza fué enviada.

Habia siete españoles ya herido,
Mas nadie se atraviesa á la venganza;
Que era el valiente bárbaro temido
Por su esfuerzo, destreza y gran pujanza:
En esto Villagrán algo corrido
Viéndole despedir la octava lanza,
Dijo con voz airada: «¿No hay alguno
Que castigue este bárbaro importuno?»

Diciendo esto miraba á Diego Cano,
El cual de osado crédito tenia,
Que una asta gruesa en la derecha mano
Su Rabicán preciado apercibia;
Y al tiempo cuando el bárbaro lozano
Con fuerza estrema el brazo sacudia,
En la silla los muslos enclavados
Hiere al caballo á un tiempo entrambos lados.

Con menudo tropel y gran ruido
Sale el presto caballo desenvuelto
Acia el gallardo bárbaro atrevido,
Que en esto las espaldas habia vuelto;
Pero el fuerte español embebecido
En que no se le fuese, el freno suelto,
Bate al caballo apriesa los talones
Hasta los enemigos escuadrones.

No el araucano y fiero ayuntamiento
Con las espesas picas derribadas,
Ni el presuroso y recio movimiento
De mazas y de bárbaras espadas
Pudieron resistir al duro intento
Del airado español, que las pisadas
Del lijero araucano iba siguiendo,
La espesa turba y multitud rompiendo.

Donde á pesar de tantos y á despecho,
Con grande esfuerzo y valerosa mano
Rompe por ellos, y la lanza el pecho
De aquel que dilató su muerte en vano;
Y glorioso del bravo y alto hecho
Al caballo picó á la diestra mano,
Abriendo con esfuerzo y diestro tino
Por medio de las armas el camino.

Luego se arroja el escuadron jinete
Al araucano ejército llamando,
Que á esperarle parece que acomete,
Y vase luego al borde retirando:
Una, cuatro y diez veces arremete,
Poco el arremeter aprovechando;
Que en aquella sazon ninguna espada
Habia de sangre bárbara manchada.

Los cansados caballos trabajaban;
Mas poco del trabajo se aprovecha,
Que los nuestros en vano les picaban
Heridos y hostigados de la flecha:
Las bravezas algunos aplacaban
Viéndose en aquel punto y cuenta estrecha,
Ellos lasos, los otros descansados,
Los pasos y caminos ya cerrados.

La presta y temerosa artillería
A toda furia y priesa disparaba,
Y así en el escuadron indio batia,
Que cuanto topa enhiesto lo allanaba:
De fuego y humo el cerro se cubria,
El aire cerca y lejos retumbaba,
Parece con estruendo abrirse el suelo,
Y respirar un nuevo Mongibelo.

Visto Lautaro serle conveniente
Quitar y deshacer aquel ñublado,
Que lanzaba los rayos en su gente
Y habia gran parte della destrozado,
Al escuadron que á Leucoton valiente
Por su valor le estaba encomendado,
Le manda arremeter con furia presta,
Y en alta voz diciendo le amonesta:

003111

«¡Oh fieles compañeros vitoriosos,
A quien fortuna llama á tales hechos!
Ya es tiempo que los brazos valerosos
Nuestras causas aprueben y derechos:
Sus, sus, calad las lanzas animosos,
Rompan los hierros los contrarios pechos,
Y por ellos abrid roja corriente
Sin respetar á amigo ni á pariente.

»A las piezas guiad; que si ganadas
Por vuestro esfuerzo son, con tal vitoria
Célebres quedarán vuestras espadas,
Y eterna al mundo dellas la memoria:
El campo seguirá vuestras pisadas
Siendo vos los autores desta gloria.»
Y con esto la gente envanecida
Hizo la temeraria arremetida.

Por infame se tiene allí el postrero,
Que es la cosa que entre ellos mas se nota;
El mas medroso quiere ser primero
Al probar si la lanza lleva bota:
No espanta ver morir al compañero,
Ni llevar quince ó veinte una pelota
Volando por los aires hechos piezas,
Ni el ver quedar los cuerpos sin cabezas.

No los perturba y pone allí embarazo,
Ni punto los detiene el temor ciego;
Antes si el tiro á alguno lleva el brazo,
Con el otro la espada esgrime luego;
Llegan sin reparar hasta el ribazo
Donde estaba la máquina del fuego:
Viéranse allí las balas escupidas
Por la bárbara furia detenidas.

Los demás arremeten luego en rueda
Y de tiros la tierra y sol cubrian;
Pluma no basta, lengua no hay que pueda
Figurar el furor con que venian:
De voces, fuego, humo y polvareda
No se entienden allí ni conocian;
Mas poco aprovechó este impedimento,
Que ciegos se juntaban por el tiento.

Tardaron poco espacio en concertarse
Las enemigas haces ya mezcladas,
Lo que allí se vió mas para notarse
Era el presto batir de las espadas:
Procuran ambas partes señalarse,
Y así vieran cabezas y celadas
En cantidad y número partidas,
Y piernas de sus troncos divididas.

Unos por defender la artillería
Con tal ímpetu y furia acometida,
Otros por dar remate á su porfía,
Traban una batalla bien reñida:
Para un solo español cincuenta habia,
La ventaja era fuera de medida;
Mas cada cual por sí tanto trabaja
Que iguala con valor á la ventaja.

No quieren que atrás vuelva el estandarte
De Carlos quinto, máximo, glorioso;
Mas que á pesar del contrapuesto Marte
Vaya siempre adelante vitorioso:
El cual terrible y fiero á cada parte,
Envuelto en ira y polvo sanguinoso
Daba nuevo vigor á las espadas
De tanto combatir aun no cansadas.

Renuévase el furor y la braveza,
Segun es el herir apresurado,
Con aquel mismo esfuerzo y entereza
Que si entonces lo hubieran comenzado:
Las muertes, el rigor y la crüeza
Esto no puede ser significado,
Que la espesa y menuda yerba verde
En sangre convertida el color pierde.

Villagrán la batalla en peso tiene,
Que no pierde una mínima su puesto,
De todo lo importante se previene;
Aquí va, y allí acude, y vuelve presto:
Hace de capitán lo que conviene
Con usada esperiencia, y fuera desto
Como osado soldado y buen guerrero
Se arroja á los peligros el primero.

Andando envuelto en sangre á Torbo mira
Que en los cristianos hace gran matanza,
Lleva el caballo, y él llevado de ira
Requiere en la derecha bien la lanza:
En los estribos firme al pecho tira;
Mas la codicia y sobra de pujanza
Desatentó la presurosa mano,
Haciendo antes de tiempo el golpe en vano.

Hiende el caballo desapoderado
Por la canalla bárbara enemiga,
Revuelve á Torbo el español airado
Y en bajo el brazo la jineta abriga,
Pásale un fuerte peto tresdoblado
Y el jubon de algodon, y en la barriga
Le abrió una gran herida, por do al punto
Vertió de sangre un lago y la alma junto.

Saca entera la lanza, y derribando
El brazo atrás con ira la arrojaba;
Vuela la furiosa asta rechinando
Del ímpetu y pujanza que llevaba,
Y á Corpillán que estaba descansando
Por entre el brazo y cuerpo le pasaba,
Y al suelo penetró sin dañar nada,
Quedando media braza en él fijada.

Y luego Villagrán, la espada fuera,
Por medio de la hueste va á gran priesa,
Haciendo con rigor ancha carrera
Adonde va la turba mas espesa;
No menos Pedro de Olmos de Aguilera
En todos los peligros se atraviesa,
Habiendo él solo muerto por su mano
A Guancho, Canio, Pillo y Titaguano.

Hernando y Juan, entrambos de Alvarado,
Daban de su valor notoria muestra,
Y el viejo y gran jinete Maldonado
Voltea el caballo allí con mano diestra,
Ejercitando con valor usado
La espada que en herir era maestra,
Aunque la débil fuerza envejecida
Hace pequeño el golpe y la herida.

Diego Cano, á dos manos, sin escudo,
No deja lanza enhiesta ni armadura,
Que todo por rigor de filo agudo
Hecho pedazos viene á la llanura:
Pues Peña, aunque de lengua tartamudo,
Se revuelve con tal desenvoltura,
Cual Cesio entre las armas de Pompeo,
O en Troya el fiero hijo de Peleo.

Por otra parte el español Reinoso,
De ponzoñosa rabia estimulado,
Con la espada sangrienta va furioso
Hiriendo por el uno y otro lado;
Mata de un golpe á Palta, y riguroso
La punta enderezó contra el costado
Del fuerte Ron, y así acertó la vena
Que la espada de sangre sacó llena.

Bernal, Pedro de Aguayo, Castañeda,
Ruiz, Gonzalo Hernández y Pantoja
Tienen hecha de muertos una rueda,
Y la tierra de sangre toda roja:
No hay quien ganar del campo un paso pueda,
Ni el espeso herir un punto afloja,
Haciendo los cristianos tales cosas,
Que las harán los tiempos milagrosas.

Mas eran los contrarios tanta gente
Y tan poco el remedio y confianza,
Que á muchos les faltaba juntamente
La sangre, aliento, fuerza y la esperanza:
Llevados pues al fin de la corriente
Sin poder resistir la gran pujanza,
Pierden un largo trecho la montaña
Con todas las seis piezas de campaña.

Del antiguo valor y fortaleza
Sin aflojar los nuestros siempre usaron,
No se vió en español jamás flaqueza
Hasta que el campo y sitio les ganaron;
Mas viéndose á tal hora en estrecheza,
Que pasaban de cinco que empezaron,
Comienzan á dudar ya la batalla,
Perdiendo la esperanza de ganalla.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte
Cuando ellos en la fuerza iban menguando,
Representóles el temor la muerte,
Las heridas y sangre resfriando;
Algunos desaniman de tal suerte
Que se van al camino retirando:
No del todo, señor, desbaratados,
Mas haciéndoles rostro y ordenados.

Pero el buen Villagrán, haciendo fuerza,
Se arroja y contrapone al paso airado,
Y con sabias razones los esfuerza,
Como de capitán escarmentado,
Diciendo: «Caballeros, nadie tuerza
De aquello que á su honor es obligado,
No os entregueis al miedo, que es, yo os digo,
De todo nuestro bien grande enemigo.

»Sacudidle de vos, y vereis luego
La deshonra y afrenta manifiesta,
Mirad que el miedo infame, torpe y ciego
Mas que el hierro enemigo aquí os molesta:
No os turbeis, reportaos, tened sosiego,
Que en este solo punto teneis puesta
Vuestra fama, el honor, vida y hacienda,
Y es cosa que después no tiene enmienda.

»¿A dó volveis sin orden y sin tiento,
Que los pasos tenemos impedidos?
¿Con cuánto deshonor y abatimiento
Seremos de los nuestros acogidos?
La vida y honra está en el vencimiento,
La muerte y deshonor en ser vencidos:
Mirad esto, y vereis huyendo cierta
Vuestra deshonra, y mas la vida incierta.»

De la plaza no ganan cuanto un dedo
Por esta y otras cosas que decia,
Segun era el terror y estraño miedo
En que el peligro puesto los habia:
«¿Dónde que dar mejor que aquí yo puedo?»
Diciendo Villagrán, con osadía
Temeraria arremete á tanta gente
Solo para morir honradamente.

La vida ofrece de acabar contenta
Por no estar al rigor de ser juzgado,
Teme mas que la muerte alguna afrenta
Y el verse con el dedo señalado;
No quiere andar á todos dando cuenta
Si volver las espaldas fué forzado,
Que por dolencia ó mancha se reputa
Tener puesto el honor hombre en disputa.

Cuán bien desto salió, que del caballo
Al suelo le trajeron aturdido;
Cuál procura prendello, cuál matallo,
Pero las buenas armas le han valido:
Otros dicen á voces: «desarmallo:»
Acude allí la gente y el ruïdo;
Mas quien saber el fin desto quisiere
Al otro canto pido que me espere.

CANTO VI

Prosigue la comenzada batalla con las estrañas y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos á cuchillo.

Al valeroso espíritu, ni suerte
Ni revolver de hado riguroso
Le pueden presentar caso tan fuerte,
Que le traigan á estado vergonzoso...
Como ahora á Villagrán, que con su muerte,
No siendo de otro modo poderoso,
Piensa atajar el áspero camino,
Adonde le tiraba su destino.

Con más valor que yo sabré decillo
El pequeño escuadron ligero cierra,
Abriendo en los contrarios un portillo
Que casi puso en condición la guerra.
Rompen hasta do el mísero caudillo
De golpes aturdido estaba en tierra,
Sin ayuda y favor desamparado,
De la enemiga turba rodeado.

Sus soldados el paso apresurando
En confuso monton se retrujeron,
Cuando en el nuevo y gran rumor mirando
A su buen capitán en tierra vieron:
Solos trece la vida despreciando
Los rostros y las riendas revolvieron,
Rasgando á los caballos los ijares
Se arrojan á embestir tantos millares.

Todos á un tiempo quieren ser primeros
En esta empresa y suerte señalada;
Y estaban como lobos carniceros
Sobre la mansa oveja desmandada,
Cuando discordes con aullidos fieros
Forman música en voz desentonada;
Y en esto los mastines del egido
Llegan con gran presteza á aquel ruïdo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dudan por ver al bárbaro tan fuerte
Cuando ellos en la fuerza iban menguando,
Representóles el temor la muerte,
Las heridas y sangre resfriando;
Algunos desaniman de tal suerte
Que se van al camino retirando:
No del todo, señor, desbaratados,
Mas haciéndoles rostro y ordenados.

Pero el buen Villagrán, haciendo fuerza,
Se arroja y contrapone al paso airado,
Y con sabias razones los esfuerza,
Como de capitán escarmentado,
Diciendo: «Caballeros, nadie tuerza
De aquello que á su honor es obligado,
No os entregueis al miedo, que es, yo os digo,
De todo nuestro bien grande enemigo.

»Sacudidle de vos, y vereis luego
La deshonra y afrenta manifiesta,
Mirad que el miedo infame, torpe y ciego
Mas que el hierro enemigo aquí os molesta:
No os turbeis, reportaos, tened sosiego,
Que en este solo punto teneis puesta
Vuestra fama, el honor, vida y hacienda,
Y es cosa que después no tiene enmienda.

»¿A dó volveis sin orden y sin tiento,
Que los pasos tenemos impedidos?
¿Con cuánto deshonor y abatimiento
Seremos de los nuestros acogidos?
La vida y honra está en el vencimiento,
La muerte y deshonor en ser vencidos:
Mirad esto, y vereis huyendo cierta
Vuestra deshonra, y mas la vida incierta.»

De la plaza no ganan cuanto un dedo
Por esta y otras cosas que decia,
Segun era el terror y estraño miedo
En que el peligro puesto los habia:
«¿Dónde que dar mejor que aquí yo puedo?»
Diciendo Villagrán, con osadía
Temeraria arremete á tanta gente
Solo para morir honradamente.

La vida ofrece de acabar contenta
Por no estar al rigor de ser juzgado,
Teme mas que la muerte alguna afrenta
Y el verse con el dedo señalado;
No quiere andar á todos dando cuenta
Si volver las espaldas fué forzado,
Que por dolencia ó mancha se reputa
Tener puesto el honor hombre en disputa.

Cuán bien desto salió, que del caballo
Al suelo le trajeron aturdido;
Cuál procura prendello, cuál matallo,
Pero las buenas armas le han valido:
Otros dicen á voces: «desarmallo:»
Acude allí la gente y el ruïdo;
Mas quien saber el fin desto quisiere
Al otro canto pido que me espere.

CANTO VI

Prosigue la comenzada batalla con las estrañas y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándolos todos á cuchillo.

Al valeroso espíritu, ni suerte
Ni revolver de hado riguroso
Le pueden presentar caso tan fuerte,
Que le traigan á estado vergonzoso...
Como ahora á Villagrán, que con su muerte,
No siendo de otro modo poderoso,
Piensa atajar el áspero camino,
Adonde le tiraba su destino.

Con más valor que yo sabré decillo
El pequeño escuadron ligero cierra,
Abriendo en los contrarios un portillo
Que casi puso en condición la guerra.
Rompen hasta do el mísero caudillo
De golpes aturdido estaba en tierra,
Sin ayuda y favor desamparado,
De la enemiga turba rodeado.

Sus soldados el paso apresurando
En confuso monton se retrujeron,
Cuando en el nuevo y gran rumor mirando
A su buen capitán en tierra vieron:
Solos trece la vida despreciando
Los rostros y las riendas revolvieron,
Rasgando á los caballos los ijares
Se arrojan á embestir tantos millares.

Todos á un tiempo quieren ser primeros
En esta empresa y suerte señalada;
Y estaban como lobos carniceros
Sobre la mansa oveja desmandada,
Cuando discordes con aullidos fieros
Forman música en voz desentonada;
Y en esto los mastines del egido
Llegan con gran presteza á aquel ruïdo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así los enemigos apiñados
En medio al triste Villagrán tenian,
Que por darle la muerte embarazados
Los unos á los otros se impedian;
Mas los trece españoles esforzados
Rompiendo á la sazon sobrevenian,
De roja y fresca sangre ya cubiertos
De aquellos que dejaban atrás muertos.

Con gran presteza del amor movidos
Adonde á Villagrán ven se arrojaban,
Y los agudos hierros atrevidos
De nuevo en sangre nueva remojaban:
Desamparan el cerco los heridos,
Acá y allá medrosos se apartaban,
Algunos sustentaban con mas suerte
Su parte y opinion hasta la muerte.

Si un espeso monton se deshacía
Desocupando el campo escarmentados,
Otra junta mayor luego nacia,
Y estaban sus lugares ocupados:
Del sueño Villagrán aun no volvia;
Mas tal maña se dieron sus soldados,
Y así las prestas armas revolvieron,
Que en su acuerdo á caballo lo pusieron.

A tardarse mas tiempo fuera muerto,
Y á bien librar salió tan mal parado,
Que, aunque estaba de planchas bien cubierto,
Tenia el cuerpo molido y magullado;
Pero del sueño súbito despierto,
Viendo trece españoles á su lado,
Olvidando el peligro en que aun estaba,
Entre los duros hierros se lanzaba.

Por medio del ejército enemigo
Sin escarmiento ni temor vendia,
Llevando en su defensa al bando amigo
Que destrozando bárbaros venia:
Trillan, derriban, hacen tal castigo
Que duran las reliquias hoy en dia,
Y durará en Arauco muchos años
El estrago y memoria de los daños.

Bernal hiere á Mailongo de pasada
De un valiente altibajo á fil derecho,
No le valió de acero la celada,
Que los filos corrieron hasta el pecho:
Aguilera al través tendió la espada,
Y al dispuesto Guamán dejó mal trecho,
Haciendo ya el temor tan ancha senda
Que bien pueden correr á toda rienda.

Salen pues los catorce vitoriosos
Donde los otros de su bando estaban,
Que turbados, sin orden, temerosos
De ver su muerte ya remolinaban:
No bastaron ni fueron poderosos
Villagrán y los otros que llegaban
A estorbar el camino comenzado,
Que ya el temor gran fuerza habia cobrado.

Viendo bravo y gallardo el araucano,
Del todo de vencer desconfiados,
Y los caballos sin aliento en vano
De importunas espuelas fatigados,
A grandes voces dicen: «á lo llano,
No estemos desta suerte arrinconados;»
Y con nuevo temor y desatino
Toman algunos dellos el camino.

Cual de cabras montesas la manada,
Cuando á lugar estrecho es reducida,
De diestros cazadores rodeada
Y de importunos tiros perseguida,
Que viéndose ofendida y apretada
Una rompe el camino y la huida,
Siguiendo las demás á la primera;
Así abrieron los nuestros la carrera.

Uno, dos, diez y veinte desmandados
Corren á la bajada de la cuesta,
Sin orden ni atencion apresurados,
Como si al palio fueran sobre apuesta:
Aunque algunos valientes ocupados
Con firme rostro y con espada presta,
Combatiendo animosos no miraban
Cómo así los amigos los dejaban.

No atienden al huir, ni se previenen
De remedio tan flaco y vergonzoso;
Antes en su batalla se mantienen
Trayendo el fin á término dudoso:
Y con heroicos ánimos detienen
De los indios el ímpetu furioso,
Y la disposicion del duro hado,
En daño suyo y contra declarado.

Y así resisten, matan y destruyen
Contrastando al destino, que parece
Que el valor araucano disminuyen,
Y el suyo con difícil prueba crece;
Mas viendo á los amigos cómo huyen,
Que á mas correr la gente desparece,
Hubieron de seguir la misma vía,
Que ya fuera locura y no osadía.

Quiero mudar en lloro amargo el canto,
Que será á la sazon mas conveniente;
Pues me suena en la oreja el triste llanto
Del pueblo amigo y género inocente:
No siento el ser vencidos tanto, cuanto
Ver pasar las espadas crudamente
Por vírgenes, mujeres, servidores,
Que penetran los cielos sus clamores.

La infantería española sin pereza
Y gente de servicio iban camino,
Que el miedo les prestaba lijereza,
Y mas de la que algunos les convino;
Pues con la turbacion y gran torpeza
Muchos perdieron de la cuesta el tino,
Ruedan unos los lomos quebrantados,
Otros hechos pedazos despeñados.

Quedan por el camino mil tendidos,
Los arroyos de sangre el llano riegan,
Rompiendo el aire el llanto y alaridos
Que en son desentonado al cielo llegan;
Y las lástimas tristes y gemidos,
Puestas las manos altas con que ruegan,
Y piden de la vida gracia en vano
Al inclemente bárbaro inhumano.

El cual siempre les iba caza dando
Con mano presta y piés en la corrida,
Hiriendo sin respeto y derribando
La inútil gente, mísera, impedida,
Que á la amiga nacion iba invocando
La ayuda en vano á la amistad debida,
Poniéndole delante con razones
La deuda, el interés y obligaciones.

Y aunque mas las razones obligaban,
Si alguno á defenderlos revolvia,
Viendo cuánto los otros se alargaban,
Alargarse también le convenía:
Ni á los que por amigos se trataban,
Ni á las que por amigas se debia,
Con quien habia amistad y cuenta estrecha,
Llamar, gemir, llorar les aprovecha.

Que ya los nuestros, sin parar en nada,
Por la carrera de su sangre roja
Dan siempre nueva furia á su jornada,
Y á los caballos priesa y rienda floja;
Que ni la voz de virgen delicada,
Ni obligacion de amigos los congoja:
La pena y la fatiga que llevaban
Era que los caballos no volaban.

Sordos á aquel clamor y endurecidos,
Miden con sueltos pies el verde llano;
Pero algunos de lástima movidos,
Viendo el fiero espectáculo inhumano,
De una rabiosa cólera encendidos
Vuelven contra el ejército araucano,
Que corre por el campo derramado,
La mas parte en la presa embarazado.

Determinados de morir revuelven,
Haciendo al sexo tímido reparo,
Y de suerte en los bárbaros se envuelven
Que á mas de diez la vuelta costó caro:
Por esto los primeros aun no vuelven,
Que quieren que el partido sea más claro,
Y no poner la vida en aventura,
Cuanto lejos de allí, tanto segura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEÓN ® BIBLIOTECA UNIVERSITARIA "ALFONSO REYES" fondo 1625 MONTERREY, MÉXICO

Torna la lid de nuevo á refrescarse,
De un lado y otro andaba igual trabada,
Pecho con pecho vienen á juntarse,
Lanza con lanza, espada con espada:
Pueden los españoles sustentarse;
Que la gente araucana derramada
El alcance sin orden proseguia,
Haciendo todo el daño que podia.

Cual banda de cornejas esparcidas
Que por el aire claro el vuelo tienden,
Que de la compañera condolidas
Por los chirridos la prision entienden,
Las batidoras alas recogidas
A darle ayuda en círculo descienden:
El bárbaro escuadron desta manera
Al rumor endereza la carrera.

La gente que de acá y de allá discurre,
Viendo el tumulto y aire polvoroso,
Deja el alcance, y de tropel concurre
Al son de las espadas sonoroso:
Cada araucano con presteza ocurre
Adonde era el favor mas provechoso,
Y los sangrientos hierros en las manos
Cercan el escuadron de los cristianos.

La copia de los bárbaros creciendo,
Crece el son de las armas y refriega,
Y los nuestros se van disminuyendo,
Que en su ayuda y socorro nadie llega;
Pero con grande esfuerzo combatiendo,
Ninguno la persona á ciento niega;
Ni allí se vió español que se notase
Que á su deuda una mínima faltase.

Mas de la suerte como si del cielo
Tuvieran el seguro de las vidas,
Se meten y se arrojan sin recelo
Por las furiosas armas homicidas:
Caen por tierra y echan por el suelo,
Dan y reciben ásperas heridas,
Que el número dispar y aventajado
Suple el valor y el ánimo sobrado.

Y así se contraponen, no temiendo
La muerte y furia bárbara importuna,
El ímpetu y pujanza resistiendo
De la gente, del hado y la fortuna:
Mas contrastar á tantos no pudiendo
Sin socorro, favor ni ayuda alguna,
Dilatando el morir, les fué forzoso
Volver á su camino trabajoso.

Parece el esperar mas desatino,
Que van los delanteros como el viento;
Usar de aquel remedio les convino,
Y no del temerario atrevimiento:
Muchos mueren en medio del camino
Por falta de caballos y de aliento,
Y de sangre también, que el verde prado
Quedaba de su rastro colorado.

Flojos ya los caballos y encalmados,
Los bárbaros por piés los alcanzaban,
Y en los rendidos dueños derribados
La fuerza de los brazos ensayaban:
Otros de los peones empachados,
Digo de los cristianos que á pié andaban,
Casi moverse al trote no podian,
Que con solo el temor los detenian.

Los cansados peones se contentan
Con las colas ó acciones aferradas,
Y en vano lastimosas representan
Estrechas amistades olvidadas:
De sí los de á caballo los ausentan,
Si no pueden á ruego, á cuchilladas,
Como á los más odiados enemigos,
Que no era á la sazon tiempo de amigos.

Atruena todo el valle el gran bullicio,
Armas, grita y clamor triste se oia
De la gente española, y de servicio
Que á manos de los indios perecia:
No se vió tan sangriento sacrificio,
Ni tan estraña y cruda anatomía,
Como los fieros bárbaros hicieron
En dos mil y quinientos que murieron.

Unos vienen al suelo mal heridos
De los lomos al vientre atravesados,
Por medio de la frente otros hendidos,
Otros mueren con honra degollados;
Otros que piden medios y partidos,
De los cascos los ojos arrancados,
Los fuerzan á correr por peligrosos
Peñascos sin parar precipitosos.

Y á las tristes mujeres delicadas
El debido respeto no guardaban;
Antes con mas rigor por las espadas
Sin escuchar sus ruegos las pasaban;
No tienen miramiento á las preñadas,
Mas los golpes al vientre encaminaban;
Y aconteció salir por las heridas
Las tiernas pernezuelas no nacidas.

Suben por la gran cuesta el que mas puede
Y paga el perezoso y negligente,
Que á ninguno mas vida se concede
De cuanto puede andar lijeramente;
Y al que torpe es forzoso que se quede
Que no es en la carrera diligente,
Que la muerte que airada atrás venia,
En afirmando el pié le sacudia.

Aunque la cuesta es áspera y derecha,
Muchos á la alta cumbre han arribado,
Adonde una albarrada hallaron hecha,
Y el paso con maderos ocupado:
No tiene aquel camino otra desecha,
Que el cerro casi en torno era tajado,
Del un lado le bate la marina,
Del otro un gran peñol con él confina.

Era de gruesos troncos mal pulidos
El nuevo muro en breve tiempo hecho,
Con arte unos en otros enjeridos,
Que cerraban la senda y paso estrecho:
Dentro estaban los indios prevenidos,
Las armas sobre el muro y antepecho,
Que segun orgullosos se mostraban,
Al cielo no á la gente amenazaban.

Viendo los españoles ya cerrados
Los pasos y cerrada la esperanza,
A pasar ó morir determinados,
Poniendo en Dios la firme confianza,
De la albarrada un trecho desviados
Prueban de los caballos la pujanza,
Corriendo un golpe dellos á romperla,
Y los bárbaros dentro á defenderla.

Así la gente estaba detenida,
Que todo su trabajo no importaba,
Ni al peligro hallaba la salida
Hasta que el viejo Villagrán llegaba:
Que vista la escusada arremetida
Cuán poco en el remedio aprovechaba,
Sin temor de morir ni muestra alguna,
Dió aquí el último tiento á la fortuna.

Estaba en un caballo derivado
De la española raza, poderoso,
Ancho de cuadra, espeso, bien trabado,
Castaño de color, presto, animoso,
Veloz en la carrera y alentado,
De grande fuerza y de ímpetu furioso,
Y la furia sujeta y corregida
Por un débil bocado y blanda brida.

El rostro le endereza, y al momento
Bate el presto español recio la ijada,
Que sale con furioso movimiento,
Y encuentra con los pechos la albarrada;
No hace en el romper mas sentimiento
Que si fuera en carrera acostumbrada,
Abriendo tal camino, que pasaron
Todos los que de abajo se escaparon.

Los bárbaros airados defendian
El paso, pero al cabo no pudieron;
Que por mas que las armas esgrimian,
Los fuertes españoles los rompieron:
Unos acia la mano diestra guian,
Otros tan buen camino no supieron,
Tomando á la siniestra un mal sendero
Que á dar iba en un gran despeñadero.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

A la siniestra mano, acia el poniente,
Estaban dos caminos mal usados,
Estos debian de ser antiguamente
Por do al agua bajaban los venados:
Digo en tiempos pasados, que al presente
Por mil partes estaban derrumbados,
Y el remate tajado con un salto
De mas de ciento y veinte brazas de alto.

Por orden de natura no sabida,
O por gran sequedad de aquella tierra,
O algun diluvio grande y avenida
Fué causa de tajarse aquella sierra:
Pues por allí la gente mal regida
Ocupada del miedo de la guerra,
Huyendo de la muerte ya sin tino
A dar derechamente en ella vino.

La inadvertida gente iba rodando,
Que repararse un paso no podia,
El segundo al primero tropellando,
Y el tercero al segundo recio envia:
El número se va multiplicando,
Un cuerpo mil pedazos se hacia,
Siempre rodando con furor violento
Hasta parar en el mas bajo asiento.

Como el fiero Tifeo presumiendo
Lanzar de sí el gran monte y pesadumbre,
Cuando el terrible cuerpo estremeciendo
Sacude los peñascos de la cumbre
Que vienen con gran ímpetu y estruendo
Hechos piezas abajo en muchedumbre:
Así la triste gente mal guiada
Rodando al llano va despedazada.

Pero aquella que el buen camino tiene,
De verle con presteza el fin procura,
Ninguno por el otro se detiene,
Que detenerse ya fuera locura:
Rodar también á alguno le conviene,
Que mas de lo posible se apresura:
A caballo y á pié, y aun de cabeza
Llegaron á lo bajo en poca pieza.

Sueltos iban caballos por el prado,
Que muertos los señores han caido,
Otros desocuparlos fué forzado,
Que por flojos la silla habian perdido:
Cuál lijero cabalga, y cuál turbado
Del temor de la muerte ya impedido
Atinar al estribo no podia,
Y el caballo y sazon se le huia.

No aguardaban por estos; mas corriendo
Juegan á mucha priesa los talones,
Al delantero sin parar siguiendo,
Que no le alcanzarán á dos tirones:
Votos, promesas entre si haciendo
De ayunos, romerías, oraciones,
Y aun otros reservados solo al papa,
Si Dios deste peligro los escapa.

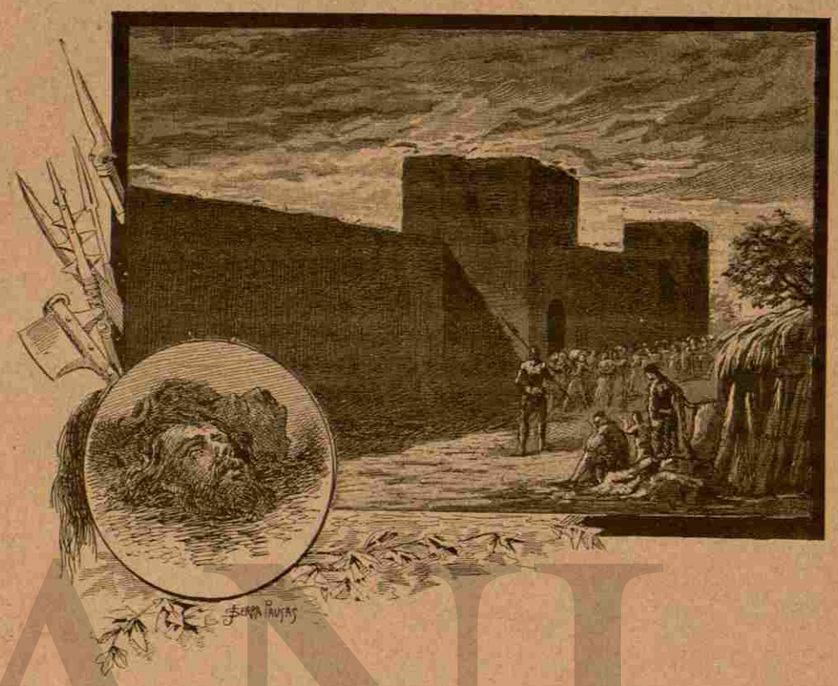
Venian ya los caballos por el llano
Las orejas tremiendo derramadas,
Quiérenlos aguijar; mas es en vano,
Aunque recio les abren las ijadas:
El hermano no escucha al caro hermano,
Las lástimas allí son escusadas,
Quien dos pasos del otro se aventaja
Por ganar otros dos muere y trabaja.

Como el que sueña que en el ancho coso
Siente al furioso toro avecinarse,
Que piensa atribulado y temeroso,
Huyendo de aquel ímpetu salvarse,
Y se aflige y congoja presuroso
Por correr, y no puede menearse:
Así estos á gran priesa á los caballos
No pueden, aunque quieren, aguijallos.

Haciendo el enemigo gran matanza
Sigue el alcance, y siempre los aqueja;
Dichoso aquel que buen caballo alcanza,
Que de su furia un poco mas se aleja;
Quién la adarga abandona, quién la lanza,
Quién de cansado el propio cuerpo deja,
Y así la vencedora gente brava
La fiera sed con sangre mitigaba.

Aquel que por desdicha atrás venia,
Ninguno, aunque sea amigo, le socorre,
Despacio el mas lijero se movia,
Quien el caballo trota, mucho corre:
El cansancio y la sed los afligia;
Mas Dios, que en el mayor peligro acorre,
Frenó el ímpetu y curso al enemigo,
Segun en el siguiente canto digo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CANTO VII

Llegan los españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion.

Tener en mucho un pecho se debria
A do el temor jamás halló posada,
Temor que honrosa muerte nos desvia
Por una vida infame y deshonrada:
En los peligros grandes la osadía
Merece ser de todos estimada,
El miedo es natural en el prudente,
Y el saberlo vencer es ser valiente.

Esto podrán decir los que picaban
Los cansados caballos aguijando;
Pues tanto de temor se apresuraban
Que les daremos crédito aun callando:
Con los prestos calcaños lo afirmaban,
Con piernas, brazos, cuerpo ijadeando;
También los araucanos sin aliento,
La furia iban perdiendo y movimiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Que del grande trabajo fatigados
En el largo y veloz curso aflojaron,
Y por el gran teson desalentados,
A seis leguas de alcance los dejaron:
Los nuestros del temor mas aguijados,
Al entrar de la noche se hallaron
En la estrema ribera de Biobío
Adonde pierde el nombre y ser de rio.

Y á la orilla un gran barco asido vieron
De una gruesa cadena á un viejo pino,
Los mas heridos dentro se metieron
Abriendo por las aguas el camino;
Y los demás con ánimo atendieron
Hasta que el esperado barco vino,
Y con la diligencia comenzada
A la ciudad arriban deseada.

Puédese imaginar cuál llegarian
Del trabajo y heridas maltratados;
Algunos casi rostros no traian,
Otros los traen de golpes levantados:
Del infierno parece que salian,
No hablan, ni responden elevados,
A todos con los ojos rodeaban,
Y mas callando el daño declaraban.

Después que dió el cansancio y torpe espanto
Licencia de decir lo que pasaba,
Dejando el pueblo atónito ya cuanto,
Súbito en triste tono levantaba
Un alboroto y doloroso llanto,
Que el gran desastre mas solemnizaba,
Y al son discorde y áspera armonía
La casa mas vecina respondia.

Quién llora el muerto padre, quién marido,
Quién hijos, quién sobrinos, quién hermanos,
Mujeres, como locas sin sentido,
Ansiosas tuercen las hermosas manos:
Con el fresco dolor crece el gemido,
Y los protestos de accidente vanos,
Los niños abrazados con las madres
Preguntaban llorando por sus padres.

De casa en casa corren publicando
Las voces y clamores esforzados
Los muertos que murieron peleando,
Y aquellos infelices despeñados:
Mozas, casadas, viudas lamentando,
Puestas las manos y ojos levantados
Piden á Dios para dolor tan fuerte
El último remedio de la muerte.

La amarga noche sin dormir pasaban
Al son de dolorosos instrumentos;
Mas el dia venido se atajaban
Con otro mayor mal estos lamentos,
Diciendo que á gran furia se acercaban
Los araucanos bárbaros, sangrientos,
En una mano hierro, en otra fuego,
Sobre el pueblo español de temor ciego.

Ya la parlera fama pregonando,
Torpes y rudas lenguas desataba,
Las cosas de Lautaro acrecentando,
Los enemigos ánimos menguaba;
Que ya cada español casi temblando,
Dando fuerza á la fama, levantaba
Al mas flaco araucano hasta el cielo,
Derramando en los ánimos un hielo.

Levántase un rumor de retirarse
Y la triste ciudad desamparalla,
Diciendo que no pueden sustentarse
Contra los enemigos en batalla:
Corrillos comenzaban á formarse,
La voz comun aprueba el despoblalla;
Algunos con razones importantes
Reprobaban las causas no bastantes.

Dos varias partes eran admitidas
Del temor y el amor de la hacienda;
La poca gente, muertes y heridas,
Dicen que la ciudad no se defienda;
Las haciendas y rentas adquiridas
Al liberal temor cogen la rienda;
Mas luego se esforzó y creció de modo,
Que al fin se apoderó de todo en todo.

La gente principal claro pretende
Desamparar el pueblo y propio nido,
El temeroso vulgo aun no lo entiende;
Mas tiende oreja atenta á aquel ruido,
Visto el público trato, mas no atiende,
Que súbito, alterado y removido
De nuevo esfuerza el llanto y las querellas,
Poniendo un alarido en las estrellas.

Quién á su casa corre pregonando
La venida del bárbaro guerrero;
Quién aguija á la silla procurando
Cincharla en al caballo mas lijero:
Las encerradas vírgenes llorando
Por las calles sin manto ni escudero,
Atónitas de acá y de allá, perdidas,
A las madres buscaban desvalidas.

Como las corderillas temerosas
De las queridas madres apartadas,
Balando van perdidas presurosas
Haciendo en poco espacio mil paradas,
Ponen atenta oreja á todas cosas,
Corren aquí y allí desatinadas:
Así las tiernas vírgenes llorando
A voces á las madres van llamando.

De rato en rato se renueva y crece
El llanto, la afliccion y el alarido;
Tal vez ¡ay! que de súbito enmudece,
Reduciendo el sentir solo al oido;
Cualquier sombra Lautaro les parece,
Su rigurosa voz cualquier ruïdo;
Alzan la grita y corren, no sabiendo
Mas de ver á los otros ir corriendo.

Era cosa de oir bien lastimosa
Los suspiros, clamores y lamento,
Haciéndolos mayores cualquier cosa
Que trae de nuevo el miedo por el viento:
Desampara la turba temerosa
Sus casas, posesion y heredamiento,
Sedas, tapices, camas, recamados,
Tejos de oro y de plata atesorados.

Si alguno hace protestas, requiriendo
Que no sea la ciudad desamparada,
Responde el principal: «yo no lo entiendo
Ni de mi voluntad soy parte en nada»;
Pero el temor un viejo posponiendo
Les dice: «Gente vil, acobardada,
Deshonra del honor y ser de España,
¿Qué es esto, dónde vais, quién os engaña?»

No fué esta correccion de algun provecho,
Ni otras cosas que el viejo les decía;
Muestran todos hacerse á su despecho,
Y van al que mas corre ya la via:
Es justo que la fama cante un hecho
Digno de celebrarse hasta en el dia
Que cese la memoria por la pluma,
Y todo pierda el ser y se consuma.

Doña Mencía de Nidos, una dama
Noble, discreta, valerosa, osada,
Es aquella que alcanza tanta fama
En tiempo que á los hombres es negada:
Estando enferma y flaca en una cama,
Siente el grande alboroto; y esforzada,
Asiendo de una espada y un escudo,
Salió tras los vecinos como pudo.

Ya por el monte arriba caminaban,
Volviendo atrás los rostros afligidos
A las casas y tierras que dejaban,
Oyendo de gallinas mil graznidos,
Los gatos con voz hórrida maullaban,
Perros daban tristísimos aullidos;
Progne con la turbada Filomena
Mostraban en sus cantos grave pena.

Pero con mas dolor doña Mencía,
Que dello daba indicio y muestra clara,
Con la espada desnuda lo impedia,
Y en medio de la cuesta y dellos para,
El rostro á la ciudad vuelto decia:
«¡Oh valiente nacion, á quien tan cara
Cuesta la tierra y opinion ganada
Por el rigor y filo de la espada!

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Decidme, ¿qué es de aquella fortaleza
Que contra los que así temeis mostrastes?
¿Qué es de aquel alto punto y la grandeza
De la inmortalidad á que aspirastes?
¿Qué es del esfuerzo, orgullo, la braveza,
Y el natural valor de que os preciastes?
¿Adónde vais, cuitados de vosotros,
Que no viene ninguno tras nosotros?

»¡Oh cuántas veces fuistes imputados
De impacientes, altivos, temerarios,
En los casos dudosos arrojados,
Sin atender á medios necesarios;
Y os vimos en el yugo traer domados
Tan gran número y copia de adversarios,
Y emprender y acabar empresas tales
Que distes á entender ser inmortales!

»Volved á vuestro pueblo ojos piadosos,
Por vos de sus cimientos levantado,
Mirad los campos fértiles, viciosos,
Que os tienen su tributo aparejado;
Las ricas minas y los caudalosos
Ríos de arenas de oro, y el ganado
Que ya de cerro en cerro anda perdido
Buscando á su pastor desconocido.

»Hasta los animales, que carecen
De vuestro racional entendimiento,
Usando de razon, se condolecen
Y muestran doloroso sentimiento:
Los duros corazones se enternecen
No usados á sentir, y por el viento
Las fieras la gran lástima derraman,
Y en voz casi formada nos infaman.

»Dejais quietud, hacienda y vida honrosa
De vuestro esfuerzo y brazos adquirida,
Por ir á casa ajena embarazosa
A do tendremos mísera acogida:
¿Qué cosa puede haber mas afrentosa,
Que ser huésped toda nuestra vida?
Volved, que á los honrados vida honrada
Les conviene, ó la muerte acelerada.

»Volved, no vais así desa manera,
Ni del temor os deis tan por amigos,
Que yo me ofrezco aquí, que la primera
Me arrojaré en los hierros enemigos:
Haré yo esta palabra verdadera,
Y vosotros sereis dello testigos:
Volved, volved,» gritaba... pero en vano,
Que á nadie pareció el consejo sano.

Como el honrado padre recatado
Que piensa reducir con persuasiones
Al hijo del propósito dañado,
Y está alegando en vano mil razones,
Que el hijo incorregible y obstinado
Le importunan y cansan los sermones:
Así al temor la gente ya entregada
No sufre ser en esto aconsejada.

Ni á Paulo le pasó con tal presteza
Por las sienes la Jáculo serpiente
Sin perder de su vuelo lijereza,
Llevándole la vida juntamente,
Como la odiosa plática y braveza
De la dama de Nidos por la gente;
Pues apenas entró por un oido
Cuando ya por el otro habia salido.

Sin escuchar la plática del todo,
Llevados de su antojo caminaban;
Mujeres sin chapines por el lodo
A gran priesa las faldas arrastraban:
Fueron doce jornadas deste modo,
Y á Mapochó al fin dellas arribaban.
Lautaro que se siente descansado
Me da priesa, que mucho me he tardado.

No es bien que tanto dél nos descuidemos,
Pues él no se descuida en nuestro daño,
Y adonde le dejamos volveremos,
Que fué donde dejó el alcance estraño;
En muy poco papel resumiremos
Un gran proceso y término tamaño.
Que fuera necesario larga historia
Para ponerlo estenso por memoria.

Mas con la brevedad ya profesada
Me detendré lo menos que pudiere,
Y las cosas menudas de pasada
Tocaré lo mejor que yo supiere;
Pido que atenta oreja me sea dada,
Que el cuento es grave y atencion requiere,
Para que con curiosa y fácil pluma
Los hechos destos bárbaros resuma.

Que luego que el alcance hubo cesado,
Volviendo al hijo de Pillán gozoso,
Que atrás un largo trecho habia quedado
Mas por autoridad que de medroso,
Al general despachan un soldado,
Alojándose el campo en el gracioso
Valle de Talcamábida importante,
De pastos y comidas abundante.

Un bárbaro valiente, que tenia
La estancia y heredad en aquel valle,
Halló un indio cristiano por la via;
Pero no se preciando de matalle,
Prisionero á su casa le traia,
Y comienza en tal modo á razonalle:
«La vida, ¡oh miserable! quiero darte,
Aunque no la mereces por tu parte.

»Pues que ya que á la guerra tú venias
Gozando del honor de los guerreros,
¿Por qué con las mujeres te escondias
Viendo á hierro morir tus compañeros?
Mujer debes de ser, pues que temias
Tanto de alguna espada los aceros:
Y así quiero que tengas el oficio
En todo lo que toca á mi servicio.»

Mandó que del oficio se encargase
Que á la mujer honesta es permitido,
Y la posada y cena concertase
En tanto que del sueño convencido
Los fatigados miembros recrease;
Y habiéndose á su cama recogido,
Al mundo el sol dos vueltas habia dado,
Y no habia el araucano despertado.

Sepultado en un sueño tan profundo
Como si de mil años fuera muerto,
Hasta que el claro sol dió luz al mundo
A la vuelta tercera, que despierto
Pidió la usada ropa, y lo segundo
Si estaba la comida ya en concierto;
El diligente siervo respondia,
Que después de guisada estaba fria.

Diciéndole también como habia estado
Cincuenta horas de término en el lecho
Del trabajo y manjares olvidado,
Con todo lo demás que se habia hecho,
Y que el comer estaba aparejado
Si del sueño se hallaba satisfecho.
El bárbaro responde: «no me espanto
De haber sin despertar dormido tanto;

»Que el cuidoso Lautaro apercebido
Por hacer desear vuestra llegada,
La gente en escuadrones ha tenido
Con tanta disciplina castigada,
Que aun el sentarnos era defendido
En acabando Apolo su jornada,
Hasta que ya los rayos de su lumbre
Nos daban de la vuelta certidumbre.

»Si alguno de su puesto se movia,
Sin esperar descargo le empalaba,
Y aquel que descansando se dormia
En medio de dos picas le colgaba:
Quien cortaba una espiga, allí moria,
Demás de la racion que se le daba;
Con órdenes estrechas y precetos
Nos tuvo, como digo, así sujetos.

»Desta suerte estuvimos los soldados
Mas de catorce noches aguardando,
Las picas altas, á ellas arrimados,
Vuestra tarda venida deseando:
Del sueño y del cansancio quebrantados,
Pasando gran trabajo, hasta cuando
Supimos que llegábades ya junto,
Que nos quitó el cansancio en aquel punto.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Viendo el silencio que en el valle habia,
Le pregunta si el campo era partido;
El mozo dice: ayer, antes del dia,
Salió de aquí con súbito ruïdo;
Afirmarte la causa no sabria,
Aunque por claras muestras he entendido
Que la ciudad de Penco torreada
Era del español desamparada.

Así era la verdad, que caminado
Habian los escuadrones vencedores
Acia el pueblo español desamparado
De los inadvertidos moradores:
La codicia del robo y el cuidado
Les puso espuelas y ánimos mayores,
Siete leguas del valle á Penco habia,
Y arribaron en solo medio dia.

A vista de las casas, ya la gente
Se reparte por todos los caminos,
Porque el saco del pueblo sea igualmente
Lleno de ropa y falto de vecinos:
Apenas la señal del partir siente;
Cuando cual negra banda de estorninos
Que se abate al monton del blanco trigo,
Baja al pueblo el ejército enemigo.

La ciudad yerma en gran silencio atiende
El presto asalto y fiera arremetida
De la bárbara furia, que deciende
Con alto estruendo y con veloz corrida;
El menos codicioso allí pretende
La casa mas copiosa y bastecida:
Vienen de gran tropel acia las puertas
Todas de par en par francas y abiertas.

Corren toda la casa en el momento,
Y en un punto escudriñan los rincones,
Muchos por no engañarse por el tiento
Rompen y descerrajan los cajones,
Baten tapices, rimas y ornamento,
Camas de seda y ricos pabellones,
Y cuanto descubrir pueden de vista,
Que no hay quien los impida ni resista.

No con tanto rigor el pueblo griego
Entró por el troyano alojamiento,
Sembrando frigia sangre y vivo fuego,
Talando hasta en el último cimiento;
Cuanto de ira, venganza y furor ciego,
El bárbaro del robo no contento
Arruïna, destruye, desperdicia,
Y aun no puede cumplir con su malicia.

Quién sube la escalera y quién la baja,
Quién á la ropa y quién al cofre aguija,
Quién abre, quién desquicia y desencaja,
Quién no deja fardel, ni baratija,
Quién contiende, quién riñe, quién baraja,
Quién alega y se mete á la partija:
Por las torres, desvanes y tejados
Aparecen los bárbaros cargados.

No en colmenas de abejas la frecuencia,
Priesa y solicitud cuando fabrican
En el panal la miel con providencia,
Que á los hombres jamás lo comunican;
Ni aquel salir, entrar y diligencia
Con que las tiernas flores melifican,
Se puede comparar ni ser figura
De lo que aquella gente se apresura.

Alguno de robar no se contenta
La casa que le da cierta ventura,
Que la insaciable voluntad sedienta
Otra de mayor presa le figura:
Haciendo codiciosa y necia cuenta
Busca la incierta y deja la segura,
Y llegando el sol puesto á la posada
Se queda, por buscar mucho, sin nada.

También se roba entre ellos lo robado,
Que poca cuenta y amistad habia,
Si no se pone en salvo á buen recado,
Que allí el mayor ladron mas adquiria:
Cuál lo saca arrastrando, cuál cargado
Va que del propio hermano no se fia:
Mas parte á ningun hombre se concede
De aquello que llevar consigo puede.

Como para el invierno se previenen
Las guardosas hormigas avisadas,
Que á la abundante troje van y vienen,
Y andan en acarretos ocupadas,
No se impiden, estorban, ni detienen,
Dan las vacías el paso á las cargadas:
Así los araucanos codiciosos
Entran, salen y vuelven presurosos.

Quien buena parte tiene, mas no espera,
Que presto pone fuego al aposento,
No aguarda que los otros salgan fuera,
Ni tiene al edificio miramiento:
La codiciosa llama de manera
Iba en tanto furor y crecimiento,
Que todo el pueblo mísero se abrasa,
Corriendo el fuego ya de casa en casa.

Por alto y bajo el fuego se derrama,
Los cielos amenaza el son horrendo,
De negro humo espeso y viva llama
La infelice ciudad se va cubriendo:
Treme la tierra en torno, el fuego brama
De subir á su esfera presumiendo,
Caen de rica labor maderamientos
Resumidos en polvos cenicientos.

Piérdese la ciudad mas fértil de oro
Que estaba en lo poblado de la tierra,
Y adonde mas riquezas y tesoro,
Segun fama, en sus términos se encierra.
¡Oh, cuantos vivirán en triste lloro
Que les fuera mejor continua guerra!
Pues es mayor miseria la pobreza
Para quien se vió en próspera riqueza.

A quién diez, y á quién veinte, y á quién treinta
Mil ducados por año les rentara,
El mas pobre tuviera mil de renta,
De aquí ninguno dellos abajara:
La parte de Valdivia era sin cuenta
Si la ciudad en paz se sustentara,
Que en torno la cercaban ricas venas,
Fáciles de labrar y de oro llenas.

Cien mil casados súbditos servian
A los de la ciudad desamparada,
Sacar tanto oro en cantidad podian,
Que á tenerse viniera casi en nada:
Esto que digo y la opinion perdian
Por aflojar el brazo de la espada,
Ganados, heredades, ricas casas,
Que ya se van tornando en vivas brasas.

La grita de los bárbaros se entona,
No cabe el gozo dentro de sus pechos,
Viendo que el fuego horrible no perdona
Hermosas cuadras ni labrados techos:
En tanta multitud no hay tal persona
Que en verlos no se duela así deshechos;
Antes suspiran, gimen y se ofenden,
Porque tanto del fuego se defienden.

Paréceles que es lento y espacioso,
Pues tanto en abrasarlos se tardaba,
Y maldicen al tracio proceloso
Porque la flaca llama no esforzaba:
Al caer de las casas sonoroso
Un terrible alarido resonaba,
Que junto con el humo y las centellas
Subiendo amenazaba las estrellas.

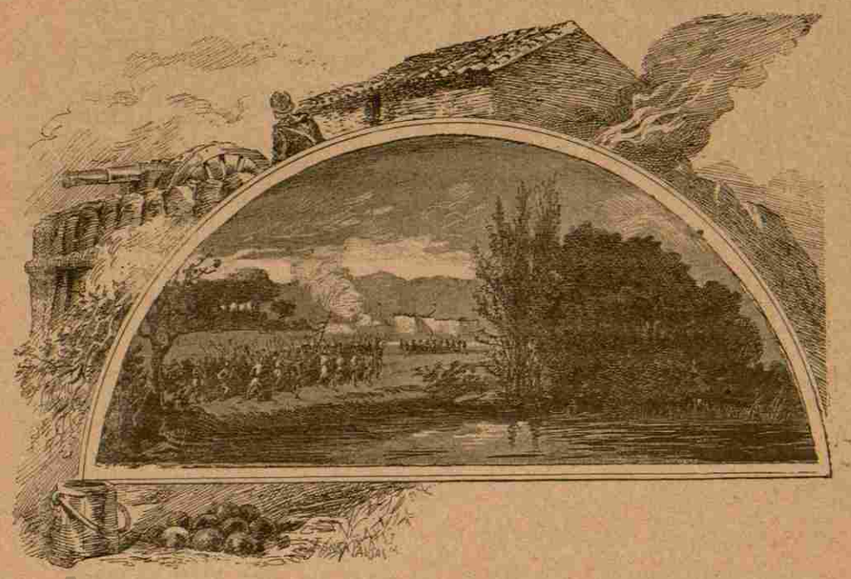
Crece la fiera llama en tanto grado,
Que las mas altas nubes encendia,
Tracio con movimiento arrebatado
Sacudiendo los árboles venia,
Y Vulcano, al rumor sucio y tiznado,
Con los herreros fuelles acudia
Que ayudaron su parte al presto fuego;
Y así se apoderó de todo luego.

Nunca fué de Neron el gozo tanto
De ver en la gran Roma poderosa
Prendido el fuego ya por cada canto,
Vista sola á tal hombre deleitosa:
Ni aquello tan gran gusto le dió, cuanto
Gusta la gente bárbara dañosa
De ver cómo la llama se estendia,
Y la triste ciudad se consumia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era cosa de oir, dura y terrible,
Los estallidos y fornace estruendo,
El negro humo, espeso é insufrible,
Cual nube en aire así se va imprimiendo:
No hay cosa reservada al fuego horrible,
Todo en sí lo convierte, resumiendo
Los ricos edificios levantados
En antiguos corrales derribados.

Llegado al fin el último contento
De aquella fiera gente vengativa,
Aun no parando en esto el mal intento,
Ni planta en pié, ni cosa dejan viva:
El incendio acabado como cuento,
Un mensajero con gran priesa arriba
Del hijo de Leocán, y su embajada
Será en el otro canto declarada.



CANTO VIII

Júntanse los caciques y señores principales á consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique Puchecalco, y Caupolicán viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial fundada en el valle de Cautén.

Un limpio honor del ánimo ofendido
Jamás puede olvidar aquella afrenta,
Trayendo al hombre siempre así encogido,
Que dello sin hablar da larga cuenta;
Y en el mayor contento desabrido
Se le pone delante y representa
La dura y grave afrenta con un miedo,
Que todos le señalan con el dedo.

Si bien esto los nuestros lo miraran
Y al temor con esfuerzo resistieran,
Sus haciendas y casas sustentaran
Y en la justa demanda fenecieran;
De mil desabrimientos no gustaran,
Ni al terreno del vulgo se pusieran,
Del vulgo, que jamás dice lo bueno,
Ni en decir los defectos tiene freno.

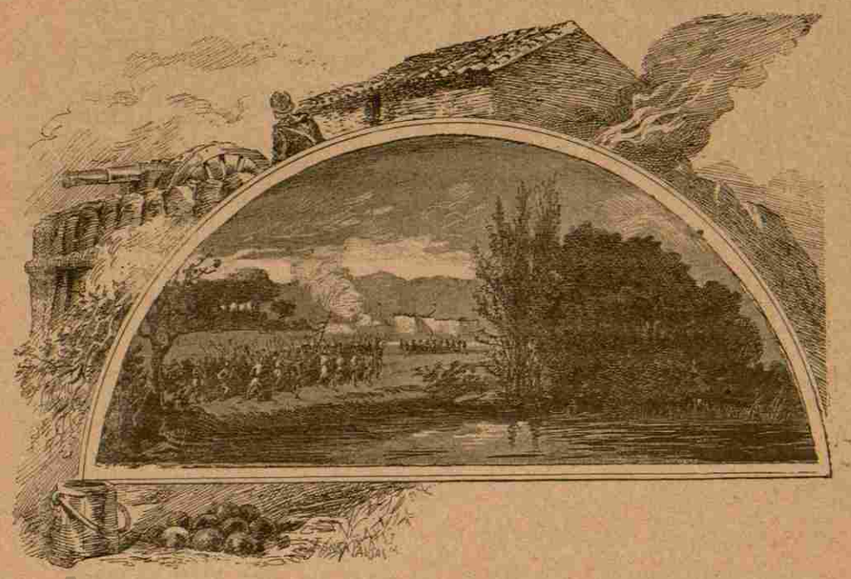
Pero de un bando y otro contemplada
La diferencia en número de gentes,
La ciudad sin reparos, descercada,
Con otra infinidad de inconvenientes;
Y el ver puestas al filo de la espada
Las gargantas de tantos inocentes,
Niños, mujeres, vírgenes sin culpa,
Será bastante y lícita disculpa.

Si no es disculpa y causa lo que digo,
Se puede atribuir este suceso
A que fué del Señor justo castigo,
Visto de su soberbia el gran esceso,
Permitiendo que el bárbaro enemigo,
Aquel que fué su súbdito y opreso,
Los eche de su tierra y posesiones,
Y les ponga el honor en opiniones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era cosa de oir, dura y terrible,
Los estallidos y fornace estruendo,
El negro humo, espeso é insufrible,
Cual nube en aire así se va imprimiendo:
No hay cosa reservada al fuego horrible,
Todo en sí lo convierte, resumiendo
Los ricos edificios levantados
En antiguos corrales derribados.

Llegado al fin el último contento
De aquella fiera gente vengativa,
Aun no parando en esto el mal intento,
Ni planta en pié, ni cosa dejan viva:
El incendio acabado como cuento,
Un mensajero con gran priesa arriba
Del hijo de Leocán, y su embajada
Será en el otro canto declarada.



CANTO VIII

Júntanse los caciques y señores principales á consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique Puchecalco, y Caupolicán viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial fundada en el valle de Cautén.

Un limpio honor del ánimo ofendido
Jamás puede olvidar aquella afrenta,
Trayendo al hombre siempre así encogido,
Que dello sin hablar da larga cuenta;
Y en el mayor contento desabrido
Se le pone delante y representa
La dura y grave afrenta con un miedo,
Que todos le señalan con el dedo.

Si bien esto los nuestros lo miraran
Y al temor con esfuerzo resistieran,
Sus haciendas y casas sustentaran
Y en la justa demanda fenecieran;
De mil desabrimientos no gustaran,
Ni al terreno del vulgo se pusieran,
Del vulgo, que jamás dice lo bueno,
Ni en decir los defectos tiene freno.

Pero de un bando y otro contemplada
La diferencia en número de gentes,
La ciudad sin reparos, descercada,
Con otra infinidad de inconvenientes;
Y el ver puestas al filo de la espada
Las gargantas de tantos inocentes,
Niños, mujeres, vírgenes sin culpa,
Será bastante y lícita disculpa.

Si no es disculpa y causa lo que digo,
Se puede atribuir este suceso
A que fué del Señor justo castigo,
Visto de su soberbia el gran esceso,
Permitiendo que el bárbaro enemigo,
Aquel que fué su súbdito y opreso,
Los eche de su tierra y posesiones,
Y les ponga el honor en opiniones.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Bien que en la Concepcion copia de gente
Estaba á la sazon; pero gran parte
De barba blanca y arrugada frente,
Inútil en la dura y bélica arte,
Y poca de la edad mas suficiente
A resistir el gran rigor de Marte
Y á la parcial fortuna, que se muestra
En todos los sucesos ya siniestra.

¿Quién podrá con el bando lautarino
Viendo que su opinion tanto crecia,
Y la fortuna próspera el camino
En nuestro daño y su provecho abria?
No piensa reparar hasta el divino
Cielo y arruïnar su monarquía,
Haciendo aquellos bárbaros bizarros
Grandes fieros, bravezas y desgarros.

Pues el pueblo de Penco desolado
Y de la fiera llama consumido,
Dije cómo á gran priesa habia llegado
Un indio mensajero conocido,
Que por Caupolicán era enviado;
Y habiendo de su parte encarecido
La gran batalla, digna de memoria,
Las gracias les rindió de la vitoria.

Dijo también sin alargar razones
Que el general mandaba que partiese
Lautaro con los prestos escuadrones,
Y en el valle de Arauco se metiese,
Donde el senado y junta de varones
Tratasen lo que mas le conviniese;
Pues en el fértil valle hay aparejo
Para la junta y general consejo.

En oyendo Lautaro aquel mandato,
Levanta el campo, sin parar camina,
Deja gran tierra atrás, y en poco rato
Al monte andalicano se avecina;
Y por llegar de súbito rebato,
El camino torció por la marina,
Ganoso de burlar al bando amigo
Tomando el nombre y voz del enemigo.

Tanto marchó, que al asomar del dia
Dió sobre las escuadras de repente
Con una baraunda y vocería,
Que puso en arma y alteró la gente;
Mas vuelto el alboroto en alegría,
Conocida la burla claramente,
Los unos y los otros sin firmarse
Sueltas las armas, corren á abrazarse.

Caupolicán, alegre, humano y grave,
Los recibe, abrazando al buen Lautaro,
Y con regalo y plática süave
Le da prendas y honor de hermano caro:
La gente que de gozo en sí no cabe
Por la ribera de un arroyo claro
En juntas y corrillos derramada,
Celebran de beber la fiesta usada.

Algun tiempo pasaron después desto
Antes que el gran senado fuese junto,
Tratando en su jornada y presupuesto
Desde el principio al fin sin faltar punto;
Pero al término justo y plazo puesto
Llegó la demás gente, y todo á punto
Los principales hombres de la tierra
Entraron en consulta á uso de guerra.

Llevaba el general aquel vestido
Con que Valdivia ante él fué presentado:
Era de verde y púrpura tejido
Con rica plata y oro recamado,
Un peto fuerte en buena guerra habido
De fina pasta y temple relevado,
La celada de claro y limpio acero,
Y un mundo de esmeralda por cimero.

Todos los capitanes señalados
A la española usanza se vestian,
La gente del comun y los soldados
Se visten del despojo que traian:
Calzas, jubones, cueros desgarrados
En gran estima y precio se tenian:
Por inútil y bajo se juzgaba
El que español despojo no llevaba.

A manera de triunfos ordenaron
El venir á la junta así vestidos,
Y en el consejo, como digo, entraron
Ciento y treinta caciques escogidos;
Por su costumbre antigua se sentaron
Segun que por la espada eran tenidos;
Estando en gran silencio el pueblo ufano,
Así soltó la voz Caupolicano:

«Bien entendido tengo yo, varones,
Para que nuestra fama se acreciente,
Que no es menester fuerza de razones,
Mas solo el apuntarlo brevemente:
Que segun vuestros fuertes corazones
Entrar la España pienso fácilmente,
Y al gran emperador invicto Carlo
Al dominio araucano sujetarlo.

»Los españoles vemos que ya entienden
El peso de las mazas barrëadas,
Pues ni en campo ni en muro nos atienden;
Sabemos cómo cortan sus espadas,
Y cuán poco las mallas los defienden
Del corte de las hachas aceradas;
Si sus picas son largas y fornidas,
Con las vuestras han sido ya medidas.

»De vuestro intento asegurarme quiero,
Pues estoy del valor tan satisfecho,
Que gruesos muros de templado acero
Allanareis poniéndoles el pecho:
Con esta confianza el delantero
Seguiré vuestro bando, y el derecho
Que teneis de ganar la fuerte España,
Y conquistar del mundo la campaña.

»La deidad desta gente entenderemos,
Y si del alto cielo cristalino
Desciende, como dicen, abriremos
A puro hierro anchísimo camino:
Su género y linaje asolaremos,
Que no bastará ejército divino,
Ni divino poder, esfuerzo y arte
Si todos nos hacemos á una parte.

»En fin, fuertes guerreros, como digo,
No puede mi intencion mas declararse:
Aquel que me quisiere por amigo,
A tiempo está que puede señalarse;
Téngame desde aquí por enemigo
El que quisiere á paces arrimarse.»
Aquí dió fin, y su intencion propuesta,
Esperaba sereno la respuesta.

Ceja no se movió, y aun el aliento
Apenas al espíritu halló vía,
Mientras duró el soberbio parlamento
Que el gran Caupolicano les hacia:
Hubo en el responder el cumplimiento
Y ceremonia usada en cortesía;
A Lautaro tocaba; y escusado,
Lincoya así responde levantado:

«Señor, yo no me he visto tan gozoso
Después que en este triste mundo vivo,
Como en ver manifiesto el valeroso
Animo dese invicto pecho altivo;
Y así por pensamiento tan glorioso
Me ofrezco por tu siervo y tu cautivo;
Que no quiero ser rey del cielo y tierra,
Si hubiese de acabarse aquí la guerra.

»Y en testimonio desto yo te juro
De te seguir y acompañar de hecho,
Ni por áspero caso adverso y duro
A la patria volver jamás el pecho:
Desto puedes, señor, estar seguro,
Y todo faltará y será deshecho
Antes que la palabra acreditada
De un hombre como yo por prenda dada.»

Así dijo; y tras él, aunque rogado,
El buen Peteguelén, curaca anciano,
De condicion muy áspera enojado,
Pero afable en la paz, fácil y humano,
Viejo, enjuto, dispuesto, bien trazado,
Señor de aquel hermoso y fértil llano,
Con espaciosa voz y grave gesto
Propuso en sus razones sabias esto:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

»Fuerte varon y capitán perfeto,
No dejaré de ser el delantero
A probar la fineza deste peto,
Y si mi hacha rompe el fino acero;
Mas como quien lo entiende te prometo
Que falta por hacer mucho primero
Que salgan españoles desta tierra,
Cuanto mas ir á España á mover guerra.

»Bien será que, señor, nos contentemos
Con lo que nos dejaron los pasados,
Y á nuestros enemigos desterremos
Que están en lo mas dello apoderados;
Después por el suceso entenderemos
Mejor el disponer de nuestros hados:
Esto á mí me parece, y quien quisiere
Proponga otra razon, si mejor fuere.»

Callando este cacique, se adelanta
Tucapelo, de cólera encendido,
Y sin respeto así la voz levanta
Con un tono soberbio y atrevido,
Diciendo: «A mí la España no me espanta
Y no quiero por hombre ser tenido,
Si solo no arruino á los cristïanos,
Ahora sean divinos, ahora humanos.

»Pues lanzarlos de Chile y destruirlos
No será para mí bastante guerra,
Que pienso, si me esperan, confundirlos
En el profundo centro de la tierra;
Y si huyen, mi maza ha de seguirlos,
Que es la que deste mundo los destierra:
Por eso no nos ponga nadie miedo,
Que aun no haré en hacerlo lo que puedo.

»Y por mi diestro brazo os aseguro,
Si la maza dos años me sustenta,
A despecho del cielo, á hierro puro,
De dar desto descargo y buena cuenta,
Y no dejar de España enhiesto muro,
Y aun el ánimo á mas se me acrecienta,
Que después que allanare el ancho suelo,
A guerra incitaré al supremo cielo.

»Que no son hados, es pura flaqueza
La que nos pone estorbos y embarazos;
Pensar que haya fortuna es gran simpleza;
La fortuna es la fuerza de los brazos:
La máquina del cielo y fortaleza
Vendrá primero abajo hecha pedazos,
Que Tucapel en esta y otra empresa
Falte un mínimo punto en su promesa.»

Peteguelén la vieja sangre fria
Se le encendió de rabia, y levantado
Le dice: «¡Oh arrogante! la osadía
Sin discrecion jamás fué de esforzado.»
Pero Caupolicán, que conocia
Del viejo ha tiempo el ánimo arrojado,
Con discrecion le ataja las razones
Haciendo proponer á otros varones.

Purén se ofrece allí, y Angol se ofrece
No con menor braveza y desatiento;
Ongolmo no quedó segun parece
De mostrar su soberbio pensamiento:
Del uno en otro multiplica y crece
El número en el mismo ofrecimiento;
Colocolo, que atento estaba á todo,
Sacó la voz diciendo deste modo:

«La verde edad os lleva á ser furiosos,
¡Oh hijos! y nosotros los ancianos
No somos en el mundo provechosos
Mas de para decir consejos sanos;
Que no nos ciegan humos vaporosos
Del juvenil hervor y años lozanos:
Y así como mas libres entendemos
Lo que siendo mancebos no podemos

»Vosotros, capitanes esforzados,
De sola una vitoria envanecidos,
Estais de tal manera levantados,
Que os parecen ya pocos los nacidos:
Templad, templad los pechos alterados
Y esos vanos esfuerzos mal regidos;
No hagais de españoles tal desprecio,
Que no venden sus vidas á mal precio.

»Si dos veces por dicha los vencistes,
Mirad cuando primero aquí vinieron
Que resistir su fuerza no pudistes,
Pues mas de cinco veces os vencieron:
En el licureo campo ya lo vistes
Lo que solos catorce allí hicieron;
No será poco hecho y buen partido
Cobrar la tierra y crédito perdido.

»Debemos procurar con seso y arte
Redemir nuestra patria y libertarnos,
Dando á vuestras bravezas menos parte,
Pues mas pueden dañar que aprovecharnos.
¡Oh hijo de Leocán! quiero avisarte,
Si quieres como sabio gobernarnos,
Que temples esta furia, y con maduro
Seso pongas remedio en lo futuro.

»El consejo mas sano y conveniente
Es que el campo, en tres bandas repartido,
A un tiempo, aunque por parte diferente,
Dé sobre el Cautén pueblo aborrecido:
Bien que esté en su defensa buena gente,
Es poca; y este asiento, destruido
Valdivia, de allanar fácil seria,
Pues no alcanza arcabuz ni artillería.

»Solo á mí Santiago me da pena;
Pero modo á su tiempo buscaremos
Para poderla entrar, y la Serena
Fácilmente después la allanaremos;
Aunque sujeto á lo que el hado ordena
Es el mejor camino que tenemos.»
Acabando con esto el sabio viejo,
A muchos pareció bien su consejo.

Tras este otro curaca hechicero
De la vejez decrépita impedido
(Puchecalco se llama el agorero,
Por sabio en los pronósticos tenido),
Con profundo suspiro, íntimo y fiero
Comienza así á decir entristecido:
«Al negro Eponamon doy por testigo
De lo que siempre he dicho y ahora digo.

»Por un término breve se os concede
La libertad, y habeis lo mas gozado;
Mudarse esta sentencia ya no puede,
Que está por las estrellas ordenado,
Y que fortuna en vuestro daño ruede;
Mirad que os llama ya el preciso hado
A dura sujecion y trances fuertes;
Repárense á lo menos tantas muertes.

»El aire de señales anda lleno,
Y las noturnas aves van turbando
Con sordo vuelo el claro dia sereno,
Mil prodigios funestos anunciando;
Las plantas con sobrado humor terreno
Se van sin producir fruto secando;
Las estrellas, la luna, el sol lo afirman,
Cien mil agüeros tristes lo confirman.

»Mírolo todo, y todo contemplado
No sé en qué pueda yo esperar consuelo,
Que de su espada el Orïon armado
Con gran ruïna ya amenaza el suelo:
Júpiter se ha al ocaso retirado,
Solo Marte sangriento posee el cielo,
Que denotando la futura guerra
Enciende un fuego bélico en la tierra.

»Ya la furiosa muerte irreparable
Viene á nosotros con airada diestra,
Y la amiga fortuna favorable
Con diferente rostro se nos muestra;
Y Eponamon horrendo y espantable
Envuelto en la caliente sangre nuestra,
La corva garra tiende el cerro yerto,
Llevándonos al no sabido puerto.»

Tucapel que de rabia reventando
Estaba oyendo al viejo, mas no atiende,
Que dice: «Yo veré si adivinando
De mi maza este necio se defiende.»
Diciendo esto, y la maza levantando,
La derriba sobre él, y así lo tiende
Que jamás midió curso de planeta,
Ni fué mas adivino ni profeta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quedóle desto el brazo tan sabroso,
Segun la muestra, que movido estuvo
De dar tras el Senado religioso,
Y no sé la razon que lo detuvo:
Caupolicán, atónito y rabioso,
Trasportada la mente un rato estuvo;
Mas vuelto en sí con voz horrible y fiera
Gritaba: «capitanes, muera, muera.»

No le dió tanto gusto á aquella gente
Lo que Caupolicano le decia,
Cuanto al soberbio bárbaro impaciente
Viendo que ocasion tal se le ofrecia:
Era alto el tribunal, pero él valiente
Los hace saltar dél tan á porfía
Que ciento y treinta que eran, en un punto
Saltan los ciento, y él tras ellos junto.

Los que en el alto tribunal quedaron
Son los que en esta historia señalados,
Que jamás de su asiento se mudaron
De donde los miraban sosegados;
Que de ver uno solo no curaron
Mostrarse por tan poco alborotados,
Aunque los que saltaron de tan alto
En menos estimaron aquel salto.

Cubierto Tucapel de fina malla
Saltó como un ligero y suelto pardo
En medio de la tímida canalla,
Haciendo plaza el bárbaro gallardo:
Con silbos grita en desigual batalla;
Con piedra, palo, flecha, lanza y dardo
Le persigue la gente de manera
Como si fuera toro ó brava fiera.

Segun suele jugar por gran destreza
El liviano montante un buen maestro,
Hiriendo con estraña lijereza
Delante, atrás, á diestro y á siniestro:
Con mas desenvoltura y mas presteza,
Mostrándose en los golpes fuerte y diestro
El fiero Tucapel, en la pelea
Con la pesada maza se rodea.

De tullir y mancar no se contenta,
Ni para contentarse esto le basta;
Solo de aquellos tristes hace cuenta
Que su maza los hace torta ó pasta:
Rompe, magulla, muele y atormenta,
Desgobierna, destroza, estropea y gasta;
Tiros llueven sobre él arrojadizos
Cual tempestad furiosa de granizos.

Pero sin miedo el bárbaro sangriento
Por las espesas armas discurria,
Brazos, cabezas y ánimos sin cuento
Soberbios quebrantó en solo aquel dia;
Y cual menuda lluvia por el viento
La sangre y frescos sesos esparcia;
No discierne al pariente del estraño,
Haciéndolos iguales en el daño.

Las armas eran solo en defenderle
De la canalla bárbara araucana
Que en monton trabajaba de ofenderle;
Mas el temor la ofensa hacia liviana:
Era cierto admirable cosa verle
Saltar y acometer con furia insana
Desmembrando la gente sin poderse
De su maza y presteza defenderse.

Caupolicán del caso no pensado
En tal furor y cólera se enciende,
Que estaba de bajar determinado,
Aunque su gravedad se lo defiende;
Pero Lautaro alegre y admirado
Miraba cómo solo así contiende
Un hombre contra tanto barbarismo,
Incrédulo y dudoso de sí mismo.

Y en esto al general con el debido
Respeto y ojos bajos en el suelo,
Le dice: «Una merced, señor, te pido,
Si algo merece mi intencion y celo,
Y es, que el gran desacato cometido
Perdones francamente á Tucapelo;
Pues ha mostrado en campo claramente
Valer él mas que toda aquella gente.»

Perplejo el general estaba en duda;
Pero mirando al fin quien lo pedia,
Luego el ejecutivo intento muda,
Y con el rostro alegre respondia:
«El ha tenido en vos bastante ayuda,
Por la cual le perdono»; y mas decia
Que fuese á las escuadras, y mandase
Que el combatirle mas luego cesase.

Baja Lautaro al campo, y prestamente
El rico cuerno á retirar tocaba,
Al son del cual se recogió la gente,
Que recogerse á nadie le pesaba:
Solo lo siente el bárbaro valiente
Que satisfecho á su sabor no estaba;
Y volviendo á Lautaro el fiero gesto,
En alta y libre voz le dijo aquesto:

«¿Cómo, buen capitán, has estorbado
El tomar desta vil canalla enmienda,
Y verme destos rústicos vengado
Para que mi valor mejor se entienda?»
Lautaro le responde: «Es escusado
Quien viniere contigo á la contienda
Que se pueda valer contra tu diestra,
Segun que dello has dado aquí la muestra.

»Conmigo puedes ir, que te aseguro
Que ningun daño y mal te sobrevenga.»
Tucapel le responde: «Yo te juro
Que un paso ese temor no me detenga;
Mi maza es la que á mí me da el seguro,
Lo demás como quiera vaya y venga,
Que el miedo es de los niños y mujeres:
Sús, alto, vamos luego á do quisieres.»

Juntos los dos al tribunal llegando,
Tucapel de Lautaro adelantado
Subió por la escalera, no mostrando
Punto de alteración por lo pasado:
El sagaz general disimulando
Con graciosa aparencia le ha tratado,
Y de la rota plática el estilo
Lautaro así diciendo, añudó el hilo:

«Invicto capitán, yo he estado atento
A lo que estos varones han propuesto,
Y no sé figurarte el gran contento
Que me da ver su esfuerzo manifiesto:
Si de servirte tengo sano intento,
Mis obras por las tuyas dirán esto;
Pues para ser del todo agradecidas,
Será poco perder por tí mil vidas.

»Estos fuertes guerreros ayudarte
Quieren á restaurar la propia tierra,
Porque en ello les va también su parte;
Y por el vicio grande de la guerra,
No puedo yo dejar de aconsejarte,
Aunque todo el consejo en tí se encierra,
Aquello que mejor me pareciere
Y mas bien al bien público viniere.

»Es mi voto que debes atenerte
Al consejo con término discreto
Del sabio Colocolo, que por suerte
Le cupo ser en todo tan perfeto:
Así que, gran señor, sin detenerte
Cumple que esto se ponga por efeto,
Antes que los cristianos se aperciban,
Porque mas flacamente nos reciban.

»Y pues que Mapochó solo es temido,
Después que lo demás esté allanado,
Por el potente Eponamon te pido
Que el cargo de asolarle me sea dado:
La tierra palmo á palmo la he medido,
Con españoles siempre he militado,
Entiendo sus astucias é invenciones,
El modo, el arte, el tiempo y ocasiones.

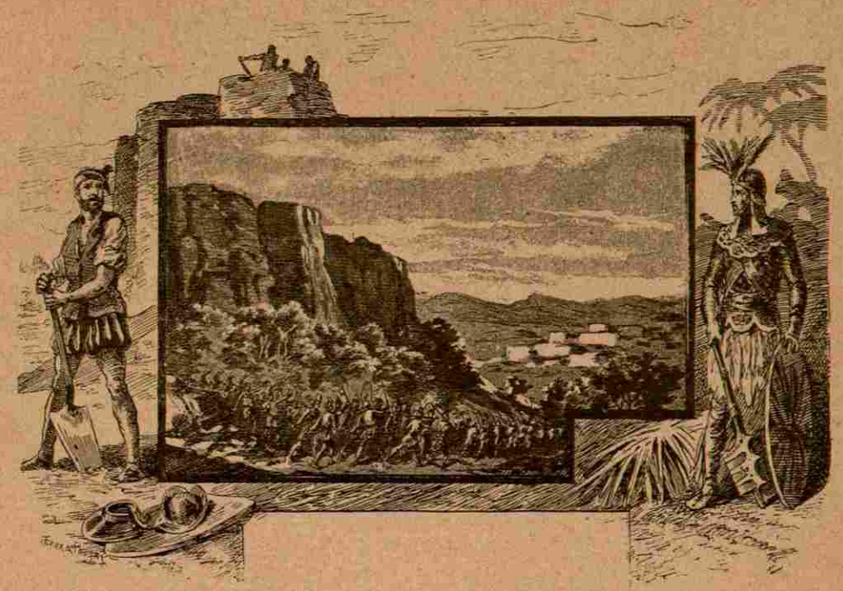
»Quinientos araucanos solamente
Quiero para la empresa que yo digo,
Escogidos en toda nuestra gente;
Un soldado de mas no ha de ir conmigo.
Aquí lo digo estando tú presente
Y estos sabios caciques, que me obligo
De darte la ciudad puesta en las manos
Con cien cabezas nobles de cristianos.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aquí se cerró el bárbaro orgulloso,
Y gran rato sobre ello platicaron;
Pareciéndoles modo provechoso
Todos en este acuerdo concordaron:
Después do estaba el pueblo deseoso
De saber novedades se bajaron,
Donde lo difinido y decretado
Con general pregon fué declarado.

Estuvieron allí catorce dias
En grande regocijo y mucha fiesta,
Ocupados en juegos y alegrías,
Y en quien mas veces bebe sobre apuesta:
Después contra los pueblos del Mesías,
La alborozada gente en orden puesta,
Marcha Caupolicán con la vanguardia,
Quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el ejército furioso
De la Imperial, fundada en sitio fuerte,
Donde el fiero enemigo vitorioso
La pensaba entregar presto á la muerte;
Mas el eterno Padre poderoso
Lo dispone y ordena de otra suerte,
Dilatando el azote merecido,
Como vereis prestando atento oido.



CANTO IX

Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército. No ha efeto su intencion por permision divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les viene nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepción. Vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos
Como se vieron en la edad pasada,
Es causa haber agora pocos santos,
Y estar la ley cristiana autorizada;
Y así de cualquier cosa hacen espantos
Que sobre el natural uso es obrada;
Y no solo al autor no dan creencia,
Mas ponen en su crédito dolencia.

Por do vemos que Dios quiere y procura
Hacer su voluntad naturalmente,
Sirviendo de instrumento la natura
Sobre la cual él solo es el potente:
Y así los que creyeron por fe pura
Merecen mas, que si palpablemente
Viesen lo que después de ya visible
Sacarlos de que fué seria imposible.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,
Por su costumbre y tiempo convalece;
Si al bajo miserable levantarle,
Por modos ordinarios le engrandece;
Si al soberbio hinchado derribarle,
Por naturales términos se ofrece:
De suerte que las cosas desta vida
Van por su natural curso y medida.

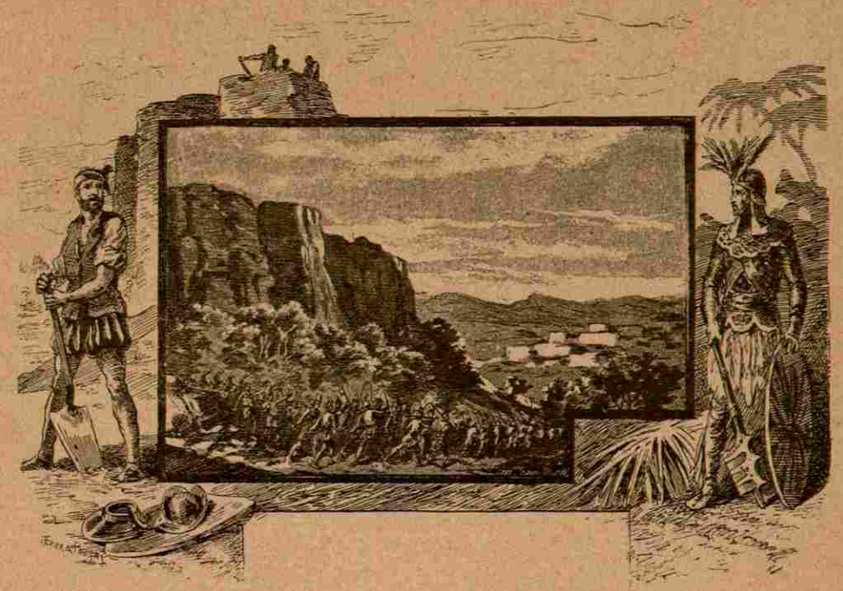
En contar una cosa estoy dudoso,
Que soy de poner dudas enemigo,
Y es un estraño caso milagroso
Que fué todo un ejército testigo;
Aunque yo soy en esto escrupuloso
Por lo que dello arriba, señor, digo,
No dejaré en efeto de contarlo,
Pues los indios no dejan de afirmarlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aquí se cerró el bárbaro orgulloso,
Y gran rato sobre ello platicaron;
Pareciéndoles modo provechoso
Todos en este acuerdo concordaron:
Después do estaba el pueblo deseoso
De saber novedades se bajaron,
Donde lo difinido y decretado
Con general pregon fué declarado.

Estuvieron allí catorce dias
En grande regocijo y mucha fiesta,
Ocupados en juegos y alegrías,
Y en quien mas veces bebe sobre apuesta:
Después contra los pueblos del Mesías,
La alborozada gente en orden puesta,
Marcha Caupolicán con la vanguardia,
Quedando Lemolemo en retaguardia.

Cerca llegó el ejército furioso
De la Imperial, fundada en sitio fuerte,
Donde el fiero enemigo vitorioso
La pensaba entregar presto á la muerte;
Mas el eterno Padre poderoso
Lo dispone y ordena de otra suerte,
Dilatando el azote merecido,
Como vereis prestando atento oido.



CANTO IX

Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército. No ha efeto su intencion por permision divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les viene nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepción. Vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla.

Si los hombres no ven milagros tantos
Como se vieron en la edad pasada,
Es causa haber agora pocos santos,
Y estar la ley cristiana autorizada;
Y así de cualquier cosa hacen espantos
Que sobre el natural uso es obrada;
Y no solo al autor no dan creencia,
Mas ponen en su crédito dolencia.

Por do vemos que Dios quiere y procura
Hacer su voluntad naturalmente,
Sirviendo de instrumento la natura
Sobre la cual él solo es el potente:
Y así los que creyeron por fe pura
Merecen mas, que si palpablemente
Viesen lo que después de ya visible
Sacarlos de que fué seria imposible.

Que si al enfermo quiere Dios sanarle,
Por su costumbre y tiempo convalece;
Si al bajo miserable levantarle,
Por modos ordinarios le engrandece;
Si al soberbio hinchado derribarle,
Por naturales términos se ofrece:
De suerte que las cosas desta vida
Van por su natural curso y medida.

En contar una cosa estoy dudoso,
Que soy de poner dudas enemigo,
Y es un estraño caso milagroso
Que fué todo un ejército testigo;
Aunque yo soy en esto escrupuloso
Por lo que dello arriba, señor, digo,
No dejaré en efeto de contarlo,
Pues los indios no dejan de afirmarlo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y manifiesto vemos hoy en dia,
Que porque la ley sacra se estendiese,
Nuestro Dios los milagros permitia,
Y que el natural orden se escediese:
Presumir se podrá por esta via,
Que para que á la fe se redujese
La bárbara costumbre y ciega gente,
Usase de milagro claramente.

Ya dije que el ejército araucano
De la Imperial tres leguas se alojaba
En un dispuesto asiento y campo llano,
Y que Caupolicán determinaba
Entrar el pueblo con armada mano;
También cómo el castigo dilataba
Dios á su pueblo ingrato y sin enmienda,
Usando de clemencia y larga rienda.

Estaba la Imperial desbastecida
De armas, de municion y vitüalla;
Bien que la gente della era escogida,
Pero muy poca para dar batalla:
Fuera por los cimientos destruida,
Cualquier fuerza bastara á arruinalla,
Y persona de dentro no escapara,
Si á vista el pueblo bárbaro llegara.

Cuando el campo de allí queria mudarse
Que ya la trompa á caminar tocaba,
Súbito comenzó el aire á turbarse,
Y de prodigios tristes se espesaba;
Nubes con nubes vienen á cerrarse,
Turbulento rumor se levantaba,
Que con airados ímpetus violentos
Mostraban su furor los cuatro vientos.

Agua recia, granizo, piedra espesa
Las intrincadas nubes despedian,
Rayos, truenos, relámpagos apriesa
Rompen los cielos y la tierra abrian:
Hacen los vientos áspera represa
Que en su entera violencia competian;
Cuanto topa arrebata el torbellino,
Alzándolo en furioso remolino.

Un miedo igual á todos atormenta,
No hay corazon, no hay ánimo así entero,
Que en tanta confusion, furia y tormenta
No temblase, aunque mas fuese de acero:
En esto Eponamon se les presenta
En forma de dragon horrible y fiero,
Con enroscada cola envuelto en fuego,
Y en ronca y torpe voz les habló luego,

Diciéndoles que aprisa caminasen
Sobre el pueblo español amedrentado,
Que por cualquiera banda que llegasen
Con gran facilidad seria tomado,
Y que al cuchillo y fuego le entregasen
Sin dejar hombre á vida y muro alzado.
Esto dicho, que todos lo entendieron,
En humo se deshizo, y no lo vieron.

Al punto los confusos elementos
Fueron sus movimientos aplacando,
Y los desenfrenados cuatro vientos
Se van á sus cavernas retirando;
Las nubes se retraen á sus asientos,
El cielo y claro sol desocupando:
Solo el miedo en el pecho mas osado
No dejó su lugar desocupado.

La tempestad cesó, y el raso cielo
Vistió el húmido campo de alegría,
Cuando con claro y presuroso vuelo,
En una nube una mujer venia
Cubierta de un hermoso y limpio velo,
Con tanto resplandor, que al mediodía
La claridad del sol delante della
Es la que cerca dél tiene una estrella.

Desterrando el temor la faz sagrada
A todos confortó con su venida;
Venia de un viejo cano acompañada
Al parecer de grave y santa vida:
Con una blanda voz y delicada
Les dice: «¿Dónde andais, gente perdida?
Volved, volved el paso á vuestra tierra,
No vais á la Imperial á mover guerra.

»Que Dios quiere ayudar á sus cristianos
Y darles sobre vos mando y potencia,
Pues ingratos, rebeldes, inhumanos,
Así le habeis negado la obediencia:
Mirad no vais allá, porque en sus manos
Pondrá Dios el cuchillo y la sentencia.»
Diciendo esto y dejando el bajo suelo,
Por el aire espacioso subió al cielo.

Los araucanos la vision gloriosa
De aquel velo blanquísimo cubierta
Siguen con vista fija y codiciosa,
Casi sin alentar, la boca abierta:
Ya que despareció, fué estraña cosa,
Que como quien atónito despierta
Los unos á los otros se miraban,
Y ninguna palabra se hablaban.

Todos de un corazon y pensamiento,
Sin esperar mandato ni otro ruego,
Como si solo aquel fuera su intento
El camino de Arauco toman luego:
Van sin orden lijeros como el viento,
Paréceles que de un sensible fuego
Por detrás las espaldas se encendian,
Y así con mayor ímpetu corrian.

Heme, señor, de muchos informado,
Porque con mas autoridad se cuente;
A veinte y tres de abril, que hoy es mediado,
Hará cuatro años cierta y justamente,
Que el caso milagroso aquí contado
Aconteció, un ejército presente,
El año de quinientos y cincuenta
Y cuatro sobre mil por cierta cuenta.

Va la verdad en suma declarada,
Segun que de los bárbaros se sabe,
Y no de fingimientos adornada,
Que es cosa que en materia tal no cabe:
Tienen ellos por cosa averiguada,
Que no es en prueba desto poco grave,
Que por esta vision hubo en dos años
Hambre, dolencias, muertes y otros daños.

Que la mar reprimiendo sus vapores
Faltó la agua y vertientes de la sierra,
Talando el sol en tierna edad las flores
Ayudado del fuego de la guerra.
Como creció la seca y los calores,
Por falta de humedad la árida tierra
Rompió banco y alzóse con los frutos,
Dejando de acudir con sus tributos.

Causó que una maldad se introdujese
En el distrito y término araucano,
Y fué que carne humana se comiese
¡Inorme introducion! ¡Caso inhumano!
Y en parricidio error se convirtiese
El hermano en sustancia del hermano.
Tal madre hubo que al hijo muy querido
Al vientre le volvió do habia salido.

Digo pues que los bárbaros llegando
Al valle de Purén, paterno suelo,
Las armas por entonces arrimando,
Dieron lugar al tempestuoso cielo:
Es este tiempo, en estas partes, cuando
El encogido invierno con su hielo
Del todo apoderándose en la tierra,
Pone punto al discurso de la guerra.

Espárcese y derrámase la gente,
Dejan el campo y buscan los poblados,
Cesa el fiero ejercicio comunmente,
La tierra cubren húmidos ñublados.
Mas cuando enciende á Escorpio el sol ardiente,
Y la frígida nieve los collados
Sacuden de sus cimas levantadas,
Ya de la nueva yerba coronadas:

En este tiempo el bullicioso Marte
Saca su carro con horrible estruendo,
Y ardiendo en ira belicosa, parte
Por el dispuesto Arauco discurriendo:
Hace temblar la tierra á cada parte
Los ferrados caballos impeliendo,
Y en la diestra el sangriento hierro agudo,
Bate con la siniestra el fuerte escudo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Luego á furor movidos los guerreros,
Toman las armas, dejan el reposo,
Acuden los remotos forasteros
Al cebo de la guerra codicioso:
De los hierros renuevan los aceros,
Templan la cuerda al arco vigoroso,
El peso de las mazas acrecientan,
Y el duro fresno de las astas tientan.

La gente andaba ya desta manera
Con el son de las armas y bullicio,
Que codiciosa comenzar espera
El deseado bélico ejercicio:
Juntáronse á la usada borrachera,
Orden antigua y detestable vicio,
La mas ilustre gente y señalada
A dar difinicion en la jornada.

Tratando en general concilio estaban
Del bien y aumentacion de aquel estado,
Cuando cuatro soldados arribaban
Con triste muestra y paso apresurado,
Haciéndoles saber cómo ya andaban
En el sitio de Penco arruïnado
Cantidad de españoles trabajando,
Un grueso y fuerte muro levantando,

Diciéndoles: «Venimos, ¡oh guerreros!
De parte de los pueblos comarcanos
Con facultad bastante á prometeros,
Si desterrais de nuevo á los cristianos,
Que pagarán con sumas de dineros
El trabajo y labor de vuestras manos;
Y no habiendo el efeto deseado,
La tercia parte hayais de lo asentado.

»Viendo el poco reparo y resistencia
Que sin vuestro favor todos tenemos,
Les dimos llanamente la obediencia
Que en el tiempo infelice dar solemos:
No fué por opresion, no fué violencia,
Pues, aunque desdichados, entendemos
Cuán breve es el suspiro de la muerte,
Que pone fin y límite á la suerte.

»Mas porque estando Arauco tan vecino
Y fija en su favor la instable rueda,
La paz nos pareció mejor camino
Para que remediar todo se pueda:
Ya que lo estrague el áspero destino,
Tiempo para morir después nos queda,
Pues no estarán los brazos tan cansados
Que no puedan abrir nuestros costados.

»Y pues os es patente y manifiesta
La embajada y gran priesa que traemos,
En ella ora tratad, que la respuesta
Con la resolucion esperaremos:
Brevedad os pedimos, que con esta
Podrá ser que sin riesgo derribemos
La soberbia española y confianza.
Antes que les dé esfuerzo la tardanza.»

No se puede decir el gran contento
Que les dió á los caciques la embajada:
De todos desde allí en el pensamiento
Antes que se acabase fué acetada;
Pero tuvieren freno y sufrimiento,
Que la primera voz estaba dada
Al hijo de Leocán, que consultado
Así responde en nombre del senado:

«Estamos con razon maravillados
De lo que en este caso hemos oído.
¿Y es verdad que hay cristianos tan osados
Que quieren con nosotros mas ruïdo?
Sús, sús, que estos varones esforzados
Acetan la promesa y el partido:
No dando entero fin á la jornada,
Del trabajo no quieren llevar nada.

»Bien os podeis volver luego con esto,
Que sin duda en efeto lo pondremos,
Y sobre los cristianos lo mas presto
Que se pueda dar orden llegaremos:
Donde se mostrará bien manifiesto
Lo poco en que nosotros los tenemos;
Pero habeis de advertir con sabio modo
Que aviso se nos dé siempre de todo.»

Muy alegres los cuatro se partieron
Por llevar tal respuesta, y caminando
En breve á sus señores se volvieron,
Que estaban por momentos aguardando;
Y visto el buen despacho que trujeron,
El contento y traicion disimulando,
Sufrian con discrecion las vejaciones
Encubriendo las falsas intenciones.

Dómesticos se muestran en el trato,
Nadie toma la causa y la defiende,
Conociendo que el medio mas barato
Del araucano ejército depende;
Y con doble y solícito contrato
La esperada venganza se pretende
Debajo de humildad y gran secreto,
Para que su intencion viniese á efeto.

De nuestra gente y pueblo destrozado
Gran descuido en hablar he yo tenido;
Mas como es en el mundo acostumbrado
Desamparar la parte del vencido,
Así yo tras el bando afortunado
He llevado camino tan seguido;
Y si aquí la ocasion no me avisara
Jamás pienso que della me acordara.

Conté de la ciudad ya despoblada,
Y de sus ciudadanos el camino,
Púselos en el fin de la jornada
Do forzoso dejarlos me convino;
Pues volviendo á la historia comenzada
Y al duro proceder de su destino,
Estuvieron el tiempo en Santïago
Que yo dellos mencion aquí no hago.

Retirados allí, se reformaron
De todo el aparato conveniente,
Donde por los mas votos acordaron
Reedificar á Penco nuevamente:
Con gran trabajo y gasto levantaron
Pequeña copia y número de gente;
Afirmar la ocasion desto no puedo,
Si fué la poca paga ó mucho miedo.

Al yermo Penco hermoso habian llegado
Y un sitio que en mitad del pueblo habia
Le tenian de tapion fortificado,
Que en recogido cuadro le ceñia:
De dos fuertes bastiones abrigado,
Que cada uno dos frentes descubria,
Y á cada frente asiste una bombarda
Que con maciza bala el paso guarda.

La gente comarcana con fingida
Muestra la paz malvada aseguraba,
Esperando la ayuda prometida
Que á cencerros tapados caminaba;
Pero no fué secreta esta partida,
Pues entre los cristianos se trataba
Que el valiente Lautaro habia pasado
Las lomas con ejército formado.

Suénase que Purén allí venia,
Tomé, Pillolco, Angol y Cayeguano,
Tucapel, que en orgullo y bizarría
No le igualaba bárbaro araucano;
Ongolmo, Lemolemo y Lebopía,
Caniomangue, Elicura, Mareguano,
Cayocupil, Lincoya, Lepomande,
Chilcano, Leucoton y Mareande.

Todos estos varones señalados
Fueron para esta guerra apercebidos,
Con otros dos mil pláticos soldados
En el copioso ejército escogidos:
Venian de fuertes petos arreados,
Gruesas picas de hierros muy fornidos,
Ferradas mazas, hachas aceradas,
Armas arrojadizas y enastadas.

Desta manera el escuadron camina
En la callada noche y sombra escura,
Debajo del gobierno y disciplina
Del cuidoso Lautaro, que procura
Llegar cuando la estrella matutina
Alegra el mustio campo y la verdura,
Antes que por aviso y doble trato
De su venida hubiese algun recato.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Pero los españoles, de un amigo
Bárbaro que con ellos contrataba,
Saben cómo el ejército enemigo
Con riguroso intento se acercaba:
Pues avisado desto, como digo,
Y de cuanto en secreto se trataba,
Al trance se aparejan y batalla
Requiriendo los fosos y muralla.

Era caudillo y capitán de España
El noble montañés Juan de Alvarado,
Hombre sagaz, solícito y de maña,
De gran esfuerzo y discrecion dotado,
El cual con orden y presteza estraña
Del presente peligro recatado,
Sazon no pierde, tiempo y coyuntura,
Antes las prevenciones apresura.

Que al punto apercebidos los soldados,
En su lugar cada uno dellos puesto,
Manda á nueve guerreros mas cursados
Que salgan á correr la tierra presto;
Y en la cerrada noche confiados
Llegan al campo bárbaro, y en esto
Del callado escuadron fueron sentidos,
Levantando terribles alaridos.

La grita, el sobresalto, los rumores,
El súbito alboroto de la guerra,
Las sonorosas trompas y atambores
Hacen gemir y estremecer la tierra:
En esto los astutos corredores
Atravesando una pequeña sierra
Toman la vuelta por mas corta via,
Dando aviso á la amiga compañía.

Juan de Alvarado con ingenio y arte
De la fuerza lo flaco fortifica,
Y en lo mas necesario allí reparte
Gente del arcabuz y de la pica;
Proveido recaudo en toda parte,
A recebir al araucano pica
Con la lijera escuadra de á caballo,
Por no mostrar temor en esperallo.

La nueva claridad del dia siguiente
Sobre el claro horizonte se mostraba,
Y el sol por el dorado y fresco oriente
De rojo ya las nubes coloraba:
A tal hora Alvarado con su gente
Del prevenido fuerte se alejaba
En busca de la escuadra lautarina,
Que á mas andar también se le avecina.

Los nuestros media legua aun no se habian
De aquel su muro lejos alongado
Cuando al calar de un monte descubrian
El araucano ejército ordenado:
Allí las limpias armas relucian
Mas que el claro cristal del sol tocado,
Cubiertas de altas plumas las celadas,
Verdes, azules, blancas, encarnadas.

¿Quién pintaros podrá el contento, cuando
Sienten los araucanos el ruido,
Que las diestras en alto levantando
Pusieron en el cielo un alarido?
Mil instrumentos bárbaros tocando,
Con grande orgullo y paso mas tendido
Se vienen acercando á los de España,
Sonando en torno toda la campaña.

Quieren los españoles responderlos
Con el horrible son de armada mano,
Calan el monte á fin de acometerlos,
Teniendo por mejor el sitio llano:
Bajas las lanzas vienen á romperlos,
Pero la osada muestra salió en vano,
Que los bárbaros ya disciplinados
Del todo se cerraron apiñados.

Tan espesas las picas derribaron
Con pié y con rostro firme acia delante,
Que no solo el encuentro repararon,
Pero á desbaratarlos fué bastante:
Los nuestros sin romper se retiraron,
Y ellos gloriosos con furor pujante,
Por dar remate al venturoso lance
Siguen con piés lijeros el alcance.

Apretándolos iban reciamente
Los nuestros resistiendo y peleando
Hasta el estrecho paso de una puente,
Que allí Lautaro al cuerno aliento dando,
El araucano ejército obediente
Se va al son conocido reparando:
Del fuerte tanto trecho esto seria
Cuanto tira un cañon de puntería.

Detúvose Lautaro con intento
De esperar al caliente mediodía,
Porque de la mañana el fresco viento
Los caballos y gente alentaria:
Reforma su escuadron haciendo asiento
A vista de los nuestros, que á porfía
Se habian al sitio fuerte recogido,
Teniendo por mejor aquel partido.

Cuando el sol en el medio cielo estaba
No declinando á parte un solo punto,
Y la aguda chicharra se entonaba
Con un desapacible contrapunto,
El astuto Lautaro levantaba
Su campo en escuadron cerrado y junto
Con grande estruendo y paso concertado
Acia el sitio español fortificado.

Con audacia, desdén y confianza
Lautaro contra el fuerte caminaba;
Síguele atrás la gente en ordenanza,
Y él con gracioso término arrastraba
Una larga, ñudosa y gruesa lanza
Que airoso poco á poco la terciaba,
Y tanto por el cuento la blandia
Que juntar los estremos parecia.

Los pocos españoles salen fuera,
Que encerrados no quieren esperallos:
De arcabuces delante una hilera
Otra de picas luego, y los caballos
A los lados; y así desta manera
Con fiera muestra vienen á buscallos;
Llegados donde ya podian herirse
Los unos á los otros dejan irse.

Y de rencor intrínseco aguijados
Los movidos ejércitos venian;
Suenan los arcabuces asestados,
Del humo, fuego y polvo se cubrian;
Los corvos arcos con vigor flechados
Gran número de tiros despedian;
Vuelan nubadas de armas enastadas
Por valientes brazos arrojadas.

Cuales contrarias aguas á toparse
Van con rauda corriente sonorosa,
Que resistiendo al tiempo de mezclarse,
Aquella mas violenta y poderosa
A la menos pujante sin pararse
Volverla contra el curso es cierta cosa:
Así á nuestro escuadron forzosamente
Le arrebató la bárbara corriente.

No pudiendo sufrir la fuerza brava
Del número de gente y movimiento,
Al español el bárbaro llevaba
Como á liviana paja el recio viento:
Entran sin orden, que ya rota andaba,
Todos mezclados en el fuerte asiento,
Y dentro del cuadrado y ancho muro
Comienzan pié con pié un combate duro.

Algunos españoles castigados
Recogerse en la fuerza no quisieron,
Que eran de corazones congojados
Y de verse en estrecho rehuyeron.
Quieren el campo abierto, y por los lados
Del turbado monton se dividieron;
Pero los de mas ser con mano osada
Procuran amparar la plaza entrada.

Allí quieren morir ó defenderse,
La carrera mas larga otros tomaron
Que acordaron con tiempo guarecerse;
Otros á la marina se llegaron,
Metiéndose en un barco sin poderse
Sufrir, las corvas áncoras alzaron:
Satisfaciendo al miedo y bajo intento,
Las velas con presteza dan al viento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quien en llegar es algo perezoso,
Viendo levar el áncora á la nave
No duda en arrojarse al mar furioso
Teniendo aquel morir por menos grave;
Quien antes no nadaba de medroso,
Las olas rompe agora y nadar sabe:
Mirad pues el temor á que ha llegado,
Que viene á ser de miedo el hombre osado.

Los que están en la fuerza retraidos
Como buenos guerreros se defienden;
Muertos quieren quedar y no vencidos,
Que ya solo un honrado fin pretenden:
Y con tal presupuesto embravecidos,
Sin esperanza de vivir ofenden,
Haciendo en los contrarios tal estrago
Que la plaza de sangre era ya lago.

Lautaro gente y armas contrastando
En la fuerza el primero entrado habia,
Y muerto á dos soldados en entrando
Que en suerte le cupieron aquel dia;
Lincoya iba hiriendo y derribando;
Mas ¿quién podrá decir la bravería
De Tucapel, que el cielo acometiera
Si hallara algun camino ó escalera?

No entró el fuerte por puerta, ni por puente,
Antes con desenvuelto y diestro salto
Libre el foso salvó ligeramente,
Y estaba en un momento en lo mas alto;
No le pudo seguir por allí gente,
Él solo de aquel lado dió el asalto:
Mas como si de mil fuera guardado,
Se arroja luego en medio del cercado.

Apenas puso el pié firme en la plaza,
Cuando el furioso bárbaro, esgrimiendo
La ejercitada dura y gruesa maza,
Iba los enemigos esparciendo:
No vale malla fina ni coraza,
Y las celadas fuertes no pudiendo
Sufrir los recios golpes que bajaban,
Machucando los sesos se abollaban.

Unos deja tullidos y contrechos,
Otros para en su vida lastimados,
A quién hunde el pescuezo por los pechos,
A quién rompe los lomos y costados:
Cual si fueran de blanda cera hechos,
Magulla, muele y deja derrengados,
Y en el mayor peligro osadamente
Se arroja sin temor de armas y gente.

Contra Ortiz revolvió con muestra airada,
Que habia muerto á Torquin mozo animoso,
La maza alta, y la vista en él clavada
Rompe por el tropel de armas furioso:
No sé cuál fué la espada señalada,
Ni aquel brazo pujante y provechoso
Que el mástil cercenó del araucano,
Y dos dedos con él de la una mano.

Con el encendimiento que llevaba
No sintió la herida de repente;
Mas cuando el brazo y golpe descargaba
Que los dedos y maza faltar siente,
Herida tigre hircana no es tan brava,
Ni acosado leon tan impaciente
Como el indio, que lleno de postema
Del cielo, infierno, tierra y mar blasfema.

Sobre las puntas de los piés estriba,
Y en ellas la persona mas levanta,
El brazo cuanto puede atrás derriba,
Y el trozo impele con violencia tanta,
Que á Ortiz, que alta la espada sobre él iba,
La celada y los cascos le quebranta,
Y del grave dolor desvanecido
Dió en el suelo de manos sin sentido

El bárbaro, con esto no vengado,
Viene sobre él con furia acelerada,
Y con la diestra aun no medrosa airado
A Ortiz arrebató la aguda espada,
Alzándole la cota por un lado
Le atravesó de la una á la otra ijada,
Y la alma del corpóreo alojamiento
Hizo el duro y forzoso apartamiento.

La espada á la siniestra el indio trueca,
Sintiéndose tullido de la diestra,
Y del golpe primero otro derrueca,
Que también en herir era maestra.
Como suele segar la paja seca
El presto segador con mano diestra,
Así aquel Tucapel con fuerza brava
Brazos, piernas y cuellos cercenaba.

Dejándose guiar por do la ira
Le llevaba furioso discurriendo,
Unos hiere, maltrata, otros retira,
La espesa selva de astas deshaciendo;
Acaso al padre Lobo un golpe tira
Que contra cuatro estaba combatiendo,
El cual sin ver el fin de aquella guerra
Dió el alma á Dios, y el cuerpo dió á la tierra.

El grave Leucoton no menos fuerte
Con el valor que el cielo le concede
Hiere, aturde, derriba y da la muerte
Que nadie en fuerza y ánimo le escede;
No sé cómo á escribirlo todo acierte,
Que mi cansada mano ya no puede
Por tanta confusion llevar la pluma,
Y así reduce mucho á breve suma.

También Angol soberbio y esforzado
Su corvo y gran cuchillo en torno esgrime;
Hiere al joven Diego Oro, y del pesado
Golpe en la dura tierra el cuerpo imprime:
Pero en esta sazon Juan de Alvarado
La furia de una punta le reprime
Que al tiempo que el furioso alfanje alzaba,
Por debajo del brazo le calaba.

No halló defensa la enemiga espada
Lanzándose por parte descubierta,
Derecho al corazon hizo la entrada
Abriendo una sangrienta y ancha puerta:
La cara antes del joven colorada
Se vió de amarillez mustia cubierta;
Descoyuntóle el brazo un mortal hielo,
Batiendo el cuerpo helado el duro suelo.

El corpulento mozo Mareguano,
Que airado á todas partes discurria,
Llego al tiempo que Angol por diestra mano
Al riguroso hierro se rendia:
Era su íntimo amigo y primo hermano,
De estrecho trato antiguo y compañía:
«Pues fué siempre en la vida igual la suerte
Quiero, dijo, también que sea en la muerte.»

Y contra el matador con repentina
Rabia, que el pecho y venas le abrasaba,
Un macizo y fornido tronco empina,
Y con fuerza sobre él lo derribaba;
Mas temiendo del golpe la ruina
Alvarado que el ojo alerto estaba,
Saca presto el caballo apercebido,
Y en el suelo el troncon quedó metido.

Chilcan, Ongolmo, Cayeguán de un lado,
Lepomande y Purén en compañía
Habian así á los nuestros apretado,
Que ganaron gran crédito aquel dia:
Tomé, Cayocupil y el esforzado
Pillolco, Caniomangue y Lebopía,
Mareande, Elicura y Lemolemo,
De su valor mostraron el estremo.

En esto un rumor súbito se siente
Que los cóncavos cielos atronaba,
Y era que la vitoria abiertamente
Por el bárbaro infiel se declaraba:
Ya la española destrozada gente
Al camino de Itata enderezaba,
Desamparando el suelo desdichado
De sangre y enemigos ocupado.

Del todo á toda furia comenzando
Iban los españoles la huïda,
Siempre mas el temor apresurando
Con agudas espuelas la corrida:
Sigue el alcance, y valos aquejando
La bárbara canalla embravecida
Envuelta en una espesa polvareda,
Matando al que por flojo atrás se queda.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Alvarado con ánimo y cordura
Los anima y esfuerza, y no aprovecha,
Que la turbada gente en tal rotura
Huye la muerte y plaza tan estrecha:
Cuál encamina al monte, y cuál procura
De Mapochó la senda mas derecha,
Y cuál y cuál constante todavía
Animoso con Atropos porfía.

Estos, honrosa muerte deseando,
Despreciaban la vida deshonrada,
Aquel forzoso punto dilatando
Con raro esfuerzo y valerosa espada:
Presto quedó la plaza sin un bando,
De almas vacía y de cuerpos ocupada,
Que animosos los pocos que quedaban
A las armas y muertes se entregaban.

Unos por los costados caen abiertos,
Otros de parte á parte atravesados,
Otros que de su sangre están cubiertos
Se rinden á la muerte desangrados;
Al fin todos quedaron allí muertos
Del riguroso hierro apedazados.
Vamos tras los que aguijan los caballos,
Que no haremos poco en alcanzallos.

Quién por camino incierto, quién por senda
Aspera, peligrosa y desusada
Bate al caballo y dale suelta rienda,
Que el medio es grande y grande la jornada;
El bárbaro escuadron con grita horrenda
Por sierra, monte, llano y por cañada
Las espaldas los iba calentando
Hiriendo, dando muerte y derribando.

Habia de la comarca concurrido
Gente armada por uno y otro lado,
Que á la mira imparcial habia asistido
Hasta ver el derecho declarado:
En esto alzando un súbito alarido
Con el orgullo á vencedores dado,
Baja las armas hasta allí neutrales
En daño de las señas imperiales.

Sale en el codicioso seguimiento
De la española gente que corria,
Con furia y lijereza mas que el viento,
Sin hacerse uno á otro compañia:
La mucha turbacion y desatiento
Que á los nuestros el miedo les ponia,
Los lleva sin caminos, esparcidos
Por sierras, valles, montes, por egidos.

Los que tienen caballos mas lijeros
¡Oh cuán de corazon son envidiados!
¡Qué poco se conocen compañeros
De largo tiempo y amistad tratados!
No aprovechan promesas de dineros
Ni de bienes allí representados:
Tanto el miedo ocupado los habia,
Que lugar la codicia aun no tenia.

Antes los intereses despreciando
Se muestran allí poco codiciosos,
Tras las ricas celadas arrojando
Petos de fina plata embarazosos;
Y así de las promesas no curando
Jugaban los talones presurosos:
Solo las alas de Icaro quisieran,
Aunque pasando el mar se derritieran.

Juan y Hernando Alvarados la jornada
Con el valiente Ibarra apresuraban,
Animando la gente desmayada,
Mas no por esto el paso moderaban:
Abren por la carrera embarazada,
Que lijeros caballos gobernaban,
Y aunque con viva espuela los batian
Alargarse de un indio no podian.

Delante largo trecho de la gente
A los tres les da caza y atormenta
Un espaldudo bárbaro valiente
Rengo llamado, mozo de gran cuenta:
Este solo los sigue osadamente,
Y á voces con palabras los afrenta,
Y los aprieta y corre á campo raso,
Sin poderles ganar un solo paso.

«¡Jo, jo! les va gritando: ¡espera, espera!»
Que mas en castellano no sabia;
Pero en su natural lengua primera
Atrevidas injurias les decia:
Tres leguas los corrió desta manera,
Que jamás de las colas se partia
Por mucho que aguijasen los rocines,
Llamándolos infames y ruines.

Llevaba una arma en alto levantada
Que no hay quien su faccion y forma diga:
Era una gruesa haya mal labrada
De la grandeza y peso de una viga,
De metal la cabeza barreada,
Y esgrímela el garzon sin mas fatiga,
Que el presto esgrimidor suelto liviano
Juega el fácil baston con diestra mano.

Si alguna vez con el troncon pesado
Los caballos el bárbaro alcanzaba,
Era de fuerza el golpe tan cargado
Que casi derrengados los dejaba:
Así cada caballo escarmentado
Sin espuelas el curso apresuraba,
Que jamás fué baqueta en la corrida
Como el baston del bárbaro temida.

Aunque gran trecho aquel follon se aleja
Del seguro monton y amigo bando,
No por esto la dura empresa deja,
Antes mas los persigue y va afrentando;
Con prestos piés y maza los aqueja,
La nacion española profazando
En lenguaje araucano, que entendian
Los tres que á mas correr dél se desvían.

Veinte veces revuelven los cristianos
Dando sobre él con súbita presteza,
A todos tres les da llenas las manos
Con su diabólica arma y lijereza:
Entre tanto llegaban los ufanos
Indios en el alcance sin pereza,
Y volviendo los tres á su carrera,
El bárbaro y baston sobre ellos era.

No por áspero monte, ni agria cuesta
Afloja el curso y animoso brio,
Antes cual correr suele sobre apuesta
Tras las fieras el puelche en desafío,
Los corre, aflige, aprieta y los molesta,
Y á diez millas de alcance por do un rio
El camino atraviesa al mar corriendo,
Se fué en la húmeda orilla deteniendo.

El bárbaro escuadron parado habia;
Solo el contumaz Rengo porfiando
Desistir de la empresa no queria,
Aunque no ve persona de su bando:
Los tres lasos cristianos á porfía
Iban el ancho vado atravesando,
Cuando Rengo cargó de una pesada
Piedra la presta honda dél usada.

El tronco en el suelo húmido fijado
Rodea el brazo dos veces, despidiendo
El tosco y gran guijarro así arrojado,
Que el monte retumbó del sordo estruendo:
Las ninfas por lo mas sesgo del vado
Las cristalinas aguas revolviendo
Sus doradas cabezas levantaron,
Y á ver el caso atentas se pararon.

El importuno bárbaro no cesa,
Ni afloja de la empresa que pretende,
Antes con silbos, grita y piedra espesa,
La agua á mas de la cinta, los ofende,
Y dándoles en esto mucha priesa
El beber los caballos les defiende,
Diciendo: «¡Sús, salid, salid afuera,
Que yo os mantendré campo en la ribera!»

Viendo Alvarado á Rengo así orgulloso,
De la soberbia tema ya impaciente,
Dice á los dos: «¡Oh caso vergonzoso,
Que á tres nos siga un indio solamente,
Y triunfe de nosotros vitorioso!
No es bien que de españoles tal se cuente:
Volvamos, y de aquí jamás pasemos
Si primero morir no le hacemos.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así dijo, y las riendas revolviendo
Segunda vez el vado atravesaban,
De morir ó matarle proponiendo
Los cansados caballos aguijaban:
En esto el araucano conociendo
La cólera y furor con que tornaban,
Olvidando la maza y presupuesto,
Las voladoras plantas mueve presto.

Una larga carrera por arena
Los tres á toda furia le siguieron,
Aunque en balde tomaron esta pena,
Que el indio mas corrió que ellos corrieron:
Faltos no de intencion, pero de lena,
De cansados las riendas recogieron,
Y en un áspero sitio y peligroso
Les hizo rostro el bárbaro animoso.

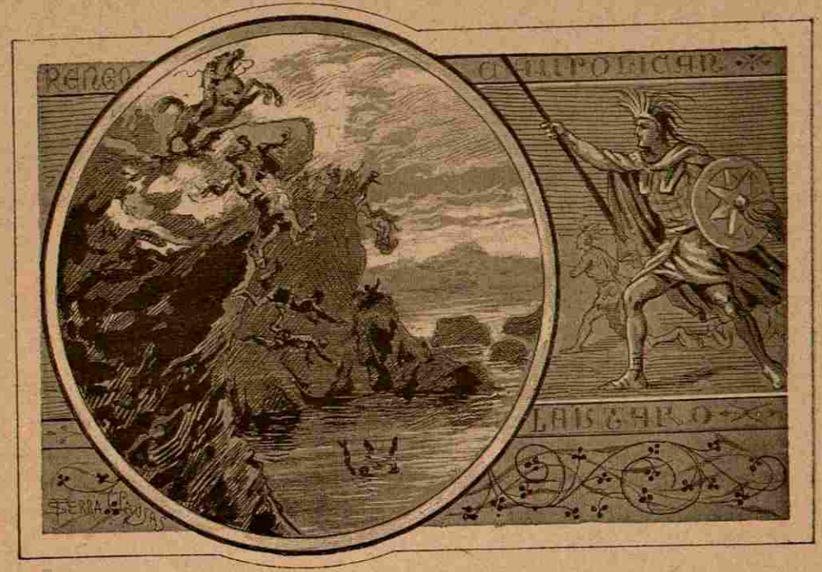
Por espaldas tomó una gran quebrada
Revolviendo á los tres con osadia,
Y á falta de la maza acostumbrada
A menudo la honda sacudia:
De allí con mofa, silbos y pedrada
Sin poderle ofender los ofendia,
Por ser aquel lugar despeñadero,
Y mas que ellos el bárbaro lijero.

Visto Alvarado serle así escusado
El fin de lo que tanto deseaba,
Dejando libre al bárbaro esforzado,
Que bien de mala gana se quedaba,
Pasa otra vez el ya seguro vado,
Y al usado camino enderezaba
Triste en ver que fortuna por tal modo
Se le mostraba adversa y dura en todo.

Habia dejado el campo lautarino
De seguir el alcance grande rato:
Iban los españoles sin camino
Como ovejas que van fuera del hato;
De no seguirlos mas me determino,
Que por lo que adelante dellos trato,
Dejarlos por agora me es forzado
Donde otras veces ya los he dejado.

Con la gente araucana quiero andarme,
Dichosa á la sazón y afortunada,
Y como se acostumbra desviarme
De la parte vencida y desdichada;
Por donde tantos van quiero guiarme
Siguiendo la carrera tan usada,
Pues la costumbre y tiempo me convence,
Y todo el mundo es ya: viva quien vence.

¡Cuán usado es huir los abatidos,
Y seguir los soberbios levantados
De la instable fortuna favoridos
Para solo después ser derribados!
Al cabo estos favores reducidos
A su valor son bienes emprestados,
Que habemos de pagar con siete tanto
Como claro nos muestra el nuevo canto.



CANTO X [1]

Ufanos los araucanos de las vitorias habidas, ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así estranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.

Cuando la varia diosa favorece,
Y las dádivas prósperas reparte,
¡Cómo al ánimo flaco fortalece,
Que de triste mujer se vuelve un Marte,
Y derriba, acobarda y enflaquece
El esfuerzo viril en la otra parte,
Haciendo cuesta arriba lo que es llano,
Y un gran cerro la palma de la mano!

¡Quién vió los españoles colocados
Sobre el mas alto cuerno de la luna,
De sus famosos hechos rodeados,
Sin punto y muestra de mudanza alguna!
¡Quién los ve en breve tiempo derribados!
¡Quién ve en miseria vuelta su fortuna,
Seguidos no de Marte, dios sanguino,
Mas del tímido sexo femenino!

Mirad aquí la suerte tan trocada,
Pues aquellos que al cielo no temian,
Las mujeres á quien la rueca es dada
Con varonil esfuerzo los seguian,
Y con la diestra á la labor usada
Las atrevidas lanzas esgrimian,
Que por el hado próspero impelidas
Hacian crudos efetos y heridas.

Estas mujeres, digo, que estuvieron
En un monte escondidas esperando
De la batalla el fin, y cuando vieron
Que iba de rota el castellano bando,
Hiriendo el cielo á gritos descendieron
El mujeril temor de sí lanzando,
Y de ajeno valor y esfuerzo armadas
Toman de los ya muertos las espadas.

(1) Esta cabecera pertenece al canto VI, correspondiéndole al X la colocada en el V.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así dijo, y las riendas revolviendo
Segunda vez el vado atravesaban,
De morir ó matarle proponiendo
Los cansados caballos aguijaban:
En esto el araucano conociendo
La cólera y furor con que tornaban,
Olvidando la maza y presupuesto,
Las voladoras plantas mueve presto.

Una larga carrera por arena
Los tres á toda furia le siguieron,
Aunque en balde tomaron esta pena,
Que el indio mas corrió que ellos corrieron:
Faltos no de intencion, pero de lena,
De cansados las riendas recogieron,
Y en un áspero sitio y peligroso
Les hizo rostro el bárbaro animoso.

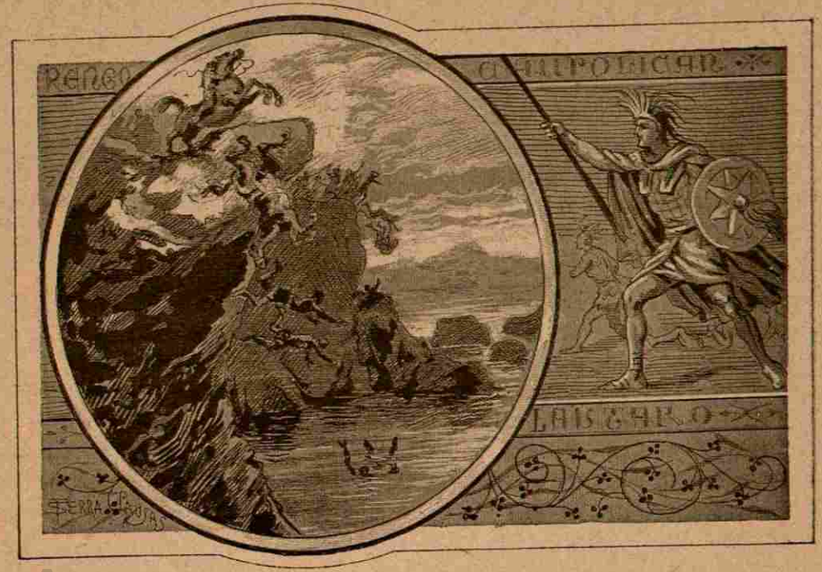
Por espaldas tomó una gran quebrada
Revolviendo á los tres con osadia,
Y á falta de la maza acostumbrada
A menudo la honda sacudia:
De allí con mofa, silbos y pedrada
Sin poderle ofender los ofendia,
Por ser aquel lugar despeñadero,
Y mas que ellos el bárbaro lijero.

Visto Alvarado serle así escusado
El fin de lo que tanto deseaba,
Dejando libre al bárbaro esforzado,
Que bien de mala gana se quedaba,
Pasa otra vez el ya seguro vado,
Y al usado camino enderezaba
Triste en ver que fortuna por tal modo
Se le mostraba adversa y dura en todo.

Habia dejado el campo lautarino
De seguir el alcance grande rato:
Iban los españoles sin camino
Como ovejas que van fuera del hato;
De no seguirlos mas me determino,
Que por lo que adelante dellos trato,
Dejarlos por agora me es forzado
Donde otras veces ya los he dejado.

Con la gente araucana quiero andarme,
Dichosa á la sazón y afortunada,
Y como se acostumbra desviarme
De la parte vencida y desdichada;
Por donde tantos van quiero guiarme
Siguiendo la carrera tan usada,
Pues la costumbre y tiempo me convence,
Y todo el mundo es ya: viva quien vence.

¡Cuán usado es huir los abatidos,
Y seguir los soberbios levantados
De la instable fortuna favoridos
Para solo después ser derribados!
Al cabo estos favores reducidos
A su valor son bienes emprestados,
Que habemos de pagar con siete tanto
Como claro nos muestra el nuevo canto.



CANTO X [1]

Ufanos los araucanos de las vitorias habidas, ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así estranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias.

Cuando la varia diosa favorece,
Y las dádivas prósperas reparte,
¡Cómo al ánimo flaco fortalece,
Que de triste mujer se vuelve un Marte,
Y derriba, acobarda y enflaquece
El esfuerzo viril en la otra parte,
Haciendo cuesta arriba lo que es llano,
Y un gran cerro la palma de la mano!

¡Quién vió los españoles colocados
Sobre el mas alto cuerno de la luna,
De sus famosos hechos rodeados,
Sin punto y muestra de mudanza alguna!
¡Quién los ve en breve tiempo derribados!
¡Quién ve en miseria vuelta su fortuna,
Seguidos no de Marte, dios sanguino,
Mas del tímido sexo femenino!

Mirad aquí la suerte tan trocada,
Pues aquellos que al cielo no temian,
Las mujeres á quien la rueca es dada
Con varonil esfuerzo los seguian,
Y con la diestra á la labor usada
Las atrevidas lanzas esgrimian,
Que por el hado próspero impelidas
Hacian crudos efetos y heridas.

Estas mujeres, digo, que estuvieron
En un monte escondidas esperando
De la batalla el fin, y cuando vieron
Que iba de rota el castellano bando,
Hiriendo el cielo á gritos descendieron
El mujeril temor de sí lanzando,
Y de ajeno valor y esfuerzo armadas
Toman de los ya muertos las espadas.

(1) Esta cabecera pertenece al canto VI, correspondiéndole al X la colocada en el V.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y á vueltas del estruendo y muchedumbre,
También en la vitoria embebecidas,
De medrosas y blandas de costumbre
Se vuelven temerarias homicidas:
No sienten ni les daba pesadumbre
Los pechos al correr, ni las crecidas
Barrigas de ocho meses ocupadas:
Antes corren mejor las mas preñadas.

Llamábase infelice la postrera,
Y con ruegos al cielo se volvia,
Porque á tal coyuntura en la carrera
Mover mas presto el paso no podia.
Si las mujeres van desta manera,
¿La bárbara canalla cuál iria?
De aquí tuvo principio en esta tierra
Venir también mujeres á la guerra.

Vienen acompañando á sus maridos,
Y en el dudoso trance están paradas;
Pero si los contrarios son vencidos,
Salen á perseguirlos esforzadas:
Prueban la flaca fuerza en los rendidos,
Y si cortan en ellos sus espadas,
Haciéndolos morir de mil maneras;
Que la mujer crüel eslo de veras.

Así á los nuestros esta vez siguieron
Hasta donde el alcance habia cesado,
Y desde allí la vuelta al pueblo dieron,
Ya de los enemigos saqueado:
Que cuando hacer mas daño no pudieron,
Subiendo en los caballos que en el prado
Sueltos sin orden y gobierno andaban,
A sus dueños por juego remedaban.

Quién hace que combate, y quién huia,
Y quién tras el que huye va corriendo;
Quién finge que está muerto y se tendia,
Quién correr procuraba no pudiendo:
La alegre gente así se entretenia
El trabajo importuno despidiendo,
Hasta que el sol rayaba los collados,
Que el general llegó y los mas soldados.

Los unos y los otros aguijaban
Con gran priesa á abrazarse estrechamente;
Pero algunos por mas que se esforzaban
La envidia les hacia arrugar la frente:
Francos los vencedores se mostraban
Repartiendo la presa entre la gente;
Que aun en el pecho vil contra natura
Puede tanto la próspera ventura.

Una solemne fiesta en este asiento
Quiso Caupolicán que se hiciese,
Donde del araucano ayuntamiento
La gente militar sola asistiese;
Y con alegre muestra y gran contento,
Sin que la popular se entremetiese,
En juegos, pruebas, danzas y alegrías
Gastaron sin aquel algunos dias.

Los juegos y ejercicios acabados,
Para el valle de Arauco caminaron,
Do á las usadas fiestas los soldados
De toda la provincia convocaron:
Fueron bastantes plazos señalados,
Joyas de gran valor se pregonaron
De los que en ellas fuesen vencedores,
Premios dignos de haber competidores.

La fama de la fiesta iba corriendo
Mas que los diligentes mensajeros,
En un término breve apercibiendo
Naturales, vecinos y estranjeros;
Gran multitud de gente concurriendo
Creció el número tanto de guerreros,
Que ocupaban las tiendas forasteras,
Los valles, montes, llanos y riberas.

Ya el esperado catorceno dia,
Que tanta gente estaba deseando,
Al campo su color restituia
Las importunas sombras desterrando,
Cuando la bulliciosa compañía
De los briosos jóvenes, mostrando
El juvenil hervor y sangre nueva,
En campo estaban prestos á la prueba.

Fué con solemne pompa referido
El orden de los precios, y el primero
Era un lustroso alfanje guarnecido
Por mano artificiosa de platero;
Este premio fué allí constituido
Para aquel que con brazo mas entero
Tirase una fornida y gruesa lanza,
Sobrando á los demás en la pujanza.

Y de cendrada plata una celada
Cubierta de altas plumas de colores,
De un cerco de oro puro rodeada,
Esmaltadas en él varias labores,
Fué la preciada joya señalada
Para aquel que entre diestros luchadores
En la difícil prueba se estremase,
Y por señor del campo en pié quedase.

Un lebrel animoso remendado,
Que el collar remataba una venera
De agudas puntas de metal herrado,
Era el precio de aquel que en la carrera
De todas armas y presteza armado,
Arribase mas presto á la bandera
Que una gran milla lejos tremolaba,
Y el trecho señalado limitaba.

Y de nervos un arco hecho por arte
Con su dorada aljaba, que pendia
De un ancho y bien labrado talabarte
Con dos gruesas hebillas de ataujía;
Este se señaló y se puso aparte
Para aquel que con flecha á puntería
Ganando por destreza el precio rico,
Llevase al papagayo el corvo pico.

Un caballo morcillo rabicano
Tascando el freno estaba de cabestro,
Precio del que con suelta y presta mano
Esgrimiese el baston mas como diestro:
Por juez se señaló á Caupolicano,
De todos ejercicios gran maestro.
Ya la trompeta con sonada nueva
Llamaba opositores á la prueba.

No bien sonó la alegre trompa cuando
El joven Orompello, ya en el puesto
Airosamente el manto derribando,
Mostró el hermoso cuerpo bien dispuesto,
Y en la valiente diestra blandeando
Una maciza lanza: luego en esto
Se ponen asimismo Lepomande,
Crino, Pillolco, Guambo y Mareande.

Estos seis en igual hila corriendo,
Las lanzas por los fieles igualadas
A un tiempo las derechas sacudiendo
Fueron con seis gemidos arrojadas:
Salen las astas con rumor crujiendo
De aquella fuerza é ímpetu llevadas;
Rompen el aire, suben hasta el cielo,
Bajando con la misma furia al suelo.

La de Pillolco fué la asta primera,
Que falta de vigor á tierra vino:
Tras ella la de Guambo, y la tercera
De Lepomande, y cuarta la de Crino;
La quinta de Mareande, y la postrera,
Haciendo por mas fuerza mas camino,
La de Orompello fué, mozo pujante,
Pasando cinco brazas adelante.

Tras estos otros seis lanzas tomaron
De los que por mas fuertes se estimaban;
Y aunque con fuerza estrema procuraron
Sobrepujar el tiro, no llegaban:
Otros tras estos, y otros seis probaron;
Mas todos con vergüenza atrás quedaban,
Y por no detenerme en este cuento,
Digo que lo probaron mas de ciento.

Ninguno con seis brazas llegar pudo
Al tiro de Orompello señalado,
Hasta que Leucoton, varon membrudo,
Viendo que ya el probar habia aflojado,
Dijo en voz alta: «De perder no dudo;
Mas porque todos ya me habeis mirado,
Quiero ver deste brazo lo que puede,
Y á dó llegar mi estrella me concede.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Esto dicho, la lanza requerida
En ponerse en el puesto poco tarda,
Y dando una lijera arremetida
Hizo muestra de sí fuerte y gallarda:
La lanza por los aires impelida
Sale cual gruesa bala de bombarda,
O cual furioso trueno, que corriendo
Por las espesas nubes va rompiendo.

Cuatro brazas pasó con raudo vuelo
De la señal y raya delantera,
Rompiendo el hierro por el duro suelo
Tiembla por largo espacio la asta fuera;
Alza la turba un alarido al cielo,
Y de tropel con súbita carrera
Muchos á ver el tiro van corriendo,
La fuerza y tirador engrandeciendo.

Unos el largo trecho á piés median,
Y examinan el peso de la lanza;
Otros por maravilla encarecian
Del esforzado brazo la pujanza;
Otros van por el precio; otros hacian
Al vencedor cantares de alabanza:
De Leucoton el nombre levantando
Le van en alta voz solemnizando.

Salta Orompello, y por la turba hiende,
Y aquel rumor colérico baraja
Diciendo: «Aun no he perdido, ni se entiende
De solo el primer tiro la ventaja.»
Caupolicán la vara en esto tiende,
Y á tiempo un encendido fuego ataja,
Que Tucapel al primo habia acudido,
Y otros con Leucoton se habian metido.

Caupolicán que estaba por juez puesto,
Mostrándose imparcial discretamente,
La furia de Orompello aplaca presto
Con sabrosas palabras blandamente;
Y así no se altercando mas sobre esto,
Conforme á la postura justamente
A Leucoton por mas aventajado
Le fué ceñido el corvo alfanje al lado.

Acabada con esto la porfía,
Y Leucoton quedando vitorioso,
Orompello á una parte se desvía
Del caso algo corrido y vergonzoso;
Mas como sabio mozo lo encubria,
De verse en ocasiones deseoso
Por do con Leucoton y causa nueva
Venir pudiese á mas estrecha prueba.

Era Orompello mozo asaz valido
Que desde su niñez fué muy briioso,
Manso, tratable, fácil, corregido,
Y en ocasion metido valeroso;
De muchos en asiento preferido
Por su esfuerzo y linaje generoso,
Hijo del venerable Mauropande,
Primo de Teucapel y amigo grande.

Puesto nuevo silencio, y despejado
El campo do la prueba se hacia,
El diestro Cayeguán, mozo esforzado,
A mantener la lucha se metia:
No pasó mucho, cuando de otro lado
Con gran disposicion Torquin salia
De haber en él pujanza y lijereza,
Ambos en el luchar de gran destreza.

Dada señal, con pasos ordenados
Los dos gallardos bárbaros se mueven:
Ya los viérades juntos, ya apartados,
Ora tienden el cuerpo, ora le embeben;
Por un lado y por otro recatados
Se inquieren, cercan, buscan y remueven,
Tientan, vuelven, revuelven y se apuntan,
Y al cabo con gran ímpetu se juntan.

Hechas las presas y ellos recogidos,
En su fuerza procuran conocerse;
Pero de ardor colérico encendidos
Comienzan por el campo á revolverse:
Cíñense piés con piés, y entretejidos
Cargan á un lado y otro, sin poderse
Llevar cuanto una mínima ventaja,
Por mas que el uno y otro se trabaja.

Andando así, en un tiempo cauteloso
Metió la pierna diestra Cayeguano;
Quiso Torquin ceñirla codicioso
Cargando con gran fuerza á aquella mano:
Sácala á tiempo Cayeguán mañoso,
Y el cuerpo de Torquin quedando en vano,
Del mismo peso y fuerza que traia
A los piés enemigos se tendia.

Tras este el fuerte Rengo se presenta,
El cual, lanzando fuera los vestidos,
Descubre la persona corpulenta,
Brazos robustos, músculos fornidos:
Mírale la confusa turba atenta,
Que de cuatro entre todos escogidos
Este valiente bárbaro era el uno,
Jamás sobrepujado de ninguno.

Con gran fuerza los hombros sacudiendo
Se apareja á la lucha y desafío,
Y al vencedor contrario apercibiendo
Le va á buscar con animoso brio:
De la otra parte Cayeguán saliendo
En medio de aquel campo á su albedrío,
Vienen los dos gallardos á juntarse,
Procurando en la presa aventajarse.

Un rato estuvo en confusion la gente,
Y anduvo en duda la vitoria incierta;
Mas luego Rengo dió señal patente
Con que fué su pujanza descubierta,
Que entre los duros brazos reciamente
Al triste Cayeguán la boca abierta
Sin dejarle alentar le retraia,
Y acá y allá con él se revolvia.

Alzólo de la tierra, y apretado
En el aire con gran pieza lo suspende;
Cayeguán sin color desalentado
Abre los brazos y las piernas tiende:
Viéndolo así rendido el esforzado
Rengo, que á la vitoria solo atiende,
Dejándole bajar, con poca pena
Le estampa de gran golpe en el arena.

Sacáronle del campo sin sentido,
Y á su tienda en los hombros le llevaron;
Todos la fuerza grande y el partido
De Rengo en alta voz solemnizaron.
Pero cesando en esto aquel ruïdo,
A sus asientos luego se tornaron,
Porque vieron que Talco aparejado
El puesto de la lucha habia tomado.

Fué este Talco de pruebas gran maestro,
De recios miembros y feroz semblante,
Diestro en la lucha y en las armas diestro,
Lijero y esforzado aunque arrogante;
Y con todas las partes que aquí muestro,
Era Rengo mas suelto y mas pujante,
Usado en los robustos ejercicios,
Que dello su persona daba indicios.

Talco se mueve y sale con presteza,
Rengo espaciosamente se movia,
Fíase mucho el uno en la destreza,
El otro en su vigor solo se fia:
En esto, con estraña lijereza,
Cuando menos cuidado en Talco habia,
Un gran salto dió Rengo no pensado,
Cogiendo al enemigo descuidado.

De la suerte que el tigre cauteloso
Viendo venir lozano al suelto pardo,
El cuello bajo, lerdo y perezoso,
Con ronco son se mueve á paso tardo;
Y en un instante súbito y furioso
Salta sobre él con ímpetu gallardo,
Y echándole la garra así le aprieta
Que le oprime, le rinde y le sujeta:

Desta manera Rengo á Talco afierra,
Y antes que á la defensa se prevenga
Tan recio le apretó contra la tierra,
Que el lomo quebrantado lo derrienga:
Viéndolo pues así lo desafierra,
Y á su puesto esperando que otro venga
Vuelve, dejando el campo con tal hecho
De su estremada fuerza satisfecho.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mas no hubo en hombre allí tal osadía
Que á contrastar al bárbaro se atreva,
Y así, porque la noche ya venia,
Se difirió la comenzada prueba
Hasta que el carro del siguiente dia
Alegrase los campos con luz nueva;
Sonando luego varios instrumentos,
Hinchieron de las mesas los asientos.

Pues otro dia, saliendo de su tienda,
El hijo de Leocán acompañado,
Al cercado lugar de la contienda
Con altos instrumentos fué llevado:
Rengo porque su fama mas se estienda,
Dando una vuelta en torno del cercado
Entró dentro con una bella muestra,
Y á mantener se puso la palestra.

Bien por dos horas Rengo tuvo el puesto
Sin que nadie la plaza le pisase,
Que no se vió soldado tan dispuesto
Que viéndole el lugar vacío ocupase,
Pero ya Leucoton, mirando en esto
Que porque su valor mas se notase
Hasta ver el mas fuerte habia esperado,
Con grave paso entró en el estacado.

Luego un rumor confuso y grande estruendo
Entre el parlero vulgo se levanta
De ver estos dos juntos, conociendo
En uno y otro esfuerzo y fuerza tanta:
Leucoton la persona recogiendo
A recibir á Rengo se adelanta,
Que con gallardo paso se venia
De esfuerzo acompañado y lozanía.

Vienen al parangon dos animosos
Que en esfuerzo y pujanza par no tienen;
Unas veces aguijan presurosos,
Otras frenan el paso y lo detienen:
Andan en torno y miran cautelosos,
Y á todos los engaños se previenen;
Pero no tardó mucho que cerraron,
Y con estrechos ñudos se abrazaron.

Juntándose los dos pecho con pecho
Van las últimas fuerzas apurando;
Ya se afirman, y tienen muy estrechos,
Ya se arrojan en torno volteando;
Ya los izquierdos, ya los piés derechos,
Se enclavijan y enredan, no bastando
Cuanta fuerza se pone, estudio y arte
A poder mejorarse alguna parte.

Acá y allá furiosos se rodean,
La fuerza uno del otro resistiendo;
Tanto forcejan, gimen, ijadean,
Que los miembros se van entorpeciendo:
Tiemblan de la fatiga y titubean
Las cansadas rodillas, no pudiendo
Comportar el teson y furia insana,
Que al fin era de hueso y carne humana.

De sudor grueso y engrosado aliento
Cubiertos los dos bárbaros andaban,
Y del fogoso y recio movimiento
Roncos los pechos dentro resonaban;
Ellos siempre con más encendimiento,
Sacando nuevas fuerzas, procuraban
Llegar la empresa al cabo comenzada
Por ganar el honor y la celada.

Pero ventaja entre ellos conocida
No se vió allí, ni de flaqueza indicio;
Ambos jóvenes son de edad florida,
Iguales en la fuerza y ejercicio;
Mas la suerte de Rengo enflaquecida,
Y el hado que hasta allí le fué propicio,
Hicieron que perdiese á su despecho
Del precio y del honor todo el derecho.

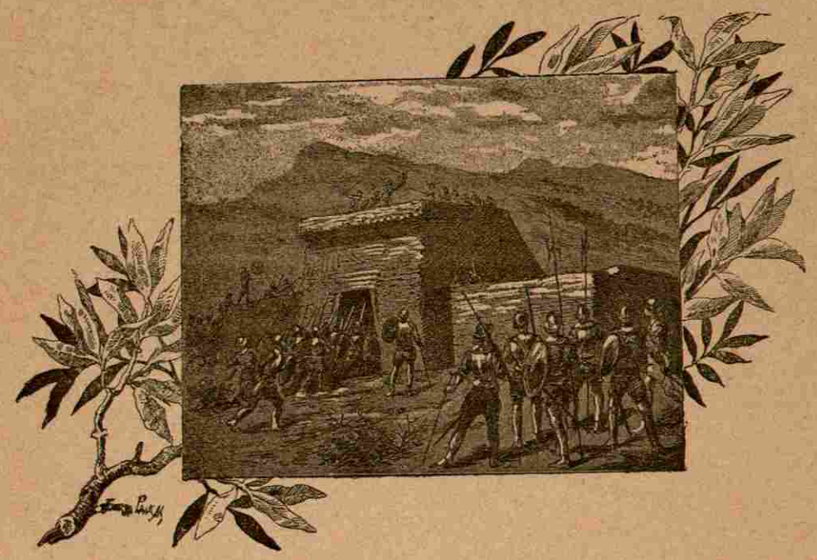
Habia en la plaza un hoyo acia el un lado
Engaste de un guijarro, y nuevamente
Estaba de su encaje levantado
Por el concurso y huella de la gente;
Desto el cansado Rengo no avisado
Metió el pié dentro, y desgraciadamente
Cual cae de la segur herido el pino
Con no menor estruendo á tierra vino.

No la pelota con tan presto salto
Resurte arriba del macizo suelo,
Ni el águila que al robo cala de alto
Sube en el aire con tan recio vuelo,
Como de corrimiento el seso falto
Rengo rabioso amenazando al cielo
Se puso en pié, que aun bien no tocó en tierra,
Y contra Leucoton furioso cierra.

Como en la fiera lucha Anteo temido
Por el furioso Alcides derribado,
Que de la tierra madre recogido
Cobraba fuerza y ánimo doblado,
Así el airado Rengo embravecido,
Que apenas en la arena habia tocado,
Sobre el contrario arriba de tal suerte,
Que al estremo llegó de honrado y fuerte.

Tanto dolor del grave caso siente
El público lugar considerando,
Que abrasado de fuego y rabia ardiente
Se le fueron las fuerzas aumentando,
Y furioso, colérico, impaciente
De suerte á Leucoton va retirando,
Que apenas le resiste; y el suceso
Oireis en el siguiente canto espreso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CANTO XI

Acábanse las fiestas y diferencias. Y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, antes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido, vienen los españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla.

Cuando los corazones nunca usados
A dar señal y muestra de flaqueza
Se ven en lugar público afrentados,
Entonces manifiestan su grandeza:
Fortalecen los miembros fatigados,
Despiden el cansancio y la torpeza,
Y salen fácilmente con las cosas
Que eran antes, señor, dificultosas.

Así le avino á Rengo, que en cayendo,
Tanto esfuerzo le puso el corrimiento,
Que lleno de furor y en ira ardiendo
Se le dobló la fuerza y el aliento;
Y al enemigo fuerte no pudiendo
Ganarle antes un paso, agora ciento
Alzado de la tierra lo llevaba,
Que aun afirmar los piés no lo dejaba.

Adelante la cólera pasara,
Y hubiera alguna brega en aquel llano
Si receloso desto no bajara
Presto de arriba el hijo de Pillano,
Que de Caupolicán traia la vara,
Y él propio los aparta de su mano,
Que no fué poco en tanto encendimiento
Tenerle este respeto y miramiento.

Siendo desta manera sin ruïdo
Despartida la lucha ya enconada,
Le fue á Rengo su honor restituido,
Mas quedó sin derecho á la celada:
Aun no estaba del todo definido,
Ni la plaza de gente despejada,
Cuando el mozo Orompello dijo presto:
«Mi vez ahora me toca, mio es el puesto.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEON
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

Que bramando entre sí se deshacía
Esperando aquel tiempo deseado,
Viendo que Leucoton ya mantenia,
Del tiro de la lanza no olvidado:
Con gran desenvoltura y gallardía
Salta el palenque y entra el estacado,
Y en medio de la plaza, como digo,
Llamaba cuerpo á cuerpo al enemigo.

La trápala y murmurio en el momento
Creció, porque parando el pueblo en ello,
Conoce por allí cuán descontento
Del fuerte Leucoton está Orompello:
Témese que vendrán á rompimiento;
Mas nadie se atraviesa á defendello,
Antes la plaza libre los dejaron,
Y los vacíos lugares ocuparon.

El pueblo de la lucha deseoso,
La mas parte á Orompello se inclinaba;
Mira los bellos miembros, y el airoso
Cuerpo que á la sazon se desnudaba:
La gracia, el pelo crespo, y el hermoso
Rostro, donde su poca edad mostraba,
Que veinte años cumplidos no tenia,
Y á Leucoton á fuerzas desafía.

Juzgan ser desconformes los presentes
Las fuerzas destos dos por la apariencia,
Viendo del uno el talle y los valientes
Niervos, edad perfeta y esperiencia;
Y del otro los miembros diferentes,
La tierna edad y grata adolecencia,
Aunque á tal opinion contradecia
La muestra de Orompello y osadía.

Que puesto en su lugar, ufano espera
El son de la trompeta, como cuando
El fogoso caballo en la carrera
La seña del partir está aguardando,
Y cual halcon que en la húmida ribera
Ve la garza de lejos blanqueando,
Que se alegra y se pule ya lozano,
Y está para arrojarse de la mano.

El gallardo Orompello así esperaba
Aquel alegre son para moverse,
Que de ver la tardanza imaginaba
Que habian impedimentos de ofrecerse:
Visto que tanto ya se dilataba,
Queriendo á su sabor satisfacerse,
Derecho á Leucoton sale animoso,
Que no fué en recibirle perezoso.

En gran silencio vuelto el rumor vano,
Quedando mudos todos los presentes,
En medio de la plaza mano á mano
Salen á se probar los dos valientes:
Como cuando el lebrel, y fiero alano,
Mostrándose con ronco son los dientes,
Yertos los cerros, y ojos encendidos,
Se vienen á morder embravecidos.

De tal modo los dos amordazados,
Sin esperar trompeta ni padrino,
De coraje y rencor estimulados,
De medio á medio parten el camino;
Y en un instante iguales, aferrados
Con estremada fuerza y diestro tino,
Se ciñeron los brazos poderosos,
Echándose á los piés lazos ñudosos.

Las desconformes fuerzas, aunque iguales,
Los lleva, arroja, y vuelve á todos lados
Viéranlos sin mudarse á veces tales,
Que parecen en tierra estar clavados;
Donde ponen los pies, dejan señales,
Cavan el duro suelo, y apretados
Juntándose rodillas con rodillas
Hacen crujir los huesos y costillas.

Cada cual del valor, destreza y maña
Usaba, que en tal tiempo usar podia,
Viendo el duro teson y fuerza estraña
Que en su recio adversario conocia:
Revuélvense los dos por la campaña,
Sin conocerse en nadie mejoría;
Pero tanto de acá y de allá anduvieron
Que ambos juntos á un tiempo en tierra dieron.

Fué tan presto el caer, y en el momento
Tan presto el levantarse, por manera
Que se puede decir que el mas atento,
A mover la pestaña, no lo viera:
Ventaja ni señal de vencimiento
Juzgarse por entonces no pudiera,
Que Leucoton arrodilló en el llano,
Y Orompello tocó sola una mano.

En esto los padrinos se metieron,
Y á cada lado el suyo retirando,
En disputa la lucha resumieron,
Sus puntos y razones alegando:
De entrambas partes gentes acudieron,
La porfía y rumor multiplicando,
Quién daba al uno el precio, honor y gloria,
Quién cantaba del otro la vitoria.

Tucapelo, que estaba en un asiento
A la diestra del hijo de Pillano,
Visto lo que pasaba, en el momento
Salta en la plaza, la ferrada en mano,
Y con aquel usado atrevimiento
Dice: «El precio ganó mi primo hermano,
Y si alguno esta causa me defiende,
Haréle yo entender que no lo entiende.

»La joya es de Orompello, y quien bastante
Se halla á reprobar el voto mio,
En campo estamos, hágase adelante,
Que en suma le desmiento y desafío:»
Leucoton con un término arrogante
Dice: «Yo amansaré tu loco brio,
Y el vano orgullo y necio devaneo,
Que mucho tiempo ha ya que lo deseo.»

«Conmigo lo has de haber, que comenzado
Juego tenemos ya,» dijo Orompello;
Responde Leucoton fiero y airado,
«Contigo y con tu primo quiero habello:»
Caupolicán en esto era llegado,
Que del supremo asiento, viendo aquello,
Habia bajado á la sazon confuso,
Y allí su autoridad toda interpuso.

Leucoton y Orompello conociendo
Que el gran Caupolicán allí venia,
Las enconosas voces reprimiendo,
Cada cual por su parte se desvía;
Mas Tucapel la maza revolviendo,
Que otro acuerdo y concierto no queria,
Lleno de ira diabólica no calla
Llamando á todo el mundo á la batalla.

Ruego y medios con él no valen nada
Del hijo de Leocán, ni de otra gente,
Diciendo que á Orompello la celada
Le den por vencedor y mas valiente:
Después, que en plaza franca y estacada
Con Leucoton le dejen libremente,
Donde aquella disputa se decida,
Perdiendo de los dos uno la vida.

Puesto Caupolicán en este aprieto,
Lleno de rabia y de furor movido,
Le dice: «Haré que guardes el respeto,
Que á mi persona y cargo le es debido.»
Tucapel le responde: «Yo prometo
Que por temor no baje del partido,
Y aquel que en lo que digo no viniere
Haga á su voluntad lo que pudiere.

»Guardaréte respeto, si derecho
En lo que justo pido me guardares,
Y mientras que con recto y sano pecho
La causa sin pasion desto mirares;
Mas si contra razon solo de hecho,
Torciendo la justicia lo llevares,
Por tí, y tu cargo, y todo el mundo junto
No perderé de mi derecho un punto.»

Caupolicán perdida la paciencia
Se mueve á Tucapel determinado;
Mas Colocolo, viejo de esperiencia,
Que con temor le andaba siempre al lado,
Le hizo una acatada resistencia,
Diciendo: «¿Estás, señor, tan olvidado
De tí y tu autoridad, y salud nuestra,
Que lo pongas en solo alzar la diestra?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Mira, señor, que todo se aventura,
Mira que están los mas ya diferentes;
De Tucapel conoces la locura,
Y la fuerza que tiene de parientes;
Lo que enmendar se puede con cordura,
No lo enmiendes con sangre de inocentes:
Dale á Orompello el contenido precio,
Y otro al competidor de igual aprecio.

»Si por rigor y término sangriento
Quieres poner en riesgo lo que queda,
Puesto que sobre fijo fundamento
Fortuna á tu sabor mueva la rueda,
Y el juvenil furor y atrevimiento
Castigar á tu salvo te conceda,
Queda tu fuerza mas disminuïda,
Y al fin tu autoridad menos temida.

»Pierdes dos hombres, pierdes dos espadas
Que el límite araucano han estendido,
Y en las fieras naciones apartadas
Hacen que sea tu nombre tan temido:
Si agora han sido aquí desacatadas,
Mira lo que otras veces han servido,
En trances peligrosos derramando
La sangre propia y del contrario bando.»

Imprimieron así en Caupolicano
Las razones y celo de aquel viejo,
Que frenando el furor dijo: «En tu mano
Lo dejo todo, y tomo ese consejo.»
Con tal resolucion, el sabio anciano
Viendo abierto camino y aparejo,
Habló con Leucoton, que vino en todo,
Y á los primos después del mismo modo.

Y así el viejo eficaz los persuadiera,
Que en tal discordia y caso tan diviso,
Lo que el mundo universo no pudiera
Pudo su discrecion y buen aviso:
Fuéles pues reduciendo de manera
Que vinieron á todo lo que quiso;
Pero con condicion que la celada
Por precio de Orompello fuese dada.

Pues la rica celada allí traida,
Al ufano Orompello le fué puesta;
Y una cuera de malla guarnecida
De fino oro á la par vino con esta,
Y al mismo tiempo á Leucoton vestida,
Todos conformes en alegre fiesta
A las copiosas mesas se sentaron,
Donde mas la amistad confederaron.

Acabado el comer, lo que del dia
Les quedaba, las mesas levantadas,
Se pasó en regocijo y alegria,
Tejiendo en corros danzas siempre usadas,
Donde un número grande intervenia
De mozos y mujeres festejadas;
Que las pruebas cesaron y ocasiones,
Atento á no mover nuevas cuestiones.

Cuando la noche el horizonte cierra
Y con la negra sombra el mundo abraza,
Los principales hombres de la tierra
Se juntaron en una antigua plaza
A tratar de las cosas de la guerra,
Y en el discurso dellas dar la traza,
Diciendo que el subsidio padecido
Habia de ser con sangre redemido.

Salieron con que al hijo de Pillano
Se cometiese el cargo deseado,
Y el número de gente por su mano
Fuese absolutamente señalado:
Tal era la opinion del araucano,
Y tal crédito y fama habia alcanzado,
Que si asolar el cielo prometiera,
Crédito á la promesa se le diera.

Y entre la gente joven mas granada
Fueron por él quinientos escogidos,
Mozos gallardos de la vida airada,
Por mas bravos que pláticos tenidos:
Y hubo de otros por ir esta jornada
Tantos ruegos, protestos y partidos,
Que escusa no bastó ni impedimento
A no esceder la copia en otros ciento.

Los que Lautaro escoge son soldados
Amigos de inquietud, facinerosos,
En el duro trabajo ejercitados,
Perversos, disolutos, sediciosos,
A cualquiera maldad determinados,
De presas y ganancias codiciosos,
Homicidas, sangrientos, temerarios,
Ladrones, bandoleros y corsarios.

Con esta buena gente caminaba
Hasta Maule de paz atravesando,
Y las tierras después por do pasaba
Las iba á fuego y sangre sujetando:
Todo sin resistir se le allanaba,
Poniéndose debajo de su mando;
Los caciques le ofrecen francamente
Servicio, armas, comida, ropa y gente.

Así que por los pueblos y ciudades
La comarca los bárbaros destruyen,
Talan comidas, casas y heredades,
Que los indios de miedo al pueblo huyen:
Estupros, adulterios y maldades
Por violencia sin término concluyen,
No reservando edad, estado y tierra,
Que á todo riesgo y trance era la guerra.

No paran con la gana que tenian
De venir con los nuestros á la prueba,
Los indios comarcanos que huian
Llevan á la ciudad la triste nueva:
Rumores y alborotos se movian,
El bélico bullicio se renueva,
Aunque algunos que el caso contemplaban
A tales nuevas crédito no daban.

Dicen, que era locura claramente
Pensar que así una escuadra desmandada
De tan pequeño número de gente
Se atreviese á emprender esta jornada;
Y mas contra ciudad tan eminente,
Y lejos de su tierra y apartada;
Pero los que de Penco habian salido
Tienen por mas el daño que el ruïdo.

Votos hay que saliesen al camino,
Estos son de los jóvenes briosos,
Otros que era imprudencia y desatino
Por los pasos y sitios peligrosos:
A todo con presteza se previno,
Que de grandes reparos ingeniosos
El pueblo fortalecen, y en un punto
Despachan corredores todo junto,

Debajo de un caudillo diligente
Que verdadera relacion trujese
Del número y designio de la gente,
Con comision, si lance le saliese,
A su honor y defensa conveniente,
Que al bárbaro escuadron acometiese,
Volviendo á rienda suelta dos soldados
Para que dello fuesen avisados.

Por no haber caso en esto señalado,
Abrevio con decir que se partieron,
Y al cuarto dia con ánimo esforzado
Sobre el campo enemigo amanecieron:
Trabóse el juego, y no duró trabado,
Que los bárbaros luego los rompieron,
Y todos con cuidado y piés lijeros
Revolvieron á ser los mensajeros.

Sin aliento, cansados y afligidos,
Vuelven con testimonio asaz bastante
De cómo fueron rotos y vencidos
Por la fuerza del bárbaro pujante:
Lasos, llenos de sangre, mal heridos,
Con pérdida de un hombre, el cual delante
Y en medio de los campos desmandado,
A manos de Lautaro habia espirado.

Cuentan que levantado un muro habia
Adonde con sus bárbaros se acoge,
Y que infinita gente le acudia,
De la cual la mas diestra y fuerte escoge;
También que bastimentos cada dia
Y cantidad de municion recoge,
Afirmando por cierto fuera desto
Que sobre la ciudad llegará presto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quien incrédulo dello antes estaba,
Teniendo allí el venir por desvarío,
A tan clara señal crédito daba,
Helándole la sangre un miedo frio;
Quién de pura congoja trasudaba,
Que de Lautaro ya conoce el brio;
Quién con ardiente y animoso pecho
Bramaba por venir mas presto al hecho.

Villagrán enfermado acaso habia,
No puede á la sazon seguir la guerra;
Mas con ruegos y dádivas movia
La gente mas gallarda de la tierra;
Y por caudillo en su lugar ponia
Un caro primo suyo, en quien se encierra
Todo lo que conviene á buen soldado:
Pedro de Villagrán era llamado.

Este sin mas tardar tomó el camino
En demanda del bárbaro Lautaro,
Y el cargo que tan loco desatino
Como es venir allí le cueste caro:
Dióse tal prisa á andar, que presto vino
A la corva ribera del rio claro,
Que vuelve atrás en círculo gran trecho,
Después hasta la mar corre derecho.

Media legua pequeña elije un puesto
De donde estaba el bárbaro alojado,
En el lugar mejor y mas dispuesto,
Y allí por ver la noche ha reparado:
Estaba á cualquier trance y rumor presto,
De guardia y centinelas rodeado,
Cuando sin entender la cosa cierta,
Gritaban: «arma, arma, alerta, alerta.»

Esto fué que Lautaro habia sabido
Cómo allí nuestra gente era llegada,
Que después de la haber reconocido
Por su misma persona y numerada,
Volvióse sin de nadie ser sentido,
Y mostrando estimarlo todo en nada,
Hizo de los caballos que tenia
Soltar el de mas furia y lozanía,

Diciendo en alta voz: «Si no me engaño,
No deben de saber que soy Lautaro
De quien han recibido tanto daño,
Daño que no tendrá jamás reparo;
Mas porque no me tengan por estraño,
Y el ser yo aquí venido sea mas claro,
Sabiendo con quien vienen á la prueba,
Quiero que este rocin lleve la nueva.»

Diez caballos, señor, habia ganado
En la refriega y última revuelta,
El mejor ensillado y enfrenado,
Porque diese el aviso cierto, suelta:
Siendo el feroz caballo amenazado
Acia el campo español toma la vuelta
Al rastro y al olor de los caballos,
Y esta fué la ocasion de alborotallos.

Venia con un rumor y furia tanta,
Que dió mas fuerza al arma y mayor fuego;
La gente recatada se levanta
Con sobresalto y gran desasosiego:
El escándalo tanto no fué cuanta
Era después la burla, risa y juego
De ver que un animal de tal manera
En arma y alboroto los pusiera.

Pasaron sin dormir la noche en esto
Hasta el nuevo apuntar de la mañana,
Que, con ánimo y firme presupuesto
De vencer ó morir de buena gana,
Salen del sitio y alojado puesto
Contra la gente bárbara araucana,
Que no menos estaba acodiciada
Del venir al efeto de la espada.

Un edicto Lautaro puesto habia,
Que quien fuera del muro un paso diese
Como por crimen grave y rebeldía,
Sin otra informacion luego muriese.
Así el temor frenando á la osadía,
Por mas que la ocasion la comoviese,
Las riendas no rompió de la obediencia,
Ni el ímpetu pasó de su licencia.

Del muro estaba el bárbaro cubierto
No dejando salir soldado fuera;
Quiere que su partido sea mas cierto
Encerrando á los nuestros, de manera,
Que no les aproveche en campo abierto
De lijeros caballos la carrera,
Mas solo ánimo, esfuerzo y entereza,
Y la virtud del brazo y fortaleza.

Era el orden así, que acometiendo
La plaza, al tiempo del herir volviesen
Las espaldas los bárbaros huyendo,
Porque dentro los nuestros se metiesen,
Y algunos por defuera revolviendo,
Antes que los cristianos se advirtiesen
Ocuparles las puertas del cercado,
Y combatir allí á campo cerrado.

Con tal ardid los indios aguardaban
A la gente española que venia,
Y en viéndola asomar la saludaban
Alzando una terrible vocería:
Soberbios desde allí la amenazaban
Con audacia, desprecio y bizarría;
Quién la fornida pica blandeando,
Quién la maza ferrada levantando.

Como toros que van á ser lidiados,
Cuando aquellos que cerca los desean
Con silbos y rumor de los tablados
Seguros del peligro los torean,
Y en su daño los hierros amolados,
Sin miedo amenazándolos blandean:
Así la gente bárbara araucana
Del muro amenazaba á la cristiana.

Los españoles siempre con semblante
De parecerles poca aquella caza,
Paso á paso caminan adelante
Pensando de allanar la fuerte plaza,
En alta voz diciendo: «No es bastante
El muro, ni la pica y dura maza
A estorbaros la muerte merecida
Por la gran desvergüenza cometida.»

Llegados de la fuerza poco trecho,
Reconocida bien por cada parte,
Pónenle el rostro, y sin torcer derecho
Asaltan el fosado baluarte:
Por acabado tienen aquel hecho;
De los bárbaros huye la mas parte;
Ganan las puertas francas con gran gloria
Cantando en altas voces la vitoria.

No hubiera relacion deste contento,
Si los primeros indios aguardaran
Tanto espacio y sazon cuanto un momento,
Que las puertas los últimos tomaran;
Mas viéndolos entrar, sin sufrimiento
Ni poderse abstener, luego reparan,
Haciendo la señal que no debian,
Hicieron revolver los que huian.

Como corre el caballo cuando ha olido
Las yeguas que atrás quedan y querencia,
Que allí el intento inclina y el sentido,
Gime y relincha con celosa ausencia,
Afloja el curso, atrás tiende el oido
Alerto á si el señor le da licencia,
Que á dar la vuelta aun no le ha señalado
Cuando sobre los piés ha volteado:

De aquel modo los bárbaros huyendo
Con muestra de temor, aunque fingida,
Firman el paso presuroso, oyendo
La alegre y cierta seña conocida;
Y en contra de los nuestros esgrimiendo
La cruda espada al parecer rendida,
Vuelven con una furia tan terrible
Que el suelo retembló del son horrible.

Como por sesgo mar del manso viento
Siguen las graves olas el camino,
Y con furioso y recio movimiento
Salta el contrario coro repentino,
Que las arenas del profundo asiento
Las saca arriba en turbio remolino,
Y las inchadas olas revolviendo
Al tempestuoso coro van siguiendo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De la misma manera á nuestra gente,
Que el alcance sin término seguia,
La súbita mudanza de repente
Le turbó la vitoria y alegría;
Que sin se reparar violentamente
Por el mismo camino revolvia,
Resistiendo con ánimo esforzado
El número de gente aventajado.

Mas como un caudaloso rio de fama,
La presa y palizada desatando,
Por inculto camino se derrama
Los arraigados troncos arrancando,
Cuando con desfrenado curso brama
Cuanto topa delante arrebatando,
Y los duros peñascos enterrados
Por las furiosas aguas son llevados:

Con ímpetu y violencia semejante
Los indios á los nuestros arrancaron,
Y sin pararles cosa por delante
En furiosa corriente los llevaron,
Hasta que con veloz furor pujante
de la cerrada plaza los lanzaron:
Que el miedo de perder allí la vida
Les hizo el paso llano á la salida.

De mas priesa y con piés mas desenvueltos
Los sueltos españoles que á la entrada,
En una polvorosa nube envueltos
Salen del cerco estrecho y palizada:
Entre ellos van los bárbaros revueltos
Una gente con otra amontonada,
Que sin perder un punto se herian
De manos y de piés como podian.

No el alzado antepecho y agujeros
Que fuera dél en torno habia cavados,
Ni la fagina y suma de maderos
Con los fuertes bejucos amarrados,
Detuvieron el curso á los lijeros
Caballos, de los hierros hostigados,
Que como si volaran por el viento,
Salieron á lo llano en salvamento.

Los españoles sin parar corriendo
Libre la plaza á los contrarios dejan,
Que la fortuna próspera siguiendo
Con prestos piés y manos los aquejan;
Pero los nuestros el morir temiendo,
Siempre alargan el paso, y mas se alejan,
Deteniendo á las veces flojamente
La gran furia y pujanza de la gente.

Bien una legua larga habian corrido
A toda furia por la seca arena,
Solo Lautaro no los ha seguido,
Lleno de enojo y de rabiosa pena:
Viendo el poco sustento del mal regido
Campo, tan recio el rico cuerno suena
Que los mas delanteros lo sintieron
Y al son sin mas correr se retrujeron.

Estaba así impaciente y enojado,
Que mirarle á la cara nadie osaba,
Y al pabellon él solo retirado
Un nuevo edicto publicar mandaba:
Que guerrero ninguno fuese osado
Salir un paso fuera de la cava,
Aunque los españoles revolviesen
Y mil veces el fuerte acometiesen.

Después llamando á junta á los soldados
Aunque ardiendo en furor, templadamente
Les dice: «Amigos, vamos engañados,
Si con tan poco número de gente
Pensamos allanar los levantados
Muros de una ciudad así eminente;
La industria tiene aquí mas fuerza y parte,
Que la temeridad del fiero Marte.

»Esta los fieros ánimos reprime,
Y á los flacos y débiles esfuerza,
Las cervices indómitas oprime,
Y las hace domésticas por fuerza;
Esta el honor y pérdidas redime,
Y la sazon á usar della nos fuerza;
Que la industria solícita y fortuna
Tienen conformidad y andan á una.

»Cumple partir de aquí muestras haciendo
Que solo de temor nos retiramos,
Y asegurar los españoles viendo
Cómo el honor y campo les dejamos;
Que después á su tiempo revolviendo
Haremos lo que así dificultamos,
Teniendo ellos el llano, y por guarida
Vecina la ciudad fortalecida.»

El hijo de Pillán esto decia,
Cuando asomaba el bando castellano
Que con esfuerzo nuevo y osadía
Quiere probar segunda vez la mano:
Fué tanto el alboroto y alegría
De los bárbaros, viendo por el llano
Aparecer los nuestros, que al momento
Gritan y baten palmas de contento.

En esto, los cristianos acercando
Poco á poco se van á la batalla;
Y al justo tiempo del partir llegando
Dejan irse á la bárbara canalla,
Que uno la maza en alto, otro bajando
La pica, el cuerpo exento en la muralla
Con animoso esfuerzo se mostraban,
Y al ejercicio bélico incitaban.

Unos acuden á las anchas puertas
Y comienzan allí el combate duro,
De escudos las cabezas bien cubiertas
Se llegan otros al guardado muro,
Otros buscan por partes descubiertas
La subida y el paso mas seguro:
Hínche el bando español la cava honda,
Y el araucano el muro á la redonda.

Pero el pueblo español con osadía,
Cubierto de fortísimos escudos,
La lluvia de los tiros resistia
Y los botes de lanzas muy agudos:
Era tanta la grita y armonía,
Y el espeso batir de golpes crudos,
Que Maule el raudo curso refrenaba
Confuso al son que en torno rimbombaba.

Por las puertas, y frente y por los lados,
El muro se combate y se defiende;
Allí corren con priesa amontonados
Adonde mas peligro haber se entiende;
Allí con prestos golpes esforzados
A su enemigo cada cual ofende
Con furia tan terrible y fuerza dura,
Que poco importa escudo ni armadura.

Los nuestros acia atrás se retrujeron
De los tiros y golpes impelidos
Tres veces, y otras tantas revolvieron
De vergonzosa cólera movidos:
Gran pieza á la fortuna resistieron,
Mas ya todos andaban mal heridos,
Flacos, sin fuerza, lasos, desangrados,
Y de sangre los hierros colorados.

El coraje y la cólera es de suerte
Que va en aumento el daño y la crueza;
Hallan los españoles siempre el fuerte
Mas fuerte y en los golpes mas dureza;
Sin temor acometen de la muerte,
Pero poco aprovecha esta braveza:
Que el que menos herido y flaco andaba
Por seis partes la sangre derramaba.

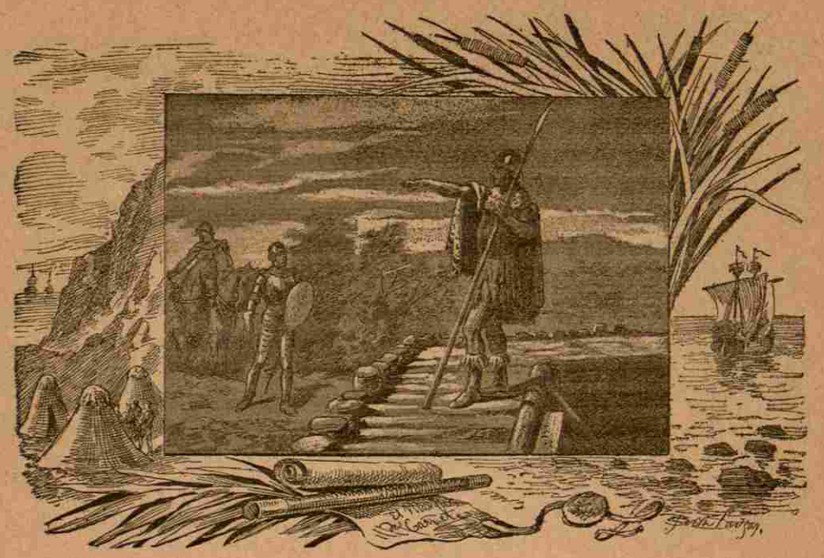
Hasta la gente bárbara se espanta
De ver lo que los nuestros han sufrido
De espesos golpes, flecha y piedra tanta
Que sin cesar sobre ellos ha llovido,
Y cuán determinados y con cuánta
Furia tres veces han acometido:
Desto los enemigos impacientes
Apretaban los puños y los dientes.

Y como tempestad que jamás cesa,
Antes que va en furioso crecimiento
Cuando la congeladá piedra espesa
Hiere los techos y se esfuerza el viento:
Así los duros bárbaros apriesa,
Movidos de vergüenza y corrimiento,
Con lanzas, dardos, piedras arrojadas
Baten dargas, rodelas y celadas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los cansados cristianos no pudiendo
Sufrir el gran trabajo incomportable,
Se van forzosamente retrayendo
Del vano intento y plaza inespugnable,
Y el destrozado campo recogiendo:
Vista su suerte y hado miserable,
Por el mesmo camino que vinieron,
Aunque con menos furia, se volvieron.

Aquella noche al pié de una montaña
Vinieron á tener su alojamiento,
Segura de enemigos la campaña,
Que ninguno salió en su seguimiento.
Decir prometo la cautela estraña
De Lautaro después, que ahora me siento
Flaco, cansado, ronco, y entre tanto
Esforzaré la voz al nuevo canto.



CANTO XII

Recogido Lautaro en su fuerte no quiere seguir la vitoria por entretener á los españoles. Pasa ciertas razones con él Marcos Vaez, por las cuales Pedro de Villagrán viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Cañete á la ciudad de los Reyes en el Pirú.

Virtud difícil y difícil prueba
Es guardar el secreto peligroso,
Que la dificultad bien claro prueba
Cuánto es sano, seguro y provechoso,
Y el poco fruto y mucho mal que lleva
El vicio inútil del hablar dañoso:
Ejemplo los de Líbico homicidas
Y otros que les costó el hablar las vidas.

De los vicios el menos de provecho,
Y por donde mas daño á veces viene,
Es el no retener el fácil pecho
El secreto hasta el tiempo que conviene:
Rompe y deshace al fin todo lo hecho,
Quita la fuerza que la industria tiene,
Guerra, furor, discordia, fuego enciende,
Al propio dueño y al amigo vende.

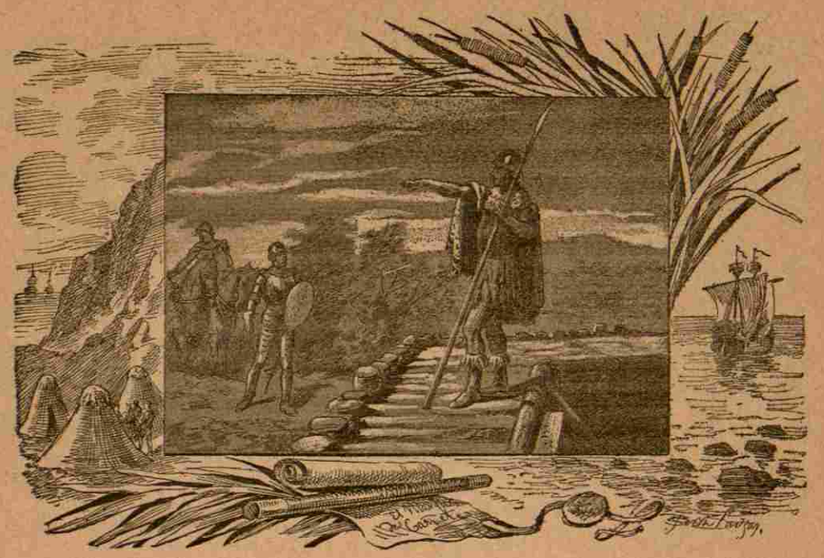
Veránse por los ojos y escrituras
En los presentes tiempos y pasados
Crüeldades, ruïnas, desventuras,
Infamias, puniciones de pecados,
Grandes yerros en grandes coyunturas,
Pérdidas de personas y de estados:
Todo por no sufrir el indiscreto
La peligrosa carga del secreto.

Por esto el sabio hijo de Pillano
La causa á sus soldados encubria
De no dejar salir gente á lo llano,
Siguiendo la vitoria de aquel dia;
Y el retirado campo castellano
Seguro á paso largo por la via,
Como dije, la furia quebrantada,
Toma de la ciudad la vuelta usada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los cansados cristianos no pudiendo
Sufrir el gran trabajo incomportable,
Se van forzosamente retrayendo
Del vano intento y plaza inespugnable,
Y el destrozado campo recogiendo:
Vista su suerte y hado miserable,
Por el mesmo camino que vinieron,
Aunque con menos furia, se volvieron.

Aquella noche al pié de una montaña
Vinieron á tener su alojamiento,
Segura de enemigos la campaña,
Que ninguno salió en su seguimiento.
Decir prometo la cautela estraña
De Lautaro después, que ahora me siento
Flaco, cansado, ronco, y entre tanto
Esforzaré la voz al nuevo canto.



CANTO XII

Recogido Lautaro en su fuerte no quiere seguir la vitoria por entretener á los españoles. Pasa ciertas razones con él Marcos Vaez, por las cuales Pedro de Villagrán viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Cañete á la ciudad de los Reyes en el Pirú.

Virtud difícil y difícil prueba
Es guardar el secreto peligroso,
Que la dificultad bien claro prueba
Cuánto es sano, seguro y provechoso,
Y el poco fruto y mucho mal que lleva
El vicio inútil del hablar dañoso:
Ejemplo los de Líbico homicidas
Y otros que les costó el hablar las vidas.

De los vicios el menos de provecho,
Y por donde mas daño á veces viene,
Es el no retener el fácil pecho
El secreto hasta el tiempo que conviene:
Rompe y deshace al fin todo lo hecho,
Quita la fuerza que la industria tiene,
Guerra, furor, discordia, fuego enciende,
Al propio dueño y al amigo vende.

Veránse por los ojos y escrituras
En los presentes tiempos y pasados
Crüeldades, ruïnas, desventuras,
Infamias, puniciones de pecados,
Grandes yerros en grandes coyunturas,
Pérdidas de personas y de estados:
Todo por no sufrir el indiscreto
La peligrosa carga del secreto.

Por esto el sabio hijo de Pillano
La causa á sus soldados encubria
De no dejar salir gente á lo llano,
Siguiendo la vitoria de aquel dia;
Y el retirado campo castellano
Seguro á paso largo por la via,
Como dije, la furia quebrantada,
Toma de la ciudad la vuelta usada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Usar Lautaro desta maña, entiendo
Que fuese para algun sagaz intento,
E cual por conjeturas comprehendo
Ser de gran importancia y fundamento:
Dejado esto á su tiempo, y revolviendo
A los nuestros que así del fuerte asiento
Se alejan, á tres leguas otro dia
Hicieron alto, asiento y ranchería.

Dos dias los españoles estuvieron
Haciendo de los bravos, aguardando;
Pero jamás los bárbaros vinieron,
Ni gente pareció del otro bando.
Al fin dos de los nuestros se atrevieron
A ver el fuerte, y cerca dél llegando,
Oyeron una voz alta del muro
Diciéndoles: «Llegaos que os doy seguro.»

Al uno por su nombre lo llamaba
Con el cierto seguro prometido,
El cual dejando al otro, se llegaba
Por conocer quién era el atrevido:
Llegado el español junto á la cava,
El de la voz fué luego conocido,
Que era el gallardo hijo de Pillano,
Tratado dél un tiempo como hermano.

Estaba de un lustroso peto armado
Con sobrevista de oro guarnecida,
En una gruesa pica recostado
Por el ferrado regaton asida;
El ancho y duro hierro colorado,
Y de sangre la media hasta teñida,
Puesta de limpio acero una celada,
Abierta por mil partes y abollada.

Llegado el español donde podia
Hablarle y entenderle claramente,
El bizarro Lautaro le decia:
«Marcos, de tí me espanto estrañamente
Y de esa tu inorante compañía,
Que sin razon y seso ciegamente
Penseis así de mi opinion mudarme,
Y ser bastantes todos á enojarme.

»¿Qué intento os mueve, ó qué furor insano,
Que así quereis tiranizar la tierra?
¿No veis que todo agora está en mi mano,
El bien vuestro y el mal, la paz, la guerra?
¿No veis que el nombre y crédito araucano
Los levantados ánimos atierra,
Que solo el son al mundo pone miedo,
Y quebranta las fuerzas y el denuedo?

»En los pueblos no fuistes poderosos
De defender las propias posesiones,
Que es cosa que aun los pájaros medrosos
Hacen rostro en su nido á los leones;
¿Y en los desiertos campos pedregosos
Pensais de sustentar los pabellones
En tiempo que estais mas amedrentados,
Y mas vuestros contrarios animados?

»Es á mi parecer loca osadía
Querer contra nosotros sustentaros;
Pues ni por arte, maña, ni otra via
Podeis en nuestro daño aprovecharos.
Si lo quereis llevar por valentía,
Baste el presente estrago á escarmentaros,
Que fresca sangre aun vierten las heridas,
Y della aquí las yerbas veo teñidas.

»Pues dejar yo jamás de perseguiros,
Segun que lo juré, será escusado;
Hasta dentro en España he de seguiros,
Que así lo he prometido al gran senado;
Mas si quereis en tiempo reduciros
Haciendo lo que aquí os será mandado,
Saldré de la promesa y juramento,
Y vosotros saldreis de perdimiento:

»Treinta mujeres vírgenes apuestas
Por tal concierto habeis de dar cada año,
Blancas, rubias, hermosas, bien dispuestas,
De quince años á veinte sin engaño:
Han de ser españolas, y tras estas
Treinta capas de verde y fino paño,
Y otras treinta de púrpura tejidas,
Con fino hilo de oro guarnecidas.

»También doce caballos poderosos,
Nuevos y ricamente enjaezados,
Domésticos, lijeros y furiosos,
Debajo de la rienda concertados;
Y seis diestros lebreles animosos
En la caza me habeis de dar cebados:
Este solo tributo estorbaria
Lo que estorbar el mundo no podria.»

Atento el castellano le escuchaba
Estando de la plática gustoso;
Mas cuando á estas razones allegaba,
No pudo aquí tener ya mas reposo;
Así impaciente al bárbaro atajaba,
Diciéndole: «No estés tan orgulloso,
Que las parias que pides, ó Lautaro,
Te costarán, si esperas, presto caro.

»En pago de tu loco atrevimiento,
Te darán españoles por tributo
Cruda muerte con áspero tormento,
Y Arauco cubrirán de eterno luto.»
Lautaro dijo: «Es eso hablar al viento;
Sobre ello, Marcos, mas yo no disputo,
Las armas, no la lengua, han de tratarlo,
Y la fuerza y valor determinarlo.

»Libre puedes decir lo que quisieres,
Como aquel que seguro le está dado,
Que tú después harás lo que pudieres,
Y yo podré hacer lo que he jurado:
Tratemos de otras cosas de placeres,
Quede para su tiempo comenzado,
Y quiérote mostrar, pues tiempo hallo,
Una lucida escuadra de á caballo.

»Que para que no andeis tan al seguro,
Acuerdo de tener también caballos,
Y de imponer mis súbditos procuro
A saberlos tratar, y gobernallos.»
Esto dijo Lautaro, y desde el muro
A seis dispuestos mozos sus vasallos
Mandó que en seis caballos cabalgasen,
Y por delante dél los paseasen.

Por las dos puentes á la voz caladas
Salieron á caballo seis chilcanos,
Pintadas y anchas dargas embrazadas,
Gruesas lanzas terciadas en las manos,
Vestidas fuertes cotas, y tocadas
Las cabezas al modo de africanos,
Mantos por las caderas derribados,
Los brazos hasta el codo remangados:

Y con airosa muestra por delante
Del atento español dos vueltas dieron,
Pero ni de su puesto y buen semblante
Punto que se notase le movieron.
Antes con muestra y ánimo arrogante,
En alta voz, que todos lo entendieron
(Que el muro estaba ya lleno de gente),
Habló así con Lautaro libremente.

«En vano, ó capitán, cierto trabaja
Quien pretende con fieros espantarme;
No estimo lo que ves en una paja,
Ni alardes pueden punto amedrentarme;
Y por mostrar si temo la ventaja,
Yo solo con los seis quiero probarme,
Do verás que á seis mil seré bastante:
Vengan luego á la prueba aquí delante.»

Lautaro respondió: «Marcos, si mueres
Tanto por nos mostrar tu fuerza y brio,
El mínimo que dellos escogieres
A pié vendrá contigo en desafío,
Del modo y la manera que quisieres:
Elige armas y campo á tu albedrío,
Ora con ellas, ora desarmados,
A puños, coces, uñas y á bocados.»

El español le dijo: «Yo te digo
Que mi honor en tal caso no consiente
Darles uno por uno su castigo,
Porque jamás se diga entre la gente
Que cuerpo á cuerpo bárbaro conmigo
En campo osase entrar singularmente:
Por tanto, si no quieres lo que pido,
No quiero yo acetar otro partido.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No vinieron en esto á concertarse;
Después por otras cosas discurrieron;
Pero llegado el tiempo de apartarse
Del bárbaro, los dos se despidieron:
Vueltos á su camino, oyen llamarse,
Y á la voz conocida revolvieron,
Que era el mesmo Lautaro quien llamaba,
Diciendo: «Una razon se me olvidaba.

»Tengo mi gente triste y afligida,
Con gran necesidad de bastimento,
Que me falta del todo la comida
Por orden mala y poco regimiento:
Pues la teneis de sobra recogida,
Haced un liberal repartimiento,
Proveyéndonos della, que á mi cuenta
Mas la gloria y honor vuestro acrecienta.

»Que en el ínclito estado es uso antiguo,
Y entre buenos soldados ley guardada,
Alimentar la fuerza al enemigo
Para solo oprimirle por la espada:
Estad, Marcos, atento á lo que digo,
Y entended que será cosa loada,
Que digan que las fuerzas sojuzgastes,
Que para mayor triunfo alimentastes.

»Que se llame vitoria, yo lo dudo
Cuando el contrario á tal estremo viene,
Que en aquello que nunca el valor pudo
La hambre miserable poder tiene;
Y al fuerte brazo indómito y membrudo
Lo debilita, doma y lo detiene,
Y así por bajo modo y estrecheza,
Viene á parecer fuerte la flaqueza.»

Era, señor, su intento que pensase
Ser la necesidad (fingida) cierta,
Para que nuestra gente se animase
De industria abriendo aquella falsa puerta;
Y con esto inducirla á que esperase,
Teniendo así su astucia mas cubierta,
Hasta que el fin llegase deseado
Del cauteloso engaño fabricado.

Marcos de las palabras conmovido
Le dice: «Yo prometo de intentallo
Por solo esas razones que has movido,
Y hacer todo el poder en procurallo.»
Habiéndose con esto despedido,
Revolviendo las riendas al caballo,
El y su compañero caminaron
Hasta que al español campo llegaron.

De todo al punto Villagrá informado
Cuanto á Marcos Lautaro dicho habia,
Sospechoso, confuso y admirado
De ver que bastimentos le pedia:
Era sagaz, celoso, y recatado;
Revolviendo la presta fantasía
Los secretos designios comprehende,
Y el peligroso estado y trance entiende.

Y en el presto remedio resoluto,
Cuando el mundo se muestra mas escuro
Sin tocar trompa, del peligro instruto,
Toma el camino á la ciudad seguro,
Maravillado del ardid astuto.
Pero de nuestra gente ahora no curo,
Que quiero antes decir el modo estraño
De la ingeniosa astucia y nuevo engaño.

Aun no era bien la nueva luz llegada,
Cuando luego los bárbaros supieron
La súbita partida y retirada,
Que no con poca muestra lo sintieron;
Viendo claro que al fin de la jornada,
Por un espacio breve no pudieron
Hacer en los cristianos tal matanza
Que nadie dellos mas tomara lanza.

Que aquel sitio cercado de montaña,
Que es un bajo y recogido llano,
De acequias copiosísimas se baña
Por zanjas con industria hechas á mano:
Rotas al nacimiento, la campaña
Se hace en breve un lago y gran pantano;
La tierra es honda, floja, anegadiza,
Hueca, falsa, esponjada y movediza.

Quedaran, si las zanjas se rompieran,
En agua aquellos campos empapados,
Moverse los caballos no pudieran
En pegajosos lodos atascados:
Adonde si aguardaran los cogieran,
Como en liga á los pájaros cebados,
Que ya Lautaro con despacho presto
Habia en ejecucion el ardid puesto.

Triste por la partida y con despecho
La fuerza desampara el mismo dia,
Y el camino de Arauco mas derecho
Marcha con su escuadron de infantería:
Revuelve y traza en el cuidoso pecho
Diversas cosas, y en ninguna habia
El consuelo y disculpa que buscaba,
Y entre sí razonando suspiraba,

Diciendo: «¿Qué color puede bastarme
Para ser desta culpa reservado?
¿No pretendí yo mucho de encargarme
De cosa que me deja bien cargado?
¿De quién sino de mí puedo quejarme,
Pues todo por mi mano se ha guiado?
¿Soy yo quien prometió en un año solo
De conquistar del uno al otro polo?

»Mientras que yo con tan lucida gente
Ver el muro español aun no he podido,
La luna ya tres veces frente á frente
Ha visto nuestro campo mal regido,
Y el carro de Faeton resplandeciente
Del Escorpio al Acuario ha discurrido,
Y al fin damos la vuelta mal tratados
Con pérdida de mas de cien soldados.

»Si con morir tuviese confianza
Que una vergüenza tal se colorase,
Haria á mi inútil brazo que esta lanza
El débil corazon me atravesase;
Pero daria de mí mayor venganza
Y gloria al enemigo, si pensase
Que temí mas su brazo poderoso
Que el flaco mio, cobarde y temeroso.

»Yo juro al infernal poder eterno,
Si la muerte en un año no me atierra,
De echar de Chile el español gobierno
Y de sangre empapar toda la tierra:
Ni mudanza, calor, ni crudo invierno
Podrán romper el hilo de la guerra,
Y dentro del profundo reino escuro
No se verá español de mí seguro.»

Hizo también solene juramento
De no volver jamás al nido caro,
Ni del agua, del sol, sereno y viento
Ponerse á la defensa ni al reparo;
Ni de tratar en cosas de contento
Hasta que el mundo entienda de Lautaro,
Que cosa no emprendió dificultosa
Sin darla con valor salida honrosa.

En esto le parece que aflojaba
La cuerda del dolor, que á veces tanto
Con grave y dura afrenta le apretaba,
Que de perder el seso estuvo á canto;
Así el feroz Lautaro caminaba;
Y al fin de tres jornadas, entre tanto
Que el esperado tiempo se avecina,
Se aloja en una vega á la marina.

Junto adonde con recio movimiento
Baja de un monte Itata caudaloso,
Atravesando aquel umbroso asiento
Con sesgo curso, grave y espacioso:
Los árboles provocan á contento,
El viento sopla allí mas amoroso
Burlando con las tiernas florecillas
Rojas, azules, blancas y amarillas.

Siete leguas de Penco justamente
Es esta deleitosa y fértil tierra,
Abundante, capaz y suficiente
Para poder sufrir gente de guerra:
Tiene cerca á la banda del oriente
La grande cordillera y alta sierra,
De donde el raudo Itata apresurado
Baja á dar su tributo al mar salado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fué un tiempo de españoles; pero habia
La prometida fe ya quebrantado,
Viendo que la fortuna parecia
Declarada de parte del estado;
El cual veinte y dos leguas contenia:
Este era su distrito señalado;
Pero tan grande crédito alcanzaba,
Que toda la nacion le respetaba.

Los españoles ánimos brïosos
Este los puso humildes por el suelo;
Este los bajos, tristes y medrosos
Hace que se levanten contra el cielo;
Y los estraños pueblos poderosos
De miedo deste viven con recelo:
Los remotos vecinos y estranjeros
Se rinden y someten á sus fueros.

Pues la flor del estado deseando
Estaba al tardo tiempo en esta vega,
Tardo para quien gusto está esperando,
Que al que no espera bien, bien presto llega;
Pero el tiempo y sazon apresurando,
A sus valientes bárbaros congrega;
Y antes que se metiesen en la via,
Estas breves razones les decia:

«Amigos, si entendiese que el deseo
De combatir sin otro miramiento,
Y la fogosa gana que en vos veo
Fuese de la vitoria el fundamento;
Hágoos saber de mí, que cierto creo
Estar en vuestra mano el vencimiento,
Y un paso atrás volver no me hiciera,
Si el mundo sobre mí todo viniera.

»Mas no es solo con ánimo adquirida
Una cosa difícil y pesada:
¿Qué aprovecha el esfuerzo sin medida,
Si tenemos la fuerza limitada?
Mas esta, aunque con límite, regida
Por industrioso ingenio y gobernada,
De duras y de muy dificultosas
Hace llanas y fáciles las cosas.

»¿Cuántos vemos el crédito perdido
En afrentoso y mísero destierro,
Por solo haber sin término ofrecido
El pecho osado al enemigo hierro?
Que no es valor, mas antes es tenido
Por loco, temerario y torpe yerro:
Valor es ser al orden obediente,
Y locura sin orden ser valiente.

»Como en este negocio y gran jornada
Con tanto esfuerzo así nos destruimos,
Fué porque no miramos jamás nada,
Sino al ciego apetito á quien seguimos:
Que á no perder por furia anticipada
El tiempo y coyuntura que tuvimos,
No quedara español, ni cosa alguna
A la disposicion de la fortuna.

»Si al entrar de la fuerza reportados
Allí algun sufrimiento se tuviera,
Fueran vuestros esfuerzos celebrados,
Pues ningun enemigo se nos fuera;
En la ciudad estaban descuidados:
Con la gente que andaba por defuera
Hiciéramos un hecho y una suerte,
Que no la consumieran tiempo y muerte.

»Pero quiero poneros advertencia,
Que habeis por la razon de gobernaros,
Haciendo al movimiento resistencia
Hasta que la sazon venga á llamaros;
Y no salirme un punto de obediencia,
Ni á lo que os mandare adelantaros:
Que en el inobediente y atrevido
Haré ejemplar castigo nunca oido.

»Y pues volvemos ya donde se muestra
Nuestro poco valor, por mal regidos,
En fe que habeis de ser (alzo la diestra)
En el primer honor restituidos,
O el campo regará la sangre nuestra,
Y habemos de quedar en él tendidos
Por pasto de las brutas bestias fieras,
Y de las sucias aves carniceras.»

Con esto fué la plática acabada,
Y la trompeta á levantar tocando,
Dieron nuevo principio á su jornada
Con la usada presteza caminando.
Yendo así, al descubrir de una ensenada
Por Martaquino á la derecha entrando,
Un bárbaro encontraron por la via
Que del pueblo les dijo que venia.

Este les afirmó con juramento
Que en Mapochó se sabe su venida,
Ora les dió la nueva della el viento,
Ora de espías solícitas sabida;
También que de copioso bastimento
Estaba la ciudad ya prevenida
Con defensas, reparos, provisiones,
Pertrechos, aparatos, municiones.

Certificado bien Lautaro desto
Muda el primer intento que traia
Viendo ser temerario presupuesto
Seguirle con tan poca compañía:
Piensa juntar mas gentes, y de presto
Un fuerte asiento que en el valle habia,
Con ingenio y cuidado diligente
Comienza á reforzarle nuevamente.

Con la priesa que dió dentro metido,
Y ser dispuesto el sitio y reparado,
Fué en breve aquel lugar fortalecido,
De foso y fuerte muro rodeado:
Gente á la fama desto habia acudido
Codiciosa del robo deseado.
Forzoso me es pasar de aquí corriendo,
Que siento en nuestro pueblo un gran estruendo.

Sábese en la ciudad por cosa cierta
Que á toda furia el hijo de Pillano,
Guiando un escuadron de gente esperta,
Viene sobre ella con armada mano:
El súbito temor puso en alerta
Y confusion al pueblo castellano;
Mas la sangre que el miedo helado habia
De un ardiente coraje se encendia.

A las armas acuden los brïosos,
Y aquellos que los años agravaban
Con industrias y avisos provechosos
La tierra y partes flacas reparaban:
Tras estos treinta mozos animosos,
Y un astuto caudillo se aprestaban,
Que con algunos bárbaros amigos
Fuesen á descubrir los enemigos.

Villagrán á la sazon no residia
En el pueblo español alborotado,
Que para la Imperial partido habia
Por camino de Arauco desviado:
Mas ya con nueva gente revolvia,
Y junto de do el bárbaro cercado
De gruesos troncos y fagina estaba,
Sin saberlo, una noche se alojaba.

Cuando la alegre y fresca aurora vino,
Y él la nueva jornada comenzaba,
Al calar de una loma en el camino
Un comarcano bárbaro encontraba;
El cual le dió la nueva del vecino
Campo, y razon de cuanto en él pasaba,
Que todo bien el mozo lo sabia,
Como aquel que á robar de allá venia.

Entendió el español del indio cuanto
El bárbaro enemigo determina,
Y cómo allega gentes entre tanto
Que el oportuno tiempo se avecina:
No puso á los cautenes esto espanto;
Y mas cuando supieron que vecina
Venia también la gente nuestra armada,
Que dellos aun no estaba una jornada.

Villagrán le pregunta, si podria
Ganar al Araucano la albarrada:
Sonriéndose el indio respondia
Ser cosa de intentar bien escusada,
Por el reparo y sitio que tenia,
Y estar por las espaldas abrigada
De una tajada peñascosa sierra
Que por aquella parte el fuerte cierra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Díjole Villagrán: «Yo determino
Por esa relacion tuya guiarme,
Y abrir por la montaña alta el camino,
Que quiero á cualquier cosa aventurarme;
Y si donde está el campo lautarino
En una noche puedes tú llevarme,
Del trabajo serás gratificado,
Y al fuego, si me mientes, entregado.»

Sin temor dice el bárbaro; «Yo juro
En menos de una noche de llevarte
Por difícil camino, aunque seguro;
Desta palabra puedes confiarte:
De Lautaro después no te aseguro,
Ni tu gente y amigos serán parte
A que si vais allá, no os coja á todos,
Y os dé civiles muertes de mil modos.»

No le movió el temor que le ponia
A Villagrán el bárbaro guerrero,
Que visto cuán sin miedo se ofrecia,
Le pareció de trato verdadero;
Y á la gente del pueblo que venia
Despacha un diligente mensajero,
Para que con la priesa conveniente
Con él venga á juntarse brevemente.

Pues otro dia allí juntos se dejaron
Ir por do quiso el bárbaro guïallos,
Y en la cerrada noche no cesaron
De afligir con espuelas los caballos.
Después se contará lo que pasaron,
Que cumple por agora aquí dejallos
Por decir la venida en esta tierra
De quien dió nuevas fuerzas á la guerra.

Hasta aquí lo que en suma he referido,
Yo no estuve, señor, presente á ello,
Y así de sospechoso no he querido
De parciales intérpretes sabello:
De ambas las mismas partes lo he aprendido,
Y pongo justamente solo aquello
En que todos concuerdan y confieren,
Y en lo que en general menos difieren.

Pues que en autoridad de lo que digo
Vemos que hay tanta sangre derramada,
Prosiguiendo adelante, yo me obligo
Que irá la historia mas autorizada:
Podré ya discurrir como testigo
Que fuí presente á toda la jornada,
Sin cegarme pasion, de la cual huyo,
Ni quitar á ninguno lo que es suyo.

Pisada en esta tierra no han pisado
Que no haya por mis piés sido medida,
Golpe ni cuchillada no se ha dado
Que no diga de quién es la herida:
De las pocas que dí estoy disculpado,
Pues tanto por mirar embebecida
Truje la mente en esto y ocupada,
Que se olvidaba el brazo de la espada.

Si causa me incitó á que yo escribiese
Con mi pobre talento y torpe pluma,
Fué que tanto valor no pereciese,
Ni el tiempo injustamente lo consuma;
Que el mostrarme yo sabio me moviese,
Ninguno que lo fuere lo presuma:
Que cierto bien entiendo mi pobreza,
Y de las flacas sienes la estrecheza.

De mi poco caudal bastante indicio
Y testimonio aquí patente queda:
Va la verdad desnuda de artificio
Para que mas segura pasar pueda;
Pero si fuera desto lleva vicio,
Pido que por merced se me conceda,
Se mire en esta parte el buen intento,
Que es solo de acertar y dar contento.

Que aunque la barba el rostro no ha ocupado,
Y la pluma á escribir tanto se atreve,
Que de crédito estoy necesitado,
Pues tan poco á mis años se le debe:
Espero que será, señor, mirado
El celo justo y causa que me mueve,
Y esto y la voluntad se tome en cuenta
Para que algun error se me consienta.

Quiero dejar á Arauco por un rato,
Que para mi discurso es importante
Lo que forzado aquí del Pirú trato,
Aunque de su comarca es bien distante:
Y para que se entienda mas barato
Y con facilidad lo de adelante,
Si Lautaro me deja, diré en breve
La gente que en su daño ahora se mueve.

El marqués de Cañete era llegado
A la ciudad insigne de los Reyes,
De Carlos quinto máximo enviado
A la guarda y reparo de sus leyes:
Este fué por sus partes señalado
Para virey, de donde dos vireyes
Por los rebeldes brazos atrevidos
Habian sido á la muerte conducidos.

Oliendo el virey nuevo las pasiones
Y maldades por uso introducidas;
El ánimo dispuesto á alteraciones
En leal apariencia entretejidas;
Los agravios, insultos y traiciones
Con tanta desvergüenza cometidas;
Viendo que aun el tirano no hedía,
Que aunque muerto de fresco se bullía:

Entró como sagaz y receloso,
No mostrando el cuchillo y duro hierro,
Que fuera en aquel tiempo peligroso,
Y dar con hierro en un notable yerro;
Mostrándose benigno y amoroso,
Trayéndoles la mano por el cerro
Hasta tomar el paso á la malicia
Y dar mas fuerza y mano á la justicia.

En tanto que las cosas disponia,
Para limpiar del todo las maldades,
Quitando las justicias, las ponia
De su mano por todas las ciudades:
Estas eran personas, que entendia
Haber en ellas justas calidades,
De Dios, del rey, del mundo temerosas,
En semejantes cargos provechosas.

Entretenia la gente y sustentaba
Con son de un general repartimiento,
Y el mas culpado mas premio esperaba
Fundado en el pasado regimiento:
El marqués entre tanto se informaba
Llevando deste error diverso intento,
Que no solo dió pena á los culpados,
Mas renovó los yerros perdonados.

Pues cuando con el tiempo ya pensaron
Que estaban sus insultos encubiertos,
En público pregon se renovaron
Y fueron con castigo descubiertos:
Que casi en los mas pueblos que pecaron
Amanecieron en un tiempo muertos
Aquellos que con mas poder y mano
Habian seguido el bando del tirano.

No condeno, señor, los que murieron,
Pues fueron perdonados y admitidos
Cuando á vuestro servicio en sazon fueron
Y en importante tiempo reducidos;
Quedando los errores que tuvieron
A vuestra gran clemencia remitidos:
De vos solo, señor, es el juzgarlos,
Y el poderlos salvar ó condenarlos.

Dar mi decreto en esto yo no puedo,
Que siempre en casos de honra lo rehuso:
Solo digo el terror y estraño miedo
Que en la gente soberbia el marqués puso
Con el castigo á la sazon acedo,
Dejando el reino atónito y confuso,
Del temerario hecho tan dudoso,
Que aun era imaginarlo peligroso.

A quien hallaba culpa conocida
Del Pirú le destierra en penitencia,
Que es entre ellos la afrenta mas sentida,
Y que mas examina la paciencia;
El justo, de ejemplar y llana vida,
Temeroso escudriña la conciencia,
Viendo el rigor de la justicia airada
Que ya desenvainado habia la espada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y algunos capitanes y soldados
Que con lustre sirvieron en la guerra,
Y esperaban de ser gratificados
Conforme á los humores de la tierra,
Recelando tenerlos agraviados,
Del reino en son de presos los destierra,
Remitiendo las pagas á la mano
De rey tan poderoso y soberano.

Esto puso suspensa mas la gente;
La causa del destierro no sabiendo,
No entiende si es injusta ó justamente:
Solo sabe callar y estar tremiendo.
Teme la furia y el rigor presente,
Y á inquirir la razon no se atreviendo,
Tiende á cualquier rumor atento oido;
Mas no puede sentir mas del ruïdo.

Temor, silencio y confusión andaba;
Atónita la gente discurria;
Nadie la oculta causa preguntaba,
Que aun preguntar error le parecia;
Por saber uno á otro se miraba,
Y el mas sabio los hombros encogia,
Temiendo el golpe del furor presente
Movido al parecer por acidente.

Fué hecho tan sagaz, grande y osado,
Que pocos con razon le van delante;
Asaz en estos tiempos celebrado,
Y á los ánimos sueltos importante:
Por él quedó el Pirú atemorizado,
Temerario, rebelde y arrogante,
Y á la justicia el paso mas seguro
Con mayor esperanza en lo futuro.

Así enfrenó el Pirú con un bocado
Que no le romperá jamás la rienda,
Haciendo al ambicioso y alterado
Contentarse con sola su hacienda;
Y el bullicio y deseo desordenado
Le redujo á quietud y nueva enmienda:
Que poco lo mal puesto permanece,
Como por la esperiencia al fin parece.

Quien antes no esperaba estar contento
Con veinte ó treinta mil pesos de renta,
Enfrena de tal suerte el pensamiento
Que solo con la vida se contenta:
Despues hizo el marqués repartimiento
Entre los beneméritos de cuenta,
Para esforzar los ánimos caidos
Y dar mayor tormento á los perdidos.

Con ejemplos así, y acaecimientos,
Como vemos que tantos van errados,
Que sobre arena y frágiles cimientos
Fabrican edificios levantados:
Bien se muestran sus flacos fundamentos,
Pues por tierra tan presto derribados
Con afrentoso nombre y voz los vemos,
Huyendo su inficion cuanto podemos.

¡Oh vano error, oh necio desconcierto
Del torpe que con ánimo ignorante
No mira en el peligro y paso incierto
Las pisadas de aquel que va delante,
Teniendo á costa ajena ejemplo cierto,
Que el brazo del amigo mas constante
Ha de esparcir su sangre en su disculpa,
Lavando allí la espada de la culpa!

Quiero que esté algun tiempo falsamente
Sobre traidores hombros sostenido:
Que el viento que se mueva de repente
Le aflige, altera y turba aquel ruïdo.
¡Pues qué, cuando la voz del rey se siente!
No hay son tan duro y áspero al oido,
Que tiene solo el nombre fuerza tanta
Que los huesos le oprime y le quebranta.

Que le asome fortuna algun contento,
¡Con cuántos sinsabores va mezclado
Aquel recelo, aquel desabrimiento,
Aquel triste vivir tan recatado!
Traga el duro morir cada momento;
Témese del que está mas confiado:
Que la vida antes libre y amparada
Está sujeta ya á cualquiera espada.

Negando al rey la deuda y obediencia,
Se somete al mas mínimo soldado,
Poniendo en contentarle diligencia
Con gran miedo y solícito cuidado;
Y aquellos mas amigos en presencia
Las lanzas le enderezan al costado,
Y sobre la cabeza aparejadas
Le están amenazando mil espadas.

Cualquier rumor, cualquiera voz le espanta,
Cualquier secreto piensa que es negarle;
Si el brazo mueve alguno y lo levanta,
Piensa el triste que fué para matarle;
La soga arrastra, el lazo á la garganta;
¿Qué confianza puede asegurarle?
Pues mal el que negar al rey procura
Tendrá con un tirano fe segura.

Si no bastare verlos acabados
Tan presto, y que ninguno permanece,
Y los rollos y términos poblados
De quien tan justamente lo merece,
Bandos, casas, linajes estragados
Con nombre que los mancha y oscurece:
Baste la obligacion con que nacemos,
Que á nuestro rey y príncipe tenemos.

De un paso en otro paso voy saliendo
Del discurso y materia que seguia;
Pero aunque vaya ciego discurriendo
Por caminos mas ásperos sin guia,
Del encendido Marte el son horrendo
Me hará que atine á la derecha via.
Y así seguro desto y confiado
Me atrevo á reposar, que estoy cansado.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTO XIII

Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Pirú, llegan mensajeros de Chile á pedir socorro; el cual vista ser su demanda importante y justa, se le envía grande por mar y por tierra. También contiene al cabo este canto cómo Francisco de Villagrán guiado por un indio viene sobre Lautaro.

Dichoso con razon puede llamarse
Aquel que en los peligros arrojado,
Dellos sabe salir sin ensuciarse
Y libre de poder ser imputado:
Pero quien destos puede desviarse
Le tengo por mas bienaventurado;
Aunque el peligro afina lo perfeto,
Aquel que dél se aparta es el discreto.

Que muchas veces da la fantasía
En cosas que seguro nos promete,
Y un ánimo á salir con ellas cria
Que con temeridad las acomete;
Después en el peligro desvaría,
Y no acierta á salir de á do se mete:
Que la señora al siervo sometida
Pierde la fuerza y tino á la salida.

Vereis en el Pirú, que han procurado
Levantar el tirano y ayudarle,
Para solo mostrar después de alzado
La traidora lealtad en derribarle:
Y con designio y ánimo dañado
Le dan fuerza, y después viene á matarle
La espada infiel de la maldad autora,
Al rey y amigos pérfida y traidora.

Fraguan la guerra, atizan disensiones
En hábito leal, aunque engañoso,
Pensando de subir mas escalones
Por un áspero atajo y tropezoso:
Al cabo las malvadas intenciones
Vienen á fin tan malo y afrentoso
Como vereis, si bien mirais la guerra
Civil y alteraciones desta tierra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Deshechos pues del todo los ñublados
Por el audaz marqués y su prudencia,
Curando con rigor los alterados
Como quien entendió bien la dolencia,
En nombre de su rey á otros tocados
De aquel olor descubre la clemencia,
Que hasta allí del rigor cubierta estaba,
Con general perdon que los lavaba.

No el atrevido caso y espantoso
En el Pirú jamás acontecido,
Ni el ejemplar castigo riguroso
Que amansó el fiero pueblo, embravecido,
Fué en tal tiempo bastante y poderoso
De ensordecer el bárbaro ruïdo,
Y la voz araucana y clara fama
Que en aquellas provincias se derrama.

Nuevas por mar y tierra eran llegadas
Del daño y perdicion de nuestra gente,
Por las vitorias grandes y jornadas
Del araucano bárbaro potente:
Pidiendo las ciudades apretadas
Presuroso socorro y suficiente,
Haciendo relacion de cómo estaba,
Y de todas las cosas que pasaban.

Jerónimo Alderete, adelantado,
A quien era el gobierno cometido,
Hombre en estas provincias señalado,
Y en gran figura y crédito tenido;
Donde como animoso y buen soldado
Habia grandes trabajos padecido;
No pongo su proceso en esta historia
Que dél la general hará memoria:

Presente no se halla á tanta guerra,
Y á tales desventuras y contrastes;
Mas con vos, gran Felipe, en Inglaterra,
Cuando la Fe de nuevo allí plantastes,
Allí le diste cargo desta tierra,
De allí con gran favor le despachastes;
Pero cortóle el áspero destino
El hilo de la vida en el camino.

Fué su llorada muerte asaz sentida,
Y mas el sentimiento acrecentaba
Ver el gobierno y tierra tan perdida,
Que cada uno por sí se gobernaba:
Andaba la discordia ya encendida;
La ambicion del mandar se desmandaba:
Al fin es imposible que acaezca,
Que un cuerpo sin cabeza permanezca.

Aquellos que de Chile habian venido
A pedir el socorro necesario,
Viendo á su adelantado fallecido
Y todo á su propósito contrario,
Con un semblante triste y afligido,
De parecer de todos voluntario,
Piden á don Hurtado que se vea,
Y de remedio presto los provea.

Diciendo: «Varon claro y escelente
Nuestra necesidad te es manifiesta,
Y la fuerza del bárbaro potente
Que tiene á Chile en tanto estrecho puesta:
El mas fuerte remedio es llevar gente;
Esta ya puedes ver cuán cara cuesta:
De parte de tu rey te requerimos,
Nos concedas aquí lo que pedimos.

»A tu hijo, ó marqués, te demandamos,
En quien tanta virtud y gracia cabe,
Porque con su persona confiamos
Que nuestra desventura y mal se acabe.
De sus partes, señor, nos contentamos,
Pues que por natural cosa se sabe,
Y aun acá en el comun es habla vieja,
Que nunca del leon nació la oveja.

»Y pues hay tanta falta de guerreros,
Haciendo esta jornada don García,
Se moverá el comun y caballeros
Alegres de llevar tan buena guia:
Y lo que no podrán muchos dineros,
Podrá el amor y buena compañia,
O la vergüenza y miedo de enojarte,
O su propio interés en agradarte.»

El marqués de Cañete, respondiendo
A la justa demanda alegremente,
Vino en ello de grado, conociendo,
Ser cosa necesaria y conveniente;
Y el hijo, hacienda y deudos ofreciendo
Al punto derramó en toda la gente
Gran gana de pasar á aquella tierra,
A ejercitar las armas en tal guerra.

Uno se ofrece allí, y otro se ofrece;
Así gran gente en número se mueve,
Y aquel que no lo hace, le parece
Que falta, y no responde á lo que debe:
Hasta en cansados viejos reverdece
El ardor juvenil, y se remueve
El flaco humor y sangre casi helada
Con el alegre son desta jornada.

¡Oh valientes soldados araucanos!
Las armas prevenid y corazones,
Y el usado valor de vuestras manos
Temido en las antárticas regiones;
Que gran copia de jóvenes lozanos
Descoge en vuestro daño sus pendones,
Pensando entrar por toda vuestra tierra
Haciendo fiero estrago y cruda guerra.

No con los hierros botos y mohosos
De los que las paredes hermosean,
Ni brazos del torpe ocio perezosos,
Que con gran pesadumbre se rodean,
Ni los ánimos hechos á reposos,
Que cualquiera mudanza en que se vean
Los altera, los turba y entorpece,
Y el desusado son los desvanece:

Mas hierros templadísimos y agudos
En sangre de tiranos afilados,
Fuertes brazos, robustos y membrudos
En dar golpes de muerte ejercitados;
Animos libres de temor desnudos,
En los peligros siempre habitüados,
Que el son horrendo que á otros atormenta
Los alegra, despierta y alimenta.

Cosa destas yo pienso que ninguna
Os puede derribar de vuestro estado;
Mas tiéneme dudoso sola una,
Que nadie della ha sido reservado:
Esta es la usada vuelta de fortuna
Que siempre alegre rostro os ha mostrado,
Y es inconstante, falsa y variable,
En el mal firme y en el bien mudable.

Que si la guerra el español procura,
Haciendo de su espada ufana muestra,
Querríale preguntar, ¿si por ventura
Corta por mas lugares que la vuestra?
Si la fuerza del brazo le asegura
Del poder vuestro y vencedora diestra,
Verá, si mira bien en lo pasado,
El campo de sus huesos ocupado.

No sé; pero soberbio y encendido
En bélico furor el pueblo veo,
Y al mas triste español apercibido
De armas, rico aparato y buen deseo.
¡Oh Arauco! yo te juzgo por perdido.
Si las obras igualan al arreo,
Y no templa el camino esta braveza,
¡Ay de tu presuncion y fortaleza!

Del apartado Quito se movieron
Gentes para hallarse en esta guerra;
De Loja, Piura, de Jaen salieron,
De Trujillo, de Guánuco y su tierra;
De Guamanga, Arequipa, concurrieron
Gran copia, y de los pueblos de la Sierra,
La Paz, Cuzco y los Charcas bien armados
Bajaron muchos pláticos soldados.

Treme la tierra, brama el mar hinchado
Del estruendo, tumultos y rumores,
Que suenan por el aire alborotado
De pífanos, trompetas y atambores
Contra el rebelde pueblo libertado,
Amenazando ya sus defensores
Con gruesa y reforzada artillería,
Que dentro del estado el son se oia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De aparatos, jaeces, guarniciones
Los gallardos soldados se arreaban;
Sobrevistas y galas, invenciones
Nuevas y costosísimas sacaban;
Estandartes, enseñas y pendones
Al viento en cada calle tremolaban;
Vieran sastres y obreros ocupados
En hechuras, recamos y bordados.

Con el concurso y junta de guerreros
El grande estruendo y trápala crecia,
Y los prestos martillos de herreros
Formaban dura y áspera armonía;
El rumor de solícitos armeros
Todo el ancho contorno ensordecia;
Los celosos caballos de lozanos
Relinchando triscaban con las manos.

Andaba así la gente embarazada
Con el nuevo bullicio de la guerra;
Mas ya de lo importante aparejada,
Un caudillo salió luego por tierra:
Llevando copia della encomendada,
Atravesó á Atacama y la alta sierra,
Con la desierta costa y despoblados
De osamenta de bárbaros sembrados.

La gente principal, todo aprestado,
Y reliquias del campo que quedaban,
Para romper el mar alborotado
Otra cosa que el tiempo no aguardaban;
Mas viendo el cielo ya desocupado
Y que las bravas olas aplacaban,
Con ordenada muestra y rico alarde
Salieron de los Reyes una tarde.

Yo con ellos también, que en el servicio
Vuestro empecé y acabaré la vida,
Que estando en Inglaterra en el oficio
Que aun la espada no me era permitida,
Llegó allí la maldad en deservicio
Vuestro por los de Arauco cometida,
Y la gran desvergüenza de la gente
A la real corona inobediente.

Y con vuestra licencia, en compañía
Del nuevo capitán y adelantado,
Caminé desde Londres hasta el dia
Que le dejé en Taboga sepultado;
De donde con trabajos y porfía
De la fortuna y vientos arrojado
Llegué á tiempo que pude juntamente
Salir con tan lucida y buena gente.

Otro escuadron de amigos se me olvida
No menos que nosotros necesarios,
Gente templada, mansa y recogida,
De frailes, provisores, comisarios,
Teólogos de honesta y santa vida,
Franciscos, dominicos, mercenarios,
Para evitar insultos de la guerra,
Usados mas allí que en otra tierra.

De varias profesiones y colores
Sale de Lima una lucida banda,
Y en el puerto tendidas por las flores
Estaban mesas llenas de vïanda
Con vino de odoríferos sabores,
Donde luego por una y otra banda
Sobre la verde yerba reclinados
Gustamos los manjares delicados.

Alegres los estómagos, contentos
Fuimos á la marina conducidos,
A do de verdes ramos y ornamentos
Estaban los bateles prevenidos;
Y al son de varios y altos instrumentos,
De los caros amigos despedidos,
En los lijeros barcos nos metemos,
Dando á un tiempo con fuerza al mar los remos.

Los bateles de tierra se alargaban,
Dejando con penosa envidia aquellos
Que en la arenosa playa se quedaban,
Sin apartar los ojos jamás dellos:
Sobre diez galeones arrïbaban
Los prestos barcos, y saltando en ellos,
Tiempo los marineros no perdieron,
Que las velas al viento descogieron.

De estandartes, banderas, gallardetes
Estaban las diez naves adornadas.
Hiriendo el fresco viento en los trinquetes
Comienzan á moverse sosegadas:
Suenan cañones, sacres, falconetes;
Y al doblar de la isleta embarazadas,
Del austro cargan á babor la escota,
Tomando al sudueste la derrota.

Las naos por el contrario mar rompiendo
La blanca espuma en torno levantaban,
Y á la furia del austro resistiendo
Por fuerza á su pesar tierra ganaban;
Pero sobre el garbino revolviendo
De la gran cordillera se apartaban,
Y de sola una vuelta que viraron
El Guarco, á lesnordeste se hallaron.

Mas presto por la popa el Guarco vimos
Con Chinca de otro bordo emparejando;
En alta mar tras estos nos metimos
Sobre la Nasca fértil arribando;
Y al esforzado noto resistimos,
Su furia y bravas olas contrastando,
No bastando los recios movimientos
De dos tan poderosos elementos.

Que haya en Pirú, no es caso soberano,
Tanta mudanza en tres leguas de tierra,
Que cuando es en los llanos el verano,
Los montes el lluvioso invierno cierra;
Y cuando espesa niebla cubre el llano
En descubierto hiere el sol la sierra,
Y por esta razon van mas crecientes
En el verano abajo las vertientes.

De los vientos el austro es el que manda,
Que deshace los húmidos nublados,
Y por todo aquel mar discurre y anda,
Del cual son para siempre desterrados:
Los otros vientos reinan á la banda
De Atacama, y allí son libertados,
Que bajar al Pirú ninguno puede,
Ni por natural orden se concede.

Pues las naves del austro combatidas
Las espumosas olas van cortando,
Que de valientes soplos impelidas
Rompen la furia en ellas, azotando
Las levantadas proas, guarnecidas
De planchas de metal; pero mirando
Al español del bárbaro vecino,
Habré de andar mas presto este camino.

Correré á Villagrán, el cual por tierra
También en su jornada se apresura,
Atravesando la fragosa sierra
Que iguala con las nubes su estatura:
Diré lo que sucede en esta guerra,
Y qué rostro le muestra la ventura;
Mas, porque todo venga á ser mas claro
Quiero tratar un poco de Lautaro,

Que estaba con su escuadra de guerreros
En el sitio que dije recogido,
Y de foso, fagina y de maderos
Le habia en breve sazon fortalecido:
Tenia dentro soldados forasteros
Que á fama de la guerra habian venido,
Reparos, bastimentos y otras cosas
Para el lugar y tiempo provechosas.

Sola una senda este lugar tenia
De alertas centinelas ocupada;
Otra ni rastro alguno no le habia,
Por ser casi la tierra despoblada.
Aquella noche el bárbaro dormia
Con la bella Guacolda enamorada,
A quien él de encendido amor amaba,
Y ella por él no menos se abrasaba.

Estaba el araucano despojado
Del vestido de Marte embarazoso,
Que aquella noche sola el duro hado
Le dió aparejo y gana de reposo;
Los ojos le cerró un sueño pesado,
Del cual luego despierta congojoso,
Y la bella Guacolda sin aliento
La causa le pregunta y sentimiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lautaro le responde: «Amiga mia,
Sabrás que yo soñaba en este instante
Que un soberbio español se me ponia
Con muestra ferocísima delante;
Y con violenta mano me oprimia
La fuerza y corazon, sin ser bastante
De poderme valer, y en aquel punto
Me despertó la rabia y pena junto.»

Ella en esto soltó la voz turbada,
Diciendo: «¡Ay, que he soñado también cuando
De mi dicha temí, y es ya llegada
La fin tuya y principio de mi llanto!
Mas no podré ya ser tan desdichada,
Ni fortuna conmigo podrá tanto,
Que no corte y ataje con la muerte
El áspero camino de mi suerte.

»Trabaje por mostrárseme terrible
Y del tálamo alegre derribarme,
Que si revuelve y hace lo posible,
De tí no es poderosa de apartarme;
Aunque el golpe que espero es insufrible,
Podré con otro luego remediarme:
Que no caerá tu cuerpo en tierra frio
Cuando estará en el suelo muerto el mio.»

El hijo de Pillán con lazo estrecho
Los brazos por el cuello le ceñia;
De lágrimas bañando el blanco pecho,
En nuevo amor ardiendo, respondia:
«No lo tengais, señora, por tan hecho,
Ni turbeis con agüeros mi alegria,
Y aquel gozoso estado en que me veo,
Pues libre en estos brazos os poseo.

»Siento el veros así imaginativa,
No porque yo me juzgue peligroso;
Mas la llaga de amor está tan viva,
Que estoy de lo imposible receloso.
Si vos quereis, señora, que yo viva,
¿Quién á darme la muerte es poderoso?
Mi vida está sujeta á vuestras manos,
Y no á todo el poder de los humanos.

»¿Quién el pueblo araucano ha restaurado
En su reputacion que se perdia,
Pues el soberbio cuello no domado
Ya doméstico al yugo sometia?
Yo soy quien de los hombros le ha quitado
El español dominio y tiranía:
Mi nombre basta solo en esta tierra,
Sin levantar espada, á hacer la guerra.

»Cuanto mas que teniéndoos á mi lado
No tengo que temer, ni daño espero,
No os dé un sueño, señora, tal cuidado,
Pues no os lo puede dar lo verdadero:
Que ya á poner estoy acostumbrado
Mi fortuna á mayor despeñadero;
En mas peligros que este me he metido,
Y dellos con honor siempre he salido.»

Ella, menos segura y mas llorosa,
Del cuello de Lautaro se colgaba,
Y con piadosos ojos lastimosa
Boca con boca así le conjuraba:
«Si aquella voluntad pura, amorosa,
Que libre os di cuando mas libre estaba,
Y della el alto cielo es buen testigo,
Algo puede, señor y dulce amigo:

»Por ella os juro, y por aquel tormento
Que sentí cuando vos de mí os partistes,
Y por la fe, si no la llevó el viento,
Que allí con tantas lágrimas me distes,
Que á lo menos me deis este contento,
Si alguna vez de mí ya lo tuvistes,
Y es, que os vistais las armas prestamente,
Y al muro asista en orden vuestra gente.»

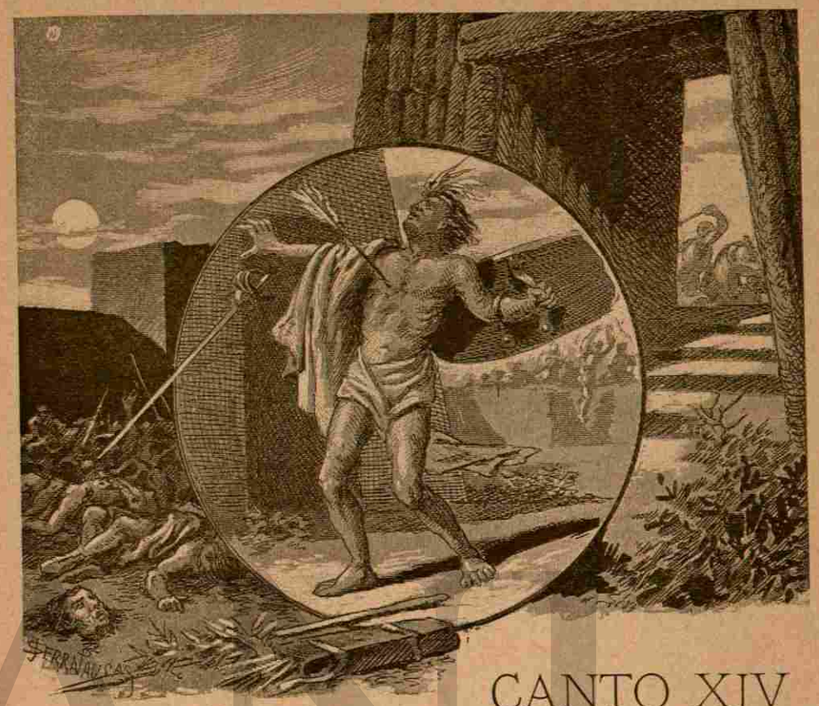
El bárbaro responde: «Harto claro
Mi poca estimación por vos se muestra;
¿En tan flaca opinión está Lautaro,
Y en tan poco teneis la fuerte diestra
Que por la redención del pueblo caro
Ha dado ya de sí bastante muestra?
Buen crédito con vos tengo por cierto,
Pues me llorais de miedo ya por muerto.»

«¡Ay de mí! que de vos yo satisfecha,
Dice Guacolda, estoy, mas no segura:
Ser vuestro brazo fuerte ¿qué aprovecha,
Si es más fuerte y mayor mi desventura?
Mas ya que salga cierta mi sospecha,
El mismo amor que os tengo me asegura
Que la espada que hará el apartamiento
Hará que vaya en vuestro seguimiento.

»Pues ya el preciso hado y dura suerte
Me amenazan con áspera caida,
Y forzoso he de ver un mal tan fuerte,
Un mal como es de vos verme partida,
Dejadme llorar antes de mi muerte
Esto poco que queda de mi vida,
Que quien no siente el mal, es argumento
Que tuvo con el bien poco contento.»

Tras esto tantas lágrimas vertia
Que mueve á compasión el contemplalla,
Y así el tierno Lautaro no podia
Dejar en tal sazon de acompañalla;
Pero ya la turbada pluma mia,
Que en las cosas de amor nueva se halla,
Confusa, tarda y con temor se mueve,
Y á pasar adelante no se atreve.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CANTO XIV

Llega Francisco de Villagrán de noche sobre el fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido; da al amanecer súbito en ellos, y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte y de otra.

¿Cuál será aquella lengua desmandada
Que á ofender las mujeres ya se atreva,
Pues vemos que es pasion averiguada
La que á bajeza tal y error las lleva;
Si una bárbara moza no obligada
Hace de puro amor tan alta prueba,
Con razones y lágrimas salidas
De las vivas entrañas encendidas?

Que ni la confianza ni el segaro
De su amigo le daba algun consuelo,
Ni el fuerte sitio, ni el fosado muro
Le basta asegurar de su recelo;
Que el gran temor nacido de amor puro
Todo lo allana y pone por el suelo;
Solo halla el reparo de su suerte
En el mismo peligro de la muerte.

Así los dos unidos corazones
Conformes en amor desconformaban,
Y dando dello allí demostraciones
Mas el dulce veneno alimentaban.
Los soldados en torno los tizones,
Ya de parlar cansados reposaban,
Teniendo centinelas, como digo,
Y el cerro á las espaldas por abrigo.

Villagrán con silencio y paso presto
Habia el áspero monte atravesado,
No sin grave trabajo, que sin esto
Hacer mucha labor es escusado:
Llegado junto al fuerte, en un buen puesto,
Viendo que el cielo estaba aun estrellado
Paró, esperando el claro y nuevo dia
Que ya por el oriente descubria.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

De ninguno fué visto ni sentido:
La causa era la noche ser escura,
Y haber las centinelas desmentido,
Por parte descuidada por segura;
Caballo no relincha ni hay ruido,
Que está ya de su parte la ventura:
Esta hace las bestias avisadas,
Y á las personas bestias descuidadas.

Cuando ya las tinieblas y aire escuro
Con la esperada luz se adelgazaban,
Las centinelas puestas por el muro
Al nuevo dia de lejos saludaban;
Y pensando tener campo seguro
También á descansar se retiraban,
Quedando mudo el fuerte, y los soldados
En vino y dulce sueño sepultados.

Era llegada al mundo aquella hora
Que la escura tiniebla, no pudiendo
Sufrir la clara vista de la aurora,
Se va en el ocidente retrayendo:
Cuando la mustia elicie se mejora
El rostro al rojo oriente revolviendo,
Mirando tras las sombras ir la estrella,
Y al rubio Apolo délfico tras ella.

El español que ve tiempo oportuno
Se acerca poco á poco mas al fuerte,
Sin estorbo de bárbaro ninguno,
Que sordos los tenia su triste suerte;
Bien descuidado duerme cada uno
De la cercana inexorable muerte:
Cierta señal que cerca della estamos,
Cuando mas apartados nos juzgamos.

No esperaron los nuestros mas, pues viendo
Ser ya tiempo de darles el asalto,
De súbito levantan un estruendo
Con soberbio alarido, horrendo y alto;
Y en tropel ordenado arremetiendo
Al fuerte van á dar de sobresalto,
Al fuerte mas de sueño bastecido
Que al presente peligro apercebido.

Como los malhechores que en su oficio
Jamás pueden hallar parte segura,
Por ser la condicion propia del vicio
Temer cualquier fortuna y desventura;
Que no sienten tan presto algun bullicio
Cuando el castigo y mal se les figura,
Y corren á las armas y defensa,
Segun que cada cual valerse piensa:

Así medio dormidos y despiertos
Saltan los araucanos alterados,
Y del peligro y sobresalto ciertos
Baten toldos y ranchos levantados;
Por verse de corazas descubiertos,
No dejan de mostrar pechos airados,
Mas con presteza y ánimo seguro
Acuden al reparo de su muro.

Sacudiendo el pesado y torpe sueño
Y cobrando la furia acostumbrada,
Quién el arco arrebata, quién un leño,
Quién del fuego un tizon, y quién la espada;
Quién aguija al baston de ajeno dueño,
Quién por salir mas presto va sin nada,
Pensando averiguarlo desarmados,
Si no pueden á puños, á bocados.

Lautaro á la sazon, segun se entiende,
Con la gentil Guacolda razonaba,
Asegúrala, esfuerza y reprehende
De la desconfianza que mostraba:
Ella razon no admite y mas se ofende,
Que aquello mayor pena le causaba;
Rompiendo el tierno punto en sus amores
El duro son de trompas y atambores.

Mas no salta con tanta lijereza
El mísero avariento enriquecido,
Que siempre está pensando en su riqueza,
Si siente de ladron algun ruïdo;
Ni madre así acudió con tal presteza
Al grito de su hijo muy querido,
Temiéndole de alguna bestia fiera:
Como Lautaro al son y voz primera.

Revuelto el manto al brazo, en el instante
Con un desnudo estoque, y él desnudo
Corre á la puerta el bárbaro arrogante,
Que armarse así tan súbito no pudo.
¡Oh pérfida fortuna, oh inconstante,
Cómo llevas tu fin por punto crudo,
Que el bien de tantos años en un punto
De un golpe le arrebatas todo junto!

Cuatrocientos amigos comarcanos
Por un lado la fuerza acometieron,
Que en ayuda y favor de los cristianos
Con sus pintados arcos acudieron,
Que con estrema fuerza y prestas manos
Gran número de tiros despidieron.
Del toldo el hijo de Pillán salia,
Y una flecha á buscarle que venia.

Por el siniestro lado ¡oh dura suerte!
Rompe la cruda punta, y tan derecho
Que pasa el corazon mas bravo y fuerte
Que jamás se encerró en humano pecho:
De tal tiro quedó ufana la muerte
Viendo de un solo golpe tan gran hecho,
Y usurpando la gloria al homicida
Se atribuye á la muerte esta herida.

Tanto rigor la aguda flecha trujo
Que el bárbaro tendió sobre la arena,
Abriendo puerta á un abundante flujo
De negra sangre por copiosa vena;
Del rostro la color se le retrujo,
Los ojos tuerce, y con rabiosa pena
La alma del mortal cuerpo desatada
Bajó furiosa á la infernal morada.

Ganan los nuestros foso y balüarte,
Que nadie los impide ni embaraza,
Y así por veinte lados la mas parte,
Pisaba de la fuerza ya la plaza;
Los bárbaros con ánimo y sin arte,
Sin celada ni escudo, y sin coraza,
Comienzan la batalla peligrosa,
Cruda, fiera, reñida y sanguinosa.

En oyendo los indios estranjeros
Que con Lautaro estaban recogidos
El súbito rumor, salen lijeros,
Del miedo y sobresalto apercebidos;
Mas sintiendo los golpes carniceros,
El ánimo turbado y los sentidos,
Las atentas orejas acechaban
Adonde con menor rigor sonaban.

Como tímidos gamos que el ruïdo
Sienten del cazador, y atentamente
Altos los cuellos tienden el oido
Acia la parte que el rumor se siente
Y el balar de la gama conocido,
Que apedazan los perros y la gente,
Con furioso tropel toman la via
Que mas de aquel peligro se desvía:

La baja y vil canalla, acostumbrada
A rendirse al temor de aquella suerte,
Por ciega senda, inculta y desusada
Rompe el camino y desampara el fuerte
Acá y allá corriendo derramada;
Y era tan grande el miedo de la muerte,
Que al mas valiente y bravo se le antoja
Ver un fiero español tras cada hoja.

Pero aquellos que nunca el miedo pudo
Hacerlos con peligros de su bando,
Poniendo osado pecho por escudo
Están la antigua riña averiguando:
La desnuda cabeza del agudo
Cuchillo no se ve estar rehusando,
Ni rehusa la espada la siniestra
Ejercitando el uso de la diestra.

Que el joven Corpillán, no desmayado
Porque su espada y mano vino á tierra,
Antes en ira súbita abrasado;
Contra la parte del contrario cierra,
Y habiendo ya la espada recobrado
La diestra, que aun bullendo el puño afierra,
Lejos con gran desdén y furia lanza
Ofreciendo la izquierda á la venganza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Flaqueza en Millapol no fué sentida
Viéndose atravesado por la ijada,
Y la cabeza de un revés hendida,
Ni por pasalle el pecho una lanzada:
Que de espumosa sangre á la salida
Vino la media lanza acompañada,
Dejando aquel lugar della vacío,
Aunque lleno de rabia y nuevo brío.

Que á dos manos la maza aprieta fuerte,
Y con furia mayor la gobernaba;
Bien se puede llamar de triste suerte
Aquel que el fiero bárbaro alcanzaba:
Con la rabia postrera de la muerte
Una vez el ferrado leño alzaba;
Mas faltóle la vida en aquel punto
Cayendo cuerpo y maza todo junto.

Aunque la muerte en medio del camino
Le quebrantó el furor con que venia,
Un valiente español á tierra vino
Del peso y movimiento que traia;
Mas luego puesto en pié con desatino
Acia el lugar del dañador volvia,
Y viendo el cuerpo muerto dar en tierra
Pensando que era vivo con él cierra.

Y encima del cadáver arrojado,
De dar la muerte al muerto deseoso,
Recio por uno y por el otro lado
Hiere y ofende el cuerpo sanguinoso,
Hasta tanto que ya desalentado
Se firma recatado y sospechoso,
Y vió á aquel que aferrado así tenia
Vueltos los ojos y la cara fria.

Traia la espada en esto Diego Cano
Tinta de sangre, y con Picol se junta;
Haciendo atrás la rigurosa mano
El pecho le barrena de una punta:
Turbado de la muerte el araucano
Cayó en tierra la cara ya difunta,
Bascoso revolviéndose en el lodo
Hasta que la alma despidió del todo.

De dos golpes Hernando de Alvarado
Dió con el suelto Talco en tierra muerto;
Pero fué mal herido por un lado
Del gallardo Guacoldo en descubierto:
Estuvo el español algo atronado;
Mas del atronamiento ya dispierto,
Corriendo al fuerte bárbaro derecho
La espada le escondió dentro del pecho.

El viejo Villagrán con la sangrienta
Espada por los bárbaros rompiendo
Mata, hiere, tropella y atormenta,
A tiempo á todas partes revolviendo:
Un golpe á Nico en la cabeza asienta,
El cual los turbios ojos revolviendo
A tierra vino muerto, y de otro á Polo
Le deja con el brazo izquierdo solo.

Usadas las espadas al acero,
Topando la desnuda carne blanda
Ayudadas de un ímpetu lijero,
Dan con piernas y brazos á la banda:
No rehusa el segundo ser primero,
Antes todos siguiendo una demanda,
Como olas que creciendo van, crecian,
Y á la muerte animosos se ofrecian.

La gente una con otra así se cierra
Que aun no daban lugar á las espadas;
Apenas los mortales van á tierra
Cuando estaban sus plazas ocupadas:
Unos por cima de otros se dan guerra,
Enhiestas las personas y empinadas,
Y de modo á las veces se apretaban
Que á meter por la espada se ayudaban.

Las armas con tal rabia y fuerza esgrimen,
Que los mas de los golpes son mortales,
Y los que no lo son así se imprimen
Que dejan para siempre las señales:
Todos al descargar los brazos gimen;
Mas salen los efectos desiguales,
Que los unos topaban duro acero,
Los otros el desnudo y blando cuero.

Como parten la carne en los tajones
Con los corvos cuchillos carniceros,
Y cual de fuerte hierro los planchones
Baten en dura yunque los herreros:
Así en la diferencia de los sones
Que forman con sus golpes los guerreros,
Quién la carne y los huesos quebrantando,
Quién templados arneses abollando.

Pues Juan de Villagrán firme en la silla
Contra Guarcondo á toda furia parte,
Y la lanza le echó por la tetilla
Con una braza de asta á la otra parte:
El bárbaro, la cara ya amarilla,
Se arrima desmayado al balüarte;
Dando en el suelo súbita caida
El alma vomitó por la herida.

Pero Rengo su hermano, que en el suelo
El cuerpo vió caer descolorido,
Cuajósele la sangre, y hecho un hielo
Del súbito dolor perdió el sentido;
Mas vuelto en sí, se vuelve contra el cielo
Blasfemando el soberbio y descreido;
Y el ñudoso baston alzando en alto,
A Juan de Villagrán llegó de un salto.

Mas antes Pon con una flecha presta
Hirió al caballo en medio de la frente;
Empínase el caballo, el cuello enhiesta,
Al freno y á la espuela inobediente;
Y entre los brazos la cabeza puesta
Sacude el lomo y piernas impaciente:
Rendido Villagrán al duro hado,
Desocupó el arzon y ocupó el prado.

Apenas en el suelo habia caido,
Cuando la presta maza decendia
Con una estraña fuerza y un ruïdo
Que rayo ó terremoto parecia:
Del golpe el español quedó adormido,
Y el bárbaro con otro revolvia,
Bajando á la cabeza de manera
Que sesos, ojos y alma le echó fuera.

Y con venganza tal no satisfecho
Del caso desastrado del hermano,
Antes con nueva rabia y mas despecho
Hiere de tal manera á Diego Cano,
Que la barba inclinada sobre el pecho
Se le cayó la rienda de la mano,
Y sin ningun sentido casi frio
El caballo lo lleva á su albedrío.

En medio de la turba embravecido
Esgrime en torno la ferrada maza:
A cuál deja contrecho, á cuál tullido,
Cuál el pescuezo del caballo abraza;
Quién se tiende en las ancas aturdido,
Quién forzado el arzon desembaraza:
Que todo á su pujanza y furia insana
Se le bate, derriba y se le allana.

Por partes mas de diez le iba manando
La sangre, de la cual cubierto andaba;
Pero no desfallece, antes bramando
Con mas fuerza y rigor los golpes daba:
Lijero corre acá y allá saltando;
Arneses y celadas abollaba;
Hunde las altas crestas, rompe sesos,
Muele los nervios, carne y duros huesos.

En esto un gran rumor iba creciendo
De espadas, lanzas, grita y vocería,
Al cual confusamente no sabiendo
La causa mucha gente allí acudia;
Y era un gallardo mozo que, esgrimiendo
Un fornido cuchillo discurria
Por medio de las bárbaras espadas,
Haciendo en armas cosas estremadas.

Venia el valiente mozo belicoso
De una furia diabólica movido,
El rostro fiero, sucio y polvoroso,
Lleno de sangre y de sudor teñido:
Como el potente Marte sanguinoso,
Cuando de furor bélico encendido
Bate el ferrado escudo de Vulcano,
Blandiendo la asta en la derecha mano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con un diestro y prestísimo gobierno
El pesado cuchillo rodeaba,
Y á Cron, como si fuera junco tierno,
En dos partes de un golpe lo tajaba;
Tras este al diestro Pon envia al infierno,
Y tras de Pon á Lauco despachaba;
No hallando defensa en armadura,
Descuartiza, desmiembra, y desfigura.

Llamábase este Andrea, que en grandeza
Y proporcion de cuerpo era gigante,
De estirpe humilde, y su naturaleza
Era arriba de Génova al levante;
Pues con aquella fuerza y lijereza,
A los robustos miembros semejante,
El gran cuchillo esgrime de tal suerte
Que á todos los que alcanza da la muerte.

De un tiro á Guaticol por la cintura
Le divide en dos trozos en la arena,
Y de otro al desdichado Quilacura
Limpio el derecho muslo le cercena;
Pues de golpes así desta hechura
La gran plaza de muertos deja llena:
Que su espada á ninguno allí perdona,
Y unos cuerpos sobre otros amontona.

A Colca de los hombros arrebata
La cabeza de un tajo, y luego tiende
La espada acia Maulén, señor de Itata,
Y de alto á bajo de un revés le hiende:
Lanzas, hachas y mazas desbarata,
Que todo el pueblo bárbaro le ofende,
Llevando muchos tiros enclavados
En los pechos, espaldas y en los lados.

Como la osa valiente perseguida
Cuando le van monteros dando caza,
Que con rabia, sintiéndose herida,
Los fiudosos venablos despedaza,
Y furiosa, impaciente, embravecida,
La senda y callejon desembaraza,
Que los heridos perros lastimados
Le dan ancho lugar escarmentados:

De la misma manera el fiero Andrea
Cercado de los bárbaros venia;
Pero de tal manera se rodea
Que gran camino con la espada abria;
Crece el hervor, la grita y la pelea
Tanto que la mas gente allí acudia:
Hé aquí á Rengo también ensangrentado,
Que llega á la sazon por aquel lado.

Y como dos mastines rodeados
De gozques importunos, que en llegando
A verse con los cerros erizados
Se van el uno al otro regañando:
Así los dos guerreros señalados,
Las inhumanas armas levantando,
Se vienen á herir; pero el combate
Quiero que al otro canto se dilate.

CANTO XV

En este quinceno y último canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Pirú hicieron hasta llegar á Chile, y la grande tormenta que entre el rio de Maule y puerto de la Concepcion pasaron.

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿Qué verso sin amor dará contento?
¿Dónde jamás se ha visto rica vena
Que no tenga de amor el nacimiento?
No se puede llamar materia llena
La que de amor no tiene el fundamento.
Los contentos, los gustos, los cuidados,
Son, si no son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero
Rompe la dura y áspera corteza,
Produce ingenio y gusto verdadero,
Y pone cualquier cosa en mas fineza:
Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibéro,
Amor los trujo á tanta delgadeza,
Que la lengua mas rica y mas copiosa,
Si no trata de amor, es disgustosa.

Pues yo de amor desnudo y de ornamentos
Con un inculto ingenio y rudo estilo,
¿Cómo he tenido tanto atrevimiento,
Que me ponga al rigor del crudo filo?
Pero mi celo bueno y sano intento,
Esto me hace á mí añudar el hilo
Que ya con el temor cortado habia,
Pensando remediar esta osadia.

Quíselo aquí dejar, considerado
Ser escritura larga y trabajosa,
Por ir á la verdad tan arrimado
Y haber de tratar siempre de una cosa:
Que no hay tan dulce estilo y delicado,
Ni pluma tan cortada y sonorosa,
Que en un largo discurso no se estrague,
Ni gusto que un manjar no le empalague.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Con un diestro y prestísimo gobierno
El pesado cuchillo rodeaba,
Y á Cron, como si fuera junco tierno,
En dos partes de un golpe lo tajaba;
Tras este al diestro Pon envia al infierno,
Y tras de Pon á Lauco despachaba;
No hallando defensa en armadura,
Descuartiza, desmiembra, y desfigura.

Llamábase este Andrea, que en grandeza
Y proporcion de cuerpo era gigante,
De estirpe humilde, y su naturaleza
Era arriba de Génova al levante;
Pues con aquella fuerza y lijereza,
A los robustos miembros semejante,
El gran cuchillo esgrime de tal suerte
Que á todos los que alcanza da la muerte.

De un tiro á Guaticol por la cintura
Le divide en dos trozos en la arena,
Y de otro al desdichado Quilacura
Limpio el derecho muslo le cercena;
Pues de golpes así desta hechura
La gran plaza de muertos deja llena:
Que su espada á ninguno allí perdona,
Y unos cuerpos sobre otros amontona.

A Colca de los hombros arrebata
La cabeza de un tajo, y luego tiende
La espada acia Maulén, señor de Itata,
Y de alto á bajo de un revés le hiende:
Lanzas, hachas y mazas desbarata,
Que todo el pueblo bárbaro le ofende,
Llevando muchos tiros enclavados
En los pechos, espaldas y en los lados.

Como la osa valiente perseguida
Cuando le van monteros dando caza,
Que con rabia, sintiéndose herida,
Los fiudosos venablos despedaza,
Y furiosa, impaciente, embravecida,
La senda y callejon desembaraza,
Que los heridos perros lastimados
Le dan ancho lugar escarmentados:

De la misma manera el fiero Andrea
Cercado de los bárbaros venia;
Pero de tal manera se rodea
Que gran camino con la espada abria;
Crece el hervor, la grita y la pelea
Tanto que la mas gente allí acudia:
Hé aquí á Rengo también ensangrentado,
Que llega á la sazon por aquel lado.

Y como dos mastines rodeados
De gozques importunos, que en llegando
A verse con los cerros erizados
Se van el uno al otro regañando:
Así los dos guerreros señalados,
Las inhumanas armas levantando,
Se vienen á herir; pero el combate
Quiero que al otro canto se dilate.

CANTO XV

En este quinceno y último canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Pirú hicieron hasta llegar á Chile, y la grande tormenta que entre el rio de Maule y puerto de la Concepcion pasaron.

¿Qué cosa puede haber sin amor buena?
¿Qué verso sin amor dará contento?
¿Dónde jamás se ha visto rica vena
Que no tenga de amor el nacimiento?
No se puede llamar materia llena
La que de amor no tiene el fundamento.
Los contentos, los gustos, los cuidados,
Son, si no son de amor, como pintados.

Amor de un juicio rústico y grosero
Rompe la dura y áspera corteza,
Produce ingenio y gusto verdadero,
Y pone cualquier cosa en mas fineza:
Dante, Ariosto, Petrarca y el Ibéro,
Amor los trujo á tanta delgadeza,
Que la lengua mas rica y mas copiosa,
Si no trata de amor, es disgustosa.

Pues yo de amor desnudo y de ornamentos
Con un inculto ingenio y rudo estilo,
¿Cómo he tenido tanto atrevimiento,
Que me ponga al rigor del crudo filo?
Pero mi celo bueno y sano intento,
Esto me hace á mí añudar el hilo
Que ya con el temor cortado habia,
Pensando remediar esta osadia.

Quíselo aquí dejar, considerado
Ser escritura larga y trabajosa,
Por ir á la verdad tan arrimado
Y haber de tratar siempre de una cosa:
Que no hay tan dulce estilo y delicado,
Ni pluma tan cortada y sonorosa,
Que en un largo discurso no se estrague,
Ni gusto que un manjar no le empalague.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Que si á mi discrecion dado me fuera
Salir al campo y escoger las flores,
Quizá el cansado gusto removiera
La usada variedad de los sabores;
Pues como otros han hecho, yo pudiera
Entretejer mis fábulas y amores;
Mas ya que tan adentro estoy metido,
Habré de proseguir lo prometido.

Al lombardo dejé y al araucano
Donde la guerra andaba mas trabada,
Que vienen á juntarse mano á mano,
La espada alta y la maza levantada.
De malla está cubierto el italiano,
El indio la persona desarmada;
Y así como mas suelto y mas lijero
En descargar el golpe fué el primero.

El membrudo italiano, como vido
La maza y el rigor con que bajaba,
Alzó el escudo en alto, y recogido
Debajo dél el golpe reparaba:
Por medio el fuerte escudo fué rompido,
Y en medio la cabeza le cargaba,
Que batiendo los dientes vió en el suelo
Las estrellas mas mínimas del cielo.

El brazo descargó que alto tenia
Sobre el valiente bárbaro el lombardo,
Pensando que dos piezas le haria
Segun era del ánimo gallardo;
Pero Rengo que punto no perdia,
Como una onza lijera y suelto pardo,
Un pronto salto dió á la diestra mano,
De suerte que el cuchillo bajó en vano.

Tras esto el diestro bárbaro rodea
La poderosa maza de manera
Que á acertarle de lleno, no al Andrea,
Pero un duro peñasco deshiciera;
Igual andaba entre ellos la pelea,
Aunque temo yo á Rengo á la primera
Vez que el cuchillo baje, si le halla,
Que habrá fin con su muerte la batalla.

Mas con destreza y gran reportamiento,
Desnudo de armas y de esfuerzo armado,
Entra, sale y revuelve como el viento,
Que en maña y lijereza era estremado:
Hace siempre su golpe, y al momento
Le halla el enemigo así apartado,
Que aunque el cuchillo de dos brazas fuera
Alcanzar á herirle no pudiera.

Mil golpes por el aire arroja en vano
El furioso italiano embravecido,
Viendo cómo desnudo un araucano,
Y él armado, le tiene en tal partido:
La izquierda junta á la derecha mano,
Y apretando la espada de corrido
Al bárbaro arremete altos los brazos,
Pensando dividirlo en dos pedazos.

El araucano con mañoso brio
Baja la maza firme lo esperaba;
Mas el cuerpo hurtó con un desvío,
Al tiempo que el cuchillo derribaba;
Así que el brazo y golpe dió en vacio,
Y de la fuerza inmensa que llevaba
El gran cuchillo sustentar no pudo,
Quedando allí con solo medio escudo.

Pues como tal lo vió, suelta la maza,
Cerrando el presto bárbaro de hecho,
Y cuerpo á cuerpo así con él se abraza
Que le imprime las mallas en el pecho:
No por esto el lombardo se embaraza;
Mas piensa dél así haber mas derecho,
Y con brazos durísimos lo afierra,
Creyendo levantarlo de la tierra.

Lo que el valiente Alcides hizo á Anteo,
Quiso el nuestro hacer del araucano;
Mas no salió fortuna á su deseo,
Y así el deseado efeto salió en vano:
Que el esforzado Rengo de un rodeo
Le lleva largo trecho por el llano,
Sobre los cuerpos muertos tropezando,
Siempre con mas furor sobre él cargando.

Andrea, de empacho ardiendo en rabia
Sintiéndose de un hombre así apurado,
Firme en el suelo con los piés estriba
Cobrando esfuerzo del honor sacado;
Y de manera sobre Rengo arriba,
Que de tierra lo lleva levantado,
Que era de fuerza grande y de gran prueba
Bastante á comportar la carga nueva.

Yo vi entre muchos jóvenes valientes,
Sobre pruebas de fuerza porfiando,
Trabar él una cuerda con los dientes,
Asiendo cuatro della y estribando
Todos á un tiempo á partes diferentes,
A su pesar llevarlos arrastrando;
Y de solos los dientes se valia,
Que las manos atrás presas tenia.

Y con facilidad y poca pena
La mayor bota ó pipa que hallaba,
Capaz de veinte arrobas de agua llena,
De tierra un codo y mas la levantaba:
Y suspendida sin verter serena,
La sed por largo espacio mitigaba,
Bajándola después al suelo llano,
Como si fuera un cántaro liviano.

Aconteció otras veces barqueando
Rios en esta tierra caudalosos,
Ir la corriente el ímpetu esforzando
A desbravar en riscos peñascosos
Arrebatando el barco, no bastando
La fuerza de los remos presurosos;
Y él cubierto de malla como estaba
Luego animoso al agua se arrojaba;

Y una cuerda en la boca, revolviendo
Al furioso raudal el duro pecho,
Los piés y fuertes brazos sacudiendo
Rompia por la canal casi derecho:
Remolcando la barca, y resistiendo
El ímpetu del agua del estrecho,
La sacaba á la orilla en salvamento,
Haciendo otras mil cosas que no cuento.

A Rengo aquí también sobrepujaba,
Que no fué de su fuerza menor prueba;
Pero Rengo, que en ira se abrasaba
Viendo que sin firmarse alto lo lleva,
Hizo por fuerza pié, y sobre él tornaba
Sacando la vergüenza fuerza nueva,
Pero al cabo los dos se desasieron,
Y otra vez á las armas acudieron.

Y comienzan de nuevo el fiero asalto,
Como si descansaran todo el dia;
Ora presto por bajo, ora por alto
Sin miedo el uno al otro acometia:
Rengo, que de armadura estaba falto,
Con tal destreza y maña se regia,
Que sostiene en un peso aquella guerra,
No perdiendo una mínima de tierra.

Con presteza una vez tal golpe asienta
Al valiente cristiano por un lado,
Que toda la persona le atormenta,
Segun que fué de fuerza muy cargado:
Otro redobla y otro, y á mi cuenta,
Al cuarto que bajaba mas pesado,
El astuto italiano se desvía,
Y de una punta al bárbaro heria.

La espada le atraviesa el brazo fuerte
Abriéndole en el lado una herida;
Mas fué tal su ventura y diestra suerte
Que no le privó el golpe de la vida.
El bárbaro en ponzoña se convierte,
Y con braveza fuera de medida,
Con el fiero enemigo fué en un punto
Descargando la maza todo junto.

El italiano en alto el medio escudo
Alzó por recoger el golpe estraño;
Pero del todo resistir no pudo,
Aunque se reparó parte del daño:
Batióle la cabeza el golpe crudo,
Y cual si el morrion fuera de estaño,
Y no de fuerte pasta bien templado,
Así de aquella vez quedó abollado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dos ó tres pasos dió desvanecido
Del golpe el italiano vacilando,
Perdida la memoria y el sentido,
Y anduvo por caer titubeando:
La sangre por el uno y otro oido
Le reventó en gran flujo, como cuando
Revienta de abundancia alguna fuente;
Y en pié se tuvo bien dificilmente.

Pero vuelto en su acuerdo, que se mira
Lleno de sangre y puesto en tal estado,
Mas furioso que nunca, ardiendo en ira
De verse así de un bárbaro tratado,
El brazo con el pié diestro retira
Para tomar mas fuerza, y el pesado
Cuchillo derribó con tal ruido,
Que revocó en los montes del sonido.

Rengo, que el gran cuchillo bajar siente
Y el ímpetu y furor con que venia,
Cruzando la alta maza osadamente
Al reparo debajo se metia:
No fué la asta defensa suficiente
Por mas barras de acero que tenia,
Que á tierra vino della una gran pieza
Y el furioso cuchillo á la cabeza.

Fué este golpe terrible y peligroso,
Por do una roja fuente manó luego,
Y anduvo por caer Rengo dudoso,
Atónito y de sangre casi ciego:
El italiano allí no perezoso,
Viendo que no era tiempo de sosiego,
Baja otra vez el gran cuchillo agudo,
Con todo aquel vigor que dalle pudo.

En medio de la frente en descubierto
Hiere al turbado Rengo el italiano,
Y hubiérale de arriba abajo abierto,
Si no torciera al descargar la mano:
El golpe fué de llano, y como muerto
Vino al suelo tendido el araucano;
Y el cuchillo del golpe atormentado
Por tres ó cuatro partes fué quebrado.

Crino, que volvió el rostro al gran ruido
Del poderoso golpe y la caida,
Viendo al valiente Rengo así tendido
Pensó que era pasado desta vida,
Y de amistad y deudo conmovido,
La espada de su propio amo homicida
Que en Penco Tucapel ganado habia,
En venganza del bárbaro esgrimia.

Pasa al Andrea de un golpe el estofado
No reparando en él la cruda espada,
Que rompiendo la malla por el lado
Le penetró hasta el hueso la estocada;
Vuelve con un mandoble, y recatado
Andrea viendo venir la cuchillada,
Fué tan presto con él por resistirle,
Que no le dejó tiempo de herirle.

Sin darle mas lugar con él se afierra,
Donde en satisfaccion de la herida
Alzándole bien alto de la tierra
De espaldas le tendió con gran caida;
Y por dar presto fin á aquella guerra,
La espada le quitó y luego la vida,
Metiéndose tras esto por la parte
Que andaba mas sangriento el fiero Marte.

Hiende por do el monton ve mas estrecho:
¡Triste de aquel que allí con él se junta!
Uno parte al través, otro al derecho,
Otro al sesgo, otro ensarta de una punta,
Otros que tiende, aun no bien satisfecho
A coces los quebranta y descoyunta:
Brazos, cabezas por el aire avienta,
Sin términos, sin número ni cuenta.

El buen Lasarte con la diestra airada
En medio del furor se desenvuelve;
Pasa el pecho á Talcuén de una estocada,
Y sobre Titaguán furioso vuelve;
Abrióle la cabeza desarmada;
Mas el rabioso bárbaro revuelve,
Y antes que la alma diese, le da un tajo
Que se tuvo al arzon con gran trabajo.

Pacheco á Norpa abrió por el costado,
Y á Longoval derriba tras el muerto.
Pues Juan Gomez tambien por aquel lado
De fresca sangre bárbara cubierto
Habia de un golpe á Colca derribado,
Y á Galvo el desarmado vientre abierto:
El bárbaro mortal, la color vuelta,
Dió en el postrer suspiro la alma envuelta.

Gabriel de Villagrán no estaba ocioso:
Que á Zinga y á Pillolco habia tendido:
Y andaba revolviéndose animoso
Entre los hierros bárbaros metido.
El rumor de las armas sonoroso,
Los varios apellidos, y el ruido
A las aves confusas y turbadas
Hacen estar mirándolos paradas.

Crece la rabia y el furor se enciende,
La gente por juntarse se apiñaba;
Que ya ninguno mas lugar pretende
Del que para morir en pié bastaba.
Quién corta, quién barrena, rompe, hiende;
Y era el estrecho tal y priesa brava,
Que sin caer los muertos, de apretados
Quedaban á los vivos arrimados.

La soberbia, furor, desdén, denuedo,
La priesa de los golpes y dureza,
Figurarla del todo aquí no puedo,
Ni la pluma llevar con tal presteza:
De la muerte ninguno tiene miedo;
Antes si vuelve el rostro, mas tristeza
Mostraban, porque claro conocian
Que vencidos quedaban si vivian.

Mas, aunque de vivir desconfíaban,
Perdida de vencer ya la esperanza,
El punto de la muerte dilataban
Por morir con alguna mas venganza;
Y no por esto el paso retiraban,
Ni el pecho, rehusaban de la lanza,
Si por mover un paso, como digo,
Dejasen de ofender al enemigo.

Cuatro aquí, seis allí, por todos lados
Vienen sin detenerse á tierra muertos,
Unos de mil heridas desangrados,
De la cabeza al pecho otros cubiertos;
Otros por las espaldas y costados,
Los bravos corazones descubiertos:
Así dentro en los pechos palpitaban
Que bien el gran coraje declaraban.

Quién en sus mismas tripas tropezando,
Al odioso enemigo arremetia:
Quién por veinte heridas resollando
Las cubiertas entrañas descubria;
Allí se vió la vida estar dudando
Por qué puerta de súbito saldria:
Al fin salia por todas, y á un momento
Faltaba fuerza, vida, sangre, aliento.

Ya pues no estaba en pié la octava parte
De los bárbaros muertos no rendidos;
Villagrán que miraba esto de aparte,
Viendo los que quedaban tan heridos
Les envió con dos indios de su parte
A decir que se entreguen por vencidos,
Sometiéndose al yugo y obediencia,
Y que usará con ellos de clemencia.

Todos los españoles retrujeron
Las espadas y el paso en el momento,
Y los dos mensajeros propusieron
El pacto, condicion y ofrecimiento;
Pero los araucanos cuando oyeron
Aquel partido infame, el corrimiento
Fué tanto, y su coraje, qué respuesta
No dieron á la plática propuesta.

Los ojos contra el cielo vueltos, braman:
¡Morir, morir! no dicen otra cosa;
Morir quieren, y así la muerte llaman
Gritando: ¡Afuera vida vergonzosa!
Esta fue su respuesta, y esto claman,
Y á dar fin á la guerra sanguinosa
Se disponen con ánimo y braveza,
Sacando nuevas fuerzas de flaqueza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Espaldas con espaldas se juntaban
Algunos de rodillas combatiendo,
Que las tullidas piernas les faltaban
Sostenerse sobre ellas no pudiendo,
Y aun así las espadas rodeaban;
Otros que ya en el suelo retorciendo
Se andaban, por dañar lo que podian,
A los contrarios piés se revolvian.

Viéranse vivos cuerpos desmembrados
Con la furiosa muerte porfiando,
En el lodo y sangraza derribados,
Que rabiosos se andaban revolcando:
De la suerte que vemos los pescados
Cuando se va algun lago desaguando,
Que entre dos elementos se estremecen,
Y en ellos revolcándose perecen.

Si el crudo Sila, si Neron sangriento,
Por mas sed que de sangre ellos mostraran,
Della vieran aquí el derramamiento,
Yo tengo para mí que se hartaran;
Pues con mayor rigor á su contento
En viva sangre humana se bañaran,
Que en campo Marcio Sila carnicero,
Y en el foro de Roma el bestial Nero.

Quedaron por igual todos tendidos
Aquellos que rendir no se quisieron,
Que ya al fin de la vida conducidos
A la forzosa muerte se rindieron.
Los lasos españoles mal heridos
De la cercada plaza se salieron,
De armas y cuerpos bárbaros tan llena,
Que sobre ellos andaban á gran pena.

Ningun bárbaro en pié quedó en el fuerte,
Ni brazo que mover pudiese espada:
Solo Mallén, que el punto de la muerte
Le dió de vivir gana acelerada;
Y rendido al temor y baja suerte,
Viéndose de una fiera cuchillada
En el siniestro brazo mal herido,
Detrás de un paredon se habia escondido.

No sintiendo el rumor que antes se oia
Que en torno retumbaba todo el llano,
Que, como dije, ya la muerte habia
Puesto silencio con airada mano,
Dejó aquel paredon, y á ver salia
Si hallaba por allí algun araucano
A quien se encomendar que le salvase,
Y la sensible llaga le apretase.

Mas cuando vió la plaza cuál estaba,
Y en sus amigos tal carniceria,
Que aunque la muerte los desfiguraba,
La envidia conocidos los hacia:
Con ira vergonzosa presentaba
La espada al corazon, y asi decia:
«¿Cómo yo solo quedo por testigo
De la muerte y valor de tanto amigo?

»Cobarde corazon, por cierto indino.
De algun golpe de espada valerosa,
Pues fué por eleccion y no destino
Perder una sazon tan venturosa:
Tú me apartaste ¡oh flaco! del camino
De un eterno vivir, y á vergonzosa
Muerte he venido ya con mengua tuya,
Por mas que la mi diestra lo rehuya.

»Si á mi sangre con esta del estado
Mezclarse aquí le fuere concedido,
Viendo mi cuerpo entre estos arrojado,
Aunque de brazo débil ofendido,
Quizá seré en el número contado
De los que así su patria han defendido;
Mas ¡ay triste de mí! que en la herida
Será mi flaca mano conocida.

»¿Qué indicios bastarán, qué recompensa,
Qué enmienda puedo dar de parte mia,
Que yo satisfacer pueda á la ofensa
Hecha á mi honor y patria y compañia?
Yo turbo el claro honor y fama inmensa
De tantos, pues podrán decir que habia
Entre ellos quien de miedo bajamente
Del enemigo apenas vió la frente.

»¿Por qué al temor doy fuerzas, dilatando
Con prolijas razones mi jornada?
Arrepentirme ¿qué aprovecha, cuando
Ya el arrepentimiento vale nada?»
Aquí cerró la voz, y no dudando
Entrega el cuello á la homicida espada:
Corriendo con presteza el crudo filo
Sin sazon de la vida cortó el hilo.

Cese el furor del fiero Marte airado
Y descansen un poco las espadas,
Entre tanto que vuelvo al comenzado
Camino de las naves derramadas:
Que contra el recio noto porfiando,
De Neptuno las olas levantadas
Prohejando por fuerza iban rompiendo,
Del viento y agua el ímpetu venciendo.

Por entre aquellas islas navegaron
De Sangallá, do nunca habita gente,
Y las otras ignotas se dejaron
A la diestra de parte del poniente,
A Chaule á la siniestra, y arribaron
En Arica, y después difícilmente
Vimos á Capiapó, valle primero
Del distrito de Chile verdadero.

Allí con libertad soplan los vientos
De sus cavernas cóncavas saliendo,
Y furiosos, indómitos, violentos,
Todo aquel ancho mar van discurriendo,
Rompiendo la prision y mandamientos
De Eolo su rey, el cual temiendo
Que el mundo no arruinen, los encierra
Echándoles encima una gran sierra.

No con esto su furia corregida,
Viéndose en sus cavernas apremiados
Buscan con gran estruendo la salida
Por los huecos y cóncavos cerrados;
Y así la firme tierra removida
Tiembla, y hay terremotos tan usados,
Derribando en los pueblos y montañas
Hombres, ganados, casas y cabañas.

Menguan allí las aguas, crece el dia
Al revés de la Europa, porque es cuando
El sol del equinocio se desvía,
Y al Capricornio mas se va acercando:
Pues desde allí las naves que á porfía
Corren al mar, y al austro contrastando
De bóreas ayudadas luego fueron,
Y en el puerto coquímbico surgieron.

Apenas en la deseada arena
Salidos de las naos el pié firmamos,
Cuando el prolijo mar, peligro y pena
De tan largos caminos olvidamos;
Y á la nueva ciudad de la Serena,
Que es dos leguas del puerto, caminamos
En lozanos caballos guarnecidos,
Al esperado tiempo prevenidos.

Donde un caricioso acogimiento
A todos nos hicieron y hospedaje,
Estimando con grato cumplimiento
El socorro y larguísimo viaje;
Y de dulce refresco y bastimento
Al punto se aprestó el matalotaje,
Con que se reparó la hambrienta armada
Del largo navegar necesitada.

A la gente y caballos aguardaban.
Que por áspera tierra y despoblados
Rompiendo con esfuerzo caminaban
De hambres y trabajos fatigados;
Pero á cualquier fortuna contrastaban,
Y desde pocos á la ciudad llegados
Un mes en mucho vicio reposaron,
Hasta que los caballos reformaron.

Al fin del cual sin esperar la flota,
Reparados del áspero camino
Toman de su demanda la derrota,
Llevando á la derecha el mar vecino:
Pasan la fértil Ligua, y á Quillota
La dejaron á un lado, que convino
Entrar en Mapochó, que es do pasaron
Las reliquias de Penco que escaparon.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El sol del comun Géminis salia
Trayendo nuevo tiempo á los mortales,
Y del solsticio por cenit heria
Las puertas y region setentrionales:
Cuando es mayor la sombra al mediodía
Por este apartamiento en las australes,
Y los vientos en mas libre ejercicio
Soplan con gran rigor del austral quicio.

Nosotros sin temor de los airados
Vientos, que entonces con mayor licencia
Andan en esta parte derramados,
Mostrando mas entera su violencia,
A las usadas naves retirados,
Con un alegre alarde y aparencia
Las aferradas áncoras alzamos,
Y al norueste las velas entregamos.

La mar era bonanza, el tiempo bueno,
El viento largo, fresco y favorable,
Desocupado el cielo, y muy sereno
Con muestra y parecer de ser durable:
Seis dias fuimos así; pero al seteno
Fortuna que en el bien jamás fué estable,
Turbó el cielo de nubes, mudó el viento
Revolviendo la mar desde el asiento.

Bóreas furioso aquí tomó la mano
Con presurosos soplos esforzados,
Y súbito en el mar tranquilo y llano
Se alzaron grandes montes y collados.
Los españoles, que el furor insano
Vieron del agua y viento, atribulados
Tomaran por partido estar en tierra,
Aunque del todo hubiera fin la guerra.

De mi nave podré solo dar cuenta
Que era la capitana de la armada,
Que arrojada de la áspera tormenta
Andaba sin gobierno derramada.
Pero ¿quién será aquel que en tal afrenta
Estará tan en sí, que falte en nada?
Que el general temor apoderado
No me dejó aun para esto reservado.

Con tal furia á la nave el viento asalta,
Y fué tan recio y presto el terremoto,
Que la cogió la vela mayor alta,
Y estaba en punto el mástil de ser roto;
Mas viendo el tiempo así turbado, salta
Diciendo á grandes voces el piloto:
¡Larga la triza en banda, larga, larga!
¡Larga presto, ay de mí! que el viento carga.

La braveza del mar, el recio viento,
El clamor, alboroto, las promesas,
El cerrarse la noche en un momento
De negras nubes, lóbregas y espesas;
Los truenos, los relámpagos sin cuento,
Las voces de pilotos, y las priesas
Hacen un son tan triste y armonía,
Que parece que el mundo perecia.

¡Amaina, amaina! gritan marineros,
¡Amaina la mayor, iza trinquete!
Esfuerzan esta voz los pasajeros,
Y á la triza un gran número arremete:
Los otros de tropel corren lijeros
A la escota, á la braza, al chafaldete;
Mas del viento la fuerza era tan brava,
Que ningun aparejo gobernaba.

Abrese el cielo, el mar brama alterado,
Gime el soberbio viento embravecido;
En esto un monte de agua levantado
Sobre las nubes con un gran ruïdo
Embistió el galeon por un costado
Llevándolo un gran rato sumergido,
Y la gente tragó del temor fuerte
A vueltas de agua la esperada muerte.

Mas quiso Dios que de la suerte, como
La gran ballena el cuerpo sacudiendo,
Rompe con el furioso hocico romo
De las olas el ímpetu venciendo;
Descubre y saca el espacioso lomo
En anchos cercos la agua revolviendo:
Así debajo el mar salió el navío
Vertiendo á cada banda un grueso rio.

El proceloso bóreas mas crecido
La mar hasta los cielos levantaba,
Y aunque era un mangle el mástil muy fornido,
Sobre la proa la alta gavia estaba;
La gente con gran fuerza y alarido
En amainar la vela porfiaba,
Que en forma de arco al mástil oprimia,
Y así la racamenta no corria.

Eolo, ó ya fué acaso, ó se doliendo
Del afligido pueblo castellano,
Iba al valiente bóreas recogiendo
Queriendo él encerrarle por su mano;
Y abriendo la caverna, no advirtiendo
Al céfiro que estaba mas cercano,
Rotas ya las cadenas á la puerta,
Salió bramando al mar, viéndola abierta.

Y con violento soplo arrebatando,
Cuantas nubes halló por el camino,
Se arroja al levantado mar, cerrando
Mas la noche con negro torbellino;
Y las valientes olas reparando
Que del furioso cierzo repentino
Iban la via siguiendo, las airaba,
Y el removido mar mas alteraba.

Súbito la borrasca y travesía,
Y un turbion de granizo sacudieron
Por un lado á la nao, y así perdia,
Que al mar las altas gavias descendieron:
Fué la furia tan presta, que aun no habia
Amainado la gente, cuando vieron
Los pilotos la costa y viento airado,
Rindieron la esperanza al duro hado.

La nao del mar y viento contrastada
Andaba con la quilla descubierta,
Ya sobre sierras de agua levantada,
Ya debajo del mar toda cubierta:
Vino en esto de viento una grupada
Que abrió á la agua furiosa una ancha puerta,
Rompiendo del trinquete la una escota,
Y la mura mayor fué casi rota.

Alzóse un alarido entre la gente
Pensando haber del todo zozobrado;
Miran al gran piloto atentamente
Que no sabe mandar de atribulado;
Unos dicen: ¡zaborda!, otros: ¡detente!
¡Cierra el timon en banda! y cuál turbado
Buscaba escotillon, taba ó madero,
Para tentar el medio postrimero.

Crece el miedo, el clamor se multiplica,
Uno dice: ¡á la mar! otro: ¡arribemos!
Otro da grita: ¡amaina! otro replica:
¡A orza, no amainar, que nos perdemos!
Otro dice: ¡herramientas; pica, pica!
¡Mástiles y obras muertas derribemos!
Atónita de acá y de allá la gente
Corre en monton confuso diligente.

Las gúmenas y jarcias rechinaban
Del turbulento céfiro estiradas,
Y las hinchadas olas rebramaban
En las vecinas rocas quebrantadas:
Que la escura tiniebla penetraban,
Y ser razon de nubes intrincadas;
Y así en las peñas ásperas batian
Que blancas hasta el cielo resurtian.

Travesía era el viento, y por vecina
La brava costa de arrecifes llena,
Que del grande reflujo en la marina
Hervia el agua mezclada con la arena:
Rota la escota, larga la bolina,
Suelto el trinquete, sin calar la entena,
Y la poca esperanza quebrantada
Por el furioso viento arrebatada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CANTO XVI

En este canto se acaba la tormenta; contiénese la entrada de los españoles en el puerto de la Concepción y isla de Talcaguano; el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron; la diferencia que entre Peteguelén y Tucapel hubo, asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó.

Salga mi trabajada voz, y rompa
El son confuso y mísero lamento
Con eficacia, y fuerza, que interrompa
El celeste y terrestre movimiento:
La fama con sonora y clara trompa
Dando mas furia á mi cansado aliento,
Derrame en todo el orbe de la tierra
Las armas, el furor y nueva guerra.

Dedme, ó sacro señor, favor, que creo
Que es lo que mas aquí puede ayudarme,
Pues en tan gran peligro ya no veo
Sino vuestra fortuna en que salvarme:
Mirad donde me ha puesto el buen deseo,
Favoreced mi voz con escucharme,
Que luego el bravo mar viéndoos atento
Aplacará su furia y movimiento.

Y á vuestra nave el rostro revolviendo,
La socorred en este grande aprieto,
Que si decirse es lícito, yo entiendo
Que á vuestra voluntad todo es sujeto:
Aunque el soberbio mar contraveniendo
De los hados al áspero decreto,
Arrancando las peñas de su suelo,
Mezcle sus altas olas con el cielo.

Espero que la rota nave mia
Ha de arribar al puerto deseado,
A pesar de los hados y porfía
Del contrapuesto mar y viento airado,
Que procuran así impedir la via,
Y diferir el término llegado
En que la antigua causa tan reñida
Por vuestra parte había de ver vencida.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Los cuatro poderosos elementos
Contra la flaca nave conjurados,
Traspasando sus términos y asientos
Iban del todo ya desordenados:
Indómitos, airados y violentos,
Removidos, revueltos y mezclados
En su antigua discordia y fuerza entera,
Como en el caos y confusion primera.

Pues de tantos contrarios combatida
La quebrantada nave forcejando,
Iba casi de un lado sumergida
Las poderosas olas contrastando;
Mas ya al furioso viento y mar rendida,
Sin poder resistir se va acercando
A los yertos peñascos levantados,
De las violentas olas azotados.

Con la congoja del morir presente
Las voces y las lástimas crecian,
Que llevadas del céfiro inclemente
Lejos las rocas cóncavas herian:
Pilotos, marineros y la gente,
Como locos sin orden discurrian:
Unos dicen: ¡alarga! y otros: ¡iza!
Quien por ir á la escota va á la triza.

El uno con el otro se atraviesa,
Y así turbado del temor se impide:
Quién á públicas voces se confiesa,
Y á Dios perdon de sus errores pide:
Quién hace voto espreso, quién prómesa,
Quién de la ausente madre se despide,
Haciendo el gran temor siempre mayores
Los lamentos, plegarias y clamores.

Por otra parte el cielo riguroso
Del todo parecia venir al suelo,
Y el levantado mar tempestüoso
Con soberbia hinchazon subir al cielo.
¿Qué es esto, eterno Padre poderoso?
¿Tanto importa anegar un navichuelo,
Que el mar, el viento y cielo de tal modo
Pongan su fuerza estrema y poder todo?

No la barca de Amiclas asaltada
Fué del viento y del mar con tal porfía,
Que aunque de leños frágiles armada
El peso y ser del mundo sostenia;
Ni la nave de Ulises, ni la armada
Que de Troya escapó el último dia,
Vieron con tal furor el viento airado,
Ni el removido mar tan levantado.

La confianza y ánimo mas fuerte
Al temor se entregaban importuno:
Que la espantosa imagen de la muerte
Se le imprimió en el rostro á cada uno;
Del todo ya rendidos á su suerte,
Sin esperanza de remedio alguno,
El gobierno dejaban á los hados,
Corriendo acá y allá desatinados.

Cuando un golpe de mar incontrastable
Bramando en un turbion de viento envuelto
Rompió de la gran mura un grueso cable,
Cubriendo el galeon ya todo vuelto.
Pero aquí sucedió un caso notable,
Y fué que el puño del trinquete suelto
Trabó del gran vaivén á la pasada
El un diente de la áncora amarrada;

Y cual si fuera estaca mal asida
La arranca de su asiento y la arrebata,
Y acá y allá del viento sacudida
Todo lo abate, rompe y desbarata.
Mas Dios, que de los suyos no se olvida,
Aunque á las veces su favor dilata,
Hizo que en el bauprés dichosamente
El áncora aferrase el corvo diente.

La vela se fijó, y en el momento,
Gobernó el galeón rumbo derecho,
Y á despecho del mar y recio viento,
Botando á orza el timon salió al levecho.
Fué tanto nuestro súbito contento,
Que el temeroso inadvertido pecho
Pudo sufrir difícilmente á un punto
El estremo de pena y gozo junto.

Luego pues que la súbita alegria
Lanzó fuera al temor desconfiado,
Y á su lugar volvió la sangre fria
Que había los miembros ya desamparado,
La esforzada y contrita compañía,
El rostro al cielo en lágrimas bañado,
Con oracion devota y sacrificio
Dió las gracias á Dios del beneficio.

Mas el hinchado mar embravecido,
Y el indómito viento rebramando,
Al bajel acometen con ruïdo
En vano, aunque se esfuerza, porfiando:
Que la fortuna de Felipe asido
Ajorro ya le lleva remolcando
Sobre las altas olas espumosas,
Aun de anegar los cielos deseosas.

En esto la cerrada niebla escura
Por el furioso viento derramada,
Descubrimos al este la Herradura,
Y al sur la isla de Talca levantada:
Reconocida ya nuestra ventura,
Y la araucana tierra deseada,
Viendo el morro de Penco descubierto,
Arribamos á popa sobre el puerto.

El cual está amparado de una isleta
Que resiste al furor del norte airado,
Y los continuos golpes de mareta
Que le baten furioso de aquel lado:
La corva y larga punta una caleta
Hace y seno tranquilo y sosegado,
Do las cansadas naves, como digo,
Hallan seguro albergue y dulce abrigo.

La nave sin gobierno destrozada
Surgió al alto reparo de una sierra,
En gruesa amarra y áncora afirmada
Que con tenace diente aferró tierra:
Apenas la alta vela fué amainada,
Cuando el alegre estruendo de la guerra
Nos estendió, tocando en los oidos,
Los ánimos y niervos encogidos.

La isleta es habitada de una gente
Esforzada, robusta y belicosa,
La cual viendo una nave solamente,
Venida allí por suerte venturosa,
Gritando: «Guerra, guerra», alegremente
Toma las fieras armas, y furiosa
Con gran rebato y priesa repentina
Corre en tropel confuso á la marina.

En la falda de un áspero recuesto
En formado escuadron se representa;
Y nosotros con ánimo dispuesto
A cualquiera peligro y grande afrenta
Arremetimos á las armas presto:
Que el trabajo pasado y la tormenta
Nos hizo á todos estimar en nada
Cualquiera otro peligro y gran jornada.

Con recobrado aliento y nuevo brío
Corrimos al batel, de la manera
Que si lejos de tierra en un bajío
Encallada la nave ya estuviera;
Y por los anchos lados el navío
Sus dos grandes bateles echó fuera,
En los cuales saltamos tanta gente,
Cuanta pudo caber estrechamente.

No es poético adorno fabuloso,
Mas cierta historia y verdadero cuento,
Ora fuese algun caso prodigioso,
O estraño agüero y triste anunciamiento,
Ora violencia de astro riguroso,
Ora inusado y rapto movimiento,
Ora el andar el mundo, y es mas cierto,
Fuera de todo término y concierto:

Que el viento ya calmaba, y en poniendo
El pié los españoles en el suelo,
Cayó un rayo, de súbito volviendo
En viva llama aquel ñudoso velo;
Y en forma de lagarto discurriendo
Se vió hender una cometa el cielo:
El mar bramó, y la tierra resentida,
Del gran peso gimió como oprimida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cortó súbito allí un temor helado
La fuerza á los turbados naturales,
Por siniestro pronóstico tomado
De su ruïna y venideros males,
Viendo aquel movimiento desusado,
Y los prodigios tristes y señales
Que su destrozo y pérdida anunciaban,
Y á perpetua opresion amenazaban.

Desto medrosos aguardar no osaron,
Que soltando las armas ya rendidas
Del cerrado escuadron se derramaron,
Procurando salvar las tristes vidas,
El patrio nido al fin desampararon,
Y con mujeres, hijos y comidas
Por secretos caminos y senderos
Se escaparon en balsas y maderos.

Luego los nuestros sin parar corriendo
Las casas yermas, chozas y moradas,
Iban en todas partes descubriendo
Las rústicas viandas levantadas;
Y con gran diligencia preveniendo
Los caminos, las sendas y paradas,
Por cavernas y espesos matorrales
Buscaban los ausentes naturales.

Donde en breve sazon fueron hallados
Algunos pobres indios escondidos,
Otros en pueblezuelos salteados
Que aun no estaban del miedo apercebidos;
Mas con buen tratamiento asegurados,
Dándoles jotas, llautos y vestidos,
Y palabras de amor los aquietaban,
Y á sus casas de paz los enviaban.

Dándoles á entender que nuestro intento
Y causa principal de la jornada
Era la religion y salvamento
De la rebelde gente bautizada,
Que en desprecio del santo sacramento,
La recibida ley y fe jurada
Habian pérfidamente quebrantado,
Y las armas ilícitas tomado.

Pero que si quisiesen convertirse
A la cristiana ley que antes tenian,
Y á la fe quebrantada reducirse,
Que al grande Carlos quinto dado habian,
En todas las mas cosas convenirse
A su provecho y cómodo podrian,
Haciéndoles con prendas, firme y cierto,
Cualquier partido licito y concierto.

Luego los instrumentos convenientes
Al uso militar y á la vivienda
Sacamos en las partes competentes,
Que no hay quien los impida, ni defienda:
Donde todos á un tiempo diligentes,
Cuál arma pabellon, cuál toldo ó tienda,
Quién fuego enciende, y en el casco usado
Tuesta el húmido trigo mareado.

La negra noche horrenda y espantosa
Cubriendo tierra y mar cayó del cielo,
Dejando antes de tiempo presurosa
Envuelto el mundo en tenebroso velo:
No quedó pabellon, tienda ni cosa
Que el viento allí no la abatiese al suelo,
Pareciendo con nuevo movimiento
Descansar la isleta de su asiento.

Hasta que el tardo y deseado dia
Las nubes desterró, y dejó sereno
El cielo, revistiendo de alegría
El aire escuro y húmido terreno:
Luego la trabajada compañía
Conociendo el instable tiempo bueno,
Procura reparar con diligencia
Del riguroso invierno la violencia.

Unos prestos destechan los pajizos
Albergues de los indios ausentados,
Otros con tablas, ramas y carrizos
Al nuevo alojamiento van cargados;
Y sobre troncos de árbolos rollizos
En las hondas arenas afirmados,
Gran número de ranchos levantamos,
Y en breve espacio un pueblo fabricamos.

Del modo que se ven los pajarillos
De la necesidad misma instruidos,
Por techos y apartados riconcillos
Tejer y fabricar los pobres nidos,
Que de pajas, de plumas y ramillos
Van y vienen los picos impedidos:
Así en el yermo y descubierto asiento
Fabrica cada cual su alojamiento.

Ya que todos, señor, nos alojamos
En el húmido sitio pantanoso,
Y con industria y arte reparamos
La furia del invierno riguroso,
Las necesarias armas aprestamos,
Soltando con estrépito espantaso
La gruesa y reforzada artilleria,
Que en torno tierra y mar temblar hacia.

En las remotas bárbaras naciones
El grande estruendo y novedad sintieron;
Pacos, vicuñas, tigres y leones
Acá y allá medrosos discurrieron;
Los delfines, nereidas y tritones
En sus hondas cavernas se escondieron,
Deteniendo confusos sus corrientes
Los presurosos rios y las fuentes.

Sintióse en el estado la estampida,
Y algunos tan átonitos quedaron,
Que la dura cerviz nunca oprimida
Sobre los yertos pechos inclinaron:
Así avisados ya de la venida
Los instrumentos bélicos tocaron,
Descogiendo por todas las riberas
Sus lucidos pendones y banderas.

En el valle de Ongolmo congregados
Los deciseis caciques auracanos,
Y algunos capitanes señalados
De los interesados comarcanos,
Todos en general deliberados
De venir con nosotros á las manos,
Sobre el lugar, el tiempo y aparejo
Entraron los caciques en consejo.

Rengo también con ellos, que admitido
Fué el consejo de guerra por valiente,
Que, si ya os acordais, quedó aturdido
En Mataquito entre la muerta gente;
Pero volvió después en su sentido,
Y al cabo se escapó dichosamente,
Que, aunque falto de sangre, tuvo suerte
Contra la furia de la airada muerte.

Caupolicán en medio dellos puesto
A todos con los ojos rodeando,
Que con silencio y ánimo dispuesto
Estaban sus razones aguardando;
Con sesgo pecho y con sereno gesto
La voz en tono grave levantando,
Rompió el mudo silencio, y echó fuera
El intento y furor desta manera:

«Esforzados varones, ya es venido,
Segun vemos las muestras y señales,
Aquel felice tiempo prometido
En que habemos de hacernos inmortales;
Que la fortuna próspera ha traido
De las últimas partes orientales
Tantas gentes en una compañía
Para que las venzais en solo un dia.

»Y á costa y precio de su sangre y vidas
Del todo eterniceis vuestras espadas,
Y nuestras viejas leyes oprimidas
Sean en su libre fuerza restauradas,
Que por remotos reinos estendidas
Han de ser inviolables y sagradas,
Viviendo en igualdad debajo dellas
Cuantos viven debajo las estrellas.

»Y pues que con tan loco pensamiento
Estas gentes se os han desvergonzado,
Y en vuestra tierra y defendido asiento
Las banderas tendidas han entrado,
Es bien que el insolente atrevimiento
Quede con nuevo ejemplo castigado,
Antes que dando cuerda á su esperanza
Les dé fuerza y consejo la tardanza.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Así en resolucion me determino,
Si, señores, también os pareciere,
Que demos con asalto repentino
Sobre ellos lo mejor que ser pudiere,
Y nadie piense que hay otro camino
Sino el que con su fuerza y brazo abriere:
Que las rabiosas armas en las manos
Los han de dar por justos ó tiranos.»

A la plática fin con esto puso;
Y el buen Peteguelén, viejo severo,
Por mas antiguo su razon propuso
Como soldado y sabio consejero,
Diciendo: «¡Oh capitanes! no rehuso
De derramar mi sangre yo el primero,
Que aunque por mi vejez parezca helada
En el pecho me hierve alborotada.

»Pero sola una cosa me detiene
Haciéndome dudar el rompimiento,
Y es la cierta noticia que se tiene
Que es mucha gente y mucho el regimiento:
Así que claro vemos que conviene
Gran resistencia á grande movimiento,
Que siempre de estimar poco las cosas
Suceden las dolencias peligrosas.

»Que pues el sitio y puesto que han tomado
Es por natura fuerte y recogido,
Del mar y altos peñascos rodeado,
Por todas partes libre y defendido,
Será de mas proverho y acertado
Que á su plática y trato deis oido,
Y que no se les niegue y contradiga,
Pues que solo el oir á nadie obliga.

»Que no podrá dañar, y en el comedio
Podreis apercibir y juntar gente,
Y en secreto aprestar para el remedio
Todo lo necesario y conveniente,
En las cosas difíciles dar medio,
Proveer á cualquiera inconveniente,
Atajar y romper los pasos llanos,
Y al cabo remitirnos á las manos.»

No pudo decir mas, que ardiendo en ira
El bravo Tucapel, con voz furiosa,
Diciendo le atajó: «Quien tanto mira
Jamás emprenderá jornada honrosa;
Y si todo el estado se retira
Por parecerle que esta es peligrosa,
Yo solo tomaré sin compañía
Las armas, causa y cargo á cuenta mia.

»¿Por ventura teneis desconfianza
De vuestras propias fuerzas tan probadas?
Pues en cuanto arrojar pueden la lanza,
Y rodear los brazos las espadas,
Dais causa que se note en vos mudanza,
Y que vuestras vitorias mancilladas
Quoden con bajo y mísero partido,
Y nuestro honor y crédito ofendido.

»Pues entended que mientras yo tuviere
Fuerza en el brazo y voz en el senado,
Diga Peteguelén lo que quisiere,
Que esto ha de ser por armas sentenciado.
Y quien otro camino pretendiere
Primero le abrirá por mi costado;
Que esta ferrada maza, y no oraciones
Les ha de dar las causas y razones.

»Si los que así os preciais de bien hablados
El ánimo os bastare y el denuedo
De combatir sobre esto en campo armados,
Os probaré mas claro lo que puedo;
Mas quereisos mostrar tan concertados,
Que llamando prudencia á lo que es miedo,
Por no poner en riesgo vuestra vida
A todo con parlar dareis salida.»

Peteguelén responde: «Pues no halla
Nunca en tí la razon acogimiento,
Yo solo viejo quiero la batalla
Y castigar tu loco atrevimiento;
De piel curtida armados ó de malla,
Con lanza, espada ó maza, á tu contento,
Para mostrar que en justas ocasiones
Tengo mas largas manos que razones.»

¿Quién pudiera pintar el rostro esquivo
Que Tucapel mostraba contra el cielo,
Lanzando por los ojos fuego vivo,
No se dignando de mirar al suelo?
Dijo: «Al fin pensamiento tan altivo
Ya es digno del furor de Tucapelo;
Mas por mi honor y por tu edad querria
Que metieses contigo compañía.»

El viejo respondió: «Jamás de ajenas
Fuerzas en ningun tiempo me he ayudado,
Ni de sangre aun están vacias mis venas,
Ni siento el brazo así debilitado,
Que no te piense dar las manos llenas;»
Mas Rengo su sobrino levantado
Se atravesó diciendo: «El desafío
Acepto yo, si quieres, por mi tio.»

«Quiérolo, pido y soy dello contento,
Gritaba Tucapel, y á diez contigo.»
Mas saltando Orompello de su asiento
Dijo: «Tú lo has de haber, Rengo, conmigo.»
También enmendaré tu atrevimiento,
Responde el fiero Rengo, y mas te digo,
Que en poco tu amenaza y campo estimo
Después que haya acabado el de tu primo.»

Tucapelo le dijo: «Castigarte
Pienso de tal manera yo primero,
Que le cabrá á Orompello poca parte,
Que á bien librar serás mi prisionero:
Afuera, afuera, sús, haceos aparte,
Que dilatar el término no quiero,
Pues armas, tiempo y voluntad tenemos,
Sino que luego aquí lo averigüemos.»

Rengo y Peteguelén le respondieran
A un tiempo con las armas y razones,
Si en medio á la sazon no se pusieran
Muchos caciques nobles y varones,
Pidiendo que suspendan y difieran
Aquellas amenazas y cuestiones,
Hasta que la fortuna declarada
Diese próspero fin á la jornada.

Caupolicán estaba ya impaciente
De ver que Tucapelo cada dia
En guerra, en paz, con término insolente
Sin causa ni atencion los revolvia;
Mas hubo de llevarlo blandamente,
Que el tiempo y la sazon lo requeria;
Y así con gravedad y manso ruego
La furia mitigó y apagó el fuego.

Quedando entre ellos puesto y acetado
Que luego que la guerra concluyesen,
El viejo y Tucapel en estacado
Francos de solo á solo combatiesen;
Después, que Tucapel y Rengo armado
Ansimismo su causa definiesen.
El rumor aplacado, Colocolo
Los comenzó á decir hablando solo:

«Generosos caciques, si licencia
Tenemos de decir lo que alcanzamos
Los que por largos años y esperiencia
Los futuros sucesos rastreamos,
Vemos que nuestras fuerzas y potencia
En solo destrüirnos las gastamos,
Y el tirano cuchillo apoderado
Sobre nuestras gargantas levantado.

»Y lo que da señal clara que sea
Cierta vuestra caida y mi recelo,
Es que ya la fortuna titubea,
Y comienza á turbarse nuestro cielo:
Cuando un gran edificio se ladea
No está muy lejos de venir al suelo;
La máquina que en falso asiento estriba
Su misma pesadumbre la derriba.

»Así que ya, si mi opinion no yerra,
Segun el proceder y los indicios,
Temo y con gran razón de ver por tierra
Nuestros mal cimentados edificios;
Y convertido el uso de la guerra
En serviles y bajos ejercicios,
Quebrantándose al fin vuestra protervia
Fundada en una vana y gran soberbia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Muerto á Lautaro vemos, y perdidas
Con gran deshonra nuestras tres banderas:
Rotas nuestras escuadras y tendidas
Al viento y sol por pasto de las fieras;
Las fuerzas y opiniones divididas,
Lleno el campo de gentes estranjeras,
Y las furiosas armas alteradas
Contra sus mismos pechos declaradas.

»Mirad que así por ciega inadvertencia
La patria muere y libertad perece,
Pues con sus mismas armas y potencia
Al derecho enemigo favorece:
Incurable y mortal es la dolencia
Cuando á la medicina no obedece,
Y bestial la pasión y detestable
Que no sufre el consejo saludable.

»¿Por qué con tanta saña procuramos
Ir nuestra sangre y fuerzas apocando,
Y envueltos en civiles armas damos
Fuerza y derecho al enemigo bando?
¿Por qué con tal furor despedezamos
Esta unión invencible, condenando
Nuestra causa aprobada y armas justas,
Justificando en todo las injustas?

»¿Qué rabia ó qué rencor desatinado
Habeis contra vosotros concebido,
Que así quereis que el araucano estado
Venga á ser por sus manos destruïdo,
Y en su virtud y fuerzas ahogado
Quede con nombre infame sometido
A las estrañas leyes y gobierno
En dura servidumbre y yugo eterno?

»Volved sobre vosotros, que sin tiento
Correis á toda prisa á despeñaros;
Refrenad esa furia y movimiento,
Que es la que puede en esto mas dañaros:
Sufrís al enemigo en vuestro asiento
Que quiere como á brutos conquistaros,
¿Y no podeis sufrir aquí impacientes
Los consejos y avisos convenientes?

»Que es cierto falta de ánimo, y bastante
Indicio de flaqueza disfrazada,
Teniendo al enemigo tan delante
Revolver contra sí la propria espada,
Por no esperar con ánimo constante
Los duros golpes de fortuna airada,
A los cuales resiste el pecho fuerte
Que no quiere acabarlo con la muerte.

»Pero pues tanto esfuerzo en vos se encierra
Que á veces por ser tanto lo condeno,
Y de vuestras hazañas no esta tierra,
Mas todo el universo anda ya lleno:
Cese, cese el furor y civil guerra,
Y por el bien comun tened por bueno
No romper la hermandad con torpes modos,
Pues que miembros de un cuerpo somos todos.

»Si á la cansada edad y largos dias
Algun respeto y crédito se debe,
Mirad á estas antiguas canas mias
Y al bien público y celo que me mueve,
Para que diferais vuestras porfías
Por alguna sazon y tiempo breve,
Hasta que el español furor decline,
Y la causa comun se determine.

»Y pues de vuestra discrecion espero
Que ospondrá en el camino que conviene,
Traer otras razones mas nos quiero,
Pues con vos la razon tal fuerza tiene.
Dejadas pues aparte, lo primero
Que venir á las manos nos detiene,
Y pone freno y límite al deseo,
Es el poco aparejo que aquí veo.

»Que por todas las partes nos divide
Este brazo de mar que veis en medio,
Y nuestra pretension y paso impide
Sin tener de pasaje algun remedio;
Y pues el enemigo se comide
A tratar de concierto y nuevo medio,
Aunque nunca pensemos acetarlos
No nos podrá dañar el escucharlos.

»Pues por este camino tomaremos
Lengua de su intencion y fundamento,
Que cuando no sea lícita podremos
Venir de todo en todo á rompimiento.
También en este término haremos
De armas y municion preparamento:
Que estas serán al fin las que de hecho
Habrán de declarar este derecho.

»Mas conviene advertir, claros varones,
Para llevar las cosas bien guiadas,
Que nuestras esteriores intenciones
Vayan siempre á la paz enderezadas,
Mostrándonos de flacos corazones,
Las fuerzas y esperanzas quebrantadas,
Y la tierra de minas de oro rica,
Cebo goloso en que esta gente pica.

»Quizá por este término sacalla
Podremos del isleño sitio fuerte,
Y con fingida paz aseguralla
Trayéndola por mañas á la muerte;
Y sin rumor, ni muestra, ni batalla
Abramos la carrera de tal suerte
Que venga á tierra firme, confiada
En el seguro paso y franca entrada.»

A su habla dió fin el sabio anciano,
Y hubo allí pareceres diferentes,
Diciendo que el peligro era liviano
Para tanto temor é inconvenientes;
Pero Purén, Lincoya, y Talcaguano,
Lemolemo, Elicura mas prudentes
Al parecer del viejo se arrimaron,
Y así á los mas los menos se allanaron.

Despachando de allí con diligencia
Al joven Millalauco generoso,
Hombre de gran lenguaje y esperiencia,
Cauto, sagaz, solícito y mañoso:
Que con fingida muestra y apariencia
De algun partido honesto y medio honroso
Nuestro intento y designios penetrase,
Y el sitio, gente y número notase.

El cual por los caciques instruido
Segun el tiempo en lo que mas convino,
En una larga góndola metido
Sin más se detener tomó el camino,
Y de los prestos remos impelido
En breve á nuestro alojamiento vino,
Adonde sin estorbo libremente
Saltó luego seguro con su gente.

Al puerto habian también con fresco viento
Tres naves de las nuestras arribado
Llenas de armas, de gente y bastimento
Con que fué nuestro campo reforzado:
Era tanto el rumor y movimiento
Del bélico aparato, que admirado
El cauteloso Millalauco estuvo,
Y así confuso un rato se detuvo.

Mas sin darlo á entender disimulando
Por medio del bullicio atravesaba,
Los judiciosos ojos rodeando
Las armas, gente y ánimos notaba;
Y el negocio entre sí considerando
El deseado fin dificultaba,
Viendo cubierto el mar, llena la tierra
De gente armada y máquinas de guerra.

Llegado al pabellon de don García,
Hallándome con otros yo presente,
Con una moderada cortesía
Nos saludó á su modo alegremente,
Levantando la voz; pero la mia,
Que fatigada de cantar se siente,
No puede ya llevar un tono tanto,
Y así es fuerza dar fin en este canto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CANTO XVII

Hace Millalauco su embajada. Salen los españoles de la isla, levantando un fuerte en el cerro de Penco; vienen los araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en aquel mismo tiempo pasaba sobre la plaza fuerte de San Quintin.

Nunca negarse deben los oidos
A enemigos ni amigos sospechosos,
Que tanto os dejan mas apercibidos
Cuanto vos los teneis por cautelosos;
Escuchados serán mas entendidos
Ora sean verdaderos ó engañosos:
Que siempre por señales y razones
Se suelen descubrir las intenciones.

Cuando piensan que mas os desatinan
Con su máscara falsa y trato estraño,
Os despiertan, avisan, encaminan,
Y encubriendo descubren el engaño:
Veis el blanco y el fin adonde atinan,
El pro y el contra, el interés y el daño:
No hay plática tan doble y cautelosa
Que della no se infiera alguna cosa.

Y no hay pecho tan lleno de artificio
Que no se le penetre algun conceto;
Que las lenguas al fin hacen su oficio
Y mas si el que oye sabe ser discreto.
Nunca el hablar dejó de dar indicio,
Ni el callar descubrió jamás secreto:
No hay cosa mas difícil bien mirado
Que conocer un necio si es callado.

Y es importante punto y necesario
Tener el capitán conocimiento
Del arte y condicion del adversario,
De la intencion, designio y fundamento;
Si es cuerdo y reportado ó temerario,
De pesado ó lijero movimiento,
Remiso ó diligente, incauto, astuto,
Vario, indeterminable ó resoluto.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Así vemos que el bárbaro senado
Por saber la intencion del enemigo
Al cauto Millalauco habia enviado
Debajo de figura y voz de amigo,
Que con semblante y ánimo doblado,
Mostrándose cortés, como atrás digo,
El rostro á todas partes revolviendo
Alzó recio la voz así diciendo:

«Dichoso capitán y compañía,
A quien por bien de paz soy enviado
Del araucano estado y señoría,
Con voz y autoridad del gran senado:
No penseis que el temor y cobardía
Jamás nos haya á término llegado
De usar, necesitados de remedio,
De algun partido infame y torpe medio.

»Pues notorio os será lo que se estiende
El nombre grande y crédito araucano,
Que los estraños términos defiende
Y asegura debajo de su mano;
Y también de vosotros ya se entiende
Que movidos de celo y fin cristiano
Con gran moderacion y disciplina
Venis á derramar vuestra dotrina.

»Siendo pues esto así como la muestra
Que habeis dado hasta aquí lo verifica,
Y la buena opinion y fama vuestra
Con claras y altas voces lo publica:
Yo os vengo á asegurar de parte nuestra,
Y así á todos por mí se os certifica
Que la ofrecida paz tan deseada
Será por los caciques aceptada.

»Que el inclito senado habiendo oido
De vuestra parte algunas relaciones,
Con sabio acuerdo y parecer movido,
Por legítimas causas y razones
Quiere aceptar la paz, quiere partido
De lícitas y honestas condiciones,
Para que no padezca tanta gente
Del pueblo simple y género inocente.

»Que si la fe inviolable y juramento
De vuestra parte con amor pedido,
Y el gracioso y seguro acogimiento
De nuestra voluntad libre ofrecido,
Pueden dar en las cosas firme asiento
Con honra igual y lícito partido,
Sin que los nuestros súbditos y estados
Vengan por tiempo á ser menoscabados:

»A Carlos sin defensa y resistencia
Por amigo y señor le admitiremos,
Y el servicio indebido y obediencia
De nuestra voluntad le ofreceremos;
Mas si quereis llevarlo por violencia,
Antes los propios hijos comeremos,
Y vereis con valor nuestras espadas
Por nuestro mismo pecho atravesadas.

»Pero por trato llano sin recelo
Podreis por vuestro rey alzar bandera,
Que el estado las armas por el suelo
Con los brazos abiertos os espera,
Reconociendo que el benigno cielo
Le llama á paz segura y duradera
Quedando para siempre lo pasado
En perpetuo silencio sepultado.»

Aquí dió fin al razonar, haciendo
A su modo y usanza una caricia,
Siempre en su proceder satisfaciendo
A nuestra voluntad y á su malicia;
Y el bárbaro poder disminuyendo
Nos aumentaba el ánimo y codicia,
Dándonos á entender que habia flaqueza
Y abundancia de bienes y riqueza.

Oida la embajada, don García,
Haciéndole gracioso acogimiento,
En suma respondió que agradecia
La propuesta amistad y ofrecimiento,
Y que en nombre del rey satisfaria
Su buena voluntad con tratamiento
Que no solo no fuesen agraviados,
Mas de muchos trabajos relevados.

Hizo luego sacar á dos sirvientes
Por mas confirmacion algunos dones,
Ropas de mil colores diferentes,
Jotas, llautos, chaquiras y listones,
Insignias y vestidos competentes
A nobles capitanes y varones,
Siendo de Millalauco recibido
Con palabras y término cumplido.

Así que, con semblante y apariencia
De amigo agradecido y obligado,
Pidiendo al despedir grata licencia
A la barca volvió que habia dejado;
Y con la acostumbrada diligencia
Al tramontar del sol llegó al estado
Do recibido fué con alegría
De toda aquella noble compañía.

Visto el despacho y la ocasion presente
Los caciques la junta dividieron,
Y dando muestra de esparcir la gente
A sus casas de paz se retrujeron,
Adonde sin rumor secretamente
Las engañosas armas previnieron,
Moviendo del comun las voluntades
Aparejadas siempre á novedades.

Nosotros no sin causa sospechosos
Allí mas de dos meses estuvimos,
Y á las lluvias y vientos rigurosos
Del impacable invierno resistimos;
Mas pasado este tiempo, deseosos
De saber su intencion, nos resolvimos
En dejar el isleño alojamiento
Haciendo en tierra firme nuestro asiento.

Ciento y treinta mancebos florecientes
Fueron en nuestro campo apercibidos,
Hombres trabajadores y valientes
Entre los mas robustos escojidos,
De armas y de instrumentos convenientes
Secreta y sordamente prevenidos:
Yo con ellos también, que vez ninguna
Dejé de dar un tiento á la fortuua.

Para que en un pequeño cerro exento,
Sobre la mar vecina relevado,
Levantasen un muro de cimiento,
De fondo y ancho foso rodeado,
Donde pudiese estar sin detrimento
Nuestro pequeño ejército alojado,
En cuanto los caballos arribaban,
Que ya teníamos nueva que marchaban.

Pues salidos á tierra entenderian
La intencion de los bárbaros dañada,
Que en secreto las armas prevenian
Con falso rostro y amistad doblada:
De do si se moviesen les darian
Algun asalto y súbita ruciada,
Que quebrantado el ánimo y denuedo
Viniesen á la paz de puro miedo.

Era imaginacion fuera de tino
Pensar que los soberbios araucanos
Quisiesen de concordia algun camino
Viéndose con las armas en las manos;
Pero con la presteza que convino,
Los ciento y treinta jóvenes lozanos
Pasaron á la tierra sin ayuda
Mas que el amparo de la noche muda.

Y aunque era en esta tierra el tiempo cuando
Virgo alargaba apriesa el corto dia
Las variables horas restaurando
Que usurpadas la noche le tenia,
Antes que la alba fuese desterrando
Las nocturnas estrellas, parecia
La cumbre del collado levantada
De gente y materiales ocupada.

Cuáles con barras, picos y azadones
Abren los hondos fosos y señales;
Cuáles con corvos y anchos cuchillones,
Hachas, sierras, segures y destrales
Cortan maderos gruesos y troncones
Y fijados en tierra con tapiales
Y trabazon de leños y faginas
Levantan los traveses y cortinas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No con tanto hervor la tiria gente
En la labor de la ciudan famosa
Solícita, oficiosa y diligente
Andaba en todas partes presurosa;
Ni César levantó tan de repente
En Dirrachio la cerca milagrosa,
Con que cercó el ejército esparcido
Del enemigo yerno inadvertido:

Cuanto fué de nosotros coronada
De una gruesa muralla la montaña,
De fondo y ancho foso rodeada
Con ocho gruesas piezas de campaña;
Siendo á vista de Arauco levantada
Bandera por Felipe, Rey de España,
Tomando posesion de aquel estado
Con lo demás del padre renunciado.

Túvose por un caso nunca oido
De tanto atrevimiento y osadía,
Entre la gente plática tenido
Mas por temeridad que valentía,
Que en el soberbio estado así temido
Los ciento y treinta en poco mas de un dia
Pudiésemos salir con una cosa
Tanto cuanto difícil peligrosa.

Nuestra gente del todo recogida,
La cual luego segura al fuerte vino,
Que el alto sitio y pólvora temida
Hizo fácil y llano aquel camino;
Por las anchas cortinas repartidas
Segun y por el orden que convino,
Nos pusimos allí todos á una
Debajo del amparo de fortuna.

La pregonera fama, ya volando
Por el distrito y término araucano,
Iba de lengua en lengua acrecentando
El abreviado ejército cristiano,
La gente popular amedrentando
Con un hueco rumor y estruendo vano
Que lo incierto á las veces certifica,
Y lo cierto, si es mal, lo multiplica.

Llegada pues la voz á los oidos
De nuestros enemigos conjurados,
No mirando á los tratos y partidos
Por una parte y otra asegurados;
Con súbita presteza apercibidos
De municiones, armas y soldados,
Sin aguardar á mas trataron luego
De darnos el asalto á sangre y fuego.

Juntos para el efecto en Talcaguano,
Dos millas poco mas del fuerte asiento,
El esforzado mozo Gracolano,
De gran disposicion y atrevimiento,
Dijo en voz alta: «¡Oh gran Caupolicano!
Si en algo es de estimar mi ofrecimiento,
Prometo que mañana en el asalto
Arbolaré mi enseña en lo mas alto.

»Y porque á tí, señor, y á todos quiero
Haceros de mis obras satisfechos,
Con esta usada lanza me profiero
De abrir lugar por los contrarios pechos:
Y que será mi brazo el que primero
Barahuste las armas y pertrechos,
Aunque mas dificulten la subida,
Y todo el universo me lo impida.»

Así dijo; y los bárbaros en esto,
Porque ya las estrellas se mostraban,
Al fuerte en escuadron con paso presto
Cubiertos de la noche se acercaban,
Y en una gran barraca, oculto puesto,
Al pié de la montaña reparaban,
Aguardando en silencio aquella hora
Que suele aparecer la clara aurora.

Aquella noche yo mal sosegado
Reposar un momento no podia,
O ya fuese el peligro, ó ya el cuidado
Que de escribir entonces yo tenia:
Así imaginativo y desvelado
Revolviendo la inquieta fantasía,
Quise de algunas cosas desta historia
Descargar con la pluma la memoria.

En el silencio de la noche escura,
En medio del reposo de la gente,
Queriendo proseguir con mi escritura
Me sobrevino un súbito accidente:
Cortóme un hielo cada coyuntura,
Turbóseme la vista de repente,
Y procurando de esforzarme en vano
Se me cayó la pluma de la mano.

Quisiérame quejar, mas fué imposible
Del accidente súbito impedido;
Que el agudo dolor y mal sensible,
Me privó del esfuerzo y del sentido;
Pero pasado el término terrible,
Y en mi primero ser restituïdo,
Del tormento quedé de tal manera
Cual si de larga enfermedad saliera.

Luego que con suspiros trabajados
Desfogando las ansias aflojaron,
Mis descaidos ojos agravados
Del gran quebrantamiento se cerraron:
Así los lasos miembros relajados
Al agradable sueño se entregaron,
Quedando por entonces el sentido
En la mas noble parte recogido.

No bien al dulce sueño y al reposo
Dejado el quebrantado cuerpo habia,
Cuando oyendo un estruendo sonoroso
Que estremecer la tierra parecia,
Con gesto altivo y término furioso
Delante una mujer se me ponia,
Que luego vi en su talle y gran persona
Ser la robusta y áspera Belona:

Vestida de los piés á la cintura,
De la cintura á la cabeza armada
De una escamosa y lúcida armadura;
Su escudo al brazo, al lado la ancha espada,
Blandiendo en la derecha la asta dura,
De las horribles furias rodeada,
El rostro airado, la color teñida,
Toda de fuego bélico encendida.

La cual me dijo: «¡Oh mozo temeroso!
El ánimo levanta y confianza,
Reconociendo el tiempo venturoso
Que te ofrece tu dicha y buena andanza;
Huye del ocio torpe y perezoso,
Ensancha el corazon y la esperanza,
Y aspira á mas de aquello que pretendes,
Que el cielo te es propicio si lo entiendes.

»Que viéndote á escribir aficionado
Como se muestra bien por el indicio,
Pues nunca te han la pluma destemplado
Las fieras armas y áspero ejercicio,
Tu trabajo tan fiel considerado,
Solo movida de mi mismo oficio
Te quiero yo llevar en una parte
Donde podrás sin límite ensancharte.

»En campo fértil, lleno de mil flores,
En el cual hallarás materia llena
De guerras mas famosas y mayores,
Donde podrás alimentar la vena;
Y si quieres de damas y de amores
En verso celebrar la dulce pena,
Tendrás mayor sujeto y hermosura,
Que en la pasada edad y en la futura.

»Sígueme,» dijo al fin; y yo admirado,
Viéndola revolver por donde vino,
Con paso largo y corazon osado
Comencé de seguir aquel camino,
Dejando del siniestro y diestro lado
Dos montes, que el Atlante y Apenino
Con gran parte no son de tal grandeza,
Ni de tanta espesura y aspereza.

Salimos á un gran campo, á do natura
Con mano liberal y artificiosa
Mostraba su caudal y hermosura
En la varia labor maravillosa,
Mezclando entre las hojas y verdura
El blanco lirio y encarnada rosa,
Junquillos, azahares y mosquetas,
Azucenas, jazmines y violetas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Allí las claras fuentes murmurando
El deleitoso asiento atravesaban,
Y los templados vientos respirando
La verde yerba y flores alegraban.
Pues los pintados pájaros volando
Por los copados árboles cruzaban,
Formando con su canto y melodía
Una acorde y dulcísima armonía.

Por mil partes en corros derramadas
Vi gran copia de ninfas muy hermosas
Unas en varios juegos ocupadas,
Otras cogiendo flores olorosas,
Otras süavemente y acordadas
Cantaban dulces letras amorosas,
Con cítaras y liras en las manos,
Diestros sátiros, faunos y silvanos.

Era el fresco lugar aparejado
A todo pasatiempo y ejercicio:
Quién sigue ya de aquel, ya deste lado
De la casta Diana el duro oficio;
Ora atraviesa el puerco, ora el venado,
Ora salta la liebre, y con el vicio
Gamuzas, capreólas y corcillas
Retozan con la yerba y florecillas.

Quién el ciervo herido rastreando
De la llanura al monte atravesaba;
Quién el cerdoso puerco fatigando
Los osados lebreles ayudaba;
Quién con templados pájaros volando
Las altaneras aves remontaba:
Acá matan la garza, allá la cuerva,
Aquí el celoso gamo, allí la cierva.

Estaba medio á medio deste asiento
En forma de pirámide un collado,
Redondo en igual círculo y exento,
Sobre todas las tierras empinado;
Y sin saber yo cómo, en un momento,
De la fiera Belona arrebatado,
En la mas alta cumbre dél me puso,
Quedando dello atónito y confuso.

Estuve tal un rato de repente
Viéndome arriba, que mirar no osaba,
Tanto que acá y allá medrosamente
Los temerosos ojos rodeaba:
Allí el templado céfiro clemente
Lleno de olores varios respiraba,
Hasta la cumbre altísima el collado
De verde yerba y flores coronado.

Era de altura tal, que no podria
Un liviano neblí subir á vuelo,
Y así no sin temor me parecia
Mirando abajo estar cerca del cielo;
De donde con la vista descubria
La grande redondez del ancho suelo,
Con los términos bárbaros ignotos
Hasta los mas ocultos y remotos.

Viéndome pues Belona allí subido
Me dijo: «El poco tiempo que te queda
Para que puedas ver lo prometido,
Hace que detenerme mas no pueda:
Mira aquel grueso ejército movido,
El negro humo espeso y polvareda
En el confin de Flandes y de Francia
Sobre una plaza fuerte de importancia.

»Despues que Carlos quinto hubo triunfado
De tantos enemigos y naciones,
Y como invicto príncipe hollado
Las árticas y antárticas regiones,
Triunfó de la fortuna y vano estado,
Y asegura su fin y pretensiones,
Dejando la imperial investidura
En dichosa ocasion y coyuntura.

»Y movido de pio y santo celo
Que del gobierno público tenia,
Pareciéndole poco lo del suelo
Segun lo que en el pecho concebia,
Vuelta la mira y pretension al cielo,
El peso que en los hombros sostenia
Le puso en los del hijo, renunciados
Todos sus reinos, títulos y estados.

Viendo el hijo la próspera carrera
Del victorioso padre retirado,
Por hacer la esperanza verdadera
Que siempre de sus obras habia dado,
Por el principio y ocasion primera
Aquel copioso ejército ha juntado,
Para bajar de la enemiga Francia
La presuncion, orgullo y arrogancia.

Aquella es San Quintin que ves delante,
Que en vano contraviene á su ruïna,
Presidio principal, plaza importante,
Y del furor del gran Felipe dina:
Hállase dentro della el almirante,
Debajo cuyo mando y disciplina
Está gran gente plática de guerra
A la defensa y guarda de la tierra.

En tres partes allí como se muestra
El enemigo campo se reparte,
Cáceres con su tercio á mano diestra,
Donde está de Felipe el estanderte,
El pronto Navarrete á la siniestra
Con el conde de Mega, y de la parte
Del Burgo Julian con tres naciones
Españoles, tudescos y valones.

»Llegamos pues á tiempo que seguro
Podrás ver la contienda porfiada,
Y sin escalas por el roto muro
Entrar los de Felipe á pura espada;
Verás el fiero asalto y trance duro,
Y al fin la fuerte Francia aportillada:
Que al riguroso hado incontrastable
No hay defensa ni plaza inespugnable.

»Conviéneme partir de aquí al momento
A meterme entre aquellos escuadrones,
Y remover con nuevo encendimiento
Los unos y los otros corazones:
Tú desde aquí podrás mirar atento
Las diferentes armas y naciones,
Y escribir de una y otra la fortuna,
Dando su justa parte á cada una.»

Luego la diosa airada y compañía
Por el aire en tropel se deslizaron,
Y en un instante sin torcer la via
(Cual presto rayo) á San Quintin bajaron:
Donde atizando el fuego ya que ardia
Con la amiga discordia se juntaron,
Que andaba entre las huestes y compañas
Infundiéndoles ira en las entrañas.

En esto el fiero ejército furioso,
Por la señal postrera ya movido,
En un turbion espeso y polvoroso
Corre al batido muro defendido.
¿Quién fuera de lenguaje tan copioso
Que pudiera esplicar lo que aquí vido?
Mas aunque mi caudal no llegue á tanto,
Haré lo que pudiere en otro canto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

EXPLICACION

de varios vocablos poco conocidos que se hallan en LA ARAUCANA; con noticia de algunos lugares interesantes

---

Angol. Valle donde los españoles poblaron una ciudad, y le pusieron por nombre *Los Confines de Angol.*

Apó. Señor ó capitán absoluto de los otros.

Arauco (El estado de). Es una provincia pequeña de veinte leguas de largo y siete de ancho, poco mas ó menos, la cual ha sido la mas belicosa de todas las Indias, y por esto es llamado el *estado indómito.* Llámanse los indios de él *araucanos,* tomando el nombre de la provincia.

Arcabuco. Espesura grande de árboles altos y boscaje.

Bohio. Es una casa pajiza, grande, de sola una pieza, sin alto.

Cacique. Quiere decir señor de vasallos que tiene gente á su cargo. Los caciques toman el nombre de los valles de donde son señores, y de la misma manera los hijos ó sucesores que suceden en ellos. Declárase esto porque los que mueren en la guerra se oirán después nombrar en otra batalla: entiéndase que son los hijos ó sucesores de los muertos.

Caupolicán. Fué hijo de *Leocán,* y *Lautaro* hijo de *Pillán.* Declaro esto porque, como son capitanes señalados, de los cuales la historia hace muchas veces mencion, por no poner tantas veces sus nombres me aprovecho de los de sus padres.

Cautén. Es un valle hermosísimo y fértil, donde los españoles fundaron la mas próspera ciudad que ha habido en aquellas partes, la cual tenia trescientos mil indios casados de servicio: llamáronla *La Imperial* porque cuando entraron los españoles en aquella provincia, hallaron sobre todas las puertas y tejados águilas imperiales de dos cabezas, hechas de palo, á manera de timbre de armas; que, cierto, es extraña cosa y de notar, pues jamás en aquella tierra se ha visto ave con dos cabezas.

Coquimbo. Es el primer valle de Chile, donde pobló el capitán Valdivia un pueblo que le llamó *La Serena,* por ser él natural de La Serena: tiene un muy buen puerto de mar, y llámase tambien el pueblo Coquimbo, tomando el nombre del valle.

Chaquiras. Son unas cuentas muy menudas, á manera de aljófar, que las hallan por las marinas, y cuanto mas menuda es mas preciada: labran y adornan con ellas sus llautos, y las mujeres sus hinchos, que son como una cinta angosta que les ciñe la cabeza por la frente, á manera de bicos, ó ciertas puntillas de oro que se ponian en los birretes de terciopelo con que antiguamente se cubrian la cabeza: andan siempre en cabello, y suelto por los hombros y espalda.

Chile. Es una provincia grande, que contiene en sí otras muchas provincias: nómbrase *Chile* por un valle principal llamado así; fué sujeto al Inga, rey del Perú, de donde le traian cada año gran suma de oro, por lo cual los españoles tuvieron noticia de este valle; y cuando entraron en la tierra, como iban en demanda del valle de Chile, llamaron *Chile* á toda la provincia hasta el estrecho de Magallanes.

Eponamon. Es nombre que dan al demonio, por

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

el cual juran cuando quieren obligarse infaliblemente á cumplir lo que prometen.

Jota. Véase *ojota.*

Llauto. Es un trocho ó rodete redondo, ancho de dos dedos, que ponen en la frente y les ciñe la cabeza: son labrados de oro y chaquira, con muchas piedras y dijes en ellos, en los cuales asientan las plumas ó penachos, de que ellos son muy amigos: no los traen en la guerra, porque entonces usan celadas.

Mapochó. Es un hermoso valle donde los españoles poblaron la ciudad de Santiago, y llámase asimismo el pueblo *Mapochó.*

Mita. Es la carga ó tributo que trae el indio tributario.

Mitayo. Es el indio que la lleva ó trae.

Ojota, y por contraccion *Jota.* Especie de calzado que usaban las indias, el cual era á modo de los alpargates de España. Dábalas el novio á la novia al tiempo de casarse: si era doncella se las daba de lana, y si no, de esparto.

Paco. Especie de carnero que se cria en Indias, algo mayor que el comun. Son muy larudos, y tienen el cuello muy largo. Son de varios colores, blancos, negros ó pardos. Es animal muy útil y provechoso, porque su carne es sabrosa y mantiene mucho. Sirve para el tráfico y conduccion de las mercaderías y géneros que se llevan de una parte á otra. Los pacos á veces se enojan y aburren con la carga, y échanse con ella, sin remedio de hacerlos levantar.

Pallá. Es lo que llamamos nosotros señora; pero entre ellos no alcanza este nombre sino á la noble de linaje y señora de muchos vasallos y hacienda.

Penco. Es un valle muy pequeño y no llano; pero porque es puerto de mar poblaron en él los españoles una ciudad, la cual llamaron *La Concepcion.*

Puelches. Se llaman los indios serranos, los cuales son fortísimos y ligeros, aunque de menos entendimiento que los otros.

Valdivia. Es un pueblo bueno y provechoso: tiene un puerto de mar por un rio arriba, tan seguro, que varan los naos en tierra, y está fundado no muy lejos de un gran lago, al cual y á la ciudad llamó Valdivia de su nombre. Entiéndese que cuando se fundaron estos pueblos era Valdivia capitán general de los españoles, y á él se atribuye la gloria del descubrimiento y poblacion de Chile.

Vicuña. Cabra montés que se cria en Indias: no tiene cuernos, y es mas alta de cuerpo que una cabra por grande que sea. Su lana es finísima y nunca pierde el color.

Villa-rica. Es otro pueblo que fundaron los españoles á la ribera de un lago pequeño, cerca de dos volcanes que lanzan á tiempos tanto fuego y tan alto, que acontece llover en el pueblo ceniza.

Yanaconas. Son indios mozos amigos, que sirven á los españoles, andan en su traje, y algunos muy bien tratados, que se precian mucho de policía en su vestido: pelean á las veces en favor de sus amos, y algunos animosamente, especialmente cuando los españoles dejan los caballos y pelean á pie; porque en las retiradas los suelen dejar en las manos de los enemigos, que los matan cruelísimamente.

ÍNDICE

Páginas

Vida de D. Alonso de Ercilla. v
Dedicatoria. ix
Prólogo.. xi
CANTO I.—El cual declara el asiento y descripcion de la provincia de Chile, y estado del Arauco, con las costumbres y modos de guerra que los naturales tienen; y asimismo trata, en suma, de la entrada y conquista que los españoles hicieron hasta que Arauco se comenzó á rebelar. 13
CANTO II.—Pónese la discordia que entre los caciques de Arauco hubo sobre la eleccion de capitan general, y el medio que se tomó por el consejo del cacique Colocolo, con la entrada que por engaño los bárbaros hicieron en la casa fuerte de Tucapel, y la batalla que con los españoles tuvieron. 21
CANTO III.—Valdivia con pocos españoles y algunos indios amigos camina á la casa de Tucapel para hacer el castigo. Mátanle los araucanos los corredores en el camino en un paso estrecho, y danle despues la batalla, en la cual fué muerto él y toda su gente por el gran esfuerzo y valentía de Lautaro. 31
CANTO IV.—Vienen catorce españoles por concierto á juntarse con Valdivia en la fuerza de Tucapel; hallan los indios en una emboscada, en los cuales tuvieron un porfiado rencuentro; llega Lautaro con gente de refresco; mueren siete españoles, y todos los amigos que llevaban; escápanse los otros por una gran ventura. . . . 41
CANTO V.—Contiene la reñida batalla que entre los españoles y araucanos hubo en la cuesta de Andalicán, donde por la astucia de Lautaro y el demasiado trabajo de los españoles fueron los nuestros desbaratados, y muertos más de la mitad dellos juntamente con tres mil indios amigos. 53
CANTO VI.—Prosigue la comenzada batalla, con las estrañas y diversas muertes que los araucanos ejecutaron en los vencidos, y la poca piedad que con los niños y mujeres usaron, pasándoles todos á cuchillo. 59
CANTO VII.—Llegan los españoles á la ciudad de la Concepcion hechos pedazos, cuentan el destrozo y pérdida de nuestra gente, y vista la poca que para resistir tan gran pujanza de enemigos en la ciudad habia, y las muchas mujeres, niños y viejos que dentro estaban, se retiran en la ciudad de Santiago. Asimismo en este canto se contiene el saco, incendio y ruina de la ciudad de la Concepcion. . . . 67
CANTO VIII.—Júntanse los caciques y señores principales á consejo general en el valle de Arauco. Mata Tucapel al cacique Puchecalco, y Caupolicán viene con poderoso ejército sobre la ciudad Imperial fundada en el valle de Cautén. . . . 75
CANTO IX.—Llegan los araucanos á tres leguas de la Imperial con grueso ejército. No há efeto su intencion por permision divina. Dan la vuelta á sus tierras, adonde les viene nueva que los españoles estaban en el asiento de Penco reedificando la ciudad de la Concepcion. Vienen sobre los españoles, y hubo entre ellos una recia batalla. 83

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Páginas

CANTO X.—Ufanos los araucanos de las victorias habidas, ordenan unas fiestas generales, donde concurrieron diversas gentes así extranjeras como naturales, entre los cuales hubo grandes pruebas y diferencias. 95

CANTO XI.—Acábanse las fiestas y diferencias. Y caminando Lautaro sobre la ciudad de Santiago, antes de llegar á ella hace un fuerte, en el cual metido, vienen los españoles sobre él, donde tuvieron una recia batalla. 103

CANTO XII.—Recogido Lautaro en su fuerte, no quiere seguir la vitoria por entretener á los españoles. Pasa ciertas razones con él Marcos Vaez, por las cuales Pedro de Villagrán viene á entender el peligroso punto en que estaba, y levantando su campo se retira. Viene el marqués de Cañete á la ciudad de los Reyes en el Pirú. 113

CANTO XIII.—Hecho el marqués de Cañete el castigo en el Pirú, llegan mensajeros de Chile á pedir socorro; el cual vista ser su demanda importante y justa, se le envía grande por mar y por tierra. Tambien contiene al cabo este canto cómo Francisco de Villagrán, guiado por un indio, viene sobre Lautaro. 125

CANTO XIV.—Llega Francisco de Villagrán de noche sobre el fuerte de los enemigos sin ser dellos sentido; da al amanecer súbito en ellos, y á la primera refriega muere Lautaro. Trábase la batalla con harta sangre de una parte y de otra. . . 133

CANTO XV.—En este quinceno y último canto se acaba la batalla, en la cual fueron muertos todos los araucanos, sin querer alguno dellos rendirse. Y se cuenta la navegacion que las naos del Pirú hicieron hasta llegar á Chile, y la grande tormenta que entre el rio de Maule y puerto de la Concepcion pasaron. 139

CANTO XVI.—En este canto se acaba la tormenta; contiénese la entrada de los españoles en el puerto de la Concepcion y isla de Talcaguano; el consejo general que los indios en el valle de Ongolmo tuvieron; la diferencia que entre Peteguelén y Tucapel hubo, asimismo el acuerdo que sobre ella se tomó. 149

CANTO XVII.—Hace Millalauco su embajada. Salen los españoles de la isla, levantando un fuerte en el cerro de Penco; vienen los araucanos á darles el asalto. Cuéntase lo que en aquel mismo tiempo pasa sobre la plaza fuerte de San Quintin. 159

CANTO XVIII.—Da el rey don Felipe el asalto á San Quintin; entra en ella victorioso; vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles. 167

CANTO XIX.—Refiérese el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Penco; la arremetida de Gracolano á la muralla; la batalla que los marineros y soldados que habian quedado en guardia de los navíos tuvieron en la marina con los enemigos. 177

CANTO XX.—Retíranse los araucanos con pérdida de mucha gente; escápase Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos; cuenta Tegualda á don Alonso de Ercilla el estraño y lastimoso proceso de su historia. 183

CANTO XXI.—Halla Tegualda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra; llegan á Penco los españoles y caballos que venian de Santiago y de la Imperial por tierra; hace Caupolicán muestra general de su gente. . . . 193

CANTO XXII.—Entran los españoles en el estado de Arauco; traban los araucanos con ellos una reñida batalla; hace Rengo de su persona gran prueba; cortan las manos por justicia á Galvarino, indio valeroso. 201

CANTO XXIII.—Llega Galvarino adonde estaba el senado araucano; hace en el consejo una habla con la cual desbarata los pareceres de algunos; salen los españoles en busca del enemigo; pintase la cueva del hechicero Fiton, y las cosas que en ella habia. 207

CANTO XXIV.—Dase noticia de la gran batalla naval, del desbarate y rota de la armada turquesca con la huida de Ochalí. 217

CANTO XXV.—Asientan los españoles su campo en Millarapué; llega á desafiarlos un indio de parte de Caupolicán; vienen á la batalla muy reñida y sangrienta; señálanse Tucapel y Rengo; cuéntase tambien el valor que los españoles mostraron aquel dia. 229

Páginas

CANTO XXVI.—Dase noticia del fin de la batalla y retirada de los araucanos; la obstinacion y pertinacia de Galvarino y su muerte; asimismo se pinta el jardin y estancia del mago Fiton. 239

CANTO XXVII.—Pónese la descripcion de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras; cuéntase tambien cómo los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucapel, y cómo don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura. 245

CANTO XXVIII.—Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida; asaltan los araucanos á los españoles en la quebrada de Purén; pasa entre ellos una recia batalla; saquean los enemigos el bagaje; retíranse alegres, aunque desbaratados. . 253

CANTO XXIX.—Entran los araucanos en nuevo consejo; tratan de quemar sus haciendas; pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo; combaten los dos en estacada brava y animosamente. 261

CANTO XXX.—Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo; asimismo lo que Pran araucano pasó con el indio Andresillo, yanacona de los españoles. 267

CANTO XXXI.—Cuenta Andresillo á Reinoso lo que con Pran dejaba concertado; habla con Caupolicán cautelosamente, el cual engañado viene sobre el fuerte, pensando hallar á los españoles durmiendo. 275

CANTO XXXII.—Arremeten los araucanos el fuerte; son rebatidos con miserable estrago de su parte; Caupolicán se retira á la sierra deshaciendo el campo; cuenta don Alonso de Ercilla á ruego de ciertos soldados la verdadera historia y vida de Dido. 281

CANTO XXXIII.—Prosigue don Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Biserta; cuenta cómo fundó á Cartago, y la causa por que se mató; tambien se contiene en este canto la prision de Caupolicán. 291

CANTO XXXIV.—Habla Caupolicán á Reinoso, y sabiendo que ha de morir, se vuelve cristiano; muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado; los araucanos se juntan á la eleccion del nuevo general; manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal. 301

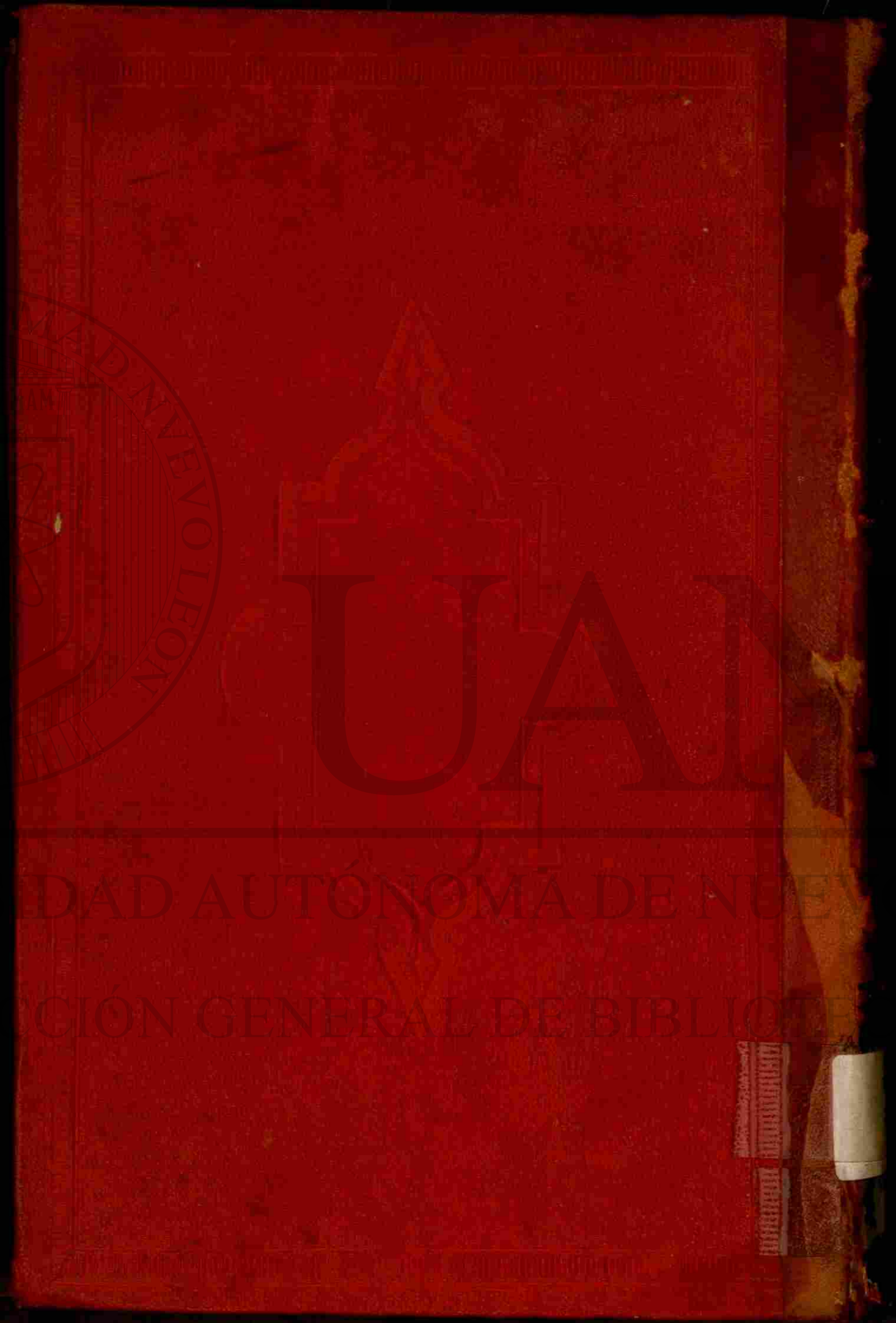
CANTO XXXV.—Entran los españoles en demanda de la nueva tierra; sáleles al paso Tunconabala, persuádeles á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guia que los lleva por grandes despeñaderos, donde pasan terribles trabajos. 309

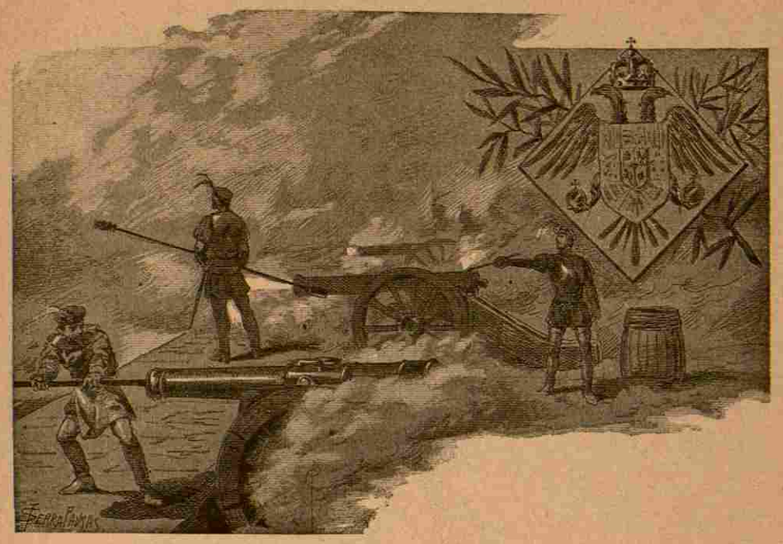
CANTO XXXVI.—Sale el cacique de la barca á tierra; ofrece á los españoles todo lo necesario para su viaje, y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del Archipiélago; atraviésale don Alonso en una piragua con diez soldados; vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad Imperial. . 315

CANTO XXXVII.—En este último canto se trata cómo la guerra es de derecho de las gentes, y se declara el que el rey don Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo á los portugueses para justificar mas sus armas. 321

Explicacion de varios vocablos. 331

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS


UANL
DAD AUTÓNOMA DE NUE
CIÓN GENERAL DE BIBLIOTE



CANTO XVIII

Da el rey don Felipe el asalto á San Quintin; entra en ella victorioso; vienen los araucanos sobre el fuerte de los españoles

¿Cuál será el atrevido que presuma
Reducir el valor vuestro y grandeza
A término pequeño y breve suma,
Y á tan humilde estilo tanta alteza?
Que aunque por campo próspero la pluma
Corra con fértil vena y lijereza,
Tanto el sujeto y la materia arguye,
Que todo lo deshace y disminuye.

Y el querer atreverme á tanto creo
Que me será juzgado á desatino,
Pues llegado á razon yo mismo veo
Que salgo de los términos á tino:
Mas de serviros siempre el gran deseo,
Que siempre me ha tirado á este camino,
Quizá aldelgazará mi pluma ruda
Y la torpeza de la lengua muda.

Y así vuestro favor, del cual procede
Esta mi presuncion y atrevimiento,
Es el que agora pido, y el que puede
Enriquecer mi pobre entendimiento:
Que si por vos, señor, se me concede
Lo que á nadie negais, soltaré al viento
Con ánimo la ronca voz medrosa,
Indigna de contar tan grande cosa.

Y de vuestra largueza confiado
Por la justa razon con que lo pido,
Espero que, señor, seré escuchado,
Que basta para ser favorecido.
Volviendo á proseguir lo comenzado,
Dije en el canto atrás, que arremetido
Habia el furioso campo por tres vias
A las aportilladas baterías.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y en la veloz corrida contrastando
Los tiros y defensas contrapuestas,
Lo va todo rompiendo y tropellando
Con animoso pecho y manos prestas,
Y á los batidos muros arribando
Por los lados y partes mas dispuestas:
Los unos y los otros se afrentaron,
Y los ánimos y armas se tentaron.

Los franceses con muestra valerosa
Armas y defensivos instrumentos,
Resisten la llegada impetüosa
Y los contrarios ánimos sangrientos;
Mas la gente española mas furiosa
Cuanto topaba mas impedimento,
Con temoso coraje y porfiado
Rompe lo más difícil y cerrado.

Vieran en las entradas defendidas
Gran contienda, revuelta y embarazos,
Muertes estrañas, golpes y heridas
De poderosos y gallardos brazos;
Cabezas hasta el cuello y mas hendidas,
Y cuerpos divididos en pedazos:
Que no bastaban petos ni celadas
Contra el crudo rigor de las espadas.

La plaza se espugnaba y defendia
Con esfuerzo y valor por todos lados;
Era cosa de ver la herrería
De las armas y arneses golpeados;
La espantosa y horrenda artillería,
Las bombas y artificios arrojados
De pólvora, alquitrán, pez y resina,
Aceite, plomo, azufre y trementina.

Y á vueltas un granizo y lluvia espesa
De lanzas y saetas arrojaban,
Peñas, tablas, maderos que á gran priesa
De los muros y techos arrancaban:
La fiera rabia y gran teson no cesa,
Hieren, matan, derriban; y así andaban
Los unos y los otros tan revueltos
En horror, fuego, sangre y humo envueltos.

Unos la entrada sin temor defienden
Con libre y animosa confianza:
Otros de miedo por vivir ofenden
Poniéndoles esfuerzo la esperanza;
Otros que ya la vida no pretenden
Procuran de su muerte la venganza,
Y que cayan sus cuerpos de manera
Que al enemigo cierren la carrera.

Como el furor indómito y violencia
De una corriente y súbita avenida,
Que si halla reparo y resistencia
Hierve y crece allí la agua detenida,
Al fin con mayor ímpetu y potencia
Bramando abre el camino y la salida,
Que las defensas rompe y desbarata,
Y en violento furor las arrebata:

De tal manera la francesa gente
Sin bastar resistencia y fuerza alguna
La arrebató la próspera corriente
Del hado de Felipe y su fortuna:
Que ya sin poder mas forzadamente
A la furia rendida, por la una
Parte que estaba Cáceres, dió entrada
A su enemiga gente encarnizada.

Y aunque por esta parte el almirante
El golpe de la gente resistia,
No fué ni pudo al cabo ser bastante
A la pujanza y furia que venia:
Quedó en prisión con otros, y adelante
La victoriosa y fiera compañía,
Dejando eterna lástima y memoria.
Iba siguiendo el hado y la victoria.

Pues en esta sazon por la otra parte
Que el diestro Navarrete peleaba,
Sin ser la francesa gente parte
A puro hierro la española entraba;
Y á despecho y pesar del fiero Marte
Que los franceses brazos esforzaba,
Haciendo gran destrozo y cruda guerra
De rota á mas andar ganaban tierra.

Fué preso allí Andalot, que encomendada
Le estaba la defensa de aquel lado;
Hé aquí también por la tercera entrada
Que Julian Romero habia asaltado;
La suspensa fortuna declarada,
Abriendo paso al detenido hado;
La mano á don Felipe dió de modo,
Que vencedor en Francia entró del todo.

Cortó luego un temor y frio hielo
Los ánimos del pueblo enflaquecido,
Rompiendo el aire espeso y alto cielo
Un general lamento y alarido:
Las armas arrojadas por el suelo,
Escogiendo el vivir ya por partido,
Acordaron con mísera huida
Perder la plaza y guarecer la vida.

Pero los vencedores, cuando vieron
Su gran temor y poco impedimento;
Los brazos altos y armas suspendieron
Por no manchar con sangre el vencimiento;
Y sin hacer mas golpe arremetieron,
Vuelto en codicia aquel furor sangriento,
Al esperado saco de la tierra,
Premio de la comun gente de guerra.

Quién las herradas puertas golpeando
Quebranta los cerrojos reforzados,
Quién por picas y gúmenas trepando
Entra por las ventanas y tejados;
Acá y allá rompiendo y desquiciando
Sin reservar lugares reservados,
Las casas de alto abajo escudriñaban,
Y á tiento sin parar corriendo andaban.

Como el furioso fuego de repente
Cuando en un barrio ó vecindad se enciende
Que con rebato súbito la gente
Corre con priesa y al remedio atiende;
Y por todas las partes francamente
Quién entra, sale, sube; quién deciende,
Sacando uno arrastrando, otro cargado
El mueble de las llamas escapado:

Así la fiera gente victoriosa
Con prestas manos y con piés lijeros
De la golosa presa codiciosa
Abre puertas, ventanas y agujeros,
Sacando diligente y presurosa
Cofres, tapices, camas y rimeros,
Y lo de mas y menos importancia
Sin dejar una mínima ganancia.

No los ruegos, clamores y querellas,
Que los distantes cielos penetraban,
De viudas y huérfanas doncellas
La insaciable codicia moderaban;
Antes rompiendo sin piedad por ellas
A lo mas defendido se arrojaban,
Creyendo que mayor ganancia habia
Donde mas resistencia se hacia.

Viéranse ya las vírgenes corriendo
Por las calles sin guarda á la ventura,
Los bellos rostros con rigor batiendo
Lamentando su hado y suerte dura;
Y las míseras monjas, que rompiendo
Sus estatutos, límite y clausura,
De aquel temor atónito llevadas
Van acá y allá descarriadas.

Mas el pio Felipe antes que entrasen
Había mandado á todas las naciones,
Que con gran cuidado reservasen
Las mujeres y casas de oraciones;
Y amigos y conformes evitasen
Pendencias peligrosas y cuestiones,
Que del saco y la presa á cada una
Diese su parte franca la fortuna.

Las mujeres, que acá y allá perdidas
Llevadas del temor sin tiento andaban,
Por orden de Felipe recogidas
En seguro lugar las retiraban;
Donde de fieles guardas defendidas
Del bélico furor las amparaban,
Que aunque fueron sus casas saqueadas,
Las honras les quedaron reservadas.

Que los fieros soldados obedientes
Al cristiano y espreso mandamiento,
Se mostraban en esto continentes
Frenando aun el primero movimiento.
La revuelta y la mezcla de las gentes,
La mucha confusion y poco tiento
Hizo que el daño en la ciudad creciese,
Y un repentino fuego se encendiese.

Súbito allí la llama alimentada,
Arrojando espesísimas centellas,
Del fresco viento céfiro ayudada
Procuraba subir á las estrellas:
La miserable gente áfortunada
Con dolorosas voces y querellas,
Fijos los tiernos ojos en el cielo,
Desmayando esforzaban mas el duelo.

A todas partes gritos lastimosos
En vano por el aire resonaban,
Y los tristes franceses temerosos
En las contrarias armas se arrojaban,
Eligiendo por fuerza vergonzosos
El modo de morir que rehusaban,
Antes que como flacos encerrados
Ser en llamas ardientes abrasados.

Mas del piadoso rey la gran clemencia
Habia las fieras armas embotado,
Que con remedio presto y diligencia
Todo el furor y fuego fué apagado:
Al fin sin mas defensa y resistencia
Dentro de San Quintin quedó alojado,
Con la llave de Francia ya en la mano,
Hasta Paris abierto el paso llano.

El sol ya poco á poco declinaba
Al hemisferio antártico encendido,
Cuando yo, que alegrísimo miraba
Todo lo que en mi canto habeis oido,
Ví cerca una mujer que me hablaba,
Mas blanco que la nieve su vestido,
Grave, muy venerable en el aspeto,
Persona al parecer de gran respeto,

Diciendo: «Si las cosas que dijere
Por cierta y verdadera profecía
Dificultosa alguna pareciere,
Créeme, que no es ficcion ni fantasía;
Mas lo que el Padre eterno ordena y quiere
Allá en su escelso trono y hierarquía,
Al cual está sujeto lo mas fuerte,
El hado, la fortuna, el tiempo y muerte.

»Desta guerra y rigores encendidos
Entre la España y Francia así arraigados
Resultarán conciertos y partidos
Por una parte y otra procurados:
En los cuales serán restituïdos
Al duque de Saboya sus estados,
Con otros muchos medios provechosos
En bien de Francia y á la España honrosos.

»Y para que mas quede asegurada
La paz con hermandad y firme asiento
Con la prenda de Henrico mas amada
Contraerá don Felipe casamiento;
Pero la cruda muerte acelerada
Temprano deshará este ayuntamiento,
Que el alto cielo así lo determina,
Y el decreto fatal y orden divina.

»En este tiempo Francia corrompida,
La católica ley adulterando,
Negará la obediencia al rey debida,
Las sacrílegas armas levantando;
Y con el cebo de la suelta vida
Cobrará la maldad fuerza, juntando
De gente infiel ejército formado
Contra la Iglesia y proprio rey jurado.

»Por insolencias viejas y pecados
Vendrá el reino á ser casi destruido,
Y Carlos de sus pérfidos soldados
A término dudoso reducido;
Serán con desacato derribados
Los suntuosos templos, y ofendido
El mismo sumo Dios y sacramento,
Sobrando á la maldad su sufrimiento.

»Mas vuestro rey con presta providencia
Previniendo al futuro daño luego,
Atajará en España esta dolencia
Con rigor necesario á puro fuego:
Curada la perversa pestilencia,
Las armas enemigas del sosiego
Con furia moverá contra el oriente
Enviando al Peñon su armada y gente.

»Aunque no pueda de la vez primera
Conseguir el efecto deseado,
Volverá la segunda de manera
Que el áspero Peñon será espugnado;
Y dejando segura la carrera
Y el morisco contorno amedrentado,
Por causa de los puertos é invernada
Retirada la victoriosa armada.

»Vendrán á España á la sazon de Hungría
Dos príncipes de alteza soberana,
Hijos de César Máximo y María,
De Carlos hija y de Felipe hermana,
Que acrecentando el gozo y alegría
Harán aquella corte y era ufana:
El mayor es Rodolfo, el otro Ernesto,
Que á la fama darán materia presto.

»Y de sus altas obras prometiendo
En su pequeña edad grande esperanza,
En años y virtud irán creciendo,
Virtud y años muy dignos de alabanza,
En quienes se verá resplandeciendo
Un escelso valor y la crianza
Del baron Dietristán, persona digna
De dar á tales príncipes dotrina.

»Luego en el año próximo siguiente,
Toda la cristiandad amenazando,
La gruesa armada del infiel potente
Irá contra el poniente navegando,
Con tan gran aparato y tanta gente
Que temblarán las costas, y arribando
A la isla de Malta dará fondo,
Que boja veinte leguas en redondo.

»Donde el grande maestre y caballeros
Que dentro asistirán en este medio,
Con otros capitanes forasteros
Ofrecerán las vidas al remedio,
Y siempre constantísimos y enteros
Resistirán gran tiempo el fuerte asedio,
Haciendo en la defensa tales cosas
Que se podrán tener por milagrosas.

»Serán batidos de uno y otro lado
Por la tierra, por mar, por bajo y alto,
Y el fuerte de San Telmo aportillado
Entrado á hierro en el noveno asalto,
El cual suceso al pueblo bautizado
Pondrá en grande peligro y sobresalto;
Porque en el puerto la turquesca armada
Tendrá por las dos bocas franca entrada.

»Allí se verán hechos señalados,
Difíciles empresas peligrosas,
Animos temerarios arrojados
Cuando las esperanzas mas dudosas:
Postas, muros y fosos arrasados,
Crudas heridas, muertes lastimosas,
Casos grandes, sucesos infinitos
Dignos de ser para en eterno escritos.

»Mas cuando ya no baste esfuerzo humano,
Y la fuerza al trabajo se rindiere,
El muro esté ya raso, el foso llano,
Y la esperanza al suelo se viniere;
Cuando el sangriento bárbaro inhumano
El cuchillo sobre ellos esgrimiere,
Será entonces de todos conocido
Lo que puede Felipe y es temido.

»Pues con sola una parte de su armada,
Y número pequeño de soldados,
De su fortuna y crédito guiada
Rebatirá los otamanos hados,
Y la afligida Malta restaurada,
Serán los enemigos retirados,
Las fatigadas velas dando al viento
Con pérdida increible y escarmiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Luego el año después, con poderoso
Ejército en persona Solimano
Por tierra moverá contra el famoso
César augusto, emperador romano,
Y por la gran Panonia presuroso,
Dejando á la derecha al trasilvano,
Y atrás la ancha provincia de Dalmacia,
Bajará á los confines de Croacia

»A Siguet, plaza fuerte y recogida
Cuatro semanas la tendrá asediada,
Y al cabo, sin poder ser socorrida,
Del fiero Solimán será ocupada:
Mas la empresa difícil y la vida
Acabará en un tiempo, que la airada
Muerte arribando el limitado curso,
Pondrá término y punto á su discurso.

»Por otra parte en Flandes los estados,
Desasidos de Dios en estos dias,
Turbarán el sosiego inficionados
De perversos errores y herejías;
Y contra el rey Felipe conspirados
Tentarán de maldad diversas vias,
Trayendo á estado y condicion las cosas
Que durarán gran término dudosas.

»También con pretension de libertarse
En el próspero reino de Granada,
Los moriscos vendrán á levantarse
Y á negar la obediencia al rey jurada:
La cual alteracion por no estimarse,
Ni ser á los principios remediada,
Será de grandes daños y costosa
De sangre ilustre y gente valerosa.

»Irá á esta guerra un mozo, que escondido
Anda en humildes paños y figura,
Que su imperial linaje esclarecido
Difíciles empresas le asegura,
A quien tienen los hados prometido
Una famosa y súbita ventura:
Este es hijo de Carlos, que aun se cria,
Y encubierto estará por algun dia.

»Andará, como digo, disfrazado
Hasta que el padre al tiempo de la muerte
Le dejará por hijo declarado,
Subiéndole en un punto á tanta suerte;
Será de todos con razon amado,
Franco, esforzado, valeroso y fuerte:
Es su nombre don Juan, y en esta parte
No puedo mas decir ni revelarte.

»Baste que á los moriscos alterados
En su primera edad hará la guerra,
Y los presidios rotos y ocupados
Los vendrá á retirar dentro en la sierra;
Adonde los tendrá tan apretados
Que al fin reducirá la alzada tierra,
Trasplantando en provincias diferentes
Las raices malvadas y simientes.

»Esta guerra acabada, de Alemaña
De damas y gran gente acompañada
La infanta Ana vendrá, reina de España,
Con el rey don Felipe desposada:
Donde con pompa y majestad estraña
Será la insigne boda celebrada
En la antigua Segovia, un tiempo silla
De los famosos reyes de Castilla.

»Serán pues los dos príncipes llamados
Del padre emperador, que ya aquel dia
Querrá dar nuevo asiento en sus estados,
Y hacer rey á Rodolfo de la Hungría:
Así que, para Jénova embarcados
Arribarán, pasando á Lombardía
Por la ribera del Danubio amena
A su ciudad famosa de Viena.

»Cuando ya la revuelta y turbaciones
De los tiempos den muestra de acabarse,
Y el bélico furor y alteraciones
Parezcan declinar y sosegarse;
Entonces en las bárbaras regiones
Comenzarán de nuevo á levantarse
Las armas de los turcos inhumanos
Contra los poderosos venecianos.

»Y sacando una armada poderosa
De todas sus provincias allegada,
En la vecina Cipro, isla famosa,
Descargará la furia represada;
Y con espada cruda y rigurosa
Será la tierra dellos ocupada,
Entrando á Famagusta ya batida
Sobre palabra falsa y fementida.

»Quedarán pues tan arrogantes desto,
Que la armada de gente reforzando
Con soberbio designio y presupuesto
Irán la via de Italia navegando,
Despreciando del mundo todo el resto,
Y aun el poder del cielo despreciando:
Tanto será su orgullo y fiera muestra
Nacido del pecado y culpa vuestra.

»Mas el alto Señor, que otro dispone,
Y en vuestro bien por su piedad lo ordena,
Que cuando faltan méritos compone
Con su sangre y pasion la deuda ajena,
Y por solo un gemir luego repone
La punicion y merecida pena,
Quebrantará con golpe riguroso
La soberbia del bárbaro ambicioso.

»Que doliéndose ya de la fatiga
Del pueblo pecador, pero cristiano,
Contra la gente pérfida enemiga
Esgrimirá la poderosa mano:
Así de inspiracion habrá una liga,
Donde el papa y senado veneciano
Juntarán su poder, su fuerza y gente
Con la del rey católico potente.

»Será en gracia de todos elegido
General de la liga el floreciente
Mozo, que en su niñez desconocido
Anda en hábito humilde entre la gente:
Pero no me es á mí ya concedido
Revelar lo futuro abiertamente:
Basta que lo verás, pues te asegura
Mas larga vida el hado que ventura.

»Mas si quieres saber desta jornada
El futuro suceso nunca oido,
Y la cosa mas grande señalada
Que jamás en historia se ha leido,
Cuando acaso pasares la cañada
Por donde corre Rauco mas ceñido,
Verás al pié de un líbano en la orilla
Una mansa y doméstica corcilla.

»Conviénete seguirla con cuidado
Hasta salir en una gran llanura,
Al cabo de la cual verás á un lado
Una fragosa entrada y selva escura;
Y tras la corza tímida emboscado
Hallarás en mitad de la espesura
Debajo de una tosca y hueca peña
Una oculta morada muy pequeña.

»Allí por ser lugar inhabitable
Sin rastro de persona ni sendero,
Vive un anciano viejo venerable,
Que famoso soldado fué primero,
De quien sabrás dó habita el intratable
Fiton, mágico grande y hechicero,
El cual te informará de muchas cosas
Que están aun por venir, maravillosas.

»No quiero decir mas en lo tocante
A las cosas futuras, pues parece
Que habrá materia y campo asaz bastante
En lo que de presente se te ofrece,
Para llevar tus obras adelante,
Pues la grande ocasion te favorece:
Que á mí solo hasta aquí me es concedido
El poderte decir lo que has oido.

»Mas si el furor de Marte y la braveza
Te tuvieren la pluma destemplada,
Y quisieres mezclar con su aspereza
Otra materia blanda y regalada;
Vuelve los ojos, mira la belleza
De las damas de España, que admirada
Estoy, segun el bien que allí se encierra,
Cómo no abrasa amor toda la tierra.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Mas tente, que me importa á mí, primero
Que de los ojos fáciles te fies,
Prevenir al peligro venidero
Para que dél con tiempo te desvíes,
Y no aguardes al término postrero,
Ni en tu fuerza y mi ayuda te confíes:
Que aunque quiera después contraponerme,
Tú cerrarás los ojos por no verme.»

¡Oh condicion humana! que al instante
Que me privó que el rostro no volviese,
Solo aquel impedirme fué bastante
A que el pronto apetito se encendiese:
Y así sin esperar mas que adelante
En el sano consejo procediese,
Volví los ojos luego, y de improviso
Vi, si decirse puede, un paraíso:

En un asiento fértil y sabroso
De alegres plantas y árboles cercado,
Do el cielo se mostraba mas hermoso
Y el suelo de mil flores variado,
Cerca de un claro arroyo sonoroso
Que atravesaba el fresco y verde prado,
Vi junta toda cuanta hermosura
Supo y pudo formar acá natura.

Eran las damas del cercado aquellas
Que en la dichosa España florecian:
El claro sol, la luna y las estrellas
En su respeto escuras parecian;
Y sobre sus cabezas todas ellas
Olorosas guirnaldas sostenian
De mil varias maneras rodeadas
De rubias trenzas, ñudos y lazadas.

Andaban por acá y allá esparcidos
Gran copia de galanes estimados,
Al regalado y blando amor rendidos,
Corriendo tras sus fines y cuidados:
Unos en esperanza sostenidos,
Otros en sus riquezas confiados,
Todos gozando alegres y contentos
De sus lozanos y altos pensamientos

En esto con presteza y furia estraña
Arrebatado por el aire vano
La alta cumbre dejé de la montaña,
Bajando al deleitoso y fértil llano,
Donde si la memoria no me engaña
Vi la mi guia á la derecha mano,
Algo medrosa, y con turbado gesto
De haberme en tanto riesgo y trance puesto.

Que luego que los piés puse en en suelo,
Los codiciosos ojos ya cebando,
Libres del torpe y del grosero velo
Que la vista hasta allí me iba ocupando,
Un amoroso fuego y blando hielo
Se me fué por las venas regalando,
Y el brio rebelde y pecho endurecido
Quedó al amor sujeto y sometido.

Y deseoso luego de ocuparme
En obras y canciones amorosas,
Y mudar el estilo, y no curarme
De las ásperas guerras sanguinosas,
Con gran gana y codicia de informarme
De aquel asiento y damas tan hermosas,
En especial y sobre todas una
Que vi á sus piés rendida mi fortuna.

Era de tierna edad, pero mostraba
En su sosiego discrecion madura,
Y á mirarme parece la inclinaba
Su estrella, su destino y mi ventura:
Yo que saber su nombre deseaba,
Rendido y entregado á su hermosura,
Vi á sus piés una letra que decia:
Del tronco de Bazan doña Maria.

Y por saber mas della, revolviendo
El rostro y voz á la prudente guia,
Súbito el alboroto y fiero estruendo
De las bárbaras armas y armonía
Me despertó del dulce sueño, oyendo:
«¡Arma! arma! ¡presto, presto!» y parecia
Romper el alto cielo los acentos
De las diversas voces é instrumentos.

En esta confusion, medio dormido,
A las vecinas armas corrí presto,
Poniendome en un punto apercibido
En mi lugar y señalado puesto:
Cuando con ferocísimo alarido
Por la áspera ladera del recuesto
Apareció gran número de gente,
Y la rosada aurora en el oriente.

Luego también por una y otra parte
Con no menores voces y denuedo
Tanta gente asomó, que al fiero Marte
Con su temeridad pusiera miedo.
Mas para proceder parte por parte
Segun estoy cansado ya no puedo:
En el siguiente y nuevo canto pienso
De declararlo todo por estenso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTO XIX

Refiérese el asalto que los araucanos dieron á los españoles en el fuerte de Penco; la arremetida de Gracolano á la muralla; la batalla que los marineros y soldados que habían quedado en guarda de los navíos tuvieron en la marina con los enemigos.

Hermosas damas, si mi débil canto
No comienza á esparcir vuestros loores,
Y si mis bajos versos no levanto
A concetos de amor y obras de amores:
Mi priesa es grande, y que decir hay tanto,
Que á mil desocupados escritores
Que en ello trabajasen ncche y dia,
Para todos materia y campo habria.

Y aunque apartado á mi pesar me veo
Desta materia y presupuesto nuevo,
Me sacará al camino el gran deseo
Que tengo de cumplir con lo que os debo;
Y si el adorno y conveniente arreo
Me faltan, baste la intencion que llevo,
Que es hacer lo que puedo de mi parte,
Supliendo vos lo que faltare en la arte.

Mas la española gente que se queja
Con causa justa y con razon bastante,
Dándome mucha priesa, no me deja
Lugar para que de otras cosas cante;
Que el ejército bárbaro la aqueja
Cercando en torno el fuerte en un instante
Con terrible amenaza y alarido,
Como en el canto atrás lo habeis oido.

Luego que en la montaña en lo mas alto
Tres gruesos escuadrones parecieron,
Juntos á un mismo tiempo hicieron alto
Y el sitio desde allí reconocieron:
Visto el foso y el muro, el fiero asalto,
Dada la seña, todos tres movieron,
Esgrimiendo las armas de tal suerte
Que á nadie reservaban de la muerte.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

El mozo Gracolano no olvidado
De la arrogante oferta y gran promesa,
De varias y altas plumas rodeado,
Blandiendo una tostada pica gruesa
Venia dellos gran trecho adelantado,
Rompiendo por el humo y lluvia espesa
De las balas y tiros arrojados
Por brazos y cañones reforzados.

Llegado al justo término, terciando
La larga pica arremetió furioso,
Y en tierra el firme regaton fijando
Atravesó de un salto el ancho foso;
Y por la misma pica gateando,
Arriba sobre el muro victorioso
A pesar de las armas contrapuestas
Lanzas, picas, espadas y ballestas.

No agarrochado toro embravecido
La barrera embistió tan impaciente,
Ni fué con tanta fuerza resistido
De espesas armas y apiñada gente,
Como el gallardo bárbaro atrevido
Que temeraria y venturosamente
Rompiendo al parecer lo mas seguro,
Sube por fuerza al defendido muro.

Donde sueltas las armas empachadas,
Que aprovecharse dellas no podia
A bocados, á coces y á puñadas
Ganar la plaza él solo pretendia:
Los tiros, golpes, botes y estocadas
Con gran destreza y maña rebatia,
Poniendo pecho y hombro suficiente
Al ímpetu y furor de tanta gente.

En medio de las armas, á pié quedo,
Sin ellas su promesa sustentaba,
Y con gran pertinacia y poco miedo
De morir mas adentro procuraba,
Y en el vano propósito y denuedo
Herido ya en mil partes porfiaba,
Que su loca fortuna y diestra suerte
Tenian suspenso el golpe de la muerte.

Así que, en la demanda necia instando
Se arroja entre los hierros, y se mete
Cual perro espumajoso, que rabiando
Adonde mas le hieren arremete;
Y el peligro y la vida despreciando
Lo mas dudoso y áspero acomete,
Desbaratando en torno mil espadas
Al obstinado pecho encaminadas.

Viéndose en tal lugar solo, y tratado
Segun la temeraria confianza,
No de su pretension desconfiado,
Mas con alguna menos esperanza,
A los brazos cerró con un soldado
Y de las manos le sacó la lanza,
Sobre la cual echándose en un punto
Pensó salvar el foso y vida junto.

Mas la instable fortuna ya cansada
De serle curadora de la vida,
Dió paso en aquel tiempo á una pedrada
De algun gallardo brazo despedida,
Que en la cóncava sien la arrebatada
Piedra gran parte le quedó sumida,
Trabucándole luego de lo alto
Yendo en el aire en la mitad del salto.

Como el troyano Euricio, que volando
La tímida paloma por el cielo
Con gran presteza el corvo arco flechando
La atravesó en la furia de su vuelo,
Que retorciendo el cuerpo y revolando
Como redondo ovillo vino al suelo:
Así el herido mozo en descubierto
Dentro del hondo foso cayó muerto.

De treinta y dos heridas justamente
Cayó el mísero cuerpo atravesado,
Sin el último golpe de la frente
Que el número cerró ya rematado;
Y la pica que el bárbaro valiente
De franca y buena guerra habia ganado
Quedó arrimada al foso, de manera
Que un trozo descubierto estaba fuera.

Pero el joven Pinol, que prometido
Habia de acompañarle en el asalto,
Y con él hasta el foso arremetido,
Aunque no se atrevió á tan grande salto,
Como al valiente amigo vió tendido
Y descubrir la pica por lo alto,
La arrebató tomando por remedio
Poner con piés lijeros tierra en medio.

Mas como no haya maña ni destreza
Contra él hado precisa y dura suerte,
Ni bastan prestos piés ni lijereza
A escapar de las manos de la muerte;
Que al que piensa huir con mas presteza
Le alcanza de su brazo el golpe fuerte,
Como al lijero bárbaro le avino
En mudando propósito y camino:

Que apenas cuatro pasos habia dado
Cuando dos gruesas balas le cogieron,
Y de la espalda al pecho atravesado
A un tiempo por dos partes le tendieron:
No dió la alma tan presto, que un soldado
De dos que á socorrerle arremetieron,
De la costosa lanza no trabase,
Y con peligro suyo la salvase.

Luego de trompas gran rumor sonando
La gruesa pica en alto levantaron,
Y á toda furia en hila igual cerrando
Al foso con gran ímpetu llegaron;
Donde forzosamente reparando,
La municion y flechas descargaron
En tanta multitud, que parecian
Que la espaciosa tierra y sol cubrian.

Pues en esta sazon Martin de Elvira,
Que así nuestro español era llamado,
De lejos la perdida lanza mira
Que el muerto Gracolán le habia ganado:
Con loable vergüenza ardiendo en ira
De recobrar su honor deliberado,
Por una angosta puerta que allí habia
Solo y sin lanza á combatir salia.

Con un osado joven que delante
Venia la tierra y cielo despreciando,
De proporcion y miembros de gigante,
Una asta de dos costas blandeando,
Que acá y allá con término galante
La gruesa y larga pica floreando
Ora de un lado y de otro, ora derecho
Quiso tentar del enemigo el pecho.

Tirando un recio bote, que cebado
Le retrujo seis pasos de tal suerte
Que el gallardo español desatinado
Se vió casi en las manos de la muerte;
Pero como animoso y reportado
Haciendo recio pié se tuvo fuerte
Pensando asir la pica con la mano;
Mas este pensamiento salió vano.

Que el indio con destreza y gran soltura
Saltó lijero atrás cobrando tierra,
Y blandiendo la gruesa pica dura
Quiso con otro rematar la guerra;
Mas el pronto español, que entrar procura
Dándole lado, de la pica afierra,
Y aguijando por ella á su despecho
Cerró presto con él pecho con pecho.

Y habiendo con presteza arrebatado
Una secreta daga que traia,
Cinco veces ó seis por el costado
Del bravo corazon tentó la via:
El bárbaro mortal ya desangrado
Por todas la furiosa alma rendia,
Cayendo el cuerpo inmenso en tierra frio
Ya de sangre y espíritu vacío.

El valiente español, que vió tendido
A su enemigo y la victoria cierta,
Cobró la pica y crédito perdido
Retrayéndose ufano acia la puerta:
Donde pór los amigos conocido,
Fué sin contraste en un momento abierta,
Y dentro recibido alegremente
Con grande aplauso y grita de la gente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

En este tiempo ya por todos lados
La plaza de los contrarios espugnaban,
Que á vencer ó morir determinados
Por los fuegos y tiros se lanzaban:
Y encima de los muertos hacinados
Los vivos á tirar se levantaban,
De donde mas la cierta puntería
El encubierto blanco descubria.

Unos con ramas, tierra y con maderos
Ciegan el hondo foso presurosos;
Otros que mas presumen de lijeros
Hacen pruebas y saltos peligrosos;
Y los que les tocaba ser postreros
De llegar á las manos deseosos,
Tanto el ir adelante procuraban,
Que dentro á los primeros arrojaban.

Mas de los muchos muertos y heridos
De nuestros arcabuces de mampuesto,
Y de otros arrojados y caidos
El foso se cegó y allanó presto,
Por do los enemigos atrevidos
Arremetieron, el temor pospuesto,
Llegando por las partes mas guardadas
A medir con nosotros las espadas.

Y prosiguiendo en el osado intento,
De nuevo empiezan un combate duro;
Mas otros con mayor atrevimiento
Trepaban por las picas sobre el muro:
Que al bárbaro furor y movimiento
Ningun alto lugar habia seguro,
Ni parte, por mas áspera que fuese,
Donde no se escalase y combatiese.

Los nuestros sobre el muro amontonados
Los rebaten, impelen y maltratan,
Y con lanzas y tiros arrojados
Los derriban abajo y desbaratan;
Mas poco los demás escarmentados
La difícil subida no dilatan,
Antes procuran luego embravecidos
Ocupar el lugar de los caidos.

Unos así tras otros procediendo
Ganosos de honra y de temor desnudos,
Siempre la priesa y multitud creciendo,
Crece la furia de los golpes crudos:
Los defendidos términos rompiendo
Cubiertos de sus cóncavos escudos,
Nos pusieron en punta y apretura
Que estuvo lo imposible en aventura.

En este tiempo, Tucapel furioso
Apareció gallardo en la muralla,
Esgrimiendo un baston fuerte y nudoso,
Todo cubierto de luciente malla.
Como el leon de Libia vedijoso
Que abriendo de la tímida canalla
El tejido escuadron, con furia horrenda
Desembaraza la impedida senda,

Así el furioso bárbaro arrogante
Discurre por el muro, derribando
Cuanto allí se le opone y ve delante,
Su misma gente y armas tropellando:
Quisiera tener lengua y voz bastante
Para poder en suma ir relatando
El singular esfuerzo y valentía,
Que el bravo Tucapel mostró aquel dia.

No las espesas picas ni pertrechos
Bastan puestas en contra á resistirle,
Ni fuertes brazos, ni robustos pechos
Pueden acometiéndole impedirle:
Que montones de gente y armas hechos
Rompe y derriba sin poder sufrirle,
Y aun no contento desto, osadamente
Se arroja dentro en medio de la gente;

Y al peligro las fuerzas añadiendo
La poderosa maza rodeaba,
Unos desbaratando, otros rompiendo
Siempre mas tierra y opinion ganaba:
Al fin los duros golpes resistiendo,
Por las armas y gente atravesaba,
Hiriendo siempre á diestro y á siniestro
Con grande riesgo suyo y daño nuestro.

También acia la banda del poniente
Habia Peteguelén arremetido,
Y á despecho y pesar de nuestra gente
En lo mas alto del bastion subido:
Que el valeroso corazon ardiente
Le habia por las entrañas esparcido
Un belicoso ardor, como si fuera
En la verde y robusta edad primera.

Mucho no le duró; que á poca pieza
Le arrebató una bala desmandada
De los dispuestos hombros la cabeza,
Rematando su próspera jornada;
Tras esta disparó luego otra pieza
Acia la misma parte encaminada,
Llevando á Guampicol que le seguia,
Y á Surco, Longomilla y Lebopía.

La gente que en las naos habia quedado,
Viendo el rumor y priesa repentina,
Cuál salta luego arriba desarmado,
Cuál con rodela, cuál con coracina;
Quién se arroja al batel, y quién á nado
Piensa arribar mas presto á la marina,
Llamando cada cual á quien debia
Y ninguno aguardaba compañía.

Así á nado y á remo con gran pena
El molesto y prolijo mar cortaron,
Y en la ribera y deseada arena
Casi todos á un tiempo pié tomaron;
Donde con disciplina y orden buena
Un cerrado escuadron luego formaron,
Marchando á socorrer á los amigos
Por medio de las armas y enemigos.

Del mar no habian sacado los piés cuando
Por la parte de abajo con ruïdo
Les sale un escuadron en contra, dando
Una furiosa carga y alarido:
Venia el primero el paso apresurando
El suelto Feniston, mozo atrevido
Que de los otros quiso adelantarse
Con gana y presuncion de señalarse.

Nuestra gente con orden y osadía
Siguiendo su derrota y firme intento,
A la enemiga opuesta aremetia,
Que aun de esperar no tuvo sufrimiento;
Y á recibir á Feniston salia
Con paso no menor y atrevimiento
El diestro Julian de Valenzuela,
La espada en mano, al pecho la rodela.

Fué allí el primero que empezó el asalto
El presto Feniston anticipado,
Dando un lijero y no pensado salto
Con el cual descargó un baston pesado;
Mas Valenzuela, la rodela en alto,
A dos manos el golpe ha reparado,
Dejándose atronado de manera
Como si encima un monte le cayera.

Bajó la ancha rodela á la cabeza,
Tanto fué el golpe recio y desmedido,
Y el trasportado joven una pieza
Fué rodando de manos aturdido;
Mas luego aunque atronado se endereza,
Y volviendo del todo en su sentido
Pudo al través hurtándose de un salto
Huir la maza que calaba de alto.

Entró el leño por tierra un gran pedazo
Con el gran peso y fuerza que traia,
Que visto Valenzuela el embarazo
Del bárbaro y el tiempo que el tenía,
Metiendo con presteza el pié y el brazo,
El pecho con la espada le cosia,
Y al sacar la caliente y roja espada
Le llevó de revés media quijada.

El araucano ya con desatino
Le echó los brazos sin saber por dónde;
Mas el joven, tentando otro camino,
Arrancada la daga le responde,
Que con la priesa y fuerza que convino
Tres veces en el cuerpo se la esconde,
Haciéndole estender ya casi helados
Los piés y fuertes brazos añudados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ya en aquella sazon ninguno habia
Que solo un punto allí estuviese ocioso;
Mas cada cual solícito corria
A lo mas necesario y peligroso:
Era el estruendo tal, que parecia
El batir de las armas presuroso
Que de sus fijos quicios todo el cielo
Desencajado se viniese al suelo.

Por otra parte arriba en la muralla,
Siempre con rabia y priesa hervorosa,
Andaba muy reñida la batalla,
Y la vitoria en confusion dudosa:
Vuela en el aire la cortada malla,
Y de sangre caliente y espumosa
Tantos arroyos en el foso entraban,
Que los cuerpos en ella ya nadaban.

Así de allá y acá gallardamente
Por la plaza y honor se contendia,
Quién sobre el muerto sube diligente,
Quién muerto sobre el vivo allí caia:
Don García de Mendoza entre su gente
Su cuartel con esfuerzo defendia,
Al gran furor y bárbara violencia
Haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado á la otra mano,
Don Francisco de Andía y Espinosa,
Y don Simon Pereira, lusitano,
Don Alonso Pacheco y Ortigosa,
Contrapuestos al ímpetu araucano
Hacian prueba de esfuerzo milagrosa,
Resistiendo á gran número la entrada
A pura fuerza y valerosa espada.

Basco Juarez también por otra parte,
Carrillo, y don Antonio de Cabrea,
Arias Pardo, Riberos y Lasarte,
Córdoba y Pedro de Olmos de Aguilera,
Subidos sobre el alto balüarte
Herian en los contrarios de manera,
Que aunque eran infinitos, bien seguro
Por toda aquella banda estaba el muro.

No menos se mostraba peleando
Juan de Torres, Garnica y Campo-frio,
Don Martin de Guzmán y don Hernando
Pacheco, Gutierrez, Zúñiga y Berrio,
Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando,
Haciendo cosas que el ingenio mio,
Aunque libre de estorbos estuviera
Contarlas por estenso no pudiera.

Tanto el daño creció, que de aquel lado
Los fieros araucanos aflojaron,
Y rostro á rostro en paso concertado
Quebrantado el furor se retiraron:
Los otros, visto el daño no pensado
También del loco intento se apartaron,
Quedando Tucapel dentro del fuerte
Hiriendo, derribando y dando muerte.

No desmayó por esto, antes ardia
En cólera rabiosa y viva saña,
Y aquí y allí furioso discurria
Haciendo en todas partes riza estraña;
Tropella á Bustamente y á Mejía,
Derriba á Diego Perez y á Saldaña.
Mas ya es razon, pues he cantado tanto,
Dar fin al gran destrozo y largo canto.

CANTO XX

Retíranse los araucanos con pérdida de mucha gente; escápase Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos; cuenta Tegualda á don Alonso de Ercilla el estraño y lastimoso proceso de su historia.

Nadie prometa sin mirar primero
Lo que de su caudal y fuerza siente,
Que quien en prometer es muy lijero,
Proverbio es que despacio se arrepiente:
La palabra es empeño verdadero
Que habemos de quitar forzosamente,
Y es derecho comun y les espresa
Guardar al enemigo la promesa.

Bien fuera destas leyes va la usanza
Que en este tiempo mísero se tiene:
Promesas que os ensanchan la esperanza,
Y ninguna se cumple ni mantiene:
Así la vana y necia confianza
Que estribando en el aire nos sostiene,
Se viene al suelo y llega al desegaño
Cuando es mayor que la esperanza el daño.

De mí sabré decir, cuán trabajada
Me tiene la memoria, y con cuidado
La palabra que dí bien escusada
De acabar este libro comenzado:
Que la seca materia, desgustada,
Tan desierta y estéril que he tomado
Me promete hasta el fin trabajo sumo,
Y es malo de sacar de un terron zumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuestas
Tras las roncas trompetas y atambores,
Pudiendo ir por jardines y florestas
Cogiendo varias y olorosas flores,
Mezclando en las empresas y recuestas
Cuentos, ficciones, fábulas y amores,
Donde correr sin límite pudiera,
Y dando gusto, yo le recibiera?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Ya en aquella sazon ninguno habia
Que solo un punto allí estuviese ocioso;
Mas cada cual solícito corria
A lo mas necesario y peligroso:
Era el estruendo tal, que parecia
El batir de las armas presuroso
Que de sus fijos quicios todo el cielo
Desencajado se viniese al suelo.

Por otra parte arriba en la muralla,
Siempre con rabia y priesa hervorosa,
Andaba muy reñida la batalla,
Y la vitoria en confusion dudosa:
Vuela en el aire la cortada malla,
Y de sangre caliente y espumosa
Tantos arroyos en el foso entraban,
Que los cuerpos en ella ya nadaban.

Así de allá y acá gallardamente
Por la plaza y honor se contendia,
Quién sobre el muerto sube diligente,
Quién muerto sobre el vivo allí caia:
Don García de Mendoza entre su gente
Su cuartel con esfuerzo defendia,
Al gran furor y bárbara violencia
Haciendo suficiente resistencia.

Don Felipe Hurtado á la otra mano,
Don Francisco de Andía y Espinosa,
Y don Simon Pereira, lusitano,
Don Alonso Pacheco y Ortigosa,
Contrapuestos al ímpetu araucano
Hacian prueba de esfuerzo milagrosa,
Resistiendo á gran número la entrada
A pura fuerza y valerosa espada.

Basco Juarez también por otra parte,
Carrillo, y don Antonio de Cabrea,
Arias Pardo, Riberos y Lasarte,
Córdoba y Pedro de Olmos de Aguilera,
Subidos sobre el alto balüarte
Herian en los contrarios de manera,
Que aunque eran infinitos, bien seguro
Por toda aquella banda estaba el muro.

No menos se mostraba peleando
Juan de Torres, Garnica y Campo-frio,
Don Martin de Guzmán y don Hernando
Pacheco, Gutierrez, Zúñiga y Berrio,
Ronquillo, Lira, Osorio, Vaca, Ovando,
Haciendo cosas que el ingenio mio,
Aunque libre de estorbos estuviera
Contarlas por estenso no pudiera.

Tanto el daño creció, que de aquel lado
Los fieros araucanos aflojaron,
Y rostro á rostro en paso concertado
Quebrantado el furor se retiraron:
Los otros, visto el daño no pensado
También del loco intento se apartaron,
Quedando Tucapel dentro del fuerte
Hiriendo, derribando y dando muerte.

No desmayó por esto, antes ardia
En cólera rabiosa y viva saña,
Y aquí y allí furioso discurria
Haciendo en todas partes riza estraña;
Tropella á Bustamente y á Mejía,
Derriba á Diego Perez y á Saldaña.
Mas ya es razon, pues he cantado tanto,
Dar fin al gran destrozo y largo canto.

CANTO XX

Retíranse los araucanos con pérdida de mucha gente; escápase Tucapel muy herido rompiendo por los enemigos; cuenta Tegualda á don Alonso de Ercilla el estraño y lastimoso proceso de su historia.

Nadie prometa sin mirar primero
Lo que de su caudal y fuerza siente,
Que quien en prometer es muy lijero,
Proverbio es que despacio se arrepiente:
La palabra es empeño verdadero
Que habemos de quitar forzosamente,
Y es derecho comun y les espresa
Guardar al enemigo la promesa.

Bien fuera destas leyes va la usanza
Que en este tiempo mísero se tiene:
Promesas que os ensanchan la esperanza,
Y ninguna se cumple ni mantiene:
Así la vana y necia confianza
Que estribando en el aire nos sostiene,
Se viene al suelo y llega al desegaño
Cuando es mayor que la esperanza el daño.

De mí sabré decir, cuán trabajada
Me tiene la memoria, y con cuidado
La palabra que dí bien escusada
De acabar este libro comenzado:
Que la seca materia, desgustada,
Tan desierta y estéril que he tomado
Me promete hasta el fin trabajo sumo,
Y es malo de sacar de un terron zumo.

¿Quién me metió entre abrojos y por cuestas
Tras las roncas trompetas y atambores,
Pudiendo ir por jardines y florestas
Cogiendo varias y olorosas flores,
Mezclando en las empresas y recuestas
Cuentos, ficciones, fábulas y amores,
Donde correr sin límite pudiera,
Y dando gusto, yo le recibiera?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Todo ha de ser batallas y asperezas,
Discordia, fuego, sangre, enemistades,
Odios, rencores, sañas y bravezas,
Desatino, furor, temeridades,
Rabias, iras, venganzas y fierezas,
Muertes, destrozos, rizas, crüeldades,
Que al mismo Marte ya pondrán hastío
Agotando un caudal mayor que el mio?

Mas á mi me es forzoso ser paciente,
Pues de mi voluntad quise obligarme,
Y así os pido, señor, humildemente
Que no os dé pesadumbre el escucharme:
Que el atrevido bárbaro valiente
Aun no me da lugar de disculparme,
Tal es la furia y priesa con que viene,
Que apresurar la mano me conviene.

El cual, como encerrada bestia fiera,
Ora de aquella, y ora desta parte,
Abre sangrienta y áspera carrera,
Y por todas el daño igual reparte
Con un orgullo tal que acometiera
Allá en su quinto trono al fiero Marte,
Si viera modo de subir al cielo,
Segun era gallardo de cerbelo.

Pero viéndose solo y mal herido,
Y el ejército bárbaro deshecho,
Y todo el fiero hierro convertido
Contra su fuerte y animoso pecho,
Se retrujo á una parte, en la cual vido
Que el cerro era peinado y muy derecho,
Sin muro de aquel lado, donde un salto
Había de mas de veinte brazas de alto.

Como si en tal sazon alas tuviera
Mas seguras que Dédalo las tuvo,
Se arroja desde arriba de manera
Que parece que en ellas se sostuvo:
Hizo prueba de sí fuerte y lijera
Que el salto aunque mortal en poco tuvo,
Cayendo abajo el bárbaro gallardo
Como una onza lijera ó suelto pardo.

Mas bien no se lanzó, que en seguimiento
Infinidad de tiros le arrojaron,
Que aunque no le alcanzara el pensamiento
Antes que fuese abajo la alcanzaron:
Fué tanto el descargar, que en un momento
En mas de diez lugares le llagaron;
Pero no de manera que cayese,
Ni solo un paso y pié descompusiese.

Viéndose abajo y tan herido, luego
Del propósito y salto arrepentido,
Abrasado en rabioso y vivo fuego,
Terrible y mas que nunca embrabecido,
Quisiera revolver de nuevo al juego,
Y vengarse del daño recibido;
Mas era imaginarlo desatino,
Que el cerro era tajado y sin camino.

Cinco ó seis veces la difícil via
Y de fortuna el crédito tentaba,
Que fácil lo imposible le hacia
El coraje y furor que le incitaba:
Por un lado y por otro discurria,
Todo de acá y de allá lo rodeaba
Como el hambriento lobo encarnizado
Rodea de los corderos el cercado.

Mas viendo al fin era designio vano
Y de tiros sobre él la lluvia espesa,
Retirandose á un lado vió en el llano
La trabada batalla y fiera priesa;
Y como el levantado halcon lozano
Que yendo alta la garza, se atraviesa
El cobaarde milano, y desde el cielo
Cala á la presa con furioso vuelo:

Así el gallardo Tucapel, dejado
El temerario intento infructüoso,
Revuelve á la otra banda encaminado
Al reñido combate sanguinoso:
En esto el bando infiel desconfiado
De mucha gente y sangre perdidoso,
Se retiró, siguiendo las banderas
Que iban marchando ya por las laderas.

No por eso torció de su demanda
Un solo paso el bárbaro valiente,
Antes recio embistió por una banda,
Tropellando de golpe mucha gente;
Y dándoles terrible escurribanda
Pasó de un cabo á otro francamente,
Hiriendo y derribando de manera
Que dejó bien abierta la carrerra.

Quién queda allí estropiado, quién tullido,
Quién se duele, quién gime, quién se queja,
Quién cae acá, quién cae allá aturdido,
Quién haciéndole plaza dél se aleja,
Y en el largo escuadron de armas tejido
Un gran portillo y ancha calle deja,
Con el furor que el fiero rayo apriesa
Rompe el aire apretado y nube espesa.

De tal manera Tucapel abriendó
De parte á parte el escuadron cristiano
Arriba á los amigos que seguiendo
Iban la retirada á paso llano,
Con el concierto y orden procediendo
Que vemos ir las grullas el verano,
Cuando de su tendida y negra banda
Ninguna se adelanta ni desmanda.

Nosotros, aunque pocos, cuando vimos
Que á espaldas vueltas iban ya marchando
De nuestro fuerte en gran tropel salimos
En la campaña un escuadron formando,
Y á paso moderado los seguimos
De la vitoria enteramente usando;
Pero dimos la vuelta apresurada
Temiendo alguna bárbara emboscada.

Duró pues el reñido asalto tanto,
Que el sol en lo mas alto levantado
Distaba del poniente en punto cuanto
Estaba del oriente desviado:
Nosotros ya seguros, entre tanto
Que remataba el curso acostumbrado
Dando lugar á las nocturnas horas
Del personal trabajo aliviadoras;

El ciego foso al rededor limpiamos
Sin descansar un punto diligentes,
Y en muchas partes dél desbaratamos
Anchas traviesas y formadas puentes:
Los lugares mas flacos reparamos
Con industria y defensas suficientes,
Fortificando el sitio de manera
Que resistir un gran furor pudiera.

La negra noche, á mas andar cubriendo
La tierra, que la luz desamparaba,
Se fué toda la gente recogiendo,
Segun y en el lugar que le tocaba,
La guardia y centinelas repartiendo,
Que el tiempo estrecho á nadie reservaba:
Me cupo el cuarto de la prima en suerte
En un bajo recuesto junto al fuerte,

Donde con el trabajo de aquel dia,
Y no me haber en quince desarmado,
El importuno sueño me afligia
Hallándome molido y quebrantado;
Mas con nuevo ejercicio resistia
Paseándome deste y de aquel lado
Sin parar un momento: tal estaba
Que de mis propios piés no me fiaba.

No el manjar de sustancia vaporoso,
Ni vino muchas veces trasegado,
Ni el hábito y costumbre de reposo
Me habian el grave sueño acarreado:
Que bizcocho negrísimo y mohoso
Por medida de escasa mano dado,
Y la agua llovediza desabrida
Era el mantenimiento de mi vida.

Y á veces la racion se convertia
En dos tasados puños de cebada,
Que cocida con yerbas nos servia,
Por la falta de sal, la agua salada;
La regalada cama en que dormia
Era la húmida tierra empantanada,
Armado siempre y siempre en ordenanza,
La pluma ora en la mano, ora la lanza.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Andando pues así con el molesto
Sueño que me aquejaba porfiando,
Y en gran silencio el encargado puesto
De un canto al otro canto paseando,
Vi que estaba el un lado del recuesto
Lleno de cuerpos muertos blanqueando:
Que nuestros arcabuces aquel dia
Habian hecho gran riza y bateria.

No mucho después desto, yo que estaba
Con ojo alerto y con atento oido,
Sentí de rato en rato que sonaba
Acia los cuerpos muertos un ruïdo,
Que siempre al acabar se remataba
Con un triste suspiro sostenido,
Y tornaba á sentirse, pareciendo
Que iba de cuerpo en cuerpo discurriendo.

La noche era tan lóbrega y escura
Que divisar lo cierto no podia;
Y así por ver el fin desta aventura,
Aunque mas por cumplir lo que debia,
Me vine agazapado en la verdura
Acia la parte que el rumor se oia,
Donde vi entre los muertos ir oculto
Andando á cuatro piés un negro bulto.

Yo de aquella vision mal satisfecho,
Con un temor que agora aun no le niego,
La espada en mano y la rodela al pecho,
Llamando á Dios sobre él aguijé luego;
Mas el bulto se puso en pié derecho,
Y con medrosa voz y humilde ruego
Dijo: «Señor, señor, merced te pido
Que soy mujer, y nunca te he ofendido.

»Si mi dolor y desventura estraña
A lástima y piedad no te inclinaren,
Y tu sangrienta espada y fiera saña
De los términos licitos pasaren,
¿Qué gloria adquirirás de tal hazaña,
Cuando los justos cielos publicaren
Que se empleó en una mujer tu espada,
Viuda, mísera, triste y desdichada?

»Ruégote pues, señor, si por ventura,
O desventura como fué la mia,
Con amor verdadero y con fe pura
Amaste tiernamente en algun dia,
Me dejes dar á un muerto sepultura,
Que yace entre esta muerta compañía:
Mira que aquel que niega lo que es justo
Lo malo aprueba ya, y se hace injusto.

«No quieras impedir obra tan pia
Que aun en bárbara guerra se concede,
Que es especie y señal de tiranía
Usar de todo aquello que se puede;
Deja buscar su cuerpo á esta alma mia;
Después furioso con rigor procede:
Que ya el dolor me ha puesto en tal estremo
Que mas la vida que la muerte temo.

»Que no sé mal que ya dañarme pueda;
No hay bien mayor que no le haber tenido;
Acábese y fenezca lo que queda,
Pues que mi dulce amigo ha fenecido:
Que aunque el cielo crüel no me conceda
Morir mi cuerpo con el suya unido,
No estorbará por mas que me persiga,
Que mi afligido espíritu le siga.»

En esto con instancia me rogaba
Que su dolor de un golpe rematase;
Mas yo que en duda y confusion estaba
Aun teniendo temor que me engañase,
Del verdadero indicio no fiaba
Hasta que un poco mas me asegurase,
Sospechando que fuese alguna espía
Que á saber cómo estábamos venia.

Bien que estuve dudoso; pero luego
Aunque la noche el rostro le encubria,
En su poco temor y gran sosiego
Vi que verdad en todo me decia;
Y que el pérfido amor, ingrato y ciego,
En busca del marido la traia,
El cual en la primera arremetida
Queriendo señalarse dió la vida.

Movido pues á compasion de vella
Firme en su casto y amoroso intento,
De allí salido me volví con ella
A mi lugar y señalado asiento:
Donde yo le rogue que su querella
Con ánimo seguro y sufrimiento
Desde el principio al cabo me contase,
Y desfogando la ansia descansase.

Ella dijo: «¡Ay de mí, que es imposible
Tener jamás descanso hasta la muerte,
Que es sin remedio mi pasion terrible,
Y mas que todo sufrimiento fuerte!
Mas aunque me será cosa insufrible,
Diré el discurso de mi amarga suerte,
Quizá que mi dolor, segun es grave,
Podrá ser que esforzándole me acabe.

»Yo soy Tegualda, hija desdichada
Del cacique Brancol, desventurado,
De muchos por hermosa en vano amada
Libre un tiempo da amor y de cuidado;
Pero muy presto la fortuna airada
De ver mi libertad y alegre estado
Turbó de tal manera mi alegría,
Que al fin muero del mal que no temia.

»De muchos fuí pedida en casamiento,
Y á todos igualmente despreciaba,
De lo cual mi buen padre descontento,
Que yo aceptase alguno me rogaba;
Pero con franco y libre pensamiento
De su importuno ruego me escusaba,
Que era pensar mudarme desvarío,
Y martillar sin fruto en hierro frio.

»No por mis libres y ásperas respuestas
Los firmes pretensores aflojaron:
Antes con nuevas pruebas y recuestas
En su vana demanda mas instaron,
Y con danzas, con juegos y otras fiestas
Mudar mi firme intento procuraron,
No les bastando maña ni artificio
A sacar mi propósito de quicio.

»Muy presto pues llegó el postrero dia
Desta mi libertad y señorío:
¡Oh si lo fuera de la vida mia!
Pero no pudo ser, que era bien mio.
En un lugar que junro al pueblo habia
Donde el claro Gualebo, manso rio,
Después que sus viciosos campos riega,
El nombre y agua al ancho Itata entrega:

»Allí, para castigo de mi engaño,
Que fuese á ver sus fiestas me rogaron,
Y como habia de ser para mi daño
Fácilmente conmigo lo acabaron:
Luego por orden y artificio estraño
La larga senda y pasos enramaron,
Pareciéndoles malo el buen camino,
Y que el sol de tocarme no era dino.

»Llegué por varios arcos donde estaba
Un bien compuesto y levantado asiento,
Hecho por tal manera que ayudaba
La maestra natura al ornamento:
El agua clara en torno murmuraba,
Los árboles movidos por el viento
Hacian un movimiento y un ruïdo
Que alegraban la vista y el oido.

»Apenas pues en él me habia sentado
Cuando un alto y solemne bando echaron,
Y del ancho palenque y estacado
La embarazosa gente despejaron:
Cada cual á su puesto retirado,
La acostumbrada lucha comenzaron
Con un silencio tal que los presentes
Juzgaron ser pinturas mas que gentes.

»Aunque habia muchos jóvenes lucidos,
Todos al parecer competidores,
De diferentes suertes y vestidos,
Y de un fin engañoso pretensores,
No estaba en cuáles eran los vencidos,
Ni cuáles habian sido vencedores,
Buscando acá y allá entretenimiento
Con un ocioso y libre pensamiento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Yo que en cosa de aquellas no paraba,
El fin de sus contiendas deseando,
Ora los altos árboles miraba
De natura las obras contemplando,
Ora la agua que el prado atravesaba
Las varias pedrezuelas numerando,
Libre á mi parecer y muy segura
De cuidado de amor y desventura.

»Cuando un gran alboroto y vocería
(Cosa muy cierta en semejante juego)
Se levantó entre aquella compañía,
Que me sacó de seso y de sosiego;
Yo queriendo entender lo que sería,
Al mas cerca de mí pregunté luego
La causa de la grita ocasionada,
Que me fuera mejor no saber nada.

»El cual dijo: «Señora, ¿no has mirado
Cómo el robusto joven Mareguano
Con todos cuantos mozos ha luchado
Los ha puesto de espaldas en el llano?
Y cuando ya esperaba confiado
Que la bella guirnalda de tu mano
Le ciñera la ufana y leda frente
En premio y por señal de mas valiente,

»Aquel gallardo mozo bien dispuesto
Del vestido de verde y encarnado,
Con gran facilidad le ha en tierra puesto,
Llevándole el honor que habia ganado;
Y el fácil y liviano pueblo desto
Como de novedad maravillado
Ha levantado aquel confuso estruendo
La fuerza del mancebo encareciendo.

»Y también Mareguano, que procura
De volver á luchar, el cual alega
Que fué siniestro acaso y desventura,
Que en fuerza y maña el otro no le llega;
Pero la condicion y la postura
Del espreso cartel se lo deniega,
Aunque el joven con ánimo valiente
Da voces, que es contento y lo consiente.

»Pero los jueces por razon no admiten
Del uno ni del otro el pedimento,
Ni en modo alguno quieren ni permiten
Inovacion en esto y movimiento;
Mas que de su proposito se quiten,
Si entrambos de comun consentimiento
Pareciendo primero en tu presencia
No alcanzaren de tí franca licencia.»

»En esto á mi lugar enderezando
De aquella gente un gran tropel venia,
Que como junto á mí llegó, cesando
El discorde alboroto y vocería,
El mozo vencedor la voz alzando
Con una humilde y baja cortesía
Dijo: «Señora, una merced te pido
Sin haberla mis obras merecido.

»Que si soy extranjero y no merezco
Hagas por mí lo que es tan de tu oficio,
Como tu siervo natural te ofrezco
De vivir y morir en tu servicio:
Que aunque el agravio aquí yo le padezco,
Por dar desta mi oferta algun indicio,
Quiero si della fueres tú servida
Luchar con Mareguano otra caida.

»Y otra, y otra, y aun mas, si él quiere, quiero,
Hasta dejarle en todo satisfecho,
Y consiento que al punto y ser primero
Se reduzca la prueba y el derecho;
Que siendo en tu presencia, cierto espero
Salir con mayor gloria deste hecho:
Danos licencia, rompe el estatuto
Con tu poder sin límite, absoluto.»

»Esto dicho con baja reverencia
La respuesta mirándome esperaba;
Mas yo, que sin recato y advertencia
Escuchándole atenta le miraba,
No solo concederle la licencia,
Pero ya que venciese deseaba,
Y así le respondí: «Si yo algo puedo
Libre y graciosamente lo concedo.»

»Luego con un gallardo continente
Ambos juntos de mí se despidieron,
Y con grande alborozo de la gente
En la cerrada plaza los metieron:
Adonde los padrinos igualmente
El sol ya bajo y campo les partieron,
Y dejándolos solos en el puesto
El uno para el otro movió presto.

»Juntáronse en un punto, y porfiando
Por el campo anduvieron un gran trecho,
Ora volviendo en torno y volteando,
Ora yendo al través, ora al derecho,
Ora alzándose en alto, ora bajando,
Ora en sí recogidos á pecho á pecho:
Tan estrechos gimiendo se tenian,
Que recibir aliento aun no podian.

»Volvian á forcejar con un ruïdo,
Que era de ver y oirlos cosa estraña;
Pero el mozo extranjero ya corrido
De su poca pujanza y mala maña,
Alzó de tierra al otro, y de un gemido
De espaldas le trabuca en la campaña
Con tal golpe, que al triste Mareguano
No le quedó sentido y hueso sano.

»Luego, de mucha gente acompañado,
A mi asiento los jueces le trujeron;
El cual ante mis piés arrodillado
Que yo le diese el precio me dijeron:
No sé si fué su estrella, ó fué mi hado,
Ni las causas que en esto concurrieron,
Que comencé á temblar, y un fuego ardiendo
Fué por todos mis huesos discurriendo.

»Halléme tan confusa y alterada
De aquella nueva causa y accidente,
Que estuve un rato atónita y turbada
En medio del peligro y tanta gente;
Pero volviendo en mí mas reportada,
Al vencedor en todo dignamente
Que estaba allí inclinado ya en mi falda
Le puse en la cabeza la guirnalda.

»Pero bajé los ojos al momento
De la honesta vergüenza reprimidos,
Y el mozo con un largo ofrecimiento
Inclinó á sus razones mis oidos:
Al fin se fué llevándome el contento
Y dejando turbados mis sentidos;
Pues que llegué de amor y pena junto
De solo el primer paso al postrer punto.

»Sentí una novedad que me apremiaba
La libre fuerza y el rebelde brio,
A la cual sometida se entregaba
La razon, libertad y el albedrío:
Yo que cuando acordé ya me hallaba
Ardiendo en vivo fuego el pecho frio,
Alcé los ojos tímidos cebados
Que la vergüenza allí tenia abajados.

»Roto con fuerza súbita y furiosa
De la vergüenza y continencia el freno,
Le seguí con la vista deseosa
Cebando mas la llaga y el veneno;
Que solo allí mirarle y no otra cosa
Para mi mal hallaba que era bueno;
Así que adonde quiera que pasaba
Tras sí los ojos y alma me llevaba.

»Vile que á la sazon se apercibia
Para correr el palio acostumbrado,
Que una milla de trecho y mas tenia
El término del curso señalado;
Y al suelto vencedor se prometia
Un anillo de esmaltes rodeado
Y una gruesa esmeralda bien labrada,
Dado por esta mano desdichada.

»Mas de cuarenta mozos en el puesto
A pretender el precio parecieron,
Donde en la raya el pié cada cual puesto
Prontos y apercibidos atendieron;
Que no sintieron la señal tan presto
Cuando todos en hila igual partieron
Con tal velocidad, que casi apenas
Señalaban la planta en las arenas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Pero Crepino, el joven estranjero,
Que así de nombre proprio se llamaba,
Venia con tanta furia el delantero,
Que al presuroso viento atrás dejaba:
El rojo palio al fin tocó el primero
Que la larga carrera remataba,
Dejando con su término agraciado
El circunstante pueblo aficionado.

»Y con solemne triunfo rodeando
La llena y ancha plaza le llevaron;
Pero después á mi lugar tornando,
Que le diese el anillo me rogaron:
Yo un medroso temblor disimulando,
Que atentamente todos me miraron,
Del empacho y temor pasado el punto
Le di mi libertad y anillo junto.

»Él me dijo: «Señora, te suplico
Le recibas de mí, que aunque parece
Pobre y pequeño el don, te certifico
Que es grande la afición con que se ofrece:
Que con este favor quedaré rico,
Y así el ánimo y fuerzas me engrandece,
Que no habrá empresa grande ni habrá cosa
Que ya me pueda ser dificultosa.»

»Yo por usar de toda cortesía,
Que es lo que á las mujeres perficiona,
Le dije, que el anillo recibia
Y mas la voluntad de la persona:
En esto toda aquella compañía,
Hecha en torno de mi espesa corona,
Del ya agradable asiento me bajaron,
Y á casa de mi padre me llevaron.

»No con pequeña fuerza y resistencia,
Por dar satisfacion de mí á la gente,
Encubrí tres semanas mi dolencia,
Siempre creciendo el daño y fuego ardiente;
Y mostrando venir á la obediencia
De mi padre señor, mañosamente
Le di á entender por señas y rodeo
Querer cumplir su ruego y mi deseo,

»Diciendo: que pues él me persuadia
Que tomase parientes y marido
Al parecer segun que convenia,
Yo por le obedecer le habia elegido,
El cual era Crepino, que tenia
Valor, suerte y linaje conocido,
Junto con ser discreto, honesta, afable,
De condicion y término loable.

»Mi padre, que con sesgo y ledo gesto
Hasta el fin escuchó el parecer mio,
Besándome en la frente dijo: «En esto
Y en todo me remito á tu albedrío;
Pues de tu discreción y intento honesto
Que eligirás lo que conviene fio;
Y bien muestra Crepino en su crianza
Ser de buenos respetos y esperanza.»

»Ya que con voluntad y mandamiento
A mí honor y deseo satisfizo,
Y la vana contienda y fundamento
De los presentes jóvenes deshizo,
El infelice y triste casamiento
En forma y acto público se hizo,
Hoy hace justo un mes, ¡Oh suerte dura!
¡Que cerca está el bien la desventura!

»Ayer me vi contenta de mi suerte
Sin temor de contraste ni recelo,
Hoy la sangriente y rigurosa muerte
Todo lo ha derribado por el suelo.
¿Qué consuelo ha de haber á mal tan fuerte?
¿Qué recompensa puede darme el cielo?
Adonde ya ningun remedio vale,
Ni hay bien que con tan grande mal se iguale?

»Este es pues el proceso, esta el historia
Y el fin tan cierto de la dulce vida:
Hé aquí mi libertad y breve gloria
En eterna amargura convertida;
Y pues que por tu casa la memoria
Mi llaga ha renovado encrudecida,
En recompensa del dolor te pido
Me dejes enterrar á mi marido.

»Que no es bien que las aves carniceras
Despedacen el cuerpo miserable,
Ni los perros y brutas bestias fieras
Satisfagan su estómago insaciable;
Mas cuando empedernido ya no quieras
Hacer cosa tan justa y razonable,
Haznos con esa espada y mano dura
Iguales en la muerte y sepultura.»

Aquí acabó su historia, y comenzaba
Un llanto tal que el monte enternecia,
Con una ansia y dolor que me obligaba
A tenerle en el duelo compañía;
Que ya el asegurarle no bastaba
De cuanto prometer yo le podia:
Solo pedia la muerte y sacrificio
Por último remedio y beneficio.

En gran congoja y confusion me viera,
Si don Simon Pereira, que á otro lado
Hacia también la guardia, no viniera
A decirme que el tiempo era acabado;
Y espantado también de lo que oyera,
Que un poco desde aparte habia escuchado,
Me ayudó á consolarla, haciendo ciertas
Con nuevo ofrecimiento mis ofertas.

Ya el presuroso cielo volteando
En el mar las estrellas tratornaba,
Y el crucero las horas señalando
Entre el sur y sudueste declinaba
En mitad del silencio y noche, cuando
Visto cuánto la oferta la obligaba,
Reprimiendo Tegualda su lamento
La llevamos á nuestro alojamiento.

Donde en honesta guarda y compañía
De mujeres casadas quedó, en tanto
Que el esperado ya vecino dia
Quitase de la noche el negro manto.
Entre tanto también razón seria,
Pues que todos deseansan y yo canto,
Dejarlo hasta mañana en este estado,
Que de reposo estoy necesitado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

CANTO XXI

Halla Tegualda el cuerpo del marido, y haciendo un llanto sobre él le lleva á su tierra: llegan á Penco los españoles y caballos que venían de Santiago y de la Imperial por tierra; hace Caupolicán muestra general de su gente.

¿Quién de amor hizo prueba tan bastante?
¿Quién vió tal muestra y obra tan piadosa
Como la que tenemos hoy delante
Desta infelice bárbara hermosa?
La fama engrandeciéndola levante
Mi baja voz en alta y sonorosa;
Dando noticia della eternamente
Corra de lengua en lengua y gente en gente.

Cese el uso dañoso y ejercicio
De las mordaces lenguas ponzoñosas
Que tienen de costumbre y por oficio
Ofender las mujeres virtüosas:
Pues mirándolo bien, solo este indicio,
Sin haber en contrario tantas cosas,
Confunde su malicia, y las condena
A duro freno y vergonzosa pena.

¡Cuántas y cuántas vemos que han subido
A la difícil cumbre de la fama,
Judit, Camila, la fenisa Dido,
A quien Virgilio injustamente infama;
Penélope, Lucrecia, que al marido
Lavó con sangre la violada cama;
Hipo, Tucia, Virginia, Fulvia, Clelia,
Porcia, Sulpicia, Alcestes y Cornelia!

Bien puede ser entre estas colocada
La hermosa Tegualda, pues parece
En la rara hazaña señalada
Cuánto por el piadoso amor merece:
Así sobre sus obras levantada
Entre las mas famosas resplandece,
Y el nombre será siempre celebrado
A la inmortalidad ya consagrado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quedó pues como dije recogida
En parte honesta y compañía segura,
Del poco beneficio agradecida,
Segun lo que esperaba en su ventura;
Pero la aurora y nueva luz venida,
Aunque el sabroso sueño con dulzura
Me habia los lasos miembros ya trabado,
Me despertó el aquejador cuidado.

Viniendo á toda priesa adonde estaba
Firme en el triste llanto y sentimiento,
Que solo un breve punto no aflojaba
La dolorosa pena y el lamento:
Yo con gran compasion la consolaba,
Haciéndole seguro ofrecimiento
De entregarle el marido y darle gente
Con que salir pudiese libremente.

Ella del bien incrédula llorando,
Los brazos estendidos, me pedia
Firme seguridad; y así llamando
Los indios de servicio que tenia,
Salí con ella acá y allá buscando:
Al fin entre los muertos que allí habia
Hallamos el sangriento cuerpo helado
De una redonda bala atravesado.

La mísera Tegualda, que delante
Vió la marchita faz desfigurada,
Con horrendo furor en un instante
Sobre ella se arrojó desatinada;
Y junta con la suya en abundante
Flujo de vivas lágrimas bañadas,
La boca le besaba y la herida
Por ver si le podia infundir la vida.

«¡Ay cuitada de mí! decia, ¿qué hago
Entre tanto dolor y desventura?
¿Cómo al injusto amor no satisfago
En esta aparejada coyuntura?
¿Por qué ya pusilánime de un trago
No acabo de pasar tanta amargura?
¿Qué es esto? ¿La injusticia adónde llega,
Que aun el morir forzoso se me niega?»

Así furiosa por morir echaba
La rigurosa mano al blanco cuello,
Y no pudiendo mas, no perdonaba
Al afligido rostro ni al cabello,
Y aunque yo de estorbarlo procuraba,
Apenas era parte á defendello:
Tan grande era la basca y ansia fuerte
De la rabiosa gana de la muerte.

Después que algo las ansias aplacaron
Por la gran persuasion y ruego mio,
Y sus promesas ya me aseguraron
Del gentílico intento y desvarío,
Los prestos yanaconas levantaron
Sobre un tablon el yerto cuerpo frio,
Llevándole en los hombros suficientes
Adonde le aguardaban sus sirvientes.

Mas porque estando así rota la guerra
No padeciese agravio y demasía,
Hasta pasar una vecina sierra
Le tuve con mi gente compañía;
Pero llegando á la segura tierra
Encaminada en la derecha via,
Se despidió de mí reconocida
Del beneficio y obra recibida.

Vuelto al asiento, digo, que estuvimos
Toda aquella semana trabajando,
En la cual lo deshecho rehicimos,
El foso y roto muro reparando:
De industria y fuerza al fin nos prevenimos
Con buen ánimo y orden aguardando
Al enemigo campo cada dia,
Que era pública fama que venia.

También tuvimos nueva que partidos
Eran de Mapochó nuestros guerreros,
De armas y municiones bastecidos
Con mil caballos y dos mil flecheros;
Mas del lluvioso invierno los crecidos
Raudales, y las ciénagas y esteros
Llevándoles ganado, ropa y gente,
Los hacian detener forzosamente.

Estando, como digo, una mañana
Llegó un indio á gran priesa á nuestro fuerte,
Diciendo: ¡Oh temeraria gente insana!
Huid, huid la ya vecina muerte,
Que la potencia indómita araucana
Viene sobre vosotros de tal suerte,
Que no bastarán muros ni reparos,
Ni sé lugar donde podais salvaros.

El mismo aviso trajo al mediodía
Un amigo cacique de la sierra,
Afirmando por cierto que venia
Todo el poder y fuerza de la tierra
Con soberbio aparato, donde habia
Instrumentos y máquinas de guerra,
Puentes, traviesas, árboles, tablones,
Y otras artificiosas prevenciones.

No desmayó por esto nuestra gente,
Antes venir al punto deseaba,
Que el menos animoso osadamente
El lugar de mas riesgo procuraba;
Y con presteza y orden conveniente
Todo lo necesario se aprestaba,
Esperando con muestra apercibida
Al dia amenazador de tanta vida.

Fuimos también por indios avisados
De nuestros espiones, que sin duda
Nos darian el asalto por tres lados,
Al postrer cuarto de la noche muda:
Así que, cuando mas desconfiados
No de divina, mas de humana ayuda,
Por la cumbre de un monte de repente
Apareció en buen orden nuestra gente.

¡Quién pudiera pintar el gran contento,
El alborozo de una y otra parte,
El ordenado alarde, el movimiento,
El ronco estruendo del furioso Marte,
Tanta bandera descogida al viento,
Tanto pendon, divisa y estandarte,
Trompas, clarines, voces, apellidos,
Relinchos de caballos y bufidos!

Ya que los unos y otros con razones
De amor y cumplimiento nos hablamos,
Y para los caballos y peones
Lugar cómodo y sitio señalamos;
Tiendas labradas, toldos, pabellones
En la estrecha campaña levantamos
En tanta multitud, que parecia
Que una ciudad allí nacido habia.

Fué causa la venida desta gente
Que el ejército bárbaro vecino
Con nuevo acuerdo y parecer prudente
Mudase de propósito y camino:
Que Colocolo astuta y sabiamente
Al consejo de muchos contravino,
Discurriendo por términos y modos
Que redujo á su voto los de todos.

Aunque, como ya digo, antes tuvieron
Gran contienda sobre ello y diferencia;
Pero al fin por entonces difirieron
La ejecucion de la áspera sentencia,
Y el poderoso campo retrujeron
Hasta tener mas cierta inteligencia
Del español ejército arribado,
Que ya le habia la fama acrecentado.

Pero los nuestros de mostrar ganosos
Aquel valor que en la nacion se encierra,
Enemigos del ocio y deseosos
De entrar talando la enemiga tierra,
Procuran con afectos hervorosos
Apresurar la deseada guerra,
Haciendo diligencia y gran instancia
En prevenir las cosas de importancia.

Reformado el bagaje brevemente
De la jornada larga y desabrida,
La bulliciosa y esforzada gente
Ganosa de honra y de valor movida,
Murmurando el reposo impertinente,
Pide que se acelere la partida
Y el dia de todos tanto deseado,
Que fué de aquel en cinco señalado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Venido el aplazado alegre dia,
Al comenzar de la primer jornada,
Llegó de la Imperial gran compañía
De caballeros y de gente armada;
Que en aquella ocasion partido habia
Por tierra, aunque rebelde y alterada,
Con gran chusma y bagaje bastecida
De municiones, armas y comida.

Ya pues en aquel sitio recogidos
Tantos soldados, armas, municiones,
Todos los instrumentos prevenidos,
Hechas las necesarias provisiones,
Fueron por igual orden repartidos
Los lugares, cuarteles y escuadrones,
Para que en el rebato y voz primera
Cada cual acudiese á su bandera.

Caupolicán también por otra parte,
Con no menor cuidado y providencia,
La gente de su ejército reparte
Por los hombres de suerte y suficiencia:
Que en el duro ejercicio y bélica arte
Era de mayor prueba y esperiencia;
Y todo puesto á punto quiso un dia
Ver la gente y las armas que tenia.

Era el primero que pasó la muestra
El cacique Pillolco, el cual armado
Iba de fuertes armas, en la diestra
Un gran baston de acero barreado,
Delante de su escuadra gran maestra
De arrojar el certero dardo usado,
Procediendo en buen orden y manera
De trece en trece iguales por hilera.

Luego pasó detrás de los postreros
El fuerte Leucoton, á quien siguiendo
Iba una espesa banda de flecheros
Gran número de tiros esparciendo;
Venia Rengo tras él con sus maceros
En paso igual y grave, procediendo
Arrogante, fantástico, lozano
Con un entero líbano en la mano.

Tras él con fiero término seguia
El áspero y robusto Tulcomara,
Que vestido en lugar de arnés traia
La piel de un fiero tigre que matara
Cuya espantosa boca le ceñia
Por la frente y quijadas la ancha cara
Con dos espesas órdenes de dientes
Blancos, agudos, lisos y lucientes.

Al cual en gran tropel acompañaban
Su gente agreste y ásperos soldados,
Que en apiñada muela le cercaban
De pieles de animales rodeados.
Luego los talcamávidas pasaban,
Que son mas aparentes que esforzados,
Debajo del gobierno y del amparo
Del jactancioso mozo Caniotaro.

Iba siguiendo la postrer hilera
Millalermo, mancebo floreciente,
Con sus pintadas armas, el cual era
Del famoso Picoldo descendiente,
Rigiendo los que habitan las riberas
Del gran Nibequetén, que su corriente
No deja á la pasada fuente y rio
Que todos no los traiga al Biobío.

Pasó luego la muestra Mareande
Con una cimitarra y ancho escudo,
Mozo de presuncion y orgullo grande,
Alto de cuerpo, en proporcion membrudo;
Iba con él su primo Lepomande
Desnudo al hombro un gran cuchillo agudo,
Ambos de una divisa rodeados
De gente armada y pláticos soldados.

Seguia el orden tras estos Lemolemo,
Arrastrando una pica poderosa,
Delante de su escuadra por estremo
Lucida entre las otras y vistosa;
Un poco atrás del cual iba Gualemo
Cubierto de una piel dura y pelosa
De un caballo marino, que su padre
Habia muerto en defensa de su madre.

Cuentan (no sé si es fábula) que estando
Bañándose en la mar algo apartada,
Un caballo marino allí arribando
Fué dél súbitamente arrebatada;
Y el marido á las voces aguijando
De la cara mujer del pez robada,
Con el dolor y pena de perdella
Al agua se arrojó luego tras ella.

Pudo tanto el amor, que el mozo osado
Al pescado alcanzó que se alargaba,
Y abrazado con él por maña á nado
A la vecina orilla le acercaba,
Donde el marino monstruo sobreaguado
(Que también el amor ya le cegaba)
Dió recio en seco al tiempo que el reflujo
De las huidoras olas se retrujo.

Soltó la presa libre, y sacudiendo
La dura cola el suelo deshacia,
Y aquí y allí el gran cuerpo retorciendo
Contra el mozo animoso se volvia;
El cual, sazon y punto no perdiendo,
A las cercanas armas acudia,
Comenzando los dos una batalla
Que el mar calmó, y el sol paró á miralla.

Mas con destreza el bárbaro valiente,
De fuerza y lijereza acompañada,
Al monstruo devoraz heria en la frente
Con una porra de metal herrada:
Al cabo el indio valerosamente
Dió felice remate á la jornada,
Dejando al gran pescado allí tendido,
Que mas de treinta piés tenia medido.

Y en memoria del hecho hazañoso
Digno de le poner en escritura,
Del pellejo del pez duro y peloso
Hizo una fuerte y fácil armadura.
Muerto Guacol, Gualemo valeroso
Las armas heredó, y á Quilacura,
Que es un valle estendido y muy poblado,
De gente rica de oro y de ganado.

Pasó tras este luego Talcaguano,
Que ciñe el mar su tierra y la rodea,
Un mástil grueso en lo derecha mano,
Que como un tierno junco le blandea,
Cubierto de altas plumas muy lozano,
Siguiéndole su gente de pelea,
Por los pechos al sesgo atravesadas
Bandas azules, blancas y encarnadas.

Venia tras él Tomé, que sus pisadas
Seguian los puelches, gentes banderizas,
Cuyas armas son puntas enastadas
De una gran braza largas y rollizas;
Y los trulos también que usan espadas,
De fe mudable y casas movedizas,
Hombre de poco efeto, alharaquientos
De fuerza grande y chicos pensamientos.

No faltó Andalicán con su lucida
Y ejercitada gente en ordenanza,
Una cota finísima vestida
Vibrando la fornida y gruesa lanza;
Y Orompello, de edad aun no cumplida,
Pero de grande muestra y esperanza,
Otra escuadra de pláticos regia
Llevando al diestro Ongolmo en compañía.

Elicura pasó luego tras estos,
Armado ricamente, el cual traia
Una banda de jóvenes dispuestos
De grande presuncion y gallardía;
Seguian los llaucos de almagrados gestos,
Robusta y esforzada compañía,
Llevando en medio dellos por caudillo
Al sucesor del inclito Ainavillo.

Seguia después Cayocupil, mostrando
La dispuesta persona y buen deseo,
Su veterana gente gobernando
Con paso grave y con vistoso arreo;
Tras él venia Purén también guiando
Con no menor donaire y contoneo
Una bizarra escuadra de soldados
En la dura milicia ejercitados.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Lincoya iba tras él, casi gigante,
La cresta sobre todos levantada,
Armado un fuerte peto rutilante,
De penachos cubierta la celada,
Con desdeñoso término delante
De su lustrosa escuadra bien cerrada;
El mozo Peicaví luego guiaba
Otro espeso escuadron de gente brava.

Venia en esta reseña en buen concierto
El grave Caniomangue entristecido
Por el insigne viejo padre muerto,
A quien habia en el cargo sucedido,
Todo de negro el blanco arnés cubierto,
Y su escuadron de aquel color vestido,
Al tardo son y paso los soldados
De roncos atambores destemplados.

Fué allí el postrero que pasó la lista,
Primero en todo, Tucapel gallardo,
Cubierta una lucida sobrevista
De unos anchos escaques de oro y pardo:
Grande en el cuerpo y áspero en la vista,
Con un huello lozano y paso tardo,
Detrás del cual iba un tropel de gente
Arrogante, fantástica y valiente.

El gran Caupolicán, con la otra parte
Y resto del ejército araucano,
Mas encendido que el airado Marte,
Iba con un baston corto en la mano:
Bajo de cuya sombra y estandarte
Venia el valiente Curgo y Mareguano
Y el grave y elocuente Colocolo,
Millo, Teguán, Lambecho y Guampicolo.

Seguian luego detrás sus plimaiquenes,
Tuncos, renoguelones y pencones,
Los itatas, mauleses y cauquenes
De pintadas divisas y pendones;
Nibequetenes, puelches y cautenes
Con una espesa escuadra de peones,
Y multitud confusa de guerreros,
Amigos, comarcanos y estranjeros.

Segun el mar las olas tiende y crece,
Así crece la fiera gente armada,
Tiembla en torno la tierra y se estremece
De tantos piés batida y golpeada;
Lleno el aire de estruendo se escurece
Con la gran polvareda levantada,
Que en ancho remolino al cielo sube
Cual ciega niebla espesa ó parda nube.

Pues nuestro campo en orden semejante
Segun que dije arriba, don García
Al tiempo del partir puesto delante
De aquella valerosa compañía,
Con un alegre término y semblante
Que dichoso suceso prometia,
Moviendo los dispuestos corazones
Los empezó á decir estas razones:

«Valientes caballeros, á quien solo
El valor natural de la persona
Os trujo á descubrir el austral polo
Pasando la solar tórrida zona,
Y los distantes trópicos, que Apolo,
Por mas que cerca el cielo y le corona,
Jamás en ningun tiempo pasar puede,
Ni el soberano Autor se lo concede:

»Ya que con tanto afán habeis seguido
Hasta aquí las católicas banderas,
Y al español dominio sometido
Inumerables gentes estranjeras;
El fuerte pecho y ánimo sufrido
Poned contra estos bárbaros de veras:
Que vencido esto poco, vereis llano
Todo el mundo debajo de la mano.

»Y en cuanto dilatamos este hecho
Y de llegar al fin lo comenzado,
Poco ó ninguna cosa habemos hecho,
Ni aun es vuestro el honor que habeis ganado:
Que la causa indecisa, igual derecho
Tiene el fiero enemigo en campo armado
A todas vuestras glorias y fortuna,
Pues las puede ganar con sola una.

»Lo que yo os pido de mi parte y digo
Es, que en estas batallas y revueltas,
Aunque os haya ofendido el enemigo,
Jamás vos le ofendais á espaldas vueltas:
Antes le defended como al amigo,
Si volviéndose á vos las armas sueltas
Rehuyere el morir en la batalla,
Pues es mas dar la vida que quitalla.

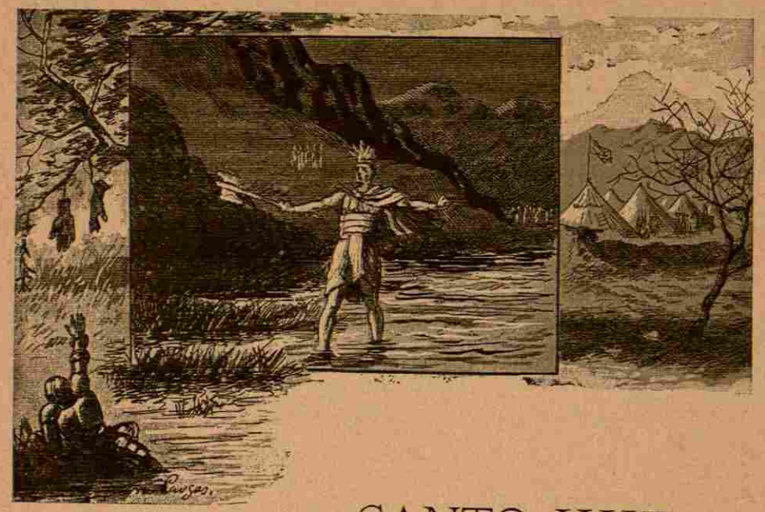
»Poned á todo en la razon la mira
Porque las armas siempre habeis tomado,
Que pasando los términos la ira
Pierde fuerza el derecho ya violado;
Pues cuando la razon no frena y tira
El ímpetu y furor demasïado,
El rigor escesivo en el castigo
Justifica la causa al enemigo.

»No sé, ni tengo mas acerca desto
Que decir, ni advertiros con razones,
Que en detener ya tanto soy molesto
La furia desos vuestros corazones:
Sús, sús, pues, derribad y allanad presto
Las palizadas, tiendas, pabellones,
Y vámonos de aquí todos á una
Adonde ya nos llama la fortuna.»

Súbito las escuadras presurosas
Con grande alarde y con gallardo brio
Marchan á las riberas arenosas
Del ancho y caudaloso Biobío;
Y en esquifadas barcas espaciosas
Atravesaron luego el ancho rio,
Entrando con ejército formado
Por el distrito y término vedado

Mas segun el trabajo se me ofrece
Que tengo de pasar forzosamente,
Reposar algun tanto me parece
Para cobrar aliento suficiente;
Que la cansada voz me desfallece,
Y siento ya acabárseme el torrente;
Mas yo me esforzaré, si puedo tanto,
Que os venga á contentar el otro canto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CANTO XXII

Entran los españoles en el estado de Arauco; traban los araucanos con ellos una reñida batalla; hace Rengo de su persona gran prueba; cortan las manos por justicia á Galvarino, indio valeroso.

Pérfido amor, tirano, ¿qué provecho
Piensas sacar de mi desasosiego?
¿No estás de mi promesa satisfecho,
Que quieres afligirme desde luego?
¡Ay! que ya siento en mi cuidoso pecho
Labrarme poco á poco un vivo fuego,
Y desde allí con movimiento blando
Ir por venas y huesos penetrando.

¿Tanto, traidor, te va que yo no siga
El duro estilo del sangriento Marte,
Que así de tal manera me fatiga
Tu importuna memoria en cada parte?
Déjame ya, no quieras que se diga,
Que porque nadie quiere celebrarte,
Al último rincon vas á buscarme,
Y allí pones tu fuerza en aquejarme.

¿No ves que es mengua tuya y gran bajeza,
Habiendo tantos célebres varones,
Venir á mendigar á mi pobreza
Tan falta de concetos y razones;
Y en medio de las armas y aspereza,
Sumido en mil forzosas ocasiones
Me cargas por un sueño quizá vano
Con tanta pesadumbre ya la mano?

Déjame ya, que la trompeta horrenda
Del enemigo bárbaro vecino
No da lugar á que otra cosa atienda,
Que me tiene tomado ya el camino,
Donde siento fraguada una contienda,
Que el mas fértil ingenio y peregrino
En tal revolucion embarazado
No le diera lugar desocupado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

¿Qué puedo pues hacer, si ya metido
Dentro del campo y ocasion me veo,
Sino al cabo cumplir lo prometido
Aunque tire á otra parte mi deseo?
Pero á término breve reducido,
Por la mas corta senda sin rodeo
Pienso seguir el comenzado oficio
Desnudo de ornamento y artificio;

Vuelto á la historia, digo que marchaba
Nuestro ordenado campo de manera,
Que gran espacio en breve se alejaba
Del talcaguano término y ribera;
Mas cuando el alto sol ya declinaba,
Cerca de un agua al pié de una ladera
En cómodo lugar y llano asiento
Hicimos el primero alojamiento.

Estábamos apenas alojados
En el tendido llano á la marina,
Cuando se oyó gritar por todos lados,
¡Arma, arma, enfrena, enfrena, aína, aína!
Luego de acá y de allá los derramados,
Siguiendo la ordenanza y disciplina
Corren á sus banderas y pendones
Formando las hileras y escuadrones.

Nuestros descubridores que la tierra
Iban corriendo por el largo llano,
Al remate del cual está una sierra
Cerca del alto monte andalicano,
Vieron de allí calar gente de guerra
Cerrando el paso á la siniestra mano,
Diciendo: ¡espera, espera! ¡tente, tente!
Veremos quién hoy es aquí el valiente!

Los nuestros al amparo de un repecho
En forma de escuadron se recogieron
Donde con muestra y animoso pecho
Al ventajoso número atendieron;
Pero los fieros bárbaros de hecho
Sin punto reparar los embistieron,
Haciéndoles tomar luego la vuelta,
Sin orden y camino á rienda suelta.

Aunque á veces en parte recogidos
Haciendo cuerpo y rostro revolvian,
Y con mayor valor que de vencidos
Al vencedor soberbio acometian;
Pero con mayor furia compelidos
El camino empezado proseguian,
Dejando á veces muerta y tropellada
Alguna de la gente desmandada.

Los presurosos indios desenvueltos,
Siempre con mayor furia y crecimiento,
En una espesa polvareda envueltos
Iban en el alcance y seguimiento;
Los nuestros á calcaño y frenos sueltos
A la sazon con mas temor que tiento
Ayudan los caballos desbocados,
Arrimándoles hierro á los costados.

Pero por mas que allí los aguijaban
Con voces, cuerpos, brazos y talones,
Los bárbaros por piés los alcanzaban
Haciéndoles bajar de los arzones:
Al fin necesitados peleaban,
Cual los heridos osos y leones
Cuando de los lebreles aquejados
Ven la guarida y pasos ocupados.

Como el airado viento repentino
Que en lóbrego turbion con gran estruendo
El polvoroso campo y el camino
Va con violencia indómita barriendo,
Y en ancho y presuroso remolino
Todo lo coge, lleva y va esparciendo,
Y arranca aquel furioso movimiento
Los arraigados troncos de su asiento:

Con tal facilidad arrebatados
De aquel furor y bárbara violencia
Iban los españoles fatigados
Sin poderse poner en resistencia:
Algunos del honor avergonzados
Vuelven haciendo rostro y apariencia;
Mas otra ola de gente que llegaba
Con mas presteza y daño los llevaba.

Así los iban siempre maltratando
Siguiendo el hado y próspera fortuna,
El rabioso furor ejecutando
En los rendidos sin clemencia alguna,
Por el tendido valle resonando
La trulla y grita bárbara importuna,
Que arrebatada del lijero viento
Llevó presto la nueva á nuestro asiento.

En esto por la parte del poniente
Con gran presteza y no menor ruïdo
Juan Remon arribó con mucha gente,
Que el aviso primero habia tenido;
Y en furioso tropel gallardamente,
Alzando un ferocísimo alarido,
Embistió la enemiga gente airada
En la victoria y sangre ya cebada.

Mas un cerrado muro y baluarte
De duras puntas al romper hallaron,
Que con estrago de una y otra parte
Hecho un hermoso choque repararon:
Unos pasados van de parte á parte,
Otros muy lejos del arzon volaron,
Otros heridos, otros estropeados,
Otros de los caballos tropellados.

No es bien pasar tan presto, ó pluma mia,
Las memorables cosas señaladas,
Y los crudos efectos deste dia
De valerosas lanzas y de espadas:
Que aunque ingenio mayor no bastaría
A poderlas llevar continuadas,
Es justo se celebre alguna parte
De muchas en que puedes emplearte.

El gallardo Lincoya, que arrogante
El primero escuadron iba guiando,
Con muestra airada y con feroz semblante
El firme y largo paso apresurando,
Cala la gruesa pica en un instante,
Y el cuento entre la tierra y pié afirmando,
Recibe en el cruel hierro fornido
El cuerpo de Hernán Perez atrevido.

Por el lado derecho encaminado
Hizo el agudo hierro gran herida,
Pasando el escaupil doble, estofado,
Y una cota de malla muy tejida:
El ancho y duro hierro ensangrentado
Abrió por las espaldas la salida,
Quedando el cuerpo ya descolorido
Fuera de los arzones suspendido.

Tucapelo gallardo, que al camino
Salió al valiente Osorio, que corriendo
Venia con mayor ánimo que tino
Los herrados talones sacudiendo,
Mostrando el cuerpo al tiempo que convino,
Le dió lado, y la maza revolviendo
Con tanta fuerza le cargó la mano,
Que no le dejó miembro y hueso sano.

A Cáceres, que un poco atrás venia,
De otro golpe también le puso en tierra,
El cual con gran esfuerzo y valentía
La adarga embraza y de la espada afierra,
Y contra la enemiga compañía
Se puso él solo á mantener la guerra,
Haciendo rostro y pie con tal denuedo
Que á los mas atrevidos puso miedo.

Y aunque con gran esfuerzo se sustenta,
La fuerza contra tantos no bastaba,
Que ya la espesa turba alharaquienta
En confuso monton le rodeaba;
Pero en esta sazon mas de cincuenta
Caballos que Reinoso gobernaba,
Que de refresco á tiempo habian llegado,
Vinieron á romper por aquel lado.

Tan recio se embistió, que aunque hallaron
De gruesas astas un tejido muro,
El cerrado escuadron aportillaron,
Probando mas de diez el suelo duro;
Y al esforzado Cáceres cobraron,
Que cercado de gente mal seguro
Con ánimo feroz se sustentaba,
Y matando, la muerte dilataba.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
APDO. 1625 MONTERREY, MEXICO

Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
Escobar, Juan Jufré, Cortés y Aranda,
Sin mirar el peligro y riesgo estraño,
Sustentan todo el peso de su banda:
También hacen efecto y mucho daño
Losada, Peña, Córdoba, y Miranda,
Bernal, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martín Ruiz y Juan Lopez de Gamboa.

Pero muy presto la araucana gente,
En la española sangre ya cebada,
Los hizo revolver forzosamente,
Y seguir la carrera comenzada;
Tras estos otra escuadra de repente
En ellos se estrelló desatinada;
Mas sin ganar un paso de camino
Volver rostros y riendas les convino.

Y aunque á veces con súbita represa
Juan Remon y los otros revolvian,
Luego con nueva pérdida y mas priesa
La primera derrota proseguian;
Y en una polvorosa nube espesa
Envueltos unos y otros ya venian,
Cuando fué nuestro campo descubierto
En orden de batalla y buen concierto.

Iban los araucanos tan cebados
Que por las picas nuestras se metieron;
Pero vueltos en sí mas reportados,
El suelto paso y furia detuvieron;
Y al punto recogidos y ordenados,
La campaña al través se retrujeron
Al pié de un cerro á la derecha mano
Cerca de una laguna y gran pantano.

Donde de nuestro cuerno arremetimos
Un gran tropel á pié de gente armada,
Que con presteza al arribar les dimos
Espesa carga y súbita rociada;
Y al cieno retirados nos metimos
Tras ellos por venir espada á espada,
Probando allí las fuerzas y el denuedo
Con rostro firme y ánimo á pié quedo.

Jamás los alemanes combatieron
Así de firme á firme y frente á frente,
Ni mano á mano dando recibieron
Golpes sin descansar á manteniente,
Como el un bando y otro que vinieron
A estar así en el cieno estrechamente,
Que echar atrás un paso no podian;
Y dando apriesa, apriesa recibian.

Quién el húmido cieno á la cintura
Con dos y tres á veces peleaba;
Quién por mostrar mayor desenvoltura
Queriéndose mover, mas se atascaba;
Quién probando las fuerzas y ventura
Al vecino enemigo se aferraba,
Mordiéndole y cegándole con lodo,
Buscando de vencer cualquiera modo.

La furia del herirse y golpearse
Andaba igual, y en duda la fortuna,
Sin muestra ni señal de declararse
Mínima de ventaja en parte alguna:
Ya parecian aquellos mejorarse,
Ya ganaban aquestos la laguna;
Y la sangre de todos derramada
Tornaba el agua turbia colorada.

Rengo, que el odio y encendida ira
Le habia llevado ciego tanto trecho,
Luego que nuestro campo vió á la mira,
Y que á dar en la muerte iba derecho,
Al vecino pantano se retira,
Y el fiero rostro y animoso pecho
Contra todo el ejército volvía,
Y en voz amenazándole decía:

«Venid, venid á mí, gente plebeya,
En mí sea vuestra saña convertida,
Que soy quien os persigue, y quien desea
Mas vuestra muerte que su propia vida;
No quiero ya descanso hasta que vea
La nación española destruida,
Y en esa vuestra carne y sangre odiosa
Pienso hartar mi hambre y sed rabiosa.»

Así la tierra y cielo amenazando
En medio del pantano se presenta,
Y la sangrienta maza floreando
La gente de poco ánimo amedrenta:
No fué bien conocido en la voz, cuando
Haciendo de sus fieros poca cuenta,
Algunos españoles mas cercanos
Aguijamos sobre él con prestas manos.

Mas á Juan, yanacona, que una pieza
De los otros osado se adelanta,
Le machuca de un golpe la cabeza,
Y de otro á Chilca el cuerpo le quebranta,
Y contra el joven Zúñiga endereza
El tercero con saña y furia tanta,
Que como clavo en húmedo terreno
Le sume hasta los pechos en el cieno.

Pero de tiros una lluvia espesa
Al animoso pecho encaminados,
Turbando el aire claro á mucha priesa
Descargaron sobre él de todos lados:
Por esto el fiero bárbaro no cesa,
Antes con furia y golpes redoblados,
El lodo á la cintura, osadamente
Estaba por muralla de su gente.

Cual el cerdoso jabalí herido
Al cenagoso estrecho retirado,
De animosos sabuesos perseguido,
Y de diestros monteros rodeado,
Ronca, bufa y rebufa embravecido,
Vuelve y revuelve deste y de aquel lado,
Rompe, encuentra, tropella, hiere y mata,
Y los espesos tiros desbarata:

El bárbaro esforzado de aquel modo
Ardiendo en ira y de furor insano,
Cubierto de sudor, de sangre y lodo,
Estaba solo en medio del pantano
Resistiendo la furia y golpe todo
De los tiros que de una y otra mano
Cubriendo el sol sin número salían,
Y como tempestad sobre él llovían.

Ya el esparcido ejército obediente
Que el porfiado alcance había seguido,
Descubriendo en el llano á nuesta gente
Se habia tirado atrás y recogido:
Solo Rengo feroz y osadamente
Sustenta igual el desigual partido
A causa que la ciénaga era honda,
Y llena de espesura á la redonda.

Viendo el fruto dudoso y daño cierto
Segun la mucha gente que cargaba,
Que á grande priesa en orden y concierto
Desta y de aquella parte le cercaba,
Por un inculto paso y encubierto
Que la fragosa sierra le amparaba,
Le pareció con tiempo retirarse,
Y salvar sus soldados y él salvarse.

Diciéndoles: «Amigos, no gastemos
La fuerza en tiempo y acto infructüoso;
La sangre que nos queda conservemos
Para venderla en precio mas costoso;
Conviene que de aquí nos retiremos
Antes que en este sitio cenagoso
Del enemigo puestos en aprieto
Perdamos la opinion y él el respeto.»

Luego la voz de Rengo obedecida
Los presurosos brazos detuvieron,
Y por la parte estrecha y mas tejida
Al son del atambor se retrujeron:
Era áspero el lugar y la salida,
Y así seguir los nuestros no pudieron,
Quedando algunos dellos tan sumidos,
Que fué bien menester ser socorridos.

Por la falda del monte levantado
Iban los fieros bárbaros saliendo;
Rengo bruto, sangriento y enlodado
Los lleva en retaguardia recogiendo,
Como el celoso toro madrigado
Que la tarda vacada va siguiendo,
Volviendo acá y allá espaciosamente
El duro cerviguillo y la alta frente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nuestro campo por orden recogido,
Retirado del todo el enemigo,
Fué entre algunos un bárbaro cogido
Que mucho se alargó del bando amigo;
El cual acaso á mi cuartel traido
Hubo de ser para ejemplar castigo
De los rebeldes pueblos comarcanos,
Mandándole cortar ambas las manos.

Donde sobre una rama destroncada
Puso la diestra mano, yo presente,
La cual de un golpe con rigor cortada
Sacó luego la izquierda alegremente,
Que del tronco también saltó apartada
Sin torcer ceja ni arrugar la frente,
Y con desdén y menosprecio dello
Alargó la cabeza y tendió el cuello,

Diciendo así: «Segad esa garganta
Siempre sedienta de la sangre vuestra:
Que no temo la muerte, ni me espanta
Vuestra amenaza y rigurosa muestra;
Y la importancia y pérdida no es tanta
Que haga falta mi cortada diestra,
Pues quedan otras muchas esforzadas
Que saben gobernar bien sus espadas.

»Y si pensais sacar algun provecho
De no llegar mi vida al fin postrero,
Aquí pues moriré á vuestro despecho,
Que si quereis que viva, yo no quiero:
Al fin iré algun tanto satisfecho
De que á vuestro pesar alegre muero;
Que quiero con mi muerte desplaceros,
Pues solo en esto puedo ya ofenderos.»

Así que, contumaz y porfiado
La muerte con injurias procuraba,
Y siempre mas rabioso y obstinado
Sobre el sangriento suelo se arrojaba;
Donde en su misma sangre revolcado
Acabar ya la vida deseaba,
Mordiéndose con muestras impacientes
Los desangrados troncos con los dientes.

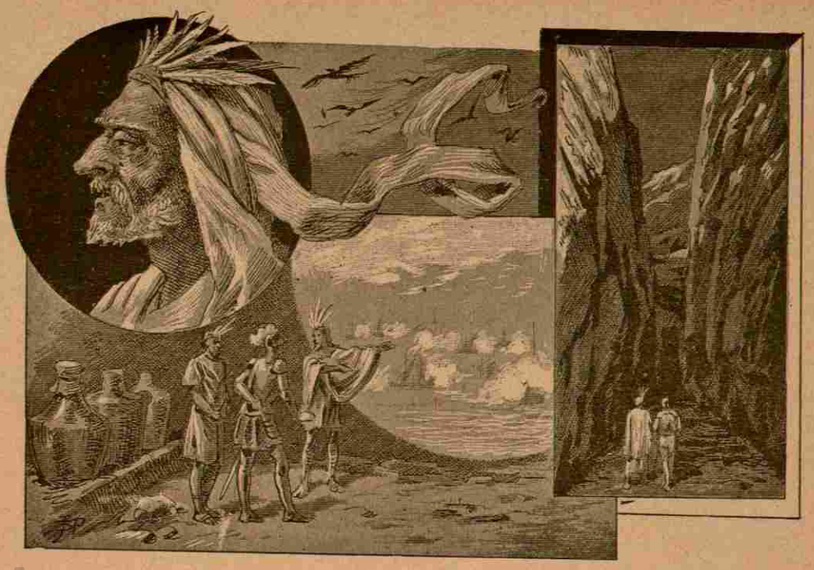
Estando pertinaz desta manera
Templándonos la lástima el enojo,
Vió un esclavo bajar por la ladera
Cargado con un bárbaro despojo;
Y como encarnizada bestia fiera,
Que ve la desmandada presa al ojo,
Así con una furia arrebatada
Le sale de través á la parada.

Y en él los piés y brazos añudados
Sobre el húmido suelo le tendia,
Y con los duros troncos desangrados
En las narices y ojos le batia:
Al fin junto á nosotros á bocados
Sin poderse valer se le comia,
Si no fuera con tiempo socorrido
Quedando, aunque fué presto, mal herido.

El bárbaro infernal con atrevida
Voz en pié puesto dijo: «Pues me queda
Alguna fuerza y sangre retenida
Con que ofender á los cristianos pueda,
Quiero acetar á mi pesar la vida,
Aunque por modo vil se me conceda,
Que yo espero sin manos desquitarme,
Que no me faltarán para vengarme.

»Quedaos, quedaos, malditos, que yo os digo
Que en mí tendreis con odio y sed rabiosa
Torcedor y solícito enemigo,
Cuando dañar no pueda en otra cosa:
Muy presto entendereis cómo os persigo,
Y que os fuera mi muerte provechosa.»
Diciendo así otras cosas que no cuento
Partió de allí lijero como el viento.

No es bien que así dejemos en olvido
El nombre deste bárbaro obstinado,
Que por ser animoso y atrevido
El audaz Galvarino era llamado.
Mas por tanta aspereza he discurrido,
Que la fuerza y la voz se me ha acabado,
Y así habré de parar, porque me siento
Ya sin fuerza, sin voz y sin aliento.



CANTO XXIII

Llega Galvarino adonde estaba el senado araucano; hace en el consejo una habla con la cual desbarata los pareceres de algunos; salen los españoles en busca del enemigo; píntase la cueva del hechicero Fiton, y las cosas que en ella había.

Jamás debe, señor, menospreciarse
El enemigo vivo, pues sabemos
Puede de una centella levantarse
Fuego con que después nos abrasemos;
Y entonces es cordura recelarse
Cuando en mayor felicidad nos vemos,
Pues los que gozan próspera bonanza
Están aun mas sujetos á mudanza.

Solo la muerte próspera asegura
El breve curso del felice hado,
Que mientras que la incierta vida dura
Nunca hay cosa que dure en un estado:
Así que, quien jamás tuvo ventura
Podrá llamarse bienaventurado,
Y sin prosperidad vivir contento,
Pues no teme infeliz acaecimiento.

Y pues que ya tenemos certidumbre
Que nunca hay bien seguro ni reposo,
Que es ley usada, es orden y costumbre
Por donde ha de pasar el mas dichoso,
Gastar el tiempo en esto es pesadumbre;
Y así por no ser largo y enojoso
Solo quiero contar á lo que vino
El despreciar al mozo Galvarino.

El cual, aunque herido y desangrado,
Tanto el coraje y rabia le inducia,
Que llegó á Andalicán donde alojado
Caupolicán su ejército tenia:
Era el tiempo que el ínclito senado
En secreto consejo proveia
Las cosas de la guerra y menesteres,
Dando y tomando en ello pareceres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Nuestro campo por orden recogido,
Retirado del todo el enemigo,
Fué entre algunos un bárbaro cogido
Que mucho se alargó del bando amigo;
El cual acaso á mi cuartel traido
Hubo de ser para ejemplar castigo
De los rebeldes pueblos comarcanos,
Mandándole cortar ambas las manos.

Donde sobre una rama destroncada
Puso la diestra mano, yo presente,
La cual de un golpe con rigor cortada
Sacó luego la izquierda alegremente,
Que del tronco también saltó apartada
Sin torcer ceja ni arrugar la frente,
Y con desdén y menosprecio dello
Alargó la cabeza y tendió el cuello,

Diciendo así: «Segad esa garganta
Siempre sedienta de la sangre vuestra:
Que no temo la muerte, ni me espanta
Vuestra amenaza y rigurosa muestra;
Y la importancia y pérdida no es tanta
Que haga falta mi cortada diestra,
Pues quedan otras muchas esforzadas
Que saben gobernar bien sus espadas.

»Y si pensais sacar algun provecho
De no llegar mi vida al fin postrero,
Aquí pues moriré á vuestro despecho,
Que si quereis que viva, yo no quiero:
Al fin iré algun tanto satisfecho
De que á vuestro pesar alegre muero;
Que quiero con mi muerte desplaceros,
Pues solo en esto puedo ya ofenderos.»

Así que, contumaz y porfiado
La muerte con injurias procuraba,
Y siempre mas rabioso y obstinado
Sobre el sangriento suelo se arrojaba;
Donde en su misma sangre revolcado
Acabar ya la vida deseaba,
Mordiéndose con muestras impacientes
Los desangrados troncos con los dientes.

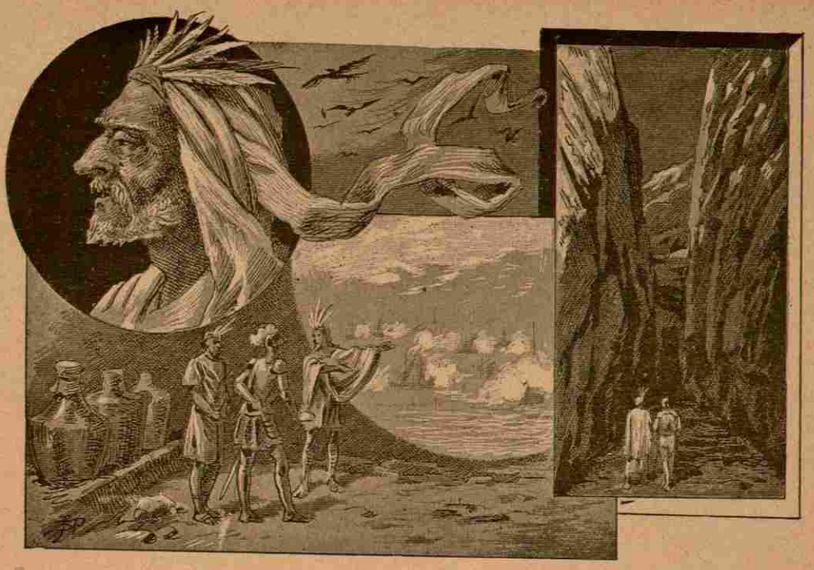
Estando pertinaz desta manera
Templándonos la lástima el enojo,
Vió un esclavo bajar por la ladera
Cargado con un bárbaro despojo;
Y como encarnizada bestia fiera,
Que ve la desmandada presa al ojo,
Así con una furia arrebatada
Le sale de través á la parada.

Y en él los piés y brazos añudados
Sobre el húmido suelo le tendia,
Y con los duros troncos desangrados
En las narices y ojos le batia:
Al fin junto á nosotros á bocados
Sin poderse valer se le comia,
Si no fuera con tiempo socorrido
Quedando, aunque fué presto, mal herido.

El bárbaro infernal con atrevida
Voz en pié puesto dijo: «Pues me queda
Alguna fuerza y sangre retenida
Con que ofender á los cristianos pueda,
Quiero acetar á mi pesar la vida,
Aunque por modo vil se me conceda,
Que yo espero sin manos desquitarme,
Que no me faltarán para vengarme.

»Quedaos, quedaos, malditos, que yo os digo
Que en mí tendreis con odio y sed rabiosa
Torcedor y solícito enemigo,
Cuando dañar no pueda en otra cosa:
Muy presto entendereis cómo os persigo,
Y que os fuera mi muerte provechosa.»
Diciendo así otras cosas que no cuento
Partió de allí lijero como el viento.

No es bien que así dejemos en olvido
El nombre deste bárbaro obstinado,
Que por ser animoso y atrevido
El audaz Galvarino era llamado.
Mas por tanta aspereza he discurrido,
Que la fuerza y la voz se me ha acabado,
Y así habré de parar, porque me siento
Ya sin fuerza, sin voz y sin aliento.



CANTO XXIII

Llega Galvarino adonde estaba el senado araucano; hace en el consejo una habla con la cual desbarata los pareceres de algunos; salen los españoles en busca del enemigo; píntase la cueva del hechicero Fiton, y las cosas que en ella había.

Jamás debe, señor, menospreciarse
El enemigo vivo, pues sabemos
Puede de una centella levantarse
Fuego con que después nos abrasemos;
Y entonces es cordura recelarse
Cuando en mayor felicidad nos vemos,
Pues los que gozan próspera bonanza
Están aun mas sujetos á mudanza.

Solo la muerte próspera asegura
El breve curso del felice hado,
Que mientras que la incierta vida dura
Nunca hay cosa que dure en un estado:
Así que, quien jamás tuvo ventura
Podrá llamarse bienaventurado,
Y sin prosperidad vivir contento,
Pues no teme infeliz acaecimiento.

Y pues que ya tenemos certidumbre
Que nunca hay bien seguro ni reposo,
Que es ley usada, es orden y costumbre
Por donde ha de pasar el mas dichoso,
Gastar el tiempo en esto es pesadumbre;
Y así por no ser largo y enojoso
Solo quiero contar á lo que vino
El despreciar al mozo Galvarino.

El cual, aunque herido y desangrado,
Tanto el coraje y rabia le inducia,
Que llegó á Andalicán donde alojado
Caupolicán su ejército tenia:
Era el tiempo que el ínclito senado
En secreto consejo proveia
Las cosas de la guerra y menesteres,
Dando y tomando en ello pareceres.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cuál con justo temor dificultaba
La pretension de algunos imprudente;
Cuál por mostrar valor, facilitaba
Cualquier dificultoso inconveniente;
Cuál un concierto lícito aprobaba;
Cuál era deste voto diferente:
Procurando unos y otros con razones
Esforzar sus discursos y opiniones.

En esta confusión y diferencia
Galvarino arribó apenas con vida,
El cual pidiendo para entrar licencia
Le fué graciosamente concedida;
Donde con la debida reverencia
Esforzando la voz enflaquecida,
Falto de sangre y muy cubierto della,
Comenzó desta suerte su querella:

«Si soliades vengar, sacros varones,
Las ajenas injurias tan de veras,
Y en las estrañas tierras y naciones
Hicieron sombra ya vuestras banderas,
¿Cómo agora en las proprias posesiones
Unas bastardas gentes estranjeras
Os vienen á oprimir y conquistaros,
Y tan tibios estais en el vengaros?

»Mirad mi cuerpo aquí despedazado,
Miembro del vuestro, que por mas afrenta
Me envian lleno de injurias al senado,
Para que dellas sepa daros cuenta:
Mirad vuestro valor vituperado,
Y lo que en mí el tirano os representa,
Jurando no dejar cacique alguno
Sin desmembrarlos todos uno á uno.

»Por cierto bien en vano han adquirido
Tanta gloria y honor vuestros abuelos,
Y el araucano crédito subido
En su misma virtud hasta los cielos:
Si agora infame, hollado y abatido
Anda de lengua en lengua por los suelos,
Y vuestra ilustre sangre resfriada
En los sucios rincones derramada.

»¿Qué provincia hubo ya que no temiese
De vuestra voz en todo el mundo oida,
Ni nacion que las armas no rindiese
Por temor ó por fuerza compelida?
Arribando á la cumbre, porque fuese
Tanto de allí mayor vuestra caída,
Y al término llegase el menosprecio
Donde de los pasados llegó el precio.

»Pues unos estranjeros enemigos,
Con titulo y con nombre de clemencia,
Ofrecen de acetaros por amigos,
Queriéndoos reducir á su obediencia;
Y si no os someteis, que con castigos
Prometen oprimir vuestra insolencia,
Sin quedar del cuchillo reservado
Género, religion, edad ni estado.

»Volved, volved en vos, no deis oido
A sus embustes, tratos y marañas,
Pues todas se enderezan á un partido
Que viene á deslustrar vuestras hazañas:
Que la ocasion que aquí los ha traido
Por mares y por tierras tan estrañas,
Es el oro goloso que se encierra
En las fértiles venas desta tierra.

»Y es un color, es apariencia vana
Querer mostrar que el principal intento
Fué el estender la religion cristiana,
Siendo el puro interés su fundamento:
Su pretension de la codicia mana,
Que todo lo demás es fingimiento;
Pues los vemos que son mas que otras gentes
Adúlteros, ladrones, insolentes.

»Cuando el siniestro hado y dura suerte
Nos amenacen cierto en lo futuro,
Podemos elegir honrada muerte,
Remedio breve, fácil y seguro:
Poned á la fortuna el hombro fuerte,
A dura adversidad corazon duro,
Que el pecho firme y ánimo invencible
Allana y facilita aun lo imposible.»

No pudo decir mas de desmayado
Por la infinita sangre que perdia,
Que el laso cuello ya debilitado
Sostener la cabeza aun no podia:
Así el rostro mortal desfigurado
En el sangriento suelo se tendia,
Dejando aun á los mas endurecidos
De su esperada muerte condolidos.

Mas como no tuviese tal herida
Que pudiese hallar la muerte entrada,
Retuvo luego la dudosa vida
En siéndole la sangre restañada;
Y la virtud con tiempo socorrida
Fué de tantos remedios confortada,
Y el mozo se ayudó de tal manera,
Que recobró su sanidad primera.

Fueron de tanta fuerza sus razones
Y el odio que á los nuestros concibieron,
Que los mas entibiados corazones
De cólera rabiosa se encendieron.
Así las diferentes opiniones
A un fin y parecer se redujeron,
Quedando para siempre allí escluido
Quien tratase de medio y de partido.

Los impacientes mozos deseosos
De venir á las armas braveaban,
Y con muestras y afectos hervorosos
El espacioso tiempo apresuraban;
Pero los mas maduros y espaciosos
Aquella ardiente cólera templaban
Y el término de algunos indiscreto,
No reprobando el general decreto.

Dejémoslos un rato pues tratando
De dar no una batalla sino ciento,
Del orden, la manera, dónde y cuándo
Con varios pareceres y un intento:
Que me voy poco á poco descuidando
De nuestro alborotado alojamiento,
Donde estuvimos todos recogidos
Con buena guardia y bien apercibidos.

Mas cuando el esperado sol salia,
La gente de caballo en orden puesta
Marchó, quedando atrás la infantería,
Y del campo después toda la resta
Con tal velocidad, que á mediodía
Subimos la temida y agria cuesta
De blancos huesos de cristianos llena,
Que despertó el cuidado y nos dió pena.

Al araucano valle pues bajamos,
Que el mar le bate al lado del poniente,
Donde en llano lugar nos alojamos
De comidas y pastos suficiente;
Y luego con promesas enviamos
De aquella vecindad alguna gente
A requerir la tierra comarcana
Con la segura paz y ley cristiana.

Mas como al tiempo puesto no volviesen
Y pasasen después algunos dias,
Ni por astucia y maña no supiesen
De su resolucion nuestras espías,
Fué acordado que algunos se partiesen
Por los vecinos pueblos y alquerías
Al salir tardo de la escasa luna
A tomar relacion y lengua alguna.

Así yo apercibido sordamente,
En medio del silencio y noche escura
Dí sobre algunos pueblos de repente
Por un gran arcabuco y espesura;
Donde la miserable y triste gente
Vivia por su pobreza en paz segura:
Que el rumor y alboroto de la guerra
Aun no la habia sacado de su tierra.

Viniendo pues á dar al Chaillacano,
Que es donde nuestro campo se alojaba,
Vi en una loma al rematar de un llano
Por una angosta senda que cruzaba
Un indio laso, flaco y tan anciano,
Que apenas en los piés se sustentaba;
Corvo, espacioso, débil, descarnado,
Cual de raices de árboles formado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Espantado del talle y la torpeza
De aquel retrato de vejez tardía,
Llegué por ayudarle en su pereza,
Y tomar lengua dél si algo sabia;
Mas no sale con tanta lijereza
Sintiendo los lebreles por la via
La temerosa gama fugitiva,
Como el viejo salió la cuesta arriba.

Yo, sin mas atencion y advertimiento,
Arrimando las piernas al caballo
A mas correr salí en su seguimiento,
Pensando aunque volaba de alcanzallo;
Mas el viejo dejando atrás el viento,
Me fué forzoso á mi pesar dejallo,
Perdiéndole de vista en un instante
Sin poderle seguir mas adelante.

Halléme á la bajada de un repecho
Cerca de dos caminos desusados,
Por donde corre Rauco mas estrecho,
Que le ciñen dos cerros los costados;
Y mirando á lo bajo y mas derecho,
En una selva de árboles copados
Vi una mansa corcilla junto al rio
Gustando de las yerbas y rocío.

Ocurrió luego á la memoria mia,
Que la razon en sueños me dijera
Cómo habia de topar acaso un dia
Una simple corcilla en la ribera;
Y así yo, con grandísima alegría,
Comencé de bajar por la ladera
Paso á paso siguiendo el un camino
Hasta que della vine á estar vecino.

Púdelo bien hacer, que en las quebradas
Era grande el rumor de la corriente,
Y con pasos y orejas descuidadas
Pacia la tierna yerba libremente;
Pero cuando sintió ya mis pisadas,
Y al rumor levantó la altiva frente,
Dejó el sabroso pasto y arboleda
Por una estrecha y áspera vereda.

Comencéla á seguir á toda priesa
Labrando á mi caballo los costados,
Mas tomando otra senda que atraviesa
Se entró por unos ásperos collados:
Al cabo enderezó á una selva espesa
De matorrales y árboles cerrados,
Adonde se lanzó por una senda,
Y yo también tras ella á toda rienda.

Perdí el rastro y cerróseme el camino
Sobreviniendo un aire turbulento,
Y así de acá y de allá, fuera de tino,
De una espesura en otra andaba á tiento:
Vista pues mi torpeza y desatino
Arrepentido del primer intento,
Sin pasar adelante me volviera,
Si alguna senda ó rastro yo supiera.

Gran rato anduve así descarriado,
Que la oculta salida no acertaba,
Cuando sentí por el siniestro lado
Un arroyo que cerca murmuraba;
Y al vecino rumor encaminado,
Al pié de un roble que á la orilla estaba,
Vi una pequeña y mísera casilla,
Y junto á un hombre anciano la corcilla

El cual dijo: «¿Qué hado ó desventura
Tan fuera de camino te ha traido
Por este inculto bosque y espesura
Donde jamás ninguno he conocido?
Que si por caso adverso y suerte dura
Andas de tus banderas foragido,
Haré cuanto pudiere de mi parte
En buscarte el remedio y escaparte.»

Viendo el ofrecimiento y acogida
De aquel estraño y agradable viejo,
Mas alegre que nunca fuí en mi vida
Por hallar tal ayuda y aparejo,
Le dije la ocasion de mi venida,
Pidiéndole me diese algun consejo,
Para saber la cueva do habitaba
El mágico Fiton á quien buscaba.

El venerable viejo y padre anciano
Con un suspiro y tierno sentimiento
Me tomó blandamente por la mano,
Saliendo de su frágil aposento;
Y por ser á la entrada del verano
Buscamos á la sombra un fresco asiento
En una pedregosa y fresca fuente,
Do comenzó á decirme lo siguiente:

«Mi tierra es en Arauco, y soy llamado
El desdichado viejo Guaticolo,
Que en los robustos años fuí soldado,
En cargo antecesor de Colocolo;
Y antes por mi persona en estacado
Siete campos vencí de solo á solo,
Y mil veces de ramos fué ceñida
Esta mi calva frente envejecida.

»Mas como en esta vida el bien no dura
Y todo está sujeto á desvarío,
Mudóse mi fortuna en desventura,
Y en deshonor perpetuo el honor mio:
Que por estraño caso y suerte dura
Perdí con Ainavillo en desafío
La gloria en tantos años adquirida,
Quitándome el honor y no la vida.

»Viéndome pues con vida y deshonrado,
Que mil veces quisiera antes ser muerto,
De cobrar el honor desesperado
Me vine como ves á este desierto,
Donde mas de veinte años he morado
Sin ser jamás de nadie descubierto,
Sino agora de tí, que ha sido cosa
No poco para mí maravillosa.

»Así que tantos tiempos he vivido
En este solitario apartamiento;
Y pues que la fortuna te ha traido
A mi triste y humilde alojamiento,
Haré de voluntad lo que has pedido,
Que tengo con Fiton conocimiento,
Que aunque intratable y áspero, es mi tio,
Hermano de Guarcolo, padre mio.

»Al pié de una espesísima montaña,
Pocas veces de humano pié pisada,
Hace su habitacion y vida estraña
En una oculta y lóbrega morada,
Que jamás el alegre sol la baña,
Y es á su condicion acomodada,
Por ser fuera de término inhumano,
Enemigo mortal del trato humano.

»Mas su saber y su poder es tanto
Sobre las piedras, plantas y animales,
Que alcanza por su ciencia y arte cuanto
Pueden todas las causas naturales;
Y en el escuro reino del espanto
Apremia á los callados infernales,
A que digan por áspero conjuro
Lo pasado, presente y lo futuro.

»En la furia del sol y luz serena
De nocturnas tinieblas cubre el suelo,
Y sin fuerza de vientos llueve y truena
Fuera de tiempo el sosegado cielo:
El raudo curso de los rios enfrena,
Y las aves en medio de su vuelo
Vienen de golpe abajo amodorridas
Por sus fuertes palabras compelidas.

»Las yerbas en su agosto reverdecen,
Y entiende la virtud de cada una;
El mar revuelve, el viento le obedece
Contra la fuerza y orden de la luna;
Tiembla la firme tierra y se estremece
A su voz eficaz, sin causa alguna
Que la altere y remueva por de dentro,
Apretándose recio con su centro.

»Los otros poderosos elementos
A las palabras deste están sujetos,
Y á las causas de arriba y movimientos
Hace perder la fuerza y los efetos:
Al fin por su saber y encantamento
Escudriña y entiende los secretos,
Y alcanza por los astros influentes
Los destinos y hados de las gentes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»No sé pues cómo pueda encarecerte
El poder deste mágico adivino:
Solo en tu menester quiero ofrecerte
Lo que ofrecerte puede un su sobrino;
Mas para que mejor esto se acierte,
Será bien que tomemos el camino,
Pues es la hora y sazon desocupada
Que podremos tener mejor entrada.»

Luego de allí los dos nos levantamos,
Y atando á mi caballo de la rienda
A paso apresurado caminamos
Por una estrecha y intrincada senda
La cual seguida un trecho nos hallamos
En una selva de árboles horrenda,
Que los rayos del sol y claro cielo
Nunca allí vieron el umbroso suelo.

Debajo de una peña socavada
De espesas ramas y árboles cubierta,
Vimos un callejon y angosta entrada,
Y mas adentro una pequeña puerta,
De cabezas de fieras rodeada,
La cual de par en par estaba abierta
Por donde se lanzó el robusto anciano
Llevándome trabado de la mano.

Bien por ella cien pasos anduvimos
No sin algun temor de parte mia,
Cuando á una grande bóveda salimos
Do una perpetua luz en medio ardia,
Y cada banda en torno della vimos
Poyos puestos por orden, en que había
Multitud de redomas sobrescritas
De ungüentos, yerbas y aguas infinitas.

Vimos allí del lince preparados
Los penetrantes ojos virtüosos
En cierto tiempo y conjuncion sacados,
Y los del basilisco ponzoñosos;
Sangre de hombres bermejos enojados,
Espumajos de perros, que rabiosos
Van huyendo del agua, y el pellejo
Del pecoso quersidros cuando es viejo.

También en otra parte parecia
La coyuntura de la dura hiena,
Y el meollo del cencris, que se cria
Dentro de Libia en la caliente arena;
Y un pedazo del ala de una harpía,
La hiel de la biforme Anfisibena,
Y la cola del áspide revuelta,
Que da la muerte en dulce sueño envuelta.

Moho de calalavera destroncada
Del cuerpo que no alcanza sepultura,
Carne de niña por nacer sacada
No por donde la llama la natura,
Y la espina también descoyuntada
De la sierpe cerastes, y la dura
Lengua de la emorrois, que aquel que hiere
Suda toda la sangre hasta que muere.

Vello de cuantos monstruos prodigiosos
La superflua natura ha producido,
Escupidos de sierpes venenosos,
Las dos alas del yáculo temido,
Y de la seps los dientes ponzoñosos,
Que el hombre ó animal della mordido,
De súbito hinchado como un odre,
Huesos y carne se convierte en podre.

Estaba en un gran vaso trasparente
El corazon del grifo atravesado,
Y ceniza del fénix que en oriente
Se quema él mismo de vivir cansado;
El unto de la scítala serpiente,
Y el pescado equineis, que en mar airado
Al curso de las naves contraviene,
Y á pesar de los vientos las detiene.

No faltaban cabezas de escorpiones,
Y mortíferas sierpes enconadas,
Alacranes y colas de dragones,
Y las piedras del águila preñadas;
Buches de los hambrientos tiburones,
Menstruo y leche de hembras azotadas,
Landres, pestes, venenos, cuantas cosas
Produce la natura ponzoñosas.

Yo que con atencion mirando andaba
La copiosa botica enbebecido,
Por una puerta que á un rincon estaba
Vi salir un anciano consumido,
Que sobre un corvo junco se arrimaba;
El cual luego de mi fué conocido
Ser el que había corrido por la cuesta
Que apenas le alcanzara una ballesta;

Diciéndome: «No es poco atrevimiento
El que siendo tan mozo has hoy tomado
De venir á mi oculto alojamiento,
Do sin mi voluntad nadie ha llegado;
Mas porque se que algun honrado intento
Tan lejos á buscarme te ha obligado,
Quiero por esta vez hacer contigo
Lo que nunca pensé acabar conmigo.»

Visto por mi apacible compañero
La coyuntura y tiempo favorable,
Pues el viejo tan áspero y severo
Se mostraba doméstico y tratable,
Se detuvo mirándome primero
Con un comedimiento y muestra afable,
Por ver si responderle yo queria;
Mas viéndome callar le respondia,

Diciendo: «¡Oh gran Fiton, á quien es dado
Penetrar de los cielos los secretos,
Que del eterno curso arrebatado
No obedecen la ley á tí sujetos!
Tú, que de la fortuna y fiero hado
Revocas cuando quieres los decretos,
Y el orden natural turbas y alteras
Alcanzando las cosas venideras;

»Y por mágica ciencia y saber puro
Rompiendo el cavernoso y duro suelo,
Puedes en el profundo reino escuro
Meter la claridad y luz del cielo,
Y atormentar con áspero conjuro
La caterva infernal, que con recelo
Tiembla de tu eficaz fuerza, que es tanta
Que sus eternas leyes le quebranta:

»Sabrás que á este mancebo le ha traido
De tu espantoso nombre la gran fama,
Que en las indias regiones estendido
Hasta el ártico polo se derrama;
El cual por mil peligros ha rompido
Tras su deseo corriendo que le llama
A celebrar las cosas de la guerra,
Y el sangriento destrozo desta tierra.

»Que estando así una noche retirado
Escribiendo el suceso de aquel dia,
Súbito fué en un sueño arrebatado
Viendo cuanto en la Europa sucedia;
Donde le fué asimismo revelado,
Que en tu escondida cueva entenderia
Estraños casos dignos de memoria,
Con que ilustrar pudiese mas su historia;

»Y que noticias le darias de cosas
Ya pasadas, presentes y futuras,
Hazañas y conquistas milagrosas,
Peregrinos sucesos y aventuras,
Temerarias empresas espantosas,
Hechos que no se han visto en escrituras:
Este encarecimiento le molesta,
Y nos tiene suspensos tu respuesta.»

Holgó el mago de oir cuán estendida
Por aquella region su fama andaba,
Y vuelta á mi la cara envejecida
Todo de arriba abajo me miraba;
Al fin con voz pujante y espedida,
Que poco con las canas conformaba,
Y aspecto grave y muestra algo severa,
La respuesta me dió desta manera:

«Aunque en razon es cosa prohibida
Profetizar los casos no llegados,
Y es menos alargar á uno la vida
Contra los estatutos de los hados:
Ya que ha sido á mi casa tu venida
Por incultos caminos desusados,
Te quiero complacer, pues mi sobrino
Viene aquí por tu intérprete y padrino.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Diciendo así, con paso tardo y lento
Por la pequeña puerta cavernosa
Me metió de la mano á otro aposento,
Y luego en una cámara hermosa,
Que su fábrica estraña y ornamento
Era de tal labor y tan costosa,
Que no sé lengua que contarlo pueda,
Ni habrá imaginacion á que no esceda.

Tenia el suelo por orden ladrillado
De cristalinas losas trasparentes,
Que el color contrapuesto y variado
Hacia labor y visos diferentes;
El cielo alto, diáfano, estrellado
De inumerables piedras relucientes,
Que toda la gran cámara alegraba
La varia luz que dellas revocaba.

Sobre colunas de oro sustentadas
Cien figuras de bulto en torno estaban,
Por arte tan al vivo trasladadas,
Que un sordo bien pensara que hablaban;
Y dellas las hazañas figuradas
Por las anchas paredes se mostraban,
Donde se via el estremo y escelencia
De armas, letras, virtud y continencia.

En medio desta cámara espaciosa,
Que media milla en cuadro contenia,
Estaba una gran poma milagrosa,
Que una luciente esfera la ceñia;
Que por arte y labor maravillosa
En el aire por sí se sostenia,
Que el gran círculo y máquina de dentro
Parece que estribaban en su centro.

Después de haber un rato satisfecho
La codiciosa vista en las pinturas,
Mirando de los muros, suelo y techo
La gran riqueza y varias esculturas,
El mago me llevó al globo derecho,
Y vuelto allí de rostro á las figuras,
Con el corvo cayado señalando
Comenzó de enseñarme así hablando:

«Habrás de saber, hijo, que estos hombres
Son los mas desta vida ya pasados,
Que por grandes hazañas sus renombres
Han sido y serán siempre celebrados;
Y algunos que de baja estirpe y nombres
Sobre sus altos hechos levantados
Los ha puesto su próspera fortuna
En el mas alto cuerno de la luna.

»Y esta bola que ves y compostura
Es del mundo el gran término abreviado,
Que su dificilísima hechura
Cuarenta años de estudio me ha costado:
Mas no habrá en larga edad cosa futura,
Ni oculto disponer de inmóvil hado,
Que muy claro y patente no me sea,
Y tenga aquí su muestra y viva idea.

»Mas pues tus apariencias generosas
Son de escribir los actos de la guerra,
Y por fuerza de estrellas rigurosas
Tendrás materia larga en esta tierra,
Dejaré de aclararte algunas cosas
Que la presente poma y mundo encierra,
Mostrándote una sola que te espante,
Para lo que pretendes importante.

»Que pues que en nuestro Arauco ya se halla
Materia á tu propósito cortada,
Donde la espada y defensiva malla
Es mas que en otra parte frecuentada;
Solo te falta una naval batalla
Con que será tu historia autorizada,
Y escribirás las cosas de la guerra
Así de mar tan bien como de tierra.

»La cual verás aquí tal, que te juro
Que vista la tendremos por dudosa,
Y en el pasado tiempo y el futuro
No se vió ni verá tan espantosa;
Y el gran Mediterráneo, mar seguro
Quedará por la gente victoriosa,
Y la parte vencida y destrozada
La marítima fuerza quebrantada.

»Por tanto á mis palabras no te alteres,
Ni te espante el horrísono conjuro,
Que si atento con ánimo estuvieres
Verás aquí presente lo futuro;
Todo punto por punto lo que vieres
Lo disponen los hados, y aseguro
Que podrás como digo ser de vista
Testigo y verdadero coronista.»

Yo con mayor codicia por un lado
Llegué el rostro á la bola trasparente,
Donde vi dentro un mundo fabricado
Tan grande como el nuestro, y tan patente:
Como en redondo espejo relevado
Llegando junto el rostro claramente,
Vemos dentro un anchísimo palacio
Y en muy pequeña forma grande espacio.

Y por aquel lugar se descubria
El turbado y revuelto mar ausonio,
Donde se definió la gran porfía
Entre César Augusto y Marco Antonio:
Así en la misma forma parecia
Por la banda de Lepanto y Favonio
Junto á las Curchulares acia el puerto
De galeras el ancho mar cubierto.

Mas viendo las divisas señaladas
Del papa, de Felipe y venecianos,
Luego reconocí ser las armadas
De los infieles turcos y cristianos,
Que en orden de batalla aparejadas
Para venir estaban á las manos,
Aunque á mi parecer no se movian,
Ni mas que figuradas parecian.

Pero el mago Fiton me dijo: «Presto
Verás una naval batalla estraña,
Donde se mostrará bien manifiesto
El supremo valor de vuestra España;
Y luego con airado y fiero gesto
Hiriendo el ancho globo con la caña
Una vez al través, otra al derecho,
Sacó una horrible voz del ronco pecho,

Diciendo: «Orco amarillo, Cancerbero,
O gran Pluton, rector del bajo infierno,
O cansado Caron, viejo barquero,
Y vos, laguna Estigia y lago Averno,
O Demogorgon, tú, que lo postrero
Habitas del tartáreo reino eterno,
Y las hervientes aguas de Aqueronte,
De Leteo, Cocito y Flegetonte;

Y vos, furias, que así con crüeldades
Atormentais las ánimas dañadas,
Que aun temen ver las ínferas deidades
Vuestras frentes de víboras crinadas:
Y vosotras, gorgóneas potestades,
Por mis fuertes palabras apremiadas:
Haced que claramente aquí se vea,
Aunque futura esta naval pelea.

Y tú, Hécate ahumada y mal compuesta,
Nos muestra lo que pido aquí visible.
¡Hola! ¿A quién digo? ¿Qué tardanza es esta,
Que no os hace temblar mi voz terrible?
Mirad que romperé la tierra opuesta,
Y os heriré con luz aborrecible,
Y por fuerza absoluta y poder nuevo
Quebrantaré las leyes del Erebo.

No acabó de decir bien esto, cuando
Las aguas en el mar se alborotaron,
Y el seco lesnordeste respirando
Las cuerdas y anchas velas se estiraron,
Y aquellas gentes súbito anhelando
Poco á poco á moverse comenzaron,
Haciendo de aquel modo en los objetos
Todas las demás causas sus efetos.

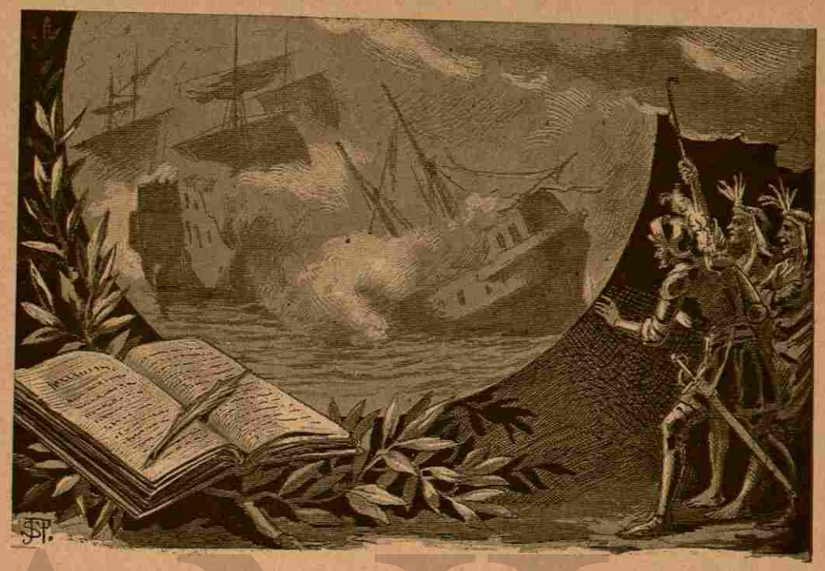
Mirando, aunque espantado, atentamente
La multitud de gente que allí habia,
Ví que escrito de letras en la frente
Su nombre y cargo cada cual tenia;
Y mucho me admiró los que al presente
En la primera edad yo conocia
Verlos en su vigor y años lozanos
Y otros floridos jóvenes ya canos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Luego pues los cristianos dispararon
Una pieza en señal de rompimiento,
Y en alto un crucifijo enarbolaron,
Que acrecentó el hervor y encendimiento:
Todos humildemente le salvaron
Con grande devoción y acatamiento,
Bajo del cual estaban á los lados
Las armas de los fieles coligados.

En esto con rumor de varios sones
Acercándose siempre caminaban;
Estandartes, banderas y pendones
Sobre las altas popas tremolaban;
Las ordenadas bandas y escuadrones
Esgrimiendo las armas se mostraban
En torno las galeras rodeadas
De cañones de bronce y pavesadas.

Mas en el bajo tono que ahora llevo
No es bien que de tan grave cosa cante,
Que cierto es menester aliento nuevo,
Lengua mas espedida y voz pujante.
Así medroso desto no me atrevo
A proseguir, señor, mas adelante:
En el siguiente y nuevo canto os pido
Me deis vuestro favor y atento oido.



CANTO XXIV

Dase noticia de la gran batalla naval, del desbarate y rota de la armada turquesca con la huida de Ochali

La sazon, gran Felipe, es ya llegada
En que mi voz de vos favorecida
Cante la universal y gran jornada
En las ausonias olas definida:
La soberbia otomana derrocada,
Su marítima fuerza destruida,
Los varios hados, diferentes suertes,
El sangriento destrozo y crudas muertes.

Abridme, ó sacras musas, vuestra fuente,
Y dadme nuevo espíritu y aliento
Con estilo y lenguaje conveniente
A mi arrojado y grande atrevimiento,
Para decir estensa y claramente
Deste naval conflito y rompimiento,
Y las gentes que están juntas á una
Debajo deste golpe de fortuna.

¿Quién bastará á contar los escuadrones
Y el número copioso de galeras,
La multitud y mezcla de naciones,
Estandartes, enseñas y banderas,
Las defensas, pertrechos, municiones,
Las diferencias de armas y maneras,
Máquinas, artificios é instrumentos,
Aparatos, divisas y ornamentos?

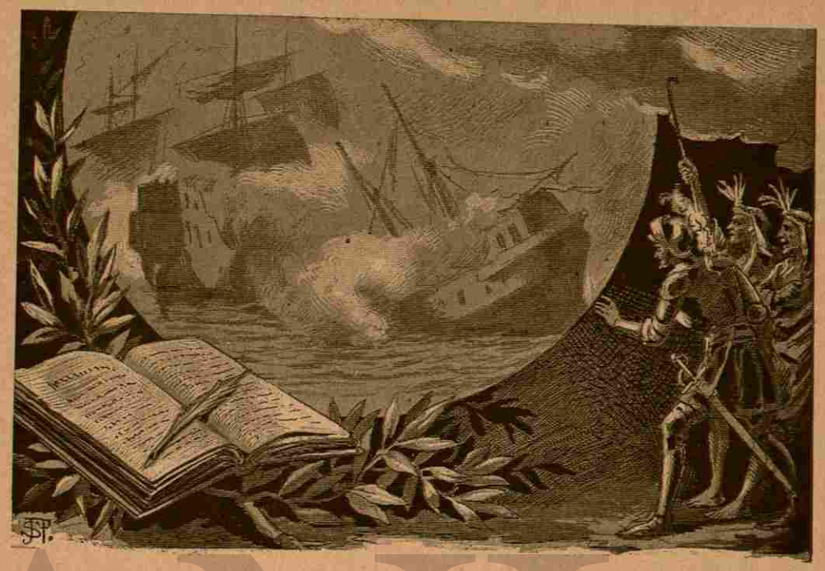
Vi croatos, dalmacios, esclavones,
Búlgaros, albaneses, trasilvanos,
Tártaros, tracios, griegos, macedones,
Turcos, lidios, armenios, georgianos,
Sirios, árabes, licios, licaones,
Númidas, sarracenos, africanos,
Jenizaros, sanjacos, capitanes,
Chauces, rehelerbeyes y bajanes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Luego pues los cristianos dispararon
Una pieza en señal de rompimiento,
Y en alto un crucifijo enarbolaron,
Que acrecentó el hervor y encendimiento:
Todos humildemente le salvaron
Con grande devoción y acatamiento,
Bajo del cual estaban á los lados
Las armas de los fieles coligados.

En esto con rumor de varios sones
Acercándose siempre caminaban;
Estandartes, banderas y pendones
Sobre las altas popas tremolaban;
Las ordenadas bandas y escuadrones
Esgrimiendo las armas se mostraban
En torno las galeras rodeadas
De cañones de bronce y pavesadas.

Mas en el bajo tono que ahora llevo
No es bien que de tan grave cosa cante,
Que cierto es menester aliento nuevo,
Lengua mas espedida y voz pujante.
Así medroso desto no me atrevo
A proseguir, señor, mas adelante:
En el siguiente y nuevo canto os pido
Me deis vuestro favor y atento oido.



CANTO XXIV

Dase noticia de la gran batalla naval, del desbarate y rota de la armada turquesca con la huida de Ochali

La sazon, gran Felipe, es ya llegada
En que mi voz de vos favorecida
Cante la universal y gran jornada
En las ausonias olas definida:
La soberbia otomana derrocada,
Su marítima fuerza destruida,
Los varios hados, diferentes suertes,
El sangriento destrozo y crudas muertes.

Abridme, ó sacras musas, vuestra fuente,
Y dadme nuevo espíritu y aliento
Con estilo y lenguaje conveniente
A mi arrojado y grande atrevimiento,
Para decir estensa y claramente
Deste naval conflito y rompimiento,
Y las gentes que están juntas á una
Debajo deste golpe de fortuna.

¿Quién bastará á contar los escuadrones
Y el número copioso de galeras,
La multitud y mezcla de naciones,
Estandartes, enseñas y banderas,
Las defensas, pertrechos, municiones,
Las diferencias de armas y maneras,
Máquinas, artificios é instrumentos,
Aparatos, divisas y ornamentos?

Vi croatos, dalmacios, esclavones,
Búlgaros, albaneses, trasilvanos,
Tártaros, tracios, griegos, macedones,
Turcos, lidios, armenios, georgianos,
Sirios, árabes, licios, licaones,
Númidas, sarracenos, africanos,
Jenizaros, sanjacos, capitanes,
Chauces, rehelerbeyes y bajanes.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Vi allí también de la nacion de España
La flor de juventud y gallardía,
La nobleza de Italia y de Alemaña
Una audaz y bizarra compañía:
Todos ornados de riqueza estraña,
Con animosa muestra y lozanía,
Y en las popas, carceses y trinquetes
Flámulas, banderolas, gallardetes.

Así las dos armadas pues venian
En tal manera y orden navegando,
Que dos espesos bosques parecian
Que poco á poco se iban allegando:
Las cicaladas armas relucian
En el inquieto mar reverberando,
Ofendiendo la vista desde lejos
Las agudas vislumbres y reflejos.

Por nuestra armada al uno y otro lado
Una presta fragata discurria,
Donde venia un mancebo levantado
De gallarda presencia y bizarría:
Un riquísimo y fuerte peto armado
Con tanta autoridad, que parecia
En su disposicion, figura y arte
Hijo de la fortuna y del dios Marte.

Yo codicioso de saber quien era,
Aficionado al talle y apostura,
Mirando atentamente la manera,
El aire, el ademán y compostura;
En la fuerte celada, en la testera
Vi escrito en el relieve y grabadura
De letras de oro el campo en sangre tinto:
Don Juan, hijo del César Carlos quinto.

El cual acá y allá siempre corria
Por medio del bullicio y alboroto,
Y en la fragata cerca dél venia
El viejo secretario Juan de Soto;
De quien el mago anciano me decia
Ser en todas las cosas de gran voto,
Persona de discurso y esperiencia,
De mucha espedicion y suficiencia.

Don Juan á la sazon los exhortaba
A la batalla y trance peligroso
Con ánimo y valor, que aseguraba
Por cierta la victoria y fin dudoso;
Y su gran corazon facilitaba
Lo que el temor hacia dificultoso,
Derramando por toda aquella gente
Un belicoso ardor y fuego ardiente;

Diciendo: «O valerosa compañía,
Muralla de la Iglesia inespugnable:
Llegada es la ocasion, este es el dia,
Que dejais vuestro nombre memorable:
Calad armas y remos á porfía,
Y la invencible fuerza y fe inviolable
Mostrad contra estos pérfidos paganos,
Que vienen á morir á vuestras manos.

»Que quien volver de aquí vivo desea
Al patrio nido y casa conocida,
Por medio desa armada gente crea
Que ha de abrir con la espada la salida:
Así cada cual mire que pelea
Por su Dios, por su rey y por la vida,
Que no puede salvarla de otra suerte
Sino en trayendo al enemigo á muerte.

»Mirad que del valor y espada vuestra
Hoy el gran peso y ser del mundo pende,
Y entienda cada cual que está en su diestra
Toda la gloria y premio que pretende:
Apresuremos la fortuna nuestra,
Que la larga tardanza nos ofende;
Pues no estais de cumplir vuestro deseo
Mas del poco de mar que en medio veo.

»Vamos pues á vencer; no detengamos
Nuestra buena fortuna que nos llama;
Del hado el curso próspero sigamos
Dando materia y fuerzas á la fama:
Que solo deste golpe derribamos
La bárbara arrogancia, y se derrama
El sonoroso estruendo de la guerra
Por todos los confines de la tierra.

»Mirad por ese mar alegremente
Cuánta gloria os está ya aparejada:
Que Dios aquí ha juntado tanta gente
Para que á nuestros piés sea derrocada,
Y someta hoy aquí todo el oriente
A nuestro yugo la cerviz domada,
Y á sus potentes príncipes y reyes
Los podemos quitar y poner leyes.

»Hoy con su perdicion establecemos
En todo el mundo el crédito cristiano:
Que quiere nuestro Dios que quebrantemos
El orgullo y furor mahometano.
¿Qué peligro, ó varones, temeremos
Militando debajo de tal mano?
Y ¿quién resistirá vuestras espadas
Por la divina mano gobernadas?

»Solo os ruego, que en Cristo confiando
Que á la muerte de cruz por vos se ofrece,
Combata cada cual por él mostrando
Que llamarse su mílite merece;
Con propósito firme protestando
De vencer ó morir: que si parece
La victoria de premio y gloria llena,
La muerte por tal Dios no es menos buena.

»Y pues con este fin nos dispusimos
Al peligro y rigor desta jornada,
Y en la defensa de su ley venimos
Contra esa gente infiel y renegada,
La justísima causa que seguimos
Nos tiene la victoria asegurada;
Así que, ya del cielo prometido
Os puedo yo afirmar que habeis vencido.»

Súbito allí los pechos mas helados
De furor generoso se encendieron,
Y de los torpes miembros resfriados
El temor vergonzoso sacudieron:
Todos los diestros brazos levantados
La victoria ó morir le prometieron,
Teniendo en poco ya desde aquel punto
El contrario poder del mundo junto.

El valeroso joven pues loando
Aquella voluntad asegurada,
Con súbita presteza el mar cortando
Atravesó por medio de la armada,
De blanca espuma el rastro levantando:
Cual luciente cometa arrebatada,
Cuando veloz rompiendo el aire espeso
Le suele así dejar gran rato impreso.

Así que brevemente habiendo puesto
En orden las galeras y la gente,
A la suya real se acostó presto,
Donde fué saludado alegremente;
Y señalando á cada cual su puesto
Con el concierto y modo conveniente,
Zafa la artillería, y alistada
Iba la vuelta de la turca armada.

Llevaba el cuerno de la diestra mano
El sucesor del ínclito Andrea Doria,
De quien el largo mar Mediterrano
Hará perpetua y célebre memoria;
Y Agustín Barbarigo, veneciano,
Proveedor de la armada senatoria,
Llevaba el otro cuerno á la siniestra
Con orden no menor y bella muestra.

Pues los cuernos iguales y ordenados,
La batalla guiaba el hijo dino
Del gran Carlos, cerrando los dos lados
Las galeras de Malta y Lomelino;
La del papa y Venecia á los costados
Así continuaban su camino:
Cargando con igual compás y estremos
Las anchas palas de los largos remos.

Iban seis galeazas delanteras
Bastecidas de gente y artilladas,
Puestas de dos en dos por las fronteras
Que á manera de luna iban cerradas;
Seguian luego detrás treinta galeras,
Al general socorro señaladas,
Donde el marqués de Santa Cruz venia
Con una valerosa compañía.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por el orden y término que cuento
La católica armada caminaba
La vuelta de la infiel, que á sobreviento
Ganándole la mar se aventajaba;
Pero luego á deshora calmó el viento,
Y el alto mar sus olas allanaba,
Remitiendo fortuna la sentencia
Al valor de los brazos y escelencia.

Opuesto al Barbarigo, al cuerno diestro,
Va Siroco virey de Alejandría
Con Memetbey, cosario y gran maestro,
Que á Negroponto á la sazon regia;
Ochalí renegando iba al siniestro
Con Carabey su hijo en compañía,
Y en medio en la batalla bien cerrada
Alí, gran general de aquella armada.

El cual reconociendo el duro hado,
Y de su perdicion la hora postrera,
Como prudente capitán y osado
De la alta popa en la real galera,
Con un semblante alegre y confiado,
Que mostraba fingido por defuera,
El cristiano poder disminuyendo,
Hizo esta breve plática diciendo:

«No será menester, soldados, creo,
Moveros ni incitaros con razones,
Que ya por las señales que en vos veo
Se muestran bien las fieras intenciones:
Echad fuera la ira y el deseo
Desos vuestros fogosos corazones,
Y las armas tomad, en cuyo hecho
Los hados ponen hoy vuestro derecho.

»Que jamás la fortuna á nuestros ojos
Se mostró tan alegre y descubierta;
Pues cargada de gloria y de despojos
Se viene ya á meter por nuestra puerta:
Rematad el trabajo y los enojos
Desta prolija guerra, haciendo cierta
La esperanza y el crédito estimado
Que de vuestro valor siempre habeis dado.

»No os altere la muestra y el ruido
Con que se acerca la enemiga armada:
Que sabed que ese ejército movido,
Y gente de mil reinos allegada,
Fortuna á una cerviz la ha reducido,
Porque pueda de un golpe ser cortada,
Y deis por vuestra mano en solo un dia
Del mundo al Gran Señor la monarquía.

»Que esas gentes sin orden que allí vienen,
En el valor y número inferiores,
Son las que nos impiden y detienen
El ser de todo el mundo vencedores:
Muestren las armas el poder que tienen,
Tomad desos indignos posesores
Las provincias y reinos del poniente,
Que os vienen á entregar tan ciegamente.

»Que ese su capitán envanecido
Es de muy poca edad y suficiencia,
Indignamente al cargo promovido,
Sin curso, disciplina ni esperiencia;
Y así presuntüoso y atrevido
Con ardor juvenil é inadvertencia
Trae á toda esa gente condenada
A la furia y rigor de vuestra espada.

»No penseis que nos venden muy costosa
Los hados la victoria deste dia:
Que lo mas desa armada temerosa
Es de la veneciana señoría:
Gente no ejercitada ni industriosa,
Dada mas al regalo y pulicía,
Y á las blandas delicias de su tierra,
Que al robusto ejercicio de la guerra.

»Y esotra turbamulta congregada
Es pueblo suez, bárbara canalla,
De diversas naciones amasada,
En quien conformidad jamás se halla:
Gente que nunca supo qué es espada,
Que antes que se comience la batalla
Y el espantoso son de artillería,
La romperá su misma vocería.

»Mas vosotros, varones invencibles,
Entre las armas ásperas criados,
Y en guerras y trabajos insufribles
Tantas y tantas veces aprobados,
¿Qué peligros habrá ya tan terribles,
Ni contrarios ejércitos ligados,
Que basten á poneros algun miedo,
Ni á resfriar vuestro ánimo y denuedo?

»Ya me parece ver gloriosamente
La riza y mortandad de vuestra mano,
Y ese interpuesto mar con mas creciente
Teñido en roja sangre el color cano:
Abrid pues y romped por esa gente;
Echad á fondo ya el poder cristiano,
Tomando posesion de un golpe solo
Del Gange á Chile, y de uno al otro polo.»

Así el bajá en el limitado trecho
Los dispuestos soldados animaba,
Y de la heróica empresa y alto hecho
El próspero suceso aseguraba;
Pero en lo hondo del secreto pecho
Siempre el negocio mas dificultaba,
Tomando por agüero ya contrario
La gran resolución del adversario.

Y mas cuando un jenízaro forzado
Que iba sobre la gavia descubriendo,
Después de haberse bien certificado
Las galeras de allí reconociendo,
Dijo: «El cuerpo de en medio y diestro lado
Y el socorro que atrás viene siguiendo,
Si mi vista de aquí no desatina,
Es de la armada y gente ponentina.»

Sintió el bajá no menos que la muerte
Lo que el cristiano cierto le afirmaba;
Pero mostrando esfuerzo y pecho fuerte
El secreto dolor disimulaba;
Y así al cuerpo de en medio, que por suerte
Segun orden de guerra le tocaba,
Enderezó su escuadra aventajada
De sus tendidos cuernos abrigada.

Llegado el punto ya del rompimiento
Que los precisos hados señalaron,
Con una furia igual y movimiento
Las potentes armadas se juntaron:
Donde por todas partes á un momento
Los cargados cañones dispararon
Con un terrible estrépito, de modo
Que parecia temblar el mundo todo.

El humo, el fuego, el espantoso estruendo
De los furiosos tiros escupidos,
El recio destroncar y encuentro horrendo
De las proas y mástiles rompidos,
El rumor de las armas estupendo,
Las varias voces, gritos y apellidos,
Todo en revuelta confusión hacia
Espectáculo horrible y armonía.

No la ciudad de Príamo asolada
Por tantas partes sin cesar ardia,
Ni el crudo efecto de la griega espada
Con tal rigor y estrépito se oia,
Como la turca y la cristiana armada,
Que envuelta en humo y fuego parecia,
No solo arder al mar, hundirse el suelo,
Pero venirse abajo el alto cielo.

El gallardo don Juan, reconocida
La enemiga real que iba en la frente,
Hendiendo recio el agua rebatida
Rompe por medio de la llama ardiente;
Mas la turca con ímpetu impelida,
Le sale á recibir, donde igualmente
Se embisten con furiosos encontrones
Rompiendo los herrados espolones.

No estaban las reales aferradas,
Cuando de gran tropel sobrevinieron
Siete galeras turcas bien armadas,
Que en la cristiana súbito embistieron;
Pero de no menor furia llevadas
Al socorro sobre ellas acudieron,
De la derecha y de la izquierda mano,
La general del papa y veneciano.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Do con segunda autoridad venia
Por general del sumo quinto Pio
Marco Antonio Colona, á quien seguia
Una escuadra de mozos de gran brio:
Tras la cual al socorro arremetia
Por el camino y paso mas vacío
La patrona de España y capitana,
Rompiendo el golpe y multitud pagana.

El príncipe de Parma valeroso,
Que iba en la capitana Ginovesa,
Hendiendo el mar revuelto y espumoso
Se arroja en medio de la escuadra apriesa:
La confusion y revolver furioso
Y del humo la negra nube espesa
La codiciosa vista me impedia,
Y así á muchos allí desconocia.

Mons de Leñí con su galera presto
Por su parte embistió y cerró el camino,
Donde llegó de los primeros puesto
El valeroso príncipe de Urbino,
Que á la bárbara furia contrapuesto
Con ánimo y esfuerzo peregrino
Gallarda y singular prueba hacia
De su valor, virtud y valentía.

Luego con igual ímpetu y denuedo
Llegan unas con otras á abordarse,
Cerrándose tan juntas, que á pié quedo
Pueden con las espadas golpearse;
No bastaba la muerte á poner miedo,
Ni allí se vió peligro rehusarse,
Aunque al arremeter viesen derechos
Disparar los cañones á los pechos.

Así la airada gente, deseosa
De ejecutar sus golpes se juntaban,
Y cual violenta tempestad furiosa
Los tiros y altos brazos descargaban:
Era de ver la priesa hervorosa
Con que las fieras armas meneaban;
La mar de sangre súbito cubierta
Comenzó á recibir la gente muerta.

Por las proas, por popas y costados
Se acometen y ofenden sin sosiego,
Unos cayendo mueren ahogados,
Otros á puro hierro, otros á fuego:
No faltando en los puestos desdichados
Quien á los muertos sucediese luego,
Que muerte, ni rigor de artillería
Jamás bastó á dejar plaza vacía.

Quién por saltar en el bajel contrario
Era en medio del salto atravesado;
Quién por herir sin tiempo al adversario
Caia en el mar de su furor llevado;
Quién con bestial desinio temerario
En su nadar y fuerzas confiado,
Al odioso enemigo se abrazaba,
Y en las revueltas olas se arrojaba.

¿Cuál será aquel que no temblase, viendo
El fin del mundo y la total ruïna,
Tantas gentes á un tiempo pereciendo,
Tanto cañon, bombarda y culebrina?
El sol los claros rayos recogiendo
Con faz turbada, de color sanguina,
Entre las negras nubes se escondia,
Por no ver el destrozo de aquel dia.

Acá y allá con pecho y rostro airado,
Sobre el rodante carro presuroso
De Tesifon y Aleto acompañado
Discurre el fiero Marte sanguinoso:
Ora sacude el fuerte brazo armado,
Ora bate el escudo fulminoso,
Infundiendo en la fiera y brava gente
Ira, saña, furor y rabia ardiente.

Quién faltándole tiros luego afierra
Del pedazo del remo ó de la antena;
Quién trabuca al forzado y lo deshierra
Arrebatando el grillo ó la cadena,
No hay cosa de metal, de leño y tierra,
Que allí para tirar no fuese buena,
Rotos bancos, postizas, batallolas,
Barriles, escotillas, portañolas.

Y las lanzas y tiros que arrojaban,
Aunque del duro acero resurtiesen,
En las sangrientas olas ya hallaban
Enemigos que en sí los recibiesen;
Y ardiendo en la agua fria peleaban
Sin que al adverso hado se rindiesen,
Hasta el forzoso y postrimero punto
Que faltaba la fuerza y vida junto.

Cuáles su propria sangre resolviendo
Andan agonizando sobreaguados;
Cuáles tablas y gúmenas asiendo
Quedan rindiendo el alma enclavijados;
Cuáles hacer mas daño no pudiendo,
A los menos heridos abrazados,
Se dejan ir al fondo forcejando
Contentos de morir allí matando.

No es posible contar la gran revuelta,
Y el confuso tumulto y son horrendo:
Vuela la estopa en vivo fuego envuelta,
Alquitran, y resina, y pez ardiendo;
La presta llama con la brea revuelta
Por la seca madera discurriendo,
Con fieros estallidos y centellas
Creciendo amenazaba las estrellas.

Unos al mar se arrojan por salvarse
Del crudo hierro y llamas perseguidos,
Otros que habian probado el ahogarse
Se abrazan á los leños encendidos:
Así que, con la gana de escaparse
A cualquiera remedio vano asidos,
Dentro del agua mueren abrasados,
Y en medio de las llamas ahogados.

Muchos ya con la muerte porfiando
Su opinion aun muriendo sostenian,
Los tiros y las lanzas apañando
Que de las fuertes armas resurtian;
Y en las huidoras olas estribando
Los ya cansados brazos sacudian,
Empleando en aquellos que topaban
La rabia y pocas fuerzas que quedaban.

Crece el furor y el áspero ruïdo
Del contino batir apresurado;
El mar de todas partes rebatido
Hierve y regüelda cuerpos de apretado,
Y sangriento, alterado, y removido,
Cual de contrarios vientos arrojado,
Todo revuelto en una espuma espesa
Las herradas galeras bate apriesa.

En la alta popa junto al estandarte
El ínclito don Juan resplandecia,
Mas encendido que el airado Marte,
Cercado de una ilustre compañía:
De allí provee remedio á toda parte,
Acá da priesa, allá socorro envía,
Asegurando á todos su persona
Soberbio triunfo y la naval corona.

Don Luis de Requesens de la otra banda
Provoca, exhorta, anima, mueve, incita,
Corre, vuelve, revuelve, torna y anda
Donde el peligro mas lo necesita;
Provee, remedia, acude, ordena, manda,
Insta, da priesa, induce, y solicita
A la diestra, siniestra, á popa, á proa
Ganando estimacion y eterna loa.

Pues el conde de Priego, don Fernando,
Diligente, solícito y cuidoso,
Acude á todas partes remediando
Lo de menos remedio y mas dudoso:
Así pues el cristiano y turco bando
Cada cual inquiriendo un fin honroso,
Procuraban matando, como digo,
Morir en el bajel del enemigo.

Era tanta la furia y tal la priesa,
Que el fin y dia postrero parecia;
De los tiros la recia lluvia espesa
El aire claro y rojo mar cubria:
Crece la rabia, el disparar no cesa
De la presta y continua batería,
Atronando el rumor de las espadas
Las marítimas costas apartadas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El buen marqués de Santa Cruz, que estaba
Al socorro comun apercibido,
Visto el trabado juego cuál andaba,
Y desigual en partes el partido,
Sin aguardar mas tiempo se arrojaba,
En medio de la priesa y gran ruido,
Embistiendo con ímpetu furioso
Todo lo mas revuelto y peligroso.

Viendo pues de enemigos rodeada
La galera real con gran porfía,
Y que otra de refresco bien armada
A embestirla con ímpetu venia,
Saltóle de través, boga arrancada,
Y al encuentro y defensa se oponia,
Atajando con presto movimiento
El bárbaro furor y fiero intento.

Después rabioso sin parar corriendo,
Por la áspera batalla discurria;
Entra, sale y revuelve socorriendo,
Y á tres y á cuatro á veces resistia.
¿Quién podrá punto á punto ir refiriendo
Las gallardas espadas que este dia
En medio del furor se señalaron,
Y el mar con turca sangre acrecentaron?

Don Juan en esto airado é impaciente
La espaciosa fortuna apresuraba
Poniendo espuelas y ánimo á su gente,
Que envuelta en sangre ajena y propria andaba.
Allí Bajá no menos diligente
Con gran hervor los suyos esforzaba,
Trayéndoles contino á la memoria
El gran premio y honor de la vitoria.

Mas la real cristana aventajada
Por el grande valor de su caudillo,
A puros brazos y á rigor de espada
Abre recio en la turca un gran portillo,
Por do un grueso tropel de gente armada,
Sin poder los contrarios resistillo,
Entra con un rumor y furia estraña,
Gritando: ¡Cierra, cierra, España, España!

Los turcos, viendo entrada su galera,
Del temor y peligro compelidos,
Revuelven sobre sí, de tal manera,
Que fueron los cristianos rebatidos;
Pero añadiendo furia á la primera
Los fuertes españoles ofendidos,
Venciendo el nuevo golpe de la gente,
Los vuelven á llevar forzosamente

Hasta el árbol mayor, donde afirmando
El rostro y pié con nueva confianza
Renuevan la batalla, refrescando
El fiero estrago y bárbara matanza:
Carga socorro de uno y otro bando,
Fatígales y aqueja la tardanza
De vencer ó morir desesperados,
Dando gran priesa á los dudosos hados.

La grande multitud de los heridos
Que á la batida proa recurrian,
Causaban que á las veces detenidos
Los unos á los otros se impedian;
Pero de medicinas proveidos,
Luego de nuevo á combatir volvian,
Las enemigas fuerzas reprimiendo
Que iban al parecer convaleciendo.

En esta gran revuelta y desatino,
Que allí cargaba mas que en otro lado,
Viniendo á socorrer don Bernardino,
Mas que de vista de ánimo dotado,
Fué con súbita furia en el camino
De un fuerte esmerilazo derribado,
Cortándole con golpe riguroso
Los pasos y designio valeroso.

Fué el poderoso golpe de tal suerte,
Demás de la pesada y gran caida,
Que resistir no pudo el peso fuerte
Ni la rodela á prueba guarnecida:
Al fin el joven con honrada muerte
Del todo aseguró la inquieta vida,
Envainando en España mil espadas
En contra y daño suyo declaradas.

En esto por tres partes fué embestida
La famosa de Malta capitana,
Y apretada de todas y batida
Con vieja enemistad y furia insana;
Mas la fuerza y virtud tan conocida
De aquella audaz caballería cristiana,
La multitud pagana contrastando,
Iba de punto en punto mejorando.

Pero el virey de Arjel, cosario esperto,
Que á la mira hasta entonces habia estado,
Hallando al cuerno diestro el paso abierto
Que del todo no estaba bien cerrado,
Antes que se pusiesen en concierto,
Furioso se lanzó por aquel lado,
Echándole de nuevo tres bajeles
Con infinito número de infieles.

Los fuertes caballeros peleando
Resisten aquel ímpetu y motivo;
Pero al cabo, señor, sobrepujando
A las fuerzas el número escesivo,
Los entran con gran furia degollando,
Sin tomar á rescate un hombre vivo,
Vertiendo en el revuelto mar furioso
De bautizada sangre un rio espumoso.

Las galeras de Malta que miraron
Con tal rigor su capitana entrada,
Los fieros enemigos despreciaron
Con quien tenian batalla comenzada;
Y batiendo los remos se lanzaron
Con nueva rabia y priesa acelerada
Sobre la multitud de los paganos
Verdugos de los mártires cristianos.

Tanto fué el sentimiento en los soldados,
Y la sed de venganza de manera,
Que embistiendo á los turcos por los lados
Entran haciendo riza carnicera;
Así que, victoriosos y vengados
Recobraron su honor y la galera
Hallando solos vivos los primeros
Al general y cuatro caballeros.

Marco Antonio Colona despreciando
El ímpetu enemigo y la braveza,
Combate animosísimo, igualando
Con la honrosa ambición la fortaleza.
Pues Sebastian Veniero contrastando
La turca fuerza y bárbara fiereza,
Vengaba allí con ira y rabia justa
La injuria recibida en Famagusta.

La capitana de Sicilia en tanto
También Portau bajá la combatia,
La cual ya por el uno y otro canto
Cercada de galeras la tenia:
Era el valor de los cristianos tanto
Que la ventaja desigual suplia,
No solo sustentando igual la guerra,
Pero dentro del mar ganando tierra.

Que don Juan, de la sangre de Cardona,
Ejercitando allí su viejo oficio,
Ofrece á los peligros la persona
Dando de su valor notable indicio;
Y la fiera nacion de Barcelona
Hace en los enemigos sacrificio,
Trayendo hasta los puños las espadas
Todas en sangre bárbara bañadas.

No pues con menos ánimo y pujanza
El sabio Barbarigo combatia,
Igualando el valor á la esperanza
Que de su claro esfuerzo se tenia:
Ora oprime la turca confianza,
Ora á la misma muerte rebatia,
Haciendo suspender la flecha airada
Que ya derecho en él tenia asestada.

Bien que con muestra y ánimo esforzado
Contrastaba la furia sarracina,
No pudo contrastar el duro hado,
O por mejor decir, orden divina:
Que ya el último término llegado,
De una furiosa flecha repentina
Fué herido en el ojo en descubierto,
Donde á poco de rato cayó muerto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aunque fué grande el daño y sentimiento
De ver tal capitán así caido,
No por eso turbó el osado intento
Del veneciano pueblo embravecido:
Antes con mas furor y encendimiento,
A la venganza lícita movido,
Hiere en los matadores de tal suerte
Que fué recompensada bien su muerte.

En este tiempo andaba la pelea
Bien reñida del lado y cuerno diestro,
Donde el sagaz y astuto Juan Andrea
Se mostraba muy plático maestro.
También Hector Espínola pelea
Con uno y otro á diestro y á siniestro,
Señalándose en medio de la furia
La esperta y diestra gente de Liguria.

Bien dos horas y media y mas habia
Que duraba el combate porfiado,
Sin conocer en parte mejoría,
Ni haberse la victoria declarado:
Cuando el bravo don Juan, que en saña ardia
Casi quejoso del suspenso hado,
Comenzó á mejorar sin duda alguna
Declarada del todo su fortuna.

En esto con gran ímpetu y ruïdo
Por el valor de la cristiana espada
El furor mahomético oprimido,
Y la turca real del todo entrada:
Do el estandarte bárbaro abatido
La cruz del Redentor fué enarbolada
Con un triunfo solene y grande gloria,
Cantando abiertamente la vitoria.

Súbito un miedo helado discurriendo
Por los miseros turcos ya turbados
Les fué los brazos luego entorpeciendo,
Dejándolos sin fuerzas desmayados;
Y las espadas y ánimos rindiendo,
A su fortuna mísera entregados,
Dieron la entrada franca, como cuento,
Al ímpetu enemigo y movimiento.

Ya pues del cuerno izquierdo y del derecho
De la victoria sanguinosa usando,
Con furia inexorable todo á hecho
Los van por todas partes degollando:
Quién al agua se arroja abierto el pecho,
Quién se entrega á las llamas, rehusando
El agudo cuchillo riguroso,
Teniendo el fuego allí por mas piadoso.

El astuto Ochalí viendo su gente
Por la cristiana fuerza destruida,
Y la deshecha armada totalmente
Al hierro, fuego y agua ya rendida,
La derrota tomó por el poniente
Siguiéndole con mísera huida
Las bárbaras reliquias destrozadas,
Del hierro y fuego apenas escapadas.

Pero el hijo de Carlos, conociendo
Del traidor renegado el bajo intento,
Con gran furia el movido mar rompiendo
Carga dándole caza en seguimiento.
Iban tras ellos al través saliendo
El de Bazán y el de Oria á sotavento
Con una escuadra de galeras junta,
Procurando ganarles un punta.

Mas la triste canalla, viendo angosta
La senda y ancho mar segun temia,
Vuelta la proa á la vecina costa
En tierra con gran ímpetu embestia;
Y cual se ve tal vez saltar langosta
En multitud confusa, así á porfía
Salta la gente al mar embravecido
Huyendo del peligro mas temido.

Cuál con brazos, con hombros, rostro y pecho
El gran reflujo de las olas hiende;
Cuál sin mirar al fondo y largo trecho,
No sabiendo nadar, allí lo aprende;
No hay parentesco, no hay amigo estrecho,
Ni el mismo padre al caro hijo atiende:
Que el miedo, de respetos enemigo,
Jamás en el peligro tuvo amigo.

Así que del temor mismo forzados
En la arenosa playa pié tomaron,
Y por las peñas y árboles cerrados
A mas correr huyendo se escaparon.
Deshechos pues del todo y destrozados
Los miserables bárbaros quedaron,
Habiendo fuerza á fuerza y mano á mano
Rendido el nombre de Austria al otomano.

Estaba yo con gran contento viendo
El próspero suceso prometido,
Cuando en el globo el mágico hiriendo
Con el potente junco retorcido,
Se fué el aire ofuscando y revolviendo,
Y cesó de repente el gran ruïdo,
Quedando en gran quietud la mar segura
Cubierta de una niebla y sombra escura.

Luego Fiton con plática sabrosa
Me llevó por la sala paseando,
Y sin dejar figura cada cosa
Me fué parte por parte declarando.
Mas teniendo temor que os sea enojosa
La relacion prolija, ire dejando
Todo aquello aunque digno de memoria,
Que no importa ni toca á nuestra historia.

Solo diré que con muy gran contento
Del mago y Guaticolo despedido,
Aunque tarde llegué á mi alojamiento,
Donde ya me juzgaban por perdido.
Volviendo pues la pluma á nuestro cuento,
Que en larga digresion me he divertido,
Digo que allí estuvimos dos semanas
Con falsas armas y esperanzas vanas.

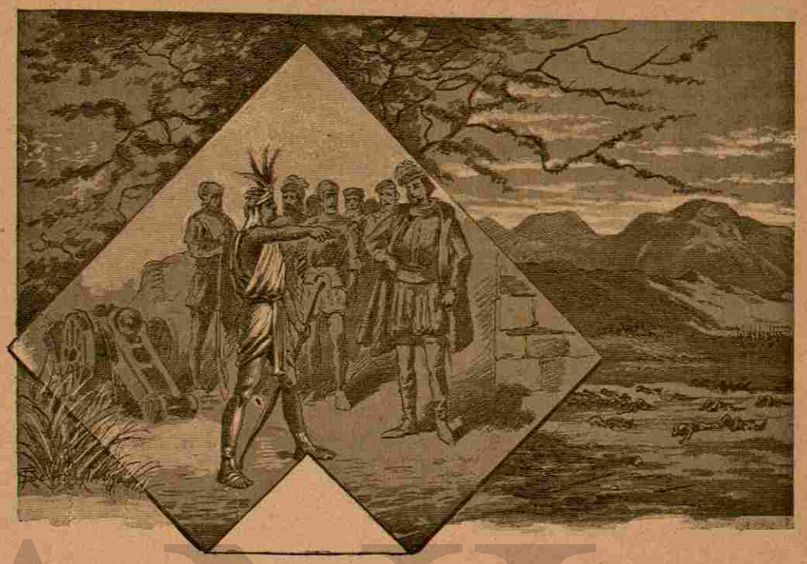
Pero en resolucion nunca supimos
De nuestros enemigos cautelosos,
Ni su designio y ánimo entendimos,
Que nos tuvo suspensos y dudosos:
Lo cual considerado nos partimos
Desmintiendo los pasos peligrosos,
En su demanda entrando por la tierra
Con gana y fin de rematar la guerra.

Una tarde que el sol ya declinaba
Arribamos á un valle muy poblado,
Por donde un grande arroyo atravesaba
De cultivadas lomas rodeado,
Y en la mas llana que á la entrada estaba,
Por ser lugar y sitio acomodado
La gente se alojó por escuadrones,
Las tiendas levantando y pabellones.

Estaba el campo apenas alojado
Cuando de entre unos árboles salia
Un bizarro araucano bien armado,
Buscando el pabellon de don García;
Y á su presencia el bárbaro llegado,
Sin muestra ni señal de cortesía,
Le comenzó á decir... Pero entre tanto
Será bien rematar mi largo canto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTONOMA DE NUEVO LEON
ALERE FLAMMAM VERITATIS



CANTO XXV

Asientan los españoles su campo en Millarapué; llega á desafiarlos un indio de parte de Caupolicán; vienen á la batalla muy reñida y sangrienta; señálanse Tucapel y Rengo; cuéntase también el valor que los españoles mostraron aquel dia.

Cosa es digna de ser considerada,
Y no pasar por ella fácilmente,
Que gente tan ignota y desviada
De la frecuencia y trato de otra gente,
De inavegables golfos rodeada,
Alcance lo que así difícilmente
Alcanzaron por curso de la guerra
Los mas famosos hombres de la tierra.

Dejen de encarecer los escritores
A los que el arte militar hallaron,
Ni mas celebren ya los inventores
Que el duro acero y el metal forjaron:
Pues los últimos indios moradores
Del araucano estado así alcanzaron
El orden de la guerra y disciplina,
Que podemos tomar dellos dotrina.

¿Quién los mostró á formar los escuadrones,
Representar en orden la batalla,
Levantar caballeros y bastiones,
Hacer defensas, fosos y murallas,
Trincheas, nuevos reparos, invenciones,
Y cuanto en uso militar se halla?
Que todo es un bastante y claro indicio
Del valor desta gente y ejercicio.

Y sobre todo, debe ser loado
El silencio en la guerra y obediencia,
Que nunca fué secreto revelado
Por dádiva, amenaza ni violencia,
Como ya en lo que dellos he contado
Vemos abiertamente la esperiencia;
Pues por mañas jamás ni por espías
Dellos tuvimos nueva en tantos dias.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aunque en los pueblos comarcanos fueron
Presas de sobresalto muchas gentes,
Que al rigor del tormento resistieron
Con gran constancia y firmes continentes:
Tanto que muchas veces nos hicieron
Andar en los discursos diferentes,
Que pudiera causar notable daño
Creciendo su cautela y nuestro engaño.

Pero, como ya dije arriba, estando
Apenas nuestro ejército alojado,
Vino un gallardo mozo preguntando
Dó estaba el capitán aposentado,
Y á su presencia el bárbaro llegando
Con tono sin respeto levantado,
Habiéndose juntado mucha gente,
Soltó la voz diciendo libremente:

«¡Oh capitán cristiano! si ambicioso
Eres de honor con título adquirido,
Al oportuno tiempo venturoso
Tu próspera fortuna te ha traido
Que el gran Caupolicano deseoso
De probar tu valor encarecido,
Si tal virtud y esfuerzo en tí se halla,
Pide de solo á solo la batalla.

»Que siendo de personas informado,
Que eres mancebo noble floreciente,
En la arte militar ejercitado,
Capitán y cabeza desta gente;
Dándote por ventaja de su grado
La elección de las armas francamente,
Sin escepcion de condicion alguna,
Quiere probar tu fuerza y su fortuna.

»Y así por entender que muestras gana
De encontrar el ejército araucano,
Te avisa que al romper de la mañana
Se vendrá á presentar en este llano:
Do con firmeza de ambas partes llana
En medio de los campos mano á mano,
Si quieres combatir sobre este hecho
Remitirá á las armas el derecho.

»Con pacto y condicion que si vencieres
Someterá la tierra á tu obediencia,
Y dél podrás hacer lo que quisieres
Sin usar de respeto ni clemencia;
Y cuando tú por él vencido fueres
Libre te dejará en tu preeminencia,
Que no quiere otro premio ni otra gloria
Sino solo el honor de la vitoria.

»Mira que solo en que esta voz se estienda
Consigues nombre y fama de valiente,
Y en cuanto el claro sol sus rayos tienda
Durará tu memoria entre la gente;
Pues al fin se dirá que por contienda
Entraste valerosa y dignamente
En campo con el gran Caupolicano,
Persona por persona y mano á mano.

»Esto es á lo que vengo; y así pido
Te resuelvas en breve á tu albedrío,
Si quieres por el término ofrecido
Rehusar ó acetar el desafío;
Que aunque el peligro es grande y conocido
De tu altiveza y ánimo confío,
Que al fin satisfarás con osadía
A tu estimado honor y al que me envía.»

Don García le responde: «Soy contento
De acetar el combate, y le aseguro
Que al plazo puesto y señalado asiento
Podrá á su voluntad venir seguro.»
El indio que escuchando estaba atento,
Muy alegre le dijo: «Yo te juro
Que esta osada respuesta eternamente
Te dejará famoso entre la gente.»

Con esto sin pasar mas adelante
Las espaldas volvió y tomó la via,
Mostrando por su término arrogante
En la poca opinion que nos tenia.
Algunos hubo allí que en el semblante
Juzgaron ser mañosa y doble espía,
Que iba á reconocer con este intento
La gente y pertrechado alojamiento.

Venida pues la noche, los soldados
En orden de batalla nes pusimos,
Y á las derechas picas arrimados
Contando las estrellas estuvimos,
Del sueño y graves armas fatigados,
Aunque crédito entero nunca dimos
Al indio, por pensar que solo vino
A tomar lengua y descubrir camino.

Ya la espaciosa noche declinando
Trastornaba al ocaso sus estrellas,
Y la aurora al oriente despuntando
Deslustraba la luz de todas ellas,
Las flores con su fresco humor rociando,
Restituyendo en su color aquellas
Que la tiniebla lóbrega importuna
Las habia reducido á solo una:

Cuando con alto y súbito alarido
Apareció por uno y otro lado
En tres distintas partes dividido
El ejército bárbaro ordenado,
Cada escuadron de gente muy fornido,
Que con gran muestra y paso apresurado
Iban en igual orden como cuento
Cercando nuestro estrecho alojamiento.

La gente de caballo aparejada
Sobre las riendas la enemiga espera;
Mas antes que llegase anticipada
Se arroja por una áspera ladera,
Y al escuadron siniestro encaminaba
Le acomete furiosa, de manera
Que un terrapleno y muro poderoso
No resistiera el ímpetu furioso.

Pero Caupolicán que gobernando
Iba aquel escuadron algo adelante,
El paso hasta su gente retirando
Hizo calar las picas á un instante,
Donde los piés y brazos afirmando
En las agudas puntas de diamante
Reciben el furor y encuentro estraño,
Haciendo en los primeros mucho daño.

Unos sin alas con lijero vuelo
Desocupan atónitos las sillas;
Otros vueltas las plantas acia el cielo
Imprimen en la tierra las costillas;
Y los que no probaron allí el suelo
Por apretar mas recio las rodillas,
Aunque mas se mostraron esforzados
Quedaron del encuentro maltratados.

De sus golpes los nuestros no faltaron,
Que todos sin errar fueron derechos:
Cuáles de banda á banda atravesaron,
Cuáles atropellaron con los pechos.
Todos en un instante se mezclaron
Viniendo á las espadas mas estrechos
Con tal priesa y rumor, que parecia
La espantosa vulcánea herrería.

El bravo general Caupolicano,
Rota la pica, de la maza afierra,
Y á la derecha y á la izquierda mano
Hiere, destroza, mata y hecha á tierra:
Hallándose muy junto á Berzocano,
Los dientes y el furioso puño cierra,
Descargándole encima tul puñada
Que le abolló en los cascos la celada.

Tras este, otro derriba y otro mata,
Que fué por su desdicha el mas vecino:
Abre, destroza, rompe y desbarata,
Haciendo llano el áspero camino;
Y al yanacona Tambo así arrebata,
Que como halcon al pollo ó palomino,
Sin poderle valer los mas cercanos,
Le ahoga y despedaza entre las manos.

Bernal y Leucoton, que deseando
Andaban de encontrarse en esta danza,
Se acometen furiosos descargando
Los brazos con igual ira y pujanza;
Y las altas cabezas inclinando
A su pesar usaron de crianza,
Hincando á un tiempo entrambos las rodillas
Con un batir de dientes y ternillas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Mas cada cual de presto se endereza,
Comenzando un combate fiero, crudo
Ya tiran á los piés, ya á la cabeza,
Ya abollan la celada, ya el escudo.
Así pues anduvieron una pieza,
Mas pasar adelante esto no pudo,
Que un gran tropel de gentes que embistieron
Por fuerza á su pesar los despartieron.

Don Miguel y don Pedro de Avendaño,
Rodrigo de Quiroga, Aguirre, Aranda,
Cortés y Juan Jufré con riesgo estraño
Sustentan todo el peso de su banda.
También hacen efecto y mucho daño
Reinoso, Peña, Córdoba, Miranda,
Monguía, Lasarte, Castañeda, Ulloa,
Martin Ruíz y Juan Lopez de Gamboa.

Pues don Luis de Toledo, peleando
Carranza, Aguayo, Zúñiga y Castillo
Resisten al furor del indio bando
Con Diego Cano, Perez y Ronquillo.
Los primos Alvarados Juan y Hernando,
Pedro de Olmos, Paredes y Carrillo
Derriban á sus piés gallardamente,
Aunque á costa de sangre, mucha gente.

El escuadron de enmedio viendo asida
Por el cuerno derecho la contienda,
Acelerando el tiempo y la corrida
Acude á socorrer la furia horrenda;
Mas nuestra gente en tercios repartida
Le sale á recibir á toda rienda,
Y del terrible estruendo y fiero encuentro,
La tierra se apretó contra su centro.

Hubo muchas caidas señaladas,
Grandes golpes de mazas y picazos;
Lanzas, gorgueces y armas enastadas
Volaron hasta el cielo en mil pedazos:
Vienen en un momento á las espadas,
Y aun otros mas coléricos á brazos,
Dándose con las dagas y puñales
Heridas penetrables y mortales.

El fiero Tucapel, habiendo hecho
Su encuentro en lleno y muerto un buen soldado,
Poco del diestro golpe satisfecho
Le arrebató un estoque acicalado,
Con el cual barrenó á Guillermo el pecho,
Y de un revés y tajo arrebatado
Arrojó dos cabezas con celadas
Muy lejos de sus troncos apartadas.

Mata de un golpe á Torbo fácilmente,
Y dió á Juan de Inarauna tal herida,
Que la armada cabeza por la frente
Cayó sobre los hombros dividida:
Tira una punta, y á Picol valiente
Le echó fuera las tripas y la vida;
Pero en esta sazon inadvertido
De mas de diez espadas fué herido.

Carga sobre él la gente forastera
Al rumor del estrago que sonaba,
Y cercándole en torno como fiera
En confuso monton le fatigaba;
Mas él con gran desprecio de manera
El esforzado brazo rodeaba,
Que á muchos con castigo y escarmiento
Les reprimió el furor y atrevimiento.

Tanto en mas ira y mas furor se enciende
Cuanto el trabajo y el peligro crece,
Que allí la gloria y el honor pretende
Donde mayor dificultad se ofrece;
Lo mas dudoso y de mas riesgo emprende,
Y poco lo posible le parece:
Que el pecho grande y ánimo invencible
Le allana y facilita lo imposible.

El último escuadron y mas copioso
Su derrota y designio prosiguiendo,
Con paso aunque ordenado presuroso,
Por la tendida loma iba subiendo;
Y en el dispuesto llano y espacioso
Nuestro escuadron del todo descubriendo,
Se detuvo algun tanto astutamente
Reconociendo el sitio y nuestra gente.

Delante desta escuadra pues venia
El mozo Galvarino sarjenteando,
Que sus troncados brazos descubria
Las llagas aun sangrientas amostrando:
De un canto al otro apriesa discurria
El daño general representando,
Encendiendo en furor los corazones
Con muestras eficaces y razones,

Diciendo: «O valentísimos soldados,
Tan dignos deste nombre, en cuya mano
Hoy la fortuna y favorables hados
Han puesto el ser y crédito araucano:
Estad de la victoria confiados,
Que ese tumulto y aparato vano
Es todo el remanente y son las heces
De los que habeis vencido tantas veces.

»Y esta postrer batalla fenecida
De vosotros así tan deseada,
No queda cosa ya que nos impida,
Ni lanza enhiesta, ni contraria espada.
Mirad la muerte infame ó triste vida
Que está para el vencido aparejada,
Los ásperos tormentos escesivos
Que el vencedor promete hoy á los vivos.

»Que si en esta batalla sois vencidos
La ley perece y libertad se atierra,
Quedando al duro yugo sometidos
Inhábiles del uso de la guerra:
Pues con las brutas bestias siempre unidos
Habeis de arar y cultivar la tierra,
Haciendo los oficios mas serviles
Y bajos ejercicios mujeriles.

»Tened, varones, siempre en la memoria,
Que la deshonra eternamente dura,
Y que perpetuamente esta vitoria
Todas vuestras hazañas asegura;
Considerad, soldados, pues la gloria
Que os tiene aparejada la ventura,
Y el gran premio y honor que, como digo,
Un tan breve trabajo trae consigo.

»Que aquel que se mostrare buen soldado
Tendrá en su mano ser lo que quisiere:
Que todo lo que habemos deseado
La fortuna con ello hoy nos requiere.
También piense que queda condenado
Por rebelde y traidor quien no venciere:
Que no hay vencido justo y sin castigo
Quedando por jüez el enemigo.»

De tal manera el bárbaro valiente
Despertaba la ira y la esperanza,
Que el escuadron apenas obediente
Podia sufrir el orden y tardanza;
Mas ya que la señal última siente,
Con gran resolución y confianza
Derribando las picas bien cerrado
Irse dejó de su furor llevado.

En el exento y pedregoso llano,
Que mas de un tiro de arco se estendia,
Nuestro escuadron á un tiempo mano á mano
Asimismo al encuentro le salia:
Donde con muestra y término inhumano
Y el gran furor que cada cual traia
Se embisten los airados escuadrones,
Cayendo cuerpos muertos á montones.

No duraron las picas mucho enteras,
Que en rajas por los aires discurrieron;
Las estendidas mangas y hileras
De golpe unas con otras se rompieron;
Hubo muertes allí de mil maneras,
Que muchos sin heridas perecieron
Del polvo y de las armas ahogados,
Otros de encuentros fuertes estrellados.

Trábase entre ellos un combate horrendo
Con hervorosa priesa y rabia estraña,
Todos en un teson igual poniendo
La estrema industria, la pujanza y maña.
Sube á los cielos el furioso estruendo,
Retumba en torno toda la campaña,
Cubriendo los lugares descubiertos
La espesa lluvia de los cuerpos muertos.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Hierve el coraje, crece la contienda,
Y el batir sin cesar siempre mas fuerte;
No hay malla y pasta fina que defienda
La entrada y paso á la furiosa muerte,
Que con irreparable furia horrenda
Todo ya en su figura lo convierte,
Naciendo del mortal y fiero estrago
De espesa y negra sangre un ancho lago.

Rengo orgulloso, que al siniestro lado
Iba siempre avivando la pelea,
De la roedora afrenta estimulado
Que en Mataquito recibió de Andrea,
El ronco tono y brazo levantado
Discurre todo el campo y lo rodea
Acá y allá por una y otra mano
Llamando el enemigo nombre en vano.

Andrea pues, asimismo procurando
Fenecer la cuestion, le deseaba;
Mas lo que el uno y otro iba buscando
La dicha de los dos los desviaba:
Que el italiano mozo peleando
En el otro escuadron distante andaba
Haciendo por su estraña fuerza cosas,
Que aunque lícitas eran lastimosas.

Mata de un golpe á Trulo, y endereza
La dura punta, y á Pinol barrena,
Y sin brazo á Teguán una gran pieza
Le arroja dando vueltas por la arena;
Lleva de un golpe á Changle la cabeza,
Y por medio del cuerpo á Pon cercena;
Hiende á Narpo hasta el pecho, y á Brancolo
Como grulla le deja en un pié solo.

Veis pues aquí Orompello, el cual haciendo
Venia por esta parte mortal guerra,
Que al gran tumulto y voces acudiendo
Vió cubierta de muertos la ancha tierra;
Y al jinovés gallardo conociendo
Como cebado tigre con él cierra,
Alta la maza y encendido el gesto,
Sobre las puntas de los piés enhiesto.

Fué de la maza el jinovés cogido
En el alto creston de la celada,
Que todo lo abolló y quedó sumido
Sobre la estofa de algodon colchada:
Estuvo el italiano adormecido,
Vomita sangre, la color mudada,
Y vió dando de manos por el suelo
Vislumbres y relámpagos del cielo.

Redobla otro el gallardo mozo luego
Con mas furor y menos bien guiado,
Que á no ser á soslayo, el fiero juego
Del todo entre los dos fuera acabado;
El jinovés desatinado y ciego
Fué un poco de través; mas recobrado,
Se puso en pié con priesa no pensada
Levantando á dos manos la ancha espada.

Y con la estrema rabia y fuerza rara
Sobre el joven la cala de manera,
Que si el ferrado leño no cruzara
De arriba á bajo en dos le dividiera:
Tajó el tronco cual junco ó tierna vara,
Y si la espada el filo no torciera,
Penetrara tan honda la herida,
Que privara al mancebo de la vida.

Viéndose el araucano pues sin maza,
No por eso amainó al furor la vela,
Antes con gran presteza de la plaza
Arrebata un pedazo de rodela;
Y al punto sin perder tiempo lo embraza,
Y como aquel que daño no recela,
Con solo el trozo de baston cortado
Aguija al enemigo confiado.

Hirióle en la cabeza, y á una mano
Saltó con lijereza y diestro brio
Hurtando el cuerpo así, que el italiano
Con la espada azotó el aire vacío:
Quiso hacello otra vez, mas salió en vano
Que entrando recio al punto del desvío
Fué el jinovés tan presto, que no pudo
Sino cubrirse con su roto escudo.

Echó por tierra la furiosa espada
Del defensivo escudo una gran pieza,
Bajando con rigor á la celada
Que defender no pudo la cabeza;
Hasta el casco caló la cuchillada,
Quedando el mozo atónito una pieza;
Pero en sí vuelto, viéndose tan junto
Le echó los fuertes brazos en un punto.

El bravo jinovés, que al fiero Marte
Pensara desmembrar, recio le asia:
Pero salió engañado, que en este arte
Ninguno al diestro joven escedia:
Revuélvense por una y otra parte,
El uno al pié del otro rebatia,
Intrincando las piernas y rodillas
Con diestras y engañosas zancadillas.

Don García de Mendoza no paraba,
Antes como animoso y diligente
Unas veces airado peleaba,
Otras iba esforzando allí la gente.
Tampoco Juan Remon ocioso estaba,
Que de soldado y capitán prudente
Con igual disciplina y ejercicio
Usaba en sus lugares el oficio.

Santillán y don Pedro de Navarra,
Avalos, Viezma, Cáceres, Bastida,
Galdamez, don Francisco Ponce, Ibarra,
Dando muerte defienden bien su vida.
El fator Vega y contador Segarra
Habian echado aparte una partida,
Siguiéndolos Velazquez y Cabrera,
Verdugo, Ruiz, Riberos y Ribera.

Pasáronlo pues mal al otro lado,
Segun la mucha gente que acudia,
Si don Felipe, don Simon y Prado,
Don Francisco Arias, Pardo y Alegría,
Barrios, Diego de Lira, Coronado,
Y don Juan de Pineda en compañía
Con valeroso esfuerzo combatiendo
No fueran los contrarios reprimiendo.

También acrecentaban el estrago
Florencio de Esquivel y Altamirano,
Villaroel, Morán, Vergara, Lago,
Godoy, Gonzalo Hernandez y Andicano:
Si de todos aquí mencion no hago,
No culpen la intencion, sino la mano,
Que no puede escribir lo que hacian
Tantas como allí á un tiempo combatian.

Sonaba á la sazon un gran ruïdo
En el otro escuadron de mediodía,
Y era que el fiero Rengo embravecido,
Llevado de su esfuerzo y valentía
Se habia por la batalla así metido
Que volver á los suyos no podia,
Y de menuda gente rodeado
Andaba muy herido y acosado.

Aunque se envuelve entre ellos de manera
Al un lado y al otro golpeando,
Que en rueda los hacia tener afuera,
Muchos en daño ajeno escarmentando:
Pero la turba acá y allá lijera
Le va por todas partes aquejando
Con tiros, palas y armas enastadas,
Como á fiera de lejos arrojadas.

Uno deja tullido y otro muerto
Sin valerles defensa ni armadura;
A quien acierta el golpe en descubierto
Del todo le deshace y desfigura,
Y el de menos efecto y mas incierto
Quebranta brazo, pierna ó coyuntura:
Vieran arneses rotos y celadas
Junto con las cabezas machucadas.

Mas aunque, como digo, combatiendo
Mostraba esfuerzo y ánimo invencible,
Le van á tanto estrecho reduciendo
Que poder escapar era imposible;
Y por mas que se esfuerza resistiendo,
Al fin era de carne, era sensible,
Y el furioso y continuo movimiento
La fuerza le ahogaba y el aliento.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Estaba ya en el suelo una rodilla,
Que aun apenas así se sustentaba,
Y la gente solícita en cuadrilla
Sin dejarle alentar le fatigaba;
Cuando de la otra parte, por la orilla
De la alta loma, Tucapel llegaba,
Haciendo con la usada y fuerte maza
Por donde quiera que iba larga plaza.

Como el toro feroz desjarretado
Cuando brama, la lengua ya sacada,
Que de la turbamulta rodeado
Procura cada cual probar su espada,
Y en esto de repente al otro lado
La cerviz yerta y frente levantada
Asoma otro famoso de Jarama,
Que deshace la junta y la derrama:

Así el famoso Rengo ya en el suelo
Hincada una rodilla combatia
En medio del monton, que sin recelo
Poco á poco cerrándole venia;
Cuando el sangriento y bravo Tucapelo,
Que por allí la grita le traia.
Viéndole así tratar sin poner duda
Rompe por el tropel á darle ayuda.

Dejó por tierra cuatro ó seis tendidos,
Que estrecha plaza y paso le dejaron,
Y los otros en círculo esparcidos
Del fatigado Rengo se arredraron,
Y contra Tucapel embravecidos
Las armas y la grita enderezaron;
Mas él daba de sí tan buen descargo
Que los hacia tener bien á lo largo.

Llegóse á Rengo, y dijo: «Aunque enemigo
Esfuerza, esfuerza Rengo, y ten hoy fuerte
Que el impar Tucapel está contigo,
Y no puedes tener siniestra suerte:
Que el favorable cielo y hado amigo
Te tiene aparejada mejor muerte,
Pues está cometida al brazo mio,
Si cumples á su tiempo el desafío.»

Rengo le respondió: «Si ya no fuera
Por ingrato en tal tiempo reputado,
Contigo y con mi débito cumpliera,
Que no estoy como piensas tan cansado.»
En esto mas lijero que si hubiera
Diez horas en el lecho reposado
Se puso en pié, y á nuestra gente asalta
Firme el membrudo cuerpo y la maza alta.

Tucapel replicó: «Seria bajeza,
Y cosa entre varones condenada
Acometerte, vista tu flaqueza,
Con fuerza y en sazon aventajada:
Cobra, cobra tu fuerza y entereza,
Que el tiempo llegará que esta ferrada
Te dé la pena y muerte merecida,
Como hoy te ha dado claro aquí la vida.»

No se dijeron mas, y por la via
Los dos competidores araucanos
Haciéndose amistad y compañía
Iban, como si fueran dos hermanos:
Guardaba el uno al otro y defendia,
Y así con diligencia y prestas manos
Abriendo el escuadron gallardamente
Llegaron á juntarse con su gente.

En esto á todas partes la batalla
Andaba muy reñida y sanguinosa
Con tal furia y rigor, que no se halla
Persona sin herida ni arma ociosa:
Cubre la tierra la menuda malla,
Y en la remota Turcia cavernosa
Por fuerza arrebatados de los vientos
Hieren los dulces y ásperos acentos.

Era el rumor del uno y otro bando
Y de golpes la furia apresurada
Como ventosa y negra nube, cuando
Del vulturno ó del céfiro arrojada
Lanza una piedra súbita, dejando
La rama de sus hojas despojada,
Y los muros, los techos y tejados
Son con priesa terrible golpeados:

Pues de aquella manera y mas furiosas
Las homicidas armas descargaban,
Y con hondas heridas rigurosas
Los sanguinosos cuerpos desangraban:
El gran rumor y voces espantosas
En los vecinos montes resonaban;
El mar confuso al fiero son retrujo
De sus hinchadas olas el reflujo.

Pero la parte que á la izquierda mano
La batalla primero habia trabado,
Donde por su valor Caupolicano
Contrastaba al furor del duro hado,
A pura fuerza el escuadron cristiano,
Del contrario teson sobrepujado,
Comenzó poco á poco á perder tierra
Acia la espesa falda de la sierra.

Fué tan grande la priesa desta hora,
Y el ímpetu del bárbaro violento,
Que por el araucano en voz sonora
Se cantó la victoria y vencimiento.
Mas la misma fortuna burladora
Dió la vuelta á la rueda en un momento
En contra de la parte mejorada,
Barajando la suerte declarada.

Que el último escuadron donde estribaba
Nuestro postrer remedio y esperanza
Metido en el contrario peleaba,
Haciendo fiero estrago y gran matanza;
Que ni el valor de Ongolmo allí bastaba,
Ni del fuerte Lincoya la pujanza;
Ni yo basto á contar de una vez tanto,
Que es fuerza diferirlo al otro canto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS

CANTO XXVI

Dase noticia del fin de la batalla y retirada de los araucanos; la obstinación y pertinacia de Galvarino y su muerte; asimismo se pinta el jardin y estancia del mago Fitón

Nadie puede llamarse venturoso
Hasta ver de la vida el fin incierto,
Ni está libre del mar tempestüoso
Quien surto no se ve dentro del puerto;
Venir un bien tras otro es muy dudoso,
Y un mal tras otro mal es siempre cierto:
Jamás próspero tiempo fué durable,
Ni dejó de durar el miserable.

El ejemplo tenemos en las manos,
Y nos muestra bien claro aquí la historia
Cuán poco les duró á los araucanos
El nuevo gozo y engañosa gloria;
Pues llevando de rota á los cristianos,
Y habiendo ya cantado la victoria,
De los contrarios hados rebatidos
Quedaron vencedores los vencidos.

Que, como es dije, el escuadron postrero
Adonde por testigo yo venia,
Ganando tierra siempre mas entero
Al bárbaro enemigo retraia,
Que aunque el fuerte Lincoya el delantero
A la adversa fortuna resistia,
No pudo resistir últimamente
El ímpetu y la furia de la gente.

Por una espesa y áspera quebrada,
Que en medio de dos lomas se hacia,
La bárbara canalla, quebrantada
La dañosa soberbia y osadia,
Ya del torpe temor señoreada
Esforzadas espaldas revolvia,
Huyendo de la muerte el rostro airado,
Que clara á todos ya se habia mostrado.

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Siguen los nuestros la victoria apriesa,
Que aun no quieren venir en el partido,
Y de la inculta breña y selva espesa
Inquieren lo secreto y escondido;
El gran estrago y mortandad no cesa;
Suena el destrozo y áspero ruïdo,
Tirando á tiento golpes y estocadas
Por la espesura y matas intrincadas.

Jamás de los monteros en ojeo
Fué caza tan buscada y perseguida,
Cuando con ancho círculo y rodeo
Es á término estrecho reducida,
Que con impacientísimo deseo
Atajados los pasos y huïda
Arrojan en las fieras montesinas
Lanzas, dardos, venablos, jabalinas:

Como los nuestros hasta allí cristianos,
Que los términos lícitos pasando
Con crueles armas y actos inhumanos,
Iban la gran victoria deslustrando:
Que ni el rendirse, puestas ya las manos,
La obediencia y servicio protestando,
Bastaba á aquella gente desalmada
A reprimir la furia de la espada.

Así el entendimiento y pluma mia,
Aunque usada al destrozo de la guerra,
Huye del grande estrago que este dia
Hubo en los defensores de su tierra
La sangre que en arroyos ya corria
Por las abiertas grietas de la tierra,
Las lástimas, los votos y gemidos
De los miseros bárbaros rendidos.

Los de la izquierda mano que miraron
Su mayor escüadron desbatado,
Perdiendo todo el ánimo dejaron
La tierra y el honor que habian ganado:
Así la trompa á retirar tocaron,
Y con paso, aunque largo, concertado,
Altas y campeando la banderas,
Se dejaron calar por las laderas.

No será bien pasar calladamente
La braveza de Rengo sin medida,
Pues que desbaratada ya su gente,
Y puesta en rota y mísera huïda,
Fiero, arrogante, indómito, impaciente,
Sin mirar al peligro de la vida
Dando mas furia á la ferrada maza
Solo sustenta la ganada plaza.

Y allí, como invencible y valeroso,
Solo estuvo gran rato peleando;
Pero viendo el trabajo infructüoso,
Y gente ya ninguna de su bando,
Con paso tardo, grave y espacioso
Volviende el rostro atrás de cuando en cuando
Tomó á la diestra una vereda
Hasta entrar en un bosque y arboleda.

Donde ya de la gente destrozada
Habia el temor algunos escondido;
Pero viendo de Rengo la llegada,
Cobrando luego el ánimo perdido,
Con nuevo esfuerzo y muestra confiada
En escuadron formado y recogido
Vuelven el rostro y pechos esforzados
A la corriente de los duros hados.

Yo que de aquella parte discurriendo
A vueltas del rumor también andaba,
La grita y nuevo estrépito sintiendo
Que en el vecino bosque resonaba,
Apresuré los pasos acudiendo
Acia donde el rumor me encaminaba,
Viendo al entrar del bosque detenidos
Algunos españoles conocidos.

Estaba á un lado Juan Remon gritando:
«Caballeros, entrad que todo es nada»;
Mas ellos el peligro ponderando
Dificultaban la dudosa entrada;
Yo pues á la sazon á pié arribando
Donde estaba la gente recatada,
Juan Remon que me vió luego de frente
Quiso obligarme allí públicamente,

Diciendo: «¡Oh don Alonso! Quien procura
Ganar estimacion y aventajarse,
Este es el tiempo y esta es coyuntura
En que puede con honra señalarse:
No impida vuestra suerte esta espesura
Donde quieren los indios entregarse,
Que al que abriere la entrada defendida
Le será la victoria atribuïda.»

Oyendo pues mi nombre conocido,
Y que todos volvieron á mirarme,
Del honor y vergüenza compelido
No pudiendo del trance ya excusarme,
Por lo espeso del bosque y mas temido
Comencé de romper y aventurarme,
Siguiéndome Arias, Pardo, Maldonado,
Manrique, don Simon y Coronado.

Los cuales de vivir desesperados
Los obstinados indios embistieron,
Que en una espesa muela bien cerrados
Las españolas armas atendieron;
En esto ya al rumor por todos lados
De nuestra gente muchos acudieron,
Comenzando con furia presurosa
Una guerra sangrienta y peligrosa

Renuévase el destrozo, reduciendo
A término dudoso el vencimiento,
El menos animoso acometiendo.
El mas dificultoso impedimento.
¿Cuál será aquel que pudiera ir escribiendo
De los brazos la furia y movimiento,
Y deste y de aquel otro la herida,
Y quién á cuál allí quitó la vida?

Unos hienden por medio, otros barrenan
De parte á parte los airados pechos;
Por los muslos y cuerpo otros cercenan,
Otros miembro por miembro caen deshechos:
Los duros golpes todo el bosque atruenan,
Andando de ambas partes tan estrechos,
Que vinieron algunos de impacientes
A los brazos, á puños y á los dientes.

Pero la muerte allí difinidora
De la cruda batalla porfiada,
Ayudando á la parte vencedora
Remató la contienda y gran jornada:
Que la gente araucana en poca de hora,
En aquel sitio estrecho destrozada,
Quiso rendir al hierro antes la vida
Que al odioso español quedar rendida.

Tendidos por el campo amontonados
Los indómitos bárbaros quedaron,
Y los demás con pasos ordenados
Como ya dije atrás se retiraron:
De manera que ya nuestros soldados
Recogiendo el despojo que hallaron
Y un número copioso de prisiones
Volvieron á su asiento y pabellones.

Fueron entre estos presos escogidos
Doce los mas dispuestos y valientes,
Que en las nobles insignias y vestidos
Mostraban ser personas preeminentes:
Estos fueron allí constituidos
Para amenaza y miedo de las gentes,
Quedando por ejemplo y escarmiento
Colgados de los árboles al viento.

Yo á la sazon al señalar llegando
De la cruda sentencia, condolido,
Salvar quise uno dellos, alegando
Haberse á nuestro ejército venido;
Mas él luego los brazos levantando
Que debajo del peto habia escondido,
Mostró en alto la falta de las manos
Por los cortados troncos aun no sanos.

Era pues Galvarino este que cuento,
De quien el canto atrás os dió noticia,
Que porque fuese ejemplo y escarmiento
Le cortaron las manos por justicia:
El cual con el usado atrevimiento,
Mostrando la encubierta inimicicia,
Sin respeto ni miedo de la muerte
Habló mirando á todos desta suerte:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«¡Oh gentes fementidas, detestables,
Indignas de la gloria deste dia!
Hartad vuestras gargantas insaciables
En esta aborrecida sangre mía:
Que aunque los fieros hados variables
Trastornen la araucana monarquía,
Muertos podremos ser, mas no vencidos
Ni los ánimos libres oprimidos.

»No penseis que la muerte rehusamos,
Que en ella estriba ya nuestra esperanza;
Que si la odiosa vida dilatamos
Es por hacer mayor nuestra venganza:
Que cuando el justo fin no consigamos,
Tenemos en la espada confianza,
Que os quitará en nosotros convertida
La gloria de poder darnos la vida.

»Sús, pues ya ¿qué esperais ó qué os detiene
De no me dar mi premio y justo pago?
La muerte y no la vida me conviene,
Pues con ella á mi deuda satisfago;
Pero si algun disgusto y pena tiene
Este importante y deseado trago,
Es no veros primero hechos pedazos
Con estos dientes y troncados brazos.»

De tal manera el bárbaro esforzado
La muerte en alta voz solicitaba
De la infelice vida ya cansado,
Que largo espacio á su pesar duraba;
Y en el gentil propósito obstinado,
Diciéndonos injurias, procuraba
Un fin honroso de una honrosa espada,
Y rematar la mísera jornada.

Yo que estaba á par dél considerando
El propósito firme y osadía,
Me opuse contra algunos, procurando
Dar la vida á quien ya la aborrecia;
Pero al fin los ministros porfiando
Que á la salud de todos convenia,
Forzado me aparté, y él fué llevado
A ser con los caciques justiciado.

A la entrada de un monte, que vecino
Está de aquel asiento en un repecho,
Por el cual atraviesa un gran camino
Que al valle de Lincoya va derecho,
Con gran solenidad y desatino
Fué el insulto y castigo injusto hecho,
Pagando allí la deuda con la vida
En muchas opiniones no debida.

Por falta de verdugo, que no habia
Quien el oficio hubiese acostumbrado,
Quedó casi por uso de aquel dia
Un modo de matar jamás usado:
Que á cada indio de aquella compañía
Un bastante cordel le fué entregado,
Diciéndole que el árbol eligiese
Donde á su voluntad se suspendiese.

No tan presto los pláticos guerreros
Del cierto asalto la señal tocando
Por escalas, por picas y maderos
Suben á la muralla gateando,
Cuanto aquellos caciques, que lijeros
Por los mas grandes árboles trepando,
En un punto á las cimas arribaron,
Y de las altas ramas se colgaron.

Mas uno dellos, algo arrepentido
De su lijera priesa y diligencia,
A nuestra devocion ya reducido,
Vuelto pidió para hablar licencia;
Y habiéndosela todos concedido,
Con voz algo turbada y apariencia
Los ánimos cristianos comoviendo,
Habló contritamente así diciendo:

«Valerosa nación, invicta gente,
Donde el estremo de virtud se encierra:
Sabed que soy cacique y descendiente
Del tronco mas antiguo desta tierra;
No tengo padre, hermano ni pariente,
Que todos son ya muertos en la guerra,
Y pues se acaba en mí la descendencia,
Os ruego useis conmigo de clemencia.»

Quisiera proseguir, si Galvarino
Que le miraba con airada cara,
De súbito saliéndole al camino
La doméstica voz no le atajara,
Diciendo: «Pusilánime, mezquino,
Deslustrador de la progenie clara,
¿Por qué á tan gran bajeza así te mueve
El miedo torpe de una muerte breve?

»Dime, infame traidor, de fe mudable,
¿Tienes por mas partido y mejor suerte
El vivir en estado miserable,
Que el morir como debe un varon fuerte?
Sigue el hado aunque adverso tolerable,
Que el fin de los trabajos es la muerte,
Y es poquedad que un afrentoso medio
Te saque de la mano este remedio.»

Apenas la razon habia acabado,
Cuando el noble cacique arrepentido
Al cuello el corredizo lazo echado
Quedó de una alta rama suspendido.
Tras él fué el audaz bárbaro obstinado
Aun á la misma muerte no rendido;
Y los robustos robles desta prueba
Llevaron aquel año fruta nueva.

Habida la victoria como cuento,
Y el enemigo roto retirado,
Dejando al infelice alojamiento
Todo de cuerpos bárbaros sembrado,
Llegamos sin desmán ni impedimento
A la bajada y sitio desdichado,
Do Valdivia fundó la casa fuerte,
Y le dieron después infame muerte.

Levantamos un muro brevemente
Que el sitio de la casa circundaba,
Donde el bagaje, chusma y remanente
Con menos daño y mas seguro estaba:
De allí el contorno y tierra inobediente
Sin poderlo estorbar se salteaba,
Haciendo siempre instancia y diligencia
De traerla sin sangre á la obediencia.

Una mañana al comenzar del dia
Saliendo yo á correr aquella tierra,
Donde por cierto aviso se tenia
Que andaba gente bárbara de guerra,
Dejando un trecho atrás la compañía
Cerca de un bosque espeso y alta sierra
Sentí cerca una voz envejecida
Diciendo: «¿Dónde vais, que no hay salida?»

Volví el rostro y las riendas acia el lado
Donde la estraña voz habia salido,
Y ví á Fiton el mágico arrimado
Al tronco de un gran roble carcomido,
Sobre el herrado junco recostado;
Que como fué de mí reconocido,
Del caballo salté lijeramente
Saludándole alegre y cortesmente.

Él me dijo: «Por cierto bien pudiera
Tomar de vos legítima venganza,
Y en esa vuestra gente que anda fuera,
Que habeis hecho en los nuestros tal matanza;
Pero aunque mas razon y causa hubiera,
Haciendo vos de mí tal confianza,
No quiero ni será justo dañaros,
Antes en lo que es lícito ayudaros.

»Que es orden de los cielos que padezca
Esta indómita gente su castigo,
Y antes que contra Dios se ensoberbezca
Le abaje la soberbia el enemigo;
Y aunque vuestra ventura agora crezca
No durará gran tiempo, porque os digo
Que como á los demás el duro hado
Os tiene su descuento aparejado.

»Si la fortuna así á pedir de boca
Os abre el paso próspero á la entrada,
Grandes trabajos y ganancia poca
Al cabo sacareis desta jornada.
Y porque á mí decir mas no me toca,
Me quiero retirar á mi morada,
Que también desta banda tiene puerta,
Pero á todos oculta y encubierta.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Yo de le ver así maravillado,
Y mas de la siniestra profecía,
Mi caballo en un líbano arrendado
Le quise hacer un rato compañía;
Y al fin de muchos ruegos acetado,
Siendo el viejo decrépito la guia,
Hendimos la espesura y breña estraña
Hasta llegar al pié de la montaña.

En un lado secreto y escondido
Donde no habia resquicio ni abertura,
Con el potente báculo torcido
Blandamente tocó en la peña dura;
Y luego con horrísono ruïdo
Se abrió una estrecha puerta y boca escura
Por do tras él entré erizado el pelo
Pisando á tiento el peñascoso suelo.

Salimos á un hermoso verde prado
Que recreaba el ánimo y la vista,
Do estaba en ancho cuadro fabricado
Un muro de belleza nunca vista
De vario jaspe y pórfido escacado,
Y al fin de cada escaque una amatista;
En las puertas de cedro barreadas
Mil sabrosas historias entalladas.

Abriéronse en llegando el mago al punto
Y en un jardin entramos espacioso,
Do se puede decir que estaba junto
Todo lo natural y artificioso:
Hoja no discrepaba de otra un punto,
Haciendo cuadro ó círculo hermoso
En medio un claro estanque, do las fuentes
Murmurando enviaban sus corrientes.

No produce natura tantas flores
Cuando mas rica primavera envía,
Ni tantas variedades de colores,
Como en aquel jardin vicioso habia:
Los frescos y suavísimos olores,
Las aves y su acorde melodía
Dejaban las potencias y sentidos
De un ajeno descuido poseidos.

De mi fin y camino me olvidara,
Segun suspenso estuve una gran pieza,
Si el anciano Fiton no me llamara
Haciéndome señal con la cabeza:
Metióme por la mano en una clara
Bóveda de alabastro, que á la pieza
Del milagroso globo respondia,
Adonde ya otra vez estado habia.

Quisiera ver la bola, mas no osaba
Sin licencia del mago avecinarme;
Mas él que mis designios penetraba
Teniendo voluntad de contentarme,
Asido por la mano me acercaba,
Y comenzando él mismo á señalarme,
El mundo me mostró como si fuera
En su forma real y verdadera.

Pero para decir por orden cuanto
Vi dentro de la gran poma lucida,
Es cierto menester un nuevo canto,
Y tener la memoria recogida:
Así, señor, os ruego que entre tanto
Que refuerzo la voz enflaquecida,
Perdoneis si lo dejo en este punto,
Que no puedo deciros tanto junto.

CANTO XXVII

Pónese la descripcion de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras; cuéntase también cómo los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucapel, y cómo don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura.

Siempre la brevedad es una cosa
Con gran razon de todos alabada,
Y vemos que una plática es gustosa
Cuanto mas breve y menos afectada;
Y aunque sea la prolija provechosa,
Nos importuna, cansa y nos enfada:
Que el manjar mas sabroso y sazonado
Os deja cuando es mucho empalagado.

Pues yo que en un peligro tal me veo
De la larga carrera arrepentido,
¿Cómo podré llevar tan gran rodeo,
Y ser sabroso al gusto y al oido?
Pero aunque de agradar es mi deseo,
Estoy ya dentro en la ocasion metido:
Que no se puede andar mucho en un paso,
Ni encerrar gran materia en chico vaso.

Cuando á alguno, señor, le pareciere
Que me voy en el curso deteniendo,
El estraño camino considere,
Y que mas que una posta voy corriendo:
En todo abreviaré lo que pudiere;
Y así á nuestro propósito volviendo
Os dije como el indio mago anciano
Señalaba la poma con la mano.

Era en grandeza tal que no podrian
Veinte abrazar el círculo luciente,
Donde todas las cosas parecian
En su forma distinta y claramente:
Los campos y ciudades se veian,
El tráfago y bullicio de la gente,
Las aves, animales, lagartijas,
Hasta las mas menudas sabandijas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Yo de le ver así maravillado,
Y mas de la siniestra profecía,
Mi caballo en un líbano arrendado
Le quise hacer un rato compañía;
Y al fin de muchos ruegos acetado,
Siendo el viejo decrépito la guia,
Hendimos la espesura y breña estraña
Hasta llegar al pié de la montaña.

En un lado secreto y escondido
Donde no habia resquicio ni abertura,
Con el potente báculo torcido
Blandamente tocó en la peña dura;
Y luego con horrísono ruïdo
Se abrió una estrecha puerta y boca escura
Por do tras él entré erizado el pelo
Pisando á tiento el peñascoso suelo.

Salimos á un hermoso verde prado
Que recreaba el ánimo y la vista,
Do estaba en ancho cuadro fabricado
Un muro de belleza nunca vista
De vario jaspe y pórfido escacado,
Y al fin de cada escaque una amatista;
En las puertas de cedro barreadas
Mil sabrosas historias entalladas.

Abriéronse en llegando el mago al punto
Y en un jardin entramos espacioso,
Do se puede decir que estaba junto
Todo lo natural y artificioso:
Hoja no discrepaba de otra un punto,
Haciendo cuadro ó círculo hermoso
En medio un claro estanque, do las fuentes
Murmurando enviaban sus corrientes.

No produce natura tantas flores
Cuando mas rica primavera envía,
Ni tantas variedades de colores,
Como en aquel jardin vicioso habia:
Los frescos y suavísimos olores,
Las aves y su acorde melodía
Dejaban las potencias y sentidos
De un ajeno descuido poseidos.

De mi fin y camino me olvidara,
Segun suspenso estuve una gran pieza,
Si el anciano Fiton no me llamara
Haciéndome señal con la cabeza:
Metióme por la mano en una clara
Bóveda de alabastro, que á la pieza
Del milagroso globo respondia,
Adonde ya otra vez estado habia.

Quisiera ver la bola, mas no osaba
Sin licencia del mago avecinarme;
Mas él que mis designios penetraba
Teniendo voluntad de contentarme,
Asido por la mano me acercaba,
Y comenzando él mismo á señalarme,
El mundo me mostró como si fuera
En su forma real y verdadera.

Pero para decir por orden cuanto
Vi dentro de la gran poma lucida,
Es cierto menester un nuevo canto,
Y tener la memoria recogida:
Así, señor, os ruego que entre tanto
Que refuerzo la voz enflaquecida,
Perdoneis si lo dejo en este punto,
Que no puedo deciros tanto junto.

CANTO XXVII

Pónese la descripcion de muchas provincias, montes, ciudades famosas por natura y por guerras; cuéntase también cómo los españoles levantaron un fuerte en el valle de Tucapel, y cómo don Alonso de Ercilla halló á la hermosa Glaura.

Siempre la brevedad es una cosa
Con gran razon de todos alabada,
Y vemos que una plática es gustosa
Cuanto mas breve y menos afectada;
Y aunque sea la prolija provechosa,
Nos importuna, cansa y nos enfada:
Que el manjar mas sabroso y sazonado
Os deja cuando es mucho empalagado.

Pues yo que en un peligro tal me veo
De la larga carrera arrepentido,
¿Cómo podré llevar tan gran rodeo,
Y ser sabroso al gusto y al oido?
Pero aunque de agradar es mi deseo,
Estoy ya dentro en la ocasion metido:
Que no se puede andar mucho en un paso,
Ni encerrar gran materia en chico vaso.

Cuando á alguno, señor, le pareciere
Que me voy en el curso deteniendo,
El estraño camino considere,
Y que mas que una posta voy corriendo:
En todo abreviaré lo que pudiere;
Y así á nuestro propósito volviendo
Os dije como el indio mago anciano
Señalaba la poma con la mano.

Era en grandeza tal que no podrian
Veinte abrazar el círculo luciente,
Donde todas las cosas parecian
En su forma distinta y claramente:
Los campos y ciudades se veian,
El tráfago y bullicio de la gente,
Las aves, animales, lagartijas,
Hasta las mas menudas sabandijas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

El mágico me dijo: «Pues en este
Lugar nadie nos turba ni embaraza,
Sin que un mínimo punto oculto reste,
Verás del universo la gran traza,
Lo que hay del norte al sur, del este al oeste,
Y cuanto ciñe el mar y el aire abraza:
Rios, montes, lagunas, mares, tierras
Famosas por natura y por las guerras.

»Mira al principio de Asia á Calcedonia
Junto al Bósforo enfrente de la Tracia,
A Lidia, Caria, Licia y Licaonia,
A Panfilia, Bitinia y á Galacia;
Y junto al Ponto Euxino á Paflagonia,
La llana Capadocia y la Farnacia,
Y la corriente de Eufrates famoso,
Que entra en el mar de Persia caudaloso.

»Mira la Siria: ves allí la indina
Tierra de promision de Dios privada,
Y á Nazarén dichosa en Palestina,
Do á Maria Gabriel dió la embajada:
Ves las sacras reliquias y ruina
De la ciudad por Tito desolada,
Do el Autor de la vida escarnecido
A vergonzosa muerte fué traido.

»Mira el tendido mar Mediterráneo,
Que la Europa del Africa separa,
Y el mar Bermejo en punta á la otra mano
Que abrió Moisén sus aguas con la vara:
Mira el golfo de Ormuz y mar persiano,
Y aunque á partes la tierra no está clara,
Verás acia la banda descubierta
Las dos Arabias feliz y desierta.

»Mira á Persia y Carmania, que confina
Con Susïana al lado del poniente,
Donde el forjado acero se fulmina
De pasta y temple fino y escelente;
Drangiana y Gedrosia que camina
Hasta el mar de India y ferias del oriente.
Y adelante siguiendo aquella via
Verás la calurosa Aracosía.

»Dentro y fuera del Gange mira tanta
Tierra de India al levante prolongada:
Ves el Catay y su ciudad de Canta,
Que sobre el indo mar está fundada;
La China y el Maluco, y toda cuanta
Mar se estiende del este, y la apartada
Trapobana, famosa antiguamente,
Término y fin postrero del oriente.

»Ves la Hircania, Tartaria y los albanos
Acia la Trapisonda dilatados,
Y otros reinos pequeños comarcanos
Tributarios de Persia y aliados;
Los iberos que llaman gorgianos,
Y los pobres circasos derramados,
Que su lunada tierra en parte angosta
Toma del mar mayor toda la costa.

»Ves el revuelto Cirro caudaloso,
Que la Iberia y Albania así rodea,
Y el alto monte Cáucaso fragoso,
Que su cumbre gran tierra señorea:
Mira el reino de Colcos tan famoso
Por la isla nombrada de Medea,
Adonde el trabajado Jason vino
En busca del dorado vellocino.

»Mira la grande Armenia memorable
Por su ciudad de Tauris señalada,
Y al sur la religiosa y venerable
Soltonia sin respeto arruïnada
Por la tártara furia irreparable
Del grande Taborlán, que de pasada
Cuanto encontró lo puso por el suelo
Cual ira ó rayo súbito del cielo.

»Mira á Tigris y Eufrates, que poniendo
Punto á Mesopotamia en compañía,
Hasta el golfo de Persia van corriendo
Dejando á un lado á Egipto y á Suria:
Ves la Partia y la Media que torciendo
Su corva costa abraza al mediodía
El Caspio mar, por otro nombre Hircano,
Que en forma oval se estiende al subsolano.

»Mira la Asiria y su ciudad famosa
Donde la confusion de lenguas vino,
Que sus muros, labor maravillosa,
Hizo Semíramis, madre de Nino:
Donde la acelerada y presurosa
Muerte á Alejandro le salió al camino,
Cortándole en su próspera corrida
El hilo de los hados y la vida.

»Mira en Africa al sur los estendidos
Reinos del Prestejuán, donde parece,
Que entre los mas insignes y escogidos
Sceva en sus edificios resplandece:
Tres frutos da en el año repartidos,
Y tres veces se agosta y reverdece;
Tiene en veinte y dos grados su postura
Al antártico polo por la altura.

»Ves á Gogia y sus montes levantados
Que á todos sobrepujan en grandeza,
Canos siempre de nieve los collados,
Y abajo peñascales y aspereza,
Que forman un gran muelle, rodeados
De breñales espesos y maleza,
Morada de osos, puercos y leones,
Tigres, panteras, grifos y dragones.

»Destos peñascos ásperos pendientes,
Llamados hoy el monte de la Luna,
Nacen del Nilo las famosas fuentes,
Y dellos rios sin nombre y fama alguna:
Que aunque tuercen y partan sus corrientes
Se vienen á juntar á una laguna
Tan grande, que sus senos y laderas
Baten de tres provincias las riberas.

»A Gogia y Beguemedros al oriente,
Y á Dambaya al poniente, del cual lado
Hay islas donde habita varia gente,
Y todo el ancho círculo es poblado:
De aquí el famoso Nilo mansamente
Nace, y después mas grande y esforzado
Parte á Gogia de Amara, y va tendido
Sin ser de las riberas restringido,

»Hasta un angosto paso peñascoso
Que lo va los costados estrechando,
De donde con estrépito furioso
Se va en las cataratas embocando:
Después mas ancho, grave y espacioso
Llega á Meroe, gran isla, costeando,
Que contiene tres reinos eminentes
En leyes y costumbres diferentes.

»Mira al Cairo, que incluye tres ciudades,
Y el palacio real de Dultibea,
Las torres, los jardines y heredades,
Que su espacioso círculo rodea:
Las pirámides mira y vanidades
De los ciegos antiguos, que aunque sea
Señal de sus riquezas la hechura,
Fué mas que el edificio la locura.

»Mira los despoblados arenosos
De la desierta y seca Libia ardiente,
Garamanta y los pueblos calurosos
Donde habita la bruta y negra gente:
Mira los trogloditas belicosos,
Y los que baña Gambra en su corriente,
Mandingos, monicongos, y los feos
Zapes, biafras, jélofos, guineos.

»Ves de la costa de Africa el gran trecho,
Los puertos señalados y lugares
De las bocas del Nilo hasta el estrecho
Por do se comunican los dos mares;
Apolonia, las Sirtes, y derecho
Trípol, Túnez, y junto si mirares
Verás aun las reliquias y el estrago
De la ciudad famosa de Cartago.

»Mira á Sicilia fértil y abundosa,
A Cerdeña y á Córcega de frente,
Y en la costa de Italia la viciosa
Tierra que va corriendo acia el poniente:
Mira la ilustre Nápoles famosa,
Y á Roma que gran tiempo antiguamente
Se vió del universo apoderada,
Y de cada nacion después hollada.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Mira en Toscana á Sena y á Florencia,
Y dejando la costa al mediodía
A Bolonia, Ferrara, y la eminencia
De la isleña ciudad y señoría;
Padua, Mantua, Cremona y á Plasencia,
Milán, la tierra y parque de Pavía,
Adonde en una rota de importancia
Carlos prendió á Francisco, rey de Francia.

»Mira Alejandría, y por Liguria entrando
A la soberbia Jénova y Saona,
Y el Piamonte y Saboya atravesando
A Leon, á Tolosa y á Bayona;
Y sobre el viento Coro volteando,
Burdeos, Potiers, Orliens, Paris, Perona,
Flandes, Brabante, Güeldres, Frisia, Holanda,
Ingalaterra, Escocia, Ibernia, Irlanda:

»A Dinamarca, Dacia y á Noruega
Acia el mar de Dantisco y costa helada,
Y á Suecia que al confin de Gocia llega,
Que está en torno del mar fortificada,
De donde á Gelandia se navega;
Y mira allá á Grolandia desviada
Del solar curso y á la zodiaca via,
Do hay seis meses de noche y seis de dia.

»Mira al norte á Moscovia, que es tenida
Por última region de lo poblado,
Que rematan su término y medida
Las Rifeas montañas por un lado,
Y de las fuentes del Tanaïs tendida
Llega al monte hiperbóreo y mar helado,
Confina con Sarmacia y Tartaría,
Y corre por el austro hasta Rusia.

»Mira á Livonia, Prusia, Litüania,
Samogacia, Podolia y á Suria,
A Polonia, Silesia y á Germania,
A Moravia, Bohemia, Austria y Hungría,
A Croacia, Moldavia, Trasilvania,
Valaquia, Vulgaria, Esclavonía,
A Macedonia, Grecia, la Morea,
A Candia, Chipre, Rodas y Judea.

»Mira al poniente á España, y la aspereza
De la antigua Vizcaya, de do es cierto
Que procede y se estiende la nobleza
Por todo lo que vemos descubierto:
Mira á Bermeo cercado de maleza,
Cabeza de Vizcaya, y sobre el puerto
Los anchos muros del solar de Ercilla,
Solar antes fundado que la villa.

»Ves á Burgos, Logroño y á Pamplona,
Y bajando al poniente á la siniestra
Zaragoza, Valencia, Barcelona,
A Leon y á Galicia de la diestra:
Ves la ciudad famosa de Lisbona,
Coïmbra y Salamanca que se muestra,
Felice en todas ciencias, do solia
Enseñarse también nigromancía.

»Mira á Valladolid, que en llama ardiente
Se irá como la fénix renovando,
Y á Medina del Campo casi enfrente,
Que las ferias la van mas ilustrando:
Mira á Segovia y su famosa puente,
Y el Bosque, y la Fonfrida atravesando
Al Pardo y Aranjuez, donde natura
Vertió todas sus flores y verdura.

»Mira aquel sitio inculto y montuoso
Al pié del alto puerto algo apartado,
Que aunque le ves desierto y pedregoso
Ha de venir en breve á ser poblado:
Allí el rey don Felipe victorioso
Habiendo al franco en San Quintin domado,
En testimonio de su buen deseo
Levantará un católico trofeo.

»Será un famoso templo incomparable
De suntüosa fábrica y grandeza,
La máquina del cual hará notable
Su religioso celo y gran riqueza:
Será edificio eterno y memorable
De inmensa majestad y gran belleza,
Obra al fin de un tal rey, tan gran cristiano,
Y de tan larga y poderosa mano.

»Mira luego á Madrid, que buena suerte
Le tiene el alto cielo aparejada,
Y á Toledo fundada en sitio fuerte,
Sobre el dorado Tajo levantada:
Mira adelante á Córdoba, y la muerte
Que airada amenazando está á Granada,
Esgrimiendo el cuchillo sobre tantas
Principales cabezas y gargantas.

»Mira á Sevilla, ves la realeza
De templos, edificios y moradas,
El concurso de gente y la grandeza
Del trato de las Indias apartadas:
Que de oro, plata, perlas y riqueza
Dos flotas en un año entran cargadas,
Y salen otras dos de mercancía,
Con gente, municion y artillería.

»Mira á Cádiz, donde Hércules famoso,
Sobre sus hados prósperos corriendo,
Fijó las dos colunas victorioso
NIHIL ULTRA en el mármol escribiendo:
Mas Fernando Católico glorioso,
Los mojonados términos rompiendo,
Del ancho y nuevo mundo abrió la via
Porque en un mundo solo no cabia.

»Mira por el Océano bajando
Entre el húmido noto y el poniente
Las islas de Canaria, reparando
En aquella del Hierro especialmente;
Que falta de agua la natura obrando
Las aves, animales y la gente
Beben la que de un árbol se distila
En una bien labrada y ancha pila.

»Mira á la banda diestra las Terceras
Que están de portugueses ocupadas,
Y corriendo al sudueste las primeras
Islas que descubrió Colon, pobladas
De gentes nunca vistas estranjeras,
Entre las cuales son mas señaladas
Los Lucayos, San Juan, la Dominica,
Santo Domingo, Cuba y Jamaïca.

»Ves de Bahama la canal angosta,
Y siguiendo al poniente la Florida,
La tierra inútil y lucida costa
Hasta la Nueva-España proseguida,
Donde Cortés con no pequeña costa
Y gran trabajo y riesgo de la vida,
Sin término ensanchó por su persona
Los límites de España y su corona.

»Mira á Jalisco y Mechoacán famosa
Por la raiz medicinal que tiene,
Y á Méjico abundante y populosa,
Que el indio nombre antiguo aun hoy retiene:
Ves al sur la poblada y montüosa
Tierra, que en punta á prolongar se viene,
Que los dos anchos mares por los lados
Le van adelgazando los costados.

»A Panamá y al Nombre-de-Dios mira,
Que sus estrechos términos defienden
A dos contrarios mares que con ira
Romper la tierra y anegar pretenden;
Ves la fragosa sierra de Capira,
Cartagena, y las tierras que se estienden
De Santa Marta y cabo de la Vela
Hasta el lago y ciudad de Venezuela.

»A Bogotá y Cartama, que confina
Con Arma y Cali, tierra prolongada,
Popayán, Pasto y Quito, que vecina
Está á la equinocial linea templada:
Mira allá á Puerto-Viejo, do la mina
De ricas esmeraldas fué hallada,
Y las tierras que corren por la via
Del euro, de volturno y mediodía.

»Ves Guayaquil, que abunda de madera
Por sus espesos montes y sombríos,
Tumbez, Payta y su puerto, que es primera
Escala donde surgen los navíos;
Piúra, Loja, la Zarza y Cordillera
De do nacen y bajan tantos rios,
Que riegan bien dos mil millas de suelo,
Donde jamás cayó lluvia del cielo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Mira los grandes montes y altas sierras,
Bajo la zona tórrida nevadas,
Los Mojos, Bracamoros, y las tierras
De incultos chachopoyas habitadas:
Cajamarca y Trujillo, que en las guerras
Fueron famosas siempre y señaladas,
Y la ciudad insigne de los Reyes,
Silla de las audiencias y vireyes.

»Y á Guanuco, Guamanga y el templado
Terreno de Arequipa, y los mojones
Del Cuzco, antiguo pueblo y señalado
Asiento de los ingas y orejones:
Mira el solsticio y trópico pasado
Del austral Capricornio, las regiones
De varias gentes bárbaras estrañas,
Los rios, lagunas, valles y montañas.

»Mira allá á Chuquiabo que metido
Está á un lado la tierra al sur marcada,
Y adelante el riquísimo y crecido
Cerro de Potosí, que de cendrada
Plata de ley y de valor subido
Tiene la tierra envuelta y amasada,
Pues de un quintal de tierra de la mina
Las dos arrobas son de plata fina.

»Ves la villa de Plata la postrera,
Por el levante á la siniestra mano,
Y atravesando la alta Cordillera
Calchaquí, Pilcomayo y Tucomano:
Los iuries, los diaguitas y ribera
De los comechingones, y el gran llano
Y fructífero término remoto
Hasta la fortaleza de Gaboto.

»Ves volviendo á la costa los collados
Que corren por la banda de Atacama,
Y la diestra costa y despoblados
Do no hay ave, animal, yerba ni rama:
Ves los copayapos, indios granados,
Que de grandes flecheros tienen fama,
Coquimbo, Mapochó, Cauquén y el rio
De Maule, y el de Itata y Biobio.

»Ves la ciudad de Penco, y el pujante
Arauco, estado libre y poderoso,
Cañete, la Imperial, y acia el levante
La Villa-Rica, y el volcán fogoso;
Valdivia, Osorno, el Lago, y adelante
Las islas y archipiélago famoso,
Y siguiendo la costa el sur derecho
Chiloé, Coronados y el estrecho

»Por donde Magallanes con su gente
Al mar del sur salió desembocando,
Y tomando la vuelta del poniente
Al Maluco guió norueste ando:
Ves las islas de Acaca y Zabú enfrente,
Y á Matan dó murió al fin peleando;
Bruney, Bohol, Gilolo, Terrenate,
Machian, Mutir, Badan, Tidore y Mate.

»Ves las manchas de tierras tan cubiertas
Que pueden ser apenas divisadas,
Son las que nunca han sido descubiertas,
Ni de estranjeros piés jamás pisadas:
Las cuales estarán siempre encubiertas
Y de aquellos celajes ocupadas
Hasta que Dios permita que parezcan,
Porque mas sus secretos se engrandezcan.

»Y como ves en forma verdadera
De la tierra la gran circunferencia,
Pudieras entender, si tiempo hubiera,
De los celestes cuerpos la escelencia,
La máquina y concierto de la esfera,
La virtud de los astros y influencia,
Varias revoluciones, movimientos,
Los cursos naturales y violentos.

»Mas aunque quiera yo de parte mia
Dejarte más contento y satisfecho,
Ha mucho rato que declina el dia,
Y tienes hasta el sitio largo trecho.»
Así haciéndome el mago compañía
Me trujo hasta ponerme en el derecho
Camino, do encontré luego mi gente,
Que me andaba á buscar confusamente.

Llegamos al asiento en punto, cuando
Entraban á la guardia los amigos,
Donde gastamos tiempo procurando
Reducir á la paz los enemigos:
Unas veces por bien acariciando,
Otras por amenazas y castigos,
Haciendo sin parar corredurías
Por los vecinos pueblos y alquerías.

Mas no bastando diligencia en esto,
Ni las promesas, medios y partidos,
Que en su protervo intento y presupuesto
Estaban siempre mas endurecidos:
Vista pues la importancia de aquel puesto
Por estar en la tierra mas metidos,
Con maduro consejo fué acordado
Sustentar el lugar fortificado.

Y proveyendo al esperado daño
De algunos bastimentos que faltaban,
Que aunque era fértil y abundante el año,
Los campos en cogollo y berza estaban:
Don Miguel de Velasco y Avendaño
Con los que mas á punto se hallaban,
Haciéndoles yo escolta y compañía,
Tomamos de Cautén la recta via.

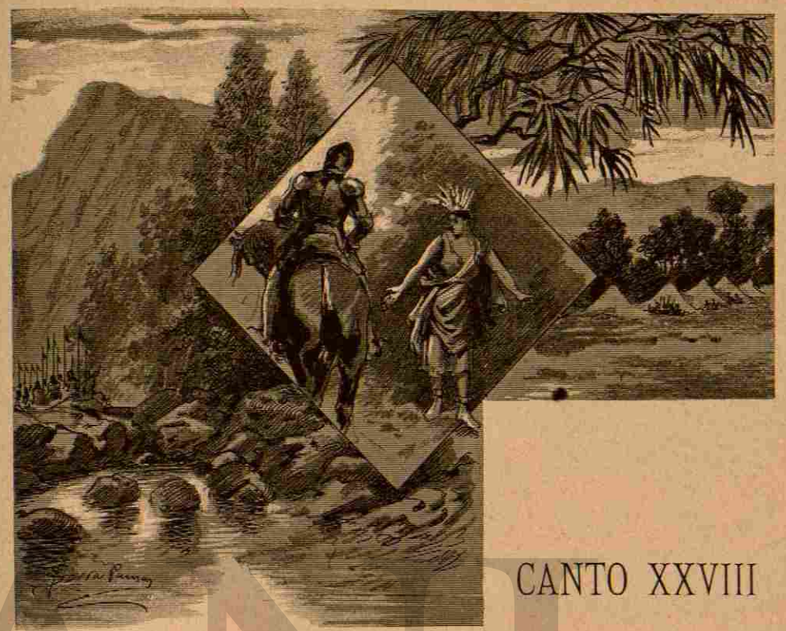
Aunque con riesgo sin contraste alguno
Los peligrosos términos pasamos,
Y en tiempo aparejado y oportuno
A la Imperial ciudad salvos llegamos,
Donde á los moradores de uno á uno
Con palabras de amor los obligamos,
No solo á dar graciosa la comida,
Pero á ofrecer también hacienda y vida.

Así que alegres, sin rumor de guerra,
Con pan, frutas, semillas y ganados,
Dimos presto la vuelta por la tierra
De pacíficos indios y alterados;
Y al descubrir de la purena sierra
Hallamos una escolta de soldados,
Digo de nuestra gente que venia
A asegurar la peligrosa via.

El sol ya derribado al occidente
Habia en el mar los rayos zabullido,
Dando la noche alivio á nuestra gente
Del cansancio y trabajo padecido;
Pero al romper del alba alertamente
Se comenzó á marchar con gran ruïdo,
El cargado bagaje y el ganado
De todas las escuadras rodeado.

Iba yo en la vanguardia descubriendo
Por medio de una espesa y gran quebrada,
Cuando vi de través salir corriendo
Una mujer al parecer turbada:
Yo tras ella los prestos piés batiendo
Luego de mi caballo fué alcanzada;
El que saber el fin desto desea
Atentamente el otro canto lea.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CANTO XXVIII

Cuenta Glaura sus desdichas y la causa de su venida; asaltan los araucanos á los españoles en la quebrada de Purén; pasa entre ellos una recia batalla; saquean los enemigos el bagaje; retíranse alegres; aunque desbaratados.

Quien tiene libre y sosegada vida
Le conviene vivir mas recatado,
Que siempre es peligrosa la caida
Del que está del peligro descuidado;
Y vemos muchas veces convertida
La alegre suerte en miserable estado,
En dura sujecion las libertades,
Y tras prosperidad adversidades.

Es fortuna tan varia, es tan incierta,
Ya que se muestra alguna vez amiga,
Que no ha llamado el bien á nuestra puerta
Cuando el mal dentro en casa nos fatiga;
Y pues sabemos ya por cosa cierta
Que nunca hay bien á quien un mal no siga,
Roguemos que no venga, y si viniere,
Que sea pequeño el mal que le siguiere.

Que yo de acuchillado en esto siento
Que es de temer en parte la ventura:
El tiempo alegre pasa en un momento,
Y el triste hasta la muerte siempre dura;
Y porque viene bien á nuestro cuento,
A la bárbara oid, que en la espesura
Alcancé como dije, que en su traje
Mostraba ser persona de linaje.

Era muchacha grande, bien formada,
De frente alegre y ojos estremados,
Nariz perfecta, boca colorada,
Los dientes en coral fino engastados,
Espaciosa de pecho y relevada,
Hermosas manos, brazos bien sacados,
Acrecentando mas su hermosura
Un natural donaire y apostura.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Yo queriendo saber á qué venia
Sola por aquel bosque y aspereza,
Con mas seguridad que prometia
Su bello rostro y rara gentileza,
La aseguré del miedo que traia,
La cual dando un suspiro, que á terneza
Al mas rebelde corazón moviera,
Comenzó su razón de tal manera:

«No sé si ya me queje desdichada,
O agradezca á los hados ya mi suerte,
Que me abren puerta y que me dan entrada
Para que pueda recibir la muerte;
Pero si ya la historia desastrada
Quieres saber y mi dolor tan fuerte,
Que aun le agravia mi poco sentimiento,
Te ruego que al proceso estés atento.

»Mi nombre es Glaura, en fuerte hora nacida,
Hija del buen cacique Quilacura,
De la sangre de Friso esclarecida,
Rica de hacienda, pobre de ventura,
Respetada de muchos y servida
Por mi linaje y vana hermosura;
Mas ¡ay de mí! ¡cuánto mejor me fuera
Ser una simple y pobre ganadera!

»En casa de mi padre á mi contento
Como única heredera yo vivia,
Que su felicidad y pensamiento
En solo darme gusto lo ponia:
Mi voluntad en todo y mandamiento
Como inviolable ley se obedecia,
No habiendo de contento y gusto cosa
Que fuese para mí dificultosa.

»Mas presto el invidioso amor tirano
Turbador del sosiego, adredemente
Trujo á mi tierra y casa á Fresolano,
Mozo de fuerzas y ánimo valiente,
De mi infelice padre primo hermano,
Y mucho mas amigo que pariente,
A quien la voluntad tenia rendida
No habiendo entre los dos cosa partida.

»Mi padre, como amigo aficionado,
Que yo le regalase me mandaba,
Y así yo con llaneza y gran cuidado,
Por hacerle placer lo procuraba;
Mas él luego el propósito estragado,
Cuya fidelidad ya vacilaba,
Corrompió la amistad, salió de tino,
Echando por ilícito camino.

»O fué el trato que tuvo allí conmigo,
O por mejor decir mi desventura,
Que esta seria mas cierto, como digo,
Que no la mal juzgada hermosura:
Que ingrato al hospedaje del amigo,
Del deudo y deuda haciendo poca cura,
Me comenzó de amar y buscar medio
De dár á su cuidado algun remedio.

»Visto yo que por muestras y rodeo
Muchas veces su pena descubria,
Conocí que su intento y mal deseo
De los honestos límites salia;
Mas ¡ay! que en lo que yo padezco veo
Lo que el mísero entonces padecia,
Que á término he llegado al pié del palo,
Que aun no puedo decir mal de lo malo.

»Hallábale mil veces suspirando,
En mí los engañados ojos puestos,
Otras andaba tímido tentando
Entrada á sus osados presupuestos:
Yo la ocasion dañosa desviando,
Con gravedad y términos honestos
(Que es lo que mas refrena la osadía)
Sus erradas quimeras deshacia.

»Estando sola en mi aposento un dia
Temerosa de algun atrevimiento,
Ante mí de rodillas se ponia,
Con grande turbacion y desatiento,
Diciéndome temblando: «¡Oh Glaura mia!
Ya no basta razon ni sufrimiento,
Ni de fuerza una mínima me queda,
Que á la del fuerte amor resistir pueda

»Tú, señora, sabrás que el dia primero
De mi felice y próspera venida
Me trujo amor al término postrero
Desta penosa y desdichada vida;
Mas ya que por tu amor y causa muero,
Quiero saber si dello eres servida;
Porque siéndolo tú, no siento cosa
Que pueda para mí ser tan dichosa.»

»Viéndole al parecer determinado
A cualquiera violencia y desacato,
Disimuladamente por un lado
Salí dél sin mostrar algun recato,
Diciéndole de lejos: «¡Oh malvado,
Incestüoso, desleal, ingrato,
Corrompedor de la amistad jurada
Y ley de parentesco conservada!

»Iba estas y otras cosas yo diciendo,
Que el repentino enojo me mostraba,
Cuando con priesa súbita y estruendo
Un cristiano escuadron nos salteaba:
Que en cerrado tropel arremetiendo
Nuestra alta casa en torno rodeaba,
Saltando Fresolano en mi presencia
A la debida y justa resistencia,

»Diciendo: «¡Oh fiera tigre endurecida
Inhumana y crüel con los humanos!
Vuelve, acaba de ser tú la homicida,
No dejes qué hacer á los cristianos:
Vuelve, verás que acabo aquí la vida,
Pues no puedo á las tuyas, á sus manos:
Que aunque no sea la muerte tan honrosa,
A lo menos será la mas piadosa.»

»Así furioso sin mirar en nada
Se arroja en medio de la armada gente,
Donde luego una bala arrebatada
Le atravesó el desnudo pecho ardiente:
Cayó ya la color y voz turbada,
Diciendo: «¡Glaura, Glaura, últimamente
Recibe allá mi espíritu cansado
De dar vida á este cuerpo desdichado.»

»Llegó mi padre en esto al gran ruïdo,
Solo armado de esfuerzo y confianza;
Mas luego en el costado fué herido
De una furiosa y atrevida lanza:
Cayó el cuerpo mortal descolorido,
Y vista mi fortuna y mal andanza
Por el postigo de una falsa puerta
Salí á mi parecer mas que ellos muerta.

»Acá y allá turbada al fin por una
Montaña comenzé luego á emboscarme
Dejándome llevar de mi fortuna,
Que siempre me ha guiado á despeñarme:
Así que, ya sin tino y senda alguna
Procuraba cuitada de alejarme,
Que con el gran temor me parecia
Que yendo á mas correr no me movia.

»Mas como suele acontecer contino,
Que huyendo el peligro y mal presente
Se suele ir á parar en un camino
Que nos coge y anega la creciente:
Así á mí desdichada, pues me avino,
Que por salvar la vida impertinente,
De un mal en otro mal, de lance en lance
Vine á mayor peligro y mayor trance.

»Iba pues siempre mísera corriendo
Por espinas, por zarzas, por abrojos,
Aquí y allí, acá y allá volviendo
A cada paso los atentos ojos;
Cuando por unos árboles saliendo
Ví dos negos cargados de despojos,
Que luego en el instante que me vieron
A la mísera presa arremetieron.

»Fuí dellos prestamente despojada
De todo cuanto allí venía vestida,
Aunque yo triste no estimaba en nada
El perder los vestidos y la vida:
Pero el honor y castidad preciada
Estuvo á punto ya de ser perdida;
Mas mis voces y quejas fueron tantas,
Que á lástima y piedad movia las plantas.

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
Apdo. 1625 MONTERREY, MEXICO

»Usó el cielo conmigo de clemencia
Guiando á Cariolán á mis clamores,
Que, visto el acto inorme y la insolencia
De aquellos enemigos violadores,
Corrió con provechosa diligencia
Diciendo: ¡Perros, bárbaros, traidores!
Dejad, dejad al punto la doncella,
Si no, la vida dejareis con ella.

»Fueron sobre él los dos incontinente,
Mas él flechando el arco que traía,
Al mas adelantado y diligente
La flecha hasta las plumas le escondia:
Hízose atrás dos pasos diestramente,
Y al otro la segunda flecha envía
Con brújula tan cierta y diestro tino,
Que al bruto corazón halló el camino.

»Cayó muerto, y el otro mal herido
Cerró con él furioso y emperrado;
Mas Cariolán valiente y prevenido,
En la arte de la lucha ejercitado,
Aunque el negro era grande y muy fornido
De su destreza y fuerzas ayudado,
Alzándole de brazos acia el cielo
Le trabucó de espaldas en el suelo.

»Y sacando una daga acicalada,
Queriendo á hierro rematar la cuenta,
Por el desnudo vientre y por la ijada
Tres veces la metió y sacó sangrienta:
Huyó por allí la alma acelerada,
Y libre Cariolán de aquella afrenta
Se vino para mí con gran crianza,
Pidiéndome perdon de la tardanza.

»Supo decir allí tantas razones,
Haciendo amor conmigo así el oficio,
Que medrosa de andar en opiniones,
Que es ya dolencia de honra y ruin indicio,
Por evitar al fin murmuraciones
Y no mostrarme ingrata al beneficio
En tal sazon y tiempo recibido,
Le tomé por mi guarda y mi marido.

»Y temiendo que gente acudiria,
Por el espeso monte nos metimos,
Donde sin rastro ni señal de via
Un gran rato perdidos anduvimos;
Pero, señor, al declinar del dia
A la ribera de Lauquén salimos,
Por do venia una escuadra de cristianos
Con diez indios atrás presas las manos.

»Descubriéronnos súbito en saliendo,
Que en todo al fin nos perseguia la suerte,
Sobre nosotros de tropel corriendo,
Aguarda, aguarda, ten, gritando fuerte;
Pero mi nuevo esposo allí temiendo
Mucho mas mi deshonra que su muerte,
Me rogó que en el bosque me escondiese
Mientras que él con morir los detuviese.

»Luego el temor, á trastornar bastante
Una flaca mujer inadvertida,
Me persuadió poniéndome delante
La honrada muerte y la estimada vida:
Así cobarde, tímida, inconstante
A los primeros ímpetus rendida
Me entré viéndolos cerca á toda priesa
Por lo más agrio de la senda espesa.

»Y en lo hueco de un tronco que tejido
De zarzas y maleza en torno estaba,
Me escondí sin aliento ni sentido,
Que aun apenas de miedo resollaba:
De donde escuché luego un gran ruïdo
Que el bosque cerca y lejos atronaba,
De espadas, lanzas y tropel de gente
Como que combatian fuertemente.

»Fué poco á poco al parecer cesando
Aquel rumor y grita que se oia,
Cuando la obligacion ya calentando
La sangre que el temor helado habia,
Revolví sobre mí, considerando
La maldad y traicion que cometía
En no correr con mi marido á una
Un peligro, una muerte, una fortuna.

»Salí de aquel lugar, que á Dios pluguiera
Que en él quedara viva sepultada,
Corriendo con presteza á la ribera
Adonde le dejé desatinada;
Mas cuando no vi rastro, ni manera
De le poder hallar, sola y cuitada,
Podrás ver qué sentí, pues era cierto
Que no pudo escapar de preso ó muerto.

»Solté ya sin temor la voz en vano:
Llamando al sordo cielo injusto y crudo,
Preguntaba: ¿Dó está mi Cariolano?
Y todo al responder lo hallaba mudo;
Ya entraba en la espesura, ya á lo llano
Salia corriendo, que el dolor agudo
En mis estrañas siempre mas furioso
No me daba momento de reposo.

»No te quiero cansar ni lastimarme
En decirte las bascas que sentia;
No sabiendo qué hacer ni aconsejarme,
Frenética y furiosa discurria:
Muchas veces propuse de matarme;
Mas por torpeza y gran maldad tenia
Que aquel dolor en mí tan poco obrase
Que á quitarme la vida no bastase.

»En tanta pena y confusion envuelta
De contrarios y dudas combatida,
Al cabo ya de le buscar resuelta,
Pues no daba el dolor fin á mi vida,
Acia el campo español he dado vuelta
De noche, y desde lejos escondida
Por el honor, que mal me le asegura
Mi poca edad y mucha desventura.

»Y teniendo noticia que esta gente
Era la vuelta de Cautén pasada,
También que habia de ser forzosamente
Por este paso estrecho la tornada,
Quise venir en traje diferente,
Pensando que entre tantos disfrazada
Alguna nueva ó rastro hallaria
Deste que la fortuna me desvía.

»¿Qué remedio me queda ya cautiva,
Sujeta al mando y voluntad ajena?
Que para que mayor pena reciba
Aun la muerte no viene porque es buena;
Pero aunque el cielo cruel quiera que viva,
Al fin me ha de acabar ya tanta pena,
Bien que el estado en que me toma es fuerte;
Mas nadie escoge el tiempo de su muerte.»

Así la bella joven lastimada
Iba sus desventuras recontando,
Cuando una gruesa bárbara emboscada
Que estaba á los dos lados aguardando,
Alzó al cielo una súbita algarada
Las salidas y pasos ocupando,
Creciendo indios así, que parecian
Que de las yerbas bárbaros nacian.

Llegó al instante un yanacona mio
Ganado no habia un mes en buena guerra,
Diciéndome: «Señor, échate al rio,
Que yo te salvaré, que sé la tierra:
Que pensar resistir es desvarío
A la gente que cala de la sierra;
Bien puedes, ó señor, de mí fiarte,
Que me verás morir por escaparte.»

Yo que al mancebo el rostro revolvia
A agradecer la oferta y buen deseo,
Ví á Glaura que sin tiento arremetia
Diciendo: «¡Oh justo Dios! ¿Qué es lo que veo
¿Eres mi dulce esposo? ¡ay vida mia!
En mis brazos te tengo y no lo creo.
¿Qué es esto? ¿estoy soñando, ó estoy despierta?
¡Ay, que tan grande bien no es cosa cierta!

Yo atónito de tal acaecimiento,
Alegre tanto dél como admirado,
Visto de Glaura el mísero lamento
En felice suceso rematado,
No habiendo allí lugar de cumplimiento
Por ser revuelto el tiempo y limitado
Dije: «Amigos, adios, y lo que puedo
Que es daros libertad, yo os la concedo.»

Sin otro ofrecimiento ni promesa
Piqué al caballo que salió lijero;
Pero aunque mas los indios me den priesa
Quiero, señor, que aquí sepais primero,
Cómo á la entrada de la selva espesa
Cariolán vino á ser mi prisionero,
Cuando medrosa de perder la vida
En el tronco quedó Glaura escondida.

Sabed, sacro señor, que yo venia
Con algunos amigos y soldados,
Después de haber andado todo el dia
En busca de enemigos desmandados;
Mas ya que á nuestro asiento me volvia
Con diez prisiones bárbaros atados,
A la entrada de un monte y fin de un llano
Descubrimos muy cerca á Cariolano.

Corrió luego sobre él toda la gente
Pensando que alas le prestase el miedo,
Pero con gran desprecio y alta frente,
Apercibiendo el arco estuvo quedo;
Llegando pues á tiro diestramente
Hirió á Francisco Osorio y á Acevedo,
Arrancando una daga desenvuelto,
El largo manto al brazo ya revuelto.

Tanta fué la destreza, tanto el arte
Del temerario bárbaro araucano,
Que no fué el gran tropel de gente parte
A que dejase un solo paso el llano:
Que saltando de aquella y desta parte
Todos los golpes hizo dar en vano,
Unos hurtando el cuerpo desmentidos,
Otros del mando y daga rebatidos.

Yo que ver tal batalla no quisiera,
Al animoso mozo aficionado,
En medio me lancé diciendo: «Afuera,
Caballeros, afuera, haceos á un lado,
Que no es bien que el valiente mozo muera,
Antes merece ser remunerado;
Y darle así la muerte ya seria
No esfuerzo ni valor, mas villanía.»

Todos se detuvieron, conociendo
Cuán mal el acto infame les estaba;
Solo el indio no cesa, pareciendo
Que de alargar la vida le pesaba:
Al fin la daga y paso recogiendo,
Pues ya la cortesía le obligaba,
Revuelto á mí me dijo: «Qué te importa
Que sea mi vida larga, ó que sea corta?»

»Pero de mí será reconocida
La obra pia y voluntad humana:
Pia por la intencion, pero entendida
Se puede decir impia y inhumana:
Que quien ha de vivir mísera vida
No le puede estar mal muerte temprana;
Así que en no matarme como digo
Crüel misericordia usas conmigo.

»Mas porque no me digan que ya niego
Haber de ti la vida recibido,
Me pongo en tu poder y así me entrego
A mi fortuna misera rendido.»
Esto dicho, la daga arrojó luego
Doméstico el que indómito habia sido,
Quedando desde allí siempre conmigo,
No en figura de siervo, mas de amigo.

Ya el ejercicio y belicoso estruendo
De las armas y voces resonaban;
Unos van en monton allá corriendo,
Otros acá socorro demandaban,
Era la senda estrecha, y no pudiendo
Ir atrás ni adelante, reparaban,
Que el bagaje la chusma, y el ganado
Tenia impedido el paso y ocupado.

Es el camino de Purén derecho
Acia la entrada y paso del estado,
Después ya en forma oblica largo trecho,
De dos ásperos cerros apretado;
Y vienen á ceñirle en tanto estrecho,
Que apenas pueden ir dos lado á lado,
Haciendo aun mas angosta aquella via
Un arroyo que lleva en compañía.

Así á trechos en partes del camino
Revueltos unos y otros voceando,
Andaban en confuso remolino
La tempestad de tiros reparando:
No basta de la pasta el temple fino,
Grevas, petos, celadas abollando,
La furia que zumbaba á la redonda
De galga, lanza, dardo, flecha y honda.

Unos al suelo van descalabrados
Sin poder en las sillas sostenerse;
Otros cual rana ó sapo aporreados
No pueden, aunque quieren, removerse;
Otros á gatas, otros derrengados
Arrastrando procuran acogerse
A algun reparo ó hueco de la senda,
Que de aquel torbellino los defienda.

Que en este paso estrecho el enemigo,
La gente y municion en orden puesta,
Tenia á nuestros soldados como digo
De ventaja las piedras y la cuesta;
Donde puedo afirmar como testigo,
Que era la lluvia tan espesa y presta
De las piedras, que cierto parecia
Que el cerro abajo en piezas se venia.

Como cuando se ve el airado cielo
De espesas nubes lóbregas cerrado
Querer hundir y arruïnar el suelo
De rayos, piedra y tempestad cargado;
Las aves mata en medio de su vuelo;
La gente, bestias, fieras y ganado
Buscan corriendo acá y allá perdidas
Los reparos, defensas y guaridas:

Así los españoles, constreñidos
De aquel granizo y tempestad furiosa,
Buscan por todas partes mal heridos
Algun árbol ó peña cavernosa,
Do reparados algo y defendidos,
Con la virtud antigua generosa
Cobrando nuevo esfuerzo y esperanza
A la victoria aspiran y venganza.

Y desde allí con la presteza usada
Las apuntadas miras asestando,
Les comienzan á dar una rociada,
Muchos en poco tiempo derribando;
Ya por la áspera cuesta desrumbada
Venian cuerpos y peñas volteando
Con un furor terrible y tan estraño,
Que muertos aun hacian notable daño.

Así andaba la cosa, y entre tanto
Que en esta estrecha plaza peleaban,
Con no menor revuelta al otro canto,
Donde mayores voces resonaban,
Se habian los indios desmandado tanto,
Que ya el bagaje y cargas saqueaban,
Haciendo grande riza y sacrificio
En la gente de guarda y de servicio.

Quién con carne, con pan, fruta ó pescado
Sube lijeramente á la alta cumbre;
Quién de pataca ó de fardel cargado
Corre sin embarazo y pesadumbre:
Del alto y bajo, de uno y otro lado
Al saco acude allí la muchedumbre,
Cual banda de palomas al verano
Suele acudir al derramado grano.

Viéndonos ya vencidos sin remedio
Por la gran multitud que concurria,
Procuré de tentar el postrer medio
Que en nuestra vida y salvacion habia:
Y así, rompiendo súbito por medio
De la revuelta y empachada via,
Llegué do estaban hasta diez soldados
En un hueco del monte arrinconados;

Diciéndoles el punto en que la guerra
Andaba de ambas partes tan reñida,
Que ganada la cumbre de la sierra
La victoria era nuestra conocida,
Porque toda la gente de la tierra
Andaba ya en el saco embebecida,
Y solo en ver así ganado el alto
Los bastaba á vencer el sobresalto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Luego, resueltos á morir de hecho,
Todos los once juntos de cuadrilla
Los caballos lanzamos al repecho,
Cada cual solevado alto en la silla;
Y aunque el fragoso cerro era derecho,
Por la tendida y áspera cuchilla
Llegamos á la cumbre deseada,
De breña espesa y árboles poblada.

Saltamos á pié todos al momento,
Que ya allí los caballos no prestaban,
Que llenos de sudor, faltos de aliento
No pudiendo moverse, ijadeaban:
Donde sin dilacion ni impedimento
Al lado que los indios mas cargaban,
En un derecho y gran derrumbadero
Nos pusimos á vista y caballero.

Dándoles una carga de repente
De arcabuces y piedras que os prometo,
Que aunque llevó de golpe mucha gente
Hizo el súbito miedo mas efeto:
Y así remolinando torpemente,
Les pareció, segun el grande aprieto,
Moverse en contra dellos cielo y tierra
Viendo por alto y bajo tanta guerra.

Luego con animosa confianza
En nuestra ayuda algunos arribaron,
Que deseosos de áspera venganza
El daño y miedo en ellos aumentaron:
Tanto, que ya perdida la esperanza
A retirarse algunos comenzaron,
Poniendo prestos piés en la huida,
Remedio de escapar la ropa y vida.

Cuál por aquella parte, cuál por esta
Cargado de fardel ó saco guia;
Cuál por lo mas espeso de la cuesta
Arrastrando el ganado se metia;
Cuál con hambre y codicia deshonesta
Por solo llevar mas se detenia,
Costando á mas de diez allí la vida
La carga y la codicia desmedida.

Así la fiesta se acabó, quedando
Saqueados en parte y vencedores,
La victoria y honor solemnizando
Con trompetas, clarines y atambores:
Al rumor de las cuales caminando
Con buena guardia y diestros corredores,
Llegamos al real todos heridos,
Donde fuimos con salva recibidos.

Los bárbaros á un tiempo retirados
Por un áspero risco y monte espeso
Se fueron á gran paso consolados
Con el sabroso robo del suceso;
Y adonde estaba el general llegados,
Que sabido el desorden y el esceso
Que rindió la victoria al enemigo,
Hizo de algunos ejemplar castigo.

Y habiendo en Talcamávida juntado
Del destrozado campo el remanente,
A consultar las cosas del estado
Llamó á la principal y digna gente:
Donde después de haber allí tratado
De lo mas importante y conveniente,
Les dijo libremente todo cuanto
Podrá ver quien leyere el otro canto.

CANTO XXIX

Entran los araucanos en nuevo consejo; tratan de quemar sus haciendas; pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo; combaten los dos en estacada brava y animosamente

¡Oh cuánta fuerza tiene, oh cuánto incita
El amor de la patria, pues hallamos
Que en razon nos obliga y necesita
A que todo por él lo pospongamos!
Cualquier peligro y muerte facilita:
Al padre, al hijo, á la mujer dejamos
Cuando en trabajo á nuestra patria vemos,
Y como á mas parienta la acorremos.

Buen testimonio desto nos han sido
Las hazañas de antiguos señaladas,
Que por la cara patria han convertido
En sus mismas entrañas las espadas;
Y su gloriosa fama han estendido
Las plumas de escritores celebradas,
Mario, Cassio, Filon, Cosdro ateniense,
Régulo, Agesilao y el Uticense.

Entrar pues en el número merece
Esta araucana gente, que con tanta
Muestra de su valor y ánimo ofrece
Por la patria al cuchillo la garganta,
Y en el firme proposito parece
Que ni rigor del hado, y toda cuanta
Fuerza pone en sus golpes la fortuna,
En los ánimos hace mella alguna.

Que habiendo en solos tres meses perdido
Cuatro grandes batallas de importancia,
No con ánimo triste ni abatido,
Mas con valor grandísimo y constancia,
Estaban, como atrás habeis oido,
En consejo de guerra, haciendo instancia
En darnos otro asalto; mas la mano
Tomó diciendo así Caupolicano:

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Luego, resueltos á morir de hecho,
Todos los once juntos de cuadrilla
Los caballos lanzamos al repecho,
Cada cual solevado alto en la silla;
Y aunque el fragoso cerro era derecho,
Por la tendida y áspera cuchilla
Llegamos á la cumbre deseada,
De breña espesa y árboles poblada.

Saltamos á pié todos al momento,
Que ya allí los caballos no prestaban,
Que llenos de sudor, faltos de aliento
No pudiendo moverse, ijadeaban:
Donde sin dilacion ni impedimento
Al lado que los indios mas cargaban,
En un derecho y gran derrumbadero
Nos pusimos á vista y caballero.

Dándoles una carga de repente
De arcabuces y piedras que os prometo,
Que aunque llevó de golpe mucha gente
Hizo el súbito miedo mas efeto:
Y así remolinando torpemente,
Les pareció, segun el grande aprieto,
Moverse en contra dellos cielo y tierra
Viendo por alto y bajo tanta guerra.

Luego con animosa confianza
En nuestra ayuda algunos arribaron,
Que deseosos de áspera venganza
El daño y miedo en ellos aumentaron:
Tanto, que ya perdida la esperanza
A retirarse algunos comenzaron,
Poniendo prestos piés en la huida,
Remedio de escapar la ropa y vida.

Cuál por aquella parte, cuál por esta
Cargado de fardel ó saco guia;
Cuál por lo mas espeso de la cuesta
Arrastrando el ganado se metia;
Cuál con hambre y codicia deshonesta
Por solo llevar mas se detenia,
Costando á mas de diez allí la vida
La carga y la codicia desmedida.

Así la fiesta se acabó, quedando
Saqueados en parte y vencedores,
La victoria y honor solemnizando
Con trompetas, clarines y atambores:
Al rumor de las cuales caminando
Con buena guardia y diestros corredores,
Llegamos al real todos heridos,
Donde fuimos con salva recibidos.

Los bárbaros á un tiempo retirados
Por un áspero risco y monte espeso
Se fueron á gran paso consolados
Con el sabroso robo del suceso;
Y adonde estaba el general llegados,
Que sabido el desorden y el esceso
Que rindió la victoria al enemigo,
Hizo de algunos ejemplar castigo.

Y habiendo en Talcamávida juntado
Del destrozado campo el remanente,
A consultar las cosas del estado
Llamó á la principal y digna gente:
Donde después de haber allí tratado
De lo mas importante y conveniente,
Les dijo libremente todo cuanto
Podrá ver quien leyere el otro canto.

CANTO XXIX

Entran los araucanos en nuevo consejo; tratan de quemar sus haciendas; pide Tucapel que se cumpla el campo que tiene aplazado con Rengo; combaten los dos en estacada brava y animosamente

¡Oh cuánta fuerza tiene, oh cuánto incita
El amor de la patria, pues hallamos
Que en razon nos obliga y necesita
A que todo por él lo pospongamos!
Cualquier peligro y muerte facilita:
Al padre, al hijo, á la mujer dejamos
Cuando en trabajo á nuestra patria vemos,
Y como á mas parienta la acorremos.

Buen testimonio desto nos han sido
Las hazañas de antiguos señaladas,
Que por la cara patria han convertido
En sus mismas entrañas las espadas;
Y su gloriosa fama han estendido
Las plumas de escritores celebradas,
Mario, Cassio, Filon, Cosdro ateniense,
Régulo, Agesilao y el Uticense.

Entrar pues en el número merece
Esta araucana gente, que con tanta
Muestra de su valor y ánimo ofrece
Por la patria al cuchillo la garganta,
Y en el firme proposito parece
Que ni rigor del hado, y toda cuanta
Fuerza pone en sus golpes la fortuna,
En los ánimos hace mella alguna.

Que habiendo en solos tres meses perdido
Cuatro grandes batallas de importancia,
No con ánimo triste ni abatido,
Mas con valor grandísimo y constancia,
Estaban, como atrás habeis oido,
En consejo de guerra, haciendo instancia
En darnos otro asalto; mas la mano
Tomó diciendo así Caupolicano:

UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Conviene, ó gran senado religioso,
Que vencer ó morir determinemos,
Y en solo nuestro brazo valeroso
Como último remedio confiemos:
Las casas, ropa y mueble infructuoso,
Que al descanso nos llaman abrasemos,
Que habiendo de morir todo nos sobra,
Y todo con vencer después se cobra.

»Es necesario y justo que se entienda
La grande utilidad que desto viene:
Que no es bien que haya asiento en la hacienda
Cuando el honor aun su lugar no tiene;
Ni es razon que soldado alguno atienda
A mas de aquello que vencer conviene,
Ni entibie las ardientes voluntades
El amor de las casas y heredades.

»Así que, en esta guerra tan reñida
Quien pretende descanso, como digo,
Piense que no hay mas honra, hacienda y vida
De aquella que quitare al enemigo:
Que la virtud del brazo conocida
Será el rescate y verdadero amigo,
Pues no ha de haber partido ni concierto,
Sino solo matar ó quedar muerto.»

Oido allí por los caciques esto,
Muchos suspensos sin hablar quedaron,
Y algunos dellos con turbado gesto
Enarcando las cejas se miraron;
Pero rompiendo aquel silencio puesto,
Sobre ello un rato dieron y tomaron,
Hallando en su favor tantas razones
Que se llevó tras sí las opiniones.

Así el valiente Ongolmo no esperando
Que otro en tal ocasion le precediese,
Aprueba á voces la demanda, instando
En que por obra luego se pusiese;
Siguió este parecer Purén, jurando
De no entrar en poblado hasta que viese
Sin medio ni concierto, á fuerza pura
Su patria en libertad y paz segura.

Lincóya y Caniomangue pues no fueron
En jurar el decreto perezosos:
Que aun mas de lo posible prometieron,
Segun eran gallardos y animosos;
También Rengo y Gualemo se ofrecieron,
Y los demás caciques orgullosos
Talcaguán, Lemolemo y Orompello,
Hasta el buen Colocolo vino en ello.

Resueltos pues en esto, y decretado
Segun que aquí lo habemos referido,
Tucapelo, que á todo habia callado
Con gran sosiego y con atento oido,
Después del alboroto sosegado,
Y aquel arduo negocio difinido,
Puesto en pié, levantó la voz ardiente,
Que jamás hablar pudo blandamente,

Diciendo: «Capitanes, yo el primero
En lo que el general propone vengo,
Por parecerme justo, y así quiero
Que se abrase y asuele cuanto tengo:
En lo demás al brazo me refiero,
Que si un mes en su fuerza le sostengo,
Pienso escoger después á mi contento
El mayor y mejor repartimiento.

»Y si algun miserable no concede
Lo que tan justamente le es pedido,
Por enemigo de la patria quede,
Y del militar orden escluído:
Que ya por nuestra parte no se puede
Venir á ningun medio ni partido,
Sin dejar de perder; pues la contienda
Es sobre nuestra libertad y hacienda.

»Así que, yo también determinado
De seguir vuestros votos y opiniones,
Aunque parece un tiempo tan turbado,
Que muevo nuevas causas y cuestiones,
Del natural honor estimulado,
Y por otras legítimas razones,
No puedo ya dejar por ningun arte
De echar del todo un gran negocio aparte.

»Ya tendreis en memoria el desafío
Que Rengo y yo tenemos aplazado,
Asimismo el que tuve con su tío,
Que quiso mas morir desesperado:
Viendo el gran deshonor y agravio mio,
Y cuánto á mi pesar se ha dilatado,
Quiero sin esperar á mas rodeo
Cumplir la obligacion y mi deseo.

»Que asaz gloria y honor Rengo ha ganado
Entre todas las gentes, pues se trata
Que conmigo ha de entrar en estacado,
Y así vanaglorioso lo dilata;
Mas yo de tanta dilacion cansado,
Pues que cada ocasion lo desbarata,
Pido que nuestro campo se fenezca,
Que no es bien que mi crédito padezca.

»Pues ya Peteguelén, viejo imprudente
Con apariencia de ánimo engañosa
A morir se arrojó entre tanta gente,
Por parecerle muerte mas piadosa;
Y así se me escapó mañosamente,
Que fué puro temor y no otra cosa,
Pues si ambicion de gloria le moviera,
De mi brazo la muerte pretendiera.

»También Rengo de industria cauteloso
Anda en los enemigos muy metido,
Buscando algun estorbo ó modo honroso
Que le escuse cumplir lo prometido;
Y debajo de muestra de animoso
Procura de quedar manco ó tullido,
Y para combatir no habilitado,
Glorioso con me haber desafiado.»

Así hablaba el bárbaro arrogante,
Cuando el airado Rengo, echando fuego,
Sin guardar atencion, se hizo adelante
Diciendo: «La batalla quiero luego,
Que ni tu muestra y fanfarron semblante
Me puede á mí causar desasosiego,
Las armas lo dirán y no razones,
Que son de jactanciosos baladrones.»

Arremetiera Tucapel, si en esto
Caupolicán, que á tiempo se previno,
Con presta diligencia en medio puesto,
La voz no le atajara y el camino;
Y con severa muestra y grave gesto
Reprehendiendo el loco desatino,
Por rematar entre ellos la porfía
Concedió á Tucapel lo que pedia.

Pues el campo y el plazo señalado,
Que fué para de aquel en cuatro dias,
Nacieron en el pueblo alborozado
Sobre el dudoso fin muchas porfías:
Quién apostaba ropa, quién ganado,
Quién tierras de labor, quién granjerías;
Algunos que ganar no deseaban
Las usadas mujeres apostaban.

Cercaron una plaza de tablones
En un exento y descubierto llano,
Donde los dos indómitos varones
Armados combatiesen mano á mano,
Publicando en pregon las condiciones
Por el estilo y término araucano,
Para que á todos manifiesto fuese,
Y ninguno ignorancia pretendiese.

Llegado el plazo, al despuntar del dia
Con gran gozo de muchos esperado,
Luego la bulliciosa compañía
Comenzó á rodear el estacado:
Era tal el aprieto que no había
Arbol, pared, ventana ni tejado
De donde descubrirse algo pudiese,
Que cubierto de gente no estuviese.

El sol algo encendido y perezoso,
Apenas del oriente habia salido,
Cuando por una parte el animoso
Tucapel asomó con gran ruído;
Por otra pues no menos orgulloso
Al mismo tiempo aparecer se vido
Al fantástico Rengo muy gallardo,
Ambos con fiera muestra y paso tardo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Las robustas personas adornadas
De fuertes petos, dobles, relevados,
Escarcelas, brazales y celadas,
Hasta el empeine de los piés armados;
Mazas cortas de acero barreadas,
Gruesos escudos de metal herrados,
Y al lado izquierdo cada cual ceñido
Un corvo y ancho alfanje guarnecido.

Tenia, señor, la plaza á cada parte
Puertas como palenque de torneo,
Por las cuales el uno y otro Marte
Entran en ancho círculo y rodeo:
Después que con vistoso y gentil arte
Su término acabaron y paseo,
Airoso cada cual quedó á su lado
Dentro de la gran plaza y estacado.

Hecho por los padrinos el oficio
Cual se requiere en actos semejantes,
Quitando todo escrúpulo y indicio
De ventaja y cautelas importantes,
Cesó luego el estrépito y bullicio
En todos los atentos circunstantes,
Oyendo el son de la trompeta en esto,
Que robó la color de mas de un gesto.

Luego los dos famosos combatientes,
Que la tarda señal solo atendian,
Con bizarros y airosos continentes
En paso igual á combatir movian;
Y descargando á un tiempo los valientes
Brazos, de tales golpes se herian,
Que estuvo cada cual por una pieza
Sobre el pecho inclinada la cabeza.

Redoblan los segundos, de manera
Que aunque fueron pasados los primeros,
Si tal reparo y prevencion no hubiera
No llegara el combate á los terceros.
¿Quién por estilo igual decir pudiera
El furor destos bárbaros guerreros,
Viendo el valor del mundo en ellos junto,
Y la encendida cólera en su punto?

Fué de tal golpe Tucapel cargado
Sobre el escudo en medio de la frente,
Que quedó por un rato embelesado,
Suspensos los sentidos y la mente;
Llegó Rengo con otro apresurado,
Pero salió el efecto diferente,
Que el estruendo del golpe y dolor fiero
Le desperto del sueño del primero.

Serpiente no se vió tan venenoso
Defendiendo á los hijos en su nido,
Como el airado bárbaro furioso,
Mas del honor que del dolor sentido:
Así, fuera de término rabioso
De soberbia diabólica movido,
Sobre el gallardo Rengo fué en un punto
Descargando la rabia y maza junto.

Salióle al fiero Rengo favorable
Aquel furor y acelerado brio,
Que la ferrada maza irreparable
El grueso estremo descargó en vacío:
Fué el golpe aunque furioso tolerable,
Quitándole la fuerza el desvarío,
Que á cogerle de lleno yo creyera,
Que con él el combate feneciera.

Mas aunque fué al soslayo, el araucano
Se fué un poco al través desvaneciendo,
Al fin puso en el suelo la una mano,
Sostener la gran carga no pudiendo;
Pero viendo el peligro no liviano,
Sobre el fuerte contrario revolviendo,
Con su desenvoltura y maza presta
Le vuelve aun mas pesada la respuesta.

Era cosa admirable la fiereza
De los dos en valor al mundo raros,
La providencia, el arte, la destreza,
Las entradas, heridas y reparos,
Tanto, que temo ya de mi torpeza
No poder por sus términos contaros
La mas reñida y singular batalla
Que en relacion de bárbaros se halla.

Así el fiero combate igual andaba,
Y el golpear de un lado y de otro espeso,
Que el mas templado golpe no dejaba
De magullar la carne ó romper hueso:
El aire cerca y lejos retumbaba
Lleno de estruendo y de un aliento grueso,
Que era tanto el rumor y batería,
Que un ejército grande parecia.

Dió el fuerte Rengo un golpe á Tucapelo
Batiéndole de suerte la celada,
Que vió lleno de estrellas todo el suelo,
Y la cabeza le quedó atronada;
Pero en sí vuelto blasfemando al cielo,
Con aquella pujanza aventajada
Hirió tan presto á Rengo al desviarse
Que no tuvo lugar de repararse.

Cayó el pesado golpe en descubierto
Cargando á Rengo tanto la cabeza,
Que todos le tuvieron ya por muerto,
Y estuvo adormecido una gran pieza;
Mas del peligro y del dolor despierto
La abollada celada se endereza,
Y sobre Tucapel furioso aguija,
Que la maza rompió por la manija.

Mas viéndole sin maza en esta guerra,
Que en dos trozos saltó lejos quebrada,
La suya con desprecio arroja en tierra
Poniendo mano á la fornida espada:
En esto Tucapel otra vez cierra,
La suya fuera en alto levantada;
Mas Rengo, hurtando el cuerpo á la una mano,
Hizo que descargase el golpe en vano.

Llegó el cuchillo al suelo, y gran pedazo,
Aunque era duro, en él quedo enterrado,
Y en este impedimento y embarazo
Fué Tucapel herido por un lado;
De suerte que el siniestro guardabrazo
Con la carne al través cayó cortado,
Y procurando segundar no pudo,
Que vió calar el gran cuchillo agudo.

Debajo del escudo recogido
Rengo el desaforado golpe espera,
El cual fué en dos pedazos dividido
Con la cresta de acero y la mollera:
El bárbaro quedó desvanecido,
Y por poco en el suelo se tendiera,
Mas el esfuerzo raro y ardimiento
Venció al grave dolor y desatiento.

No por esto medroso se retira:
Antes hacer cruda venganza piensa,
Y así lleno de rabia, ardiendo en ira
Acrecentada por la nueva ofensa,
Furioso de revés un golpe tira
Con la estrema pujanza y fuerza inmensa,
Que á no topar tan fuerte la armadura
Le dividiera en dos por la cintura.

Metióse tan adentro, que no pudo
Salir del enemigo ya vecino,
Por lo cual arrojando el roto escudo
Valerse de los brazos le convino:
Tucapel, que robusto era y membrudo,
Al mismo tiempo le salió al camino,
Echándole los suyos de manera
Que un grueso y duro roble deshiciera.

Pero topó con Rengo, que ninguno
Le llevaba ventaja en la braveza,
De diez, de seis, de dos él era el uno
De mas agilidad y fortaleza:
Llegados á las presas, cada uno
Con viva fuerza y con igual destreza,
Tientan y buscan de una y de otra parte
El modo de vencer la industria y arte.

Así que, pecho á pecho forcejando
Andaban con furioso movimiento,
Tanto los duros brazos añudando
Que apenas recibir pueden aliento;
Y al arte nuevas fuerzas ayuntando
Aspira cada cual al vencimiento,
Procurando por fuerza, como digo,
De poner en el suelo al enemigo.

Era cierto espectáculo espantoso
Verlos tan recia y duramente asidos,
Llenos de sangre y de un sudor copioso,
Los rostros y los ojos encendidos,
El aliento ya grueso y presuroso,
El forcejar, gemir y los ronquidos,
Sin descansar un punto en todo el dia,
Ni haber ventaja alguna ó mejoría.

Mas Tucapel ardiendo en viva saña,
Teniéndose por flojo y afrentado,
Ara y revuelve toda la campaña
Cargando recio deste y de aquel lado:
Rengo, con gran destreza y cauta maña
Recogido en su fuerza y reportado,
Su opinion y propósito sostiene,
Y en igual esperanza se mantiene.

Viendo pues al contrario algo metido
Le quiso rebatir el pié derecho;
Mas Tucapel á tiempo recogido
Lo suspende de tierra sobre el pecho,
Y entre los duros músculos ceñido
Le estremece, sacude y tiene estrecho,
Tanto que con el recio apretamiento
No le deja tomar tierra ni aliento.

Creyendo de aquel modo fácilmente
Dar fin al hecho y rematar la guerra,
Rengo que era diestrísimo y valiente
Hizo con fuerza pié cobrando tierra;
Y de rabiosa cólera impaciente
De un fuerte rodeon se desafierra,
Llevándose en las manos apretado
Cuanto en la dura presa habia agarrado.

Fué Tucapel un rato descompuesto
Dando al un lado y otro zancadillas,
Y Rengo de la fuerza que habia puesto
Hincó en el suelo entrambas las rodillas:
Ambos corrieron á las armas presto
Rajando los escudos en astillas,
Con tempestad de golpes presurosos,
Mas fuertes que al principio y mas furiosos.

Estaban los presentes admirados
De aquel duro teson y valentía,
Viéndolos en mil partes ya llagados,
Y la sangre que el suelo humedecia,
Los arneses y escudos destrozados,
Y que ningun partido y medio habia,
Sino solo quedar el uno muerto,
Aunque morir los dos era mas cierto.

Dió Rengo á Tucapel una herida
Cogiéndole al soslayo la rodela,
Que aunque de gruesos cercos guarnecida
Entró como si fuera blanda suela:
No quedó allí la espada detenida,
Que gran parte cortó de la escarcela,
Y un doble zaragüel de ñudo grueso
Penetrando la carne hasta el hueso.

No se vió corazon tan sosegado
Que no diese en el pecho algun latido,
Viendo la horrenda muestra y rostro airado
Del impaciente bárbaro ofendido,
Que el roto escudo lejos arrojado,
De un furor infernal ya poseido,
De suerte alzó la espada, que yo os juro
Que nadie allí pensó quedar seguro.

¡Guarte, Rengo, que baja, aguarda, aguarda,
Con gran rigor y furia acelerada
El golpe de la mano mas gallarda
Que jamás gobernó bárbara espada!
Mas quien el fin deste combate aguarda
Me perdone, si dejo destroncada
La historia en este punto, porque creo
Que así me esperará con gran deseo.

CANTO XXX

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo; asimismo lo que Pran araucano pasó con el indio Andresillo, yanacona de los españoles

Cualquiera desafío es reprobado
Por ley divina y natural derecho,
Cuando no va el designio enderezado
Al bien comun y universal provecho;
Y no por causa propia y fin privado,
Mas por autoridad pública hecho,
Que es la que en los combates y estacadas
Justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafío
Es de derecho y de costumbre usada,
Pues con el ser del hombre y albedrío
Juntamente la ira fué criada;
Pero sujeta al freno y señorío
De la razon, á quien encomendada
Quedó para que así lo corrigiese,
Que los términos justos no escediese.

Y el profeta nos da por documento,
Que en ocasion y á tiempo nos airemos:
Pero con tal templanza y regimiento,
Que de la raya y punto no pasemos:
Pues, dejados llevar del movimiento
El ser y la razon de hombres perdemos,
Y es visto que difieren en muy poco
El hombre airado y el furioso loco.

Y aunque se diga y es verdad que sea
Impetu natural el que nos lleva,
Y por la alteracion de ira se vea
Que á combatir la voluntad se mueva,
La ejecucion, el acto, la pelea,
Es lo que se condena y se reprueba,
Cuando aquella pasion que nos induce
Al yugo de razon no se reduce.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Era cierto espectáculo espantoso
Verlos tan recia y duramente asidos,
Llenos de sangre y de un sudor copioso,
Los rostros y los ojos encendidos,
El aliento ya grueso y presuroso,
El forcejar, gemir y los ronquidos,
Sin descansar un punto en todo el dia,
Ni haber ventaja alguna ó mejoría.

Mas Tucapel ardiendo en viva saña,
Teniéndose por flojo y afrentado,
Ara y revuelve toda la campaña
Cargando recio deste y de aquel lado:
Rengo, con gran destreza y cauta maña
Recogido en su fuerza y reportado,
Su opinion y propósito sostiene,
Y en igual esperanza se mantiene.

Viendo pues al contrario algo metido
Le quiso rebatir el pié derecho;
Mas Tucapel á tiempo recogido
Lo suspende de tierra sobre el pecho,
Y entre los duros músculos ceñido
Le estremece, sacude y tiene estrecho,
Tanto que con el recio apretamiento
No le deja tomar tierra ni aliento.

Creyendo de aquel modo fácilmente
Dar fin al hecho y rematar la guerra,
Rengo que era diestrísimo y valiente
Hizo con fuerza pié cobrando tierra;
Y de rabiosa cólera impaciente
De un fuerte rodeon se desafierra,
Llevándose en las manos apretado
Cuanto en la dura presa habia agarrado.

Fué Tucapel un rato descompuesto
Dando al un lado y otro zancadillas,
Y Rengo de la fuerza que habia puesto
Hincó en el suelo entrambas las rodillas:
Ambos corrieron á las armas presto
Rajando los escudos en astillas,
Con tempestad de golpes presurosos,
Mas fuertes que al principio y mas furiosos.

Estaban los presentes admirados
De aquel duro teson y valentía,
Viéndolos en mil partes ya llagados,
Y la sangre que el suelo humedecia,
Los arneses y escudos destrozados,
Y que ningun partido y medio habia,
Sino solo quedar el uno muerto,
Aunque morir los dos era mas cierto.

Dió Rengo á Tucapel una herida
Cogiéndole al soslayo la rodela,
Que aunque de gruesos cercos guarnecida
Entró como si fuera blanda suela:
No quedó allí la espada detenida,
Que gran parte cortó de la escarcela,
Y un doble zaragüel de ñudo grueso
Penetrando la carne hasta el hueso.

No se vió corazon tan sosegado
Que no diese en el pecho algun latido,
Viendo la horrenda muestra y rostro airado
Del impaciente bárbaro ofendido,
Que el roto escudo lejos arrojado,
De un furor infernal ya poseido,
De suerte alzó la espada, que yo os juro
Que nadie allí pensó quedar seguro.

¡Guarte, Rengo, que baja, aguarda, aguarda,
Con gran rigor y furia acelerada
El golpe de la mano mas gallarda
Que jamás gobernó bárbara espada!
Mas quien el fin deste combate aguarda
Me perdone, si dejo destroncada
La historia en este punto, porque creo
Que así me esperará con gran deseo.

CANTO XXX

Contiene este canto el fin que tuvo el combate de Tucapel y Rengo; asimismo lo que Pran araucano pasó con el indio Andresillo, yanacona de los españoles

Cualquiera desafío es reprobado
Por ley divina y natural derecho,
Cuando no va el designio enderezado
Al bien comun y universal provecho;
Y no por causa propia y fin privado,
Mas por autoridad pública hecho,
Que es la que en los combates y estacadas
Justifica las armas condenadas.

Muchos querrán decir que el desafío
Es de derecho y de costumbre usada,
Pues con el ser del hombre y albedrío
Juntamente la ira fué criada;
Pero sujeta al freno y señorío
De la razon, á quien encomendada
Quedó para que así lo corrigiese,
Que los términos justos no escediese.

Y el profeta nos da por documento,
Que en ocasion y á tiempo nos airemos:
Pero con tal templanza y regimiento,
Que de la raya y punto no pasemos:
Pues, dejados llevar del movimiento
El ser y la razon de hombres perdemos,
Y es visto que difieren en muy poco
El hombre airado y el furioso loco.

Y aunque se diga y es verdad que sea
Impetu natural el que nos lleva,
Y por la alteracion de ira se vea
Que á combatir la voluntad se mueva,
La ejecucion, el acto, la pelea,
Es lo que se condena y se reprueba,
Cuando aquella pasion que nos induce
Al yugo de razon no se reduce.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Por donde claramente, si se mira,
Parece como parte conveniente
Ser en el hombre natural la ira,
En cuanto á la razon fuere obediente;
Y en la causa comun puesta la mira,
Puede con tal campion el combatiente
Usar della en el tiempo necesario,
Como contra legítimo adversario.

Mas si es el combatir por gallardía,
O por jatancia vana ó alabanza,
O por mostrar la fuerza y valentía,
O por rencor, por odio, ó por venganza,
Si es por declaracion de la porfía...
Remitiendo á las armas la probanza,
Es el combate injusto, es prohibido,
Aunque esté en la costumbre recibido.

Tenemos hoy la prueba aquí en la mano
De Rengo y Tucapel, que peleando
Por solo presuncion y orgullo vano
Como fieras se están despedazando,
Y con protervia y ánimo inhumano
De llegarse á la muerte trabajando,
Estaban ya los dos tan cerca de ella,
Cuanto lejos de justa su querella.

Digo que los combates aunque usados,
Por corrupcion del tiempo introducidos,
Son de todas las leyes condenados
Y en razon militar no permitidos,
Salvo en algunos casos reservados,
Que serán á su tiempo referidos:
Materia á los soldados importante,
Segun que lo veremos adelante.

Déjolo aquí indeciso, porque viendo
El brazo en alto á Tucapel alzado,
Me culpo, me castigo y reprehendo
De haberlo tanto tiempo así dejado;
Pero á la historia y narracion volviendo
Me oistes ya gritar á Rengo airado
Que bajaba sobre él la fiera espada
Por el gallardo brazo gobernada.

El cual viéndose junto, y que no pudo
Huir del grave golpe la caida,
Alzó con ambas manos el escudo,
La persona debajo recogida:
No se detuvo en él el filo agudo,
Ni bastó la celada aunque fornida,
Que todo lo cortó, y llegó á la frente,
Abriendo una abundante y roja fuente.

Quedó por grande rato adormecido,
Y en pié difícilmente se detuvo,
Que del recio dolor desvanecido
Fuera de acuerdo vacilando anduvo:
Pero volviendo á tiempo en su sentido,
Visto el último término en que estuvo;
De manera cerró con Tucapelo,
Que estuvo en punto de batirle al suelo.

Hallóle tan vecino y descompuesto,
Que por poco le hubiera trabucado,
Que de la gran pujanza que habia puesto
Anduvo de los piés desbaratado;
Pero volviendo á recobrarse presto
Viéndose del contrario así aferrado,
Le echó los fuertes y ñudosos brazos,
Pensando deshacerle en mil pedazos.

Y con aquella fuerza sin medida
Le suspende, sacude y le rodea;
Mas Rengo la persona recogida
La suya á tiempo y la destreza emplea:
No la falta de sangre allí vertida,
Ni el largo y gran teson en la pelea
Les menguaba la fuerza y ardimiento,
Antes iba el furor en crecimiento.

En esto Rengo, á tiempo el pié trocado,
Del firme Tucapel ciñó el derecho,
Y entre los duros brazos apretado
Cargó sobre él con fuerza el duro pecho:
Fué tanto el forcejar, que ambos de lado
Sin poderlo escusar, á su despecho
Dieron á un tiempo en tierra, de manera
Como si un muro ó torreon cayera.

Pero con rabia nueva y mayor fuego
Comienzan por el campo á revolcarse,
Y con puños de tierra á un tiempo luego
Procuran y trabajan por cegarse:
Tanto que al fin el uno y otro ciego
No pudiendo del hierro aprovecharse,
Con las agudas uñas y los dientes
Se muerden y apedazan impacientes.

Así fieros, sangrientos y furiosos,
Cuál ya debajo, cuál ya encima andaban,
Y los roncos aceros presurosos
Del apretado pecho resonaban;
Mas no por esto un punto vigorosos
En la rabia y el ímpetu aflojaban,
Mostrando en el teson y larga prueba
Criar aliento nuevo y fuerza nueva.

Eran pasadas ya tres horas, cuando
Los dos campiones de valor iguales,
En la creciente furia declinando
Dieron muestra y señal de ser mortales:
Que las últimas fuerzas apurando
Sin poderse vencer, quedaron tales,
Que ya en parte ninguna se movian,
Y mas muertos que vivos parecian.

Estaban par á par desacordados,
Faltos de sangre, de vigor y aliento,
Los pechos garleando levantados,
Llenos de polvo y de sudor sangriento,
Los brazos y los piés enclavijados,
Sin muestra ni señal de sentimiento,
Aunque de Tucapel pudo notarse
Haber mas porfiado á levantarse.

La pierna diestra y diestro brazo echado
Sobre el contrario á la sazon tenia,
Lo cual de sus amigos fué juzgado
Ser notoria ventaja y mejoría;
Y aunque esto es hoy de muchos disputado
Ninguno de los dos se rebullia,
Mostrando ambos de vivos solamente
El ronco acento y corazon latiente.

El gran Caupolicano, que asistiendo
Como jüez de la batalla estaba,
El grave caso y pérdida sintiendo
Apriesa en la estacada plaza entraba:
El cual sin detenerse un punto viendo
Que alguna sangre y vida les quedaba,
Los hizo levantar en dos tablones
A doce los mas inclitos varones.

Y siguiendo detrás con todo el resto
De la nobleza y gente mas preciada,
Fué con honra solene y pompa puesto
Cada cual en su tienda señalada:
Donde acudiendo á los remedios presto,
Y la sangre con tiempo restañada,
La cura fué de suerte que la vida
Les fué en breve sazon restituïda.

Pasado el punto y término temido,
Iban los dos á un tiempo mejorando,
Aunque del casco Tucapel sentido
No dejaba curarse braveando;
Pero el prudente general sufrido
Con blandura la cólera templando,
Así de poco en poco le redujo,
Que á la razon doméstico le trujo.

Quedó entre ellos la paz establecida,
Y con solemnidad capitulado
Que en todo lo restante de la vida
No se tratase mas de lo pasado;
Ni por cosa de nuevo sucedida
En público lugar ni reservado
Pudiesen combatir ni armar cuestiones,
Ni atravesarse en dichos ni en razones.

Mas siempre como amigos generosos
En todas ocasiones se tratasen,
Y en los trances y casos peligrosos
Se acudiesen á tiempo y ayudasen.
Contenidos así los dos famosos,
Porque mas los conciertos se afirmasen,
Comieron y bebieron juntamente
Con grande aplauso y fiesta de la gente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Dejarélos aquí desta manera
En su conformidad y ayuntamiento,
Que me importa volver á la ribera
Del rio, que muda nombre en cada asiento;
Pues ha mucho que falto y ando fuera
De nuestro molestado alojamiento,
Para decir el punto en que se halla
Después del trance y última batalla.

Luego que la victoria conseguimos
Con mas pérdida y daño que ganancia,
Al fuerte á mas andar nos recogimos,
Que estaba del lugar larga distancia;
Y aunque poco después, señor, tuvimos
Otros muchos rencuentros de importancia
No sin costa de sangre y gran trabajo,
Iré por no cansaros al atajo.

Y pasando en silencio otra batalla
Sangrienta de ambas partes y reñida,
Que aunque por no ser largo aquí se calla,
Será de otro escritor encarecida;
Vista de municion y vitualla
La plaza por dos meses bastecida,
Pareció por entonces provechoso
Dejar por capitán allí á Reinoso.

Que las demás ciudades trabajadas
De las pasadas guerras nos llamaban,
Y las leyes sin fuerza arrinconadas,
Aunque mudas, de lejos voceaban:
Las cosas de su asiento desquiciadas,
Todos sin gobernar se gobernaban,
Estando de perderse el reino á canto
Por falta de gobierno, habiendo tanto.

Mas viendo la comarca tan poblada,
Fértil de todas cosas y abundante,
Para fundar un pueblo aparejada,
Y el sitio á la sazon muy importante,
Quedó primero la ciudad trazada,
De la cual hablaremos adelante,
Que aunque de buen principio y fundamento
Mudó después el nombre y el asiento.

Dejando pues en guarda de la tierra
Los mas diestros y pláticos soldados,
En orden de batalla y son de guerra
Rompimos por los términos vedados;
Y atravesando de Purén la sierra
De la hambre y las armas fatigados,
A la Imperial llegamos salvamente,
Donde hospedada fué toda la gente.

Puso el gobernador luego en llegando
En libertad las leyes oprimidas,
La justicia y costumbres reformando
Por los turbados tiempos corrompidas;
Y el esceso y desórdenes quitando
De la nueva codicia introducidas,
En todo lo demás por buen camino
Dió la traza y asiento que convino.

No habiamos aun los cuerpos satisfecho
Del sueño y hambre misera transida,
Cuando tuvimos nueva que de hecho
Toda la tierra en torno removida,
Rota la tregua y el contrato hecho,
Viendo así nuestra fuerza dividida,
Ayuntaban la suya con motivo
De no dejar presidio ni hombre vivo.

Luego pues hasta treinta apercibidos
De los que mas en orden nos hallamos,
Por la espesura de Tirú metidos
La barrancosa tierra atravesamos;
Y los tomados pasos desmentidos,
No con pocos rebatos arribamos
Sin parar ni dormir noche ni dia
Al presidio español y compañía.

Donde ya nuestra gente habia tenido
Nueva del trato y tierra rebelada,
Que por estraño caso acontecido
De la junta y designio fué avisada;
Y habiendo alegremente agradecido
El socorro y ayuda no pensada,
Nos dió del caso relación entera,
El cual pasa, señor, desta manera.

El araucano ejército entendiendo
Que su próspera suerte declinaba,
Y que Caupolicán iba perdiendo
La gran figura en que primero estaba:
En secretos concilios discurriendo,
Del capitán ya odioso murmuraba,
Diciendo que la guerra iba á lo largo
Por conservar la dignidad del cargo.

No con tan suelta voz y atrevimiento,
Que el mas libre y osado no temiese
Y del menor edicto y mandamiento
Cuanto una sola mínima escediese:
Que era tanto el castigo y escarmiento
Que no se vió jamás quien se atreviese
A reprobar el orden por él dado,
Segun era temido y respetado.

Pero temiendo al fin como prudente
El revolver del hado incontrastable,
Y la poca obediencia de su gente
Viéndole ya en estado miserable;
Que la buena fortuna fácilmente
Lleva siempre tras sí la fe mudable,
Y un mal suceso y otro cada dia
La mas ardiente devocion resfría:

Quiso dando otro tiento á la fortuna,
Que del todo con él se declarase,
Y no dejar remedio y cosa alguna
Que para su descargo no intentase:
Entre muchas al fin resuelto en una
Antes que su intencion comunicase,
Con la presteza y orden que convino
De municiones y armas se previno.

No dando pues lugar con la tardanza
A que el miedo el peligro examinase,
Y algún suceso y súbita mudanza
Los ánimos del todo resfriase,
Con animosa muestra y confianza
Mandó que de la gente se aprestase
Al tiempo y hora del silencio mudo,
El mas copioso ejército que pudo.

Hizo una larga plática al senado,
En la cual resolvió que convenia
Dar el asalto al fuerte, por el lado
De la posta de Ongolmo al mediodía:
Que de cierto espion era avisado
Cómo la gente que en defensa habia,
Demas estar segura y descuidada,
Era poca, bisoña y desarmada.

Que el capitán ausente habia llevado
La plática en la guerra y escogida,
De no volver atras determinado,
Hasta dejar la tierra reducida;
Y en las nuevas conquistas ocupado
Sin poder ser la plaza socorrida,
En breve por asalto fácilmente
Podian entrarla y degollar la gente.

Fué tan grave y severo en sus razones,
Y tal la autoridad de su presencia,
Que se llevó los votos y opiniones
En gran conformidad sin diferencia,
Y con ánimo y firmes intenciones
Le juraron de nuevo la obediencia,
Y de seguir, hasta morir de veras,
En entrambas fortunas sus banderas.

Luego Caupolicano resoluto
Habló con Pran, soldado artificioso,
Simple en la muestra, en el aspecto bruto,
Pero agudo, sutil y cauteloso,
Prevenido, sagaz, mañoso, astuto,
Falso, disimulado, malicioso,
Lenguaz, ladino, prático, discreto,
Cauto, pronto, solícito y secreto.

El cual, en puridad bien instruïdo
En lo que el arduo caso requeria,
De pobre ropa y parecer vestido,
Del presidio español tomó la via;
Y fingiendo ser indio foragido
Se entró por la cristiana ranchería
Entre los indios mozos de servicio,
Dando en la simple muestra dello indicio.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Debajo de la cual miraba atento
Sin mostrar atencion lo que pasaba
Y con disimulado advertimiento
Los ocultos designios penetraba:
Tal vez entrando en el guardado asiento
En la figura rústica notaba
La gente, armas, el orden, sitio y traza,
Lo mas fuerte y lo flaco de la plaza.

Por otra parte oyendo y preguntando
A las personas menos recatadas
Iba mañosamente escudriñando
Los secretos y cosas reservadas;
Y aquí y allí los ánimos tentando,
Buscaba con razones disfrazadas
Vaso capaz y suficiente seno
Donde vaciar pudiese el pecho lleno.

Tentando pues los vados y el camino
Por donde el trato fuese mas cubierto,
De tiento en tiento y lance en lance vino
A dar consigo en peligroso puerto:
Que engañado de un bárbaro ladino
Andresillo llamado, de concierto
Salieron juntos á buscar comida,
Cosa á los yanaconas permitida.

Y con dobles y equívocas razones
Que Pran á su propósito traia,
Vino el otro á decir las vejaciones
Que el araucano estado padecia:
Los insultos, agravios, sinrazones,
Las muertes, robos, fuerza y tirania,
Trayendo á la memoria lastimada
El bien perdido y libertad pasada.

Visto el crédulo Pran que habia salido
Tan presto el falso amigo á la parada,
Hallando voluntad y grato oido,
Y el tiempo y la ocasión aparejada,
De la engañosa muestra persuadido
El disfrace y la máscara quitada,
Abrió el secreto pecho y echó fuera
La encubierta intencion desta manera,

Diciéndole: «Si sientes ¡oh soldado!
La pérdida de Arauco lamentable,
Y el infelice término y estado
De nuestra opresa patria miserable,
Hoy la fortuna y poderoso hado
Mostrándonos el rostro favorable,
Ponen solo en tu mano libremente
La vida y salvación de tanta gente.

»Que el gran Caupolicano, que en la tierra
Nunca ha sufrido igual, ni competencia,
Y en paz ociosa y en sangrienta guerra
Tiene el primer lugar y la obediencia,
Quiere, viendo el valor que en tí se encierra,
Tu industria grande y grande suficiencia,
Fiar en ocasión tan oportuna
El estado comun de tu fortuna.

»Y que á tí como á causa se atribuya
El principio y el fin de tan gran hecho,
Siendo toda la gloria y honra tuya,
Tuya la autoridad, tuyo el provecho:
Sola una cosa quiere que sea suya,
Con la cual queda ufano y satisfecho,
Que es haber elegido tal sujeto
Para tan grande y importante efeto.

»Pues á tí libremente cometido
Puede suceso próspero esperarse,
Y á tu dichosa y buena suerte asido
Quiere llevado della aventurarse;
Y así en figura humilde revestido,
Porque de mí no puedan recatarse,
Vengo cual ves, para que deste modo
Te dé yo parte dello y seas el todo.

»Haciéndote saber cómo querria,
Si no es de algun oculto inconveniente,
Dar el asalto al fuerte al mediodía
Con furia grande y número de gente,
Por haberle avisado cierta espía
Que en aquella sazon seguramente
Descansan en sus lechos los soldados
De la molesta noche trabajados.

»Y sin recato la ferrada puerta,
No siendo á nadie entonces reservada,
Franca de par en par siempre está abierta.
Y la gente durmiendo descuidada:
La cual de salto fácilmente muerta
Y la plaza después desmantelada,
En la región antártica no queda
Quien resistir nuestra pujanza pueda.

»Así que, de tu ayuda confiado,
Que todo se lo allana y asegura,
Cerca de aquí tres leguas ha llegado
Cubierto de la noche y sombra escura:
Adonde de su ejército apartado
Debajo de palabra y fe segura
Quiere comunicar solo contigo
Lo que sumariamente aquí te digo.

»Ensancha, ensancha el pecho, que si quieres
Gozar desta ventura prometida,
Demás del grande honor que consiguieres
Siendo por tí la patria redimida,
Solo á tí deberás lo que tuvieres,
Y á tí te deberán todos la vida,
Siendo siempre de nos reconocido
Haberla de tu mano recibido.

»Mira pues lo que desto te parece;
Conoce el tiempo y la ocasion dichosa;
No seas ingrato al cielo que te ofrece
Por solo que la acetes tan gran cosa;
Da la mano á tu patria, que perece
En dura servidumbre vergonzosa,
Y pide aquello que pedir se puede,
Que todo desde aquí se te concede.»

Dió fin con esto á su razon atento
Al semblante del indio sosegado,
Que sin alteracion y movimiento
Hasta acabar la plática habia estado:
El cual con rostro y parecer contento,
Aunque con pecho y ánimo doblado,
A las ofertas y razon propuesta
Dió sin mas detenerse esta respuesta:

«¡Quién pudiera aquí dar bastante indicio
De mi intrínseco gozo y alegría,
De ver que está en mi mano el beneficio
De la cara y amada patria mia!
Que ni riqueza, honor, cargo ni oficio,
Ni el gobierno del mundo y monarquía
Podrán tanto conmigo en este hecho,
Cuanto el comun y general provecho.

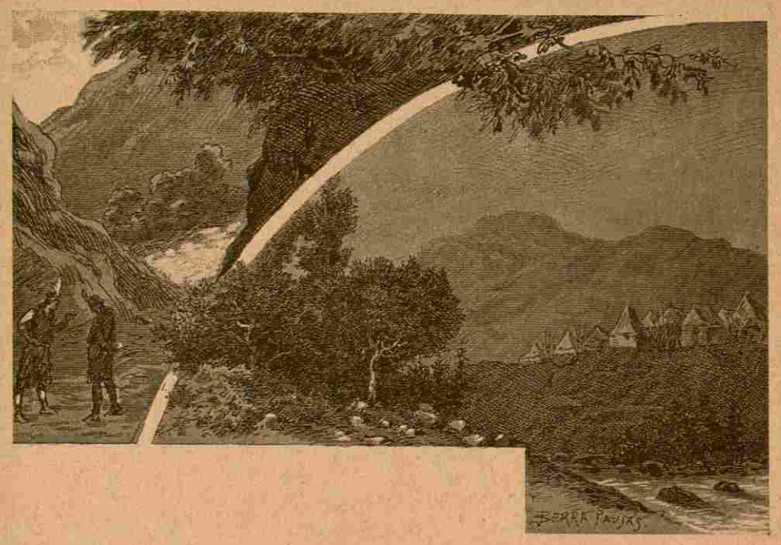
»Que sufrir no se puede la insolencia
Desta ambiciosa gente desfrenada,
Ni el disoluto imperio y la violencia
Con que la libertad tiene usurpada:
Por lo cual la divina Providencia
Tiene ya la sentencia declarada,
Y el ejemplar castigo merecido
Al araucano brazo cometido.

»Vuelve á Caupolicán, y de mi parte
Mi pronta voluntad le ofrece cierta,
Que cuanto en esto quieras alargarte,
Te sacaré yo á salvo de la oferta;
Y mañana sin duda, por la parte
De la inculta marina mas desierta,
Seré con él, do trataremos largo
Desto que desde aquí tomo á mi cargo.

»Por la sospecha que nacer podria,
Será bien que los dos nos apartemos,
Y deshecha por hoy la compañía
Adonde nos aguardan arribemos:
Que mañana despacio al mediodía
Con mayor libertad nos hablaremos,
Y de mí quedarás mas satisfecho:
Adios, que es tarde; adios, que es largo el trecho.

Así luego partieron el camino,
Llevándole diverso y diferente,
Que el uno al araucano campo vino,
Y el otro adonde estaba nuestra gente:
El cual con gozo y ánimo malino
Hablando al capitán secretamente
Le dijo punto á punto todo cuanto
Oirá quien escuchare el otro canto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



CANTO XXXI

Cuenta Andresillo á Reinoso lo que con Pran dejaba concertado; habla con Caupolicán cautelosamente el cual engañado viene sobre el fuerte, pensando hallar á los españoles durmiendo

La mas fea maldad y condenada,
Que mas ofende la bondad divina,
Es la traicion sobre amistad forjada,
Que al cielo, tierra y al infierno indina:
Que aunque el señor de la traición se agrada,
Quiere mal al traidor, y le abomina;
Tal es este nefario maleficio,
Que indigna al que recibe el beneficio.

Raras veces vereis que el alevoso
En estado seguro permanece;
De nadie amado, á todo el mundo odioso,
Que el mismo interesado le aborrece:
Amigo en todo tiempo sospechoso,
Aunque trate verdad no lo parece,
Y al cabo no se escapa del castigo
Que la misma maldad lleva consigo.

Si en ley de guerra es pérfido el que ofende
Debajo de seguro al enemigo,
¿Qué será aquel que al enemigo vende
La libertad y sangre del amigo,
Y que él con rostro de leal pretende
Ser traidor á su patria como digo,
Poniéndole con odio y rabia tanta
El agudo cuchillo á la garganta?

Guardarse puede el sabio recatado
Del público enemigo conocido,
Del perverso, insolente, del malvado,
Pero no del traidor nunca ofendido,
Que en hábito de amigo disfrazado,
El desnudo puñal lleva escondido:
No hay contra el desleal seguro puerto,
Ni enemigo mayor que el encubierto.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

La prueba es Andresillo, que dejaba
Al amigo engañado y satisfecho,
El cual con la gran priesa que llevaba
En poco espacio atravesó gran trecho;
Y puesto ante Reinoso, el cual estaba
Seguro y descuidado de aquel hecho,
Preciándose el traidor de su malicia,
Della y de la traición le dió noticia,

Diciéndole: «Sabrás que usando el hado
Hoy de piadoso término contigo,
Las cosas de manera ha rodeado
Que puedo serte provechoso amigo:
Pues en mi voluntad libre ha dejado
La muerte ó salvación de tu enemigo,
Remitiendo á las manos de Andresillo
La arbitraria sentencia y el cuchillo.

»Mas negando la deuda y fe debida
A mi tierra y nacion por tu respeto,
Quiero, señor, sacrificar la vida
Por escapar la tuya deste aprieto;
Y en contra de mi patria aborrecida
Volver las armas y áspero decreto,
Desvïando gran número de espadas
Que están á tu costado enderezadas.»

Tras esto allí le dijo todo cuanto
Con Pran le sucedió y habeis oido,
Que si me acuerdo en el pasado canto
Lo tengo largamente referido:
Quedó Reinoso atónito de espanto,
Y con ánimo y rostro agradecido
Los lazos amorosos le echó al cuello
Dándole encarecidas gracias dello.

Y alabando la astucia y artificio
Con que del trato doble usado habia,
Exageró el famoso y gran servicio
Que á todo el reino y cristiandad hacia,
Diciendo, que tan grande beneficio
Siempre en nuestra memoria duraria,
Y con honroso premio de presente
Seria remunerado largamente.

Quedaron pues de acuerdo que otro dia
Sin que noticia dello á nadie diese,
En el tiempo y lugar que puesto habia
Con el vecino capitán se viese,
Que de la vista y habla entenderia
Lo que mas al negocio conviniese,
Trayéndole por mañas y rodeo
Al esperado fin de su deseo.

Hízolo pues así; pero antes desto,
A la salida de un espeso valle,
Halló al amigo en centinela puesto
Esperándole ya para guialle,
Donde Caupolicán con ledo gesto
Saliendo algunos pasos á encontralle,
Adelantado un trecho de su gente
Le recibió amorosa y cortesmente,

Diciendo: «¡Oh capitán! hoy por el cielo
En esta dignidad constituido,
A quien la redención del patrio suelo
Justa y méritamente ha cometido:
Bien sé que solo con honrado celo,
De virtud propria y de valor movido,
Aspiras arribar do ningun hombre
Tendrá puesto adelante mas su nombre.

»Y habiendo de tu pecho penetrado
El intento y designio valeroso,
De tu fortuna próspera guiado,
Que promete suceso venturoso,
Estoy resuelto, estoy determinado
Que con golpe de gente numeroso
Demos, siendo tú solo nuestro guía,
Sobre el fuerte español á mediodía.

»Para lo cual ha sido mi venida
Sorda y secretamente en esta parte,
Donde siendo tu boca la medida
Quiero del justo premio asegurarte;
Y ver si á tí esta empresa cometida
Quieres della y nosotros encargarte,
Dando como cabeza y dueño en todo
El orden, la instruccion, la traza y modo.

»Que demás de las honras, te aseguro
De parte del senado un señorío,
Y por el fuerte Eponamon te juro
Que esto será escogido á tu albedrío;
En tus manos me pongo y aventuro,
Y á tu buen parecer remito el mio,
Para que des el orden que convenga,
Y el esperado bien no se detenga.

»Pues con tu ayuda y mi esperanza cierta
Que me prometen próspera jornada,
En una parte oculta y encubierta
Tengo cerca de aquí mi gente armada;
Y antes que sea de algunos descubierta,
Y la plaza enemiga preparada,
Que es el peligro solo que esto tiene,
Apresurar la ejecucion conviene.

»Resuélvete, ó varon, y determina
Como de tí se espera brevemente,
Que detrás deste monte á la marina
Está el copioso ejército obediente;
Y porque puedas ver la disciplina,
Los ánimos, las armas y la gente,
Podrás llegar allá, que aquí te aguardo
Con esperanza y ánimo gallardo.»

El traidor pertinaz que atento estaba
A cuanto el general le prometia,
No la oferta, ni el premio le mudaba
De la fea maldad que cometia;
Bien que algun tanto tímido dudaba
Viendo de aquel varon la valentía,
El ser gallardo y el feroz semblante,
La proporcion y miembros de gigante.

Venia el robusto y grande cuerpo armado
De una fuerte coraza barreada,
Con un drago escamoso relevado
Sobre el alto creston de la celada;
En la derecha su baston ferrado,
Ceñida al lado una tajante espada,
Representando en talle y apostura
Del furibundo Marte la figura.

Visto por Andresillo cuán barato
Podia salir con el malvado hecho,
Teniendo en su traicion y doble trato
Andado en poco tiempo tanto trecho,
Con alegre semblante y rostro grato,
Aunque con doble y engañoso pecho,
Hincando ambas rodillas en el llano,
Tal respuesta volvió á Caupolicano:

»¡Oh gran Apó! No pienses que movido
Por honra, por riqueza ó por estado
A tus piés y obediencia soy venido
A servirte y morir determinado:
Que todo lo que aquí me has ofrecido,
Y lo que puede ser mas deseado
No me provoca tanto, ni me instiga,
Cuanto la gran razon que á ello me obliga.

»Gracias al cielo doy, pues mi esperanza
En tu prudencia y gravedad fundada,
La siento ya con próspera bonanza
Ir al derecho puerto encaminada;
Y porque no nos dañe la tardanza,
Será bien que apresures la jornada,
Siguiendo la fortuna que se muestra
Declarada en favor de parte nuestra.

»Que nuestros enemigos sin recelo,
A las armas de noche acostumbrados,
Cuando va el sol en la mitad del cielo
Descansan en sus toldos desarmados;
Y desnudos y echados por el suelo
En vino y dulce sueño sepultados
Pasan la ardiente siesta en gran reposo,
Hasta que el sol declina caluroso.

»Y si estás, como dices, prevenido,
Y la gente vecina en ordenanza,
Que goces luego la ocasion te pido,
No dejando pasar esta bonanza;
Que el tiempo es malo de cobrar perdido
Mayormente si daña la tardanza,
Y pues no te detiene cosa alguna,
No detengas tus hados y fortuna.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Que á darte la victoria yo me obligo
No por el galardon que dello espero,
Que la virtud la paga trae consigo,
Y ella misma es el premio verdadero;
Basta lo que en servirte yo consigo,
Y así graciosamente me prefiero
De ponerte sin pérdida en la mano
La desnuda garganta del tirano

»Mañana disfrazado al tiempo cuando
Vaya el sol en mitad de su jornada
Vendrá á mi estancia Pran, donde aguardando
Estaré su venida deseada;
Y en el presidio y franca plaza entrando,
Verá la gente entonces entregada
Al ordinario y descuidado sueño,
Sin prevencion y al parecer sin dueño.

»Esta noche callada y quietamente
Desviada á la izquierda del camino,
Venga á ponerse en escuadron la gente,
Una milla del fuerte y mas vecino;
Y cuando asome el sol por el oriente
Echada en recogido remolino,
Bajas las armas por la luz del dia,
Aguarde allí el aviso y orden mia.

»Quiero ver, pues que dello eres servido,
Por ir del todo alegre y satisfecho,
Tu dichoso escuadron constituïdo
Para tan alto y señalado hecho:
Por quien Arauco ya restituïdo
En sus primeras fuerzas y derecho,
Echada la española tiranía
Estenderá su nombre y monarquía.»

Quedó Caupolicano de manera
Que tuvo el trato y hecho por seguro,
Diciéndole razones que moviera
No un corazon movible, pero un muro;
Y en señal de firmeza verdadera
Le dió un lucido llauto de oro puro,
Y un grueso mazo de chaquira prima,
Cosa entre ellos tenida en grande estima.

Y del alegre Pran acompañado
Al pié de un alto cerro montüoso,
Vió el araucano ejército emboscado
De brava gente y número copioso.
Quedó el traidor de verlo algo turbado,
Y en la falsa y mudable fe dudoso:
Que en el ánimo vario y movedizo
Hace el temor lo que virtud no hizo.

Pero ya la maldad apoderada,
Dándole espuelas y ánimo bastante,
La duda atropelló representada,
Llevando el mal propósito adelante:
Y así encubriendo la intencion dañada
Con mentirosas muestras y semblante
Loó el traidor encarecidamente
El sitio, el orden, armas y la gente.

Y después de inquirir y haber notado
Lo que notar entonces convenia,
Visto el grande aparato, y tanteado
La gente armada y cantidad que habia,
Advertido de todo y enterado
Llegó al presidio al rematar del dia,
Adonde le esperaba ya Reinoso
De su larga tardanza sospechoso.

Hizo con singular advertimiento
De su jornada relacion copiosa,
Dándole mayor ánimo y aliento
Nuestra llegada á tiempo provechosa;
Que si estuvisteis á mi canto atento,
Por la montaña y costa montüosa
Al socorro llegué aquel mismo dia
Con los treinta que dije en compañía.

Gastóse aquella noche previniendo
Las armas é instrumentos militares,
El foso, muro y plaza requiriendo,
Señalando á la gente sus lugares:
Hasta que fué la aurora descubriendo
Con turbia luz los hondos valladares,
Dando triste señal del dia esperado
Por tanta sangre y muerte señalado.

Jamás se vió en los términos australes
Salir el sol tan tardo á su jornada,
Rehusando de dar á los mortales
La claridad y luz acostumbrada;
Al fin salió cercado de señales,
Y la luna delante dél menguada,
Vuelto el mudable y blanco rostro al cielo,
Por no mirar al araucano suelo.

Hecha la prevencion en confianza
Por una y otra parte ocultamente,
Con iguales designios y esperanza
Aunque con hado y suerte diferente:
Veis aquí á Pran, que solo y á la usanza
De los mitayos indios diligente,
Cargado con un haz de blanco trigo
Viene á buscar al alevoso amigo,

Que á la salida de su rancho estaba
Mirando á los caminos ocupado,
Pareciéndole ya que se pasaba
El tiempo del concierto aun no llegado:
Tanto ya la maldad le aceleraba
De una furia maligna espoleado:
Que siempre en lo que mucho se desea
No hay brevedad que dilacion no sea.

Llegado Pran le aseguró de cierto
Que la gente en dos tercios dividida,
Habia el murado sitio descubierto
Sin ser de nadie vista ni sentida;
Y con paso callado y gran concierto
Doméstica, ordenada y recogida,
Los pechos y las armas arrastrando
Venia derecha al fuerte caminando.

Con muestra del designio diferente
Dió Andresillo señal de su alegría,
Diciendo, que sin duda nuestra gente
Ya segun su costumbre dormiria;
Luego disimulada y quietamente
Sin mas se detener, de compañía
Entraron en el fuerte preparado
El falso engañador y el engañado.

Vieron en sus estancias recogidos
Todos los oficiales y soldados,
Sobre sus lechos sin dormir dormidos
Con aviso y cuidado descuidados:
Los arneses acá desguarnecidos,
Los caballos allá desensillados,
Todo de industria al parecer revuelto,
En un mudo silencio y sueño envuelto.

Visto el reposo, Pran, visto el sosiego,
Y poca guardia que en el fuerte habia,
Alegre dello tanto, cuanto ciego
En no ver la sospecha que traia,
Sin detenerse un solo punto luego
Por una corta senda que él sabia,
Haciendo de sus piés y aliento prueba
Fué á dar al campo la esperada nueva.

Apenas habia el bárbaro traspuesto,
Cuando Andresilllo en tono levantado
Dijo: «¡Oh fuertes soldados, en quien puesto
Está el fin de la guerra deseado!
Tomad las vencedoras armas presto,
Y romped el silencio ya escusado,
Saliendo á toda priesa, porque os digo
Que á las puertas teneis al enemigo.»

Marinero jamás tan diligente
De entre la vedijosa bernia salta,
Cuando los gritos del piloto siente,
Y la borrasca súbita le asalta,
Como nosotros que lijeramente
Oyendo de Andresillo la voz alta,
De los toldos con ímpetu salimos,
Y á las vecinas armas acudimos.

Quién al usado peto arremetia,
Quién encaja la gola y la celada,
Quién ensilla el caballo, y quién salia
Con arcabuz, con lanza ó con espada;
Fué en un punto la gruesa artillería
A las abiertas puertas asestada,
Llenos de tiros mil de mil maneras
Los traveses, cortinas y troneras.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Puesta en orden la plaza, y encargando
Segun el puesto á cada cual su oficio,
El silencio importante encomendando
Trabó las lenguas y aquietó el bullicio,
Quedando aquel presidio tan callando
Que la gente estramuros de servicio,
Visto el sosiego y gran quietud, juzgaba
Que todo en igual sueño reposaba.

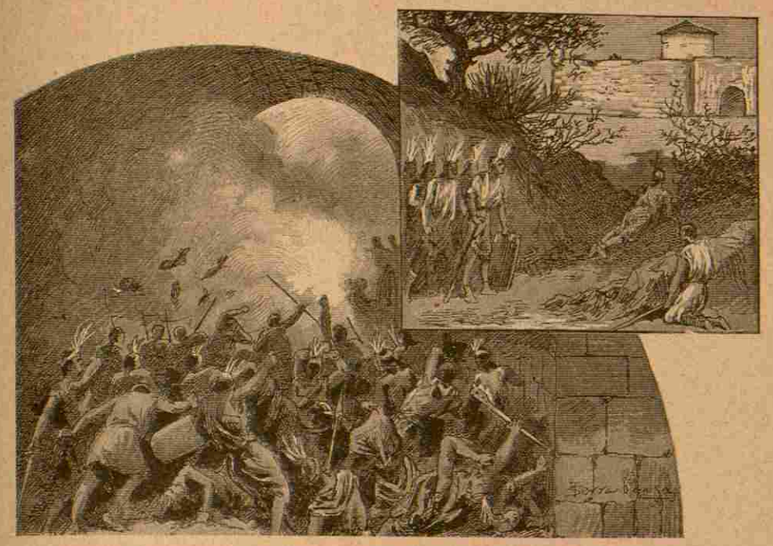
No fué Pran en el curso negligente;
Pues apenas estábamos armados,
Cuando los enemigos de repente
Se descubrieron cerca por dos lados:
Venian tan escondida y sordamente,
Bajas las armas y ellos inclinados,
Que entraran, si la vista ya no fuera
Mas presta que el oido y más lijera

Como el cursado cazador, que tiene
La caza y el lugar reconocido,
Que poco á poco el cuerpo bajo viene
Entre la yerba y matas escondido;
Ya apresura el andar, ya le detiene,
Mueve y asienta el paso sin ruído
Hasta ponerse cerca y encubierto,
Donde pueda hacer el tiro cierto:

Con no menor silencio y mayor tiento
Los encubiertos indios parecieron,
Y sobre nuestro fuerte en un momento
A treinta y menos pasos se pusieron:
De do sin son de trompa ni instrumento
En callado tropel arremetieron
Mas de dos mil en número á las puertas
Con mas cuidado que descuido abiertas.

No sé con qué palabras, con qué gusto
Este sangriento y crudo asalto cuente,
Y la lástima justa y odio justo,
Que ambas cosas concurren juntamente;
El ánimo ahora humano, ahora robusto
Me suspende y me tiene diferente:
Que si al piadoso celo satisfago,
Condeno y doy por malo lo que hago.

Si del asalto y ocasion me alejo,
Dentro della y del fuerte estoy metido;
Si en este punto y término lo dejo,
Hago y cumplo muy mal lo prometido;
Así dudoso el ánimo y perplejo
Destos juntos contrarios combatido,
Lo dejo al otro canto reservado,
Que de consejo estoy necesitado.



CANTO XXXII

Arremeten los araucanos el fuerte; son rebatidos con miserable estrago de su parte; Caupolicán se retira á la sierra deshaciendo el campo; cuenta don Alonso de Ercilla á ruego de ciertos soldados la verdadera historia y vida de Dido.

Escelente virtud, loable cosa,
De todos dignamente celebrada,
Es la clemencia ilustre y generosa,
Jamás en bajo pecho aposentada:
Por ella Roma fué tan poderosa,
Y mas gentes venció que por la espada,
Domó y puso debajo de sus leyes
La indómita cerviz de grandes reyes.

No consiste en vencer solo la gloria,
Ni está allí la grandeza y escelencia:
Sino en saber usar de la vitoria
Ilustrándola mas con la clemencia.
El vencedor es digno de memoria;
Que en la ira se hace resistencia,
Y es mayor la victoria del clemente,
Pues los ánimos vence juntamente.

Y así no es el vencer tan glorioso
Del capitán crüel, inexorable:
Que cuanto fuere menos sanguinoso,
Tanto será mayor y mas loable;
Y el correr del cuchillo riguroso
Mientras dura la furia es disculpable:
Mas pasado después á sangre fría
Es venganza, crueldad y tiranía.

La mucha sangre derramada ha sido,
Si mi juicio y parecer no yerra,
La que de todo en todo ha destruído
El esperado fruto desta tierra;
Pues con modo inhumano han escedido
De las leyes y términos de guerra,
Haciendo en las entradas y conquistas
Crüeldades inormes nunca vistas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Puesta en orden la plaza, y encargando
Segun el puesto á cada cual su oficio,
El silencio importante encomendando
Trabó las lenguas y aquietó el bullicio,
Quedando aquel presidio tan callando
Que la gente estramuros de servicio,
Visto el sosiego y gran quietud, juzgaba
Que todo en igual sueño reposaba.

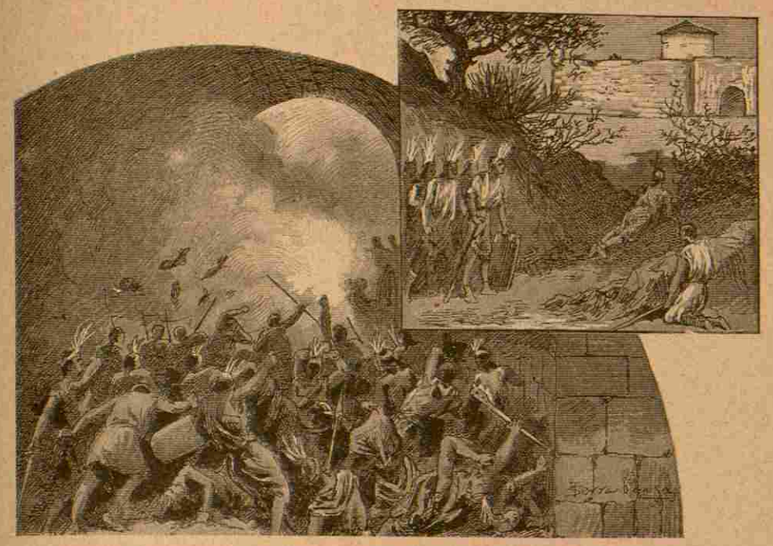
No fué Pran en el curso negligente;
Pues apenas estábamos armados,
Cuando los enemigos de repente
Se descubrieron cerca por dos lados:
Venian tan escondida y sordamente,
Bajas las armas y ellos inclinados,
Que entraran, si la vista ya no fuera
Mas presta que el oido y más lijera

Como el cursado cazador, que tiene
La caza y el lugar reconocido,
Que poco á poco el cuerpo bajo viene
Entre la yerba y matas escondido;
Ya apresura el andar, ya le detiene,
Mueve y asienta el paso sin ruído
Hasta ponerse cerca y encubierto,
Donde pueda hacer el tiro cierto:

Con no menor silencio y mayor tiento
Los encubiertos indios parecieron,
Y sobre nuestro fuerte en un momento
A treinta y menos pasos se pusieron:
De do sin son de trompa ni instrumento
En callado tropel arremetieron
Mas de dos mil en número á las puertas
Con mas cuidado que descuido abiertas.

No sé con qué palabras, con qué gusto
Este sangriento y crudo asalto cuente,
Y la lástima justa y odio justo,
Que ambas cosas concurren juntamente;
El ánimo ahora humano, ahora robusto
Me suspende y me tiene diferente:
Que si al piadoso celo satisfago,
Condeno y doy por malo lo que hago.

Si del asalto y ocasion me alejo,
Dentro della y del fuerte estoy metido;
Si en este punto y término lo dejo,
Hago y cumplo muy mal lo prometido;
Así dudoso el ánimo y perplejo
Destos juntos contrarios combatido,
Lo dejo al otro canto reservado,
Que de consejo estoy necesitado.



CANTO XXXII

Arremeten los araucanos el fuerte; son rebatidos con miserable estrago de su parte; Caupolicán se retira á la sierra deshaciendo el campo; cuenta don Alonso de Ercilla á ruego de ciertos soldados la verdadera historia y vida de Dido.

Escelente virtud, loable cosa,
De todos dignamente celebrada,
Es la clemencia ilustre y generosa,
Jamás en bajo pecho aposentada:
Por ella Roma fué tan poderosa,
Y mas gentes venció que por la espada,
Domó y puso debajo de sus leyes
La indómita cerviz de grandes reyes.

No consiste en vencer solo la gloria,
Ni está allí la grandeza y escelencia:
Sino en saber usar de la vitoria
Ilustrándola mas con la clemencia.
El vencedor es digno de memoria;
Que en la ira se hace resistencia,
Y es mayor la victoria del clemente,
Pues los ánimos vence juntamente.

Y así no es el vencer tan glorioso
Del capitán crüel, inexorable:
Que cuanto fuere menos sanguinoso,
Tanto será mayor y mas loable;
Y el correr del cuchillo riguroso
Mientras dura la furia es disculpable:
Mas pasado después á sangre fría
Es venganza, crueldad y tiranía.

La mucha sangre derramada ha sido,
Si mi juicio y parecer no yerra,
La que de todo en todo ha destruído
El esperado fruto desta tierra;
Pues con modo inhumano han escedido
De las leyes y términos de guerra,
Haciendo en las entradas y conquistas
Crüeldades inormes nunca vistas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Y aunque esta en mi opinion dellas es una,
La voz comun en contra me convence,
Que al fin en ley de mundo y de fortuna
Todo le es justo y lícito al que vence.
Mas dejada esta plática importuna
Me parece ya tiempo que comience
El crudo estrago y escesivo modo
En parte justo y lastimoso en todo.

Dejé el bárbaro campo sobre el fuerte,
En medio del furor y arremetida,
Y la callada y encubierta muerte
De mil géneros de armas prevenida;
Llevado pues del hado y dura suerte
Con presto paso y con fatal corrida
Emboca por la puerta y falsa entrada
El gran tropel de gente amontonada.

¡Dios sempiterno! ¡qué fracaso estraño,
Qué riza, qué destrozo y batería
Hubo en la triste gente, que al engaño
Ciega pensando de engañar venia!
¿Quién podrá referir el grave daño,
La espantosa y tremenda artillería,
El ñublado de tiros turbulento
Que descargó de golpe en un momento?

Unos vieran de claro atravesados,
Otros llevados la cabeza y brazos,
Otros sin forma alguna machucados,
Y muchos barrenados de picazos:
Miembros sin cuerpos, cuerpos desmembrados,
Lloviendo lejos trozos y pedazos,
Hígados, intestinos, rotos huesos,
Entrañas vivas y bullentes sesos.

Como la estrecha bien cebada mina
Cuando con grande estrépito revienta,
Que la furia del fuego repentina
Las torres vuela y máquinas avienta:
Con mas estruendo y con mayor ruïna
La fuerza de la pólvora violenta
Voló y hizo pedazos en un punto
Cuanto del escuadron alcanzó junto.

La mudable sin ley cruda fortuna
Despedazó el ejército araucano,
No habiendo un solo tiro, ni arma alguna
Que errase el golpe ni cayese en vano;
Nunca se vió morir tantos á una,
Y así aunque yo apresure mas la mano,
No puedo proseguir, que me divierte
Tanto golpe, herida, tanta muerte.

Aun no eran bien los tiros disparados,
Cuando por verse fuera en campo raso
Los caballos á un tiempo espoleados
Rompen la entrada y ocupado paso,
Y en los segundos indios, que ovillados
Estaban como atónitos del caso
Hacen riza y mayor carnicería
Que pudiera hacer la artillería.

Quién aqueste y aquel alanceando
Abre sangrienta y ancha la salida,
Quién á diestro y siniestro golpeando
Priva aquestos y aquellos de la vida;
No hay ánimo ni brazo allí tan blando
Que no cale y ahonde la herida,
Ni espada de tan grueso y boto filo
Que no destile sangre hilo á hilo.

Quisiera aquí despacio figurallos,
Y figurar las formas de los muertos,
Unos atropellados de caballos,
Otros los pechos y cabeza abiertos,
Otros, que era gran lástima mirallos,
Las entrañas y sesos descubiertos:
Vieran otros deshechos y hechos piezas,
Otros cuerpos enteros sin cabezas.

Las voces, los lamentos, los gemidos,
El miserable y lastimoso duelo,
El rumor de las armas y alaridos
Hinchen el aire y cóncavo del cielo;
Luchando con la muerte los caidos
Se tuercen y revuelcan por el suelo,
Saliendo á un mismo tiempo tantas vidas
Por diversos lugares y heridas.

Ya que libre dejó el súbito espanto
Al embaucado Pran, que estaba fuera,
Visto el destrozo cierto, y falso cuanto
El traidor de Andresillo le dijera,
La pena y sentimiento pudo tanto,
Que aunque escaparse el mísero pudiera,
En medio de las armas desarmado
A morir se arrojó desesperado.

Mas los últimos indios venturosos,
A los cuales llegó solo el estruendo,
Volviendo las espaldas presurosos
Muestran las plantas de los piés huyendo;
Los nuestros del alcance deseosos
En carrera veloz los van siguiendo,
Hiriendo y derribando en los postreros
Los menos diligentes y lijeros.

Pero algunos valientes, que estimaban
La ganada opinion mas que la vida,
Volviendo el pecho y armas refrenaban
El ímpetu de muchos y corrida;
Y aunque con grande esfuerzo peleaban
Era presto la guerra difinida:
Que la furiosa muerte allí su espada
Traia de entrambos cortes afilada.

Como en el ya revuelto cielo, cuando
Se forman por mil partes los nublados,
Que van unos creciendo, otros menguando,
Otros luego de nuevo levantados;
Mas el norueste frígido soplando
Los impele y arroja amontonados,
Hasta buscar del ábrego el reparo
Dejando el cielo raso y aire claro:

Así la gente atónita y turbada
En partes dividida se esparcia,
Y á las veces juntándose esforzada
Haciendo cuerpo y rostro revolvia:
Pero de la violencia arrebatada
Dejó el campo y banderas aquel dia,
Quedando de los rotos escuadrones
Gran número de muertos y prisiones.

Deshechos pues del todo y destruidos,
Y acabado el alcance y seguimiento,
Los presos y despojos repartidos,
Volvimos al dejado alojamiento:
Donde trece caciques elegidos,
Para ejemplar castigo y escarmiento,
A la boca de un grueso tiro atados
Fueron dándole fuego justiciados.

Muchos habrá de preguntar ganosos
Si en el monton y número de gente
Algunos de los indios valerosos
Fueron muertos allí confusamente;
Pues en todos los hechos peligrosos
Rengo, Orompello y Tucapel valiente
Iban delante en la primera hilera
Abriendo siempre el paso y la carrera.

Respondo á esto, señor, que no venia
Capitán ni cacique señalado,
Visto que el general usado habia
De fraude y trato entre ellos reprobado,
Diciendo ser vileza y cobardia
Tomar al enemigo descuidado,
Y victoria sin gloria y alabanza
La que por bajo término se alcanza.

Así que, una arrogancia generosa
Los escapó del trance y muerte cruda,
Que ninguno por ruego ni otra cosa
Quiso en ello venir ni dar ayuda,
Teniendo por hazaña vergonzosa
Vencer gente sin armas y desnuda:
Que el peligro en la guerra es el que honra,
Y el que vence sin él, vence sin honra.

Quedó Caupolicán desta jornada
Roto, deshecho, y falto de pujanza,
Que fué mucha la sangre derramada,
Y poca de su parte la venganza:
El cual, viendo la turba amedrentada
Y el ardor resfriado y la esperanza,
Deshizo el campo entonces conveniente,
Dando licencia á la cansada gente.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quísose entretener mientras pasaba
De los contrarios hados la corrida,
Conociendo de sí que peleaba
Con cansada fortuna envejecida;
Así la gente en partes derramaba
Con orden que estuviese apercibida
En cualquiera ocasion y movimiento,
Para el primer aviso y mandamiento.

Y con solos diez hombres retirado,
Gente de confianza y valentía,
Ora en el monte inculto, ora en poblado
Desmintiendo los rastros parecia,
Y en lugares ocultos alojado
Jamás gran tiempo en uno residia,
Usando de su bárbara insolencia
Por tenerlos en miedo y obediencia.

Nosotros en su incierto rastro á tino
Andábamos haciendo mil jornadas,
No dejando lugar circunvecino
Que no diésemos salto y trasnochadas;
Y en los mas apartados del camino
Hallábamos las casas ocupadas
De gente foragida de la tierra,
Que ya andaba huyendo de la guerra,

Diciendo que de grado volveria
A sus yermas estancias y heredades,
Pero que el general los compelia
Usando de inhumanas crüeldades;
Y si en esto remedio se ponia,
Llanas estaban ya las voluntades
Para dejar las armas los soldados
De la prolija guerra quebrantados.

Y aunque esto era fingido, gran cuidado
Se puso en inquirir toda la tierra,
No quedando lugar inhabitado,
Monte, valle, ribera, llano y sierra
Donde no fuese el bárbaro buscado;
Mas por bien, ni por mal, por paz, ni guerra,
Aunque todo con todos lo probamos,
Jamás señal ni lengua dél hallamos.

No amenaza, castigo ni tormento
Pudo sacar noticia ó rastro alguno,
Ni caricia, interés ni ofrecimiento
Jamás á corromper bastó á ninguno;
Andábamos atónitos y á tiento
Segun la variedad de cada uno,
De dia, de noche, acá y allá perdidos,
Del sueño y de las armas afligidos.

Saliendo yo á correr la tierra un dia
Por caminos y pasos desusados,
Llevando por escolta y compañía
Una escuadra de pláticos soldados,
Dimos en una oculta ranchería
De domésticos índios ausentados,
Que por ser grande el bosque y la distancia
Tomaron por segura aquella estancia.

Sobre un haz de arrancada yerba estaba
En la cabeza una mujer herida,
Moza que de quince años no pasaba,
De noble traje y parecer vestida;
Y en la color quebrada se mostraba
La falta de la sangre, que esparcida
Por la delgada y blanca vestidura
La lástima aumentaba y hermosura.

Pregunté qué ocasion la habia traido
A lugar tan estraño y apartado,
Cómo y por qué razon la habian herido,
Y de inhumana crüeldad usado:
Ella con rostro y ánimo caido,
Y el tono del hablar debilitado,
Me dijo: «Es cosa cierta y prometida
La muerte triste tras la alegre vida.

»Porque entiendas el dejo y desvarío
Que el humano contento trae consigo
Aun no es cumplido un mes que el padre mio
Usando de privado amor conmigo
Me dió esposo elegido á mi albedrío,
Esposo y juntamente grande amigo,
Tal y de tantas partes, que yo creo
Que en él hallará término el deseo.

»Pero su esfuerzo raro y valentía,
Que della por estremo era dotado,
Le trujo á la temprana muerte el dia
Que fué nuestro escuadron despedazado:
Donde cerca de mí que le seguia
Un tiro le pasó por el costado,
Que fuera menos crudo y mas derecho
Si abriera antes el paso por mi pecho.

»Cayó muerto quedando yo con vida,
Vida mas enojosa que la muerte;
Mas viéndome un soldado así afligida,
En parte condolido de mi suerte,
Me dió por acabarme esta herida
Con brazo, aunque piadoso, no tan fuerte
Que mi espíritu suelto le siguiese,
Y un bien tras tanto mal me sucediese.

»Dió conmigo en el suelo fácilmente,
Aunque no me privó de mi sentido,
Pasando el golpe y furia de la gente
En confuso tropel con gran ruïdo;
Pero luego un cacique mi pariente,
Que en un hoyo al pasar quedó escondido,
En brazos me sacó del gran tumulto,
Trayéndome á este bosque y sitio oculto,

»Donde espero morir cada momento;
Mas ya como esperado bien se tarda,
Que es costumbre ordinaria del contento
No acabar de llegar á quien le aguarda,
Y aunque ya de mi vida al fin me siento,
Conmigo el cielo término no aguarda,
Ni la llamada muerte á tiempo viene,
Que mi deseo la impide y la detiene.

»La vida así me cansa y aborrece,
Viendo muerto á mi esposo y dulce amigo,
Que cada hora que vivo me parece
Que cometo maldad, pues no le sigo;
Y pues el tiempo esta ocasion me ofrece,
Usa tú de piedad, señor, conmigo,
Acabando hoy aquí lo que el soldado
Dejó por flojo brazo comenzado.»

Así la triste joven luego luego
Demandaba la muerte, de manera
Que algun simple de lástima á su ruego
Con bárbara piedad condescendiera;
Mas yo, que un tiempo aquel rabioso fuego
Labró en mi inculto pecho, viendo que era
Mas crüel el amor que la herida,
Corrí presto al remedio de la vida.

Y habiéndola algun tanto consolado,
Y traido á que viese claramente
Que era el morir remedio condenado
Y para el muerto esposo impertinente:
Con el zumo de yerbas aplicado,
Medicina ordinaria desta gente,
Le apreté la herida lastimosa,
No tanto cuanto grande peligrosa.

Dejando pues un prático ladino
Para que poco á poco la llevase,
Y en los tomados pasos y camino
Del peligro al pasar la asegurase,
Partir á mi jornada me convino;
Mas primero que della me apartase
Supe que se llamaba Lauca, y que era
Hija de Millalauco y heredera.

La vuelta del presidio caminando
Sin hallar otra cosa de importancia,
Iba con los soldados platicando
De la fe de las indias y constancia,
De muchas aunque bárbaras loando
El firme amor y gran perseverancia,
Pues no guardó la casta Elisa Dido
La fe con más rigor á su marido.

Mas un soldado joven, que venia
Escuchando la plática movida,
Diciendo, me atajó, que no tenia
A Dido por tan casta y recogida;
Pues en la *Eneida* de Maron veria,
Que del amor libídino encendida,
Siguiendo el torpe fin de su deseo
Rompió la fe y promesa á su Siqueo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Visto pues el agravio tan notable
Y la objecion siniestra del soldado,
Por el gran testimonio incompensable
A la casta fenisa levantado,
Pareciéndome cosa razonable
Mostrarle que en aquello andaba errado
El y todos los mas que me escuchaban,
Que en la misma opinion también estaban:

Les dije, que queriendo el Mantüano
Hermosear su Eneas floreciente,
Porque César Augusto Octaviano
Se preciaba de ser su descendiente,
Con Dido usó de término inhumano
Infamándola injusta y falsamente,
Pues vemos por los tiempos haber sido
Eneas cien años antes que fué Dido.

Quedaron admirados en oirme,
Que así Virgilio á Dido disfamase,
Haciendo instancia todos en pedirme
Que su vida y discurso les contase;
Yo pensando también con divertirme
Que la cuerda al trabajo algo aflojase,
Los quise complacer, y también quiero
Daros aquí razon de mí primero

Cuento una vida casta, una fe pura,
De la fama y voz pública ofendida,
En esta no pensada coyuntura
Por raro ejemplo y ocasion traida;
Y una falsa opinion que tanto dura
No se puede mudar tan de corrida,
Ni del rudo comun mal informado
Arrancar un error tan arraigado.

Y pues de aquí al presidio yo no hallo
Cosa que sea de gusto, ni contento,
Sin dejar de picar siempre el caballo,
Ni del tiempo perder solo un momento,
No pudiendo eximirme, ni escusallo
Por ser historia y agradable el cuento,
Quiero gastar en él, si no os enfada,
Este rato y sazon desocupada.

Que el áspero sujeto desabrido,
Tan seco, tan estéril y desierto,
Y el estrecho camino que he seguido
A puros brazos del trabajo abierto,
A término me tienen reducido,
Que busco anchura y campo descubierto,
Donde con libertad sin fatigarme
Os pueda recrear y recrearme.

Viendo que os tienen sordo y atronado
El rumor de las armas inquieto,
Siempre en un mismo ser continuado,
Sin mudar son ni variar sujeto:
Por esparcir el ánimo cansado,
Y ser el tiempo cómodo y quieto,
Hago esta digresión, que acaso vino
Cortada á la medida del camino.

Y pues una ficción impertinente
Que destruye una honra es bien oida,
Y á la reina de Tiro injustamente
Infama y culpa su inculpable vida:
La verdad que es la ley de toda gente,
Por quien es en su honor restituida,
¿Por qué no debe ser siendo cantada
En cualquiera sazon bien escuchada?

Que la causa mayor que me ha movido,
Demás de ser cual veis importunado,
Es el honor de la constante Dido
Inadvertidamente condenado;
Preste pues atencion y grato oido
Quien á oir la verdad es inclinado,
Que el mal ofrende aun dicho en pasatiempo
Y para decir bien siempre es buen tiempo.

Cartago antes que Roma fué fundada,
Setenta años contados comunmente,
Por Dido, ilustre reina venerada
Por diosa un tiempo de la tiria gente:
Del rey Belo su padre fué casada
Con el sumo pontifice asistente
Del gran templo de Alcides, el cual era
Después del rey la dignidad primera.

Este es aquel Siqueo ya nombrado
A quien Dido guardó la fe inviolable,
Varon sabio en sus ritos y abastado
De bienes y tesoro inestimable;
Mas lo que para alivio habia llegado,
Fué causa de su muerte miserable:
Que en fin lo que cudicia mucha gente
Ninguno lo posee seguramente.

Dejó Belo dos hijos herederos,
Uno Pigmaleon y el otro Dido,
A quien en los consejos postrimeros
Encargó la hermandad y amor unido:
Lo cual aunque duró los dias primeros,
De cudicia el hermano corrompido
Por haber los tesoros del cuñado,
Le dió la muerte envuelta en un bocado.

Sintió pues la mujer su muerte tanto,
Que no bastando á resistir la pena,
Soltó con doloroso y fiero llanto
De lágrimas un flujo y ancha vena,
Y cubriendo de triste y negro manto
Los bellos miembros y la faz serena,
Con pompa funeral coremoniosa
Dió al cuerpo sepultura suntüosa.

Y aunque del casto amor notable indicio
Fué el soberbio sepulcro y monumento,
No igualó en la grandeza el edificio
Al dolor de la reina y sentimiento:
Que siempre con devoto sacrificio
Y continuos sollozos y lamento,
Llamando al sordo espíritu hacia
A las frias cenizas compañía,

Diciendo: «¿Es justo, dioses, que yo quede
En este solitario apartamiento?
¡Ay, que de tibia fe y amor procede
No acabar de matarme el sentimiento!
El mal no es grande que sufrir se puede,
Y corto al que no basta sufrimiento;
Mas quiere el cielo dilatar mi muerte,
Porque dure el dolor mas que ella fuerte.»

Aunque el odio y rencor disimulaba
Contra el pérfido hermano poderoso,
Venganza al cielo sin cesar clamaba
Con ira muda y con gemir rabioso;
Y cuando sola á ratos se hallaba,
Desfogando aquel ímpetu bascoso
Soltaba con un bajo son gimiendo
La reprimida rabia y voz, diciendo:

«Traidor, dime, ¿qué caso irremediable
Debajo de hermandad y ley fingida
A maldad te movió tan detestable
Contra tu misma sangre cometida?
Si fué sed de riquezas insaciable
Quitárasle el tesoro y no la vida,
Templando tu impiedad y furia insana
El amor y respeto de tu hermana.

»Si no miraste, ingrato, al beneficio
Que dél como cuñado recibias,
Miraras al nefario sacrificio,
Que del hermano de tu madre hacias,
Y al malvado y horrendo maleficio
En tu pecho forjado tantos dias,
Pues no podrás decir que fué accidente,
Que nunca nadie es malo de repente.

»Si de tu enorme intento y desatino
Me hubieras con indicios advertido,
No por tan duro y áspero camino
El tesoro alcanzaras pretendido;
Mas el mal, cuando viene por destino,
No puede ser á tiempo prevenido.
¡Ay! ¿Qué aprovecha el lamentarme ahora
Que siempre es tarde ya cuando se llora?

»¿Por qué, fiero enemigo, así quisiste
Dejarte arrebatar de tu deseo,
Tan ciego de codicia, que no viste
Que matabas á Dido con Siqueo?
Materia de maldad al mundo diste
Con un hecho atrocísimo y tan feo,
Que durará en los siglos por memoria
De tu traicion la abominable historia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»¿Cabe en razon, es cosa permitida
Que siendo tú traidor, siendo tirano,
Perverso, atroz, sacrílego, homicida,
Tengas con estos nombres el de hermano?
Y viéndome contigo convenida,
Mi crédito andará de mano en mano,
Padeciendo mi honor agravio injusto,
Que no dice la fama cosa al justo.

»Mas si huyo de tí, fiero enemigo,
Te irrito á que me sigas, pues que huyo,
Si á mi marido en la fortuna sigo,
Todo lo que pretendes queda tuyo;
Si habiéndole tú muerto estoy contigo,
Mancho la fama y mi opinion destruyo,
Que en parte ya parece que consiente
Quien perdona lijera y fácilmente.

»¿Qué medio he de buscar á mal tan fuerte,
Que el cielo ni la tierra no le tiene,
Y aquel forzoso y último mi suerte
Porque padezca mas me le detiene?
¡Ay! que si es malo desear la muerte,
Es peor el temerla si conviene,
Que no es pena el morir á los cuitados,
Sino fin de las penas y cuidados.

»Mas ya que el ser tú rey, y recatado,
La venganza legítima me impida,
Procuraré atajar tu fin dañado
Con muestra doble y hermandad fingida;
Y cuando pienses verte apoderado,
Quedarás con mi súbita partida
Sin hermana, tesoro y sin derecho,
Y con la infamia del enorme hecho.»

Así la triste reina dolorosa,
Sobre el rico sepulcro lamentando,
Pasaba vida triste y soledosa
La venganza y el tiempo deseando;
Pero de alguna fuerza recelosa,
De su prudencia y discrecion usando,
Doméstica, amorosa y blandamente
Al hermano escribió, que estaba ausente:

Haciéndole entender, que ya cansada
Del llanto y soledad que padecia
En aquellos palacios y morada
Do tuvo un tiempo alegre compañía,
De la triste memoria lastimada,
Dando algun vado á su dolor, queria
Irse con él, poniendo fin al lloro,
Con todas sus riquezas y tesoro.

Para lo cual secreta y prestamente
Una fornida flota le enviase,
Donde con todo su tesoro y gente
En arribando al puerto se embarcase;
Porque con el seguro conveniente
El mar que estaba en medio atravesase,
Que era solo el temido impedimento
De su esperado y último contento.

Llegada pues la nueva al ambicioso
Rey, de aquello que tanto deseaba,
Viendo que al fin y puerto venturoso
Sus cosas la fortuna encaminaba;
Alegre mas que nunca y codicioso,
Luego una gruesa flota despachaba
De naves y galeras, bastecida
De gente, de regalos y comida.

Llegó al puerto la flota deseada
Con presta y no pensada diligencia,
Do la gente del rey desembarcada
Fué luego á dar á Dido la obediencia:
Que mostrando placer de su llegada,
Con loable cuidado y providencia
Hizo luego hospedar toda la gente
Espléndida, cumplida y largamente.

En siendo tiempo, la cuidosa Dido
A su gente mandó que se aprestase,
Y con alarde y público ruïdo
Los empachados muebles embarcase:
Haciendo que de noche y escondido
En su nave el tesoro se cargase
Con tan grande secreto, que ninguno
Tuvo dello noticia ó rastro alguno.

Tenia sesenta cajas prevenidas,
Llenas de gruesa arena y aplomadas,
De fuertes cerraduras guarnecidas,
Con dobles planchas de metal herradas:
Estas fueron en público traidas;
Donde á vista de todos embarcadas
Daban muestra que en ellas iba el oro,
Las joyas, las riquezas y tesoro.

Luego Elisa con tierno sentimiento
Del lastimado pueblo se embarcaba,
Dando presto la vela al manso viento,
Que favorable en popa respiraba:
La nave con sereno movimiento
El llano y sosegado mar cortaba,
Comenzando á seguir toda la flota
De la alta capitana la derrota.

Aquella noche y el siguiente dia
Corrió con viento próspero la armada,
Mas ya que el mar las costas encubria,
Y del todo se vió Dido engolfada,
La noble y obediente compañía
Al borde de su nave congregada
Hizo en torno allegar la demás gente,
Que á la vista también fuese presente:

Diciéndoles con pecho valeroso,
Que su designio y pretension no era
Ir al injusto hermano cauteloso,
De quien era enemiga verdadera,
Porque con trato y término alevoso,
Debajo de hermandad y fe sincera,
Movido de sacrílego deseo
Habia dado la muerte á su Siqueo.

Por donde ella también, no asegurada
De sus secretos fraudes y traiciones,
Queria dejar la cara patria amada,
Su reino, su morada y posesiones;
Y al mar dudoso y vientos entregada
Buscar nuevas provincias y regiones,
Adonde con seguro viviria
Lejos de su dominio y tiranía.

Y pues que sus riquezas habian sido
La causa de su daño y perdimiento,
Matándole por ellas el marido,
Y lo serian quizá del seguimiento,
Todas consigo las habia traido
Con voluntad y resoluto intento
De echarlas en el mar do pereciesen,
Porque jamás á su poder viniesen.

Hizo luego sacar allí tras esto
Los cofres del arena barreados,
Y con alarde y auto manifiesto
En el profundo mar fueron lanzados.
Los ministros del rey con triste gesto,
Atónitos, confusos y turbados
Se miraban, teniendo por estraña
De la animosa reina la hazaña.

Y por el grave caso discurriendo,
Que mudos y espantados los tenia,
La furia del rey mozo conociendo
Que el perdido tesoro aumentaria,
Suspensos y medrosos no sabiendo
Qué razon ó descargo bastaria
A que el airado rey no los culpase,
Y en ellos su furor no ejecutase.

Pues como la entendida reina viese
Camino y coyuntura aparejada,
Por do á su devocion se redujese
La gente del hermano amedrentada;
Antes que el tiempo y la tardanza diese
Lugar á alguna novedad pensada,
Haciendo sosegar toda la gente
Les dijo prosiguiendo lo siguiente:

«Amigos, que del firme intento mio
Habeis visto á los ojos ya la prueba,
Y cómo la fortuna á su albedrío
Errando por el ancho mar me lleva,
Podeis volver, si ya no es desvarío,
A dar al rey la desabrida nueva
Del tesoro anegado, y mi huida
A tierra y á region no conocida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Pero ya conoceis por esperiencia
Su irreparable furia acelerada,
Que viendo que volveis á su presencia
Sin el tesoro y prenda deseada,
Descargará con bárbara impaciencia
Sobre vuestra cerviz la mano airada,
Sin escuchar descargo ni disculpa,
Añadiendo maldad y culpa á culpa.

»Y pues es de temer la tiranía,
Y el ímpetu de un mozo rey airado,
Que así del claro reino y patria mia
A buscar nuevas tierras me ha sacado:
Quien quisiere seguir mi compañía
No se verá de mi desamparado,
Mas de todo el provecho y bien que espero
Será participante y compañero.

»El lugar y aparejo es oportuno,
Y para haber consejo me remueve,
Así que pues sois sabios cada uno
Elija de dos males el mas leve:
Si al rey volveis no ha de escapar ninguno,
Y este dolor y lástima me mueve
A quereros rogar que vais conmigo,
Por no ser yo la causa del castigo.

»Las muertes figurad y crüeldades,
Que en vosotros habrán de ejecutarse;
No mireis á las casas y heredades,
Que todo por la vida es bien dejarse:
Que en fortunas y grandes tempestades
Solo en lo que se escapa ha de pensarse,
Conociendo que están todos los bienes
Sujetos á peligros y vaivenes.»

A las razones de la reina atentos
Los turbados ministros estuvieron,
Y en la perpleja mente y pensamientos
Mil cosas en un punto revolvieron;
Al cabo, aunque diversos los intentos,
Todos de un parecer se resolvieron
De seguirla hasta el fin en su viaje,
Dándole la obediencia y vasallaje.

La fe con juramento establecida,
Sin que ninguno dellos rehusase,
Dando vela á la flota detenida
Mandó Dido que á Cipro enderezase,
Donde graciosamente recibida
Como allí su designio declarase,
Llevó del ciprioto pueblo amigo
Ochenta mozas vírgenes consigo.

Para á tiempo casarlas con la gente
Que en su servicio y devocion llevaba,
Buscando alguna tierra conveniente
Donde fundar un pueblo deseaba:
Así la via de la Africa al poniente
Con favorable viento navegaba;
Mas forzoso será segun me siento
Dividir en dos partes este cuento.

CANTO XXXIII

Prosigue don Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Biserta: cuenta cómo fundó á Cartago y la causa por qué se mató; también se contiene en este canto la prision de Caupolicán

Muchos entran con ímpetu y corrida
Por la carrera de virtud fragosa,
Y dan en la del vicio mas seguida,
De donde es el volver difícil cosa:
El paso es llano y fácil la salida
De la vida reglada á la anchurosa,
Y mas agrio el camino y ejercicio
Del vicio á la virtud, que della al vicio.

Así Pigmaleon habia tenido
Señales de virtud en su crianza,
Y con grandes principios prometido
De justo y liberal buena esperanza;
Pero de la codicia pervertido
Hizo en breve sazon tan gran mudanza,
Que no solo de bienes fué avariento,
Pero inhumano, pérfido y sangriento.

Lo cual nos dice bien la alevosía
De la secreta muerte del cuñado,
Que alegre y contentísimo vivia
En la ley de hermandad asegurado;
Mayormente que entonces parecia
El rey á la virtud aficionado,
Que no hay maldad mas falsa y engañosa
Que la que trae la muestra virtüosa.

Esta no le salió como pensaba,
Sino al contrario en todo y diferente;
Pues no solo no vió lo que esperaba,
Pero perdió las naves y la gente.
La reina viento en popa navegaba,
Como dije, la vuelta del poniente,
Tocando con sus naves y galeras
En algunas comarcas y riberas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Pero ya conoceis por esperiencia
Su irreparable furia acelerada,
Que viendo que volveis á su presencia
Sin el tesoro y prenda deseada,
Descargará con bárbara impaciencia
Sobre vuestra cerviz la mano airada,
Sin escuchar descargo ni disculpa,
Añadiendo maldad y culpa á culpa.

»Y pues es de temer la tiranía,
Y el ímpetu de un mozo rey airado,
Que así del claro reino y patria mia
A buscar nuevas tierras me ha sacado:
Quien quisiere seguir mi compañía
No se verá de mi desamparado,
Mas de todo el provecho y bien que espero
Será participante y compañero.

»El lugar y aparejo es oportuno,
Y para haber consejo me remueve,
Así que pues sois sabios cada uno
Elija de dos males el mas leve:
Si al rey volveis no ha de escapar ninguno,
Y este dolor y lástima me mueve
A quereros rogar que vais conmigo,
Por no ser yo la causa del castigo.

»Las muertes figurad y crüeldades,
Que en vosotros habrán de ejecutarse;
No mireis á las casas y heredades,
Que todo por la vida es bien dejarse:
Que en fortunas y grandes tempestades
Solo en lo que se escapa ha de pensarse,
Conociendo que están todos los bienes
Sujetos á peligros y vaivenes.»

A las razones de la reina atentos
Los turbados ministros estuvieron,
Y en la perpleja mente y pensamientos
Mil cosas en un punto revolvieron;
Al cabo, aunque diversos los intentos,
Todos de un parecer se resolvieron
De seguirla hasta el fin en su viaje,
Dándole la obediencia y vasallaje.

La fe con juramento establecida,
Sin que ninguno dellos rehusase,
Dando vela á la flota detenida
Mandó Dido que á Cipro enderezase,
Donde graciosamente recibida
Como allí su designio declarase,
Llevó del ciprioto pueblo amigo
Ochenta mozas vírgenes consigo.

Para á tiempo casarlas con la gente
Que en su servicio y devocion llevaba,
Buscando alguna tierra conveniente
Donde fundar un pueblo deseaba:
Así la via de la Africa al poniente
Con favorable viento navegaba;
Mas forzoso será segun me siento
Dividir en dos partes este cuento.

CANTO XXXIII

Prosigue don Alonso la navegacion de Dido hasta que llegó á Biserta: cuenta cómo fundó á Cartago y la causa por qué se mató; también se contiene en este canto la prision de Caupolicán

Muchos entran con ímpetu y corrida
Por la carrera de virtud fragosa,
Y dan en la del vicio mas seguida,
De donde es el volver difícil cosa:
El paso es llano y fácil la salida
De la vida reglada á la anchurosa,
Y mas agrio el camino y ejercicio
Del vicio á la virtud, que della al vicio.

Así Pigmaleon habia tenido
Señales de virtud en su crianza,
Y con grandes principios prometido
De justo y liberal buena esperanza;
Pero de la codicia pervertido
Hizo en breve sazon tan gran mudanza,
Que no solo de bienes fué avariento,
Pero inhumano, pérfido y sangriento.

Lo cual nos dice bien la alevosía
De la secreta muerte del cuñado,
Que alegre y contentísimo vivia
En la ley de hermandad asegurado;
Mayormente que entonces parecia
El rey á la virtud aficionado,
Que no hay maldad mas falsa y engañosa
Que la que trae la muestra virtüosa.

Esta no le salió como pensaba,
Sino al contrario en todo y diferente;
Pues no solo no vió lo que esperaba,
Pero perdió las naves y la gente.
La reina viento en popa navegaba,
Como dije, la vuelta del poniente,
Tocando con sus naves y galeras
En algunas comarcas y riberas.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Torció el curso á la diestra bordeando
De las vadosas Sirtes recelosa,
Y á vista de Licudia atravesando
Corrió la costa de Africa arenosa;
Y siempre tierra á tierra navegando
Pasó por entre el Ciervo y Lampadosa,
Llegando en salvo á Tunez con la armada
Por el fatal decreto allí guiada.

Donde viendo el capaz y fértil suelo
De fructíferas plantas adornado,
Y el aire claro y el sereno cielo
Clemente al parecer y muy templado,
Perdido del hermano ya el recelo
Por verle tan distante y apartado,
Quiso fundar un pueblo de cimiento
Haciendo en él su habitacion y asiento.

Para lo cual trató luego de hecho
Con los vecinos que en el sitio habia,
Le vendiesen de tierra tanto trecho
Cuanto un cuero de buey circundaria.
Los moradores viendo que provecho
De su contratacion se les seguia,
Con la reina en el precio convenidos
Hicieron sus asientos y partidos.

Hecha la paga, el sitio señalado,
Mandó Dido buscar con diligencia
Un grande y grueso buey, que desollado
Hizo estirar el cuero en su presencia;
Y en tiras sutilísimas cortado
Tanto trecho tomó, que á la prudencia
De la reina sagaz y aviso estraño
Le quisieron poner nombre de engaño.

Pero recompensó la demasía
Dejándolos contentos y pagados,
Descubriendo á los suyos que traia
Los ocultos tesoros escapados,
Que usado del ardid y astucia habia
De los cofres de arena al mar lanzados,
Porque cuando el hermano lo supiese,
Faltando la ocasion no la siguiese.

Corregidas las faltas y defectos
Al orden de vivir perjudiciales,
Fueron por la prudente reina electos
Cónsules, magistrados y oficiales;
Y traidos maestros arquitectos,
Juntos los necesarios materiales,
Dió principio la reina valerosa
A la labor de la ciudad famosa.

Fué la ciudad por orden fabricada
Mostrándose los hados mas propicios,
En breve ennoblecida é ilustrada
De suntuosos y altos edificios;
Y la nueva república ordenada,
Leyes instituyó creando oficios
Con que el pueblo en razon se mantuviese,
Y paz y orden política viviese.

Y por el gran valor y entendimiento
Con que el pueblo obediente gobernaba,
Iba siempre el concurso en crecimiento,
Y los términos cortos dilataba;
Así que, el trato y agradable asiento
Los ánimos y gustos provocaba,
Viniendo á avecindarse muchas gentes
De tierras y lugares diferentes.

Y como en estos tiempos aun no habia
La invencion del papel, después hallada,
Que en pieles de animales se escribia,
Y era cualquiera piel carta llamada,
Del cual nombre aun usamos hoy en dia:
Así aquella ciudad, edificada,
En el lugar por una piel medido
De carta la llamó Cartago Dido.

Hízose en poco tiempo tan famosa,
Y de tanta grandeza y eminencia,
Que era cosa de ver maravillosa
El trato de las gentes y frecuencia;
Mostrando aquella reina valerosa
En gobernar el pueblo tal prudencia,
Que muchos otros príncipes y reyes
De su nueva ciudad tomaron leyes.

Y aunque era tal su ser, tal su cordura
Que por diosa vinieron á tenella,
Ninguna de su tiempo en hermosura
Pudo ponerse al parangon con ella;
Así que, por milagro de natura
Como cosa no vista iban á vella,
Que no sé en los idólatras del suelo
A quién mayores partes diese el cielo.

Grandes matronas hubo que animosas
Por la fama á la muerte se entregaron;
Otras que por hazañas milagrosas
Las opresas repúblicas libraron;
Pero todas perfectas tantas cosas
Como en Dido en ninguna se juntaron:
Fué rica, fué hermosa, fué castísima,
Sabia, sagaz, constante y prudentísima.

Llegó luego la voz desto al oido
Del franco Yarbas, rey musilitano,
Mozo brioso y de valor, temido
En todo el ancho término africano;
El cual con juvenil furia, movido
De un impaciente y nuevo amor lozano,
A la reina despacha embajadores
De su consejo y reino los mayores.

Pidiéndole que en pago del tormento
Que por ella pasaba cada hora,
Quisiese con felice casamiento
De su persona y reino ser señora:
Donde no, que con justo sentimiento
Como de tan gran rey despreciadora
Sobre ella con ejército vendria,
Y su gente y ciudad asolaria.

Hecha pues la embajada en el senado,
Que no quiso la reina estar presente,
Les fué á los senadores intimado
El ruego y la amenaza juntamente:
Causóles turbacion, considerando
El casto voto y vida continente
Que la constante reina profesaba,
Que al intento de Yarbas repugnaba.

Luego que los ancianos entendieron
La demanda de Yarbas arrogante,
Llevar por artificio pretendieron
El negocio difícil adelante:
Así que, ante la reina parecieron
Con triste rostro y tímido semblante,
Bajos los ojos, la color turbada,
Mostrando desplacer con la embajada,

Diciéndole: «Sabrás que habiendo oido
Yarbas tu buen gobierno y regimiento,
Por la parlera fama encarecido,
Y desta tu ciudad el crecimiento,
De una loable pretension movido,
Pide que sin algun detenimiento
Veinte de tu consejo mas instrutos
Vayan á reformar sus estatutos.

»Y siendo de sufrir áspera cosa,
Impropria á nuestra edad y profesiones
Dejar la patria cara y paz sabrosa
Por ir á incultas tierras y naciones,
A corregir de gente sediciosa
Las costumbres y viejas condiciones,
Todos tus consejeros lo rehusan,
Y con causas legítimas se escusan.

»Viendo que el caro y último sosiego
Sin esperanza de volver perdemos,
Y no condescendiendo al impio ruego
En gran peligro la ciudad ponemos;
Pues con grueso poder y armada luego
Al indignado joven rey tendremos,
Para asolar á hierro y fiera llama
Tu pueblo insigne y celebrada fama.

»Esto es en suma lo que Yarbas pide
Con ruegos de amenaza acompañados,
Pero nuestra cansada edad lo impide,
Y las leyes nos hacen jubilados;
Pues no es razon, si por razon se mide,
Que de largos trabajos quebrantados
Dejemos nuestras casas y manida
En el último tercio de la vida.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

»Si á los peligros en la edad primera
Por adquirir honor nos arrojamos,
Es bien que en la cansada postrimera
Gocemos del descanso que ganamos,
Y á nuestra abandonada cabecera
Al tiempo incierto del morir tengamos
Quien nos cierre los ojos con ternura,
Y dé á nuestras cenizas sepultura.

»Y pues tiene de ser en tu presencia
Esta perjudicial demanda puesta,
Conviene que con maña y advertencia
Te prevengas de medios y respuesta,
Atajando tu seso y providencia
El mal que el mauritano rey protesta;
De modo que la paz y amor conserves,
Y de nuevos trabajos nos reserves.»

Estuvo atenta allí la reina Elisa
A la compuesta habla artificiosa,
Y con alegre rostro y grave risa,
Aunque sentia en el ánimo otra cosa,
A todos los trató y miró de guisa
Tan agradable, blanda y amorosa,
Que si en verdad la relacion pasara
De sus casas y quicios los sacara,

Diciendo: «Amigos caros, que á los hados
Jamás os vi rendidos vez alguna,
Y en los grandes peligros esforzados
Hicistes siempre rostro á la fortuna:
¿Cómo de tantas prendas olvidados
En tan justa ocasion por solo una
Breve incomodidad de una jornada
Quereis ver vuestra patria arruïnada?

»Es á todos comun, á todos llano
Que debe como miembro y parte unida
Poner por su ciudad el ciudadano
No solo su descanso, mas la vida;
Y por razon y por derecho humano
De justa deuda natural debida,
A posponer el hombre está obligado
Por el sosiego público el privado.

»Al alto y grande Júpiter pluguiera
Que bastara ofrecer la vida mia,
Que presto el judicioso mundo viera
Cuán voluntariamente la ofrecia;
Y pues habeis pasado la carrera
Por tan estrecha y trabajosa via,
No es bien que al rematar tan largo trecho
Borreis y deshagais cuanto habeis hecho.»

Visto los senadores cómo Dido,
Por el camino de razon llevada,
En el armado lazo habia caido
En sus mismas palabras enredada,
Cambiando en rostro alegre el afligido,
Las manos altas y la voz alzada,
Le dicen todos juntos: «Como estamos,
Tus urgentes razones aprobamos.

»Justamente, señora, sentenciaste
Sacándonos de duda y grande aprieto,
Que no hay razon tan eficaz que baste
Contra la autoridad de tu decreto;
Y porque tiempo en esto no se gaste,
Es bien que te aclaremos el secreto,
Pues por ningun respeto ni avenencia
Puedes contravenir á tu sentencia.

»Sabrás, reina, que Yarbas no te envía
Por tus ancianos viejos impedidos,
Que en todo buen gobierno y policía
Tiene su reino y pueblos corregidos:
Solo quiere tu gracia y compañía,
Ofreciéndote en dote mil partidos
Con útiles y honrosas condiciones,
Y un infinito número de dones.

»Advierte, que si acaso no acetares
El santo conjugal ayuntamiento,
Y con errado acuerdo despreciares
Su larga voluntad y ofrecimiento,
Harás que el hierro y llamas militares
Asuelen á Cartago de cimiento:
Así que, en tu eleccion y á tu escogida
Queda la guerra ó paz comprometida.

»Que si el buen ciudadano alegremente
Debe ofrecerse por la patria amiga,
Con mas razon y fuerza mas urgente
Como cabeza á tí la ley te obliga;
Y no puedes con causa suficiente
Dejar de redimir nuestra fatiga,
Dándonos con el tiempo prosperado
La sucesion y fruto deseado.

»Cuando á seguir estés determinada
El casto infructüoso presupuesto,
Mira á tus piés esta ciudad postrada,
Y al inocente cuello el lazo puesto,
Que por tí renunció la patria amada
Debajo de promesa y de protesto,
Que al descanso y quietud que pretendias
El sosiego comun antepondrias.»

Sintió la reina tanto al improviso
La gran demanda y condicion propuesta,
Que por mas que encubrir la pena quiso,
Della el rostro señal dió manifiesta;
Mas con su discrecion y grande aviso,
Suspendiendo algun tanto la respuesta,
Soltó la voz serena y sosegada
Que la gran turbacion tenia trabada,

Diciéndoles: «Amigos, yo quisiera,
Para que todo escándalo se evite,
Que responderos luego yo pudiera
Antes que Yarbas mas nos necesite;
Pero el negocio y caso es de manera,
Que mi estado y grandeza no permite
Que me resuelva á responder tan presto,
Aunque os pareza á todos que es honesto.

»Que es mostrar liviandad, y demás deso
Falto á la obligacion y fe que debo,
Si del intento casto y voto espreso
A la primera persuasion me muevo,
Borrando el inviolable sello impreso
De mi primero amor con otro nuevo:
Así que, combatida de contrarios,
Son el tiempo y consejo necesarios.

»Tres meses, pido, amigos, solamente
Para acordar lo que se debe en esto,
Y dar satisfaccion de mí á la gente
En no determinarme así tan presto:
Que el libertado vulgo maldiciente
Aun quiere calumniar lo que es honesto,
Y como instituidores de las leyes
Tienen mas ojos sobre sí los reyes.

»Yarbas no se dará por enemigo
En cuanto el fin de los tres meses llega,
Y pasado este término me obligo
De responderle grata á lo que ruega;
Tomar pues menos plazo del que digo
Mi honestidad y estimacion lo niega,
Y no conviene á Dido dar disculpa,
Que es indicio de error y arguye culpa.»

Cerróse aquí la reina, y fué forzado
Hacer con los de Yarbas nuevo asiento,
Que aguardasen el tiempo señalado
Para determinar el casamiento:
Los cuales, por el ruego del senado
Y el gracioso hospedaje y tratamiento
Quedaron en Cartago aquellos dias
Con grandes regocijos y alegrías.

Y aunque el senado en la demanda instaba
Por el provecho y general sosiego,
La reina la respuesta dilataba
Dando gratos oidos á su ruego;
Y entre tanto en secreto aparejaba
Lo que tenia pensado desde luego,
Que era acabar la vida miserable
Primero que mudar la fe inmudable.

Llegado aquel funesto último dia,
El pueblo en la ancha plaza congregado,
Ricamente la reina se vestia
Subiendo en un exento y alto estrado,
Al pié del cual una hoguera habia
Para la imola y sacrificio usado,
De donde á los atentos circunstantes
Les dijo las palabras semejantes:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«O fieles compañeros, que contino
En todos los trabajos lo mostrastes,
Que por seguir mis hados y camino
Vuestras casas y patria renunciastes:
Hoy la fortuna y áspero destino
Por el último fin de sus contrastes
Me fuerzan á dejar á costa mia
Vuestra clara y amable compañía.

»Si apartarme de amigos tan leales
Hace esta mi partida dolorosa,
Los consultados dioses celestiales
No disponen ni pueden otra cosa;
Y así por desviar los grandes males
Que tienen á Cartago temerosa,
Pues ponen en mis manos el remedio,
Quiero quitar la causa de por medio.

»Que pues del cielo el áspero decreto
De poder toner bien me inhabilita,
Y el ver á mi ciudad puesta en aprieto
A quebrantar la fe me necesita,
Quiero cortar á Yarbas el sujeto
Del engañado amor que así le incita,
Dando á mi vida fin, pues deste modo
Faltando la ocasion cesará todo.

»Esto será con darme yo la muerte;
Y aunque os parezca este remedio estraño,
Es mas fácil, mas breve y menos fuerte,
Y en fin particular y poco el daño:
Pues sin peligro vuestro desta suerte
Saldrá el errado Yarbas de su engaño,
Y yo conservaré con mas pureza
Del casto y viudo lecho la limpieza.

»Hoy por el precio de una corta vida
La vejacion redimo de Cartago,
Dejando ejemplo y ley establecida
Que os obligue á hacer lo que yo hago;
Y con mi limpia sangre aquí esparcida
Al cielo y á la tierra satisfago;
Pues muero por mi pueblo, y guardo entera
Con inviolable amor la fe primera.

»No lamenteis mi muerte anticipada,
Pues el cielo la aprueba y solemniza:
Que una breve fatiga y muerte honrada
Asegura la vida y la eterniza.
Que si el cuchillo de la parca airada
Al que quiere morir le atemoriza,
No os debe de pesar si Dido muere,
Pues vive el que se mata cuando quiere.

»Adios, adios, amigos, que ya os veo
Libres, y á mi marido satisfecho...»
Y no les dijo mas con el deseo
Que tenia de acabar el fiero hecho.
Así, llamando el nombre de Siqueo,
Se abrió con un puñal el casto pecho,
Dejándose caer de golpe luego
Sobre las llamas del ardiente fuego.

Fué su muerte sentida en tanto grado
Que gran tiempo en Cartago la lloraron,
Y en memoria del caso señalado
Un suntuoso templo le fundaron,
Donde con sacrificio y culto usado
Mientras las cosas prósperas duraron
De aquella su ciudad ennoblecida
Por diosa de la patria fué tenida.

Y aborreciendo el nombre de señores,
Muerta la memorable reina Dido,
Por cien sabios ancianos senadores
De allí adelante el pueblo fué regido;
Y creciendo el concurso y moradores
Vino á ser poderoso, y tan temido,
Que un tiempo á Roma en su mayor grandeza
Le puso en gran trabajo y estrecheza.

Este es el cierto y verdadero cuento
De la famosa Dido disfamada,
Que Virgilio Maron sin miramiento
Falseó su historia y castidad preciada,
Por dar á sus ficciones ornamento;
Pues vemos que esta reina importunada
Pudiéndose casar y no quemarse,
Antes quemarse quiso que casarse.

Iban todos atentos escuchando
El estraño suceso peregrino,
Cuando al fuerte llegamos acabando
La historia juntamente y el camino;
Y en él aquella noche reposando,
Venida la mañana nos convino
Procurar de tener con diligencia
Del buscado enemigo inteligencia.

Mas un indio que acaso inadvertido
Fué de una escolta nuestra prisionero,
Hombre en las muestras de ánimo atrevido,
Suelto de manos y de piés lijero,
Con promesas y dádivas vencido
Dijo: «Yo me resuelvo y me prefiero
De daros llanamente hoy en la mano
Al grande general Caupolicano.

»En un áspero bosque y espesura,
Nueve millas de Ongolmo desviado,
Está en un sitio fuerte por natura,
De ciénagas y fosos rodeado:
Donde por ser la tierra tan segura
Anda de solos diez acompañado,
Hasta que nuestra próspera creciente
Aplaque el gran furor de su corriente.

»Por una estrecha y desusada via,
Sin que pueda haber dello sentimiento,
Seré en la noche escura yo la guia,
Llevando vuestra gente en salvamento,
Y antes que se descubra el claro dia
Dareis en el oculto alojamiento,
Donde cumplir del todo yo me obligo,
Pena de la cabeza, lo que digo.»

Fué la razon del mozo bien oida,
Viéndole en su promesa tan constante;
Y así luego una escuadra prevenida
De gente esperta y número bastante,
Para toda sospecha apercibida,
Llevando al indio amigo por delante
Salió á la prima noche en gran secreto
Con paso largo y caminar quïeto.

Por una senda angosta é intrincada
Subiendo grandes cuestas y bajando,
Del solícito bárbaro guiada
Iba á paso tirado caminando.
Mas la escura tiniebla adelgazada
Por la vecina aurora reparando,
Junto á un arroyo y pedregosa fuente
Volvió el indio diciendo á nuestra gente:

«Yo no paso adelante, ni es posible
Seguir este camino comenzado,
Que el hecho es grande y el temor terrible
Que me detiene el paso acobardado,
Imaginando aquel aspecto horrible
Del gran Caupolicán contra mí airado,
Cuando venga á saber que solo he sido
El soldado traidor que le ha vendido.

»Por este arroyo arriba, que es la guia
Aunque sin rastro alguno ni vereda,
Dareis presto en el sitio y ranchería,
Que está en medio de un bosque y arboleda:
Y antes que aclare ya el vecino dia,
Os dad priesa á llegar, porque no pueda
La centinela descubrir del cerro
Vuestra venida oculta y mi gran yerro.

»Yo me vuelvo de aquí, pues he cumplido
Dejándoos como os dejo en este puesto,
Adonde salvamente os he traido
Poniéndome á peligro manifiesto;
Y pues al punto justo habeis venido,
Os conviene dar priesa y llegar presto:
Que es irrecuparable y peligrosa
La pérdida del tiempo en cualquier cosa.

»Y si sienten rumor desta venida,
El sitio es ocupado y peñascoso,
Fácil y sin peligro la huïda
Por un derrumbadero montüoso.
Mirad que os daña ya la detenida;
Seguid hoy vuestro hado venturoso,
Que menos de una legua de camino
Teneis al enemigo ya vecino.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No por caricia, oferta, ni promesa
Quiso el indio mover el pié adelante,
Ni amenaza de muerte ó vida opresa
A sacarle del tema fué bastante;
Y viendo el tiempo corto, y que la priesa
Les era á la sazon tan importante,
Dejándole amarrado á un grueso pino
La relacion siguieron y camino.

Al cabo de una milla, y á la entrada
De un arcabuco lóbrego y sombrío,
Sobre una espesa y áspera quebrada
Dieron en un pajizo y gran bohío;
La plaza en derredor fortificada
Con un despeñadero sobre el rio,
Y cerca dél cubiertas de espadañas
Chozas, casillas, ranchos y cabañas.

La centinela, en esto, descubriendo
De la punta de un cerro nuestra gente,
Dió la voz y señal apercibiendo
Al descuidado general valiente;
Pero los nuestros en tropel corriendo
Le cercaron la casa de repente,
Saltando el fiero bárbaro á la puerta,
Que ya á aquella sazon estaba abierta.

Mas viendo el paso en torno embarazado,
Y el presente peligro de la vida,
Con un martillo fuerte y acerado
Quiso abrir á su modo la salida;
Y alzándole á dos manos empinado
Por dalle mayor fuerza á la caida,
Topó una viga arriba atravesada
Do la punta encarnó y quedó trabada.

Pero un soldado á tiempo atravesando
Por delante acercándose á la puerta,
Le dió un golpe en el brazo penetrando
Los músculos y carne descubierta;
En esto el paso el indio retirando
Visto el remedio y la defensa incierta,
Amonestó á los suyos que se diesen
Y en ninguna manera resistiesen.

Salió fuera sin armas requiriendo
Que entrasen en la estancia, asegurados
Que eran pobres soldados, que huyendo
Andaban de la guerra amedrentados;
Y así con priesa y turbacion, temiendo
Ser de los foragidos salteados,
A la ocupada puerta habia salido
De las usadas armas prevenido.

Entraron de tropel donde hallaron
Ocho ó nueve soldados de importancia,
Que rendidas las armas se entregaron
Con muestras aparentes de ignorancia:
Todos atrás las manos los ataron
Repartiendo el despojo y la ganancia,
Guardando al capitán disimulado
Con dobladas prisiones y cuidado.

Que aseguraba con sereno gesto
Ser un bajo soldado de linaje,
Pero en su talle y cuerpo bien dispuesto
Daba muestra de ser gran personaje.
Gastóse algún espacio y tiempo en esto
Tomando de los otros mas lenguaje,
Que todos contestaban que era un hombre
De estimacion comun y poco nombre.

Ya entre los nuestros á gran furia andaba
El permitido robo y grita usada,
Que rancho, casa y choza no quedaba,
Que no fuese deshecha y saqueada,
Cuando de un toldo que vecino estaba
Sobre la punta de la gran quebrada
Se arroja una mujer huyendo apriesa
Por lo mas agrio de la breña espesa.

Pero alcanzóla un negro á poco trecho
Que tras ella se echó por la ladera,
Que era intrincado el paso y muy estrecho,
Y ella no bien usada en la carrera:
Llevaba un mal envuelto niño al pecho
De edad de quince meses, el cual era
Prenda del preso padre desdichado,
Con grande estremo dél y della amado.

Trújola el negro suelta no entendiendo
Que era presa y mujer tan importante.
En esto ya la gente iba saliendo
Al tino del arroyo resonante,
Cuando la triste palla descubriendo
Al marido que preso iba adelante,
De sus insignias y armas despojado
En el monton de la canalla atado,

No reventó con llanto la gran pena,
Ni de flaca mujer dió allí la muestra;
Antes de furia y viva rabia llena
Con el hijo delante se le muestra
Diciendo: «La robusta mano ajena,
Que así ligó tu afeminada diestra,
Mas clemencia y piedad contigo usara
Si ese cobarde pecho atravesara.

»¿Eres tú aquel varon que en pocos dias
Hinchó la redondez de sus hazañas,
Que con solo la voz temblar hacias
Las remotas naciones mas estrañas?
¿Eres tú el capitán que prometias
De conquistar en breve las Españas,
Y someter al ártico hemisferio
Al yugo y ley del araucano imperio?

»¡Ay de mí, cómo andaba yo engañada
Con mi altiveza y pensamiento ufano,
Viendo que en todo el mundo era llamada
Fresia, mujer del gran Caupolicano;
Y agora miserable y desdichada
Todo en un punto me ha salido en vano,
Viéndote prisionero en un desierto
Pudiendo haber honradamente muerto!

»¿Qué son aquellas pruebas peligrosas
Que así costaron tanta sangre y vidas,
Las empresas difíciles, dudosas,
Por tí con tanto esfuerzo acometidas?
¿Qué es de aquellas victorias gloriosas
Desos atados brazos adquiridas?
Todo al fin ha parado y se ha resuelto
En ir con esa gente infame envuelto.

»Dime: ¿faltóte esfuerzo, faltó espada
Para triunfar de la mudable diosa?
¿No sabes que una breve muerte honrada
Hace inmortal la vida y gloriosa?
Miraras esta prenda desdichada,
Pues que de tí no queda ya otra cosa,
Que yo apenas la nueva me viniera
Cuando muriendo alegre te siguiera.

»Toma, toma tu hijo, que era el nudo
Con que el lícito amor me habia ligado:
Que el sensible dolor y golpe agudo
Estos fértiles pechos ha secado;
Cria, críale tú, que este membrudo
Cuerpo en sexo de hembra se ha trocado:
Que yo no quiero título de madre
Del hijo infame del infame padre.»

Diciendo esto colérica y rabiosa,
El tierno niño le arrojó delante,
Y con ira frenética y furiosa
Se fué por otra parte en el instante;
En fin, por abreviar, ninguna cosa
De ruegos ni amenazas fué bastante
A que la madre ya crüel volviese
Y el inocente hijo recibiese.

Diéronle nueva madre, y comenzaron
A dar la vuelta y á seguir la via,
Por la cual á gran priesa caminaron
Recobrando al pasar la fida guia,
Que atada al tronco por temor dejaron;
Y en larga escuadra al declinar del dia
Entraron en la plaza abanderada
Con gran aplauso y alardosa entrada.

Hízose con los indios diligencia
Porque con mas certeza se supiese
Si era Caupolicán, que su aparencia
Daba claros indicios que lo fuese;
Pero ni ausente dél, ni en su presencia
Hubo entre tantos uno que dijese
Que era mas que un incógnito soldado
De baja estofa y sueldo moderado.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS
UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
MONTERREY, MEXICO

Aunque algunos, después mas animados
Cuando en particular los apartaban,
De su cercana muerte asegurados,
El sospechado engaño declaraban;
Pero luego delante dél llevados,
Con medroso temblor se retrataban,
Negando la verdad ya comprobada,
Por ellos en ausencia confesada.

Mas viéndose apretado y peligroso,
Y que encubrirse al cabo no podía,
Dejando aquel remedio infructuoso,
Quiso tentar el último que había;
Y así llamando al capitán Reinoso,
Que luego vino á ver lo que quería,
Le dijo con sereno y buen semblante
Lo que dirán mis versos adelante.

CANTO XXXIV

Habla Caupolicán á Reinoso, y sabiendo que ha de morir, se vuelve cristiano; muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado; los araucanos se juntan á la eleccion del nuevo general; manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal.

¡Oh vida miserable y trabajosa
A tantas desventuras sometida!
Prosperidad humana sospechosa,
Pues nunca hubo ninguno sin caida!
¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa
Que no sea amarga al cabo y desabrida?
No hay gusto, no hay placer sin su descuento:
Que el dejo del deleite es el tormento.

Hombres famosos en el siglo ha habido
A quien la vida larga ha deslustrado,
Que el mundo los hubiera preferido
Si la muerte se hubiera anticipado:
Aníbal desto buen ejemplo ha sido,
Y el cónsul que en Farsalia derrocado
Perdió por vivir mucho, no el segundo,
Mas el lugar primero deste mundo.

Esto confirma bien Caupolicano,
Famoso capitán y gran guerrero,
Que en el término américo indiano
Tuvo en las armas el lugar primero;
Mas cargóle fortuna así la mano,
Dilatándole el término postrero,
Que fué mucho mayor que la subida
La miserable y súbita caida.

El cual reconociendo que su gente
Vacilando en la fe titubeaba,
Viendo que ya la próspera creciente
De su fortuna apriesa declinaba,
Hablar quiso á Reinoso claramente:
Que venido á saber lo que pasaba,
Presente el congregado pueblo todo,
Habló el bárbaro grave deste modo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Aunque algunos, después mas animados
Cuando en particular los apartaban,
De su cercana muerte asegurados,
El sospechado engaño declaraban;
Pero luego delante dél llevados,
Con medroso temblor se retrataban,
Negando la verdad ya comprobada,
Por ellos en ausencia confesada.

Mas viéndose apretado y peligroso,
Y que encubrirse al cabo no podía,
Dejando aquel remedio infructuoso,
Quiso tentar el último que había;
Y así llamando al capitán Reinoso,
Que luego vino á ver lo que quería,
Le dijo con sereno y buen semblante
Lo que dirán mis versos adelante.

CANTO XXXIV

Habla Caupolicán á Reinoso, y sabiendo que ha de morir, se vuelve cristiano; muere de miserable muerte, aunque con ánimo esforzado; los araucanos se juntan á la eleccion del nuevo general; manda el rey don Felipe levantar gente para entrar en Portugal.

¡Oh vida miserable y trabajosa
A tantas desventuras sometida!
Prosperidad humana sospechosa,
Pues nunca hubo ninguno sin caida!
¿Qué cosa habrá tan dulce y tan sabrosa
Que no sea amarga al cabo y desabrida?
No hay gusto, no hay placer sin su descuento:
Que el dejo del deleite es el tormento.

Hombres famosos en el siglo ha habido
A quien la vida larga ha deslustrado,
Que el mundo los hubiera preferido
Si la muerte se hubiera anticipado:
Aníbal desto buen ejemplo ha sido,
Y el cónsul que en Farsalia derrocado
Perdió por vivir mucho, no el segundo,
Mas el lugar primero deste mundo.

Esto confirma bien Caupolicano,
Famoso capitán y gran guerrero,
Que en el término américo indiano
Tuvo en las armas el lugar primero;
Mas cargóle fortuna así la mano,
Dilatándole el término postrero,
Que fué mucho mayor que la subida
La miserable y súbita caida.

El cual reconociendo que su gente
Vacilando en la fe titubeaba,
Viendo que ya la próspera creciente
De su fortuna apriesa declinaba,
Hablar quiso á Reinoso claramente:
Que venido á saber lo que pasaba,
Presente el congregado pueblo todo,
Habló el bárbaro grave deste modo:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Si á vergonzoso estado reducido
Me hubiera el duro y áspero destino,
Y si esta mi caida hubiera sido
Debajo de hombre y capitán indino,
No tuviera el brazo así desfallecido,
Que no abriera á la muerte yo camino
Por este propio pecho con mi espada,
Cumpliendo el curso y mísera jornada.

»Mas juzgándote digno, y de quien puedo
Recibir sin vergüenza yo la vida,
Lo que de mí pretendes te concedo
Luego que á mí me fuere concedida;
Ni pienses que á la muerte tengo miedo,
Que aquesa es de los prósperos temida,
Y en mí por esperiencia he ya probado,
Cuán mal le está el vivir á un desdichado.

»Yo soy Caupolicán, que el hado mio
Por tierra derrocó mi fundamento,
Y quien del araucano señorío
Tiene el mando absoluto y regimiento:
La paz está en mi mano y albedrío,
Y el hacer y afirmar cualquier asiento,
Pues tengo por mi cargo y providencia
Toda la tierra en freno y obediencia.

»Soy quien mató á Valdivia en Tucapelo,
Y quien dejó á Purén desmantelado;
Soy el que puso á Penco por el suelo,
Y el que tantas batallas ha ganado;
Pero el revuelto ya contrario cielo
De victorias y triunfos rodeado
Me ponen á tus piés á que te pida
Por un muy breve término la vida.

»Cuando mi causa no sea justa, mira
Que el que perdona mas es mas clemente;
Y si á venganza la pasion te tira,
Pedirte yo la vida es suficiente;
Aplaca el pecho airado, que la ira
Es en el poderoso impertinente,
Y si en darme la muerte estás ya puesto,
Especie de piedad es darla presto.

»No pienses que aunque muera aquí á tus manos
Ha de faltar cabeza en el estado:
Que luego habrá otros mil Caupolicanos,
Mas como yo ninguno desdichado;
Y pues conoces ya á los araucanos,
Que dellos soy el mínimo soldado,
Tentar nueva fortuna error seria
Yendo tan cuesta abajo ya la mia.

»Mira que á muchos vences en vencerte;
Frena el ímpetu y cólera dañosa:
Que la ira examina al varon fuerte,
Y el perdonar venganza es generosa.
La paz comun destruyes con mi muerte:
Suspende ahora la espada rigurosa,
Debajo de la cual están á una
Mi desnuda garganta y tu fortuna.

»Aspira á mas y á mayor gloria atiende;
No quieras en poca agua así anegarte:
Que lo que la fortuna así pretende
Solo es que quieras della aprovecharte,
Conoce el tiempo y tu ventura entiende,
Que estoy en tu poder ya de tu parte,
Y muerto no tendrás de cuanto has hecho
Sino un cuerpo de un hombre sin provecho.

»Que si esta mi cabeza desdichada
Pudiera, ó capitán, satisfacerte,
Tendiera el cuello á que con esa espada
Remataras aquí mi triste suerte;
Pero deja la vida condenada
El que procura apresurar su muerte,
Y mas en este tiempo que la mia
La paz universal perturbaria.

Y pues por la esperiencia claro has visto
Que libre y preso, en público y secreto,
De mis soldados soy temido y quisto,
Y está á mi voluntad todo sujeto;
Haré yo establecer la ley de Cristo,
Y que sueltas las armas te prometo
Vendrá toda la tierra en mi presencia
A dar al rey Felipe la obediencia.

Tenme en prision segura retirado
Hasta que cumpla aquí lo que pusiere:
Que yo se que el ejército y senado
En todo aprobarán lo que hiciere;
Y el plazo puesto y término pasado
Podré también morir, si no cumpliere:
Escoge lo que mas te agrada desto,
Que para ambas fortunas estoy presto.»

No dijo el indio mas, y la respuesta
Sin turbacion mirándole atendia,
Y la importante vida ó muerte presta
Callando con igual rostro pedia;
Que por mas que fortuna contrapuesta
Procuraba abatirle, no podia,
Guardando aunque vencido y preso en todo
Cierto término libre y grave modo.

Hecha la confesion como lo he escrito,
Con mas rigor y priesa que advertencia,
Luego á empalar y asaetarle vivo
Fué condenado en pública sentencia.
No la muerte y el término escesivo
Causó en su gran semblante diferencia:
Que nunca por mudanzas vez alguna
Pudo mudarle el rostro la fortuna.

Pero mudóle Dios en un momento
Obrando en él su poderosa mano,
Pues con lumbre de fe y conocimiento
Se quiso bautizar y ser cristiano.
Causó lástima y junto gran contento
Al circunstante pueblo castellano,
Con grande admiracion de todas gentes,
Y espanto de los bárbaros presentes.

Luego aquel triste aunque felice dia,
Que con solemnidad le bautizaron,
Y en lo que el tiempo escaso permitia
En la fe verdadera le informaron;
Cercado de una gruesa compañía
De bien armada gente le sacaron
A padecer la muerte consentida
Con esperanza ya de mejor vida.

Descalzo, destocado, á pié, desnudo,
Dos pesadas cadenas arrastrando,
Con una soga al cuello y grueso ñudo,
De la cual el verdugo iba tirando,
Cercado en torno de armas, y el menudo
Pueblo detrás mirando y remirando
Si era posible aquello que pasaba,
Que visto por los ojos aun dudaba:

Desta manera pues llegó al tablado,
Que estaba á un tiro de arco del asiento,
Media pica del suelo levantado,
De todas partes á la vista exento:
Donde con el esfuerzo acostumbrado,
Sin mudanza y señal de sentimiento,
Por la escala subió tan desenvuelto
Como si de prisiones fuera suelto.

Puesto ya en lo mas alto, revolviendo
A un lado y á otro la serena frente
Estuvo allí parado un rato, viendo
El gran concurso y multitud de gente
Que el increible caso y estupendo
Atónita miraba atentamente,
Teniendo á maravilla y gran espanto
Haber podido la fortuna tanto.

Llegóse él mismo al palo donde habia
De ser la atroz sentencia ejecutada,
Con un semblante tal, que parecía
Tener aquel terrible trance en nada,
Diciendo: «Pues el hado y suerte mia
Me tienen esta suerte aparejada,
Venga, que yo la pido, yo la quiero,
Que ningun mal hay grande si es postrero.»

Luego llegó el verdugo diligente,
Que era un negro gelofo, mal vestido,
El cual viéndole el bárbaro presente
Para darle la muerte prevenido,
Bien que con rostro y ánimo paciente
Las afrentas demás habia sufrido,
Sufrir no pudo aquella aunque postrera,
Diciendo en alta voz desta manera:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«¿Cómo? ¿Qué? ¿En cristiandad y pecho hon-
Cabe cosa tan fuera de medida, [rado
Que á un hombre como yo, tan señalado,
Le dé muerte una mano así abatida?
Basta, basta morir el mas culpado:
Que al fin todo se paga con la vida,
Y es usar deste término conmigo
Inhumana venganza, y no castigo.

»¿No hubiera alguna espada aquí de cuantas
Contra mí se arrancaron á porfía,
Que usada á nuestras míseras gargantas
Cercenara de un golpe aquesta mia?
Que aunque ensaye su fuerza en mí de tantas
Maneras la fortuna en este dia,
Acabar no podrá, que bruta mano
Toque al gran general Caupolicano.»

Esto dicho, y alzando el pié derecho,
Aunque de las cadenas impedido,
Dió tal coz al verdugo, que gran trecho,
Le echó rodando abajo mal herido:
Reprehendido el impaciente hecho,
Y del súbito enojo reducido,
Le sentaron después con poca ayuda
Sobre la punta de la estaca aguda.

No el aguzado palo penetrante,
Por mas que las entrañas le rompiese
Barrenándole el cuerpo, fué bastante
A que al dolor intenso se rindiese:
Que con sereno término y semblante
Sin que labio ni ceja retorciese,
Sosegado quedó, de la manera
Que si sentado en tálamo estuviera.

En esto seis flecheros señalados,
Que prevenidos para aquello estaban,
Treinta pasos de trecho desviados,
Por orden y despacio le tiraban;
Y aunque en toda maldad ejercitados,
Al despedir la flecha vacilaban,
Temiendo poner mano en un tal hombre
De tanta autoridad y tan gran nombre.

Mas fortuna crüel, que ya tenia
Tan poco por hacer y tanto hecho,
Si tiro alguno avieso allí salia
Forzando el curso le traia derecho;
Y en breve sin dejar parte vacía
De cien flechas quedó pasado el pecho,
Por do aquel grande espíritu echó fuera,
Que por menos heridas no cupiera.

Paréceme que siento enternecido
Al mas crüel y endurecido oyente
Deste bárbaro caso referido,
Al cual, señor, no estuve yo presente:
Que á la nueva conquista habia partido
De la remota y nunca vista gente;
Que si yo á la sazon allí estuviera
La cruda ejecucion se suspendiera.

Quedó abiertos los ojos, y de suerte
Que por vivo llegaban á mirarle:
Que la amarilla y afeada muerte
No pudo aun puesto allí desfigurarle.
Era el miedo en los bárbaros tan fuerte,
Que no osaban dejar de respetarle,
Ni allí se vió en alguno tal denuedo
Que puesto cerca dél no hubiese miedo.

La voladora fama presurosa
Derramó por la tierra en un momento
La no pensada muerte ignominiosa,
Causando alteracion y movimiento;
Luego la turba incrédula y dudosa,
Con nueva turbacion y desatiento,
Corre con priesa y corazon incierto
A ver si era verdad que fuese muerto.

Era el número tanto que bajaba
Del contorno y distrito comarcano,
Que en ancha y apiñada rueda estaba
Siempre cubierto el espacioso llano:
Crédito allí á la vista no se daba
Si ya no le tocaban con la mano,
Y aun tocado, después les parecia
Que era cosa de sueño ó fantasía.

No la afrentosa muerte impertinente,
Para temor del pueblo ejecutada,
Ni la falta de un hombre así eminente
En que nuestra esperanza iba fundada,
Amedrentó ni acobardó la gente:
Antes de aquella injuria provocada,
A la cruel satisfaccion aspira
Llena de nueva rabia y mayor ira.

Unos con sed rabiosa de venganza
Por la afrenta y oprobrio recibido,
Otros con la codicia y esperanza
Del oficio y baston ya pretendido,
Antes que sosegase la tardanza
El ánimo del pueblo removido,
Daban calor y fuerzas á la guerra
Incitando á furor toda la tierra.

Si hubiese de escribir la bravería
De Tucapel, de Rengo y Lepomande,
Orompello, Lincoya y Lebopía,
Purén y Cayopil y Mareande,
En un espacio largo no podria,
Y fuera menester libro mas grande:
Que cada cual con hervoroso afecto
Pretende allí y aspira á ser electo.

Pero el cacique Colocolo, viendo
El daño de los muchos pretendientes,
Como prudente y sabio conociendo
Pocos para el gran cargo suficientes,
Su anciana autoridad interponiendo
Les hizo mensajeros diligentes,
Para que se juntasen á consulta
En lugar apartado y parte oculta.

Los que abreviar el tiempo deseaban
Luego para la junta se aprestaron,
Y muchos, recelando que tardaban,
La diligencia y paso apresuraron;
Otros que á otro camino enderezaban,
Por no se declarar no rehusaron,
Siguiendo sin faltar un hombre solo
El sabio parecer de Colocolo.

Fué entre ellos acordado que viniesen
Solos, á la lijera, sin bullicio,
Porque los enemigos no tuviesen
De aquella nueva junta algun indicio
Haciendo que de todas partes fuesen
Indios que con industria y artificio
Instasen en la paz siempre ofrecida
Con muestra humilde y contricion fingida.

El plazo puesto y sitio señalado
En un cómodo valle y escondido,
La convocada gente del senado
Al término llegó constituido,
Y entre ellos Tucapel determinado
De por bien ó por mal ser elegido,
Y otros que con menores fundamentos
Mostraban sus preñados pensamientos.

Siento fraguarse nuevas disensiones,
Moverse gran discordia y diferencia,
Hervir con ambicion los corazones,
Brotar el odio antiguo y competencia,
Variar los designios y opiniones
Sin manera ó señal de conveniencia,
Fundando cada cual su desvarío
En la fuerza del brazo y albedrío.

Entrados como digo en el consejo
Los caciques y nobles congregados,
Todos con sus insignias y aparejo,
Segun su antigua preeminencia armados,
Colocolo, sagaz y cauto viejo,
Viéndolos en los rostros demudados,
Aunque aguardaba á la sazon postrera,
Adelantó la voz desta manera.....

Pero si no os cansais, señor, primero
Que os diga lo que dijo Colocolo,
Tomar otro camino largo quiero,
Y volver el designio á nuestro polo:
Que aunque á deciros mucho me prefiero,
El sujeto que tomo basta solo
A levantar mi baja voz cansada,
De materia hasta aquí necesitada.

Mas si me dais licencia yo querria,
Para que mas á tiempo esto refiera,
Alcanzar si pudiese á don García,
Aunque es diversa y larga la carrera:
El cual en el turbado reino habia
Reformado los pueblos de manera,
Que puso con solícito cuidado
La justicia y gobierno en buen estado.

Pasó de Villarica el fértil llano,
Que tiene al sur el gran volcán vecino,
Fragua, segun afirman, de Vulcano,
Que regoldando fuego está contino;
De allí volviendo por la diestra mano
Visitando la tierra al cabo vino
Al ancho lago y gran desaguadero,
Término de Valdivia y fin postrero:

Donde también llegué: que sus pisadas
Sin descansar un punto voy siguiendo,
Y de las mas ciudades convocadas,
Iban gentes en número acudiendo
Pláticas en conquistas y jornadas;
Y así el tumulto bélico creciendo
En sordo son confuso rimbombaba,
Y el vecino contorno amedrentaba.

Que arrebatado del lijero viento,
Y por la fama lejos esparcido,
Hirió el desapacible y duro acento
De los remotos indios el oido:
Los cuales con turbado sentimiento
Huyen del nuevo y fiero son temido,
Cual medrosas ovejas derramadas
Del aullido del lobo amedrentadas.

Nunca el escuro y tenebroso velo
De nubes congregadas de repente,
Ni presto rayo que rasgando el cielo
Baja tronando envuelto en llama ardiente,
Ni terremoto cuando tiembla el suelo
Turba y atemoriza así la gente,
Como el horrible estruendo de la guerra
Turbó y amedrentó toda la tierra.

Quién sin duda publica que ya entraban
Destruyendo ganados y comidas,
Quién que la tierra y pueblos saqueaban
Privando á los caciques de las vidas,
Quién que á las nobles dueñas deshonraban,
Y forzaban las hijas recogidas,
Haciendo otros insultos y maldades
Sin reservar lugar, sexo ni edades.

Crece el desorden, crece el desconcierto
Con cada cosa que la fama aumenta,
Teniendo y afirmando por muy cierto
Cuanto el triste temor les representa:
Solo el salvarse les parece incierto,
Y esto los atribula y atormenta:
Allá corren gritando, acá revuelven,
Todo lo creen y en nada se resuelven.

Mas luego que el temor desatinado,
Que la gente llevaba derramada,
Dejó en ella lugar desocupado
Por donde la razon hallase entrada,
El atónito pueblo reportado,
Su total perdicion considerada,
Se junta á consultar en este medio
Las cosas importantes al remedio.

Hallóse en este vario ayuntamiento
Tunconabala, plático soldado,
Persona de valor y entendimiento,
En la araucana escuela dotrinado,
Que por cierta cuestion y acaecimiento
De su tierra y parientes desterrado,
Se redujo á doméstico ejercicio,
Huyendo el trato bélico y bullicio.

El cual viendo en el pueblo diferente
El miedo grande y confusion que habia,
Pues sin oir trompeta ni ver gente
Le espantaba su misma vocería,
En un lugar capaz y conveniente,
Junta toda la noble compañía,
Sosegado el rumor y alteraciones
Les comenzó á decir estas razones:

«Escusado es, amigos, que yo os diga
El peligroso punto en que nos vemos
Por esta gente pérfida enemiga,
Que ya cierto á las puertas la tenemos;
Pues el temor que á todos nos fatiga,
Nos apremia y constriñe á que entreguemos
La libertad y casas al tirano,
Dándole entrada libre y paso llano.

»¿A qué fosado muro ó antepecho,
A qué fuerza ó ciudad, á qué castillo
Os podreis retirar en este estrecho,
Que baste sola un hora á resistillo?
Si quereis hacer rostro y mostrar pecho,
Desnudo le ofrecemos al cuchillo,
Pues nos coge esta furia repentina
Sin armas, capitán, ni disciplina.

»Que estos barbudos crueles y terribles
Del bien universal usurpadores,
Son fuertes, poderosos, invencibles,
Y en todas sus empresas vencedores:
Arrojan rayos con estruendo horribles,
Pelean sobre animales corredores,
Grandes, bravos, feroces y alentados,
De solo el pensamiento gobernados.

»Y pues contra sus armas y fiereza
Defensa no teneis de fuerza ó muro,
La industria ha de suplir nuestra flaqueza
Y prevenir con tiempo el mal futuro:
Que mostrando doméstica llaneza
Les podeis prometer paso seguro
Como á nacion vecina y gente amiga,
Que la promesa en daño á nadie obliga.

»Haciendo en este tiempo limitado
Retirar con silencio y buena maña
La ropa, provisiones y ganado
Al último rincon de la montaña;
Dejando el alimento tan tasado,
Que vengan á entender que esta campaña
Es estéril, es seca y mal templada
De gente pobre y mísera habitada.

»Porque estos insaciables avarientos,
Viendo la tierra pobre y poca presa,
Sin duda mudarán los pensamientos
Dejando por inútil esta empresa;
Y la falta de gente y bastimentos
Los echará deste distrito apriesa,
Guiados por la breña y gran recuesto,
De do quizá no volverán tan presto.

»Teneis de Ancud el paso y estrecheza
Cerrado de peñascos y jarales,
Por do quiso impedir naturaleza
El trato á los vecinos naturales;
Cuya espesura grande y aspereza
Aun no pueden romper los animales,
Y las aves alíjeras del cielo
Sienten trabajo en el pasarle á vuelo.

»Llevados por aquí, sin duda creo
Que viendo el alto monte peligroso
Corregirán el ímpetu y deseo,
Volviendo atrás el paso presuroso;
Y si quieren buscar algun rodeo,
Desviarse de aquí será forzoso,
Dejando esta region por miserable
Libre de su insolencia intolerable.

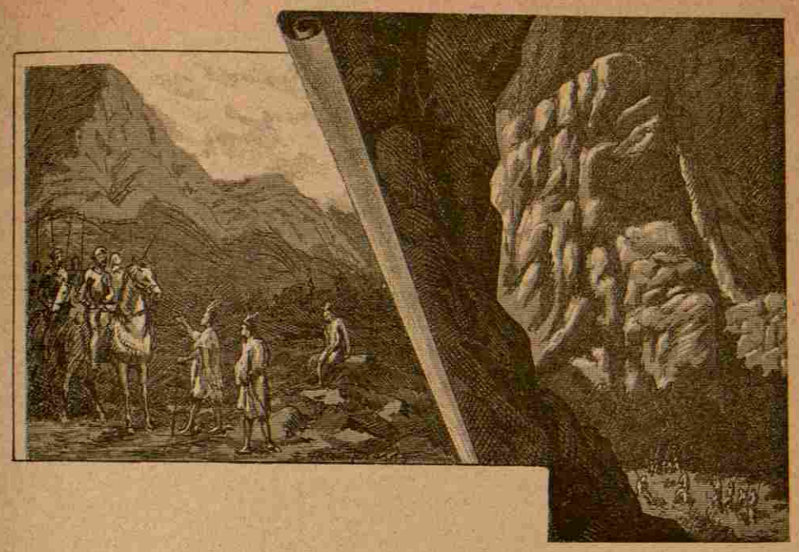
»Y aunque la libertad y vida mia
Sé que corre peligro en el viaje,
Con rústica y desnuda compañía
Salir quiero á encontrarlos al pasaje,
Y fingiendo ignorancia y alegría,
Vestido de grosero y pobre traje,
Ofrecerles he en don una miseria,
Que arguya y dé á entender nuestra laceria.

»Quizá viendo el trabajo y poco fruto
Que se puede esperar de la pobreza,
La estéril tierra y mísero tributo,
El linaje de gente y rustiqueza,
Mudarán el intento resoluto,
Que es de buscar haciendas y riqueza,
Haciéndoles volver con maña y arte
Las armas y designios á otra parte.»

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No acabó su razon el indio cuando
Se levantó un rumor entre la gente,
El parecer á voces aprobando
Sin mostrarse ninguno diferente;
Y así la ejecucion apresurando
En lo ya consultado conveniente,
Corrieron al efecto retirados
Los muebles, vituallas y ganados.

Ya el español con la presteza usada
Al último confin habia venido,
Dando remate á la postrer jornada
Del límite hasta allí constituïdo;
Y puesto el pié en la raya señalada
El presuroso paso suspendido,
Dijo, si ya escucharlo no os enoja,
Lo que el canto dirá vuelta la hoja.



CANTO XXXV

Entran los españoles en demanda de nueva tierra; sáleles al paso Tunconabala, persuádeles á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guía que los lleva por grandes despeñaderos, donde pasan terribles trabajos.

¿Qué cerros hay que el interés no allana,
Y qué dificultad que no la rompa?
¿Qué pecho fiel, que voluntad tan sana
Que este no la inficione y la corrompa?
Destruye el trato de la vida humana,
No hay orden que no altere y la interrompa,
Ni estrecha entrada ni cerrada puerta
Que no la facilite y deje abierta.

Este de parentescos y hermandades
Desata el ñudo y vínculo mas fuerte,
Vuelve en enemistad las amistades,
Y el grato amor en desamor convierte:
Inventor de desastres y maldades
Tropella á la razon, cambia la suerte,
Hace al hielo caliente, al fuego frio,
Y hará subir por una cuesta un rio.

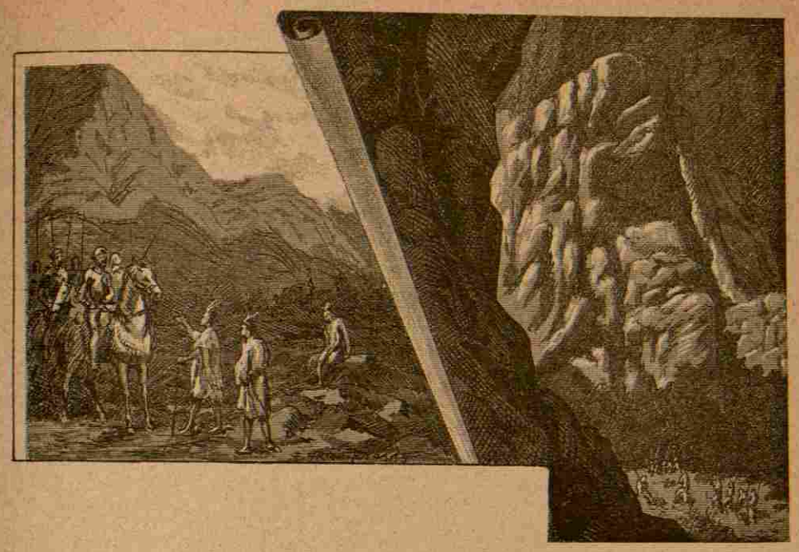
Así por mil peligros y derrotas,
Golfos profundos, mares no sulcados,
Hasta las partes últimas ignotas
Trujo sin descansar tantos soldados,
Y por vias estériles, remotas,
Del interés incitador llevados,
Piensan escudriñar cuanto se encierra
En el círculo inmenso de la tierra.

Dije que don García habia arribado
Con prática y lucida compañía
Al término de Chile señalado,
De do nadie jamás pasado habia;
Y en medio de la raya el pié afirmado
Que los dos nuevos mundos dividia,
Presente yo y atento á las señales,
Las palabras que dijo fueron tales:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

No acabó su razon el indio cuando
Se levantó un rumor entre la gente,
El parecer á voces aprobando
Sin mostrarse ninguno diferente;
Y así la ejecucion apresurando
En lo ya consultado conveniente,
Corrieron al efecto retirados
Los muebles, vituallas y ganados.

Ya el español con la presteza usada
Al último confin habia venido,
Dando remate á la postrer jornada
Del límite hasta allí constituïdo;
Y puesto el pié en la raya señalada
El presuroso paso suspendido,
Dijo, si ya escucharlo no os enoja,
Lo que el canto dirá vuelta la hoja.



CANTO XXXV

Entran los españoles en demanda de nueva tierra; sáleles al paso Tunconabala, persuádeles á que se vuelvan; pero viendo que no aprovecha, les ofrece una guía que los lleva por grandes despeñaderos, donde pasan terribles trabajos.

¿Qué cerros hay que el interés no allana,
Y qué dificultad que no la rompa?
¿Qué pecho fiel, que voluntad tan sana
Que este no la inficione y la corrompa?
Destruye el trato de la vida humana,
No hay orden que no altere y la interrompa,
Ni estrecha entrada ni cerrada puerta
Que no la facilite y deje abierta.

Este de parentescos y hermandades
Desata el ñudo y vínculo mas fuerte,
Vuelve en enemistad las amistades,
Y el grato amor en desamor convierte:
Inventor de desastres y maldades
Tropella á la razon, cambia la suerte,
Hace al hielo caliente, al fuego frio,
Y hará subir por una cuesta un rio.

Así por mil peligros y derrotas,
Golfos profundos, mares no sulcados,
Hasta las partes últimas ignotas
Trujo sin descansar tantos soldados,
Y por vias estériles, remotas,
Del interés incitador llevados,
Piensan escudriñar cuanto se encierra
En el círculo inmenso de la tierra.

Dije que don García habia arribado
Con prática y lucida compañía
Al término de Chile señalado,
De do nadie jamás pasado habia;
Y en medio de la raya el pié afirmado
Que los dos nuevos mundos dividia,
Presente yo y atento á las señales,
Las palabras que dijo fueron tales:

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
ALERE FLAMMAM VERITATIS
UANL
UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

«Nacion, á cuyos pechos invencibles
No pudieron poner impedimentos
Peligros y trabajos insufribles,
Ni airados mares ni contrarios vientos
Ni otros mil contrapuestos imposibles,
Ni la fuerza de estrellas, ni elementos,
Que rompiendo por todo habeis llegado
Al término del orbe limitado:

»Veis otro nuevo mundo, que encubierto
Los cielos hasta agora le han tenido,
El difícil camino y paso abierto
A solo vuestros brazos concedido:
Veis de tanto trabajo el premio cierto,
Y cuanto os ha fortuna prometido,
Que siendo de tan grande empresa autores
Habeis de ser sin límite señores.

»Y la parlera fama discurriendo
Hasta el estremo y término postrero,
Las antiguas hazañas refiriendo
Pondrá esta vuestra en el lugar primero;
Pues en dos largos mundos no cabiendo
Venís á conquistar otro tercero,
Donde podrán mejor sin estrecharse
Vuestros ánimos grandes ensancharse.

»Y pues es la sazon tan oportuna
Y poco necesarias las razones,
No quiero detener vuestra fortuna
Ni gastar mas el tiempo en oraciones:
Sús, tomad posesion todos á una
Desas nuevas provincias y regiones,
Donde os tienen los hados á la entrada
Tanta gloria y riqueza aparejada.»

Luego pues de tropel toda la gente,
A la plática apenas detenida,
Pisó la nueva tierra libremente
Jamás del estranjero pié batida;
Y con orden y paso diligente,
Por una angosta senda mal seguida,
En larga retahila y ordenada
Dimos principio á la primer jornada.

Caminamos sin rastro algunos dias
De solo el tino por el sol guiados,
Abriendo pasos y cerradas vías
Rematadas en riscos despeñados:
Las mentirosas fugitivas guias
Nos llevaron por partes engañados,
Que parecia imposible al mas gigante
Poder volver atrás ni ir adelante.

Ya del móvil primero arrebatado
Contra su curso el sol acia el poniente,
Al mundo cuatro vueltas habia dado
Calentando del pez la húmida frente,
Cuando al bajar de un áspero collado
Vimos salir diez indios de repente
Por entre un arcabuco y breña espesa,
Desnudos en monton trotando apriesa.

Del aire, de la lluvia y sol curtidos,
Cubiertos de un espeso y largo vello,
Pañetes cortos de cordel ceñidos,
Altos de pecho y de fornido cuello,
La color y los ojos encendidos,
Las uñas sin cortar, largo el cabello,
Brutos campestres, rústicos salvajes,
De fieras cataduras y visajes.

Venia un robusto viejo el delantero,
Al cual el medio cuerpo le cubria
Un roto manto de sayal grosero,
Que mísera pobreza prometia:
Este pues, como dije allá primero,
Era Tunconabal, que pretendia
Mudar nuestros designios y opiniones
Con fingidos consejos y razones.

Fuimos luego sobre ellos, recelando
Ser gente de montaña fugitiva;
Mas ellos nuestros pasos atajando
Venian á mas andar la cuesta arriba,
Y al pié de una alta peña reparando
Por do un quebrado arroyo se derriba
Todos nos aguardaron sin recelo,
Puestas sus flechas y arcos en el suelo.

Luego el anciano á voces, y en estraña
Lengua de nuestro intérprete entendida,
Dijo: «¡Oh gente infeliz, á esta montaña
Por falso engaño y relacion traida,
Do la serpiente y áspera alimaña
Apenas sustentar pueden la vida,
Y donde el hijo bárbaro nacido
Es de incultas raíces mantenido!

»¿Qué informacion siniestra, qué noticia
Incita así vuestro ánimo invencible?
¿Qué dañado consejo, ó qué malicia
Os ha facilitado lo imposible?
Frenad, aunque loable, esa codicia;
Que la empresa es difícil y terrible,
Y vais sin duda todos engañados
A miserable muerte condenados.

»Que cuando no encontreis gente de guerra
Que os ponga en el pasaje impedimento,
Hallareis una sierra y otra sierra,
Y una espesura y otra, y otras ciento,
Tanto que la aspereza de la tierra
Por la falta de yerba y nutrimento,
Y contagion del aire, no consiente
En su esterilidad cosa viviente.

»Y aunque me veis en bruto transformado
A la silvestre vida reducido,
Sabed, que ya en un tiempo fuí soldado,
Y que también las armas he vestido:
Así que por la ley que he profesado
Viendo que va este ejército perdido,
La lástima me mueve á aconsejaros
Que sin pasar de aquí querais tornaros.

»Que estas yermas campañas y espesuras,
Hasta el frígido sur continuadas
Han de ser el remate y sepulturas
De todas vuestras prósperas jornadas,
Mirad destos salvajes las figuras
De quien son como fieras habitadas,
Y el fruto que nos dan escasamente,
Del cual os traigo un mísero presente.»

En esto de un fardel de ovas marinas
A la manera de una red tejidas
Sacó diversas frutas montesinas,
Duras, verdes, agrestes, desabridas,
Carne seca de fieras salvajinas,
Y otras silvestres rústicas comidas,
Langosta al sol curada, y lagartijas
Con mil varias inmundas sabandijas.

Admirónos la forma y estrañeza
De aquella gente bárbara notable,
La gran selvatiquez y rustiqueza,
El fiero aspecto y término intratable,
La espesura de montes y aspereza,
Y el fruto de aquel suelo miserable:
Tierra yerma, desierta y despoblada,
De trato y vecindad tan apartada.

Preguntámosle allí si prosiguiendo
La tierra era adelante montuosa:
Respondiónos el viejo sonriyendo,
Ser mas áspera, mas dura y mas fragosa,
Y que así la montaña iba creciendo,
Que era imposible y temeraria cosa
Romper tanta maleza y espesura
Puesta allí por secreto de natura.

Pero visto nuestro ánimo ambicioso,
Que era de proseguir siempre adelante,
Y que el fingido aviso malicioso
A volvernos atrás no era bastante,
Con un afecto tierno y amoroso
Mostrando en lo esterior triste semblante
Puesto un rato á pensar afirmó cierto
Haber cerca otro paso mas abierto.

Que por la banda diestra del poniente,
Dejando el monte del siniestro lado,
Habia un rastro cursado antiguamente,
Por la nacida yerba ya borrado,
Por do podia pasar salva la gente,
Aunque era el trecho largo y despoblado,
Para lo cual él mismo nos daria
Una prática lengua y fida guia.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Fué de nosotros esto bien oido,
Que alguna gente estaba ya dudosa,
Y el donoso presente recibido,
También la recompensa fué donosa:
Un manto de algodon rojo teñido,
Y una poblada cola de raposa,
Quince cuentas de vidrio de colores
Con doce cascabeles sonadores.

La dádiva del viejo agradecida,
Por ser joyas entre ellos estimadas,
Y la guia solícita venida
Con todas las mas cosas aprestadas,
Pusimos en efecto la partida
Siguiéndonos los indios dos jornadas,
Dando vuelta después por otra senda
Dejándonos el indio en encomienda.

La cual nos iba siempre asegurando
Gran riqueza, ganado y poblaciones
Los ánimos estrechos ensanchando
Con falsas y engañosas relaciones,
Diciendo: cuando Febo volteando
Seis veces alumbrare estas regiones,
Os prometo so pena de la vida
Henchir del apetito la medida.

No sabré encarecer nuestra altiveza,
Los ánimos briosos y lozanos,
La esperanza de bienes y riqueza,
Las vanas trazas y discursos vanos:
El cerro, el monte, el risco y la aspereza
Eran caminos fáciles y llanos,
Y el peligro y trabajo exorbitante
No osaban ya ponérsenos delante.

Ibamos sin cuidar de bastimentos
Por cumbres, valles hondos, cordilleras,
Fabricando en los llanos pensamientos
Máquinas levantadas y quimeras:
Así ufanos, alegres y contentos
Pasamos tres jornadas las primeras;
Pero á la cuarta al tramontar del dia
Se nos huyó la temerosa guia.

El mal indicio, la sospecha cierta,
Los ánimos turbó mas esforzados,
Viendo la falsa trama descubierta,
Y los trabajos ásperos doblados;
Mas aunque sin camino y en desierta
Tierra, del gran peligro amenazados,
Y la hambre y fatiga todo junto
No pudo detenernos solo un punto.

Pasamos adelante descubriendo
Siempre mas arcabucos y breñales,
La cerrada espesura y paso abriendo
Con hachas, con machetes y destrales:
Otros con pico y azadon rompiendo
Las peñas y arraigados matorrales,
Do el caballo hostigado y receloso
Afirmase seguro el pié medroso.

Nunca con tanto estorbo á los humanos
Quiso impedir el paso la natura,
Y que así de los cielos soberanos
Los árboles midiesen el altura,
Ni entre tantos peñascos y pantanos
Mezcló tanta maleza y espesura
Como en este camino defendido
De zarzas, breñas y árboles tejido.

También el cielo en contra conjurado
La escasa y turbia luz nos encubria,
De espesas nubes lóbregas cerrado,
Volviendo en tenebrosa noche el dia;
Y de granizo y tempestad cargado
Con tal furor el paso defendia,
Que era mayor del cielo ya la guerra
Que el trabajo y peligro de la tierra.

Unos presto socorro demandaban
En las hondas malezas sepultados;
Otros ¡ayuda! ¡ayuda! voceaban
En húmidos pantanos atascados;
Otros iban trepando, otros rodaban,
Los piés, manos y rostros desollados,
Oyendo aquí y allí voces en vano
Sin poderse ayudar, ni dar la mano.

Era lástima oir los alaridos,
Ver los impedimentos y embarazos,
Los caballos sin ánimo caidos,
Destroncados los piés, rotos los brazos:
Nuestros sencillos débiles vestidos
Quedaban por las zarzas á pedazos,
Descalzos y desnudos, solo armados,
En sangre, lodo y en sudor bañados.

Y demás del trabajo incomportable,
Faltando ya el refresco y bastimento,
La aquejadora hambre miserable
Las cuerdas apretaba del tormento;
Y el bien dudoso, y daño indubitable
Desmayaba la fuerza y el aliento,
Cortando un dejativo sudor frio
De los cansados miembros todo el brio.

Pero luego también considerando
La gloria que el trabajo aseguraba,
El corazon los miembros reforzando
Cualquier dificultad menospreciaba;
Y los fuertes opuestos contrastando
Todo lo por venir facilitaba:
Que el valor mas se muestra y se parece
Cuando la fuerza de contrarios crece.

Así pues nuestro ejército rompiendo,
De solo la esperanza alimentado,
Pasaba á puros brazos descubriendo
El encubierto cielo deseado:
Ibanse ya las breñas destejiendo,
Y el bosque de los árboles cerrado
Desviando sus ramas intrincadas
Nos daban paso y fáciles entradas.

Ya por aquella parte, ya por esta
La entrada de la luz desocupando,
El yerto risco y empinada cuesta
Iban sus altas cumbres allanando;
La espesa y congelada niebla opuesta,
El grueso vapor húmido exhalando
Así se adelgazaba y esparcia,
Que penetrar la vista ya podia.

Siete dias perdidos anduvimos
Abriendo á hierro el impedido paso,
Que en todo aquel discurso no tuvimos
Do poder reclinar el cuerpo laso:
Al fin una mañana descubrimos
De Ancud el espacioso y fértil raso,
Y al pié del monte y áspera ladera
Un estendido lago y gran ribera.

Era un ancho archipiélago poblado
De inumerables islas deleitosas,
Cruzando por el uno y otro lado
Góndolas y piraguas presurosas:
Marinero jamás desesperado
En medio de las olas fluctuosas
Con tanto gozo vió el vecino puerto
Como nosotros el camino abierto.

Luego pues en un tiempo arrodillados,
Llenos de nuevo gozo y de ternura
Dimos gracias á Dios, que así escapados
Nos vimos del peligro y desventura;
Y de tantas fatigas olvidados,
Siguiendo el buen suceso y la ventura,
Con esperanza y ánimo lozano
Salimos presto al agradable llano.

El enfermo, el herido, el estropeado,
El cojo, el manco, el débil, el tullido,
El desnudo, el descalzo, el desgarrado,
El desmayado, el flaco, el deshambrido
Quedó sano, gallardo y alentado,
De nuevo esfuerzo y de valor vestido,
Pareciéndole poco todo el suelo,
Y fácil cosa conquistar el cielo.

Mas con todo este esfuerzo á la bajada
De la ribera, en partes montüosa,
Hallamos la frutilla coronada,
Que produce la murta virtüosa;
Y aunque agreste, montés, no sazonada,
Fué á tan buena sazon y tan sabrosa,
Que el celeste maná y ollas de Egito
No movieran mejor nuestro apetito.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cual banda de langostas enviadas
Por plaga á veces del linaje humano,
Que en las espigas fértiles, granadas,
Con un sordo rozar no dejan grano;
Así pues, en cuadrillas derramadas
Suelta la gente por el ancho llano
Dejaba los murtales mas copados
De fruta, rama y hoja despojados.

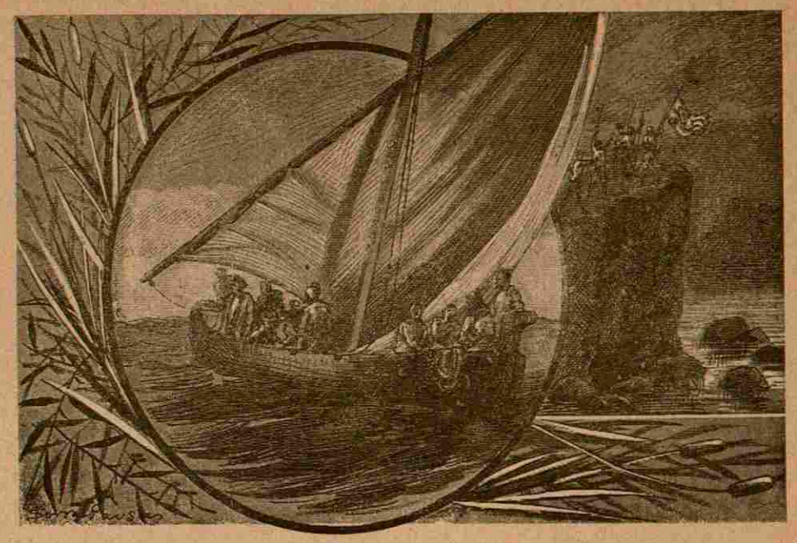
A puñados la fruta unos comian,
De la hambre aquejados importuna;
Otros ramos y hojas engullian,
No aguardando á cogerla una por una:
Quién huye al repartir la compañía
Buscando en lo escondido parte alguna
Donde comer la rama desgajada
De las rapaces uñas escapada.

Como el monton de las gallinas cuando
Salen al campo del corral cerrado,
Aquí y allí solícitas buscando
El trigo de la troj desperdiciado,
Que con los piés y picos escarbando
Halla alguna el regojo sepultado,
Y alzándose con él puesta en huida
Es de las otras luego perseguida:

Así aquel que arrebata buena parte
Deste y de aquel aquí y allí seguido,
Huyendo se retira luego en parte
Donde pueda comer mas escondido;
Ninguno si algo alcanza lo reparte,
Que no era tiempo aquel de ser partido,
Ni allí la caridad, aunque la habia,
Estenderse á los prójimos podia.

Estando con sabor desta manera
Gustando aquella rústica comida,
Llegó una corba góndola lijera
De doce largos remos impelida,
Que zabordando recio en la ribera
La chusma diestra y gente apercibida,
Saltaron luego en tierra sin recato
Con muestra de amistad y llano trato.

Mas si quereis saber quién es la gente,
Y la causa de haber así arribado,
No puedo aquí decíroslo al presente,
Que estoy del gran camino quebrantado;
Así para sazon mas conveniente
Será bien que lo deje en este estado,
Porque pueda entre tanto repararme,
Y os dé menos fastidio el escucharme.



CANTO XXXVI

Sale el cacique de la barca á tierra; ofrece á los españoles todo lo necesario para su viaje, y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del Archipiélago; atraviésale don Alonso en una piragua con diez soldados; vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad Imperial.

Quien muchas tierras ve, ve muchas cosas
Que las juzga por fábula la gente,
Y tanto cuanto son maravillosas
El que menos las cuenta es mas prudente;
Y aunque es bien que se callen las dudosas
Y no ponerme en riesgo así evidente,
Digo que la verdad hallé en el suelo,
Por mas que afirmen que es subida al cielo.

Estaba retirada en esta parte
De todas nuestras tierras escluida:
Que la falsa cautela, engaño y arte
Aun nunca habian hallado aquí acogida....
Pero dejada esta materia aparte,
Volveré con la priesa prometida
A la barca de chusma y gente llena,
Que bogando embistió recio en la arena.

Donde un gracioso mozo bien dispuesto
Con hasta quince en número venia:
Crespo de pelo negro, y blanco gesto,
Que el principal de todos parecia;
El cual con grave término, modesto,
Junto á nuestra esparcida compañía
Nos saludó cortés y alegremente,
Diciendo en lengua estraña lo siguiente:

«Hombres, ó dioses rústicos, nacidos
En estos sacros bosques y montañas,
Por celeste influencia producidos
De sus cerradas y ásperas entrañas:
¿Por cuál caso ó fortuna sois venidos
Por caminos y sendas tan estrañas
A nuestros pobres y últimos rincones
Libres de confusion y alteraciones?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Cual banda de langostas enviadas
Por plaga á veces del linaje humano,
Que en las espigas fértiles, granadas,
Con un sordo rozar no dejan grano;
Así pues, en cuadrillas derramadas
Suelta la gente por el ancho llano
Dejaba los murtales mas copados
De fruta, rama y hoja despojados.

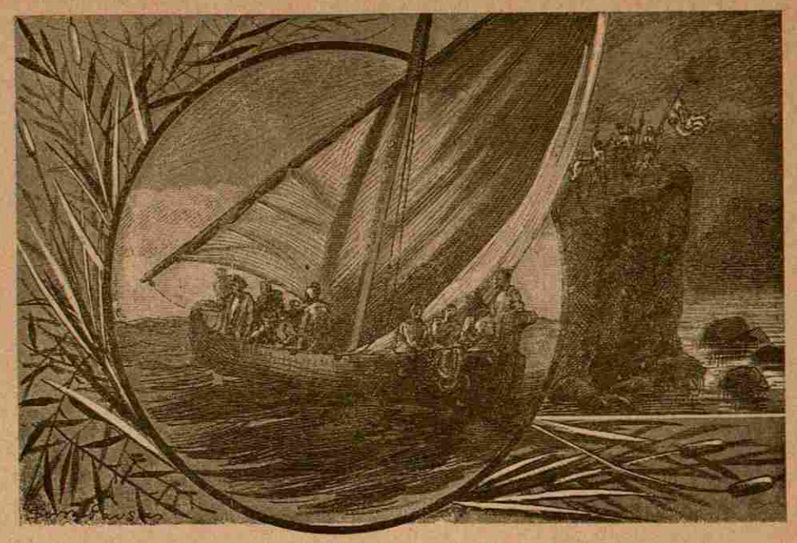
A puñados la fruta unos comian,
De la hambre aquejados importuna;
Otros ramos y hojas engullian,
No aguardando á cogerla una por una:
Quién huye al repartir la compañía
Buscando en lo escondido parte alguna
Donde comer la rama desgajada
De las rapaces uñas escapada.

Como el monton de las gallinas cuando
Salen al campo del corral cerrado,
Aquí y allí solícitas buscando
El trigo de la troj desperdiciado,
Que con los piés y picos escarbando
Halla alguna el regojo sepultado,
Y alzándose con él puesta en huida
Es de las otras luego perseguida:

Así aquel que arrebata buena parte
Deste y de aquel aquí y allí seguido,
Huyendo se retira luego en parte
Donde pueda comer mas escondido;
Ninguno si algo alcanza lo reparte,
Que no era tiempo aquel de ser partido,
Ni allí la caridad, aunque la habia,
Estenderse á los prójimos podia.

Estando con sabor desta manera
Gustando aquella rústica comida,
Llegó una corba góndola lijera
De doce largos remos impelida,
Que zabordando recio en la ribera
La chusma diestra y gente apercibida,
Saltaron luego en tierra sin recato
Con muestra de amistad y llano trato.

Mas si quereis saber quién es la gente,
Y la causa de haber así arribado,
No puedo aquí decíroslo al presente,
Que estoy del gran camino quebrantado;
Así para sazon mas conveniente
Será bien que lo deje en este estado,
Porque pueda entre tanto repararme,
Y os dé menos fastidio el escucharme.



CANTO XXXVI

Sale el cacique de la barca á tierra; ofrece á los españoles todo lo necesario para su viaje, y prosiguiendo ellos su derrota, les ataja el camino el desaguadero del Archipiélago; atraviésale don Alonso en una piragua con diez soldados; vuelven al alojamiento, y de allí por otro camino á la ciudad Imperial.

Quien muchas tierras ve, ve muchas cosas
Que las juzga por fábula la gente,
Y tanto cuanto son maravillosas
El que menos las cuenta es mas prudente;
Y aunque es bien que se callen las dudosas
Y no ponerme en riesgo así evidente,
Digo que la verdad hallé en el suelo,
Por mas que afirmen que es subida al cielo.

Estaba retirada en esta parte
De todas nuestras tierras escluida:
Que la falsa cautela, engaño y arte
Aun nunca habian hallado aquí acogida....
Pero dejada esta materia aparte,
Volveré con la priesa prometida
A la barca de chusma y gente llena,
Que bogando embistió recio en la arena.

Donde un gracioso mozo bien dispuesto
Con hasta quince en número venia:
Crespo de pelo negro, y blanco gesto,
Que el principal de todos parecia;
El cual con grave término, modesto,
Junto á nuestra esparcida compañía
Nos saludó cortés y alegremente,
Diciendo en lengua estraña lo siguiente:

«Hombres, ó dioses rústicos, nacidos
En estos sacros bosques y montañas,
Por celeste influencia producidos
De sus cerradas y ásperas entrañas:
¿Por cuál caso ó fortuna sois venidos
Por caminos y sendas tan estrañas
A nuestros pobres y últimos rincones
Libres de confusion y alteraciones?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Si vuestra pretension y pensamiento
Es de buscar region mas espaciosa,
Y en la prosecucion de vuestro intento
Teneis necesidad de alguna cosa,
Toda comodidad y avïamiento,
Con mano larga y voluntad graciosa,
Hallareis francamente en el camino
Por todo el rededor circunvecino.

Y si quereis morar en esta tierra,
Tierra donde moreis aquí os daremos:
Si os place y os agrada mas la sierra,
Allá seguramente os llevaremos;
Si quereis amistad, si quereis guerra
Todo con ley igual os lo ofrecemos,
Escoged lo mejor, que á eleccion mia
La paz y la amistad escogeria.

Mucho agradó la suerte, el garbo, el traje
Del gallardo mancebo floreciente,
El espedido término y lenguaje
Con que así nos habló bizarramente,
El franco ofrecimiento y hospedaje,
La buena traza y talle de la gente,
Blanca, dispuesta, en proporcion fornida,
De manto y floja túnica vestida.

La cabeza cubierta y adornada
Con un capelo en punta rematado,
Pendiente atrás la punta y derribada,
A las ceñidas sienes ajustado,
De fina lana de vellon rizada,
Y el rizo de colores varïado,
Que lozano y vistoso parecia
Señal de ser el clima y tierra fria.

Las gracias le rendimos de la oferta,
Y voluntad graciosa que mostraba,
Ofreciendo también la nuestra cierta,
Que á su provecho y bien se enderezaba;
Pero al fin nuestra falta descubierta
Y lo mal que la hambre nos trataba,
Le pedimos refresco y vitüalla
Debajo de promesa de pagalla.

Luego con voz y prisa diligente,
Vista la gran necesidad que habia,
Mandó á su prevenida y pronta gente
Sacar cuanto en la góndola traia,
Repartiéndolo todo francamente
Por aquella hambrienta compañía
Sin de nadie aceptar solo un cabello,
Ni aun querer recibir las gracias dello.

Esforzados así desta manera,
Y también esforzada la esperanza,
Se comenzó á marchar por la ribera
Segun nuestra costumbre en ordenanza,
Y andada una gran legua en la primera
Tierra, que pareció cómoda estanza,
Cerca del agua en reparado asiento
Hicimos el primer alojamiento.

No estaba nuestro campo aun asentado
Ni puestas en lugar las demás cosas,
Cuando de aquella parte y deste lado
Hendiendo por las aguas espumosas,
Cargadas de maiz, fruta y pescado
Arribaron piraguas presurosas,
Refrescando la gente desvalida
Sin rescate, sin cuenta ni medida.

La sincera bondad y la caricia
De la sencilla gente destas tierras
Daban bien á entender que la cudicia
Aun no habia penetrado aquellas sierras,
Ni la maldad, el robo y la injusticia,
Alimento ordinario de las guerras,
Entrada en esta parte habian hallado,
Ni la ley natural inficionado.

Pero luego nosotros destruyendo
Todo lo que tocamos de pasada,
Con la usada insolencia el paso abriendo
Les dimos lugar ancho y ancha entrada;
Y la antigua costumbre corrompiendo
De los nuevos insultos estragada,
Plantó aquí la cudicia su estandarte
Con mas seguridad que en otra parte.

Pasada aquella noche, el dia siguiente
La nueva por las islas estendida
Llegaron dos caciques juntamente
A dar el parabién de la venida
Con un largo y espléndido presente
De refrescos y cosas de comida,
Y una lanuda oveja y dos vicuñas
Cazadas en la sierra á puras uñas.

Quedábanse suspensos y admirados
De ver hombres así desconocidos,
Blancos, rubios, espesos y barbados,
De lenguas diferentes y vestidos;
Miraban los caballos alentados
En medio de la furia corregidos,
Y mas los espantaba el fiero estruendo
Del tiro de la pólvora estupendo.

Llevábamos el rumbo al sur derecho
La torcida ribera costeando,
Siguiendo la derrota del estrecho
Por los grados la tierra demarcando;
Pero cuanto ganábamos de trecho
Iba el gran archipiélago ensanchando,
Descubriendo á distancias desviadas
Islas en grande número pobladas.

Salian muchos caciques al camino
A vernos como á cosa milagrosa,
Pero ninguno tan escaso vino
Que no trujese en don alguna cosa:
Quién el vaso capaz de nácar fino,
Quién la piel del carnero vedijosa,
Quién el arco y carcax, quién la vocina,
Quién la pintada concha peregrina.

Yo que fuí siempre amigo é inclinado
A inquirir y saber lo no sabido,
Que por tantos trabajos arrastrado
La fuerza de mi estrella me ha traido,
De alguna gente moza acompañado,
En una presta góndola metido,
Pasé á la principal isla cercana
Al parecer de tierra y gente llana.

Ví los indios y casas fabricadas
De paredes humildes y techumbres,
Los árboles y plantas cultivadas,
Las frutas, las semillas y legumbres;
Noté dellos las cosas señaladas,
Los ritos, ceremonias y costumbres,
El trato y ejercicio que tenian,
Y la ley y obediencia en que vivian.

Entré en otras dos islas paseando
Sus pobladas y fértiles orillas,
Otras fuí torno á torno rodeando
Cercado de domésticas barquillas,
De quien me iba por puntos informando
De algunas nunca vistas maravillas,
Hasta que ya la noche y fresco viento
Me trujo á la ribera en salvamento.

Pues otro dia que el campo caminaba,
Que de nuestro viaje fué el tercero,
Habiendo ya tres horas que marchaba
Hallamos por remate y fin postrero,
Que el gran lago en el mar se desaguaba
Por un hondo y veloz desaguadero,
Que su corriente y ancha travesía
El paso por allí nos impedia.

Cayó una gran tristeza, un gran nublado
En el ánimo y rostro de la gente,
Viendo nuestro camino así atajado
Por el ancho raudal de la creciente:
Que los caballos de cabestro á nado
No pudieran romper la gran corriente,
Ni la angosta piragua era bastante
A comportar un peso semejante.

Y volver piés atrás visto el terrible
Trabajo intolerable y escesivo,
Tenian segun razon por imposible
Poder llegar en salvo un hombre vivo:
Quedar allí era cosa incompatible,
Y temerario el ánimo y motivo
De proseguir el comenzado curso
Contra toda opinion y buen discurso.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Viendo nuestra congoja y agonía
Un joven indio, al parecer ladino,
Alegre se ofreció que nos daria
Para volver otro mejor camino:
Fué escesiva en algunos la alegría,
Y así dar vuelta luego nos convino,
Que ya el rígido invierno á los australes
Comenzaba á enviar claras señales.

Mas yo que mis designios verdaderos
Eran de ver el fin desta jornada,
Con hasta diez amigos compañeros,
Gente gallarda, brava y arriscada,
Reforzando una barca de remeros,
Pasé el gran brazo y agua arrebatada,
Llegando á zabordar hechos pedazos
A puro remo y fuerza de los brazos.

Entramos en la tierra algo arenosa,
Sin lengua y sin noticia, á la ventura,
Áspera al caminar y pedregosa,
A trechos ocupada de espesura;
Mas visto que la empresa era dudosa,
Y que pasar de allí seria locura,
Dimos la vuelta luego á la piragua,
Volviendo á atravesar la furiosa agua.

Pero yo por cumplir el apetito
Que era poner el pié mas adelante,
Fingiendo que marcaba aquel distrito,
Cosa al descubridor siempre importante,
Corrí una media milla, do un escrito
Quise dejar para señal bastante;
Y en el tronco que vi de más grandeza
Escribí con cuchillo en la corteza:

Aquí llegó, donde otro no ha llegado,
Don Alonso de Ercilla, que el primero
En un pequeño barco deslastrado
Con solos diez pasó el desaguadero,
El año de cincuenta y ocho entrado,
Sobre mil y quinientos por hebrero,
A las dos de la tarde el postrer dia,
Volviendo á la dejada compañía.

Llegando pues al campo, que aguardando
Para partir nuestra venida estaba,
Que el riguroso invierno comenzando
La desierta campaña amenazaba;
El indio amigo prático guiando
La gente alegre el paso apresuraba,
Pareciendo el camino, aunque cerrado,
Fácil con la memoria del pasado.

Cumplió el bárbaro isleño la promesa,
Que siempre en su opinion estuvo fijo,
Y por una encubierta selva espesa,
Nos sacó de la tierra como dijo.
Voy pasando por esto á toda priesa,
Huyendo cuanto puedo el ser prolijo,
Que aunque lo fueron mucho los trabajos
Es menester echar por los atajos.

A la Imperial llegamos, do hospedados
Fuimos de los vecinos generosos,
Y de varios manjares regalados
Hartamos los estómagos golosos.
Visto pues en el pueblo así ayuntados
Tantos gallardos jóvenes briosos,
Se concertó una justa y desafío,
Donde mostrase cada cual su brio.

Turbó la fiesta un caso no pensado,
Y la celeridad del juez fué tanta,
Que estuve en el tapete ya entregado
Al agudo cuchillo la garganta:
El inorme delito exagerado
La voz y fama pública le canta,
Que fué solo poner mano á la espada
Nunca sin gran razon desenvainada.

Este acontecimiento, este suceso,
Fué forzosa ocasion de mi destierro,
Teniéndome después gran tiempo preso
Por remendar con este el primer yerro;
Mas aunque así agraviado, no por eso
Armado de paciencia y duro hierro
Falté en alguna accion y correría,
Sirviendo en la frontera noche y dia.

Hubo allí escaramuzas sanguinosas,
Ordinarios rebatos y emboscadas,
Encuentros y refriegas peligrosas,
Asaltos y batallas aplazadas,
Raras estratagemas engañosas,
Astucias y cautelas nunca usadas,
Que aunque fueron en parte de provecho,
Algunas nos pusieron en estrecho.

Mas después del asalto y gran batalla
De la albarrada de Quipeo temida,
Donde fué destrozada tanta malla,
Y tanta sangre bárbara vertida,
Fortificado el sitio y la muralla
Aceleré mi súbita partida:
Que el agravio mas fresco cada dia
Me estimulaba siempre y me roia.

Y en un grueso barcon, bajel de trato,
Que velas altas de partida estaba,
Salí de aquella tierra y reino ingrato,
Que tanto afán y sangre me costaba;
Y sin contraste alguno ni rebato
Con el austro que en popa nos soplaba,
Costa á costa y á veces engolfado
Llegué al Callao de Lima celebrado.

Estuve allí hasta tanto que la entrada
Por el gran Marañon hizo la gente,
Donde Lope de Aguirre en la jornada
Mas que Neron y Herodes inclemente
Pasó tantos amigos por la espada,
Y á la querida hija juntamente,
No por otra razon y causa alguna
Mas de para morir juntos á una.

Y aunque mas de dos mil millas habia
De camino por partes despoblado,
Luego de allí por mar tomé la via
A mas larga carrera acostumbrado,
Y á Panamá llegué, do el mismo dia
La nueva por el aire habia llegado
Del desbarate y muerte del tirano,
Saliendo mi trabajo y priesa en vano.

Estuve en tierra firme detenido
Por una enfermedad larga y estraña;
Mas luego que me vi convalecido,
Tocando en las Terceras vine á España:
Donde no mucho tiempo detenido
Corrí la Francia, Italia y Alemaña,
A Silesia y Moravia hasta Posonia,
Ciudad sobre el Danubio de Panonia.

Pasé y volví á pasar estas regiones,
Y otras y otras por ásperos caminos,
Traté y comuniqué varias naciones
Viendo cosas y casos peregrinos,
Diferentes y estrañas condiciones,
Animales terrestres y marinos,
Tierras jamás del cielo rociadas,
Y otras á eterna lluvia condenadas.

¿Cómo me he divertido y voy á priesa
Del camino primero desviado?
¿Por qué así me olvidé de la promesa
Y discurso de Arauco comenzado?
Quiero volver á la dejada empresa
Si no teneis el gusto ya estragado;
Mas yo procuraré deciros cosas
Que valga por disculpa el ser gustosas.

Volveré á la consulta comenzada
De aquellos capitanes señalados,
Que en la parte que dije disputada
Estaban diferentes y encontrados;
Contaré la eleccion tan porfiada,
Y como al fin quedaron conformados,
Los asaltos, encuentros y batallas,
Que es menester lugar para contallas.

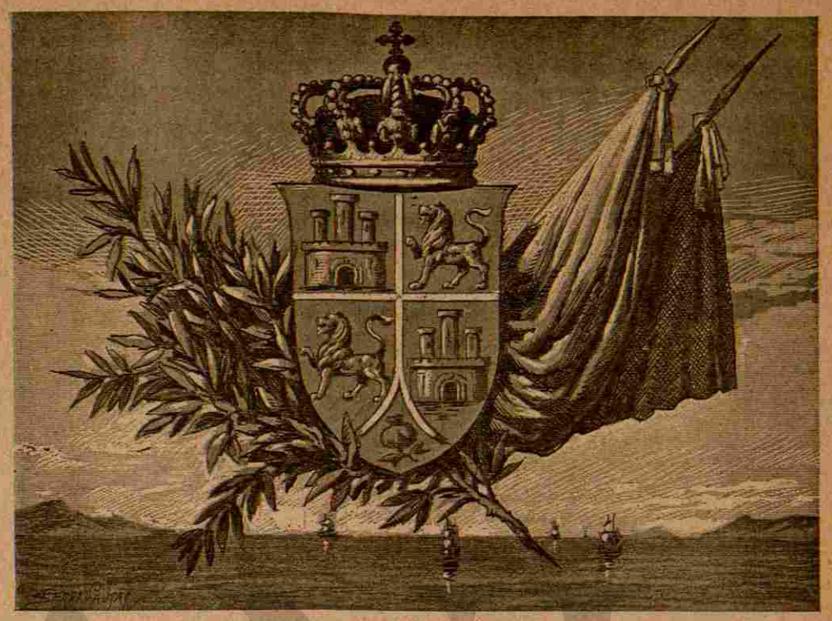
¿Qué hago, en qué me ocupo, fatigando
La trabajada mente y los sentidos,
Por las regiones últimas buscando
Guerras de ignotos indios escondidos;
Y voy aquí en las armas tropezando,
Sintiendo retumbar en los oidos
Un áspero rumor y son de guerra,
Y abrasarse en furor toda la tierra?

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Veo toda la España alborotada
Envuelta entre sus armas victoriosas,
Y la inquieta Francia ocasionada
Descoger sus banderas sospechosas;
En la Italia y Germania desvïada
Siento tocar las cajas sonorosas,
Allegándose en todas las naciones
Gentes, pertrechos, armas, municiones.

Para decir tan grande movimiento,
Y el estrépito bélico y ruïdo,
Es menester esfuerzo y nuevo aliento,
Y ser de vos, señor, favorecido;
Mas ya que el temerario atrevimiento
En este grande golfo me ha metido,
Ayudado de vos, espero cierto
Llegar con mi cansada nave al puerto.

Que si mi estilo humilde y compostura
Me suspende la voz amedrentada,
La materia promete y me asegura
Que con grata atencion será escuchada.
Y entre tanto, señor, será cordura,
Pues he de comenzar tan gran jornada,
Recoger el espíritu inquieto
Hasta que saque fuerzas del sujeto.



CANTO XXXVII

En este último canto se trata cómo la guerra es de derecho de las gentes, y se declara el que el rey don Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo á los portugueses para justificar mas sus armas.

Canto el furor del pueblo castellano
Con ira justa y pretension movido,
Y el derecho del reino lusitano,
A las sangrientas armas remitido:
La paz, la union, el vínculo cristiano
En rabiosa discordia convertido,
Las lanzas de una parte y otra airadas
A los parientes pechos arrojadas.

Por ella á los rebeldes insolentes
Oprime la soberbia y los inclina,
Desbarata y derriba á los potentes,
Y la ambicion sin término termina.
La guerra es de derecho de las gentes,
Y el orden militar y disciplina
Conserva la república y sostiene,
Y las leyes políticas mantiene.

La guerra fué del cielo derivada,
Y en el linaje humano trasferida,
Cuando fué por la fruta reservada
Nuestra naturaleza corrompida.
Por la guerra la paz es conservada
Y la insolencia humana reprimida,
Por ella á veces Dios el mundo aflige,
Le castiga, le enmienda y le corrige.

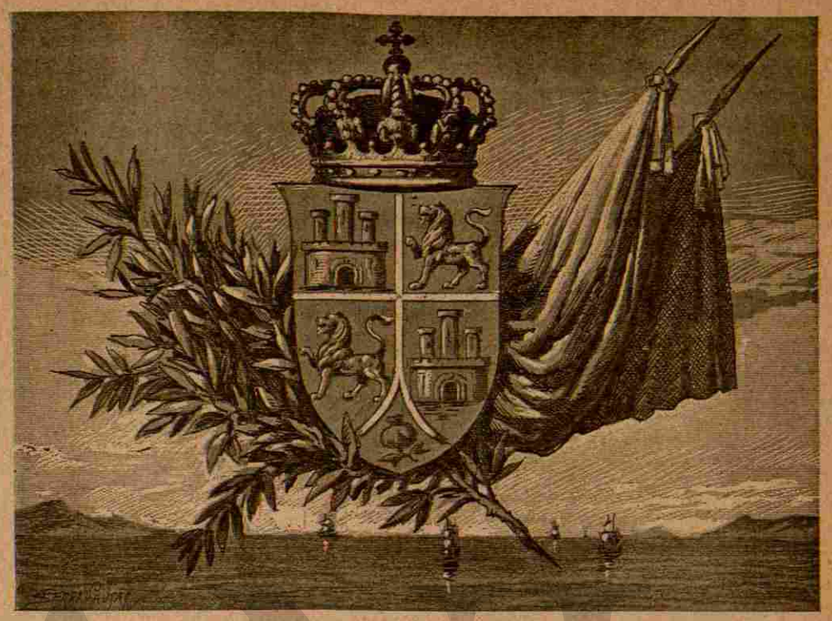
Pero será la guerra injusta luego
Que del fin de la paz se desviare,
O cuando por venganza ó furor ciego,
O fin particular se comenzare;
Pues ha de ser, si es público el sosiego,
Pública la razon que le turbare:
No puede un miembro solo en ningun modo
Romper la paz y union del cuerpo todo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Veo toda la España alborotada
Envuelta entre sus armas victoriosas,
Y la inquieta Francia ocasionada
Descoger sus banderas sospechosas;
En la Italia y Germania desvïada
Siento tocar las cajas sonorosas,
Allegándose en todas las naciones
Gentes, pertrechos, armas, municiones.

Para decir tan grande movimiento,
Y el estrépito bélico y ruïdo,
Es menester esfuerzo y nuevo aliento,
Y ser de vos, señor, favorecido;
Mas ya que el temerario atrevimiento
En este grande golfo me ha metido,
Ayudado de vos, espero cierto
Llegar con mi cansada nave al puerto.

Que si mi estilo humilde y compostura
Me suspende la voz amedrentada,
La materia promete y me asegura
Que con grata atencion será escuchada.
Y entre tanto, señor, será cordura,
Pues he de comenzar tan gran jornada,
Recoger el espíritu inquieto
Hasta que saque fuerzas del sujeto.



CANTO XXXVII

En este último canto se trata cómo la guerra es de derecho de las gentes, y se declara el que el rey don Felipe tuvo al reino de Portugal, juntamente con los requerimientos que hizo á los portugueses para justificar mas sus armas.

Canto el furor del pueblo castellano
Con ira justa y pretension movido,
Y el derecho del reino lusitano,
A las sangrientas armas remitido:
La paz, la union, el vínculo cristiano
En rabiosa discordia convertido,
Las lanzas de una parte y otra airadas
A los parientes pechos arrojadas.

Por ella á los rebeldes insolentes
Oprime la soberbia y los inclina,
Desbarata y derriba á los potentes,
Y la ambicion sin término termina.
La guerra es de derecho de las gentes,
Y el orden militar y disciplina
Conserva la república y sostiene,
Y las leyes políticas mantiene.

La guerra fué del cielo derivada,
Y en el linaje humano trasferida,
Cuando fué por la fruta reservada
Nuestra naturaleza corrompida.
Por la guerra la paz es conservada
Y la insolencia humana reprimida,
Por ella á veces Dios el mundo aflige,
Le castiga, le enmienda y le corrige.

Pero será la guerra injusta luego
Que del fin de la paz se desviare,
O cuando por venganza ó furor ciego,
O fin particular se comenzare;
Pues ha de ser, si es público el sosiego,
Pública la razon que le turbare:
No puede un miembro solo en ningun modo
Romper la paz y union del cuerpo todo.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Que así como tenemos profesada
Una hermandad en Dios y ayuntamiento,
Tanto del mismo Cristo encomendada
En el último eterno testamento,
No puede ser de alguno desatada
Esta paz general y ligamiento,
Si no es por causa pública ó querella,
Y autoridad del rey, defensor della.

Entonces, como un ángel sin pecado,
Puesta en la causa universal la mira,
Puede tomar las armas el soldado,
Y en su enemigo ejecutar la ira;
Y cuando algun respeto ó fin privado
Le templa el brazo, encoge y le retira,
Demás de que en peligro pone el hecho
Peca y ofende al público derecho.

Por donde en justa guerra permitida
Puede la airada vencedora gente
Herir, prender, matar en la rendida,
Y hacer al libre esclavo y obediente;
Que el que es señor y dueño de la vida
Lo es ya de la persona, y justamente
Hará lo que quisiere del vencido,
Que todo al vencedor le es concedido.

Y pues en todos tiempos y ocasiones,
Por la causa comun, sin cargo alguno,
En batallas formadas y escuadrones
Puede usar de las armas cada uno:
Por las mismas legítimas razones
Es lícito el combate de uno á uno
A pié, á caballo, armado, desarmado,
Ora sea en campo abierto, ora estacado.

En guerra justa es justo el desafío,
La autoridad del príncipe interpuesta,
Bajo de cuya mano y señorío
La ordenada república está puesta;
Mas si por caso propio ó albedrío
Se denuncia el combate y se protesta,
O sea provocador ó provocado
Es ilícito, injusto y condenado.

Y los cristianos príncipes no deben
Favorecer jamás, ni dar licencia
A condenadas armas, que se mueven
Por odio, por venganza ó competencia,
Ni decidan las causas, ni se prueben
Remitiendo á las fuerzas la sentencia,
Pues por razon oculta á veces veo
Que sale vencedor el que fué reo.

Y el juicio de las armas sanguinoso
Justa y derechamente se condena,
Pues vemos el incierto fin dudoso,
Segun la suma Providencia ordena:
Que el suceso ora triste, ora dichoso,
No es quien hace la causa mala ó buena,
Ni jamás la justicia en cosa alguna
Está sujeta á caso ni á fortuna.

Digo también, que obligacion no tiene
De inquirir el soldado diligente
Si es lícita la guerra y si conviene,
O si se mueve injusta ó justamente:
Que solo al rey que por razon le viene
La obediencia y servicio de su gente,
Como gobernador de la república
Le toca examinar la causa pública.

Y pues del rey como cabeza pende
El peso de la guerra y grave carga,
Y cuanto daño y mal della depende
Todo sobre sus hombros solo carga,
Debe mucho mirar lo que pretende,
Y antes que dé al furor la rienda larga
Justificar sus armas prevenidas,
No por codicia y ambicion movidas.

Como Felipe en la ocasion presente,
Que de precisa obligacion forzado
En favor de las leyes justamente
Las permitidas armas ha tomado:
No fundando el derecho en ser potente,
Ni de codicia de reinar llevado;
Pues se estiende su cetro y monarquía
Hasta adonde remata el sol su via.

Mas de ambicion desnudo y avaricia,
Que á los sanos corrompe é inficiona,
Llamado del derecho y la justicia
Contra el rebelde reino va en persona;
Y á despecho y pesar de la malicia
Que le niega y le impide la corona,
Quiere abrir y allanar con mano armada
A la razon la defendida entrada.

Y aunque con justa indignacion movido,
Sus fuerzas y poder disimulando
Detiene el brazo en alto suspendido,
El remedio de sangre dilatando;
Y con prudencia y ánimo sufrido
Su espada y pretension justificando,
Quebrantará después con aspereza
Del contumaz rebelde la dureza.

Oprimirá con fuerza y mano airada
La soberbia cerviz de los traidores,
Despedazando la pujante armada
De los galos piratas valedores;
Y con rigor y furia disculpada,
Como hombres de la paz perturbadores,
Muerto Felipe Estrozi su caudillo,
Serán todos pasados á cuchillo.

No manchará esta sangre su clemencia,
Sangre de gente pérfida enemiga:
Que si el delito es grave y la insolencia,
Clemente es y piadoso el que castiga.
Perdonar la maldad es dar licencia
Para que luego otra mayor se siga:
Crüel es quien perdona á todos todo,
Como el que no perdona en ningun modo.

Que no está en perdonar el ser clemente
Si conviene el rigor y es importante:
Que el que ataja y castiga el mal presente
Huye de ser crüel para adelante.
Quien la maldad no evita, la consiente,
Y se puede llamar participante,
Y el que á los malos públicos perdona
La república estraga é inficiona.

No quiero yo decir que no es gran cosa
La clemencia, virtud inestimable:
Que el perdonar, victoria es gloriosa,
Y en el mas poderoso mas loable;
Pero la paz comun tan provechosa
No puede sin justicia ser durable,
Que el premio y el castigo á tiempo usados
Sustentan las repúblicas y estados.

Y no todo el esceso y mal que hubiere
Se puede remediar, ni se castiga:
Que el tiempo á veces y ocasion requiere
Que todo no se apure ni se siga.
Príncipe que saberlo todo quiere,
Sepa que á perdonar mucho se obliga:
Que es medicina fuerte y rigurosa
Descarnar hasta el hueso cualquier cosa.

La clemencia á los mismos enemigos
Aplaca el odio y ánimo indignado,
Engendra devocion, produce amigos,
Y atrae el amor del pueblo aficionado:
Que el continuo rigor en los castigos
Hace al príncipe odioso y desamado.
Oficio es propio y propio de los reyes
Embotar el cuchillo de las leyes.

Y se puede decir que no importara
Disimular los males ya pasados,
Si dello ánimo el malo no tomara
Para nuevos insultos y pecados:
El miedo del castigo es cosa clara
Que reprime los ánimos dañados,
Y el ver al malhechor puesto en el palo
Corrige la maldad y enmienda al malo.

Mas también el castigo no se haga
Como el indocto y crudo cirujano,
Que siendo leve el mal, poca la llaga,
Mete los filos mucho por lo sano,
Y con el enconoso hierro estraga
Lo que sanara sin tocar la mano:
Que no es buena la cura y esperiencia,
Si es mas recia y peor que la dolencia.

UANL UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Quiérome declarar: que algun curioso
Dirá que aquí y allí me contradigo.
Virtud es castigar cuando es forzozo
Y necesario el público castigo;
Virtud es perdonar el poderoso
La ofensa del ingrato y enemigo,
Cuando es particular, ó que se entienda
Que puede sin castigo haber enmienda.

Voime de punto en punto divirtiendo,
Y el tiempo es corto y la materia larga;
En lugar de aliviarme, recibiendo
En mis cansados hombros mucha carga:
Así de aquí adelante, resumiendo
Lo que menos importa y mas me carga,
Quiero volver á Portugal la pluma,
Haciendo aquí un compendio y breve suma.

¿Qué es esto, ó lusitanos, que engañados
Contraponeis el ostinado pecho,
Y con armas y brazos condenados
Quereis violar las leyes y el derecho?
Qué, ¿no mueve esos ánimos dañados
La paz comun y público provecho,
El deudo, religion, naturaleza,
El poder de Felipe y la grandeza?

Mirad con qué largueza os ha ofrecido
Haciendas, libertades y exenciones,
No á término forzoso reducido,
Mas con formado campo y escuadrones,
Y casi murmurado ha detenido
Las armas convenciéndoos con razones,
Cual padre que reduce por clemencia
Al hijo inobediente á la obediencia.

¡Qué ciega pretension, qué embaucamiento,
Qué pasion pertinaz desatinada
Saca así la razon tan de su asiento,
Y tiene vuestra mente trastornada,
Que una unida nacion por sacramento,
Y con la cruz de Cristo señalada,
Envuelta en crueles armas homicidas
Dé en sus proprias entrañas las heridas!

¡Y unas mismas divisas y banderas
Salgan de alojamientos diferentes,
Trayendo mil naciones estranjeras,
Que derraman la sangre de inocentes,
Y introducen errores y maneras
De pegajosos vicios insolentes,
Dejando con su peste derramada
La católica España inficionada!

A vos, eterno Padre soberano,
El favor necesario y gracia pido,
Y os suplico querais mover mi mano,
Pues en vos y por vos todo es movido,
Para que al portugués y al castellano
Dé justamente lo que le es debido,
Sin que me tuerza y saque de lo justo
Particular respeto ni otro gusto.

Y pues vos conoceis los corazones
Y el justo celo con que el mio se mueve,
Y en los buenos propósitos y acciones
El principio teneis, y el fin se os debe,
Dadme espíritu igual, dadme razones
Con que informe mi pluma, que se atreve
A emprender temeraria y arrojada
Con tan poco caudal tan gran jornada.

Queriendo Sebastián, rey lusitano,
Con ardor juvenil y movimiento
Romper el ancho término africano
Y oprimir el pagano atrevimiento,
Prometiéndole entrada y paso llano
Su altivo y levantado pensamiento,
Allegó de aquel reino brevemente
La riqueza, poder, la fuerza y gente.

Mas el rey don Felipe, que al sobrino
Vió moverse á la empresa tan lijero,
Al errado designio contravino
Con consejo de padre verdadero;
Y pensando apartarle del camino
Que iba á dar á tan gran despeñadero,
Hizo que en Guadalupe se juntasen,
Para que allí sobre ello platicasen.

No bastaron razones suficientes,
Ni el ruego y persuacion del grave tio,
Ni una gran multitud de inconvenientes
Que pudieran volver atrás un rio,
Ni el poner la cerviz de tantas gentes
Bajo de un solo golpe al albedrío
De la inconstante y variable diosa,
De revolver el mundo deseosa:

Que el orgulloso mozo, prometiendo
Lo que el justo temor dificultaba,
Los prudentes discursos rebatiendo,
Todos los contrapuestos tropellaba;
Y tras la libre voluntad corriendo
Su muerte y perdicion apresuraba:
Que no basta consejo ni advertencia
Contra el decreto y la fatal sentencia.

¿Quién cantará el suceso lamentable,
Aunque tenga la voz mas espedida,
Y aquel sangriento fin tan miserable
De la jornada y gente mal regida,
La ruina de un reino irreparable,
La fama antigua en solo un dia perdida,
Todo por voluntad de un mozo ardiente,
Movido sin razon por accidente?

Otro refiera el aciago dia
Que á los más tristes en miseria escede:
Que aunque sangrienta está la pluma mia,
Correr por tantas lástimas no puede.
Quiero seguir la comenzada via
Si el alto cielo aliento me concede:
Que ya de aquesta parte también siento
Armarse un gran ñublado turbulento.

Después que el mozo rey voluntarioso
Al africano ejército asaltando,
En el ciego tumulto polvoroso
Murió en monton confuso peleando,
Y la fortuna de un vaivén furioso
Derrocó cuatro reyes, ahogando
La fama y opinion de tanta gente,
Revolviendo las armas del Poniente,

Fué luego en Portugal por rey jurado
Don Enrique, el hermano del abuelo,
Cardenal y presbítero ordenado,
Persona religiosa y de gran celo,
De años y enfermedades agravado,
Mas que para este mundo para el cielo,
Ofreciéndole el reino la fortuna
Con poca vida y sucesion ninguna.

El gran Felipe, en lo íntimo sintiendo
Del reino y muerto rey la desventura,
Y del enfermo don Enrique viendo
La mucha edad y vida mal segura,
Como sobrino y sucesor queriendo
Aclarar su derecho en coyuntura,
Que por la trasversal propincua via
A los reyes y títulos tenia:

Con celosa y loable providencia
Hizo juntar doctísimos varones,
De grande cristiandad y suficiencia,
Desnudos de interese y pretensiones,
Que conforme á derecho y á conciencia,
No por torcidas vias y razones,
Mirasen en el grado que él estaba,
Si el pretendido reino le tocaba.

Que doña Catalina, como parte,
Duquesa de Berganza pretendia
Por hija del infante don Duarte,
Que de derecho el reino le venia;
Y también don Antonio de otra parte
A la corona y cetro se oponia;
Mas aunque del comun favorecido,
Era por no legítimo escluido.

Y que hecho el examen cada uno
A tan arduo negocio conveniente,
Sin miramiento ni respeto alguno
Diesen sus pareceres libremente;
Porque en tiempo quieto y oportuno,
Prevenido al mayor inconveniente,
Si el reino á la razón no se allanase
Sus armas y poder justificase.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Todos los cuales, claramente viendo
Que el trasversal por ley y fuero llano
No representa al padre, sucediendo
El legítimo deudo mas cercano,
El varon á la hembra prefiriendo,
Y al de menos edad el mas anciano,
Yendo la sucesion y precedencia
Por derecho de sangre y no de herencia;

Don Antonio escluido y apartado
Por ley humana y por razon divina,
Y el derecho igualmente examinado
De don Felipe y doña Catalina,
Descendientes del tronco en igual grado,
Él sobrino de Enrique, ella sobrina,
Él varon, ella hembra, él rey temido,
Mayor de edad, y de mayor nacido:

Atento al fuero, á la costumbre, al hecho
Y otras muchas razones que juntaron
Con recto, justo, igual y sano pecho,
Sin discrepar, conformes declararon
Ser don Felipe sucesor derecho,
Y el reino por la ley le adjudicaron
Con tierras, mares, títulos y estados
Bajo de la corona conquistados.

Vista pues don Felipe la justicia,
Por tan bastantes hombres declarada,
Sospechoso del odio y la malicia
De la plebeya gente libertada,
Y la intrínseca y vieja inimicicia
En los pechos de muchos arraigada,
Quiso tentar en estas novedades
El ánimo del pueblo y voluntades.

Y con piadoso celo deseando
El bien del reino y público sosiego,
En la mente perpleja iba trazando
Cómo echar agua al encendido fuego,
Por todos los caminos procurando
Aquietar el comun desasosiego,
Que ya con libertad sin corregirse
Comenzaba en el pueblo á descubrirse.

Para lo cual fué dél luego elegido
Don Cristóbal de Mora, en quien habia
Tantas y tales partes conocido,
Cuales el gran negocio requeria:
De ilustre sangre en Portugal nacido,
De quien como vasallo el rey podria
Con ánimo seguro y esperanza
Hacer también la misma confianza,

Y enterarse del celo y sano intento,
Tantas veces por él representado,
Entendiendo la fuerza y fundamento
De su causa y derecho declarado,
No traido por término violento,
Ni deseo de reinar desordenado,
Mas por rigor de la justicia pura,
Por ley, razon, por fuero y por natura:

Así que, esto por él reconocido,
Como de rey tan justo se esperaba,
Mirase el gran peligro en que metido
El patrio reino y cristiandad estaba,
Y tuviese por bien, fuese servido
De sosegar la alteracion que andaba,
Declarándole en forma conveniente
Por sucesor derecha y justamente.

Con que en el suelto pueblo cesaria
El tumulto y escándalos estraños,
Y su declaracion atajaria
Grandes insultos y esperados daños;
Haciendo que en la forma que solia
Para después de sus felices años
El reino le jurase segun fuero
Por legítimo príncipe heredero.

Hecha por don Cristóbal la embajada,
Y de Felipe la intencion propuesta,
Tibiamente de Enrique fué escuchada,
Dando una ambigua y frívola respuesta:
Que por mas que le fué representada
La justicia del rey tan manifiesta,
Procuraba con causas escusarse
Sin querella aclarar ni declararse.

Visto pues dilatar el cumplimiento
De negocio tan arduo é importante,
Por donde el popular atrevimiento
Iba cobrando fuerzas adelante,
Don Felipe envió con nuevo asiento,
Largo poder y comision bastante
Para sacar resolucion alguna,
A don Pedro Giron, duque de Osuna.

Y al docto Guardïola juntamente
Porque con mas instancia y diligencia,
Vista de la tardanza el daño urgente
Contra la paz comun y convenencia,
Diesen claro á entender cuán conveniente
Era en tan gran discordia y diferencia,
Que el rey se declarase por decreto;
Cortando á mil designios el sujeto.

Y porque cosa alguna no quedase
Por hacer y tentar todos los vados,
Y la ciega pasión no perturbase
El sosiego y quietud de los estados,
Antes que el odio antiguo reventase,
Dos eminentes hombres señalados
De los que en su real consejo habia
Ultimamente á don Enrique envía.

Uno, Rodrigo Vazquez que en prudencia,
En rectitud, estudio y disciplina
Era de grande prueba y esperiencia,
De claro juicio y singular dotrina;
El otro, de no menos suficiencia,
Famoso en letras, el doctor Molina,
Ambos varones raros, escogidos,
En gran figura y opinion tenidos:

Para que Enrique dellos informado,
Y de todas las dudas satisfecho,
A las cortes que ya se habían juntado
Informasen también de su derecho,
Y al pueblo contumaz y apasionado,
Puesto delante el general provecho,
Fueros y libertades prometiesen
Con que á su devocion le redujesen.

Y aunque entendiese el viejo rey prudente
Ser esto lo que á todos convenia,
Pues por la espresa ley derechamente
El reino á su sobrino le venia,
Con larga dilacion impertinente
El negocio suspenso entretenía,
A fin que aquellos súbditos y estados
Fuesen con mas ventaja aprovechados.

Pues como hubiese el tardo rey dudoso
El término y respuesta diferido,
Llegó aquel de la muerte presuroso
Del autor de la vida estatuïdo:
Por donde al sucesor le fué forzoso
Viendo al rebelde pueblo endurecido,
Juntar contra sus fines y malicia
Las armas y el poder con la justicia.

Habiendo antes con todos procurado
Muchos medios de paz por él movidos,
Provocando al temoso y porfiado
Con dádivas, promesas y partidos;
Mas el poblacho terco y obstinado,
No estimando los bienes ofrecidos,
La enemistad del todo descubierta
Al derecho y razon cerró la puerta.

¿Quién pudiera deciros tantas cosas
Como aquí se me van representando,
Tanto rumor de trompas sonorosas,
Tanto estandarte al viento tremolando,
Las prevenidas armas sanguinosas
Del portugués y castellano bando,
El aparato y máquinas de guerra,
Las batallas de mar y las de tierra?

Viéranse entre las armas y fiereza
Materias de derecho y de justicia,
Ejemplos de clemencia y de grandeza,
Proterva y contumaz inimicicia,
Liberal y magnánima largueza,
Que los sacos hinchó de la codicia,
Y otros matices vivos y colores
Que fáciles harán los escritores.

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ® DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

Canten de hoy mas los que tuvieren vena
Y enriquezcan su verso numeroso,
Pues Felipe les dá materia llena,
Y un campo abierto, fértil y espacioso:
Que la ocasion dichosa y suerte buena
Vale mas que el trabajo infructüoso,
Trabajo infructüoso como el mio,
Que siempre ha dado en seco y en vacío.

¡Cuántas tierras corrí, cuántas naciones
Acia el helado norte atravesando,
Y en las bajas antárticas regiones
El antípoda ignoto conquistando!
Climas pasé, mudé constelaciones
Golfos inavegables navegando,
Estendiendo, señor, vuestra corona
Hasta casi la austral frígida zona!

¿Qué jornadas también por mar y tierra
Habeis hecho que deje de seguiros,
A Italia, Augusta, á Flandes, á Inglaterra
Cuando el reino por rey vino á pediros?
De allí el furioso estruendo de la guerra
Al Pirú me llevó por mas serviros,
Do con suelto furor tantas espadas
Estaban contra vos desenvainadas.

Y el rebelde indiano castigado
Y el reino á la obediencia reducido,
Pasé al remoto Arauco, que alterado
Habia del cuello el yugo sacudido;
Y con prolija guerra sojuzgado,
Y al odioso dominio sometido,
Seguí luego adelante las conquistas
De las últimas tierras nunca vistas.

Dejo por no cansaros y ser mios
Los inmensos trabajos padecidos,
La sed, hambre, calores y los frios,
La falta irremediable de vestidos,
Los montes que pasé, los grandes rios,
Los yermos despoblados no rompidos,
Riesgos, peligros, trances y fortunas,
Que aun son para contadas importunas.

Ni digo cómo al fin por accidente
Del mozo capitán acelerado
Fuí sacado á la plaza injustamente
A ser públicamente degollado;
Ni la larga prision impertinente
Do estuve tan sin culpa molestado,
Ni mil otras miserias de otra suerte,
De comportar mas graves que la muerte.

Y aunque la voluntad, nunca cansada,
Está para serviros hoy mas viva,
Desmaya la esperanza quebrantada
Viéndome proejar siempre agua arriba;
Y al cabo de tan larga y gran jornada,
Hallo que mi cansado barco arriba
De la fortuna adversa contrastado
Lejos del fin y puerto deseado.

Mas ya que de mi estrella la porfía
Me tenga así arrojado y abatido,
Verán al fin que por derecha via
La carrera difícil he corrido;
Y aunque mas inste la desdicha mia,
El premio está en haberle merecido,
Y las honras consisten no en tenerlas,
Sino en solo arribar á merecerlas.

Que el disfavor cobarde que me tiene
Arrinconado en la miseria suma,
Me suspende la mano y la detiene
Haciéndome que pare aquí la pluma:
Así doy punto en esto, pues conviene
Para la grande inumerable suma
De vuestros hechos y altos pensamientos
Otro ingenio, otra voz y otros acentos.

Y pues del fin y término postrero
No puede andar muy lejos ya mi nave
Y el tímido y dudoso paradero
El mas sabio piloto no le sabe:
Considerando el corto plazo quiero,
Acabar de vivir, antes que acabe
El curso incierto de la incierta vida,
Tantos años errada y distraida.

Que aunque esto haya tardado de mi parte,
Y reducirme á lo postrero aguarde,
Sé bien que en todo tiempo y toda parte
Para volverse á Dios jamás es tarde:
Que nunca su clemencia usó de arte;
Y así el gran pecador no se acobarde,
Pues tiene un Dios tan bueno, cuyo oficio
Es olvidar la ofensa y no el servicio.

Y yo, que tan sin rienda al mundo he dado
El tiempo de mi vida mas florido,
Y siempre por camino despeñado
Mis vanas esperanzas he seguido:
Visto ya el poco fruto que he sacado,
Y lo mucho que á Dios tengo ofendido,
Conociendo mi error, de aquí adelante
Será razon que llore y que no cante.

FIN DE LA ARAUCANA
DE
D. ALONSO DE ERCILLA Y ZÚÑIGA

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN ®
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS